







NA: 343344

GM/481

94 (460)

España - Historia

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑÓLES.

---

TOMO V.

---

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

R. : 53-643



IN VERITATE  
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CELU

BIBLIOTECA

GIL

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA,

POR

ASCARGORTA.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,  
DRAMARD-BAUDRY Y C<sup>a</sup>, SUCESTORES,  
12, CALLE BONAPARTE.

—  
1861



COMPENDIO

HISTORIA DE ESPAÑA

ASCENDIENTE

PARIS

LIBRERIA DE LA

DE LA BIBLIOTECA

DE LA BIBLIOTECA

DE LA BIBLIOTECA



---

---

## ADVERTENCIA.

---

Aunque son varios los compendios de la historia nacional publicados hasta el dia, lo diminuto de los unos, lo inexacto de los otros, y lo voluminoso de los que hay mas recomendables, son causa de que aquellos no surtan todo el efecto que se desea, y de que estos últimos se vean solamente en manos de aquellas personas que por sus facultades pueden adquirirlos, y que se hallan bastante desocupadas para entregarse á su lectura. Estas consideraciones escitaron en el editor del *Compendio de la Historia universal*, compuesto en frances por M. d'Anquetil, y traducido por el padre Don Francisco Vazquez, la idea de publicar separadamente, en favor de los que no pueden hacerse con obra tan costosa, la parte de historia de España que hubiese de servir en ella, purgándola primero de todos los errores en que suelen incurrir los extranjeros cuando escriben de nuestra nacion, rectificando los hechos que en ella se encuentran desfigurados, y haciendo la honorífica mencion que se merecen aquellos que serán perpetuos monumentos de nuestra gloria.

A este efecto la sujetó desde luego á una severa correccion. Lo fué mucho la que en su version castellana recibió de la religiosa, erudita y patriótica pluma del digno traductor de toda la obra; pero concluido este vasto trabajo, y á pesar de algunos ensayos posteriores para perfeccionarle, llegó á persuadirse el editor de que no solo seria insuficiente repetirlos, sino de que para su objeto era inevitable una verdadera refun-

dicion; y prefirió este medio, desentendiéndose generosamente de los gastos hechos hasta entónces.

El favor que le he debido siempre, y la escesiva confianza con que honra mis cortos talentos, le determinaron á elegirme para una empresa de tal consideracion entre tantos sugetos como hay en la corte y fuera de ella, sin duda mas capaces de desempeñarla con acierto; y aunque le hice presente mi limitada capacidad, la escasez de mis conocimientos, en una palabra, mi ninguna disposicion, tuvo la bondad de interpretar benignamente modestia lo que en realidad solo era convencimiento de mi ineptitud. Hube pues de rendirme á sus instancias, y animado de la indulgencia con que el público ha recibido en alguna otra ocasion el fruto de mis tareas, tomé á mi cargo un empeño tan superior á mis fuerzas, y en el que así por esta razon, como por ser primer ensayo en este género, desconfio mucho de haber llenado las ideas de los inteligentes.

Este es el Compendio que ahora se ofrece al público, aumentado con la parte histórica de los sucesos anteriores á la dominacion de los godos, de que no se hace mencion en la edicion del de la *Historia universal*, por hallarse ya compendiados en ella anteriormente, con motivo de tratar su escritor de los cartagineses y romanos. En él se echará ciertamente de ménos aquella gracia de estilo con que de una plumada describe Anquetil los hechos mas complicados, y que en vano he procurado imitar; pero me lisonjeo de que en cambio se hallará bastante verdad y exactitud. Por lo ménos puedo asegurar de que la he procurado; y aunque la precipitacion con que me he visto precisado á trabajar en esta obra, por no dar motivo á que se suspendiese la publicacion de la *Historia universal*, no me ha permitido consultar los preciosos códices, documentos y memorias esparcidos por una multitud de archivos, he



creído que nada aventuraba en circunscribirme á redactar lo que han dejado escrito historiadores recomendables, siempre que comparándoles entre sí, y examinando los fundamentos de sus opiniones, acertase á proceder con alguna crítica. Si lo hubiese conseguido, este será mi único mérito, y á la verdad no sería el ménos apreciable, si tuviese la fortuna de que el público ilustrado quedase satisfecho.

No es esto decir que he prescindido absolutamente de la obra de Anquetil : léjos de eso se hallarán trozos enteros en que apénas he hecho mas que traducir aquel original ; porque como en medio de todos sus descuidos, se le advierte en ocasiones bastante conforme á nuestras historias, me ha parecido justo tributar este corto homenaje al crédito de un escritor, á cuyo nombre ha salido á luz el resto de la obra.

Si la consideracion de que en la formacion de este Compendio no he tenido otro objeto que complacer á un amigo, y emplearme de algun modo en utilidad de mi patria, puede merecer algun aprecio entre las personas sensatas para disculpar mi atrevimiento, conozco que no podria libertarme de la nota de imprudente, si tuviese la temeridad de manifestar sin necesidad mi nombre á la frente de un trabajo que por tantas razones no debo ofrecer al público sin desconfianza. Este es el motivo porque me he determinado á ocultarle, y si por dicha lograrse aquel alguna aceptacion, la felicidad sola de haber llenado mi objeto será la mayor de las recompensas que pudieran lisonjearme.

---





# COMPENDIO

DE LA

# HISTORIA DE ESPAÑA.

---

---

## LIBRO PRIMERO.

Situacion de la España ; su ámbito y estension.—Sus producciones.—Carácter de la nacion.—Sus primeros pobladores.—Establecimiento de los cartagineses.—Conquistas de Amilcar Barca.—Resistencia de los vetones.—Asdrubal ; continua la conquista.—Funda á Cartagena.—Zelos y envidia de Roma.—Muerte de Asdrubal.—Anibal ; sujeta á los olcadas.—Patriotismo y astucia de las mugeres salmantinas.—Derrota de varios pueblos españoles á las orillas del Tajo.—Causas y principio de la guerra de Sagunto.—Vigorosa resistencia de los saguntinos.—Destruccion de la ciudad, y admirable rasgo de la lealtad y constancia de sus habitantes.—Segunda guerra púnica.—Pasa Anibal á Italia.—Nombramiento del cónsul Publio Cornelio Scipion para hacer la guerra en España, y desembarco de los romanos en Ampurias, bajo la conducta de su hermano Gneo Cornelio.—Progresos de este caudillo en la Cataluña.—Asdrubal ; sorprende y destroza á los romanos en las inmediaciones del Ebro. — Sujeta Gneo Cornelio á los ilergetas, lacetanos y otros pueblos sublevados.—Combate naval en la embocadura del Ebro.—Los romanos vencedores sorprenden y saquean las costas de Valencia y la isla de Ibiza.—La fama de estas victorias concilia á Gneo Cornelio la alianza y amistad de un gran número de pueblos.—Andobal y Mandonio, príncipes españoles, se arman contra los romanos ; pero son vencidos por los confinantes aliados de Roma.—Proezas de las celtíberos contra los cartagineses.—Venida de Publio Cornelio, y reunion de los dos hermanos.—Memorable accion del noble saguntino Abelocé ó Abidux.—Rebelion de los carpesios contra los cartagineses.—Asdrubal recibe orden de partir á Italia y los romanos procuran impedirle la marcha.—Batalla en las inmediaciones del Ebro.—Pasa á España Magon con nuevo ejército ; los romanos se refuerzan igualmente ; batalla delante de Ilturgi.—Nueva derrota de los cartagineses delante de Intible.—Venganza de los cartagineses sobre los españoles.—Nuevo sitio de Ilturgi ; intrepidez de Gneo Cornelio, que la socorre y rechaza á los sitiadores.—Batallas de Munda y Auringe.

España es la porcion de tierra mas occidental de Europa. Situada dentro de la zona templada setentrional, y comprendida entre los 36 y 44 grados de latitud, y entre los 9 y 22 de longitud, contando desde la isla de Hierro en Canarias, forma una península bañada al occidente por el mar Océano, de mediodia á oriente por el Mediterráneo, y linda con la Francia por entre oriente y norte, donde fijó la naturaleza una dilatada cordillera de montes casi inaccesibles, que sirve de barrera á entrambos reinos. Se regula su

ámbito ó circuito en quinientas ochenta y una leguas, y su mayor travesía en poco mas de doscientas, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones.

La España, que en el dia va á buscar el oro y la plata por entre mil peligros á los extremos del globo, poseyó en otro tiempo ricas minas de uno y otro metal, y actualmente conserva algunas bien copiosas de azogue, hierro, estaño, plomo, cobre, y de toda especie de semimetales. Su suelo, muy fecundo por lo general, se halla regado por una multitud de rios mas ó menos caudalosos; pero muy abundantes de pesca. Entre sus risueñas llanuras se elevan montañas cubiertas de árboles de toda especie, horadadas en algunas partes de cavernas, que horrorizan y asombran al curioso pasajero. No se encuentran en España los animales feroces del Africa y del Asia, sino los de los climas templados, como osos, lobos, etc.

El cielo es puro y sereno; se respira un aire benigno; y aunque los calores en algunas provincias y en ciertas estaciones suelen ser algo incómodos, nunca llegan al término de escesivos é insufribles, ademas de que la tierra misma suministra los medios de hacerlos mas tolerables, produciendo en abundancia naranjas, limones, y otra multitud de frutas frescas y gustosas. La naturaleza no ha querido escasear á sus habitantes ni el trigo mas granado, ni los mas preciosos vinos, ni el aceite mas sustancioso, ni la mas delicada miel; y para establecer mejor la recíproca sociedad ó comunicacion de las provincias entre sí, ha dispuesto con admirable economía que lo que falta en unas, sea suplido ventajosamente por lo que sobra en otras.

Las lanas de esta península disfrutan de una reputacion justamente merecida; pero las mas finas son las que producen los ganados *trashumantes*, llamados así porque trashuman, ó viajan constantemente para pasar el verano en las sierras, y el invierno en las dehesas de las provincias meridionales, observando entre sí los mayores, ó cabezas de estos rebaños, cierta correspondencia para no encontrarse en el camino, ni perjudicarse en el disfrute de los pastos. Cuando se manufacturaban en España todas las lanas finas, eran considerables las utilidades que se reportaban; pero estas han bajado á proporcion de las ganancias de los estrangeros, que compran en el dia la mayor parte, y á quienes esta produccion, que benefician con su propia industria, ofrece un manantial inagotable de riquezas.

Lo que se llama carácter de una nacion suele ser el resultado de la educacion y del gobierno; pero hay ciertas señales constantes que parece determinan la índole y genio nativo de los habitantes de cada pais; y los españoles son conocidos por su admirable constancia en medio de los infortunios, y por cierta superioridad de alma con que por no abatirse prefieren los mayores males. Son generalmente serios, circunspectos, sobrios, opuestos á la embria-



guez, agradecidos y fieles á sus amigos. Delibera despacio; pero una vez decididos ejecutan con teson. Suele tachárseles de *fanfarrones*, ó de que se jactan de su valor mas de lo justo; pero al ménos si se alaban de valientes, pueden hacerlo con razon. En el discurso de esta historia se citarán mil ocasiones en que han dado no solo las mas señaladas, sino incomparables pruebas de su esfuerzo y bizarría; y los romanos y cartagineses se disputaban á porfía la gloria de llevar entre sus tropas soldados españoles. En efecto, siempre han sido estos fuertes, denodados y muy delicados en los puntos de honor; y la jactancia de que se les moteja quizá procede del carácter de su idioma, que es grave, sonoro, y á veces enfático. Las mugeres españolas han sido en todos tiempos recomendables por su pudor; y en cuanto á su hermosura sucede lo que en todo el mundo. En unas provincias son por lo comun mas agraciadas que en otras; pero en todas llevan siempre ventajas á las demas europeas en la viveza, despejo, gentileza, talento y otras prendas, que cultivadas por una buena educacion, las constituirian sin disputa el ornamento de su sexo.

El terreno de España parece de los mas á propósito para influir en las ciencias, pues cuando los romanos subyugaron el mundo conocido entónces, de ninguna parte salieron tantos oradores y poetas célebres como de la nacion española; y los árabes, que la conquistaron despues, y que en su pais eran verdaderamente bárbaros, se afinaron en ella de tal modo, que llevaron las artes, las humanidades, la medicina, la agricultura y las ciencias exactas hasta un grado que les hará perpetuamente honor.

Han disputado mucho los historiadores sobre quienes fueron los primeros pobladores de España. Unos hacen este honor á Tubal y á su familia, otros á Tarsis, y aun otros discurren de diverso modo; pero la verdad es que nada puede asegurarse con certidumbre sobre el particular, como tampoco sobre las leyes, costumbres y gobierno de estos primeros habitantes de la España, hasta el siglo XV antes de Jesucristo, en que vinieron á establecerse en ella varias colonias fenicias atraídas de su buen temperamento, de la fecundidad de sus tierras, y de la abundancia de sus minas de oro y plata. Sabemos que entónces la hallaron ya poblada de unos hombres sencillos, con pocas necesidades, con pocos deseos por consiguiente, y contentos con los copiosos frutos que la naturaleza les ofrecia casi espontáneamente: que los fenicios, comerciantes é industriosos desde la mas remota antigüedad, supieron sacar el mas ventajoso partido de tan bellas disposiciones; y aplicándose á promover su comercio, y á enriquecerse con el aumento de las ganancias, se estendieron por la Bética ó Andalucía, punto en que primero se establecieron, fundando la ciudad de Cádiz, é introdujeron su idioma y sus costumbres: que

la comunicacion frecuente de los fenicios en la Andalucía mudó en

breve el semblante de aquel pais, inspirando en el pueblo basto é ignorante una civilidad de trato hasta entónces desconocida ; y que á poco tiempo ostentaron los naturales aquel aire de cultura que recibieron de sus huéspedes.

Pero no fueron los fenicios los únicos extranjeros á quienes atrajo la fama de la riqueza de la Península. Los rodios, los samios, los focenses y otras naciones enviaron sucesivamente varias colonias, que ocupando con violencia ó con astucia los terrenos que pudieron usurpar á los primitivos habitantes de este bello pais, se establecieron en las costas del Mediterráneo ; pero los cartagineses fueron los que principalmente lograron no solo introducirse, sino dominar en él. Valiéronse al principio del pretesto del comercio, frecuentando la costa de Cádiz ; edificaron despues en ella casas, templos, almacenes, y aun fortalezas ; y al fin consiguieron enseñorearse de toda la Andalucía, empleando la fuerza cuando no alcanzaba el artificio. Su comercio y poder llegaron por este medio á elevarse á un estado el mas floreciente ; pero en el siglo IV ántes de la era cristiana, los acontecimientos de la primera guerra púnica les obligaron á desamparar los puestos que ocupaban en la Bética para acudir al socorro de su patria, ó acaso los andaluces se aprovecharon de aquellas críticas circunstancias para rechazarlos. No era fácil sin embargo que los cartagineses se resolviesen á abandonar absolutamente el comercio de España, cuyos ricos provechos eran el principal apoyo de su república. Le continuaron pues con mas ó ménos actividad ; y en el tratado de paz, que puso fin á aquella sangrienta guerra, si bien recibieron la ley, quisieron conservar á todo trance el comercio del Mediterráneo.

Pero la ambicion y el orgullo de Cartago no podian satisfacerse con un mero comercio, sin algun aire de dominio. La primera guerra púnica, y las exorbitantes sumas que le exigió la prepotencia romana, y que se vió precisada á pagar por libertarse de mayores vejaciones, habian quebrantado sus fuerzas y abatido su poder. Conservaban no obstante los cartagineses, en medio de sus desgracias, la superioridad de ánimo, y se alentaban con la esperanza de vengarse : de suerte, que apénas cesaron las hostilidades pusieron la mira en los antiguos dominios españoles ; y avergonzados de haberlos perdido ó abandonado, se prepararon para restablecerse en ellos. Amilcar Barca, noble cartagines, que se habia hecho célebre en aquella guerra, fué nombrado para hacerla

A. de J.-C. 237.

en España ; y en el año de 237 á la frente de un poderoso ejército desembarcó en Cádiz, ciudad que sin duda conservaba aun la amistad y buena correspondencia con Cartago. Desde allí empezó sus escursiones por el continente, talando las campiñas, saqueando los pueblos, esclavizando á sus habitantes, y enriqueciendo á sus tropas con los despojos ; y asolada por este medio una gran parte de la Bética, penetró por varios



puntos de la Estremadura y Portugal. En vano se armaron los desgraciados naturales en defensa de su libertad y de su patria. Batidos unos constantemente por Amilcar, halagados otros con lisonjas, dádivas y promesas, apenas quedó en el espacio de nueve años pueblo alguno de esta parte de la España, que no reconociese el dominio cartagines. Los vetones, situados en los confines de la Estremadura y del reino de Leon, fueron los únicos que lograron *contener los progresos de aquel victorioso caudillo, que puesto sobre la ciudad de Helice, cuya precisa situacion se ignora, les amenazaba con la esclavitud. Confederados contra el comun enemigo los régulos de aquella comarca, salieron en busca de Amilcar, y con uno de aquellos ardides que sugieren la desesperacion y el amor á la independenciam, triunfaron de todo el esfuerzo de tan experimentado capitán. Orison, uno de aquellos régulos, fingiendo reunirse con Amilcar, introdujo en la plaza un refuerzo considerable de tropas; y apostándose al mismo tiempo los demas príncipes con su ejército detras de unos carros cargados de leña, que colocaron á la vista del campo enemigo, esperaron el ataque con la seguridad de la victoria. Los cartagineses, no penetrando la astucia de esta estratagema, prurupieron en grandes risas y voces de desprecio, y descuidando el asedio de la plaza se dirigieron confiados hácia aquella especie de espantajo. Entónces los españoles poniendo en un momento fuego á las faginas, y aguijoneando contra el ejército cartagines los bueyes uncidos á los carros, consiguieron esparcir por todas partes el desórden y el terror; salieron improvisamente la guarnicion y las tropas emboscadas; y atacando con singular denuedo al enemigo, le obligaron á ponerse en fuga despues de cubrir el campo de cadáveres. Cargado Amilcar por los escuadrones de Orison al atravesar el Guadiana, fué herido gravemente, cayó del caballo, y se ahogó en las aguas de aquel rio.*

El jóven Asdrubal, yerno de Amilcar, que le acompañaba en esta espedicion, tomó el mando del ejército por decreto del senado cartagines, y reforzado con un copioso número de tropas, que se le enviaron del Africa, se puso inmediatamente en campaña contra Orison y sus aliados, los derrotó completamente, y se apoderó de doce ciudades por fruto de su victoria. Tomó despues el camino de la Celtiberia, hasta las cercanías del Ebro; é hizo en esta marcha tan rápidas é importantes conquistas, que amplió de un modo indecible los dominios de Cartago. Pero lo que sobre todo debe hacer recomendable su nombre, es la humanidad con que se conducia aun en medio de sus triunfos, economizando cuanto le era posible, así la sangre de sus guerreros, como la de sus enemigos mismos. Solamente la necesidad le obligaba á emplear la fuerza, y aun entónces solia valerse del ardor y fogosidad del jóven Anibal, que disciplinado bajo la conducta de su padre Amilcar, apenas conocia otro modo de ven-

cer que la violencia. Asdrubal halagaba, trataba con dulzura, lisonjeaba; y su afabilidad y amable carácter de tal modo le conciliaron el amor de la misma nacion, á la cual ponía con blandura el yugo sobre el cuello, que sus naturales llegaron á disputarse el honor de militar bajo de sus banderas. Muchos pueblos le aclamaron su general; y fallecida su muger le ofrecieron una princesa española, á quien dió la mano de esposo. Entre los confines de las amenas provincias de Valencia y Murcia edificó á las orillas del mar una ciudad con buenas fortificaciones y buen puerto, á la cual honró con el nombre de la capital de la república, llamándola *nueva Cartago*, bien conocida en el dia con el de *Cartagena*, y que destinada desde el principio no solo para corte de los cartagineses, sino tambien á cuartel general de sus tropas, arsenal de sus naves, y emporio de su comercio, vino finalmente á ser el mas fecundo manantial de sus riquezas.

Los saguntinos, los ampuritanos y demas pueblos originarios de la Grecia, que habitaban las costas de Cataluña y Valencia, temieron el poder de los cartagineses; pero no considerándose con fuerzas para resistir en caso de rompimiento, solicitaron la alianza y proteccion de Roma. Esta ambiciosa república, émula perpetua de las glorias de Cartago, que no podia mirar con indiferencia el dominio tan vasto que adquiria en España, y codiciaba desde mucho tiempo las riquezas que hacian tan envidiable la posesion de esta bella porcion del globo, tomó á su cargo con tanto mas gusto la proteccion de aquellos pueblos, cuanto le proporcionaba un pretexto para romper con su competidora, é introducirse con alguna apariencia de justicia á disputarla el terreno. Para que no faltase á Roma alguna razon aparente de mezclarse en los negocios de España, despachó embajadores al Africa y al general cartagines con la propuesta de que este ciñese sus conquistas á las márgenes del Ebro, sin estenderlas á los pueblos situados entre este rio y los Pirineos, ni inquietar á los demas que se habian declarado aliados y amigos de los romanos. Súplicas hay que son amenazas disfrazadas en traje de ruegos; pero hay ocasiones en que es preciso desentenderse de los agravios, y disimular los insultos. Asdrubal y Cartago penetraron fácilmente los designios de Roma; pero hubieron de contemporizar, porque no se hallaban en disposicion de contradecir, ó por parecerles que acaso la España no estaba tan olvidada de su antigua libertad, que no sacudiese el yugo cartagines apenas se le ofreciese ocasion oportuna. Este aspecto presentaban los negocios de aquella república africana, cuando en el

A. de J.-C., 220.

año de 220 fué Asdrubal alevosamente asesinado por un esclavo, á cuyo dueño habia hecho quitar la vida ignominiosamente. Un enemigo personal y oculto es siempre formidable, y el mas bajo es capaz de mayor alevosía.

El ejército apellidó á Anibal, y el senado de Cartago confirmó



la eleccion. Veinticinco años de edad tenia á la sazón el nuevo general; pero se hallaba en España desde la de nueve; y el clima de esta península, que en todos los siglos ha producido insignes guerreros, y los ejemplos continuos de valor, repetidos á su vista en diez y seis años de combates, le habian infundido un espíritu extraordinario superior al comun de los conocidos por fuertes y alentados. Apénas se vió revestido de tan honroso cargo, cuando la rebelion de los olcadas, pueblos de Castilla la Nueva, le proporcionó una ocasion oportuna para dar á conocer su pericia y talentos militares. Partir contra ellos, apoderarse de la grande y opulenta ciudad de Altea, su capital, subyugarlos, y regresar á Cartagena cargado de ricos despojos, fué obra de sola una campaña. Penetró al año siguiente en el reino de Leon, y sitió las importantes ciudades de Arbucale y Elmántica, que pertenecia á los belicosos vacceos. La primera, des-

A. de J.-C. 219.

pues de una obstinada resistencia, demasiado costosa á los cartagineses, hubo de rendirse á las fuerzas superiores del enemigo; y Elmántica, hoy Salamanca, aunque no pudo libertarse de la misma suerte, burló de un modo bien singular la astucia de todo un Anibal. Los ciudadanos capitularon su libertad, dejando las armas, y entregando la plaza; admitió Anibal la proposicion, y los hombres evacuaron la ciudad absolutamente desarmados; pero sus mugeres, escitadas á la venganza por un espíritu superior á su sexo, abandonando á la rapacidad del vencedor todas sus joyas y preseas, tomaron la generosa resolucion de sacar las espadas ocultas debajo de sus vestidos, bien persuadidas á que el enemigo no tendria el atrevimiento de reconocerlas. Encargó Anibal á un cuerpo de caballería la custodia de las puertas y de los vencidos, miéntras el resto del ejército se entregaba al saqueo de la ciudad; pero aquellos soldados, con mas codicia que disciplina, cometieron la imprudencia de abandonar su puesto por tomar parte en el pillage, y proporcionaron á las mugeres la ocasion de dividir con sus maridos las armas, y de que entrando desesperadamente en la ciudad, y sorprendiendo á los cartagineses, los hiciesen pedazos y los obligasen á ponerse en fuga. Por desgracia, habiendo conseguido Anibal despues de la primera sorpresa reunir sus despavoridas tropas, embistió á la ciudad con nuevo encarnizamiento y furia; y no pudiendo los salmantinos conservarse en ella, se retiraron cargados del enemigo, y ganaron la cima de un monte vecino, adonde se hicieron fuertes. Allí se mantuvieron por algun tiempo á presencia de los cartagineses, y solamente la necesidad les obligó á rendirse; pero aun entónces lo hicieron con honor, habiendo obtenido el perdón y la libertad de regresar á sus hogares.

Concluida esta expedicion, trató de retirarse Anibal á Cartagena; pero cien mil carpetanos, olcadas y de otros pueblos confederados intentaron disputarle el paso por Castilla la Nueva. Los primeros

ataques desordenaron con efecto parte de sus tropas ; pero el prudente Anibal rehusando constantemente una batalla decisiva, mientras no tuviese seguridad de la victoria, se situó ventajosamente á las orillas del Tajo, y aguardó á que la noche con su oscuridad y silencio cubriese sus movimientos para vadearle. Los españoles atribuyeron á cobardía lo que solo era consecuencia de un plan bien concertado ; y consultando únicamente con su intrepidez y valor, se arrojaron confusamente al agua, suponiendo que solo tardarian en derrotar á su enemigo lo que tardasen en ganar la orilla. Este era el momento que esperaba Anibal para hacerles conocer la superioridad de la prudencia y arte militar sobre la inesperienza y animosidad incauta. Ordenó oportunamente sus elefantes sobre la ribera, formó su caballería, y acometiendo con denuedo á los imprudentes españoles en medio del rio, apénas les dejó arbitrio para huir ni para defenderse. Ahogados, ó al filo de su espada, perecieron allí la mayor parte ; los pocos que las aguas arrojaron á la márgen enemiga, fueron despedazados por los elefantes ; y los que pudieron retroceder, medrosos, desnudos y turbados fueron tambien deshechos por Anibal, que repasando prontamente el rio, los dispersó por multitud de veredas. Revolvió despues contra los pueblos carpetanos, talando, robando, y abrasando casas y heredades, y los atemorizó de suerte, que en breve quedaron todos subyugados.

Otras expediciones se cuentan de este héroe ; pero no refiere la historia si fueron militares ó pacíficas. Se sabe únicamente que estuvo en las estremidades occidentales de la España, donde dió nombre ó acaso formó un puerto cerca del cabo de San Vicente, y que pasó á la Vasconia ó Navarra. Pero las ideas de este general eran todavia mas vastas ; y solo consideraba la conquista de España como un medio para habilitarse á empresas mas gloriosas. Era hijo de un valeroso cartagines, que habia muerto con el dolor de no haber adquirido ventajas sobre los romanos en la primera guerra púnica ; que en la tierna edad de nueve años le habia hecho jurar sobre las aras de Júpiter una enemistad irreconciliable contra Roma ; y que habiéndole educado con este odio, habia logrado hacersele característico. Anibal, por otra parte, conservaba fresca la memoria de la perfidia y violencia con que los romanos despojaron en plena paz de la Cerdeña á los cartagineses ; la declaracion de una guerra injusta á tiempo en que no podian soportarla ; las exorbitantes sumas que les obligaron á satisfacer sin otro motivo que la superioridad que tenia Roma sobre Cartago ; y fermentando todas estas razones en su corazon el deseo de la venganza, concibió el designio de conducir sus armas á Italia, y de llevar la guerra hasta los muros de Roma. Dueño de una gran parte de la España, cuyas provincias le suministraban innumerables soldados de incomparable valor, y cuyas ricas minas le proveian de las sumas



necesarias para los gastos de la guerra, se creyó superior á todos los obstáculos, y se determinó á la ardua empresa, preparándola con singular sagacidad.

Sagunto, hoy Murviedro, ciudad fundada por una de las colonias griegas, gozaba de la proteccion de Roma; y no podian los cartagineses molestarla sin ofensa de aquella república, y una manifiesta infraccion de los tratados; pero el sitio de esta plaza importante era el medio mas seguro para irritar á los romanos y provocarlos á la guerra. No estaba á la verdad autorizado Anibal para dar tan atrevido paso; pero el odio y la venganza, pasiones violentas é ingeniosas, le sugirieron fácilmente el medio de llevar á ejecucion sus ideas; y tomando pretesto de ciertas diferencias suscitadas entre los saguntinos y sus confinantes los turboletas, aliados de Cartago, despachó al Africa algunos principales de este pueblo con cartas para el senado, en las cuales falsamente esponia que los romanos turbaban la paz de España, valiéndose de los saguntinos para inquietar y sublevar á los aliados de Cartago. Estas quejas, reproducidas varias veces con toda la acrimonia y fuego del aborrecimiento, determinaron al senado á hacerle árbitro de los negocios de España; y revestido Anibal de poderes tan absolutos, fingió constituirse mediador entre los saguntinos y turboletas, y emplazó á los primeros para que respondiesen á las quejas de los segundos. Negáronse á reconocer los saguntinos la mediacion de un árbitro tan sospechoso, y apelaron á los romanos sus amigos; pero el orgulloso africano, poco señor de su cólera, solo tardó una noche en mover su ejército, y ponerse sobre Sagunto con ciento y cincuenta mil combatientes. Sorprendidos los habitantes de esta novedad, despacharon embajadores á Roma implorando su auxilio y proteccion en aquellas circunstancias. Roma, en vez de un ejército, se contentó con enviar quien recordase á Anibal y á Cartago los artículos de las convenciones firmadas entre las dos repúblicas, pero ni Cartago ni Anibal se hallaban en disposicion de dar oidos á las reclamaciones de su competidora. Perdieron los romanos en negociaciones infructuosas el tiempo que deberian haber empleado en socorrer á aquella ciudad su fiel aliada; y entre tanto los saguntinos, alentados con la engañosa esperanza de socorro, sufrían con una constancia heróica y un valor maravilloso todos los horrores de un sitio el mas terrible. Los primeros ataques de los cartagineses fueron sin embargo poco afortunados. Los saguntinos abandonados á sus propias fuerzas, pero resueltos á una vigorosa defensa, no solamente recibieron los asaltos con singular denuedo, sino que tambien tentaron muchas salidas y siempre con éxito feliz. El valor de Anibal le condujo á la escala; pero tuvo la desgracia de recibir en un muslo una peligrosa herida, y despues de varios combates, el dolor de ver sus aguerridas tropas rechazadas ignominiosamente hasta sus mismas trincheras. Cuando los

repetidos golpes de los arietes ofrecieron á los sitiadores la entrada por diferentes brechas, los sitiados con indecible intrepidez las ocuparon inmediatamente, las cubrieron con su valor sin retroceder un paso, y las defendieron del ímpetu del enemigo, arrojando sobre él una copiosa lluvia de fuego. En vano por medio de una oculta mina logró Anibal introducir sus tropas en la plaza, y sorprenderla : pues sus bizarros defensores, léjos de desanimarse, se retiraron al centro de la ciudad, se fortificaron en un pequeño recinto adonde encerraron sus familias y sus haberes; y en esta disposicion se mantuvieron con audacia incomparable, hasta que los víveres quedaron absolutamente apurados. Aun entónces oyeron con desprecio las condiciones propuestas por Anibal como indignas de su heróico valor y reputacion; y creyendo mas decoroso vender su libertad y vidas al caro precio de la sangre de Cartago, y caer como esforzados antes de dejarse consumir del hambre, tomaron la magnánima resolucion de morir combatiendo, y de sepultarse bajo las ruinas de su patria. Encendieron en medio de la plaza una crecida hoguera : entregaron á las llamas sus alhajas mas preciosas : y aprovechándose de las sombras y silencio de la noche, hicieron el último esfuerzo de su valor moribundo con una impetuosa salida. Sorprendieron al ejército, le atacaron con furor y rabia, é hicieron horrible carnicería. El combate fué obstinado : los españoles pelearon como leones, y solo cesó el estrago de los cartagineses cuando dejaron de vivir los saguntinos. Observaban sus mugeres desde la trinchera la sangrienta pelea; y luego que conocieron que el acero enemigo habia acabado con los últimos defensores de Sagunto, quitaron la vida á sus tiernos hijos; y despues sacrificaron las suyas al rigor de la espada, y á la voracidad del incendio que consumia los edificios. Así pereció despues de ocho meses de sitio la célebre Sagunto, víctima de su constancia y lealtad, dejando al vencedor por despojo un monton de cenizas y un espantoso esqueleto de ciudad. La memoria de su ruina será perpetuamente gloriosa á los españoles, así como para el pueblo romano será un borron eterno haberla abandonado tan infamemente.

La noticia de la ruina de Sagunto conmovió en tales términos al senado de Roma, que al momento despachó embajadores á Cartago, exigiendo perentoriamente una satisfaccion. Negóse con altivez Cartago á darla; y esta fué la centella, que encendiendo entre las dos repúblicas la segunda guerra púnica, condujo á la africana á su última ruina. Anibal, enviando al Africa un cuerpo de quince mil españoles para ponerla á cubierto de cualquiera invasion de los romanos, y dejando en España igual número de tropas africanas bajo las órdenes de su hermano Asdrubal, se puso inmediatamente en marcha para Italia con un ejército de cien mil combatientes, entre españoles y africanos, con el designio de penetrar hasta la misma Roma, y de quitar á sus guer-



rereros el trabajo de buscar en España al enemigo. Dejemos á este animoso jóven encendido en ira y lleno de pensamientos sanguinarios abrirse paso por los Alpes, y derrotar consecutivamente cuatro ejércitos romanos sobre el Tesino, Trevia, Trasimeno y Canas; dejémosle malograr el fruto de sus victorias en las delicias de Capua; y convirtámos únicamente la vista hácia los incautos españoles, que en vez de permanecer tranquilos espectadores de una competencia tan favorable al recobro de su perdida libertad, cometieron la imprudencia de mezclarse en los intereses de las dos potencias rivales, afanando ellos mismos por fabricarse las cadenas para recibir las de Cartago ó de Roma, segun la aficion de cada uno.

Apénas se tuvo conocimiento en Roma de las disposiciones hostiles de Cartago, fué nombrado general del ejército de España el cónsul Publio Cornelio Scipion, quien haciéndose inmediatamente á la vela con una escuadra de sesenta naves y un mediano ejército, desembarcó en Marsella con el objeto de adquirir noticias sobre las marchas de Anibal. Supo allí que intentaba atravesar el Ródano á la frente de un numeroso ejército que conducia á Italia; y recelando que los romanos pudiesen ser sorprendidos del formidable enemigo, dejó el mando de las armas destinadas contra España á su hermano Gneo, y con poca gente se embarcó para Génova, con ánimo de incorporarse á las tropas alistadas en las riberas del Po, y de oponerse al cartagines en la bajada de los Alpes. Gneo Cornelio prosiguió su navegacion; y aportando á Ampurias, colonia griega en Cataluña, desembarcó sus legiones.

Los primeros movimientos del general romano fueron mas propios de quien llega para hacer descubrimientos, que de un guerrero dispuesto á pelear. El concepto poco favorable que tenian los españoles de los romanos despues de la ruina de Sagunto le hizo cauto y prudente. Recorrió las costas del Mediterráneo desde los Pirineos hasta el Ebro, ora tomando tierra en un parage, ora en otra playa, conforme á la esperanza de un buen recibimiento; y bien presto su afabilidad y dulce trato desvanecieron la desconfianza con que era recibida la amistad romana, fomentando el odio concebido contra los cartagineses por su altivez y prepotencia. Esta favorable combinacion de circunstancias puso en sus manos gran parte de los paises de aquellas costas; se le unieron tambien muchas valientes tropas, que se ofrecian á combatir gustosas contra los dueños aborrecidos; y engrosado el ejército romano con un considerable número de infantería española, tuvo Scipion la complacencia de poderle fiar la conquista de su propia patria con el pretexto de libertarla de la opresion y yugo de Cartago. El general cartagines Hannon, á quien habia fiado Anibal la defensa y custodia de aquella provincia, uniendo sus fuerzas con las de Andobal, príncipe español, amigo y aliado de los cartagineses, salió al encuentro á

los romanos, pero se decidió bien presto la batalla con la muerte de seis mil cartagineses, con la prision de dos mil, entre ellos los dos jefes, con la fuga de todos los demas, y quedando los vencedores dueños del cuantioso y rico bagage que Anibal habia depositado en Hannon ántes de partir á la espedicion de Italia. Esta victoria allanó á los romanos el camino para ganarse fácilmente la amistad de la mayor parte de los catalanes.

La fama de la derrota de los cartagineses, corriendo, aunque confusa, por todo el reino de Valencia, llegó á los oidos de Asdrubal, que estaba en Cartagena mandando la provincia; y partiendo este caudillo como un rayo con solos nueve mil hombres, pasó el Ebro, halló en las cercanías de Tarragona á la tripulacion y soldados de marina de Gneo esparcidos tranquilamente y descuidados con la reciente victoria, los sorprendió é hizo pedazos, y obligó á guarecerse en las naves á los que pudieron salvarse de su furor. No creyó prudente sin embargo medir sus reducidas fuerzas con todo el grueso del ejército romano, que á vista de sus movimientos le salia al encuentro, y retrocedió al reino de Valencia; pero apénas supo que Scipion, con noticia de su fuga, se habia retirado á Ampurias, volvió á pasar el Ebro con el objeto únicamente de asegurar una faccion poderosa entre los españoles de aquellos paísés. Lo consiguió en efecto. Los ilergetas, pueblo respetable, que se estendia á lo largo del rio Segre hasta el Gállego, y habia firmado un tratado de alianza con Gneo, entregándole rehenes en prueba de su fidelidad, seducido por Asdrubal, quebrantó sus juramentos, tomó las armas, y combinada su juventud con los cartagineses cometió varias hostilidades en los países confinantes afectos á los romanos. Satisfecho el cartagines con esta pequeña ventaja, se restituyó á Cartagena á continuar sus marciales preparativos; y el general romano, poniéndose inmediatamente en marcha contra aquel pueblo desleal, rechazó á los amotinados que le salieron al encuentro, despues de haberlos reducido á su obediencia, rindiendo á su capital Atanagia, é imponiéndoles una contribucion, pasó á sojuzgar otros países vecinos del Ebro, que tambien se habian declarado por Cartago. Cercó Gneo Scipion su capital, cuyo nombre no se sabe con certeza; pero los lacedaños, sus confinantes y amigos, intentaron introducir en ella un buen socorro al abrigo de las tinieblas de la noche; y los romanos, que habian espiado sus movimientos, y les esperaban en una emboscada, atacándolos improvisamente, dejaron doce mil hombres tendidos en el campo, y pusieron á los demas en precipitada fuga. La plaza sin embargo mantuvo un obstinado sitio de treinta días; y aun hubiera sido mayor su resistencia, á no haberse visto abandonados sus valerosos defensores por Amusito, su principe, que despreciando su honor se pasó cobardemente al campo enemigo. Esta vileza del jefe obligó á los españoles á capitular, mediante cierta



suma de dinero; y Scipion, que á la violencia del frio y en tantos y tan peligrosos combates habia perdido mucha gente, no pensó en sacar mayores ventajas de su victoria, y se retiró á invernar á Tarragona.

Pero ya era tiempo de que Asdrubal se determinase á salir en persona por el honor de Cartago, acreditando á los pueblos españoles que no cedia en valor á su esforzado enemigo. A. de J.-C. 217. En el año siguiente de 217 zarpó de Cartagena una poderosa armada de cuarenta buques bajo la conducta del general Amilcar ó Himilcon, que costeando las playas de Valencia con direccion á las de Cataluña, llegó hasta la embocadura del Ebro, protegida del ejército que por la costa conducía el mismo Asdrubal resuelto á acometer á su competidor donde quiera que le hallase. El general romano, á quien no podia ocultarse este movimiento, resolvió salirle al encuentro; pero considerando la desproporcion de sus fuerzas terrestres con las de su enemigo, se hizo á la vela con treinta y cinco bajeles, y tuvo la fortuna de sorprender á la escuadra cartaginesa ántes de que pudiesen anunciarle su venida las atalayas de la costa. En vano procuró con la mayor actividad Asdrubal comunicar el aviso por aquellas campiñas para que los marinos y soldados esparcidos por ellas corriesen apresuradamente á ocupar sus puestos; y en vano circulaban sus órdenes con la mayor rapidez: pues la confusion, el desórden y el tumulto retardaban su ejecucion. Aun no bien embarcadas las tropas de marina, dieron osadamente principio los romanos al combate con el apresamiento de dos naves y sumersion de otras cuatro; y cerrando la embocadura del rio, inutilizaron los esfuerzos de la armada enemiga por salir á batirse en alta mar. Este apuro fué un nuevo estímulo para cada cartagines; se multiplicaban los prodigios de valor; todo se intentaba; pero con la desgracia de que en la confusion la chusma impedia las operaciones militares, y los soldados las navales. No quedándoles en el conflicto otro recurso que volver las proas contra la corriente, procuraron internarse por este medio tierra adentro; pero la precipitacion con que se ejecutaba esta maniobra fué causa de que chocando contra sí mismas las naves, se impidiesen mutuamente el paso, y diesen muchas al traves. No hubo pues mas efugio que arribar á las orillas, y acogerse al abrigo del ejército. Por entre mil peligros lograron con efecto salvarse de la muerte ó de la esclavitud algunos guerreros; pero hubieron de abandonar las naves á las ondas, ó por mejor decir, á los romanos, los cuales despreciando los dardos de las tropas enemigas formadas sobre la ribera, se hicieron fácilmente dueños de veinticinco, únicas que habian quedado servibles, y desplegaron las velas al viento señores de aquellas aguas.

Esta memorable accion, tanto mas gloriosa y útil cuanto ménos costosa, inspiró á los vencedores un indecible aliento. Cartagena,

capital de los enemigos, era el mas grande objeto que podia ofrecerse al animoso general romano; en ella puso la mira, y hácia ella dirigió el rumbo de su armada resuelto á aprovecharse de la ausencia del caudillo y ejército cartagines. Honosca, ciudad situada, segun parece, en el sitio que hoy ocupa Valencia, ó en sus cercanías, sufrió primero las terribles consecuencias de resolucion tan imprevista. Scipion arribó á aquellas playas, desembarcó sus tropas y saqueó la ciudad, bien agena de esta sorpresa. En Cartagena halló no obstante dificultades que malograron en parte su proyecto, pero ya que las inespugnables fortificaciones de la plaza le impidieron apoderarse de ella, taló sus campiñas hasta debajo de sus muros, incendió sus mismos arrabales, y cargada su flota de riquezas, partió contra Logúntica. Esta ciudad debia estar sin duda destinada á servir de almacen del esparto acopiado por Asdrubal para el cordage y jarcias de las naves. Scipion se aprovechó de aquel acopio, entregó á las llamas cuanto no podia llevar consigo, y se dirigió á Ibiza amenazando estragos y ruina á los cartagineses. Ereso, su capital, establecimiento noble de Cartago, que contaba cinco siglos de antigüedad, habia merecido á sus dueños tan particular atencion en esta dilatada serie de años, que nada habian omitido para hacerla inespugnable. Tal la experimentó el general romano, quien comprendiendo á los dos dias de sitio que sus esfuerzos y fatigas serian absolutamente infructuosos, no quiso obstinarse imprudentemente en un bloqueo de peligro cierto y de éxito dudoso. Le era sumamente preciosa la sangre de sus soldados para derramarla con profusion, y acaso inútilmente. Esplicó pues su ira con el incendio y pillage de las campiñas, aldeas y alquerías: la riqueza de la isla, emporio entónces de un comercio floreciente, le proporcionó un botin extraordinario; y satisfecho de haber concluido tan felizmente su expedicion regresó á Tarragona.

En estas circunstancias probó Gneo la mayor satisfaccion á que puede aspirar un general sensible á los estímulos del honor y de la gloria. La fama de las victorias y superioridad de los romanos en los encuentros con los cartagineses, acompañada de la voz pública de su humanidad, resonó por todas las provincias de España que se estienden desde el Mediterráneo al Océano, y atrajo á la tienda de Scipion una multitud de embajadores ofreciéndole la amistad y la alianza de sus respectivos pueblos. Pasaron de ciento y veinte las ciudades, villas y aldeas que en esta ocasion se confederaron con Roma, comprendidos todos los pueblos de la parte citerior del Ebro, muchos de la banda opuesta, y algunos de lo mas remoto de España; y aumentadas por este medio las fuerzas de su ejército con un crecido número de tropas auxiliares, privado su enemigo del socorro de tantos pueblos fuertes y agueridos, creyó que en adelante nada podria contrarestar su bizarría.



La facilidad con que estos pueblos se aliaron con el general romano, no mereció la aprobacion de todos. Quién la caracterizaba de cobardía, quién de vileza, y quién cuando ménos de imprudencia; pero los que mas se distinguieron entre los descontentos fueron Andobal y Mandonio, dos príncipes hermanos, del pais de los ilergetas. La nobleza de su sangre les inspiraba mas ánimo, ó daba mayor libertad para reprobar lo que no era de su gusto; autorizaba al mismo tiempo sus discursos entre sus súbditos y personas de condicion inferior; y conmovidos fácilmente aquellos naturales, que ya en otra ocasion habian dado muestras de su oposicion á los romanos, salieron tumultuariamente á talar las campiñas de sus confinantes. Pero ellos eran un solo pueblo encerrado entre otros muchos afectos y aliados todos de Roma; una multitud sin órden, sin disciplina, y arrastrada inconsideradamente del furor á una empresa poco meditada; y los pueblos vecinos, auxiliados de un cuerpo de tres mil romanos, los batieron fácilmente, mataron y aprisionaron un grande número, y pusieron á los demas en fuga. Los ilergetas cedieron pues á la fuerza; pero sin embargo Asdrubal, noticioso de esta inquietud favorable á sus armas, voló á fomentarla, y se acampó con este objeto en el pais de los ilercaonios ó ilergavones, que habitaban las bocas del Ebro sobre las dos orillas del rio. La actividad y prudencia militar de Scipion sin darle lugar á ello, supieron obligar al general cartagines á abandonar su proyecto, escitando en otras partes un incendio mucho mayor que en vano procuró sofocar. Confinaban con los ilergetas los celtiberos, pueblo amigo de Roma, numeroso, fuerte y valiente, que se estendia por una gran parte de Aragon y Castilla la Vieja, y cuya bizarría se habia hecho muchas veces célebre en las guerras de Cartago, y resonaba entónces en Italia con mucha gloria de Anibal. La ardua empresa de conquistar los dominios que los cartagineses poseian cerca de Cartagena, y que Gneo Scipion habia hasta entónces desconfiado de sojuzgar con sus armas, fué confiada á su esfuerzo; y los celtiberos, cuyo carácter era la fidelidad, y su inclinacion la guerra, formando inmediatamente un grueso ejército, y marchando contra Cartagena, se apoderaron de tres ciudades, dieron dos batallas á Asdrubal, esparcieron el terror por el ejército cartagines, hicieron cuatro mil prisioneros, y dejaron quince mil hombres tendidos en el campo.

Miéntas ardia con mas furor la guerra celtibérica, llegó á España conduciendo un socorro considerable de tropas y de naves el valiente Publio Cornelio Scipion, destinado por el senado de Roma á continuar la conquista de la Península, á pesar de haber espirado el tiempo de su consulado; y el ejército reforzado por este medio, y acaudillado por dos tan grandes capitanes, se creyó entónces muy superior á todas las fuerzas de Asdrubal, y á cuantos obstáculos pudiesen oponérsele para estender



con gloria y esplendor el nombre romano. Sus primeros movimientos se dirigieron contra Sagunto, aquella ciudad famosa destruida, restablecida por Anibal, y destinada entónces á servir de depósito de los rehenes españoles que habian recibido los cartagineses por garantes de la fidelidad de las ciudades amigas. Esta honrada prision de la flor de la juventud española era el freno mas poderoso para mantener á los pueblos en la amistad de Cartago; por esto mismo creyeron los Scipiones de la mayor importancia la conquista de esta plaza; y ninguna ocasion mas oportuna para conseguirla que aquella en que se hallaban los cartagineses oprimidos de las armas de los celtiberos. Las legiones romanas habian ya pasado el Ebro con direccion á ella, cuando les salió al encuentro cierto noble saguntino, llamado Abeloce ó Abilux, que impaciente y disgustado con el dominio cartagines, y deseoso de ayudar á la patria á sacudir el yugo, haciendo al mismo tiempo su nombre memorable con algun hecho insigne que le conciliase el aprecio de nacionales y romanos, se ofreció á poner en manos de los Scipiones los rehenes que encerraba Sagunto, siempre que estos le prometiesen darles despues la libertad para que se restituyesen á sus casas.

No podia hacérseles á los dos generales una proposicion mas lisonjera. Sin derramar sangre y sin riesgo privaban á los cartagineses de la única prenda que les aseguraba en el dominio de la España; libraban á esta de las cadenas que á su pesar la sujetaban á la república africana; y haciendo á los pueblos españoles don generoso de sus prisioneros, se conciliaban finalmente su amistad y aprecio. Convenido con ellos el intrépido español, pasó al pabellon de Bostar, gobernador de Sagunto, que estaba acampado sobre las playas para impedir cualquiera desembarco; y afectando sinceridad y celo supo pintarle con tan vivos colores la proximidad de los romanos, y el inminente riesgo de que asaltando la plaza, cayesen en su poder los rehenes españoles, que Bostar dió incautamente en el lazo, adhiriendo sin dificultad al pensamiento que le propuso de restituirlos á sus patrias: « No falta, le dijo, á los cartagineses ni á los saguntinos valor para rechazar todas las fuerzas de los romanos; pero ¿quién nos librárá del motin de los prisioneros, ó quién podrá impedir su fuga al campo enemigo? Libre Sagunto de la zozobra de inquietudes internas, se burlará de los esfuerzos de Roma; y vuestra generosidad ligará mas estrechamente los corazones de los españoles, que nunca serán mas esclavos vuestros que en el momento mismo en que les concedéis la libertad. Yo mismo me ofrezco á conducir los prisioneros á sus casas, consolaré con su vista á sus padres y hermanos, exaltaré la clemencia de los cartagineses, y echaré un lazo mas estrecho á los corazones de los españoles. » Instruidos secretamente los romanos por Abeloce del estado de su negociacion, esperaron emboscados la noche en que el astuto medianero debia salir de la plaza conduciendo los

rehenes escoltados por un cuerpo de tropas; llegó por fin, y apenas se hallaban estos á alguna distancia de la ciudad, fueron inesperadamente sorprendidos, y conducidos todos prisioneros á los reales. Los Scipiones, sin embargo, fieles á su palabra, esplicaron su gratitud entregando aquellos rescatados españoles á la conducta de Abeloce para que los restituyese á sus patrias; y logrado el objeto de su expedicion, suspendieron sus proyectos de penetrar en lo interior de la Península, hasta que mejorada la estacion les permitiese volver á la campaña, y reportar el fruto del agradecimiento de los pueblos favorecidos con el reciente beneficio.

A este efecto tomaron de nuevo las armas apenas llegó la primavera del año siguiente 210, dividiendo entre los dos el mando de sus fuerzas. Gneo se puso á la frente del ejército; Publio montó la capitana de la armada; y concertado el plan de sus operaciones, se prometieron que en breve apenas quedaria en España pueblo alguno que no reconociese la autoridad de Roma. La prosperidad que acompañaba á todas sus empresas, la situacion de las cosas, y la debilidad del enemigo, les anunciaban la mas lisonjera suerte, y una feliz casualidad acabó de confirmarles en sus esperanzas.

Asdrubal, cuyas fuerzas habian padecido considerable quebranto en tan continuada serie de acontecimientos infaustos, y que no se habia atrevido por lo mismo á atajar los progresos de sus enemigos, reforzado con un pequeño número de tropas cartaginesas, resolvió aventurarse nuevamente á los caprichos é inconstancia de la fortuna, y salió de Cartagena con ánimo de atacar á los romanos en su mismo cuartel: pero un accidente imprevisto detuvo sus pasos, desconcertó sus ideas, y malogró todos los esfuerzos de su valor. Algunos de sus oficiales de marina, que ofendidos gravemente de la severidad con que fueron reprendidos por el infeliz suceso de la batalla de las bocas del Ebro, abrigaban todavía en su pecho el mas vivo resentimiento, viéndose en la precision de volver al servicio, prefirieron una desercion vergonzosa al riesgo de segunda batalla, y tal vez de nuevas represiones. Aun no bien satisfechos con esto sus deseos de venganza, penetraron en los paises inmediatos al Estrecho de Gibraltar, sublevaron contra los cartagineses á los carpesios y á algunas ciudades vecinas, se apoderaron á viva fuerza de una que hizo resistencia, y eligieron por su caudillo á un noble del pais llamado Galbo. Asdrubal, sorprendido de que el partido romano empezase á fermentar en provincias que parecian mas seguras por la mayor distancia, partió inmediatamente á sofocar la insurreccion, y encontró á los españoles parte acampados con su jefe debajo de las murallas de la plaza conquistada, parte derramados por aquellos contornos. Una maniobra del general cartagines impidió la reunion de estos con aquellos; pero saliendo los carpesios de sus atrincheramientos,



atacaron con tal ferocidad á sus invasores, que los obligaron á tomar la fuga, precisando al mismo Asdrubal á retirarse y hacerse fuerte en una colina inaccesible por su situacion. La esperiencia habia enseñado á este caudillo la superioridad de la caballería española respecto de sus numidas, y las ventajas en valor y fuerzas de la infantería sobre sus africanos. Por lo mismo fueron inútiles todas las tentativas de los españoles para hacerle abandonar tan ventajosa posicion, y no pudiendo atraerle á la lid, se arrojaron sobre la ciudad de Asena, donde conservaban los cartagineses algunos almacenes de víveres y provisiones de guerra, la tomaron por asalto, y se apoderaron al mismo tiempo de las campiñas circunvecinas. La inmediacion de esta plaza al atrincheramiento de Asdrubal le proporcionó observar que los españoles, gozosos con la victoria, y enagenados con el feliz suceso, caminaban desordenados; y bajando entónces de la colina, les acometió intrepidamente ántes de que pudiesen reunirse bajo de sus banderas. El primer choque llenó sin embargo de terror á los cartagineses; pero el valor no pudo resistir mucho tiempo el número; y la osadía hubo de ceder al arte y á la pericia militar. Los españoles formando un cuerpo de sus dispersos pelotones pelearon con el mayor teson por rechazar un numeroso ejército, que formado en filas muy estendidas intentaba cercarlos; pero estrechados por sí mismos, y cerrados por todas partes de los batallones que les circuián, se vieron reducidos al extremo de no poder moverse ni manejar la espada. Todos hubieran sido miserablemente pasados á cuchillo, si acometiendo impetuosamente hácia una misma parte, no hubieran conseguido romper los escuadrones enemigos, y abrirse paso con las armas, salvándose en los montes los pocos que no cayeron bajo la cortante espada del vencedor.

Aun no bien sosegada esta sublevacion, recibió orden Asdrubal para marchar con sus fuerzas á Italia, adonde la fortuna empezaba á desamparar á su hermano, y á eclipsar la gloria de sus armas: novedad que esparciéndose inmediatamente por la Península renovó las inquietudes de los pueblos, y les animó á tomar el partido de los romanos, como los únicos que se podian hacer temer en adelante. En vano representó el cartagineses á su gobierno los inconvenientes de su partida, el perjuicio que habia ya ocasionado á los intereses de Cartago la esperanza sola de su marcha, y el riesgo evidente de perder la España toda, si el senado no le enviaba primero un sucesor con fuerzas suficientes para contener á los españoles, y hacer frente á los romanos. Lo único que pudo obtener fué que pasase á España un grueso ejército bajo la conducta de Himilcon, nombrado general en jefe; y despues de haber comunicado sus instrucciones al nuevo caudillo, se puso en marcha con direccion al Ebro, intentando abrirse por aquella parte el paso de los Pirineos. Los Scipiones, que tenian sus fuerzas en Cataluña,

las unieron resueltos á impedir á los cartagineses la salida, porque si Roma apénas habia podido resistir á solo Anibal, ¿quién habia de libertarla de sufrir la ley de Cartago, si llegaban á reunirse los dos famosos hermanos con sus tropas? Caminaron pues sus legiones hácia el reino de Valencia, y pasado el Ebro se pusieron sobre la ciudad de Ibera, situada á sus orillas, con el objeto de escitar alguna diversion que obligase á Asdrubal á suspender la marcha; pero Asdrubal penetró sin duda sus designios, y satisfecho de las fortificaciones de la plaza, y del valor de sus defensores, sitió otra ciudad de mayor importancia, afecta á los romanos, en la seguridad de que estos no dejarían de partir inmediatamente en su socorro.

En efecto, los romanos, abandonando el sitio comenzado, salieron á la defensa de sus amigos, y acamparon en las vecindades del Ebro á poca distancia del campo cartagines. Ambos ejércitos estuvieron en observacion algunos dias sin ánimo de atacarse, aunque dispuestos siempre á recibir en cualquier lance la batalla, y por último el ardor militar y la impaciencia de los soldados por venir cuanto ántes á las manos, empeñaron la accion por una y otra parte á un mismo tiempo. Las fuerzas de los ejércitos eran iguales, igual el valor de sus jefes; pero muy diferente el espíritu que animaba á las tropas. Los romanos peleaban por Italia y por Roma; creian que aquella batalla era la que decidia de la suerte de la república; combatian por la patria, por sus hogares, por sus familias, y estaban resueltos á vencer ó morir en la demanda. Sus enemigos por el contrario eran la mayor parte españoles, á quienes nada interesaba la conquista de Roma; que vencedores ó vencidos no mejoraban de condicion, pues siempre debian arrastrar la pesada cadena de la esclavitud, y que preferian ser vencidos en su patria, á la gloria de triunfar en paises desconocidos y distantes. Esta diferencia de disposiciones no dejó por mucho tiempo indecisa la victoria. Atacados impetuosamente los españoles, que ocupaban el centro del ejército cartagines, cedieron inmediatamente el puesto á los romanos; pero estos encerrados entre las dos alas del mismo, necesitaron de todo su valor para rechazar á los enemigos que les oprimian. La fortuna, sin embargo, militaba por ellos; y los cartagineses fueron completamente derrotados. Asdrubal, desamparado de los suyos, hizo prodigios de valor; asistido de un cortísimo número de valientes guerreros, sostuvo la batalla con un teson que le colmó de gloria, y no abandonó el campo hasta que se convenció de que salvando su vida, podia servir en otras ocasiones á su patria. Murieron en la accion veinticinco mil cartagineses, diez mil quedaron prisioneros, y fueron muy pocos los que con la fuga se libertaron de una ú otra suerte. Tan oportuna victoria concilió á los romanos el afecto de un considerable número de pueblos, impidió los progresos de Cartago en Italia, humilló á los cartagineses en España, y abatió su poder.



La noticia de este desastre consternó en tales términos á la república africana, que inmediatamente despachó en favor de Asdrubal, bajo las órdenes de su hermano Magon, el considerable refuerzo de tropas y dinero destinado á remediar las urgencias del apurado Anibal en Italia. Atónitos los victoriosos Scipiones de la presteza con que habia conseguido repararse el ejército cartagines, poco ántes derrotado, temieron eclipsada su gloria en la competencia con tan formidable enemigo, á no ser inmediatamente socorridos. Roma apurada y exhausta necesitó hacer un esfuerzo; pero sus libertadores se hallaron bien pronto en disposicion de continuar la guerra con honor.

Por ventura duraban todavía reliquias de la insurreccion de los carpesios; y aquel fuego, aun no bien estinguido, despidió una centella, que sublevando la ciudad de Ilturgi, situada á las orillas del Bétis ó Guadalquivir, le hizo tomar el partido de los romanos. Escarmentados los cartagineses con la esperiencia de la anterior conmocion, creyeron importante ejecutar en ella un ejemplar castigo que intimidase á las demas ciudades, y al momento partieron á sitiirla con un ejército de sesenta mil hombres, acaudillado por sus tres generales Asdrubal, Magon é Himilcon; pero los Scipiones tomaron á su cargo socorrerla, y venciendo las mayores dificultades, lograron ponerla en disposicion de hacer una vigorosa defensa. Acometieron luego al ejército enemigo; y despues de un sangriento y obstinado combate, en que por ambas partes se peleó con bizarría, se declaró por ellos la victoria, y quedaron dueños del campo.

Mas de veinte mil hombres entre muertos y prisioneros perdieron en esta accion los cartagineses; pero léjos de desmayar con este nuevo contratiempo, aunque se vieron precisados á levantar el sitio de Ilturgi, le pusieron á Intibile, ciudad de Aragon, situada en los confines del reino de Valencia. Aquí vinieron nuevamente á las manos los dos encarnizados partidos; y aquí tambien el ejército cartagines, compuesto de los residuos de una derrota y de soldados bisoños reclutados únicamente con la esperanza del botin, no pudo ó no supo resistir á la fuerza y esperiencia de unas tropas veteranas y engreidas con la última victoria.

Las desercciones frecuentes de los españoles, que abandonando el partido de Cartago engrosaban el de los romanos, bajo cuyas insignias acudian tambien á alistarse provincias enteras, irritaron de tal modo á los cartagineses, que resueltos á una terrible venganza, se derramaron impetuosamente por las regiones ulteriores del Ebro, arrasando las campañas, incendiando los pueblos, y cubriendo de estragos toda la comarca. En vano Publio Cornelio procuró contener con una parte de sus tropas aquel impetuoso torrente. Rechazado por la caballería cartaginesa, y precisado á fortificarse en un monte que llamaban *de la Victoria*, ni aun aquí

se hubiera libertado de la esclavitud ó de la muerte, á no haber acudido su hermano en su socorro con todas las tropas de su mando. Los cartagineses respetaron entónces á su formidable vencedor, pero demasiado irritados para dejar impune la inconstancia de los pueblos que tan fácilmente habian olvidado sus juramentos y promesas, convirtieron su cólera contra las ciudades en que con mas imprudencia continuaba la insurreccion. Aun no bien escarmen- tados con el desgraciado éxito del sitio de Iliturgi, ó mas espe- ranzados quizá de reparar la afrenta recibida en aquella jornada, acamparon sus batallones delante de aquella plaza, que mal pro- vista de víveres á la sazón, parecia imposible que opusiese larga resistencia. Gneo Scipion, á quien no se ocultaba el riesgo de los habitantes, acudió á su defensa con un escuadron de gente esco- gida, penetró con increíble audacia por en medio de los sitiadores, socorrió la plaza; y saliendo de ella al dia siguiente con igual de- nuedo, se abrió paso entre millares de combatientes. Este impre- visto rasgo de osadía frustró las esperanzas de los cartagineses, levantaron el sitio, marcharon contra Bigerra, situada, segun pa- rece, en el parage en que hoy se ve la ciudad de Villena; y la hubieran sitiado tambien, si los romanos, empeñados en la defensa de sus amigos, no les hubiesen obligado á abandonar la empresa, y retirarse á Munda. Aquí se empeñó entre los dos ejércitos una sangrienta batalla, en que despues de un encarnizado combate de cerca de cuatro horas, fueron rechazados los cartagineses hasta sus trincheras mismas; pero herido peligrosamente en un muslo el intrépido Gneo Scipion, quedaron tan sobrecogidos los romanos con este funesto accidente, que estando para apellidar la victoria, casi perdieron el aliento, creyéndose todos heridos con su propio jefe, y vencidos al mismo tiempo en que eran vencedores. Esta casualidad libertó á los cartagineses de una completa derrota; pero la pérdida de diez y ocho mil hombres y de treinta y nueve ele- fantes les dejó tan consternados, que huyeron precipitadamente á refugiarse en Auringe, hoy Jaen, ciudad sujeta á su dominacion. En sus inmediaciones se renovó la pelea, y se decidió la victoria. Los romanos, empeñados en el alcance de los fugitivos, y animados con la presencia de su jefe, que se hizo conducir en una litera, dieron con tal intrepidez sobre aquellos destrozados batallones, que á breve tiempo dejaron empapados en sangre africana los campos.

---



## LIBRO SEGUNDO.

Derrota de los gaulas auxiliares de Cartago.—Toma de Sagunto ; venganza de los romanos sobre los turbuletas.—Astucia de Asdrubal para retirar á los celtiberos del ejército romano. — Derrota de Publio Cornelio ; su muerte. — Derrota y muerte de Gneo Cornelio. — Lucio Marcio ; reúne los residuos de los ejércitos romanos, y dos veces consecutivas triunfa de los cartagineses.—Roma ingrata á los servicios de Lucio Marcio le despoja del mando, y envia en su lugar á Claudio Neron.—Burla Asdrubal al nuevo general.—Publio Cornelio Scipion elegido general de España.—Sitio y conquista de Cartagena.—Humanidad de Publio.—Rasgo de generosidad del mismo.—Batalla de Bécula : generosidad de Scipion con un príncipe numida.—Asdrubal parte á Italia ; Hannon toma el mando del ejército. — Derrota de los cartagineses cerca de Segovia ; Hannon queda prisionero. — Scipion consigue arrojar de España á los cartagineses. — Conquista de Ilturgi. — Sitio de Astapa ; horrible ejemplo de desesperacion.—Lucio Cornelio Lentulo y Lucio Manlio Acidino, gobernadores de la España.—Rebelion de los ilergetas.—Son derrotados en los campos sedetanos ; muerte de Andobal y Mandonio. — España dividida en dos gobiernos. — Rapacidad y despotismo de los pretores romanos ; disgusto de los españoles.—Rebelion de los lusitanos.—Perfidia y crueldad de Sergio Sulpicio Galba.—Carácter é insignes calidades de Viriato.—Se pone al frente de los lusitanos, y embiste la Turdetania.—Burla al pretor Vetilio. — Vence á los romanos con la muerte del pretor. — Nuevas victorias ; hazaña singular de un lusitano. — Terror de Roma ; tratado de paz concluido con el procónsul Serviliano.—Roma prescribe la continuacion de la guerra : Quinto Servilio Cepion, sucesor de Serviliano.—Cepion hace matar alevosamente á Viriato.—Los lusitanos hacen la paz con los romanos.—Bloqueo de Numancia.—Bizarria y generosidad de los numantinos ; arrogancia del cónsul Q. Fulvio Nobilior. — Q. Pompeyo Rufo ; los numantinos arruinan su ejército, hace la paz con ellos y los engaña con la mayor perfidia.—Marco Popilio, sucesor de Pompeyo, niega el tratado hecho con los numantinos ; resuelve Roma la continuacion de la guerra.—Intrepidez de los numantinos ; derrota de Popilio.—Cayo Hostilio Mancino : la supersticion acrecienta sus temores.—Huye : su fuga descubierta por una casualidad.—Cuatro mil numantinos deshacen á cuarenta mil romanos ; obligan al cónsul á pedir la paz, y la otorgan generosamente. — Hostilio llamado á Roma á responder de su conducta ; su sentencia ; se desaprueba la paz ajustada con Numancia. — Numancia, terror de Roma ; Publio Emilio Scipion creado cónsul para continuar esta guerra.—Bloqueo de Numancia ; obstinacion de Scipion en no acceder á una capitulacion honrosa ; proezas de los numantinos. — Numancia perece con mas gloria que los vencedores.

Este encadenamiento de desgracias redujo á los cartagineses á la situacion mas critica. Sus ejércitos estaban casi deshechos ; los españoles, con quienes podian reemplazarlos, les eran sospechosos ; y Cartago, despues de los últimos esfuerzos, no podia enviar otro socorro ; pero Asdrubal, superior á todos los reveses de la suerte, imploró el favor de los gaulas, amigos de Anibal, y con su auxilio partió de nuevo en busca de sus enemigos, resuelto á vindicar el honor de Cartago. Sus fuerzas, sin embargo, no igualaban á su valor. El ejército que acaudillaba, compuesto en la mayor parte

de reclutas gaulas, sin disciplina ni esperiencia, no era posible que compitíese con el de los romanos que peleaban con mas órden, con mas constancia, y con el valor que infunde la esperiencia de frecuentes victorias. Los cartagineses fueron pues desbaratados con pérdida considerable, muertos los principales caudillos de sus auxiliares, y dejando á sus vencedores dueños del campo y de un riquísimo botin, se acogieron apresuradamente á Cartagena.

Dueños los romanos del terreno, y sin temor de enemigos que se opusiesen á sus designios, se acordaron, no sin rubor, de la fidelísima Sagunto, que ya contaba entónces cinco años de dominio cartagineses. Apostarse delante de sus muros, y reducir su guarnicion al conflicto de capitular, fué obra de poquísimo tiempo. El valeroso Gneo, dueño ya de la ciudad, logró por este medio la dulce satisfaccion de restituir á sus hogares patrios á los infelices y dispersos hijos de aquellos antiguos moradores, que perecieron víctimas de su lealtad; y convirtiendo despues sus armas contra la capital de los turbuletas, pueblos que como dijimos habian tenido tanta parte en la ruina de Sagunto, castigó su perfidia arrasándola hasta los cimientos, vendiendo á sus habitantes por esclavos en pública almoneda, y haciendo tributarias de los saguntinos sus campiñas.

Pero en el año de 212 ántes de la era cristiana, A. de J.-C. 212.  
 cansada la fortuna de aparecer risueña á los hermanos Scipiones, empezó á mostrárseles sañuda y desdeñosa. Siete años hacia que en España multiplicaban los laureles sobre sus cabezas, y solo se habian pasado los dos últimos sin tomar las armas, como si no hubiese enemigos con quienes combatir, ni provincias que subyugar en una estension tan vasta de pais. Acaso las últimas derrotas de los cartagineses habian engreido demasiado á los romanos, produciendo en sus ánimos una escesiva confianza de sí mismos; y acaso tambien sus generales cometieron un error en suspender la guerra cuando podian haberla continuado felizmente seguros de la victoria, y despojado al enemigo de todos sus dominios. Como quiera los cartagineses, poco ántes aniquilados, restablecieron su ejército, repararon las fuerzas perdidas, y se pusieron en movimiento para llevar á Italia los socorros que solicitaba Anibal, y que hasta entónces habian impedido los romanos. Con esto despertaron del sueño los Scipiones, acudieron nuevamente á las armas; y como el ejército enemigo se hallaba dividido en dos trozos, uno bajo la conducta de Magon y Asdrubal Gisgon, acampado á cinco jornadas de Tarragona, y otro acaudillado por el famoso Asdrubal, apostado en la vecindad de Anitorgi, dividieron tambien sus fuerzas los generales romanos con proporcion á las del enemigo. Publio Cornelio con dos tercios de soldados romanos, y varios aliados, tomó el empeño de vencer á Magon; y Gneo con el resto del ejército, y veinte mil celtíberos que llevaba á sueldo,



el de atacar á Asdrubal, que era el mas temible. Marcharon unidos los dos hermanos hasta la ciudad de Anitorgi, bajo cuyas murallas hizo alto Gneo á la orilla de un rio, que dividia su campo del cartagines; y Publio se separó de su hermano en busca de su enemigo.

Notó Asdrubal que la esperanza de Gneo estribaba principalmente en las tropas de la Celtiberia; la esperiencia le habia enseñado á temer la bravura de estos soldados que le habian derrotado cinco años ántes, y le importaba mucho retirarlos del ejército. La fidelidad y la constancia formaban el carácter de los celtíberos; era imposible corromperlos con dádivas ni con promesas; y para inducirlos á una infidelidad era necesario cubrirla con el velo de virtud. Por medio de unos compatriotas, que militaban bajo de sus banderas, hizo anunciarles que se hallaba agitada la Celtiberia con motivo de haber tomado ellos partido en el ejército romano; y que pues pendia de su arbitrio restablecer la tranquilidad en su patria, restituyéndose á sus hogares, nadie podria culparles de que en su obsequio se retirasen con honor, mayormente cuando no iban á empuñar el acero contra aquella potencia bajo cuyas insignias militaban. Estas especies sagazmente esparcidas surtieron todo el efecto á que aspiraba Asdrubal. Seducidos los celtíberos con el aparente amor de la patria, pidieron su retiro; y Gneo, sin arbitrio para contener aquella muchedumbre descontenta, se vió en la precision de concederles, aunque á su pesar, la licencia que solicitaban. Entónces, ya inferior en fuerzas á su enemigo, y sin esperanza de poder incorporarse con su hermano, tomó la única resolución que le quedaba, retrocediendo con su gente en busca de una posicion ventajosa, en que pudiese evitar la batalla con que le amenazaban los cartagineses.

No era menor el conflicto de Publio. Apénas se separó de su hermano, se halló sorprendido por Masinisa, hijo del rey de los masilios. Este jóven intrépido, venido poco ántes de la Numidia en auxilio de los cartagineses á la frente de la formidable caballería de su pais, empezó á molestarle dia y noche con tan extraordinario ardor, que redujo á los romanos al mayor apuro, sin permitirles el mas ligero descanso. Ya se arrojaba sobre los soldados que salian del campo en busca de vituallas; ya asaltaba las centinelas avanzadas, y arruinaba las estacadas y fortificaciones; ya penetraba de noche en el campo, y á manera de rayo pasagero, desaparecia dejándole cubierto de cadáveres. En medio de esta agitacion y sobresalto se esparció la noticia de que Andobal, aquel príncipe español que cinco años ántes habia sublevado á los ilergetas en compañía de Mandonio, venia apresuradamente con mil quinientos hombres en socorro de Masinisa y de los cartagineses; y como nada era mas urgente á los romanos en tan críticas circunstancias que evitar el encuentro de tantas fuerzas combinadas,

tomó Publio Cornelio la aventurada resolucion de desfilar protegido de las tinieblas de la noche con el grueso de su ejército, y sorprender á Andobal con la esperanza de encontrarle desapercibido. Superiores los romanos en los primeros encuentros, tocaban ya casi el momento de apellidar la victoria cuando se vieron acometidos por la caballería de Masinisa, que avisado del secreto movimiento de Scipion, voló en socorro de los españoles. El general romano, dando la frente al numida, desplegó todos los recursos de su valor y de su pericia; pero en el ardor del combate se dejaron ver las insignias de los batallones de Magon, que á marchas forzadas llegó al campo de batalla, y atacó con denuedo la retaguardia de los romanos, cuya vanguardia sostenia con extraordinario esfuerzo el ímpetu de los masilios. Encerrados, acometidos por todas partes, é incapaces de defenderse de una multitud de enemigos que les oprimian, intentaron varias veces, aunque en vano, abrirse paso para una retirada honrosa. Publio Cornelio era el primero que se esponia á los mayores peligros, dando ejemplo y animando á los suyos con el desprecio de su propia vida; y por desgracia mientras corria á todas partes haciendo prodigios de valor, encontró la muerte en una lanza, que le atravesó el costado, y le derribó del caballo. Este funesto acontecimiento fué el golpe decisivo. Consternados los romanos se pusieron desordenadamente en fuga, pero vivamente perseguidos por la caballería numida, con dificultad hubiera conseguido ninguno libertarse de su furor, si la noche que sobrevino no hubiesse ocultado algunos pocos á los encarnizados vencedores.

Impacientes los caudillos cartagineses por sacar todo el partido posible de las ventajas que les ofrecia tan señalada victoria, apenas permitieron un breve descanso á las tropas; marcharon apresuradamente á incorporarse con Asdrubal, que iba siguiendo á Gneo en su retirada. Aun no habia llegado al campo romano la noticia del pasado desastre; pero reinaba en todo él un melancólico silencio, que parecia presagio de su desventura; y el repentino aumento de fuerzas que recibia el cartagines con la llegada de tantos auxiliares, que caminaban ordenados y sin que nadie les siguiese el alcance, hizo penetrar á Gneo toda la estension de su desgracia. Despues de una madura deliberacion, no dudó ya de que su único recurso era el de una retirada secreta, engañando, si le era posible, al enemigo; y con efecto, la noche encubrió su fuga sin que hasta el amanecer llegasen á observarla los cartagineses. Inmediatamente destacaron á Masinisa con su caballería ligera para que picándole la retaguardia detuviese su marcha hasta que pudiesen alcanzarle con el resto de sus fuerzas, y obligarle á la batalla; y el jóven numida molestó de tal suerte á los romanos por las espaldas y flancos, que se vieron precisados á hacerle frente, y pelear en retirada para escusar un combate general con todo el grueso del



ejército. En este apuro se mantuvieron hasta el anochecer, en que el general, ganando una colina poco elevada, se hizo fuerte en ella, ordenando sus tropas para sostener el impetuoso choque de la caballería africana.

La posicion no era muy ventajosa; pero últimamente en defecto de mas seguro asilo, siempre le era favorable la eminencia de terreno; y Masinisa fué constantemente rechazado hasta el arribo de las tropas acaudilladas por Asdrubal, Andobal y Magon. Conociendo Scipion entónces que las armas solas no eran suficientes para defenderse de tan poderoso enemigo, intentó fortificarse; pero una colina desnuda de árboles y de matorrales, y un terreno firme é indócil á los picos no permitian formar empalizadas, ni abrir foso en tan breve tiempo como era necesario. Hubo pues de recurrir al único arbitrio que ofrecian tan apuradas circunstancias. Las albardas de los jumentos, los tercios, las cubiertas y otras cosas semejantes confusamente amontonadas formaron una nueva y desusada trinchera, capaz de contener un poco el ímpetu del enemigo, aunque no de oponer por su debilidad una vigorosa resistencia. Los cartagineses ocuparon las faldas del montecillo; pero sorprendidos de aquella novedad, y recelando alguna oculta estratagemas, no osaron asaltar aquel extravagante vallado, hasta que sus caudillos vituperando su pusilanimidad, y ridiculizando el temor que les habia infundido aquella despreciable fortificacion, lograron estimular su amor propio, y empeñarles á borrar con su intrepidez el concepto de cobardes que se habian grangeado. La colina fué asaltada con singular denuedo, desbaratado en un momento aquel rústico reparo, y penetrando furiosamente los cartagineses en el campo le llenaron de terror y de cadáveres. Aquellos romanos que tuvieron la fortuna de libertarse de la carnicería, incapaces de contener aquel torrente devastador, se salvaron en la espesura de los bosques vecinos, de donde pasaron al campo que Publio habia encomendado á Tito Fonteyo; otros con su general se refugiaron en una torre inmediata, resueltos á defenderse hasta el último extremo; pero habiéndoles seguido el alcance los cartagineses, bloquearon la torre, incendiaron sus puertas, y entregándola á viva fuerza pasaron á cuchillo á todos sus defensores.

Así acabaron gloriosamente aquellos ínclitos hermanos, que en siete años de continua lucha habian llenado de admiracion y temor á sus enemigos mismos; y así quedaron en un momento desvanecidas todas las esperanzas que tenia Roma fundadas en los talentos militares de los Scipiones. Sin embargo, aun le quedaba en España un Lucio Marcio, que volviendo por el honor de sus armas, vengase la muerte de sus dos valerosos caudillos. Este bravo é intrépido mancebo, que habia aprendido el arte de la guerra en la escuela del grande Gneo, y era sin duda el único digno de sucederle, en vez de rendirse al desaliento que veia impreso en el ánimo de

todos sus compatriotas, recogió los errantes y tímidos soldados que habian logrado salvarse de los últimos desastres, reunió los que estaban en las guarniciones de los confederados, y convidando á las tropas que habian quedado bajo la conducta de *Fonteyo*, logró poner en pie un ejército no despreciable, que parecia levantado de las cenizas esparcidas de los muertos, y que unánimemente le aclamó su general. Dos victorias consecutivas que reportó sobre los cartagineses, asombrados de aquel inesperado esfuerzo de unos enemigos que creian reducidos al último extremo del abatimiento, le cubrieron de gloria, y acreditaron el acierto de la eleccion; pero Roma, ingrata á las proezas de este alentado caudillo, que habia preservado sus intereses de una total ruina, premió sus importantes servicios despojándole del mando, y enviando en su lugar para que le ejerciese interinamente al propretor Claudio Neron. La eleccion de los soldados en Lucio Marcio se miró por el senado y el pueblo como una usurpacion de sus esclusivos derechos, y como un atentado que podia en lo sucesivo producir funestos ejemplares; y Roma, porque no se creyese que en ocasion alguna era capaz de ceder, prefirió mantener su dignidad aun á costa de atropellar las leyes de la gratitud y del bien comun.

Como quiera las prendas del nuevo general distaban mucho de las de su desairado antecesor; y cuando hubiera podido arruinar con un solo golpe decisivo todo el poder de Cartago, se dejó vergonzosamente burlar por el sagaz Asdrubal, que encerrado en los desfiladeros del bosque de Piedras-Negras, inmediato á Jaen, supo frustrar con una astucia la vigilancia de Claudio, y salvar todo su ejército. Tan grave desacierto obligó al senado de Roma á pensar seriamente en el nombramiento de un sugeto digno de ascender al distinguido puesto que con tanta gloria habian ocupado los Scipiones; pero incierto en la eleccion, y remitido el negocio á la decision del pueblo, en el momento mismo en que todos se miraban atónitos y avergonzados de no reconocer un solo ciudadano con talentos capaces de tan ardua empresa, un jóven de veinticuatro años, heredero con el nombre del valor de su padre Publio Cornelio Scipion, rompiendo improvisamente el triste silencio que reinaba en toda la asamblea: « Yo, dijo, estoy pronto á continuar la guerra de España, si el pueblo hace de mí esta confianza, y me otorga este honor. » No pudo pasar adelante. Inmediatamente resonó el grito de todo el pueblo aclamándole general, y vaticinándole felicidad y fortuna en las armas; y con efecto, á él estaba reservada la gloria de arrojar á los cartagineses de toda la Península.

Apénas tomó posesion de su honorífico cargo dió á conocer todo su esfuerzo y la sublimidad de sus talentos militares en una empresa tanto mas gloriosa quanto mas difícil. Tres ejércitos tenian los cartagineses en España acantonados en diversos puntos, y á cual mas



formidable cada uno. Impedir su reunion, atacarlos desunidos y vencerlos era cuanto hasta entónces habian sabido los romanos; pero eran mas vastas las ideas de su nuevo caudillo, y no se satisfacía con victorias parciales que no deciden de la suerte de una guerra. Cartagena, metrópoli y corte de los cartagineses, el emporio de su comercio, el erario, la caja de sus tesoros, su armería, su arsenal, custodia de los prisioneros y de los rehenes, el mejor puerto del Mediterráneo: este era el objeto que llamaba su atencion. Resuelto á su conquista, y arruinar con ella el poder de Cartago, animó á sus soldados con un elocuente discurso, aunque sin comunicarles su deliberacion, pasó el Ebro con un ejército de veinticinco mil guerreros; y caminando por la costa á vista de la armada que navegaba á tierra, se dirigió intrépidamente al término de sus jornadas. Al momento empezó por mar y tierra el ataque contra la plaza con la mayor actividad; pero siendo sus fortificaciones inespugnables, aunque su guarnicion no pasaba de mil guerreros sostenidos por igual número de ciudadanos armados, fueron constantemente infructuosos los primeros esfuerzos de los sitiadores. Orgulloso con estas pequeñas ventajas su gobernador meditó una salida, en la que le pareció tanto mas fácil y ménos peligroso rechazar á los romanos, cuanto habia observado que combatian á pecho descubierto sin haber levantado trincheras ni abierto fosos. En efecto, así lo habia dispuesto el esforzado Publio, fuese para manifestar al enemigo su satisfaccion, ó para que mas espeditas y desembarazadas sus tropas pudiesen con mayor facilidad aproximarse ó alejarse de los muros segun las circunstancias. Los ciudadanos armados fueron los escogidos para la espedicion: su salida fué impetuosa y denodada; pero atraídos cautelosamente por los romanos hácia donde acampaba el grueso del ejército, desviados incautamente de la plaza, é imposibilitados por lo mismo de recibir socorro, fueron rechazados con tal ímpetu, que los sitiadores confusamente mezclados con ellos hubieran penetrado en la plaza, á no haberlo impedido el prudente Scipion.

Sin embargo, enardecidos sus soldados con el calor de la refriega, y consternados los enemigos con tan inesperado golpe, creyó no debia malograr ocasion tan favorable para dar el asalto. Arrimadas las escalas á los muros se vieron al momento ocupadas por una juventud intrépida, que arrostrando los mayores peligros, aspiraba solo á hacerse digna del aprecio de su general: llovian dardos y peñascos enormes sobre los romanos; pero se despreciaban las heridas, y no se temia la muerte. Los que caian precipitados eran al momento reemplazados por otros no ménos valientes, y no hubieran desistido de la empresa, á no haber encontrado el muro notablemente superior á las mas altas escalas, y si Scipion, convencido de la infructuosidad de la tentativa, no hubiese querido reservar su esfuerzo para emplearle con mayor suceso.

Su genio observador le habia hecho advertir que á la hora del reflujó, de que participan aquellas aguas, retirándose el mar dejaba el paso libre por la parte occidental de la ciudad; y que siendo por allí mas débiles y bajas las murallas, era tanto ménos arriesgado quanto mas fácil el asalto de la plaza. Su sagacidad le hizo concebir la idea de valerse con oportunidad de tan admirable como regular accidente, y anunciándole con cierto aire de misterio á sus soldados tan groseros como supersticiosos, les persuadió á que el cielo alteraba las leyes de la naturaleza por allanarles el camino de la victoria. Ignorantes los romanos de estos prodigiosos fenómenos, miraron con admiracion y sorpresa el cumplimiento del vaticinio de su jefe, le creyeron inspirado por alguna deidad; y sin dudar de la felicidad de la empresa corrieron á la playa, y se arrojaron intrépidamente á las aguas, que ayudadas de un viento fresco habian bajado considerablemente. Quinientos soldados de los mas audaces, venciendo cuantos obstáculos se les oponian, llegaron por aquel *desusado vado hasta las murallas*, arrimaron á un mismo tiempo las escalas, treparon por ellas con increíble denuedo; y peleando cuerpo á cuerpo con los defensores, montaron el muro, los rechazaron *con pérdida de mucha sangre*, y se apoderaron de un baluarte, apellidando la victoria con un grito que hizo resonar el mar, la ciudad y el campo. Atentos los cartagineses á contener el esfuerzo de los que al mismo tiempo asaltaban la plaza por la muralla de tierra, fueron fácilmente sorprendidos por los osados campeones de Scipion, que acometiéndoles impetuosamente por las espaldas, y despreciando el peligro, penetraron por entre sus lanzas y saetas hasta las puertas de la ciudad, y las franquearon al resto del ejército. Confusos y desordenados los defensores intentaron hacerse fuertes en el centro de la plaza para rechazar á los romanos; pero despues de un breve y sangriento combate, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, se retiraron precipitadamente unos con el gobernador al alcázar, y otros á una colina inmediata. Scipion, dividiendo *entónces sus fuerzas en dos cuerpos*, hizo embestir á un mismo tiempo estos dos puntos. El collado cayó inmediatamente en su poder: el alcázar opuso mayor resistencia; pero al fin hubo de rendirse tambien á discrecion, quedando por este medio los romanos dueños de la plaza á los *cuatro dias de su arribo*.

A. de J.-C. 210.

El botin que hicieron los vencedores correspondió á la opulencia de una ciudad corte, emporio y principal residencia de los cartagineses, y aun *escedió las esperanzas del general y de su ejército*; pero sobre todo lo que hará perpetuamente honor á esta conquista es la generosidad con que Scipion supó usar de la victoria. Era costumbre de los romanos, cuando entraban en una ciudad á viva fuerza, pasar á todos los vivientes al filo de la espada. Scipion alteró esta bárbara costumbre en favor de la humanidad, restituyó



ademas la libertad á los naturales de Cartagena, que por derecho de guerra habian quedado prisioneros, hizo se les devolviesen sus haberes, y solo se reservó los esclavos para el servicio de las naves. Hizo traer á su vista á los rehenes españoles custodiados en la plaza, habló á todos con suma benignidad y dulzura, les aseguró de su libertad, les distribuyó varios dones, y les dió palabra de que serian recibidos en el número de los amigos del pùeblo romano. Habia entre ellos algunas matronas y doncellas de distincion; pero las principales eran la esposa de Mandonio, y las hijas de Andobal, dos ilustres hermanos, cuyo valor nos ha dado motivo de hacer de ellos una honrosa mencion. La consorte de Mandonio temió que el honor de las jóvenes, de quienes en aquellas circunstancias hacia veces de madre, padeciese alguna mengua; y arrojándose á los pies de Scipion anegada en lágrimas, imploró su clemencia y generosidad en favor de las doncellas. Sorprendido el general romano de la virtud y delicadeza de las prisioneras españolas, las encargó al cuidado del hombre mas recomendable por su virtud, y mas respetable por sus canas; y mandó que se las tratase con el mayor decoro, considerándolas como un depósito fiado al honor romano, hasta tanto que fuesen conducidas á sus hogares y restituidas á sus familias.

Los soldados penetrando en lo mas oculto de las casas con aquella licencia militar propia de unos vencedores, observaron entre varias prisioneras una doncella de la mas rara y peregrina belleza, con la cual creyeron hacer á su jóven caudillo un don de los mas gratos; pero habiendo este sabido que se hallaba prometida á un príncipe celtibero llamado Alucio, que la amaba tiernamente, hizo comparecer á su presencia á los padres y al esposo, y con admirable generosidad: « Jóven español, le dijo, las prendas que adornan á esta hermosa prisionera la hacen digna del mas noble establecimiento. Yo no he podido ser insensible á sus gracias: su posesion me haria el mas venturoso de los mortales; pero me consta que la amas con la ternura que se merece, y renuncio con gusto en tu favor un bien para mí tan apreciable. Vive seguro de que ha sido respetado su decoro, pues no te presentaria yo un don que no fuese digno de tí que le recibes, y de mí que te le ofrezco. Solo exijo en recompensa tu amistad con el pueblo romano; y me persuado á que nunca tendrás motivo para arrepentirte de ella. » Atónito el jóven príncipe de resolucion tan inesperada, se arrojó á los pies de su bienhechor, besó mil y mil veces la diestra que le hacia feliz, y pidió á los dioses premiasen cual correspondia, y él no era capaz, tan generosa accion. Los padres de la doncella presentaron á Scipion una gruesa suma de oro por su rescate; pero el general romano, que no queria dejar imperfecto aquel triunfo de su corazon, la pasó con admirable desinterés y bizarría á manos del jóven esposo para que sirviese de aumento á la dote de su amada. Por

todas las provincias resonó la fama de esta heroicidad. Alucio restituido á su patria exaltó la magnanimidad, la beneficencia y el honor de Scipion; y regresando á Cartagena con mil y cuatrocientos caballos escogidos, se los presentó para que los incorporase á sus formidables escuadrones. El agradecimiento atrajo tambien á sus banderas á Andobal y Mandonio : un gran número de pueblos, admirando las virtudes del general romano, se declararon ansiosamente por una república que producía tales héroes; y engrosado con estas alianzas el poder de Scipion, se puso en marcha contra Asdrubal, que con un cuerpo de cartagineses infestaba los pueblos amigos de Roma.

A. de J.-C. 208.

Cerca de Bécula, ciudad de Andalucía poco distante de Castulon, hoy Cazlona, se encontraron los dos ejércitos, se acometieron con encarnizamiento y furor, y despues de una porfiada lucha, que hizo correr rios de sangre, fué Asdrubal completamente batido y puesto en fuga, dirigiéndose hácia los Pirineos con los pocos que pudieron seguirle. El general romano distribuyó á su ejército todo el botin de esta victoria, distinguiendo con particularidad á los españoles auxiliares. Esta distincion se estendió tambien aun á los prisioneros. Los africanos fueron vendidos en pública subasta por esclavos; pero los españoles, libres sin el menor rescate, fueron tratados con mucha consideracion, y remitidos á sus patrias. En la experiencia de sus antecesores habia aprendido Publio el carácter de la nacion, la cual grosera y pertinaz cuando se halla violentada, es al mismo tiempo cortés, sensible al beneficio, y dócil á la razon. Efectivamente los españoles que se hallaban en el ejército, así aliados como prisioneros, se sintieron de tal suerte penetrados de la benignidad de Scipion, que levantando un grito de aplauso le apellidaron rey; pero él renunciando con heroica magnanimidad tan honorífico dictado, dejó admirados de su modestia á los que se le ofrecian, y acabó de conciliarse su amistad y respeto.

Scipion, atento siempre á desarmar á sus enemigos por medio de los beneficios, no era posible que olvidase tan sabia política, cuando mediaban aquellos personajes cuyo poder hacia mas interesante su alianza. Entre los prisioneros africanos destinados á la venta advirtió el cuestor un jóven numida, cuya belleza, garbo, y cierto aire de nobleza que manifestaba en el semblante, le distinguian de los demas esclavos con quienes estaba confundido. Conducido á la presencia de Scipion se supo que era sobrino de Masinisa, y nieto del rey Gala, en cuya corte, despues de haber perdido á su padre, habia sido educado hasta que pasó á España en compañía de su tio; pero que no permitiéndole por su edad tierna entrar en las batallas, su ardimiento le condujo á tomar un caballo ocultamente para hallarse en el combate, en el cual cayendo por desgracia de la silla habia quedado prisionero. Admirado el romano del espíritu que en tan pocos años manifestaba el noble jóven, le preguntó si



deseaba regresar al campo de Masinisa ; pero las lágrimas y los sollozos fueron su única respuesta ; y entónces, atendiendo Scipion á la ilustre sangre del prisionero, y á lo importante que le era ganar á Masinisa, colmó de ricos y preciosos dones al sobrino, y escoltado por un destacamento de caballería se le envió á su campo. La esperiencia acreditó mas adelante la oportunidad de este rasgo de política. El príncipe numida no pudo olvidar la generosidad de su enemigo ; y comparando esta conducta con la pérfida correspondencia que llegó á experimentar de sus aliados, abandonó el partido de una república que tan ingratamente premiaba sus servicios, é hizo alianza con aquella que sabia respetar mejor los vínculos de la amistad.

La posicion que despues de la batalla de Bécula ocupaba Asdrubal sobre los Pirineos era tan favorable á sus ideas de pasar á Italia en socorro de su hermano, que solo difirió la ejecucion de este proyecto el tiempo necesario para poner su ejército en disposicion de intimidar, y aun de sojuzgar á Roma. Acaso Scipion debió y pudo desconcertarle en tiempo ; pero se contentó con despachar algunas centurias que espiasen sus movimientos, sin que podamos adivinar la causa de esta inaccion, que á primera vista parece tan culpable y agena de general tan insigne. Sea como quiera, reforzado el cartagines con un considerable número de reclutas de las islas Baleares y de las provincias setentrionales de España, pasó los Pirineos sin oposicion de los romanos ; y alistando en las Galias nuevas tropas, venció los Alpes, y penetró en Italia con cincuenta y seis mil guerreros. Enrobustecidos por otra parte los cartagineses que habian quedado en España con el poderoso ejército que condujo del Africa el general Hannon, destinado sucesor de Asdrubal, empezaron á cobrar aliento con la esperanza de la prosperidad de sus armas en Italia, y con las brillantes promesas de sus jefes, que con el auxilio de nueve mil celtíberos se lisonjaban de restablecer una gran parte de los dominios perdidos. Por su desgracia quedó bien pronto desvanecida tan halagüeña perspectiva. Bien sabida es la derrota que sufrió Asdrubal sobre el Metro cuando se hallaba casi á punto de incorporarse con Anibal ; y notando Scipion que toda la esperanza de los caudillos enemigos estribaba en las tropas españolas, compuestas de soldados bisoños, separados poco ántes del arado ó de la azada, y por consiguiente sin ninguna disciplina, despreciando la superioridad de su número, destacó contra ellos una pequeña division de sus fuerzas bajo la conducta de Marco Silano, su lugarteniente. Este los sorprendió en los contornos de Segovia, los acometió con indecible bizzarria, y reportó una completa victoria, célebre por la prision del nuevo general cartagines.

Seria empeño demasiado prolijo describir paso á paso las campañas del héroe romano, y referir menudamente las hazañas que

hicieron tan célebre su nombre. Basta decir para su gloria que el número de sus triunfos se cuenta por el de sus expediciones, y que despues de haber abatido en cinco años de victorias continuas el formidable poder de los cartagineses, consiguió arrojarlos enteramente de España con la mayor ignominia. Desembarazado ya entonces de tan temible enemigo, se dedicó á sojuzgar aquellos pueblos á quienes su raro esfuerzo, su afabilidad y dulzura no habian logrado separar de la amistad de Cartago, ó que infieles á sus juramentos habian torpemente abandonado la de Roma en la breve época de sus infortunios. Entre estos últimos se distinguieron los castulonenses y los iliturgitanos; pero estos últimos, añadiendo la inhumanidad á la perfidia, habian alevosamente asesinado á los romanos, que salvándose de las funestas derrotas de Publio y Gneo, se habian refugiado confiadamente en su seno. A la frente de sus aguerridas y vencedoras tropas se presentó Scipion delante de Iliturgi resuelto á vengar con un memorable castigo la sangre de sus compatriotas; pero aquel ejército domador de toda España, rechazado muchas veces por la juventud de un solo pueblo, tembló cobardemente al pie de sus murallas, y se hubiera cubierto de deshonor, á no hallarse sostenido por la intrepidez y constancia de su general. Él mismo tomó en sus manos una escala, y aplicándola al muro quiso abrir á sus soldados el camino de la gloria; y como el ejemplo es el mas poderoso estímulo de las grandes acciones, al punto se vieron cubiertos de escalas los lienzos de las fortificaciones, y aquellas llenas de romanos, que penetrando en la plaza con el mayor encarnizamiento y furor la anegaron en sangre, y la entregaron á las llamas.

La desolacion de Iliturgi redujo muy en breve á Castulon; pero Astapa, ciudad que ha dado nombre á la moderna Estepa, inflexible en la amistad de Cartago á pesar de sus desgracias, opuso tan vigorosa resistencia, que no sin injusticia es ménos célebre en la historia que las de Sagunto y Numancia. Los moradores de aquella poblacion, enemigos irreconciliables de los romanos, á quienes profesaban un odio inestinguible considerándolos como usurpadores, se hallaban bien persuadidos de la dificultad de defenderse segun el infeliz estado de sus fortificaciones; pero léjos de abatir sus banderas al enemigo aborrecido, tomaron por no rendirse la resolucion mas bárbara y desesperada. Elevaron en la plaza una grande hacina de leña y fagina seca, en ella depositaron todas sus riquezas, colocaron sobre ella á los ancianos, mugeres y niños; y encomendando su custodia á cincuenta jóvenes escogidos de los mas robustos y feroces, bien armados, les exigieron el horrible juramento de inmolar á aquellos infelices con su propio acero, y de reducir á cenizas aquella funesta pira en el momento en que perdida toda esperanza, llegase á completar su triunfo el enemigo. Los demas ciudadanos capaces de manejar las armas, habiéndose



obligado tambien con juramento á combatir hasta el último aliento, dándose la muerte ántes que someterse á un infame cautiverio, hicieron una salida tan desesperada y furibunda, que arrollaron á las legiones romanas, y las llenaron de terror; pero rehechas inmediatamente, y sosteniendo, aunque no sin dificultad, el ímpetu de unos enemigos que embestian como leones enfurecidos, dieron lugar á un sangrientísimo combate, que solo terminó con la muerte del último español. Llegó por consiguiente el fatal instante de representar dentro de la ciudad aquella lamentable escena de horror y de barbarie; y cuando penetraron en ella los romanos, no pudieron mirar sin asombro aquel rasgo de inhumanidad sugerida por el odio mas frenético. Desvanecida sin embargo la primera sorpresa, é hiriendo su vista entre las llamas el resplandor del oro y de la plata, se arrojaron ansiosamente á la hoguera para hacer presa de los tesoros; y víctimas de su infame codicia perecieron infinitos devorados por el fuego, y ahogados otros por la densidad del humo.

Apaciguadas por medio del terror tan peligrosas turbulencias, y asegurada la conquista, partió á Roma el procónsul A. de J.-C. 206. Scipion cargado de riquezas cartaginesas y españolas, dejando encomendado el gobierno del pais á Lucio Cornelio Lentulo y á Lucio Manlio Acidino; pero su ausencia debia necesariamente producir perjudiciales novedades en una nacion noble, pundonorosa y amante de su libertad, que si admiraba la humanidad y dulzura de aquel héroe, miraba sin embargo con indignacion y rubor convertida la proteccion en señorío. Los españoles Andobal y Mandonio, enemigos á veces de Scipion y á veces aliados, segun les determinaban las circunstancias á tomar el partido de Roma ó de Cartago, aborrecian igualmente á ambas naciones, y solo veian en cartagineses y romanos unos usurpadores de sus dominios y perturbadores de sus derechos hereditarios. Si la presencia y el valor de Publio les animaron á sacudir el yugo de Cartago, la ausencia de aquel procónsul les inspiró la audaz resolucion de romper las cadenas de Roma; y no creyendo hallar en los comandantes que ocuparon su puesto unos competidores formidables, escitaron á los ilergetas á sustraerse de la esclavitud que les envilecia. La insurreccion, propagándose con extraordinaria celeridad por los pueblos confinantes, puso tambien sobre las armas á los ausetanos, que poblaban una parte de la Cataluña, unos y otros reunieron sus fuerzas, y con un ejército de treinta y cuatro mil guerreros desafiaron al poder de Roma.

Las consecuencias de este noble ardimiento fueron por desgracia harto sangrientas y funestas á la libertad de la España. Las legiones romanas atacaron á los insurgentes en los campos sedetanos, entre Aragon y Valencia; y si bien al principio recibieron una costosa prueba del valor español, la superioridad de su táctica les

aseguró finalmente una victoria que por largo tiempo la disputó la bizarría. Andobal, que á la frente de sus intrépidos batallones se habia cubierto de gloria, traspasado de una lanza, rindió el último aliento: esta sensible desgracia infundió en los españoles un terror pánico; y poniéndose en fuga, perecieron víctimas de la saña del enemigo, que precedido del terror y la muerte, les siguió el alcance. Los pocos que se salvaron de la derrota quedaron tan amedrentados, que resolvieron rendirse á los romanos; pero amenazando estos de que á nadie se daría cuartel si primero no ponían en su poder á Mandonio y demas cabezas de la sedicion, se vieron los vencidos españoles en el duro conflicto de entregarlos á discrecion, y de consentir en su muerte, que se ejecutó con el mayor rigor para escarmiento de los demas rebeldes.

Sojuzgados los ilergetas y ausetanos, y asegurada en lo posible por medio de rehenes la fidelidad de algunos otros pueblos descontentos del dominio estrangero, respiró pacífica la España por algun tiempo; pero por desgracia esta afortunada época puede considerarse un punto imperceptible en el inmenso espacio en que se vió agitada por nuevas inquietudes. La república romana, que desde luego consideró esta península como una provincia sujeta á su dominacion, enviaba anualmente dos A. de J.-C. 197. pretores, los cuales repartiendo entre sí el gobierno con arreglo á la division en Citerior y Ulterior, adoptada desde las primeras competencias con Cartago, eran absolutos en la parte adjudicada á cada uno; y como la distancia de la metrópoli les proporcionaba cierta independenciam, se fueron erigiendo poco á poco en unos verdaderos tiranos, atentos únicamente á enriquecerse y á asegurar su impunidad con el fruto de sus depredaciones. La nacion, que ya sufría con impaciencia un yugo impuesto con astucia y asegurado con la fuerza, vivamente ofendida por las vejaciones de aquellos déspotas, y oprimida de las imposiciones con que se desangraban los pueblos y se aniquilaba la sustancia de las provincias, empezó á murmurar y á comoverse contra la tiranía de unos señores que habiéndola esclavizado procuraban reducirla al estremo de la miseria y del abatimiento. En Cataluña y en Andalucía se dejaron percibir las primeras centellas de la sedicion; pero convertidas inmediatamente en voraz incendio, y difundiendo su actividad por la Lusitania, costas mediterráneas y la Celtiberia, pusieron en combustion á casi toda la España, y á los pretores en la necesidad de acudir á las armas para sofocarle. La vigorosa resistencia de unos habitantes que esforzados por naturaleza defendian en esta ocasion su libertad, sus bienes y su independenciam, les empeñó en una guerra que hizo temblar á Roma, y en la que así como los españoles dieron las pruebas mas brillantes de su valor nativo, se señalaron horriblemente los romanos con repetidos rasgos de vileza, inhumanidad y barbarie. La insurreccion mal estinguida en unos puntos



estallaba en otros con el mismo furor, y la historia de estos infelices tiempos, escrita con caracteres de sangre, ofrece copiosa serie de sucesos parecidos y á cual mas lamentables. A cada paso se tropieza con reñidísimos encuentros, batallas sangrientísimas, obstinados asedios, y sin otra diferencia que la de ser en unos favorable la fortuna á los romanos, en otros á los españoles, todo respira horrores, ferocidad, carnicería y desolacion. Creemos que el lector sensible agradecerá no poco se corra un denso velo sobre tan espantoso cuadro; y que para suministrarle una ligera idea de tan fatales acontecimientos nos circunscribamos á hablar únicamente de aquellos que por desgracia se han hecho mas memorables.

Entre los pueblos que como hemos dicho tomaron las armas para vengarse de la opresion y de los agravios de unos gobernadores perversos, se distinguieron mas señaladamente los lusitanos ó portugueses por su extraordinario valor y constancia. Estos esforzados habitantes, ora vencidos ora vencedores, lucharon por largo tiempo con admirable heroicidad contra todo el poder de la aguerrida Roma, y le dieron no pocas veces motivo para arrepentirse de una guerra suscitada por la ambicion, y mantenida por la codicia; pero como la fortuna no siempre ha sido recompensa del valor, los lusitanos debilitados con tan extraordinarios esfuerzos, y careciendo de un caudillo capaz de dirigirlos con acierto, creyeron verse en la necesidad de pedir la paz á sus enemigos, implorando el perdon de las pasadas ocurrencias. Gobernaba á la sazón esta parte de la España el pretor Sergio Sulpicio Galba, hombre execrable, cuyas maldades llegaron á escitar la indignacion y el horror de sus mismos compatriotas; y alucinando á los mensajeros con afectadas demostraciones de benignidad, les prometió la amistad de Roma, la proteccion de sus pretores, y aun se ofreció á distribuir territorios y heredades á cuantos apeteciesen asegurarse por este medio una subsistencia cómoda y tranquila. Seducidos con tan bellas esperanzas pasaron á su campo treinta mil españoles; y el inicuo y pérfido tirano, dividiendo en tres cuerpos aquella gente incauta con pretesto de acomodarla en diferentes puntos, y desarmándola con mentidas palabras de amistad, la cercó improvisamente con sus tropas, la acometió con bárbara ferocidad, é impunemente representó una de aquellas escenas atroces, que á cada paso ensangrientan las historias romanas. Nueve mil hombres fueron pasados á cuchillo, mas de veinte mil quedaron prisioneros; pero los pocos que lograron salvarse de esta horrible carnicería, lejos de intimidarse por este rasgo de crueldad, se refugiaron en los montes ardiendo en ira y en deseos de venganza.

A un pueblo tan exasperado y bravo solamente le faltaba una cabeza valerosa, intrépida y bien instruida en el arte de la guerra; y deparándole la suerte tan insignes calidades en la persona de Viriato, se reunió al momento bajo de sus banderas una muche-

dumbre alentada. Los escritores latinos, que por efecto de su parcialidad nacional miraron siempre con disgusto las hazañas de este hombre extraordinario, han tomado el empeño de oscurecerlas y desacreditarle representándole como un foragido, cuyo valor degradan suponiéndole mas semejante á la ferocidad de los brutos, que al esfuerzo militar de un guerrero; pero lo cierto es que Viriato, natural de las costas lusitanas, á quien su humilde condicion hizo pastor, bandolero la desesperacion, y el valor y destreza capitan de bandidos, alimentaba en su corazon virtudes superiores á este vil ejercicio, tenia pensamientos nobles y elevados, un ánimo intrépido é imperturbable, admirablemente favorecido por la agilidad y robustez de miembros, que debió á la naturaleza y al continuo ejercicio de sus fuerzas; y sin escuela en el arte militar parecia nacido para conducir ejércitos, mostrando no pocas veces que poseia en grado eminente aquella ciencia que de nadie habia aprendido. Tal era el célebre caudillo destinado á vengar á sus compatriotas de la memorable alevosía de Galba.

Miéntas con el mayor secreto y sagacidad se encendia ocultamente el fuego de la guerra, los pretores de las dos Españas, sin recelo de nuevas hostilidades ó sediciones, reposaban tranquilamente ociosos y entregados al placer en sus cuarteles de Cataluña y Andalucía. Las crueldades de Galba y de su digno compañero Lucio Licinio Luculo, que habian encendido la saña y avivado el valor de los lusitanos, habian producido efectos absolutamente contrarios en los demas españoles, llenándolos de un pánico terror. Mudáronse los pretores; pero la España continuó sin embargo sumergida en la misma especie de pasmo y estupidez, hasta que por fin despues de algun tiempo de tranquilidad y silencio, partió el rayo, y se oyó el estallido de la guerra. Animado del mas noble ardimiento el esforzado Viriato, bajó con diez mil hombres de la Lusitania hácia las playas meridionales del Océano, empezó las hostilidades por los paises de los Algarbes y Andalucía, conocidos entónces con el nombre de Turdetania, y obligó al pretor Vetilio á ponerse en campaña para contener sus correrías. Los soldados de Viriato, aun no bien acostumbrados á la subordinacion y disciplina militar, se hallaban ocupados desordenadamente en saquear el pais cuando fueron sorprendidos por Vetilio. Este logró por lo mismo destrozár á algunos con la mayor facilidad, y redujo á los demas á un parage áspero y estrecho, en que ó habian de perecer de hambre, ó rendirse á discrecion. Los mas cobardes, que por lo regular componen siempre el mayor número, preferian este último partido, y aun se abatieron hasta el extremo de implorar el perdón con bajeza; pero Viriato, dándoles en rostro con su vileza y cobardía, y trayéndoles á la memoria los repetidos ejemplares de perfidia con que los romanos habian esplicado contra los rendidos su vengativo furor, logró reanimar aquellos espíritus pusilánimes, y



resolverlos á morir combatiendo en el campo de la gloria. Todos lo juraron así; y satisfecho de su ardor aquel intrépido caudillo, hizo formar su gente en orden de batalla, mandó que cuando él montase á caballo como si estuviese á punto de acometer, se quedasen con él mil caballos solamente, y que el resto de la tropa, dividido en varios cuerpos, tomase á un mismo tiempo la fuga por diversas sendas con la mayor velocidad, y se reuniese en la ciudad de Tríbola, donde debia esperarle. Montó Viriato, y esparciéndose y disipándose al punto su ejército por mil caminos diferentes, la sorpresa de tan raro é inesperado suceso, la variedad de cuerpos fugitivos, el ardor de la caballería lusitana que provocaba al combate, todo contribuyó á pasmar al general romano, que embarazado con la novedad, no supo resolverse al partido que debia tomar, ni á qué cuerpo habia de acometer. Desvanecida sin embargo la sorpresa, empezó á mover sus armas contra los pocos enemigos que tenia á la frente; pero aun entónces supo contenerle con nuevo estratagema el capitán lusitano. Ya fingia huir temeroso, ya se detenía, é inmóvil le esperaba á pie firme; ora amenazaba, ora avanzaba: de suerte que entretenido el pretor en un mismo parage por espacio de dos dias, sin proporcion para combatir ni retirarse, no pudo impedir que Viriato, aprovechando la oscuridad de la segunda noche, y seguro de que su infantería se habia ya puesto en salvo, partiese á galope con sus caballos por sendas desusadas, dejando burlados á los romanos, que por el peso de sus armaduras, por la poca práctica de los caminos del pais, y por la menor velocidad de su caballería, no pudieron seguir en su alcance.

La fama de este ardid ingenioso y su éxito feliz conciliaron á Viriato una gran reputacion, y atrajeron bajo de sus estandartes un número copioso de españoles. Vetilio, sin embargo, enterado del parage adonde se habia retirado con su gente, marchó en su busca con ánimo de empeñarle en una accion decisiva; pero Viriato saliéndole al encuentro como por accidente con pocos de los suyos, y haciendo ademan de sorprenderse y de ponerse en fuga, supo atraerle con astucia á un sitio pantanoso, cuyas salidas le habia enseñado la esperiencia, y adonde tenia emboscado el grueso de sus tropas. Los romanos atollados en el cieno, y sin arbitrio para defenderse de aquella muchedumbre que se arrojó sobre ellos de improviso, fueron fácilmente hechos pedazos con pérdida de cuatro mil hombres. Cayó el pretor en manos de los vencedores; y el lusitano que le hizo prisionero, sin conocerle, y viendo solo en él un hombre muy obeso y anciano, creyéndole absolutamente inútil, le atravesó el vientre con la espada.

Esta victoria fué seguida de otras dos igualmente completas, en que los romanos quedaron tan abatidos y aterrados que mil de ellos se dejaron en una ocasion cobardemente vencer y destrozarse por solos trecientos lusitanos; pudiendo inferirse tambien del si-

guiente lance ocurrido en la misma refriega, cuál seria el espíritu que con sucesos tan felices cobrarian los españoles. Un soldado lusitano, que al retirarse de la accion para incorporarse con los suyos hubo de quedarse bastante desviado, se halló de repente sorprendido de una partida de caballería romana, que segura de despedazarle á su placer, le embistió con furor inesplicable; pero el animoso guerrero en vez de intimidarse, arremetió con denuedo á unos de los enemigos, atravesó de un bote de lanza á su caballo y tirando al ginete una cuchillada de revés le cercenó la cabeza. Tan memorable hazaña espantó de manera á los demas, que se quedaron inmóviles mirándole atónitos; y el bravo portugues partió sereno celebrando su victoria.

Viriato, vencedor en tantas y tan señaladas acciones, colgó como trofeos de su valor en los cercanos montes las banderas, las águilas, las insignias y las togas de los generales vencidos para confundir por este medio á sus formidables enemigos, é infundir mas ardor á sus tropas. La fama de sus proezas llevó el terror de su nombre hasta las murallas de Roma; y aquella famosa república, tan fecunda en valerosos guerreros, apénas encontraba ya caudillos ni soldados que quisiesen marchar contra Viriato. Encargáronse varios generales de conducir á España nuevos ejércitos, y la guerra se continuó con variedad de sucesos; pero últimamente Viriato, que aunque superior por lo comun no habia dejado de experimentar algunos reveses, prefirió la paz á los triunfos, pensando prudentemente que era mejor hacerla con gloria, que verse obligado por la inconstancia de la fortuna á recibir la ley del vencedor. El procónsul Serviliano, á quien las armas del lusitano habian reducido á la situacion mas crítica, no hallando otro recurso para salvar su ejército, aceptó sus propuestas tan moderadas, que no era posible esperarlas semejantes de otro competidor aun ménos glorioso. Asegurar á los lusitanos la posesion de los dominios que á la sazón ocupaban, sin que ni ellos ni los romanos pudiesen traspasar los límites con pretesto alguno, y establecer entre ambas naciones una amistad constante, tales fueron las condiciones con que despues de catorce años de sangrienta guerra se concluyó entre los dos generales una paz que el senado y pueblo romano ratificaron despues.

A la sombra del tratado reposaban tranquilos los lusitanos, religiosos observadores de su palabra, cuando de improviso se vieron sorprendidos y atacados por Quinto Servilio Cepion, sucesor de Serviliano en el gobierno. Este hombre malvado, para quien la paz debia ser un objeto de complacencia, como para cualquiera gobernador amante de la tranquilidad y animado de buenas intenciones, solo creyó encontrar en sus artículos una anticipada usurpacion de la gloria que se lisonjeaba de adquirir por medio de las armas, y un obstáculo para saciar su codicia. Representó al senado que el



tratado de Serviliano con los enemigos era contra el honor de la república; y la respuesta fué concederle permiso para invadir los dominios lusitanos, aunque de tal modo que las hostilidades pareciesen espontáneas en él, y que no se hallaba autorizado para ellas por el senado ni el pueblo. Instó Cepion esponiendo que el método que se le prescribía, sin producir las ventajas de una guerra formal, escitaria siempre contra Roma el mismo odio y quejas que un rompimiento manifiesto; y la integridad del senado, dejándose persuadir de estas frívolas razones, no tuvo escrúpulo en quebrantar la fe pública, ni en faltar á la religion del juramento.

Viriato, que repentinamente vió inundado de tropas romanas el territorio portugues, sin haber dado el mas leve motivo para este rompimiento, despachó una embajada á Cepion para informarse de las nuevas pretensiones de Roma. Aulaco, Ditalco y Minuro, tres de sus capitanes confidentes, fueron los comisionados; pero dejándose estos corromper por los regalos y promesas del general romano para la mas infame alevosía, le dieron palabra de matar á Viriato. El fuerte capitán, acostumbrado á la meditacion de sus designios, concedia muy poco tiempo al descanso del cuerpo; aun en las horas destinadas al reposo estaba armado, siempre que tenia á la vista al enemigo, y todos sus confidentes y oficiales tenian libertad para penetrar en su pábellon á cualquier hora en que fuese necesario poner en su noticia alguna ocurrencia. Bien enterados los traidores de las horas en que descansaba el general, engañaron á las incautas centinelas con el pretesto de la gravedad de un negocio que les obligaba á interrumpir el sueño de su jefe, entraron con silencio en su tienda, y dándole una puñalada mortal en la garganta, única parte del cuerpo que no cubria la armadura, le degollaron, y partieron aceleradamente al campo romano.

No podia sospechar el ejército lusitano tan atroz delito en tres confidentes de su general; pero venida la mañana, y estrañando algunos soldados no verle ya, segun costumbre, fuera de los pabellones, registraron la tienda y le hallaron ahogado en su propia sangre. Por todo el campo voló al instante la noticia con pasmo general de las tropas. Transportados los soldados del dolor mas vehemente, corrian frenéticos y fuera de sí á una y otra parte, otros derramaban sobre el frio cadáver lágrimas de unos ojos no acostumbrados al llanto, y otros ardiendo en rabioso furor buscaban ansiosamente con el acero en mano á los infames homicidas.

Así feneció Viriato, acompañándole la gloria hasta el sepulcro; y la perfidia de Cepion, con oprobio perpetuo de Roma, será un eterno testimonio de que el invicto lusitano solo podia caer al golpe de una alevosía. Perdió la Lusitania con su muerte al principio la cabeza, y despues todos los brazos. El ejército le nombró inmediatamente sucesor; pero un héroe no se reemplaza con facilidad, y el nuevo jefe, careciendo del valor y dotes de su antecesor, se vió

en la precision de capitular con los romanos. El cobarde Cepion, que aun bajo la conducta de otro temia á las tropas de Viriato, otorgó la capitulacion, desarmó á los soldados lusitanos, y les señaló terrenos que pudiesen cultivar tranquilamente.

Quando con la muerte de Viriato quedaba ya sosegada y sujeta la España ulterior, se renovó vigorosamente la guerra contra Numancia, ciudad poco distante de la moderna Soria, y que sin otras fortificaciones que los pechos de sus habitantes, ni mas defensa que sus espadas, se habia hecho tan formidable á Roma en la sublevacion de la Celtiberia, que aquella orgullosa república prefirió el partido de recibir por aliada á la que no podia vencer por enemiga. Fieles los numantinos á uno de los tratados de paz que suspendieron por algun tiempo la guerra celtibérica, se mantuvieron escrupulosamente neutrales en medio de las victorias de Viriato; pero habiendo admitido dentro de su ciudad á las reliquias de un destrozado ejército de segedanos y arevacos, pueblos de la Celtiberia, que habian tomado nuevamente las armas, se calificó por los romanos de infraccion del tratado este rasgo de la generosidad numantina; y el cónsul Quinto Fulvio Nobilior, declarando la guerra á la ciudad, la embistió con todas sus fuerzas.

A. de J.-C. 141.

Los numantinos, que no habian provocado el resentimiento de Roma, se indignaron al verse amenazados de un sitio por solo haber dado acogida á otros españoles fugitivos, aunque sin haber tomado parte en sus querellas; y encendidos en ira y llenos de corage, se arrojaron denodadamente sobre el enemigo campo, y dejándole cubierto de cadáveres y lleno de terror, castigaron la perfidia de sus injustos agresores.

Léjos sin embargo de engreirse por tan señalada victoria, tuvieron bastante generosidad para olvidar sus agravios y hacer proposiciones de paz, bajo condiciones conformes al honor y á la equidad; pero el ceñudo Fulvio respondió con arrogancia que *Roma no capitulaba, y que solo otorgaba la paz á los que se rendian á discrecion*. Soberbia respuesta, que exasperando á los ofendidos numantinos, encendió el fuego de la guerra mas obstinada é injusta, puso en manos de los españoles el mortal acero, llevó el terror hasta dentro de Roma y destruyó al mismo tiempo el pueblo mas valiente de la tierra.

Por fortuna la bizzarria de algunos celtibéricos abatió de tal modo el orgullo del imprudente cónsul, que oprimido de las desgracias, se vió en la precision de moderar su ardimiento, y de renunciar la gloria de subyugar ciudad tan animosa; y distraidas despues las armas romanas en la guerra de Viriato, y en la reduccion de varios pueblos de la Celtiberia, dejaron por algun tiempo respirar á Numancia, hasta que obtuvo el gobierno de la España citerior el cónsul Quinto Pompeyo Rufo. Este hombre de oscuro nacimiento,



A. de J.-C. 140. elevado por la intriga á la dignidad consular, aspirando á hacer su nombre célebre por medio de una hazaña memorable, se presentó delante de Numancia con un ejército de treinta mil combatientes, lisonjeándose de ocuparla apenas le intimase la rendicion. Con efecto, las fuerzas de la plaza no pasaban de ocho mil guerreros, que aunque valientes y esforzados, no era verosímil que resistiesen largo tiempo á tan formidable poder. Numancia pues capituló, sometiéndose los numantinos gustosamente á todas las condiciones honrosas que quisieron imponerles; pero al ver que se trataba de desarmarles, se resintieron la honra y el valor de aquellos hombres guerreros, y no pudiendo consentir en la vergüenza de haber de despojarse del ornamento mas noble de una nacion valiente, resolvieron no entregar las armas sino con la última gota de su sangre.

Llegó por consiguiente el momento de recurrir á la violencia. El cónsul embistió vigorosamente á la ciudad, creyendo apoderarse de ella al primer ataque; pero no tenia bien conocido el valor de los numantinos. Estos intrépidos habitantes, bajo la conducta de su caudillo Megara, le hicieron conocer cuán vanamente se habia lisonjeado. Sus asaltos fueron constantemente rechazados; y cada dia salian de la plaza esforzados escuadrones, que arrojándose furiosamente sobre los sitiadores, los retiraban á cuchilladas hasta las trincheras de su campo, y hacian en ellos horrible carnicería. Un año de esta valerosa defensa bastó para arruinar al ejército de Pompeyo, y obligarle á abandonar la empresa; pero temiendo el resentimiento de Roma, le pareció que un tratado de paz, bajo condiciones justas y decorosas, repararia su honor, y le pondria á cubierto de los cargos que contra él resultasen. Los numantinos, superiores á su justo resentimiento, aun cuando tenian en sus manos la espada de la venganza, admitieron la propuesta, y se prestaron á un convenio. El cónsul afectando suma confianza les persuadió que por temor del senado y del pueblo romano les era conveniente hacer dos tratados: uno privado á satisfaccion de la ciudad, al cual se daria toda fe, y seria el que debia regir; y otro público y aparente, con condiciones ventajosas á Roma para contentar su altivez. Los numantinos, honrados y sencillos como los demas españoles, léjos de sospechar la perfidia que encubria esta proposicion, se convinieron fácilmente á todo cuanto quiso, y quedaron firmados los conciertos sin la menor oposicion. En el público se estipuló que debiendo establecer una paz decorosa á la magestad de Roma, debian entregar á discrecion los numantinos la ciudad, sus haberes, sus armas, y aun sus personas mismas; pero en el privado, que se celebró á presencia de muchos oficiales de los órdenes ecuestre y senatorio, quedó solemnemente reconocida Numancia pueblo libre, amigo y aliado de la república, restituyendo los prisioneros romanos hechos en la presente guerra,

entregando varios rehenes, y satisfaciendo cierta suma de dinero.

Acababan de cumplir religiosamente los numantinos estas condiciones, cuando Pompeyo fué llamado á Roma, viniendo á sucederle el cónsul Marco Popilio; y exigiendo aquellos honrados ciudadanos que ántes de su partida quedase ratificado el concierto concluido, Pompeyo, acreditando con las obras la vileza de su nacimiento y educacion, negó con imprudencia las condiciones del convenio particular. Juraban los españoles la verdad, invocaban el testimonio del cielo y el de los caballeros romanos presentes á la estipulacion; pero juraba tambien Pompeyo sobre su propia conciencia; y Popilio, no sabiendo á quien creer, ni atreviéndose á decidir en tan delicada disputa, remitió al senado la causa, concediendo una suspension de armas hasta la última decision de Roma. Numancia diputó sus agentes, cuyas razones y testimonios llevaron hasta la evidencia la certidumbre de los pactos que se contradecian; pero la obstinacion de Pompeyo en la negativa, sus viles adulaciones, sus ruegos, la bajeza de los senadores, su indigna flaqueza, y la mala fe del pueblo romano dieron la razon al perjurio ciudadano; y declarándose todos á su favor, salió decidido que *no constaba de los artículos de paz que los numantinos esponian.*

Quedó por consiguiente decretada la continuacion de la guerra; y Popilio, en cumplimiento de las órdenes con que se le estrechaba, invadió con todas sus fuerzas aquella famosa ciudad. Los numantinos, como si hubiesen perdido todo su valor, se mantuvieron ocultos dentro de su recinto; y el general romano, atribuyendo esta inaccion á pusilanimidad y cobardía, mandó dar el asalto. Avanzaban sus tropas animosas con la satisfaccion de una victoria cierta, y casi entraban ya en la ciudad, sin que ni aun en esta ocasion se dejase ver enemigo alguno, reinando dentro de la poblacion el mas profundo silencio. Popilio, recelando de alguna temible estratagema, creyó prudente la retirada; y entonces los numantinos, saliendo como toros agarrochados, acometieron á las legiones romanas con tal bravura y corage, que las llenaron de terror, las arrollaron, y las pusieron en fuga con pérdida gravísima.

Esta sangrienta derrota, precedida de las otras dos que habian sufrido los ejércitos delante de Numancia, puso en consternacion á la ciudad de Roma, acrecentando sus temores la naturaleza con sus fenómenos, y la supersticion con sus extravagancias. El espanto era general, y parecia una especie de contagio de que no se libertaban aun las personas que se llaman superiores al vulgo. El cónsul Cayo Hostilio Mancino, destinado sucesor de Popilio, sobrecogido de terror por los sueños de su exaltada y melancólica fantasia, agoró un éxito infeliz de su expedicion. Ciertos pollos que huyeron de su gallinero mientras hacia los sacrificios por la prosperidad de su jornada, fueron las hor-



ribles fantasmas que le consternaron en Roma. Al tiempo de embarcarse creyó oír en el aire una voz que le decia : *Detente, Mancino, detente*. Numancia habia horrorizado su imaginacion, obedeció á la voz, y desembarcando, resolvió tomar desde otro puerto su derrota; pero aun aquí le persiguieron tambien los prodigios. Montado en la nave vió una sierpe que se deslizaba de la mano de uno que intentaba sujetarla; y he aquí para el cónsul un tercer pronóstico de sus infelicidades. Con efecto, estos tres portentos, segun estilo de la supersticion romana, parece que anunciaban á Mancino las tres desgracias que padeció, á saber : una batalla infeliz, una paz indecorosa, y un vergonzoso castigo.

Con tan siniestros presagios entró Mancino en España á la frente de un ejército tan acobardado, que aun cuando los enemigos no hubieran sido numantinos, le hubieran desbaratado sin fatiga. Encerrado dentro de su campo, sin aliento en sí ni en sus tropas para arriesgarse á una batalla, veia cobardemente disminuirse cada dia su ejército y su espíritu con las frecuentes salidas de los intrépidos sitiados. La vista sola ó la voz de un numantino hacia temblar á los romanos, y no habia uno de estos que se atreviese á mirarle cara á cara. Fué pues necesario levantar el campo : Mancino al abrigo de las sombras de la noche huyó de una ciudad que no le prometia sino desventuras; y solo una casualidad pudo descubrir su fuga inmediatamente. Era entónces la época del año en que, segun la costumbre de Numancia, se celebraban las bodas de aquella juventud. Una hermosa doncella merecia el amor de dos jóvenes de igual nacimiento y valor, que ardientemente la pretendian; y el padre para terminar la pretension, sin desairar á ninguno, ofreció otorgarla á cualquiera de los dos que le trajese la mano derecha de uno de los enemigos. Al punto corrieron ambos llenos de entusiasmo al campo de los sitiadores; pero atónitos al hallarle desierto, volvieron con pesadumbre á la ciudad á participar lo acaecido.

No bien supieron esta novedad los numantinos, cuando tomaron las armas, y salieron en busca de aquellos cobardes fugitivos. Cuatro mil guerreros eran todas sus fuerzas, y el ejército romano constaba de mas de cuarenta mil hombres; pero era tal el valor de aquellos, y tanto el desprecio que les merecia un enemigo vencido tantas veces, que no dudaron arrojarse á una empresa tan ardua, y que solo para ellos no era temeraria. Alcanzaron con efecto á la retaguardia de los romanos, empezaron un destrozo horrible en las últimas filas, comunicaron el terror al centro y á la vanguardia; y despues de pasar mas de veinte mil hombres á cuchillo, redujeron al resto del ejército á una estrechura, de donde era imposible que se salvase ni uno solo. Fué indispensable que el cónsul se humillase á capitular; y los numantinos, que no habian recibido de los romanos sino agravios, habian es-

perimentado su perfidia, y podian acabar con todo el ejército, suspendieron el estrago en el mayor fervor de la accion, y pres-tándose generosamente por segunda vez á una conciliacion, perdonaron la vida á aquellos miserables bajo la condicion de que entre Numancia y Roma habian de reinar la amistad y alianza perpetuas, aunque con absoluta independenciam de un pueblo respecto del otro.

Luego que se tuvo en Roma aviso de la paz ajustada con Numancia, fué emplazado Mancino para responder en juicio á los cargos que se le formaban por haber condescendido en un concierto que aquella orgullosa república calificaba de ignominioso. El desgraciado cónsul procuró sincerar su conducta en el modo posible: los agentes que tambien entónces diputó Numancia demostraron al senado con un vehemente discurso que si Roma se negaba á acceder á un tratado solemnemente concluido, debia reponer las cosas al ser y estado que tenian al tiempo del ajuste, entregando á disposicion de los numantinos aquellos veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. Pero todo fué en vano. Aquella parcial asamblea habia decidido ya ántes de oír á las partes, y pronunciado la sentencia. El senado y el pueblo de comun acuerdo decretaron que el cónsul fuese entregado á la venganza de los numantinos, y que se prosiguiesen las hostilidades contra aquella ciudad, considerando la paz como de ningun valor. Mancino, con-

A. de J.-C. 136.

ducido á España á la manera de un delincuente, sufrió la dolorosa afrenta de ser colocado delante de las puertas de Numancia desnudo y maniatado; pero los numantinos ó por piedad de un inocente ultrajado por la altivez de su ingrata patria, ó para demostrar que aquella no era una satisfaccion suficiente del rompimiento del tratado, ó por parecer á su generosidad suma vileza vengarse en un hombre desnudo y desarmado, rehusaron admitirle; y desde el amanecer hasta caer el dia permaneció el desgraciado Hostilio á la vista de sus conciudadanos y de sus enemigos, arrojado de los primeros, y no admitido de los segundos.

A pesar de tan riguroso ejemplar, y de las repetidas y estrechas órdenes del senado, era tal el terror que inspiraba Numancia, que los sucesores de Mancino temblaron á su vista, y la respetaron. Roma, aquella misma Roma, tenaz en su propósito de destruirla, y que miraba con indignacion la desobediencia y cobardía de sus generales, se hallaba tan sobrecogida del miedo, que nadie osaba apénas tomar en boca el nombre de Numancia; y aun en pleno senado no se le apellidaba de otro modo que *terror del imperio*. Decretó el senado que pasase con un cuarto ejército á sitiar aquella ciudad formidable Publio Emiliano Scipion; pero en

A. de J.-C. 134.

aquella capital, temida de todo el mundo, no habia soldados que quisiesen venir á España, donde en vez de triunfos encontraban todos vergonzosa muerte; y convidadas todas las legiones á servir en esta guerra, no ofreciéndose ninguna, fué nece-



sario que el senado hiciera sortearlas, y que fuesen forzadas aquellas á quienes tocó este destino.

Tomó Scipion medidas muy distintas de las de sus antecesores. Viendo á los numantinos en posesion de derrotar los ejércitos romanos, juzgó que no seria prudente venir á las manos con ellos, y que seria mas seguro quitarles las fuerzas para pelear sitiándoles por hambre. Con este objeto hizo arrasar las campiñas del contorno, cercó la ciudad con dobles trincheras bien fortificadas, y con un ejército de sesenta mil combatientes se apostó en disposicion de poder acudir con pronto y fácil socorro á los puestos que fuesen atacados por los numantinos. En esta forma esperó con paciencia y sosiego á que el tiempo y el hambre le pusiesen en la mano una victoria que no podia esperar de la fuerza ni de las armas.

Ocho mil hombres, cuando mas, era todo el número de guerreros que encerraba Numancia; pero aquellos esforzados campeones, luego que se vieron encerrados, y reconocieron que se intentaba rendirles con las armas de la necesidad, redoblaron sus esfuerzos, y ejecutaron mil prodigios de valor. Muchas veces forzaron las líneas de los sitiadores; muchas, saliendo formados en orden de batalla, desafiaban con intrepidez á todo el ejército romano; pero Scipion contentándose con defender sus trincheras sin desampararlas, oponia casi ocho sitiadores á cada uno de los sitiados. Esta prudente constancia desconcertó á los numantinos; y estrechados por el hambre quisieron rendirse, si bien con condiciones honrosas y tolerables; pero los altivos romanos, que en los pasados sitios habian experimentado sin merecerlo la generosa humanidad de aquellos españoles, les respondieron con orgullo que no habia otro recurso que entregarse á discrecion ó perecer. Eligieron lo segundo; y resueltos á vender caras sus vidas en caso de no poder salvarlas, encontraron en la desesperacion las fuerzas que habian perdido con el hambre. Hombres y mugeres, vigorizados con una especie de cerveza de que usaban al entrar en los combates, salieron impetuosamente por dos partes á manera de torbellinos, destruyendo cuanto se les oponia, y buscando la muerte entre las armas de los enemigos. Pelearon con tal encarnizamiento y furor, que solo un Scipion pudo impedir la fuga de sus cohortes y legiones; pero al fin debia vencer la superioridad de fuerzas. La mayor parte de los numantinos perecieron gloriosamente en el lecho del honor; los pocos que restaban intentaron abrirse paso con la espada por entre las arruinadas trincheras del enemigo; pero las mugeres, ó por no morir solas abandonadas de sus maridos, ó por ser la ira de la muger mas ciega y sangrienta, cortaron las cinchas á los caballos, y los obligaron á abandonar el intento. Entónces con indecible presencia de ánimo se retiraron en buen orden, cerraron las puertas de la ciudad y de las casas, y prefirieron abandonarse víctimas del hambre, por no sufrir la humillacion de entregarse á discrecion del vencedor.

Venia la muerte á paso lento, y el despecho no permitia á aquellos hombres esforzados sufrir tan larga dilacion. Unos tomaron veneno; otros se quitaron la vida con su propio acero; no pocos dieron fuego á sus casas y se consumieron en las llamas; y las familias mas distinguidas, queriendo perecer con muerte mas gloriosa, establecieron unos combates singulares, cuyas consecuencias eran cortar la cabeza al vencido, y arrojar al fuego su cuerpo, renovando el vencedor la pelea con otro campeon. Así fueron matándose desesperadamente unos á otros; y el último no teniendo con quien combatir, se arrojó entre la muchedumbre de cadáveres que ardian en el incendio. Abrasada finalmente, y reducida á cenizas una gran parte de Numancia, y bárbaramente sacrificados todos sus ciudadanos, las ruinas, la sangre, la soledad y el horror formaron la victoria de Scipion, el cual, indignado á la vista de un triunfo ántes desaparecido que obtenido, explicó su vengativa saña, arrasando el corto número de casas que habian perdonado las llamas.

Así pereció la famosa Numancia despues de catorce años de guerra y quince meses de riguroso bloqueo. A. de J.-G. 133.

Con su caida, acaecida ciento treinta y tres años ántes de la era vulgar, enmudeció profundamente la España; y toda ella dobló poco á poco la cerviz al yugo romano, escepto los paises setentrionales, que ó por su pobreza encontraron mas constante abrigo contra la avaricia, ó en su valor hallaron mas larga defensa contra la ambicion de los conquistadores.



## LIBRO TERCERO.

Renace en España la paz y la tranquilidad.—Q. Sertorio, fugitivo de Roma, se refugia en España, y se concilia el afecto de los naturales.—Arma á la España contra Roma, vence á sus dos pretores —Q. Concilio Metelo enviado por Sila contra Sertorio.—Gneo Pompeyo nombrado para continuar la guerra en compañía de Metelo.—Es vencido por Sertorio.—Progresos de Metelo en la Andalucía. — Sertorio persigue y acobarda á sus enemigos. — Inconstancia de los romanos parciales de Sertorio. — Alevosa muerte de Sertorio. — Perpenna se alza con el mando de las tropas: es derrotado por Pompeyo.—Julio César completa la reduccion de España con la conquista de algunos pueblos independientes de la Lusitania y Galicia.—Triunvirato de Craso, César y Pompeyo.—Rompimiento entre César y Pompeyo: procura este poner la España á cubierto de una agresion: César la invade.—Los pompeyanos baten á César cerca de Lérida y á las orillas de la Segre.—Los hijos de Pompeyo se arman en España contra el tirano de Roma. — Célebre batalla de Munda. — Muerte de César: Octaviano su sucesor; triunvirato de Octaviano, Lépido y Antonio.—El triunvirato reducido á duunvirato y por último á monarquía. — Origen de la era española; nueva division de la España.—Rebelion de los vacceos, austrigones y turmógidos; Octaviano los sujeta.—España en paz; restablecimiento de varias colonias romanas en ella.—Participa de la revolucion acaecida en el siglo V en el imperio romano. — Irruccion de los godos, suevos, vándalos y alanos en el imperio de Oriente. — Ataulfo, sucesor del godo Alarico, pasa los Pirineos. — Sigerico; es muerto apénas ciñe la corona. — Walia intenta apoderarse de la Mauritania. — Genserico, rey de los vándalos.—Irruccion de Atila en las Galias; Teodoro, sucesor de Walia, se une con los romanos para resistirle. — *Turismundo*; reporta sobre Atila una completa victoria. — Teodorico; derrota á Requiario, rey de los suevos. — Eurico; estiende asombrosamente sus dominios por la España y Galia.—Alarico muere combatiendo en los campos de Vouillé. — Gesaleico; usurpa la corona á Amalarico. — Amalarico; casa con una princesa de Francia. — Teudis; irrupcion de los francos en España; Teudis los vence.—Teudiselo; muere á manos de ciertos nobles agraviados.—Agila; se desacredita entre los godos.—Atanagildo; procura arrojar de España á los romanos.—Interregno. Los godos proclaman á Liuva.—Leovigildo; frustra el derecho de eleccion á los godos.—Recaredo; abraza la religion católica.—Liuva II; sus bellas prendas.—Witérico; muere asesinado en un banquete.—Gundemaro; muere apénas sube al trono. — Sisebuto; vence á los romanos; funda la ciudad de Eborá.—Recaredo II; le sucede por pocos meses.—Suintila; arroja enteramente á los romanos de España.—Sisenando; procura sancionar su exaltacion con la autoridad del concilio toledano IV.—Chintila; es igualmente confirmada su eleccion por dos concilios nacionales.—Tulga; su deposicion. — Chindasvinto; asocia á su hijo Reasvinto. — Reasvinto; gobierna con prudencia. — Wamba se resiste á admitir la corona que le ofrecen los nobles.—Irruccion de los sarracenos.—Ervigio; consigue que un concilio nacional apruebe la cesion de Wamba.—Egica; sus dudas resueltas en el concilio toledano XV. — Witiza; rey justo en sus principios.—Rodrigo; sus vicios é indolencias.—Irruccion de los sarracenos; batalla de Jerez; fin de la monarquía goda.—Progresos de los árabes; completa Muza la conquista. — Abdaliz; es asesinado. — Hayub, su sucesor, estiende sus conquistas por la Galia gótica.

A la ruina de Numancia, se siguieron cuarenta años de una paz no interrumpida, sino por pequeñas alteraciones. A este tiempo

llegó á encenderse en Roma entre Mario y Sila la funesta<sup>a</sup> discordia con que ensangrentaron la Italia. Sila, triunfante de su competidor, se apoderó de la capital, se erigió en tirano de la república; y no satisfecha su crueldad con hacer perecer á innumerables familias, publicó un edicto de proscripción, en que estaban comprendidos dos mil ciudadanos y caballeros. Quinto Sertorio, uno de los proscriptos, tuvo la fortuna de A. de J.-C. 83. huir ántes de la última batalla decisiva que se dieron aquellos facciosos; y con algunos amigos se embarcó para España, donde sus muchos conocimientos le prometían un asilo, y con el socorro de sus valientes naturales se lisonjeaba de poder formar un poderoso dique contra los tiros y esfuerzos de sus enemigos. Por lo mismo nada le interesaba tanto como conciliarse su benevolencia; pero nada ménos dificultoso para un hombre sagaz, á quien no se le ocultaban los medios infalibles de ganarse el corazón de todos ellos.

Los españoles se hallaban oprimidos bajo el yugo de unos gobernadores codiciosos, que á imitación de sus antecesores, engrasaban sus tesoros sacrificando á los pueblos con mil contribuciones gravosas. Afectó Sertorio compadecer su suerte, se ofreció á ayudarles contra aquellos particulares que les tiranizaban, y logró encender en su pecho aquella misma llama que ardia en el suyo contra Sila, haciéndoles temer la prepotencia de este hombre soberbio y ambicioso. En breve tiempo se le declararon afectas varias ciudades, que le reconocieron gustosamente por pretor de la España citerior, dignidad que el año antecedente le habían conferido los cónsules Mario y Carbon. Moderó los tributos; acuarteló á las tropas en los arrabales de las ciudades, para libertar á los habitantes de la incomodidad de su alojamiento, y de los insultos de una soldadesca licenciosa; aseguró un buen partido á los españoles que se alistaron bajo de sus banderas; procuró ganar á muchos de los romanos que estaban en España, y de este modo llegó á formar un ejército de nueve mil hombres.

La esperiencia acreditó á Sertorio que no había sido vana su precaucion de armarse. Los lusitanos, amenazados del furor del pretor Didio, se acogieron bajo su protección; y era muy fácil que los hombres fuertes se conviniesen con un hombre fuerte. Sertorio tomó á su cargo la defensa de aquellos españoles, atacó á Didio en las orillas del Bétis, y reportó una completa victoria con pérdida de dos mil enemigos. Al mismo tiempo consiguieron sus armas un triunfo no ménos glorioso contra Lucio Domicio, prétor de la España citerior por nombramiento de Sila, que con poderosas fuerzas se encaminaba hácia la Lusitania en auxilio de su compañero; y estas dos victorias, poniendo á devoción de Sertorio las dos provincias de España, le constituyeron el competidor mas formidable del tirano de Roma. Señoreado de los corazones españoles, le fué fácil establecer un gobierno semejante al de la re-



pública : armó á la romana sus soldados, los repartió en legiones y centurias, les dió prefectos y tribunos, y les instruyó en la disciplina de las tropas de Italia. Para disipar toda sospecha de que aspirase á una soberanía absoluta, convocó á los romanos nobles de su faccion, y formó un senado de trecientas personas en quienes residiese la potestad suprema; creó magistrados, pretores, cuestores, tribunos de la plebe, que gobernasen las dos provincias y las ciudades bajo las mismas leyes y policia de Roma; fundó escuelas públicas; en una palabra, su objeto era formar una república que pudiese rivalizar con la dominadora del mundo, é intimidarla con la estension de su poder.

No deja de sorprender á primera vista que tantas y tan considerables novedades hallasen favorable acogida en un pais en que hasta el nombre de romano era escuchado con horror; pero ademas de que los españoles no podian ménos de admirar las virtudes de Sertorio, y de agradecer la solitud y zelo de este hombre grande por labrar su independenciam, era demasiado diestro para dejar de emplear en favor de sus designios dos poderosos resortes, que la casualidad ponía á su disposicion, á saber: la ignorancia y la supersticion de los pueblos. Los españoles sencillos é ignorantes, pero crédulos por consiguiente y supersticiosos, oian con respeto y admiracion á un hombre, cuyos frecuentes sueños, portentos é inspiraciones le persuadian amado de los dioses y admitido á una secreta y casi continua comunicacion con ellos. El principal agente de esta supercheria era una cierva blanca que le regaló un cazador español, y que habia llegado á domesticarse en términos, que le seguía como un perrillo á todas partes, sin separarse de su lado en la ciudad, en los tribunales, en los pabellones, ni en el estruendo de las armas. El vulgo, fácilmente alucinado por el hipócrita romano, llegó á persuadirse de que aquel manso animalillo era un don recibido de Diana, quien por su medio le avisaba de los sucesos futuros y ocultos. Las noticias que le daban á Sertorio sus espías acerca de los pasos ó movimientos del enemigo, se suponian inspiradas por la cierva con las prevenciones oportunas de lo que se debia practicar. Si secretamente recibia con anticipacion noticia de algun suceso favorable, aparecia la cierva coronada de flores, como fausto agüero de la próxima felicidad. En una palabra, era el oráculo que autorizaba sus dichos y acciones, y le ayudaba á señorearse de la multitud.

Informado Sila de esta revolucion, creyó necesario atajar sus progresos, y puso á cargo de Quinto Cecilio Metelo la direccion de la guerra contra Sertorio; pero los felices progresos de este, y las rotas de los dos pretores, persuadieron á Metelo á que nada era mas importante que conducir él mismo en persona las fuerzas con que Italia aspiraba á sujetar á aquel rebelde. Era Metelo un soldado de valor y esperiencia; pero la edad y las

fatigas habian consumido una gran parte de su vigor, y empezaba á apetecer una vida cómoda y regalada. Sertorio, por el contrario, jóven, ágil y ardiente, se hallaba en la época de sufrir sin penalidad el hambre, las vigalias, los trabajos, y estaba á la frente de soldados españoles igualmente resueltos, sobrios, pacientes, fuertes, y acostumbrados á toda clase de fatigas. Esta diferencia de caudillos y de ejércitos fué causa de que los sertorianos, burlando frecuentemente á Metelo, frustrasen los esfuerzos con que queria atraerlos á una batalla decisiva; y aun de que destrozasen á sus tropas siempre que intentaron batirlos.

Sin embargo, la lentitud de una guerra de esta especie era muy poco compatible con el ardor de los soldados de Sertorio. Los españoles principalmente, impacientes de venir á las manos con un enemigo aborrecido, censuraban la prudente cautela del general, y pedian con importunidad ser conducidos al combate; pero Sertorio, inflexible en su sistema, despues de permitir que sus tropas encontrasen en alguna pequeña refriega el escarmiento de su imprudente fogosidad, les dió con un ejemplo sensible una leccion admirable. A presencia de todo su ejército hizo conducir dos caballos, uno jóven y de notable vivacidad y brio, y otro viejo, flaco y casi sin vigor. El primero debia ser despojado poco á poco por un anciano de todas las cerdas de su espesa cola; y al mismo tiempo un jóven robusto, membrudo y de grandes fuerzas debia practicar igual operacion, aunque de un golpe, con el caballo flaco y estenuado. Como era natural, mientras el robusto mancebo se fatigaba en vano, empleando toda la fuerza de sus brazos para arrancar de una vez la cola del caballo débil, el anciano con paciencia concluyó felizmente su empresa, dejando despojada de todas sus cerdas la del brioso bruto; y tomando Sertorio de este ejemplo motivo para acreditar á sus soldados las ventajas de su prudente conducta y las consecuencias de su impetuoso ardor: « Si de este modo, les dijo, por acabar de un solo golpe con nuestros enemigos nos precipitamos á una temeraria accion, sufriremos el castigo de nuestra imprudencia, quedando nuestros esfuerzos malogrados, y ellos mas orgullosos para insultar nuestro valor; pero si con pequeños golpes repetidos, y aprovechando la oportunidad y la ocasion, los vamos debilitando poco á poco, los veremos al fin caer á nuestros pies, sin esperanza de volver á levantarse. » Por este medio logró Sertorio refrenar el ímpetu de sus tropas; y constante en su sistema, tuvo la satisfaccion de quebrantar con pequeñas acciones el poder de Metelo.

Sus progresos, y el aumento notable de fuerzas que fué progresivamente recibiendo, sobresaltaron á Italia, é hicieron temer no llevase sus armas hasta las puertas de la misma Roma. Era preciso oponer una barrera á sus proyectos; pero no habia en la república quien se atreviese á contrares-



tarlos. El jóven Gneo Pompeyo, cuyas hazañas en la guerra civil de Sila y Mario le habian grangeado el renombre de *Grande*, fué el único que quiso tomar á su cargo la empresa; y declarado igual á Metelo, pasó á España con ejército y la potestad consular.

Hallábanse los sertorianos delante de Lauron, hoy Liria, en el reino de Valencia, cuando Pompeyo se avanzó con poderosas fuerzas en socorro de la plaza; pero Sertorio, despues de hacerle conocer la superioridad de sus talentos militares, le presentó la batalla, le mató diez mil hombres; y apoderándose de la ciudad, la entregó á las llamas á su vista misma, para darle mas en rostro con este nuevo insulto. Por su desgracia esta victoria no pudo impedir los progresos de aquel esforzado caudillo por la España citerior, ni que Metelo, derrotando completamente las tropas de Sertorio en la Andalucía, estendiese asombrosamente sus conquistas por la

A. de J.-C. 76.

ulterior; y aunque en las márgenes del Júcar perdió Pompeyo una sangrientísima batalla, logró Metelo dejar indecisa la suerte de otra no ménos encarnizada en las cercanías de Sigüenza. Desvanecido este anciano guerrero con las ventajas que le habia preparado la fortuna, acreditó con una presunción estravagante que su razon se resentia notablemente de la debilidad que habia ocasionado en su naturaleza el peso de los años. En todas las ciudades por donde pasaba hacia su entrada con la mayor pompa y suntuosidad por entre las aclamaciones del inmenso pueblo, que le apellidaba *emperador*, y le recibia á manera de deidad con inciensos y sacrificios. Comia en público adornado de vestiduras triunfales; y miéntras regalaba su apetito con los mas esquisitos manjares de toda la Península, volaban en torno de su cabeza figuras alegóricas repartiendo coronas y trofeos, y cantaban sus victorias las doncellas de mas gracia y los mas hábiles poetas.

Pero en tanto que con mengua de su valor y de su juicio se embriagaba Metelo con los perfumes y con las lisonjas, Sertorio, entregado esclusivamente á sus pensamientos guerreros, reforzaba su ejército con el auxilio de las ciudades amigas, y llegó á ponerse en disposicion de reparar las quiebras padecidas, infundiendo temor á Metelo y á Pompeyo. Por todas partes se hallaban partidas sertorianas, que corriendo como rayos el pais, les cerraban los pasos y desconcertaban sus ideas. Las costas estaban bien defendidas, bien guarnecidas las plazas, los caminos frecuentados de escuadrones volantes; y no sabiendo Pompeyo qué partido tomar en estas circunstancias, determinó reunir todas sus fuerzas delante de Palencia, miéntras Metelo con las suyas se ocupaba en saquear aquellos contornos. Estaban ya para caer los muros de la ciudad sitiada cuando llegó Sertorio á socorrerla; y fué tanto el temor de los pompeyanos, que siendo casi dueños de Palencia, huyeron precipitadamente al campo de Metelo. Sertorio, despues de dejar la

plaza en el mejor estado de defensa, partió al alcance de los fugitivos, los halló reunidos bajo los muros de Calahorra, sitiada desde el año anterior, los atacó intrépidamente, y los obligó á levantar el campo con pérdida de tres mil hombres.

Notablemente acobardados Metelo y Pompeyo al ver la escena tan cambiada, determinaron abandonar intempestivamente el teatro de la guerra, y Sertorio hubiera fácilmente podido despojarles de todas sus conquistas, si imprevistas circunstancias no le hubiesen reducido á la situacion mas crítica. A pesar de los últimos reveses, las victorias de Metelo, las pompas necias, las fiestas y los honores que acrecentaban la fama de ellas, alucinaron á muchos soldados y oficiales romanos de los que servian en el ejército de Sertorio; y seducidos por aquellas brillantes apariencias empezaron á desertar de sus banderas pasándose á las de sus rivales. Metelo por otra parte habia tallado la cabeza de Sertorio, y las sospechas de este recayeron, como era natural, sobre unas tropas que daban tan repetidas pruebas de su poco afecto y lealtad. Estos bien fundados temores le precisaron á tratar á los soldados romanos con severidad desusada, á alejarlos de su persona, y á confiar la custodia de ella á los soldados españoles, cuya fidelidad le era harto conocida. Es indecible cuanto se exasperaron los ánimos de aquellos con esta novedad; y las pesadas burlas de los españoles, que les zaherian de continuo por la desconfianza del general, avivaron su indignacion, con lo que al momento se encontró dividido en dos facciones el ejército sertoriano. Los españoles referian á Sertorio las murmuraciones que oian de su persona, le acrecentaban el temor, y le hacian sospechosos ya estos ya aquellos oficiales. Estos por su parte ardiendo en deseos de venganza, y de encender la discordia entre los españoles y el general, perturbaban la España con injusticias, violencias, estorsiones y agravios continuos, atribuyéndolos á órdenes de Sertorio; y este, pasmado en medio de españoles amotinados y de romanos traidores, ora se indignaba con los primeros, ora con los segundos, y trataba á unos y otros con rigor escesivo.

No podian proporcionarse á Pompeyo y á Metelo circunstancias mas favorables para reparar la gloria de sus banderas, y mientras Sertorio por la desercion, las sublevaciones y traiciones frecuentes se hallaba imposibilitado de continuar la guerra con honor y reputacion, hicieron aquellos rapidísimos progresos conquistando pueblos y sujetando ciudades sin la menor oposicion. Desconfiados sin embargo los generales vencedores de la estabilidad de sus triunfos mientras viviese su intrépido enemigo, fomentaban en secreto el disgusto de los descontentos para que apresurasen el sangriento golpe que amenazaba á la vida de Sertorio. Por desgracia llegó demasiado pronto el momento fatal; y Perpenna su lugarteniente, poniéndose á la cabeza de una tropa de conjurados, le asesinó á



puñaladas en un convite que le preparó á este efecto en la ciudad de Huesca en el año 73 ántes de Jesucristo, octavo de A. de J.-C. 73. la permanencia de Sertorio en España.

Los españoles que hacian la mayor parte del ejército, y que á pesar de los últimos escesos del general no podian olvidar sus virtudes, y le amaban con ternura y respeto, quedaron inmóviles entre la indignacion y el asombro con la noticia de tan alevoso atentado. Creció su furor al oír que en el testamento el difunto jefe nombraba heredero y sucesor suyo al mismo Perpenna, su principal homicida, y de tal modo les conmovió la bárbara perfidia de este hombre desconocido á los favores del general, del amigo y del bienhechor, que amotinados é iracundos le hubieran despedazado, á no haberlos aplacado con dones, lisonjas y promesas, y aterrado con el cruel castigo de los principales descontentos. Por este medio logró tambien Perpenna alzarse con el mando de las tropas, y presumiéndose adornado de la virtud y talentos de aquel grande hombre á quien sucedia en el cargo, se creyó digno de aspirar á la gloria de conquistador; pero Pompeyo, enterado de sus movimientos, salió al encuentro á su necia presuncion, le derrotó completamente; y habiendo caido en su poder, le hizo pagar con la cabeza su infame alevosía. Igual suerte sufrieron algunos de sus cómplices; otros que se salvaron en el Africa hallaron el castigo en las saetas de los Mauritanos; y el mas feliz arrastró una vida mas desastrada y trabajosa que la muerte misma.

Esta última derrota del ejército sertoriano allanó el camino á las armas de Pompeyo. Todos los pueblos y ciudades se apresuraron á prestarle su obediencia; solas dos, Osma y Calahorra, dieron con su resistencia un honroso ejemplo de su fidelidad á las cenizas de Sertorio. Una y otra fueron arrasadas; pero la última costó á Pompeyo un obstinado sitio, y no tuvo la gloria de ocuparla sino cuando el hambre habia ya devorado á todos sus habitantes. Por este medio fueron restituidas á la dominacion romana las provincias españolas. El célebre Julio César, que algunos años adelante obtuvo el gobierno de la España ulterior, completó la obra con la reduccion de algunos pueblos independientes en la Lusitania y Galicia; pero desde este acontecimiento sucedió una apacible serenidad á las continuas agitaciones de la Península.

¶ Dos eran por aquel tiempo en Roma los hombres de mayor autoridad y respeto. Marco Licinio Craso por sus inmensas riquezas, y el gran Pompeyo por la proteccion que habia dispensado á la plebe contra la prepotencia de los caballeros; pero su emulacion y enemistades personales tenian dividida casi toda la ciudad en dos grandes facciones. César, amigo de Craso, y que necesitaba poner sus atrevidos y ambiciosos proyectos á la sombra de la poderosa influencia de ambos, se valió de todos los medios imaginables para reconciliarlos, y tuvo la satisfaccion de que sus oficios se viesen

coronados del éxito mas feliz. Entónces apareció aquel famoso triunvirato, que empezó á minar los fundamentos de la libertad de Roma. Craso, César y Pompeyo, unidos entre sí por la amistad, la necesidad y el agradecimiento, se hicieron dueños del senado, se erigieron en árbitros de la república, y se distribuyeron por cinco años sus mas vastas y mas ricas provincias. A Craso se le adjudicó la Siria con los países confinantes : las Galias y la Germania á César ; y Pompeyo obtuvo en el repartimiento el gobierno de la España.

Por fortuna esta division no influyó nada en la tranquilidad de la Península. Pacífica bajo la inmediata inspeccion de Afranio, Varron y Petreyo, lugartenientes de Pompeyo, miró con indiferencia fraguarse la tempestad que amenazaba á la orgullosa dominadora del mundo, hasta que al cabo de seis años de profunda calma vió enteramente destruida la buena inteligencia que reinaba entre César y Pompeyo, y declarada entre ambos una enemistad irreconciliable. La ambicion que dominaba los corazones de estos dos grandes hombres no consentia un rival que pudiese oscurecer sus triunfos. César no podia sufrir un señor, ni Pompeyo un igual ; y rotos los diques que hasta entónces les habian contenido dentro de ciertos limites, apareció en toda su luz la vehemente pasion por el dominio absoluto, y remitieron á las armas la decision del imperio de la tierra.

La España fué el primero y el último teatro de aquella guerra memorable y sangrienta, que sepultó la libertad de la república, y elevó sobre su tumba la monarquía universal. El primer cuidado de Pompeyo fué la defensa de un país, cuyo gobierno estaba á su cuidado ; pero tambien fué la primera resolucion de César invadir unas provincias, cuyas ricas minas y valientes guerreros aseguraban al vencedor el señorío del resto del orbe. La fuerza le habia hecho dueño de una gran parte de la Italia ; tenia allanado el camino hasta los Pirineos por medio de las Galias que le eran súbditas ó afectas ; y así en vez de perseguir á su rival, que se habia retirado á Macedonia, se presentó en España con un ejército formidable y aguerrido.

A. de J.-C. 49.

Afranio, Varron y Petreyo, avisados y aun socorridos por Pompeyo, reunieron sus legiones, le salieron al encuentro cerca de Lérida, y despues de un sangrientísimo y obstinado combate, le obligaron á retroceder. Esta victoria fué seguida inmediatamente de otra, aunque ménos importante, que reportaron sus tropas á las orillas del Segre, desbaratando un cuerpo de auxiliares que llegaba de las Galias ; pero de pronto se cambió la escena, y César, sostenido por un considerable número de pueblos de Aragon y Cataluña, no solo consiguió batir completamente á los pompeyanos entre Lérida y Mequinenza, sino que persiguiéndolos con ardor, los sitió en una colina, y los obligó á entregarse todos á su discrecion.



Apoderado de las legiones romanas, asegurado de la Península, dió vuelta á Italia cargado de trofeos y de riquezas, venció luego á Pompeyo en la famosa batalla de Farsalia, persiguiéndole hasta las fronteras del Egipto; y la desgraciada muerte de este competidor temible le dejó dueño del campo, de sus fuerzas, y del imperio que se disputaban con tanto encarnizamiento.

Sin embargo los hijos de Pompeyo, Gneo y Sexto, refugiados en España huyendo de la prepotencia del tirano de Roma, con el auxilio de muchos pueblos, que aun respetaban la memoria ilustre de su padre, y con el de otros exasperados por las estorsiones y violencias de los gobernadores cesarianos, consiguieron formar un partido tan respetable, que en breve tiempo se encontró reunida bajo de sus banderas una gran parte de la nacion. Julio César, que habia llorado la muerte del padre, pero que le habia temido vivo, creyó ver resucitado ó heredado su valor en los dos hijos, y pasó inmediatamente á España á contener sus progresos, y sufocar en sus principios una faccion, que podia con el tiempo arrebatarle el fruto de todas sus intrigas y sus victorias. Cerca de Munda, poblacion entónces de alguna reputacion, que algunos suponen ser la que hoy se conoce bajo el nombre de Monda, cerca de Málaga, se avistaron los dos ejércitos animados del furor mas sangriento y del mayor encono. Es indecible el encarnizamiento con que se dió principio á la batalla. Las voces y los clamores horribles atronaron el aire; pero en el mayor ardor de la refriega, sucedió á los atroces gritos un silencio tan profundo, que en la muchedumbre de mas de cien mil combatientes solo se oia el estruendo de las lanzas, y el ruido formidable del acero. Incierta por largo tiempo la victoria, ni se ganaba ni se perdia un palmo de terreno, ni se daba ni se pedia cuartel; pero al fin empezaron á ceder los cesarianos, y César, desesperado y frenético al ver la debilidad de su gente, creyó tan inevitable su derrota, que intentó darse la muerte por no sobrevivir á esta desgracia. Unicamente pudo contenerle el juramento de sus fieles soldados, que á una voz prometieron no desampararle sino con la vida; y entónces aprovechándose de su entusiasmo, echó pie á tierra, se puso al frente de sus legiones, y cargó espada en mano tan denodadamente al enemigo, que introduciendo en sus escuadrones el terror y el desorden, dejó treinta mil hombres tendidos en el campo.

Los infelices restos de este destrozado ejército se encerraron en Munda resueltos á defenderse hasta el último extremo; pero aun no satisfecho César con tan gloriosa victoria, sitió la plaza con el mayor rigor, formando una horrible trinchera con los yertos cadáveres de la pasada accion. No hubo arbitrio que no intentasen los sitiados por salvarse; enviaron al campo del vencedor varios conjurados, para que asesinasen á cuantos soldados encontrasen

desapercibidos; hicieron muchas é impetuosas salidas con asombrosa intrepidez; y por último, todos se sacrificaron ántes que rendirse; de suerte que César no se apoderó de Munda hasta que cesó de existir el último soldado de Pompeyo. Estas famosas victorias restituyeron á César el dominio de toda la España romana; pues el desgraciado Gneo, fugitivo de resultas de la anterior batalla, y vivamente perseguido por los vencedores, pereció víctima de su furor; y aunque consiguió salvarse su hermano Sexto, prófugo y abandonado de los suyos, se hallaba muy distante de poder continuar la competencia y de infundir temor.

Poco disfrutó sin embargo Julio César del fruto de sus triunfos: pues al año siguiente Bruto y Casio, últimos campeones de la libertad romana, le quitaron la vida á puñaladas en medio del senado. Octaviano, su sobrino é hijo adoptivo, no contento con heredar las riquezas y el nombre del ilustre tío, elevó tambien sus pensamientos á la autoridad soberana, que como adquirida, ó por mejor decir conquistada por aquel á punta de lanza, acaso consideraba como parte de su patrimonio. Marco Antonio y Marco Emilio Lépido, grandes amigos del difunto, se le unieron inmediatamente; y de esta famosa liga resultó el segundo triunvirato, que llegó á completar el plan concebido y en gran parte ejecutado por los miembros del primero. Resueltos á dar la ley á la república, á oprimir con las armas á los enemigos y émulos de su poder, distribuyeron entre sí el gobierno de las provincias. La España tocó en este repartimiento á Marco Lépido; pero bien pronto el imperio dividido entre tres, vino á residir únicamente en Octaviano y Marco Antonio. Ellos solos habian perseguido y vencido á sus rivales; y por consiguiente les pareció que ellos solos tenian un esclusivo derecho al supremo poder por razon de conquista. Lépido quedó escludo con efecto; pero últimamente la memorable batalla de Accio, y la muerte de Antonio, dejaron á Octaviano único y absoluto dueño del mundo.

España, sujeta al dominio de este hombre tan afortunado, experimentó inmediatamente dos considerables novedades, á saber: la introduccion de un tributo perpetuo, que por la moneda de cobre con que se pagaba dió origen á la era española; y la nueva division de sus provincias en *Tarraconense*, *Lusitana* y *Bética*. El sagaz emperador, afectando una modestia que estaba muy distante de profesar su corazon, cedió al senado el gobierno de la última, y se reservó el de las dos primeras á pretesto de ser mas bulliciosas y marciales, y confinar con pueblos en que no habian podido penetrar los soldados de Roma; pero en realidad con el objeto de apoderarse de todas las fuerzas de la república por el disimulado arbitrio de intentar su reduccion, dejando por este medio desarmados á los senadores, para obligarles á obedecer aun cuando no quisiesen.



Sea como quiera, ello era cierto que los cantabros, asturianos y gallegos, no contentos con haber sabido preservarse de la esclavitud en el tiempo de las sangrientas guerras que habia sostenido el resto de la Península, persuadian y aun escitaban á sacudir el yugo á los pueblos comarcanos que habian tenido la desgracia de ceder á la fuerza. Los vacceos, austrigones y turmógidis, que ocupaban un dilatado pais desde Vizcaya por Búrgos hasta dentro del reino de Leon, habian tomado ya las armas en demanda de tan noble objeto; y no solamente llevaban ya tres años de obstinada contienda con las armas romanas, sino que su ejemplo acaso iba produciendo tambien perjudiciales efectos en las demas provincias. Tomó á su cargo Octaviano el empeño de sujetarlos, y á un mismo tiempo fueron embestidas con poderosas fuerzas Cantabria, Asturias y

Galicia; pero aquellos indomables naturales, á quienes A. de J.-C. 22.

la libertad era mas apreciable que la vida, sublevados tantas veces como vencidos, solo humillaron la cerviz al yugo, cuando quedó estinguida al filo de la espada toda la juventud que podia resistirle. Estos fueron los postreros gritos ó los últimos alientos de la libertad española. España, esta valerosa nacion, que por espacio de doscientos años de sangrienta lucha habia defendido su independencia con el mayor honor, se vió por fin enteramente sujeta á una potencia, cuya altivez habia abatido tantas veces, á la que habia arrebatado sus mas fuertes guerreros, y á la que hizo dudar en algun tiempo de si impondria ó recibiria la ley; y acaso hubieran sido infructuosos todos los esfuerzos de esta ambiciosa dominadora, si los españoles, conociendo mejor sus intereses, hubieran reunido sus fuerzas para la comun defensa, y no hubiesen ausiliado con su valor á sus tiranos para su propia destruccion.

A una época tan agitada é infeliz sucedió por largo tiempo una serenidad apacible, que si fué interrumpida por las inquietudes de algunas provincias, estas interrupciones ménos merecen el nombre de guerra que el de sedicion, ó el de quejas armadas contra las vejaciones de los gobernadores. En este pacífico siglo se hizo la España tan romana, que recibió sin resistencia y aun con gozo diferentes colonias, que fundaron y poblaron varias y célebres ciudades. Zaragoza, Guadiz, Córdoba, Mérida y otras muchas fueron de este número. Con el tiempo hizo tambien suyo el idioma, las leyes, los ritos y las ceremonias de sus conquistadores; y no dejó de tener tambien parte en los honores y primeras dignidades del imperio, como lo acreditaron los dos Cornelios Balbos, el primero cónsul, y el segundo triunfador, y los emperadores Trajano, Adriano, Máximo y Teodosio II.

De esta suerte permaneció la España sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo V, en que la tocó una principalísima parte de la revolucion que en todo el imperio romano, ya decadente, causaron las irrupciones de los bárbaros del Norte. Murió

Teodosio I en el año 395 de Cristo, y sus dos hijos Arcadio y Honorio se repartieron sus dominios, <sup>395.</sup> tomando el primero los de Oriente, y el segundo los de Occidente; pero tuvieron la desgracia de que su padre les dejase encomendados á dos tutores ambiciosos, cuya infidelidad sacrificó á sus propios intereses los de sus soberanos y los del público. Rufino en Oriente, y Stilicon en Occidente aspiraron á ocupar el solio de sus respectivos pupilos, y arruinaron al imperio. Aquel convidó secretamente á Alarico, rey de los godos, á que invadiese la Grecia con sus formidables guerreros, de cuyas armas esperaba servirse algun dia para arrojar á Arcadio del solio que imbécilmente ocupaba; pero Stilicon, mas sagaz que Rufino, hizo venir de los helados y estériles paisés del setentrion una nube de suevos, vándalos y alanos con el glorioso pretesto de arrojar á los godos, y sostener los derechos del emperador de Oriente; si bien con el verdadero objeto de asegurar con su favor la suprema dignidad para su hijo Euquerio. Se descubrieron por fortuna las malvadas intenciones de estos perversos, y pagaron con la vida su perfidia, pero entre tanto se habian apoderado aquellos feroces setentrionales de lo mejor de la Europa, y los godos principalmente, continuando por la Italia sus fatales escursiones, pusieron en contribucion á Honorio, le obligaron á renunciar en su favor el dominio de las Galias y de parte de la España, se apoderaron de Roma á viva fuerza en venganza de habérseles faltado á la palabra, y no se sabe hasta qué extremo hubieran llevado su furor, á no haber muerto Abaricon <sup>410.</sup> repentinamente en Cosenza en el año de 410.

Este acontecimiento, y la paz ajustada con Honorio, dejaron á Ataulfo, su sucesor, en posesion de las Galias; pero este jefe, bien fuese á ruegos de Placidia su muger, y hermana de Honorio, ó bien llamado de los españoles, oprimidos con el dominio de Roma y afligidos con las armas de los bárbaros del Norte, que como un torrente asolador habian inundado la Península, abandonó de allí á poco la Galia narbonense, donde se habia establecido, pasó los Pirineos, y se apoderó de una parte de Cataluña. Reinó sin embargo bien poco: las prendas que le adornaban no pudieron liberarle del puñal de un alevoso doméstico, y murió en <sup>416.</sup> Barcelona el año de 416, segundo de su reinado.

Pusieron los godos de su lugar á Sigerico, caudillo esforzado, y creído digno de ceñir la corona; pero apenas sentó el pie en el solio murió á manos de los suyos, resentidos del afecto que manifestaba á los romanos.

Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso, que pretendió apoderarse de la Mauritania, provincia reunida en aquellos tiempos á la España. Una deshecha tempestad, que le sorprendió en el estrecho, malogró la empresa, y le precisó á tratar con el conde Constancio, general romano, que dominaba la costa con gruesa



armada. Fueron las condiciones del concierto : que entregase á Placidia , viuda de Ataulfo , y prometida esposa de Constancio ; y que los godos arrojasen de la España á los suevos, vándalos y alanos, que habian usurpado al imperio la Galicia, Lusitania y Andalucía. Cumpliólas religiosamente Walia : dió con su gente sobre

los alanos, los derrotó en varios encuentros; y por los años de 419 los dejó tan oprimidos, que recibieron por gobernadores personas de la nacion de los godos : de suerte que escarmentados los vándalos y suevos se sujetaron á los romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque todo el peligro, gasto y trabajo de ella fué para los godos. Fenecida esta expedicion se retiró Walia á la Aquitania, provincia que le habia cedido Honorio en premio de sus hazañas, y murió de enfermedad en el mismo año de 419 ó al siguiente.

Despues de su muerte empezaron á reunirse las naciones bárbaras esparcidas por la España, singularmente por la Lusitania y Galicia, y formaron el proyecto de despojar á Honorio del imperio de toda la Península. Eran muy débiles las fuerzas de Roma para resistirlas. Los vándalos, conducidos por su caudillo Gunderico, arrinconaron á los suevos, obligándolos á guarecerse entre las quiebras de los montes Ervasios, situados entre Leon y Oviedo, derrotaron las tropas romanas mandadas por Castino, pasaron á las islas Baleares, y cuantos intentaron defender su patria cayeron

al filo de la espada del vencedor. Tres años despues, esto es por los de 425, se apoderó Gunderico de las ciudades de Cartagena y Sevilla; pero su repentina muerte contuvo

los progresos de su ambicion y crueldad, y dió la corona á su hermano Genserico en 426.

Pasó este al Africa en socorro de Aecio, general romano, y los suevos, aprovechándose de su ausencia, se derramaron por España con tal furia, que le obligaron á retroceder. Derrotólos sin embargo completamente cerca de Mérida, los confinó en la Galicia, y volvió al Africa cargado de ricos despojos. Pero no fueron tan desgraciados los esfuerzos de los suevos y alanos contra Roma. Quebrantaron la paz que tenian hecha con el imperio, derrotaron sus tropas cerca de Antequera, se apoderaron de Sevilla y demas

pueblos de la costa hasta Cartagena, y en 441 acabaron con los bárbaros de aquellas provincias.

En aquella época rompió Atila con un formidable ejército por las provincias romanas; penetró en las Galias, quemó y asoló á Reims, y puso cerco á Orleans. Teodoro, rey de los godos, pariente y sucesor de Walia, que en España poseia únicamente la Cataluña, y tenia la mayor parte de sus dominios espuestos á la furia de aquel feroz conquistador, trató de confederarse con los romanos para hacer frente al comun enemigo. Avistáronse los ejércitos en los campos cataláunicos por los años de 451, y el valor de

Teodoredo fué de grande importancia para humillar la soberbia de Atila, dirigiendo la batalla como esforzado capitán, y peleando en ella como valiente soldado; hasta que cayendo del caballo le atropellaron con la confusion. 451.

Pusieron los soldados en su lugar á Turismundo, su hijo mayor, quien alcanzó despues sobre los hunos otra completa victoria; de suerte que Atila, avergonzado y perseguido del hambre, de la peste y desgracias repetidas, hubo de retirarse á su pais con pocos de los suyos, donde á corto tiempo falleció. Tampoco fué mas dilatada la vida de su vencedor. Sus hermanos, Teodorico y Frigidario, cansados de sufrir su orgullo y altivez, armaron el brazo de un doméstico; y este, aprovechándose de una enfermedad que le tenia postrado en la cama, le asesinó en el año de 454, segundo ó tercero de su reinado, ó en el de 452, segun piensan algunos. 452.

Teodorico, que parecia un príncipe escogido para reinar, oscureció el honor que le grangeaban sus bellas prendas con el fratricidio, y la debilidad de abrazar el arrianismo. Derrotó completamente á Requiario, rey de los suevos y de Galicia; y su reinado hubiera sido feliz y dilatado, á no haberle quitado la vida su hermano Eurico en el año de 466, ó en el de 467. 466.

Quedó sin contradiccion el reino de los godos por Eurico, quien apenas tomó posesion concibió el vastísimo proyecto de despojar á los romanos y á los suevos de cuanto poseian en España, y de fijar los límites de su imperio en la Galia narbonense. Rompió con esta idea por los Pirineos en el año de 471, y cayeron sin dificultad en su poder Aragon, Navarra y Valencia con todo el resto de España, á escepcion de la Galicia, que permaneció sujeta á la dominacion de los suevos. Convirtió despues sus armas hácia la Galia, y ensanchó sus dominios hasta Marsella, pero cuando la fama de sus proezas iba haciendo respetable su nombre, le salió al encuentro la muerte en Arles por los años de 482. La crueldad con que persiguió á los católicos hace odiosa su memoria: pero España le debe su libertad despues de setecientos años de opresion bajo el yugo romano, y la compilacion de las leyes de los reyes godos, sus antecesores, que unidas á las suyas componen la célebre coleccion que se conoce bajo el nombre de *Fuero juzgo*. 483.

Por su muerte recayó la corona en su hijo Alarico, hombre todavía mas guerrero, y mas celoso arriano que su padre. Dicen algunos escritores que dió justas causas á Clodoveo para que le moviese guerra; pero lo cierto es que el feroz rey de los francos, no pudiendo mirar sin temor el engrandecimiento de los godos sus vecinos, entró con un poderoso ejército por las tierras de Alarico; que se encontraron los dos rivales en los campos de



Vouillé no léjos de Poitiers, y que vinieron á las manos, quedando derrotados los godos, y Alarico muerto á manos del mismo Clodoveo en 506.

Cayeron de resultas en poder del vencedor las primeras ciudades del reino gótico en aquella parte de la Galia, y los pocos godos que lograron escapar de la refriega se refugiaron á Tolosa, donde aprovechándose de la menor edad de Amalarico, legitimo sucesor de Alarico, eligieron por rey á Gesaleico, su hijo bastardo. Resintióse gravemente el ostrogodo Teodorico, rey de Italia, de una eleccion que atropellaba los derechos de su nieto usurpándole el trono de su padre, y envió contra Gesaleico un poderoso ejército á las órdenes del general Hibas. Hallábase el godo sin fuerzas suficientes para resistirle, y se retiró vergonzosamente al Africa á pedir socorro á Trasimundo, rey de los vándalos; de suerte que Hibas logró sin dificultad reducir el reino gótico á la obediencia de Teodorico, y poner por su gobernador, en nombre de Amalarico, al ostrogodo Teudis. Vuelto del Africa Gesaleico pudo con las riquezas que le franqueó el vándalo formar un buen ejército que oponer á su competidor; pero le fué contraria la suerte, y despues de varias pérdidas tuvo que retirarse huyendo á Francia; y segun unos murió á manos de los que le seguian, de enfermedad, segun otros, en Tarragona, año de 511.

Cuando Amalarico salió de su menor edad tomó las riendas del gobierno, y para cimentar mas su poder casó con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los reyes francos; pero una perfidia, hija de cierto espíritu de intolerancia, le privó de la corona y de la vida. Era católica aquella virtuosa princesa, y no se le concedió su mano á Amalarico sino bajo la espresa condicion de no molestarla en orden á la religion. El godo, sin embargo, arrastrado de un indiscreto celo por su secta, se empeñó despues en que abrazase el arrianismo. Persuasiones, amenazas, desprecios, malos tratamientos, todo lo puso en práctica para seducirla; pero firme la princesa en las piadosas máximas que habia bebido en su educacion, todo lo sufría con paciencia. Apurado por fin el sufrimiento de esta princesa, y viendo que aun el pueblo ultrajaba su carácter y dignidad, dió parte á sus hermanos. Inmediatamente pasó á España con un grueso ejército Childeberto, rey de Francia, alcanzó á Amalarico cerca de Barcelona, le derrotó; y el godo, vencido y prófugo, queriendo acogerse á un templo católico, cayó herido de un bote de lanza en 531.

No dejó hijos, y los grandes del reino eligieron á Teudis, hombre ventajosamente establecido en España, y generalmente querido por el acierto y prudencia con que dirigió la menor edad de Amalarico. En su tiempo hicieron una irrupcion los francos por la parte de Navarra, tomaron á Pamplona y Calahorra, y llegaron á poner sitio á Zaragoza. No se sabe puntualmente el motivo de

esta expedicion; pero lo cierto es que, fuese temor ó prudencia, levantaron el sitio; y que cuando trataban de volverse á Francia les sorprendió Teudiselo, capitan de Teudis, en las gargantas de los Pirineos, y los deshizo completamente. El buen orden con que gobernaba este príncipe sus pueblos, y el amor con que estos pagaban sus desvelos, le prometian al parecer la muerte de los hombres de bien; pero un malvado, fingiéndose demente, logró introducirse en su aposento, y le dió de puñaladas en el año de 548.

548.

Sucedióle Teudiselo, cuyas costumbres eran diferentes de las de su antecesor. La avaricia, la crueldad y la lujuria eran sus pasiones favoritas. Ni el tálamo conyugal estaba libre de los insultos de su poder, ni segura la vida de un marido honrado cuando tenia la fortuna de poseer una esposa honesta, pero hermosa. Poco debia durar tan abominable monstruo. Conjuráronse ciertos nobles agraviados, le convidaron á un banquete hallándose en Sevilla, y al medio de la cena apagaron las luces, y le asesinaron al año y medio de su reinado.

Muchos son infelices en los cargos públicos, *que pudieran haber sido dichosos viviendo como particulares.* Esto sucedió puntualmente á Agila, cuya ineptitud para el gobierno le derribó de la cabeza la corona. Pretendió sujetar por fuerza á su obediencia á la ciudad de Córdoba, que se le habia sublevado, y la sitió; pero en una salida que hicieron los sitiados le mataron un hijo, y le quitaron sus riquezas. Aprovechóse Atanagildo del descrédito que le grangeó entre los godos á Agila tan desgraciada empresa; se rebeló contra él; y para asegurarse mejor en el trono, ofreció parte de España al emperador Justiniano, si le ayudaba contra su rival. Aceptó el emperador y le envió tropas, avistáronse los dos ejércitos cerca de Sevilla; dióse la batalla, y Agila vencido fué muerto de allí á poco por los suyos en Mérida año de 552.

549.

552.

No tardó en conocer Atanagildo el riesgo á que le esponia su compromiso. Las mismas armas que le habian asegurado la corona, *podrian fácilmente despojarle de ella.* El poder de Roma habia cobrado nuevo vigor con sus victorias sobre los godos, francos y alemanes en Italia; y aun no se habia olvidado el imperio de que la España habia estado sujeta á su dominacion. Temió pues Atanagildo que los romanos, que habia llamado en su auxilio, se aprovecharan de las circunstancias, y procuró *contemporizar con ellos, hasta que por último, viendo que aspiraban á ir poco á poco engrandeciéndose, trató de echarlos de España, y tuvo para ello con los mismos varios encuentros con suerte ya próspera ya adversa.* En su tiempo se restableció en Galicia la religion católica, abrazándola su rey Teodomiro, quien procuró que los obispos celebrasen varios concilios para arreglar los asuntos de disciplina. Falleció



567. por fin de enfermedad Atanagildo en Toledo el año de 567, décimotercero de su reinado, profesando, segun dicen, el catolicismo, aunque secretamente por temor de sus vasallos.

Dividiéronse los godos en facciones para la eleccion de su sucesor, y solo despues de cinco meses de interregno pudieron convenirse en Liuva, virey que era de Atanagildo en Narbona. Su historia no ofrece otra cosa memorable sino que al segundo año de su reinado asoció á la corona á su hermano Leovigildo, encomendándole las provincias sujetas á los godos en España; que se retiró á la Galia gótica con el objeto de ponerla á cubierto de las invasiones de los reyes francos; y que falleció en el año de 570, 570. á la sazón en que Leovigildo habia quitado á los romanos cuanto poseian en Andalucía, y subyugado la Cantabria que se habia declarado con rebelion.

Quedó pues por Leovigildo el trono de los godos; y deseoso de vincularle en su familia, se valió del mismo estratagema con que los emperadores romanos frustraban el derecho de eleccion del pueblo. Asoció á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo; pero como el primero era celosísimo católico, y su padre profesaba obstinadamente el arrianismo, la misma diversidad de religion ocasionó entre ambos una guerra civil, cuyas consecuencias fueron demasiado funestas para Hermenegildo. Derrotado en varios encuentros, abandonado de los suyos, y vivamente perseguido, cayó en manos de su irritado padre, cuya ferocidad, despues de haberle sujetado á sufrir las mayores ignominias, hizo asesinarle, anticipándole por este medio el reino eterno en que le veneramos. Iguales turbulencias, aunque por motivos muy diversos, tenian por entonces en combustion el reino de los suevos. Apoderóse 582. del trono un hombre poderoso llamado Andeca; y el niño Eborico, destituido de recursos para resistir á la violencia, se vió precisado á encerrarse en un monasterio, cediendo al usurpador el reino de su padre. Aprovechóse Leovigildo de estas circunstancias; y á pretesto de defender los derechos del infeliz oprimido, entró por la Galicia á sangre y fuego, venció, é hizo prisionero al tirano, y con esto dió fin al imperio de los suevos agregándole á su corona. Murió por fin en el año 586, dejando re- 586. formado el código de Eurico, y engrandecido el trono á su hijo Recaredo.

Declaróse este por la religion católica, en lo que le siguió la mayor parte de sus vasallos; pero inmediatamente se vió precisado á reprimir una multitud de conspiraciones, que tuvo la fortuna de descubrir en tiempo y disipar como el humo, castigando severamente á los cómplices. La mudanza de religion servia de pretesto á los ánimos ambiciosos para intentar despojarle de la corona. Conociólo Recaredo, y para calmar estas inquietudes mandó congregarse el

tercer concilio toledano, célebre en todos tiempos por lo notable de algunos de sus cánones. Renació por este medio la paz interior; y cuando ya parecia que debia prometerse un reinado tranquilo, se vió acometido por los francos, deseosos de lavar la afrenta que habian recibido en otra invasion anterior. Desfizolos no obstante en varios encuentros, siendo una de las mas señaladas victorias la que logró en los campos de Carcasona con solos trecientos hombres escogidos á las órdenes del duque Clodio, sobre mas de sesenta mil combatientes. Murió en Toledo en el año de 601, décimocuarto de su reinado.

601.

Parece que la corona de los godos habia quedado pendiente de un hilo, que la iba pasando sucesivamente de cabeza en cabeza sin permitirles el placer de disfrutarla mucho tiempo. A Recaredo sucedió Liuva II, mozo de grandes esperanzas y de prendas tan recomendables, que los godos convinieron desde luego en su eleccion; pero apénas habia pisado el solio se conjuró contra él Wite-rico, general de sus armas; y ya que ántes no pudo despojar del trono y de la vida á Recaredo, como lo intentó varias veces, manchó despues sus traidoras manos con la inocente sangre de su hijo, y le arrebató el cetro en el año de 603.

603.

Gozó sin embargo muy poco el fruto de su crimen: sus vicios, su tiranía é impiedad, y mas que todo quizá la desgracia que siempre acompañaba á sus empresas militares, escitaron bien pronto la indignacion y el desprecio de los godos; y conjurados algunos ambiciosos y descontentos, le mataron en un convite á puñaladas, arrastrando despues ignominiosamente su misero cadáver por las calles y plazas de Toledo.

Pusieron en su lugar á Gundemaro; pero su temprana muerte malogró las esperanzas que prometia, sin darle lugar sino para sosegar las rebeliones de Navarra.

La eleccion de Sisebuto pudo consolar algun tanto á los pueblos afligidos por aquella pérdida, pues era humano, generoso, protector de las ciencias, y amante de la paz, sin dejar por eso de ser esforzado guerrero. Desbarató en muchas refriegas á los romanos, y les despojó de las ciudades que aun poseian en la Andalucía; pero supo usar de la victoria con la magnanimidad de un héroe. Fundó, segun dicen, la ciudad de Eborac iñéndola de escelentes fortificaciones, y aun parece que hizo construir una armada para ejercitar á sus soldados en la náutica, y que adquiriesen sobre el mar la misma superioridad que les hacia temibles en la tierra. Oscureció sin embargo tan recomendables cualidades con una imprudencia á que lo condujo su celo por la religion católica, ó mas bien las sugerencias de algunos cortesanos fanáticos. Mandó, bajo pena de muerte, que se bautizasen los innumerables judíos que poblaban sus dominios, de lo cual solamente pudieron resultar, como resultaron, con-

612.

621.



versiones aparentes y efectivas emigraciones. Murió en el año de 621.

Apénas merece contarse entre los reyes godos su hijo Recaredo II, jóven de pocos años, que solo reinó tres meses.

La reputacion de capacídad y valor con que en el reinado de Sisebuto se habia distinguido Suintila, determinó á los grandes ponerle en su lugar; y con efecto, en los primeros años no desmintió el concepto que le habian grangeado sus buenas cualidades. Reformó las corruptelas que se habian introducido en las leyes y en las costumbres; acabó de arrojar á los romanos de la España, y sujetó á los vascones. Llevaron sin embargo muy á mal los godos que nombrase por compañero y sucesor á su hijo Requiriro, privándoles por este medio del derecho de eleccion, y desde entónces se convirtió en odio todo el amor con que ántes habian hecho justicia á sus virtudes. Por otra parte la falta de enemigos para escitar su espíritu belicoso le fué sepultando en tal inercia, que vinieron á quedar enervados su valor y brio. Los pueblos, abandonados á la insaciable avaricia de su muger Teodora y de su hermano Geila ó Agilan, gemian bajo el yugo de la mas tiránica opresion. Vino á ser general el descontento; y Sisenando, hombre de valor y rico aprovechándose de las circunstancias, y auxiliado de Dagoberto

631. rey de Francia, puso en la dura precision á Suintila de cederle una corona, que no podia defender.

Sin embargo, no se creyó bastante seguro el usurpador; y deseando ponerse á cubierto de todo acontecimiento con una autoridad respetable, juntó el concilio toledano VI, en que de acuerdo de ambas potestades eclesiástica y secular fué declarado Suintila indigno de la corona; se decretó que ninguno fuese admitido al trono sin ser reconocido por los grandes del reino, y que nadie aspirase á la corona, moviese sedicion, ni atentase contra la vida de los reyes.

Era muy natural que se estableciesen y confirmasen estos cánones por un rey, que acabando de destronar á otro debia recelar la misma suerte. Parece que en este concilio se arreglaron el misal y breviario muzárabe, de que usaron los católicos españoles cuando perdida la España vivian mezclados con los árabes, y que se recopilaron las leyes de Sisenando y sus predecesores, incorporándolas en el Fuero juzgo.

636. Por muerte de Sisenando en 636 eligieron los godos á Chintila, quien igualmente, á imitacion de su antecesor, creyó necesaria su confirmacion en las córtes del reino. Éranlo por entónces los concilios nacionales; y así convocados al efecto el quinto y sexto de Toledo, aseguró en sus sienas la corona, y se establecieron las leyes que debian regir en lo sucesivo

640. para la eleccion de soberanos. Murió en Toledo por los años de 640 despues de haber espelido de sus dominios á los judíos, y á cuantos rehusaron abrazar la religion católica,

dejando la corona para su hijo Tulga. El celo por la religion, la prudencia y otras virtudes propias de un soberano, acompañaron á este jóven príncipe; pero no pudieron libertarle de la envidia, y se dice que fué depuesto á poco mas de dos años de un feliz reinado.

En caso de ser cierta esta deposicion, quizá tuvo gran parte en ella Chindasvinto, hombre intrigante y astuto, que con el velo del bien público supo disfrazar su ambicion. Prohibian las leyes fundamentales del reino que nadie pudiese ceñir la diadema sin consentimiento de toda la nobleza; ¿pero cómo habian de resistir los grandes á la usurpacion de un poderoso, pronto á sostener sus desafueros con toda la milicia veterana que tenia á sus órdenes? Quedó pues el reino por Chindasvinto, quien hizo tonsurar á Tulga, inhabilitándole por este medio para hacer valer sus derechos en lo sucesivo; y aunque nada bueno prometian estos principios, la política de Chindasvinto supo ganarse los ánimos de todos con su prudencia, moderacion, piedad, y amor á las letras y á la paz. Sin embargo el que una vez habia conseguido quebrantar las leyes fundamentales de la nacion, no era de esperar se contuviese dentro de los justos límites de sus facultades. Asoció pues la corona á su hijo Recesvinto; y los grandes, destituidos de fuerzas para reclamar esta nueva violacion de sus derechos, ó temerosos de una guerra civil, consintieron en esta eleccion; de suerte que cuando falleció Chindasvinto en el año de 649, quedó dueño su hijo de toda la monarquía goda.

642.

649.

Nada particular ofrece la historia del tiempo de Recesvinto. España disfrutaba de las dulzuras de la paz, y arreglaba tranquilamente en los concilios la disciplina y las costumbres cuando falleció Recesvinto en el año de 672, despues de haber hecho felices á sus pueblos por espacio de veintitres años y medio.

672.

Reuniéronse los grandes para la eleccion de nuevo rey; y todos pusieron los ojos en Wamba, hombre principal, guerrero y prudente, pero cuya modestia no le permitia aceptar un cargo, que reputaba superior á sus fuerzas. Resistió cuanto pudo á los repetidos ruegos y lágrimas de los electores y del pueblo, hasta que desnudando la espada un denodado capitan, le dijo: « El deseo del bien público ha sido el único motivo de elegirte: ¿serás acaso tan osado que so color de modestia antepongas tu particular reposo y las dulzuras de una vida independiente á la felicidad de la patria? Presta desde luego tu consentimiento, ó de lo contrario morirás á los filos de este acero, pues cualquiera que rehusa contribuir al bien del estado es un verdadero enemigo.» Rindióse Wamba, y realizó las esperanzas que de él se habian concebido. Sublevóse la Vasconja; y cuando partió á la frente de sus tropas para reducirla á su deber supo que Hilderico, conde de Nimes, se habia alzado



con la parte de las Galias que pertenecía á la España. La situacion era crítica : Wamba no obstante, sin embarazarse, envió contra el rebelde á Flavio Paulo, capitán aguerrido, que con su fina política habia sabido ganarle el corazón. Pero este pérfido, que solo esperaba una ocasion favorable para descubrir la ambicion que abrigaba en su seno, apénas puso el pie en las Galias, cuando haciendo traicion á la confianza con que el príncipe le habia distinguido, logró desacreditar su gobierno; y uniéndose con Hilderico se hizo proclamar rey. La felicidad con que en el breve espacio de siete dias consiguió Wamba sujetar la Vasconia, le proporcionó atajar los progresos de aquella rebelion. Marchó contra Paulo, le estrechó por todas partes, y el traidor cayó en sus manos despues de una obstinada resistencia; pero Wamba, superior á su resentimiento, y siguiendo los impulsos de su corazón magnánimo, se contentó con hacerle raer el cabello y la barba, y dándole públicamente en rostro con su perfidia le perdonó la vida, si bien le condenó con los demas culpados á prision perpetua. Castigo demasiado suave, que quizá pudo dar lugar al infame atentado que despues le privó de la corona.

En su tiempo hicieron los sarracenos una invasion en España. Dueños de una gran parte del Africa, desde el Nilo hasta el Océano Atlántico, é incapaces por su muchedumbre y poder de contenerse dentro de límites algunos, pasaron el estrecho con una formidable armada, y empezaron á infestar las costas. Wamba, oponiéndose al torrente con otra no ménos poderosa, desbarató su flota; y mostraron los godos en aquella ocasion, que no solamente en la tierra les eran familiares los triunfos. Tan señaladas victorias, el buen órden con que este sabio príncipe hacia florecer sus pueblos, su moderacion y su clemencia, no podian ménos de conciliarle el amor de sus vasallos; pero nunca faltan espíritus discolos y ambiciosos, y el seno de la paz y de las glorias abortó una conjuracion la mas infame por el objeto y por los medios. Deslumbrado Ervigio, pariente de Chindasvinto, con la brillantez de una corona cuyo peso habia atemorizado á Wamba, se propuso obtenerla á cualquier precio, y logró que diesen al rey una bebida ponzoñosa, que si bien no le quitó la vida, trastornó sus sentidos y potencias. Todos creyeron próxima su muerte, y los confidentes de Ervigio se apresuraron á raerle el cabello y la barba, vistiéndole un hábito monástico, ya porque esto fuese lo que solia practicarse con los moribundos, ó lo que es mas probable, porque de este modo quedaba inhábil para continuar en el gobierno, caso que no falleciese; y por último le hicieron aprobar la eleccion de Ervigio. Cuando volvió en su acuerdo al dia siguiente, la grandeza de su ánimo no le permitió reclamar la nulidad de un acto tan violento; y aprovechando la ocasion que le descargaba de un peso, que siempre habian sustentado con repugnancia sus hombros, re-

signó en 680 la corona en su ambicioso competidor, y se retiró al monasterio de Pampliega, donde acabó sus días á los siete años y tres meses de vida religiosa.

Los rumores y el descontento con que miró el pueblo la exaltacion de Ervigio le hicieron temer las consecuencias de una general conmocion; y para legitimar en algun modo su atentado, congregó el duodécimo concilio toledano, en el cual se aprobó la cesion de Wamba. Procuró borrar la mancha de su infidelidad con un sabio gobierno, moderó las imposiciones, suavizó la severidad de las leyes de su antecesor, condonó á muchos particulares lo que debian al erario, y estableció cuanto le pareció conveniente al buen órden. Quizá provendrian estas buenas disposiciones de su temor, y del deseo de ganarse las voluntades de los que aparecian descontentos, pero de todos modos sus efectos cedian en beneficio de los pueblos. Ultimamente, despues de haber congregado en su tiempo tres concilios nacionales para arreglar el dogma y la disciplina, falleció en Toledo el año de 687, séptimo de su reinado, nombrando por sucesor á Egica, primo 687.  
ó sobrino de Wamba, á quien parece que por este medio quiso dar alguna satisfaccion.

Prometió Egica al subir al trono amparar á la reina viuda de Ervigio y á sus hijos contra cualquiera que los persiguiese en sus personas y bienes; pero como igualmente habia hecho juramento de defender á sus vasallos de toda injusta opresion, y muchos se quejaban de las violencias con que los hijos de Ervigio les usurpaban sus bienes, cometió á la decision de un concilio, que fué el XV de Toledo, el exámen de la fuerza de estos juramentos, y de los medios de conciliarlos. Resolvieron los padres que *la religion del juramento no debia patrocinar la injusticia*; y en efecto, ninguna dificultad habia en proteger á los hijos de Ervigio, sin permitir la opresion de sus súbditos, ni tolerar los excesos de aquellos. Congregáronse ademas en su tiempo los concilios XVI y XVII de Toledo. En el primero fué depuesto el arzobispo Sisberto, hombre soberbio y revoltoso, por haber entrado en una conjuracion contra el rey, y se puso en su lugar á Félix, metropolitano de Sevilla, escomulgando á cualquiera que quebrantando el juramento de fidelidad al rey, á la patria y al estado, maquinase contra la persona del monarca. En el XVII se hizo presente que los judíos del reino se entendian con los de Africa para entregar la España á los sarracenos: fueron condenados los cómplices á servir en calidad de esclavos, y á vivir repartidos por diferentes provincias, encargando la custodia y educacion de sus hijos á personas católicas. Ultimamente, murió Egica por los años de 701, habiendo asociado ántes á la corona á su hijo Witiza, y encomendándole el gobierno de Galicia. 701.

Inmediatamente quedó reconocido Witiza por la nobleza, y sus



principios no pudieron ser mas lisonjeros para el reino. Moderó los tributos, alzó el destierro á cuantos le sufrían por disposicion de su padre, volviéndoles honores, cargos y bienes. Mandó quemar los procesos, para que ni aun memoria quedase de los delitos de que se les habia acusado, y distribuyó por todas partes premios y beneficios : en una palabra, nadie podia figurarse reinado mas feliz; pero si hemos de dar crédito á la comun opinion de los historiadores, bien pronto se estraviaron sus pasos, y tomaron la senda del precipicio. La lubricidad, la tiranía, el desórden, la corrupcion de las costumbres reemplazaron á las virtudes con que habia procurado deslumbrar ántes á la multitud; y temiendo que sus vicios produjesen alguna conspiracion, se declaró enemigo implacable de cuantos por su poder le eran mas sospechosos. Aşesinó, segun se dice, á Favila, duque de Cantabria : mandó sacar los ojos á Teodofredo, hermano de Recesvinto; y ni los hijos de estos, Pelayo y Rodrigo, se hubieran librado de su furia sanguinaria, á no haber encontrado un asilo en las Asturias y la Cantabria. No podian sus vasallos mirar con indiferencia tantas crueldades y torpezas; pero no se descuidó Witiza en contenerlos por medio del terror, y en quitarles los medios de sublevarse y hacerse fuertes. Hizo convertir en instrumentos de labranza todas las armas de hierro y acero : mandó derribar los muros y fortalezas de todas las ciudades de su reino; y solo por fortuna quedaron intactos los de Toledo, Leon, Astorga y algunos otros <sup>1</sup>. Sin embargo se declaró en rebelion la Andalucía, y eligió por su rey á Rodrigo, quien con el ausilio de los romanos derrotó y prendió á Witiza, le mandó sacar los ojos, y le envió á Córdoba, donde murió de enfermedad por los años de 709 ó 711, pues sobre esto hay variedad.

709.

No fueron mejores las costumbres del nuevo rey Rodrigo. Abandonado á la crápula, á la licencia, y á toda clase de vicios, parecia insensible á los peligros que por todas partes le amenazaban. Rompió finalmente el volcan con tan violenta esplosion, que sepultó bajo de sus cenizas todo el poder y gloria que se habian adquirido los godos en el espacio de trecientos años. Resentidos los hijos de Witiza por verse privados de un trono á que creian tener algun derecho, exasperados con el destierro á que les condenó Rodrigo, y no encontrando apoyo en la nobleza goda, opuesta siempre á la monarquía hereditaria, llamaron secreta-

<sup>1</sup> Tal es el retrato que generalmente nos hacen de Witiza nuestros historiadores. No falta sin embargo quien le juzga en justicia acreedor á mas favorable concepto. El señor Mayans tomó á su cargo la defensa de este principe, y la desempeñó con la delicadeza y erudicion que le eran propias; pero no permitiéndonos los estrechos limites de un compendio entrar en el exámen de esta cuestion, nos contentamos con indicarla, y remitir á los lectores á aquella preciosa obra para que juzguen por sí mismos.

mente á los sarracenos de Africa, que solo esperaban ocasion favorable para subyugar una península, que hacia ya tiempo llamaba su atencion. Gobernaba por entónces Muza en nombre de Valid, califa de Damasco. Pasaron los mahometanos el estrecho á las órdenes de Taric y Abu-Zara, caudillos acreditados por su valor: saquearon los pueblos de la Bética y Lusitania; se apoderaron de todas sus plazas, que dismanteladas y sin gente apénas podian oponerles una débil resistencia, y desbarataron el bisoño ejército que pretendió hacerles frente. La inminencia del peligro despertó de su letargo á Rodrigo: en el año 711 juntó rápidamente otro ejército numeroso, pero compuesto de gentes muelles y afeminadas por los vicios y la ociosidad: avistó á su enemigo en los campos de Jerez de la Frontera, le presentó la batalla; y despues de ocho dias de obstinado combate, en que por ambas partes se hicieron prodigios de valor, decidió una traicion la suerte de las armas. Habia cometido Rodrigo la imprudencia de encomendar los flancos de su ejército á los hijos de Witiza, personas que siempre debian serle sospechosas, y cuyo encono en vano habia procurado aplacar; pero ¿quién podria imaginarse que posponiendo estos malvados los intereses de su patria á su particular resentimiento, la hubiesen de abandonar en lo mas urgente del peligro? Pasáronse en efecto al enemigo con todos los que tenian á sus órdenes. Debilitado el ejército godo ya no tuvo mas recurso que la fuga; y despues de una horrible carnicería quedó la campaña por los sarracenos. Nada positivo se sabe del paradero de Rodrigo. Unos dicen que murió ahogado al atravesar el Guadalete: otros que se mató y arrojó al rio por no caer en manos del enemigo; y algunos, finalmente, que disfrazado de ermitaño fué á ocultar su dolor y vergüenza hácia las fronteras de Portugal.

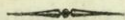
Fué tal el espanto que se apoderó de toda España, que ya no hubo quien resistiese á las armas victoriosas de los sarracenos. El Africa por otra parte vomitaba enjambres de gentes atraidas de la esperanza del botin: de suerte que engrosado el ejército del vencedor se hizo mas imposible rechazarle. Vino Muza en persona; y aprovechándose del terror y desaliento de los godos, trató de realizar sus proyectos de conquista, para la cual dividió sus fuerzas en tres partes. La primera, á las órdenes de su hijo Abdalaziz, se dirigió contra las costas del Mediterráneo; la segunda contra las del Océano; y se reservó la tercera para subyugar en compañía de Taric el interior del reino. Caminaba la victoria delante de sus banderas: las plazas se le rendian espontáneamente ó por fuerza; y no fueron poco dichosas las que, como Toledo, consiguieron un partido razonable. Consternados los habitantes abandonaban sus hogares; y el pequeño número de los que consiguieron librarse de la esclavitud, ó de la cortante espada del vencedor, aun no se creian seguros en los parages mas inaccesibles de los montes. Fi-



nalmente, al cabo de cinco años de asolacion y triunfos quedó toda la España por los árabes, á escepcion de algunos lugares incultos y estériles de Asturias, Cantabria y Vasconia, que por su fragosidad no quisieron ó no pudieron conquistar.

Fenecida la conquista trató Muza de regresar con todos los caudillos á Damasco, y dejó encomendado el gobierno de ella á su hijo Abdalaziz, príncipe humano y amable, que en medio de sus victorias se habia distinguido por su benignidad. Procuró inmediatamente poner en orden lo conquistado: hizo descripcion de las provincias para la justa distribucion de los tributos: reparó los muros y fortalezas derribadas por Witiza, ó que habian padecido en la última guerra: dejó numerosas guarniciones en todas las plazas: promulgó varias leyes de policía y buen gobierno, y estableció su corte en Sevilla; pero el amor con que trataba á los habitantes, ó mas bien su escesiva deferencia á la voluntad de la bella Egilona, viuda de Rodrigo, que habia logrado encender en su pecho la mas violenta pasion, y con quien se habia unido en matrimonio, le hicieron sospechoso á los suyos. Creyeron que con el ausilio de los españoles pretendia alzarse con el señorío de España; y cuando en una ocasion oraba en la mezquita, fué muerto á puñaladas por disposicion del feroz Hayub su primo. Este, que fué su sucesor, quiso dar muestras de su genio asolador y sanguinario: llevó sus armas á la Galia gótica; apoderóse de ella fácilmente; y toda la antigua monarquía de los señores visigodos quedó reducida á algunas regiones ásperas y montuosas del pais mas delicioso de Europa.

## LIBRO CUARTO.



Pelayo ; principios de la reconquista ; victorias de aquel esforzado caudillo sobre los sarracenos. — Favila ; su desgraciada muerte. — Alfonso I el Católico ; estiende asombrosamente sus dominios. — Fruela I ; reporta sobre los moros en Galicia una victoria memorable ; asesina á su hermano Vimarano, y es víctima de la ambicion de Aurelio. — Aurelio ; reduce á los esclavos y libertos. — Silo ; asocia á la corona á Alonso, hijo de Fruela. — Mauregato ; se apodera del cetro con el auxilio de los sarracenos. — Bermudo el Diácono. — Alonso II el Casto ; hermosea con magníficos edificios la ciudad de Oviedo. — Ramiro I ; vence, sujeta y castiga á varios nobles rebeldes. — Ordoño I ; estiende sus dominios á costa de los mahometanos. — Alfonso III el Grande ; sube al trono, le pierde y le recobra ; ensancha los límites de su reino hasta las riberas del Tajo y del Guadiana. — Rebelion de su hijo Don García ; le prende ; conspiracion de su familia ; renuncia en él sus dominios. — García ; disfruta solamente cuatro años un trono obtenido á costa de ingraticudes y violencias. — Ordoño II ; sus triunfos. — Fruela II ; su indolencia. — Alonso IV el Monge ; renuncia la corona en su hermano Ramiro. — Ramiro II ; se apodera de Madrid, y vence los mahometanos cerca de Osma. — Hace tributario al gobernador de Zaragoza ; batalla de Simancas. — Esfuerzos de los condes de Castilla por hacerse independientes. — Jornada de Talavera. — Ordoño III ; conspiracion de su hermano Don Sancho para destronarle ; triunfa de los sarracenos en la Lusitania. — Sancho I el Craso ; es destronado por Ordoño el Malo ; Abderramen le franquea auxilios para recobrar el trono. — Batalla de Hasiñas. — Sublevacion de la Galicia ; Don Sancho la apacigua ; es envenenado. — Ramiro III ; segunda irrupcion de los normandos. — Irrupcion de los sarracenos en Castilla. — Rebelion de los gallegos ; proclamacion de Don Bermudo ; guerra entre este y Ramiro. — Bermudo II ; irrupcion de Almanzor. — Progresos de Almanzor. — Confederacion de los reyes de Leon y Navarra con el conde de Castilla ; batalla de Calatañazor. — Alonso V ; estiende sus dominios por la Lusitania ; muere en el sitio de Viseo. — Bermudo III ; batalla de Tamara ; muerte de Don Bermudo ; incorporacion de la corona de León á la de Castilla. — Reyes de Castilla. — Fernando I ; sus asombrosas conquistas sobre los mahometanos. — Es aclamado emperador. — Rebelion de los moros subyugados ; irrupcion de los aragoneses y valencianos ; muerte de Don Fernando, y division de sus estados entre sus hijos. — Sancho II ; mueve guerra á su hermano don Alonso de Leon por despojarle de sus estados : le vence, y le obliga á renunciar la corona. — Despoja tambien del reino de Galicia á su hermano Don García. — Pretende por último despojar de su reducido patrimonio á sus hermanas Elvira y Urraca. — Sitio de Zamora ; asesinato de Don Sancho. — Alonso VI ; es restablecido en el trono de Leon, y sucede á Don Sancho en el de Castilla. — Se apodera del reino de Galicia ; emprende la conquista de Toledo. — Favorece los proyectos ambiciosos de su suegro el rey de Sevilla ; consecuencias de esta imprudente determinacion. — Jornada contra Jucef Tefin ; principios del reino de Portugal. — Competencia con el rey de Aragon. — Irrupcion de los almoravides africanos ; batalla de los siete condes ; vuelve Don Alonso por el honor de sus armas vengando la muerte de su hijo. — Urraca ; pretension del rey de Aragon Don Alonso I ; su matrimonio con la reina ; proclamacion del niño Don Alonso ; guerra entre Aragon y Castilla. — Disensiones entre Doña Urraca y su hijo Don Alonso. — Alonso VII ; toma bajo su proteccion al régulo de Córdoba.

Los españoles, refugiados en las cavernas espantosas de los montes de Asturias, y resueltos no solo á su defensa, sino al heróico



718. empeño de reconquistar su patria, eligieron por su rey en el año de 718, segun la mas comun opinion, á Don Pelayo, de la sangre de sus príncipes, y que reunia la prudencia al valor <sup>1</sup>. Empezó la guerra con un puñado de soldados determinados y valientes; pero victorioso siempre, y nunca envanecido con la gloria de sus triunfos, jamas se precipitó imprudentemente; y al paso que iba arrojando á los moros de su vecindad, fortificaba las plazas conquistadas, poniéndolas al abrigo de cualquiera invasion repentina. De este modo se fueron formando los pequeños reinos de Oviedo y Leon. Procuraron los mahometanos poner límites á este engrandecimiento; y los respectivos esfuerzos de los españoles para avanzar, y de los sarracenos para contener, duraron en continua lucha por mas de setecientos años, en cuyo dilatado espacio se vió la España cubierta de reinos católicos y musulmanes. La historia de estos tiempos, especialmente de los mas antiguos, se reduce en parte á expediciones militares é intrigas: muchos de los sucesos, que han llegado hasta nosotros, son muy semejantes. Bastará, pues, hacer mérito de los mas señalados; y como al viajero, que internándose en los desiertos pone ciertas señales para reconocer el camino, fijaremos las datas convinientes para evitar confusion á nuestros lectores.

737. Murió Don Pelayo en el año de 737, dejando su trono ya asegurado á su hijo Don Favila; pero empeñado este en la caza de un oso, y habiéndose alejado de los suyos, fué despedazado por la fiera año de 739, sin que nadie pudiese socorrerle. Por su muerte eligieron los grandes á su cuñado Don Alfonso I, llamado el *Católico*, quien se habia mostrado digno de la eleccion, contribuyendo á las victorias de Pelayo. Es lástima que no nos haya quedado relacion alguna circunstanciada de sus proezas militares, y de sus insignes victorias sobre los mahometanos, porque á la verdad, sin acciones de gran valor, no era posible que hubiese conseguido estender tan asombrosamente los límites de su dominacion. Desde el Océano occidental, hasta los Pirineos de Aragon, y desde el mar Cantábrico, hasta lo que se llama Tierra de Campos en Castilla la Vieja, se vieron sometidos infinitos pueblos á las armas del glorioso Alfonso; y es indecible cuanto trabajó en beneficio de estos nuevos dominios, restableciendo las arruinadas poblaciones, renovando las ciudades y fortalezas,

<sup>1</sup> Esta es, como todos saben, la opinion mas general; pero no tan segura que no admita algunas dudas. El crítico Masdeu es de sentir de que el primer rey ó jefe que eligieron los fugitivos españoles fué Theudimero, que se hallaba de gobernador en Andalucía al tiempo de la irrupcion: el segundo Athanaildo, y el tercero Pelayo, á quien no hace entrar á reinar hasta el año de 755. Las razones en que se funda son bastante recomendables; pero no atreviéndonos á decidir esta cuestion, nos ha parecido prudente no separarnos del modo mas comun de pensar de nuestros historiadores sobre este punto.

y reparando los templos que no habia perdonado el furor de los conquistadores.

Su hijo Don Fruela, que por su muerte le sucedió en 757, obligó, segun se dice comunmente, á los eclesiásticos á abandonar sus mugeres : abuso introducido en tiempo de Witiza, y que á pesar de los cánones, continuaba con el mayor escándalo. Desbarató en varias ocasiones á los sarracenos, y singularmente á los que acaudillados por Haumar rompieron á sangre y fuego por la Galicia, y dejó muertos en el campo cincuenta y cuatro mil hombres. Apaciguó las disensiones, que nacidas en la Cantabria, iban cundiendo por la Vasconia y Galicia, y hubieran podido malograr tantos años de victorias, trabajos y penalidades; pero manchó tan esclarecidas hazañas con la aspereza de su genio, y con el asesinato de su hermano Vimarano, cuya dulzura y amabilidad de carácter le habian conciliado la estimacion del pueblo. No quedó sin embargo mucho tiempo sin venganza accion tan detestable. Conjuróse contra él su primo Aurelio, le mató á puñaladas en el año de 768, y se apoderó del cetro. 757.

Reinó este por espacio de seis años y medio; vivió en paz con los mahometanos, murió en el de 774, sin hacer otra cosa memorable que la reduccion de los esclavos y libertos, los cuales aprovechándose de las revoluciones de aquellos tiempos habian tomado las armas contra sus señores. 768.

Como no dejó hijos le sucedió en el trono su pariente Don Silo; pero su mucha edad y la ineptitud con que se consideraba para manejar con prudencia las riendas de un gobierno tan combatido de enemigos, conspiraciones y alborotos, le precisó á elegir por asociado á Don Alonso, hijo del rey Fruela; y despues de enfrenar una rebelion de los gallegos, venciéndolos en batalla campal cerca del monte del Cebrero, falleció en Pravia en el año de 783, á poco mas de nueve de reinado. 774.

Quedó por consiguiente la corona por Don Alonso II con gran satisfaccion de la nobleza, que olvidada de la ferocidad de su padre Don Fruela, no podia ménos de admirar y hacer justicia á las virtudes del hijo; pero su tio Mauregato, que pretendia habérsele hecho agravio con esta eleccion, se puso al frente de algunos sediciosos; y abatiéndose á implorar el auxilio de los sarracenos, se apoderó del trono, y precisó al jóven príncipe á refugiarse en la Cantabria. 783.

Se ha creido por mucho tiempo que para obtener Mauregato aquel socorro, se obligó á contribuir anualmente á Abderramen, rey de Córdoba, con el infame tributo de cien doncellas cristianas, pero prescindiendo de la ninguna necesidad que tendria de semejante tributo el moro, se halla actualmente desmentido como fabuloso este hecho, y condenado á servir de argumento únicamente á crédulos romanceros. Lo que no tiene duda es que vivió



en paz con los moros; que fué muy amigo del rey de Córdoba; y que si bien esta alianza le hizo odioso, no por eso dejó de ocupar con tranquilidad, por espacio de seis años, un trono de que se habia apoderado con violencia.

789. A su muerte, ocurrida en 789, bien hubieran querido los electores restablecer en él á Don Alonso, su legítimo dueño; pero fuese temiendo su resentimiento, ó por cualquier otro motivo, le hicieron nueva injusticia, dando la corona á su tio Don Bermudo llamado el *Diácono*, por haber recibido este órden en su menor edad; si bien al parecer no aceptó el cetro, sino para dar tiempo á que la conducta del sobrino desvaneciese los temores concebidos; y así que los vió disipados, se le cedió voluntariamente, á pesar de tener hijos. Parece pues que entre los godos estaba permitido el matrimonio á los diáconos, con tal que no ministrasen en el altar, ó por lo ménos que Don Bermudo estaria dispensado.

La historia conoce á Don Alonso II bajo el renombre del *Casto*, á que pudiera añadirse tambien el de *Victorioso*. Enriqueció á Oviedo su corte con magníficos edificios, construyó la célebre basilica del Salvador, y domó en varias ocasiones el orgullo sarraceno. Sin embargo, pudo serle funesta una imprudencia, hija de su magnanimidad. Abrió generosamente al rebelde Mahamut, que huyendo de la venganza de Abderramen II, rey de Córdoba, se acogió bajo su proteccion; pero olvidando el traidor el beneficio, se hizo fuerte en un castillo; y con el ausilio de los moros, que le habian acudido de Andalucía, empezó á esparcir el terror y la devastacion por la comarca. Súpolo Don Alonso, marchó inmediatamente contra él, tomó la fortaleza por asalto, pasando á cuchillo cincuenta y cuatro mil sarracenos; y cargado de gloriosos trofeos se restituyó á

842. Oviedo, donde murió en el año de 842. A su tiempo se refieren los clandestinos amores de su hermana Doña Jimena con el conde de Saldaña Don Sancho Diaz, y las singulares proezas del fruto de estos amores el célebre Bernardo del Carpio, héroe de los novelistas y romanceros; pero carecen de fundamento histórico estos sucesos, siendo lo mas notable que acaso no existió la tal Doña Jimena.

Son de sentir algunos escritores de que viéndose Don Alonso próximo á la muerte, y careciendo de sucesion, recomendó á los grandes del reino á su sobrino Don Ramiro. Lo que no tiene duda es que efectivamente le sucedió, y que su reino fué una continua serie de rebeliones, invasiones y triunfos. El conde Nepociano, hombre poderoso y bien quisto, aprovechándose de una corta ausencia que Ramiro hizo á Castilla, juntó parciales, é intentó arrebatarle de la cabeza la corona. Voló Ramiro á cortar los progresos de la sedicion: encontró al rebelde en las márgenes del Narcea: fué preciso venir á las manos; y el conde, desamparado de los suyos, quedó ven-

cido, y procuró salvarse con la fuga; pero le vendieron dos de sus parciales, y le entregaron al rey, quien le mandó sacar los ojos, y le recluyó en un monasterio, donde acabó sus dias en eterna oscuridad.

Los normandos, que saliendo de entre los hielos del setentrion habian devastado las costas occidentales de Francia, pasaron á las de Cantabria, é intentaron desembarcar en Gijon. Hallaron bien defendida la plaza, y prevenidas á las gentes; y haciéndose á la vela para la Coruña, tomaron tierra, y cubrieron de estragos y desolacion toda la comarca. Presentóse con sus huestes Don Ramiro; y despues de una completa derrota, les quemó setenta naves, que se hallaban próximas á la playa. Pocos consiguieron librarse de la matanza; pero aun esos, no bien escarmentados, tomaron rumbo de mediodia costeando la Península, doblaron el cabo de San Vicente, penetraron en el Mediterráneo por el estrecho, y á pesar de la resistencia de los moros, saquearon todas aquellas costas, y se retiraron cargados del mas rico botin.

Mal apagadas las chispas de la anterior insurreccion, ocasionaron un nuevo incendio, que si bien no produjo consecuencias muy fatales para el reino, contribuyó sin embargo no poco á perpetuar las inquietudes de Ramiro. Los condes Alderoito y Peniolo con sus siete hijos, caudillos principales de la sedicion, recibieron el castigo de su crimen, perdiendo unos la vida, y otros la vista. El valor y la prudencia con que Ramiro libertó de tantos males á su reino, y el vigilante celo con que le purgó de bandidos y de otros malvados, que con el nombre de hechiceros abusaban de la credulidad de los pueblos, le concilió la general estimacion, con la cual habiendo fallecido en 850, dejó preparada la subida al trono á su hijo Ordoño I; le ocupó con efecto, y se mostró bien digno de ocuparle. Valiente en la guerra, acertado en la administracion del reino, celoso defensor de la religion, de irreprensibles costumbres, de un trato afable y benigno, y verdadero padre de sus vasallos, tuvo la gloria de estender sus dominios, de hacer felices á sus pueblos, y de conciliarse su amor. A su piedad se debe la ereccion de muchos templos, á su desvelo paternal por el bien del estado la restauracion de varias ciudades destruidas por los moros en las guerras anteriores, y despues de un reinado de diez y seis años falleció de gota en el de 866.

Le sucedió su hijo Alfonso III llamado el *Grande*: glorioso renombre que le grangearon sus hazañas, y la grandeza de ánimo con que logró resistir los embates de la adversidad. Su reinado es una maravillosa alternativa de prosperidades y traiciones; y sin embargo de que apenas ciñó á su frente la diadema, empezó á florecer su reino, se multiplicaban los rebeldes y sediciosos con una celeridad que asombra.

En los primeros años de su reinado se le sublevó Don Fruela,



conde de Galicia, el cual aprovechándose de su juventud, se apoderó del solio, y le precisó á abandonar las Asturias, y á salvarse en Castilla. Sin embargo, no tuvo necesidad Alfonso de esgrimir la espada para vindicar sus derechos. Los vasallos mismos de Fruela, exasperados con sus tiranías, le quitaron la vida, y restituyeron al jóven príncipe su corona usurpada. El mismo éxito tuvo una rebelion de los vascones. Eylon, su caudillo, cayó en manos de Alfonso, quien le tuvo encarcelado hasta el fin de sus dias.

Pero nunca se manifestó con mas imprudencia este espíritu sedicioso como en sus últimos años. Puede decirse que en cada punto de sus dominios aparecia un rebelde, mas ó menos temible por su poder; pero siempre lo bastante para afligir á un príncipe, que habia sacrificado su reposo á la felicidad de sus vasallos.

A todos los sujetó Alfonso; y en medio de estas turbulencias no se descuidó en engrandecer el nombre español. Desalojó de las riberas del Duero á los moros toledanos, que infestaban sus fronteras. Enrobustecido su poder con la alianza de Don Sancho Iñigo Arista, primer señor de Navarra, que le dió en matrimonio una parienta suya llamada Doña Jimena, entró por los dominios sarracenos, esparciendo por todas partes el estrago y el terror. Cayeron en sus manos el castillo de Deza ó Langa, la poblacion de Atienza, las ciudades de Coimbra, Braga, Oporto, Auca, Emina, Viseo, Lamego, y otras muchas plazas y fortalezas de las fronteras; de suerte, que acompañado de la victoria, logró ensanchar los límites de su reino hasta las riberas del Tajo y del Guadiana: empresa que ninguno de sus antecesores habia conseguido, ni quizá intentado. Las famosas jornadas de Orbigo, de Cillorico, de Pancorvo y de Zamora harán perpetuamente célebre su nombre, pudiéndose contar sus triunfos por el número de sus expediciones militares.

Coronada su frente de laureles, apetecia ya Alfonso descansar en el seno de la paz; pero su familia misma, que mas que nadie parece que debia proporcionarle que gustase sus dulzuras, contribuyó no poco á llenar en sus últimos dias de amargas inquietudes su anciano corazon. Rebelóse contra él su hijo primogénito Don García, sostenido quizá por su suegro Nuño Fernandez, caballero muy poderoso de Castilla, por la reina su madre, y por sus hermanos; y aunque el rey le tuvo preso tres años en el castillo de Gauzon, esta severidad, léjos de apagar el incendio, le añadió nuevo pábulo. Quejáronse todos abiertamente de este rigor, y se encendió entre la familia una guerra civil y sediciosa, que puso en desconcierto el reino por espacio de dos años. Conociendo Alfonso que no podia hacerse respetar sino á costa de mucha sangre, y de una sangre que le era sumamente amada; y que aun así quedaria fluctuante su corona, resolvió abdicarla ántes que se la arrebataren. Congregó las córtes de su reino en 910; y á presencia

de sus ingratos hijos se esplicó en estos términos: « La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de los trabajos y fatigas de mi largo reinado. Mi conducta será la misma hasta el fin; mas pues pedis para el trono á Don García, resigno en él mi corona, dando el señorío de Galicia á Don Ordoño, y el de Oviedo á Don Fruela. » Nadie esperaba esta conclusion; y los hijos, por un impulso de arrepentimiento de haber ofendido á tan buen padre, se arrojaron á sus pies, y abrazándole tiernamente las rodillas, le suplicaron encarecidamente que conservase la diadema; pero se mantuvo firme en su resolucion, y aunque vivió algunos meses todavía como particular, é hizo una gloriosa campaña contra los moros, solicitó el permiso de su hijo para ir á combatir. A este Don Alfonso se le debe una crónica de los reyes sus predecesores.

910.

Poco disfrutó Don García del reino, que tanto habia deseado, y que solo habia obtenido á costa de ingratitudes y violencias. Falleció á los cuatro años de un reinado bastante glorioso que empleó en el bien de los pueblos, en la dotacion de varios templos y monasterios, y en la repoblacion de varias ciudades y villas; y como no dejó hijos, recayó en su hermano Don Ordoño II, rey de Oviedo, la corona de Leon.

914.

La historia de los primeros años del reinado de Ordoño es la de sus gloriosos triunfos. Jamas midió la espada con los sarracenos sin salir vencedor; y si en la batalla de Junquera, en que se halló con sus tropas, como auxiliares del rey de Navarra Don Sancho Abarca, quedó indecisa la victoria, por no dejar en duda su reputacion entró despues por las tierras de los moros, y llevando en su diestra el espanto y la destruccion, se apoderó de muchos pueblos y fortalezas en la Andalucía. Oscureció no obstante su memoria con una abominable perfidia. Empezó á mirar con desconfianza el engrandecimiento de los condes de Castilla. Estos señores feudatarios habian conquistado esta provincia con los esfuerzos de su valor en tiempo de Alonso el Casto, y aunque con cierta dependencia de la corte de Leon, la gobernaban, y tenian á cubierto de las invasiones de los sarracenos. Recelando Don Ordoño que los actuales condes Nuño Fernandez, Abolmondar el Blanco, su hijo Diego y Fernan-Anzures, obraban de concierto, y tenian tomadas sus medidas para erigirse en independientes del reino de Leon, les convocó para una junta, á pretesto de comunicarles asuntos de mucha gravedad. Pusieronse los condes en camino sin ningun recelo; y cuando llegaron al punto señalado, los mandó aprisionar y conducir á Leon, donde les quitó la vida. Resintiéronse de tal injusticia algunos pueblos de Castilla, y se sublevaron contra él; pero consiguió sujetarlos inmediatamente, y murió á poco tiempo cerca de Zamora en el año de 924.

924.

Aunque dejó cuatro hijos Don Ordoño de su primer matrimonio



con Doña Elvira, señora gallega, le sucedió su hermano Don Fruela II, quien solo vivió en el trono catorce meses; pero con tan poca energía y actividad, que segun se dice, los castellanos, descontentos ya por la indigna muerte de sus condes, aprovechándose de la indolencia de Fruela, intentaron sacudir el yugo, y determinaron gobernarse desde entónces por jueces, encargando á Nuño Rasura el gobierno político, y á Lain Calvo el ramo militar; bien que esta novedad, aun cuando fuese cierta, pues no la admiten todos los historiadores, debió durar muy poco, respecto de que en el reinado de Don Ramiro II vemos otra vez restablecido el antiguo sistema de gobierno bajo la direccion de los famosos condes Diego Nuñez y Fernan Gonzalez.

Habiendo fallecido Don Fruela entró á reinar el primogénito de Don Ordoño II, llamado Don Alonso IV, quien á los <sup>933.</sup> cinco años y medio de reinado abdicó la corona en su hermano Don Ramiro II, y se retiró al monasterio de Sahagun. De aquí le vino el sobrenombre de *Monge*, con que se le conoce en la historia; pero bien poco le duró su vocacion, pues apénas habia hecho Don Ramiro aprestos de gentes para marchar contra los moros, cuando supo que el monge, arrepentido ya de haber trocado la púrpura por la cogulla, se hallaba en Leon reclamando su renunciado solio. Irritado Don Ramiro retrocedió sobre Leon, púsole sitio, rindióla pronto; y haciendo prisionero á Don Alonso, le encerró en un calabozo con los hijos de Don Fruela, que tomaron su defensa sublevando el reino de Asturias.

Restablecida la paz interior, volvió Don Ramiro contra los moros: entró por el reino de Toledo, se puso sobre Madrid, que ya debia ser entónces pueblo de importancia, allanó sus murallas, é incendió sus edificios para que los moros no se fortificasen. Deseoso de vengar estos daños Abderramen III, rey de Córdoba, entró á sangre y fuego por las tierras de Castilla; pero Don Ramiro, avisado del peligro en que se hallaba el conde de Castilla Fernan Gonzalez, voló en su socorro; y unidas sus fuerzas desbarataron al enemigo cerca de Osma tomándole infinitos prisioneros.

La felicidad de esta jornada le empeñó en otra no ménos gloriosa para sus armas. Supo que Zaragoza no tenia suficiente guarnicion; y se dirigió contra ella á marchas forzadas. Su gobernador Abu-Jahia, fuese temor ó artificio, se rindió ántes de ser acometido, prestando vasallage al rey de Leon, y este fiándose mas de lo que debiera de sus demostraciones le entregó todas las fortalezas y castillos de la comarca para que los mantuviera en su nombre; mas apénas se retiró Don Ramiro, se puso de acuerdo Abu-Jahia con Abderramen, juntaron sus fuerzas, y se arrojaron sobre Simancas con un poderoso ejército. Acudió el valiente Ramiro, los derrotó completamente, dejando muertos en el campo ochenta mil combatientes: siguióles el alcance hasta las riberas del Tórmes,

donde se renovó la matanza; y despues de la mas horrible carnicería, quedó el campo por Don Ramiro.

Los condes de Castilla, que ya hacia tiempo sufrían con impaciencia el yugo de los reyes de Leon, pretendieron por entónces hacerse independientes, armando mucha gente castellana para sostener su partido; pero logró Ramiro desconcertar este proyecto, aprisionando á los condes Fernan Gonzalez y Diego Nuñez; bien que luego no solamente los perdonó, sino que contrajo alianza con su sangre, casando á su hijo Ordoño con Doña Urraca, hija del primero.

Desde entónces, hasta su muerte, que acaeció en 950, solo hay de memorable la espedicion de Talavera, en que la pérdida de diez y nueve mil sarracenos entre muertos y prisioneros hizo ver á la España que la edad no habia disminuido el valor de Ramiro.

Apénas empuñó el cetro su primogénito Ordoño III, cuando se suscitó una rebelion por la parte que ménos debia esperarla. Trató de destronarle su hermano Don Sancho, auxiliado del conde Fernan Gonzalez, y de Don García, rey de Navarra, y se puso sobre Leon con un respetable ejército; pero halló la ciudad tan bien fortificada, que los confederados, conociendo la dificultad de la empresa, se volvieron á sus casas. Entónces fuese por resentimiento, ó por haberse apasionado de la hija de un señor gallego llamada Doña Elvira, dicen que se casó con ella, repudiando á la castellana.

Sosegada apénas la tempestad, apareció otra nueva conmocion en la Galicia, aunque se ignora el motivo: apaciguóla inmediatamente Don Ordoño; y hallándose con fuerzas suficientes para hacer alguna tentativa contra los sarracenos, se entró por la Lusitania talando y arrasando campiñas y poblaciones; y despues de saquear á Lisboa, se retiró á Leon cargado de un rico botin.

Esta victoria le hizo formidable á todos sus enemigos y rebeldes, y el conde, su suegro, ó por temer su poder y venganza, ó por necesitar de su auxilio contra los moros que habian llegado hasta San Esteban de Gormaz cubriendo la tierra de sangre y estragos, solicitó volver á su gracia. Acordóselo el generoso Ordoño, le envió el socorro necesario, y el moro quedó vencido. Falleció en el año siguiente de 955, quinto de su reinado.

Llegó por fin su hermano Don Sancho, llamado por su gordura *el Craso*, á ocupar el solio que tanto apetecia; pero al segundo año de su reinado le derribó Don Ordoño, llamado *el Malo*, hijo de Don Alonso el Monge, con el auxilio del conde Fernan Gonzalez. Vióse Don Sancho en la necesidad de recurrir á la proteccion de su tío Don García, rey de Navarra, quien á pretesto de que los médicos mahometanos hallarian algun remedio para disminuir la excesiva gordura que molestaba al sobrino, le envió con una solemne embajada á Córdoba, pidiendo á Abderramen auxilio para recobrar



el reino que le habian usurpado. Pudo aprovecharse el moro de las diferencias que reinaban entre Castilla y Leon para estender sus conquistas, y vengarse de las pérdidas que habia sufrido; pero no solo tuvo la generosidad de hacer que sus médicos curasen á Sancho con el mayor esmero y acierto, sino que le prestó sus fuerzas. Don Ordoño, generalmente aborrecido por sus desórdenes y tiranía, no se creyó en disposicion de resistirle, huyó á las Asturias, y no juzgándose tampoco seguro, se acogió á Búrgos, en casa de su suegro; pero en ninguna parte halló defensa. El conde Fernan Gonzalez, avergonzado de su cobardía ó temiendo la justa indignacion del rey restablecido, quitó á Don Ordoño la muger y los hijos, y le espelió de sus dominios: de suerte, que no encontrando asilo que le pusiese á cubierto del castigo de su crimen, se refugió entre los moros, y se sepultó en el olvido. Sospechan algunos escritores, que en reconocimiento de aquel servicio se obligó Don Sancho con los sarracenos á no estorbarles que se apoderasen del condado de Castilla; y efectivamente, el resentimiento del rey de Leon contra el conde Fernan Gonzalez, por haber auxiliado á su competidor; la complacencia con que naturalmente desearia ver humillado el orgullo de unos condes, que insensiblemente caminaban á la independencia, y la conducta que observó Don Sancho durante la irrupcion, justifican bastante aquella sospecha.

Lo que no tiene duda es que apénas se halló en pacífica posesion de su corona, se dejó caer el rey de Córdoba sobre los estados de Castilla con un formidable ejército, sin que el rey de Leon hiciese la menor demostracion de socorrerla. El conde, á pesar de la cortedad de sus fuerzas para sostener por sí solo el peso de esta guerra, la mas crítica sin duda que hasta entónces pudo habersele ofrecido, no se detuvo en atacar al rey de Córdoba, y presentarle el combate cerca de Hasiñas. Empeñóse vivamente la accion por ambas partes; pero últimamente, despues de tres dias consecutivos de estrago y carnicería, quedaron completamente derrotadas las lunas africanas.

No podia el rey de Leon mirar con indiferencia la prosperidad y gloria del conde de Castilla; pero supo disimular, y le despachó una magnífica embajada para felicitarle, convidándole al mismo tiempo á la asistencia de unas córtes, en que suponía habian de tratarse asuntos importantes para el reino. El conde, que no ignoraba su resentimiento, temió alguna asechanza; mas no pudiendo escusarse decentemente, concurrió, aunque tan bien acompañado, que frustró por entónces las alevosas intenciones de Don Sancho. Hallábase viudo el conde; y el rey de Leon, de inteligencia con el de Navarra Don García, le propuso el matrimonio de su tia Doña Sancha, infanta de Navarra: proposicion á que accedió inmediatamente, y que le hizo tomar de allí á poco la vuelta de Pamplona. Como no tenia el menor motivo para recelar de Don García, y sé

trataba de un asunto de júbilo, solo llevó consigo una corte bizarra, que mas sirviese de ostentacion, que de defensa en caso necesario. Aprovechóse el navarro de esta circunstancia, y aseguró al conde en una estrecha prision, de que solo pudo libertarle el amor de Doña Sancha, en cuya compañía huyó hasta Búrgos, donde se celebró un matrimonio en que ya el reconocimiento disputaba preferencias á la inclinacion y á la ternura.

Enfurecido Don García de que se le hubiese huido de entre las manos la víctima que habia resuelto sacrificar á su envidia y á la del rey de Leon, añadiendo la injusticia á la alevosía, le declaró la guerra. Rompió con todas sus fuerzas por Castilla, presentó al conde la batalla, fué aceptada, y la perdió el navarro, quedando prisionero. Trece meses lloró entre los muros de una fortaleza su libertad perdida; y últimamente la debió á los ruegos de su hermana Doña Sancha, y á la generosidad de su cuñado, superior á todas las impresiones de la venganza.

No desmayó por eso el rey de Leon; al contrario, mas empeñado que nunca, juzgó que el disimulo con que habia urdido la trama anterior le aseguraba el golpe, y no se engañó. Llamado nuevamente el conde á pretexto del bien comun, y desconfiando ménos de lo que debiera de un enemigo, tanto mas temible quanto mas pérfido, se halló por su imprudencia preso en las redes que se le habian tendido; y hubiera acabado sus dias en un oscuro calabozo, á no haber segunda vez volado en su socorro el amor conyugal. Doña Sancha, esta matrona varonil, ornamento de su siglo, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo, y sin reparar en obstáculos cuando se trataba de la libertad de su adorado conde, fingió una peregrinacion á Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo permiso del rey para ver á su esposo; y habiendo conseguido reducirle, no sin dificultad, á que trocase con ella los vestidos, y la dejase en la prision, unos caballos preparados de antemano le pusieron inmediatamente fuera de los dominios leoneses. Sorprendido el rey de Leon, y luchando por largo tiempo entre los afectos de admiracion y de saña, dudó si castigaria la accion como atrevimiento contra la magestad, ó si la aplaudiria como invencion artificiosa del amor. Acordóse por último de que habia nacido caballero; y esforzándose á borrar con la generosidad la torpeza de su anterior conducta, no solo puso en libertad á la condesa, sino que encareciendo con los mayores elogios su industria, su valor, y su amorosa pasion, la hizo conducir en triunfo hasta la corte de Búrgos.

Miéntas los reyes de Leon y de Navarra hacian en el teatro de España papeles tan indecorosos, se ensayaban los moros y algunos descontentos para mas trágicas representaciones. En el mismo año en que salió de la prision el conde Fernan Gonzalez, entraron los moros por tierras de Leon, y tuvieron por largo tiempo sitiada la



misma capital; pero fueron rechazados con bastante pérdida por el esfuerzo de sus habitantes. De allí á poco tiempo tuvo que pasar á Galicia el rey Don Sancho, para sosegar los disturbios promovidos por el conde Don Gonzalo, que gobernaba la parte superior del Duero. Apaciguólos brevemente, alcanzó al conde á las riberas del rio, y este, confiando ménos de sus fuerzas que de su perfidia, arrojó las armas, y pidió su perdon. Obtúvole fácilmente de Don Sancho, resuelto á sacrificar su justa indignacion á la tranquilidad de los pueblos; pero como no siempre es la clemencia el mejor medio de reducir á los delincuentes, aquel infame conde cometió la traidora bajeza de envenenar al rey con una manzana, de cuyas resultas falleció á pocos dias en el año de 967, dejando

967.

la corona al tierno Don Ramiro III° de este nombre.

Se señaló el primer año de su reinado con la segunda irrupcion de los normandos, que arribando á las costas de Galicia con una formidable escuadra, arrasaron toda la comarca hasta Cebreros, sin dejar aldea, campiña ni fortaleza esenta del pillage y la devastacion. Reunióse toda la provincia bajo las banderas del conde Don Gonzalo: salieron al encuentro de aquellos fieros esterminadores; y los acometieron con tal denuedo, que fueron todos pasados á cuchillo, ó abrasados en el incendio de sus naves.

No gozaba Castilla de mayor tranquilidad. Penetraron en ella los sarracenos acaudillados por el señor de Alava Don Vela, deseoso de vengarse del conde Fernan Gonzalez, usurpador de sus estados; y aunque no se sabe que llegase á recobrarlos, por lo ménos tuvo la bárbara complacencia de descargar sobre los inocentes pueblos los enconados golpes de su furor sanguinario, esponiendo nuevamente á su patria á gemir bajo el intolerable yugo sarraceno, que empezaba á sacudir. Simancas, Dueñas, Sepulveda, Gormaz, y otras muchas plazas fueron presa de los árabes, y asoladas con la mayor inhumanidad; y engreidos con estas prosperidades, olvidaron los tratados que tenian hechos con Leon, entraron por sus dominios con el mismo furor, sitiaron á Zamora, y la arrasaron hasta los cimientos. En vano intentó oponerse al torrente impetuoso el valeroso castellano. No eran ya capaces de contenerle sus débiles fuerzas; y así estenuado por su edad, trabajos y disgustos, falleció por los años de 970, dejando á Castilla

970.

la libertad é independendencia de Leon, que continuó sosteniendo con denuedo su hijo Don García Fernandez.

La prudencia y el órden dirigieron los primeros pasos de Ramiro, entregado en sus pueriles años á la tutela de su madre y tia, princesas cuyos raros talentos supieron contener á la ambiciosa nobleza sin exasperarla. Casaron á su pupilo; pero apénas se vió él emancipado por el himeneo, despreció sus consejos, empezó á gobernarse por solo su capricho; y la altivez y orgullo con que ultrajaba á los grandes, en quienes estribaban su defensa y poder,

le conciliaron su resentimiento, y le condujeron á la ruina. Los de Galicia, mas particularmente agraviados que ningunos otros, disimularon hasta que llegó el momento de su venganza; pero al punto que se presentó ocasion favorable, se declararon contra el inesperto é imprudente Ramiro, y eligieron á Don Veremundo ó Bermudo, hijo natural de Don Ordoño III.

A novedad tan ruidosa despertó el rey de Leon de su letargo; y conociendo el daño cuando ya no era capaz de remediarle, marchó contra Galicia resuelto á vengar con un poderoso ejército la dignidad de su cetro menospreciado. Presentósele Bermudo cerca de Portilla de Arenas: pelearon ambos competidores con el mayor denuedo y encarnizamiento; pero quedó indecisa la victoria, y cada cual se volvió á sus estados. Sin duda hubo alguna transaccion entre los dos príncipes; pues finalmente, por muerte de Don Ramiro en 982, se halló Don Bermudo rey de Galicia y de Leon. 982.

Parece que no empuñó este el cetro sino para ser el blanco de la desgracia. Los moros, que no desperdiciaban ocasion de volver á conquistar los dominios de que con tanto trabajo habian sido espelidos, supieron aprovecharse de las guerras intestinas que habian puesto en combustion los estados de Leon y de Galicia, de las facciones que tenian dividida la Castilla entre las poderosas casas de Velazquez y de Gustio, y de la debilidad á que habian reducido á la Navarra las campañas anteriores. Ya no se contentaban con invadir las fronteras, como habian hecho en otras ocasiones, sino que acaudillados por el fiero regente de Córdoba Almanzor, entraron por las provincias cristianas, á manera de un torrente impetuoso. Barcelona, Pamplona, Santiago, y otros muchos pueblos volvieron á sufrir el yugo africano; y ni aun la misma corte de Leon se hubiera libertado de su ferocidad, á no haberles salido al encuentro Don Bermudo con sus leoneses. Fué derrotado sin embargo; pero la crecidísima pérdida que sufrió el moro obligó á este por entónces á diferir sus proyectos de conquista hasta el año siguiente de 995, en que con nuevas fuerzas volvió sobre Leon. Habíase retirado á Oviedo Don Bermudo, 995.

dejando por gobernador á un caballero gallego, llamado Don Guillen Gonzalez, y este denodado caudillo, á pesar de hallarse postrado en la cama, supo sostener valerosamente cerca de un año de sitio, hasta que viendo arruinados por todas partes los muros de la plaza se hizo llevar en brazos adonde era mayor el peligro, y murió gloriosamente con todos sus intrépidos soldados.

Reducida Leon á una inmensa mole de ruinas, se apoderaron los mahometanos de Astorga y Valencia de Don Juan con otros muchos pueblos. Convirtieron al año siguiente su furor contra las Asturias; pero hallando bien defendidas sus plazas, se arrojaron sobre Castilla. Berlanga, Osma, Atienza y Alcocer vieron tremolar



sobre sus muros las lunas africanas, y perdieron en esta expedicion á su conde Don García Fernandez, que quiso con sus gentes atajar los progresos de Almanzor. Dirigióse este despues hácia la Lusitania y Galicia. Cayeron en sus manos Coimbra, Viseo, Lamego, Braga, Tuy, Montemayor, Oporto, con otras muchas fortalezas y pueblos importantes. A todas partes llevaba Almanzor la muerte, el cautiverio, el pillage y la desolacion; y solamente la horrible disenteria que acometió á sus tropas pudo contener sus proyectos de esterminio. Sin embargo, apénas se hubo reparado, se puso en campaña con fuerzas que parecian capaces de sorberse todo el orbe. Puede decirse, que ya no le quedaba por conquistar sino rocas escarpadas, y montañas inaccesibles; y nada hubiera sido capaz de resistirle, si los príncipes españoles, desnudándose de los odios hereditarios, origen de todas sus desgracias, no hubieran procurado reconciliarse, uniendo sus fuerzas para la defensa comun.

Confederados el rey de Leon, el conde de Castilla, y el rey de Navarra, marcharon contra el moro. Avistáronle junto á Calatañazor en las fronteras de Leon y Castilla, y le derrotaron tan completamente, que despues de una horrible carnicería, recobraron la mayor parte de las plazas que les habia usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido, se dejó morir de hambre en Medina-celi dos años despues del fallecimiento de Don Bermudo, que acabó sus dias en 999.

Sucedió á Don Bermudo su hijo Don Alonso V, niño, y confiado por tanto á la tutela de los condes de Galicia Don Melendo Gonzalez y Doña Mayor, cuya prudencia y fidelidad hicieron felices los años de su regencia.

Ocurrió en su tiempo la desmembracion del reino de Córdoba, que en 758 fundó Abderramen I; y desde esta época empezó la decadencia del poder mahometano, pues no hay imperio, por sólidos que sean los fundamentos en que se apöye, capaz de resistir á la corrosiva cáries de la discordia. Sublevóse contra Hissem, rey de Córdoba, un hijo de Almanzor llamado Abdelmelic: murió, y siguió sus huellas Abderramen su hermano; pero á poco tiempo se encontró abandonado de todos sus parciales. Mejor suerte logró otro moro mas osado y astuto, llamado Mahomad Almähadi. Apoderóse de Hissem, sepultóle en cierta prision oculta, y suponiendo su muerte, empuñó el cetro sarraceno. Acudió del Africa, en defensa de Hissem, Zulema su pariente: ensangrentáronse ambos partidos; y cuando debia esperarse que los príncipes españoles se aprovecharan de estas disensiones para esterminar la raza mahometana, les vemos con disgusto tomar parte en ellas. Declaráronse por Zulema los castellanos: los condes de Urgel y de Barcelona, por la faccion de Mahomad, y si bien se armaron sus diestras, nó tanto por el deseo de favorecerlos, como por la ambicion de esten-



der sus dominios, nunca podrá justificarse en política tan imprudente medio. Sin embargo, los disturbios crecieron á lo sumo: Hissem recobró el cetro, pero cuando su poder no era ya sombra de lo que habia sido; y todo el imperio mahometano de España se halló de pronto convertido en tan pequeñas soberanías, cuantas eran las ciudades principales de que habia logrado apoderarse cada competidor. Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza, Orihuela, Murcia, Almería y otros pueblos, reconocieron señores independientes; y como no era fácil que los nuevos soberanos resistiesen desunidos á los que estando coligados no habian podido contener, los príncipes cristianos, conociendo mejor sus intereses, y abandonando el espíritu de rivalidad, que pudiera haberlos conducido á su ruina, trataron de reunir sus fuerzas para acabar con el enemigo comun. Entraron á sangre y fuego por sus tierras, recobraron las plazas usurpadas, y fueron entregados al pillage los reinos de Córdoba y de Toledo.

Alonso V convirtió sus esfuerzos hácia la Lusitania, como límite con sus dominios, obligó á los sarracenos á repasar el Duero, y deseando arrojarlos de la otra parte del Tajo, se puso sobre Viseo; pero en el mismo año recibió un flechazo que le quitó la vida en el año de 1027, igualmente funesto para Leon que el anterior para Castilla. 1027.

Habia fallecido poco tiempo ántes el conde de Castilla Don Sancho, dejando casada á una de sus hijas, llamada Doña Mayor, ó Doña Elvira, con Don Sancho II, rey de Navarra. Las circunstancias exigian ciertamente que se fuesen estrechando mas y mas los vínculos que debian unir á los príncipes mas poderosos de la España, así para acabar de arrojar de la Península á los mahometanos como para quitar todo motivo de rivalidad, funesta siempre, y entónces mas perjudicial que nunca. Así pues la otra hija del conde, llamada Doña Jimena, en vida de su padre ó despues de su muerte, pues en esto hay variedad, casó con Don Bermudo III, sucesor de Alonso V; y el nuevo conde de Castilla Don García trató de enlazarse con Doña Sancha, hermana de Don Bermudo. Señalóse la ciudad de Leon para celebrar con la mayor magnificencia estos desposorios; y deseoso Don García de ver cuanto ántes á su futura esposa, se adelantó á su numerosa comitiva, dejándola en Sahagun, y se presentó en Leon, acompañado únicamente de algunos hidalgos castellanos. No despreciaron esta coyuntura los enconados hijos de Don Vela; y ansiosos por vengar los agravios que suponian haber recibido su padre del difunto conde, acometieron á su hijo Don García en los umbrales de un templo, y allí le asesinaron.

Por su muerte recayeron en Doña Mayor, su hermana, todos los derechos al condado de Castilla, y he aquí por este medio engrandecido el poder del rey de Navarra, su marido. Sin embargo, aun



parece que no estaba satisfecha su ambicion. Carecia de hijos el rey de Leon Don Bermudo ; y como en el caso que falleciese sin sucesion, era forzoso que recayese la corona en su hermana Doña Sancha, los naturales, que temian hallarse en la precision de obedecer á un príncipe estrangero, pensaron en buscar un medio para evitar este, que miraban como un mal. Súpolo el rey de Navarra ; y previendo que se le iba de entre las manos el cetro de Leon, á que aspiraba tambien, rompió por los dominios de Bermudo con crecidas fuerzas, y se apoderó sin resistencia de las regiones contenidas entre los rios Cea y Pisuerga. Arrinconado Bermudo en la Galicia, pero seguro del amor de sus vasallos, como de su poco afecto al navarro, se halló bien pronto en disposicion de medir con él sus armas. Mediaron sin embargo prelados respetables, y se transigieron aquellas diferencias, casando á Don Fernando, hijo segundo de Don Sancho, con Doña Sancha, hermana de Don Bermudo, la misma que debia haberse unido con el desgraciado conde Don García, cediéndoles el navarro el condado de Castilla, permitiéndoles el leones usar de título de reyes, y dándoles una parte de Tierra de Campos, que acababa de conquistar Don Sancho, para que sirviese de dote á la desposada.

Poco sobrevivió Don Sancho á esta capitulacion ; y dividiendo entre sus hijos sus dominios, falleció en 1035. Desembarazado Don Bermudo de su poderoso rival, pensó en recobrar las posesiones cedidas en el tratado con la mayor repugnancia á su cuñado y hermana, y con efecto les despojó de algunos pueblos ; pero no le permitió pasar muy adelante Don Fernando. Las huestes castellanas y navarras unidas vinieron á las manos con las leonesas en el valle de Tamara, cerca de Carrion, año de 1037 ; y enardecido Don Bermudo en lo mas recio del combate, rompió por los escuadrones enemigos, buscando á los dos reyes hermanos ; pero solo encontró la muerte en una lanza, que le atravesó de parte á parte. Quedó el campo y el reino de Leon en un momento por Don Fernando, como marido de Doña Sancha, y de este modo se estinguió la segunda línea masculina de los reyes godos, que traia su origen de Don Pelayo y de Don Alonso el Católico, que habiendo trabajado incesantemente por espacio de mas de trecientos años en libertar á España del yugo sarraceno, apenas habia recobrado en tan dilatado tiempo la mitad de lo que en cinco años ocuparon los mahometanos.

## REYES DE CASTILLA.

En Don Fernando I empieza pues la dinastía de los reyes de Castilla, nombre que tomó sin duda esta hermosa provincia de los castillos que la poblaban, y sirvieron de asilo á varios señores españoles, para resistir los esfuerzos de los mahometanos al tiempo de la invasion. A aquellos mismos parece que deben atribuirse con algun fundamento los progresos de su conquista en tiempo de Don Alonso el Casto, quien, aunque con ciertas señales de vasallage, les permitió gobernarla con el título de condes, como lo hicieron por espacio de mas de dos siglos, estendiendo sus limites con las proezas de su valor. Llegaron con el tiempo á hacerse poderosos y temibles, aspiraron á la independencia de la corte de Leon; y aunque no se sabe de positivo cuando lograron sacudir completamente el yugo, se mantuvieron muchos años en continua lucha, hasta que por último los vió Castilla transformados en soberanos absolutos, aunque sin el título de reyes. Sus enlaces con las principales testas coronadas, su poder y sus hazañas, les proporcionaron hacer un papel muy distinguido en las agitaciones de aquellos infelices tiempos; y la memoria de algunos se conservará eternamente con aprecio en los fastos de la historia.

1053.

Sentado Fernando en el trono de Castilla y de Leon, se dedicó ansiosamente á grangearse el amor de sus vasallos; y la suavidad y la prudencia que caracterizaron su gobierno le proporcionaron esta satisfaccion. Reformó las leyes godas, sustituyendo otras nuevas mas conformes á las circunstancias, procuró dulcificar los ánimos exasperados de los grandes poco adictos á su servicio; y creció de tal modo su poder, que escitó la envidia de su hermano Don García III, rey de Navarra. Pasó Don Fernando á visitarle, con motivo de haberle asaltado en Nájera una peligrosa enfermedad; y cuando era de esperar que tan cariñosa demostracion disipase los zelos del enfermo, apénas le vió este en su poder, resolvió aprisionarle, violentándole á un nuevo tratado de division y repartimiento de estados, para reparar el perjuicio que suponía estar sufriendo. Llegó el proyecto á noticia de Don Fernando; se huyó con disimulo, y Don García, viendo malogrado el golpe, procuró calmar el justo resentimiento de su ofendido hermano con mil protestas de afectada inocencia. Supo que estaba enfermo, y con pretesto de pagarle la visita, se presentó en Búrgos para desvanecer sus recelos y recobrar su confianza; pero conociendo Don Fernando la perfidia que ocultaban aquellas exterioridades, le hizo arrestar en el castillo de Cea, cuyas prisiones, demasiado sensibles á la corrosiva lima del oro, le proporcionaron fácilmente la evasion. Ya entónces depuso todo miramiento. El furor y el deseo de ven-



ganza añadieron nuevo pábulo al odio reconcentrado en su pecho, y resuelto á lavar el agravio con la sangre de su mismo hermano, reunió todas las fuerzas de su reino, se enrobusteció con la alianza de los régulos de Zaragoza y Tudela, y á la manera de un toro agarrochado rompió por los dominios de Castilla, acampando en el valle de Atapuerca, donde ya le esperaba apercibido el ejército castellano. Sin embargo, el generoso corazón de Don Fernando presentia con dolor las consecuencias de esta fogosidad; y con el deseo de evitarlas, despachó varias personas recomendables al campo de su hermano, ofreciéndole partidos razonables; pero Don García, sordo á las voces de la razón, de la sangre y de la humanidad, se arrojó con furor sobre las huestes castellanas, arrolló, derrotó, é hizo pedazos cuanto se le oponía, y ya casi gustaba el funesto placer de la venganza, cuando cayó atravesado de una

1054.

lanza enemiga. Su muerte, ocurrida en el año de 1054, decidió de la victoria, quedando todo el reino de Navarra á merced del vencedor; pero el magnánimo Fernando, superior á todo resentimiento, y conociendo la injusticia de envolver á un inocente hijo en la ruina de un temerario padre, tuvo la complacencia de ceñir la corona al huérfano Don Sancho.

Apénas se vió libre Don Fernando de las emulaciones de Navarra, convirtió sus fuerzas contra los mahometanos, que según parece intentaron una invasión en la Galicia, ó por lo ménos provocarían la guerra con algunas correrías por sus fronteras. Opúsoles Fernando sus valerosos tercios, entró por la Estremadura á sangre y fuego, y se apoderó de casi todas las plazas que ocupaban entre el Tajo y Duero, contribuyendo no poco á realzar sus triunfos la vigorosa resistencia que le opusieron las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra. Noticioso de que los moros de la provincia de Cartagena y reino de Zaragoza infestaban con sus correrías las fronteras de Castilla, se puso inmediatamente en marcha para contenerlos. Nueva guerra, nuevos triunfos. Se hizo dueño de San Esteban de Gormaz, Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, Santa María, con otras muchas fortalezas. Asegurados los confines de su reino por aquella parte, dirigió sus armas victoriosas contra la provincia de Castilla la Nueva. Cayeron en su poder Salamanca, Uceda, Guadalajara, Alcalá de Henares, y Madrid; y la misma suerte hubiera sufrido Toledo, si su rey Almamon, conociendo la debilidad de sus fuerzas, no hubiese pedido con la mayor sumisión la paz al vencedor, ofreciéndose á mantener el reino en feudo de Castilla. Admitió Fernando la proposición, aunque bien pronto halló motivos para arrepentirse de su confianza y benignidad.

Tan señaladas acciones le grangearon el título de *emperador*, con que le aclamaron sus vasallos. Creyólo esto un insulto hecho á su dignidad el emperador de Alemania Enrique II, y logrando hacer entrar en sus miras á la corte de Roma, fortalecido con los

rayos del Vaticano, intimó al rey de Castilla que renunciase aquel dictado, y se reconociese feudatario suyo. A tan injustas proposiciones respondió Fernando con un ejército de diez mil combatientes, que á las órdenes del famoso Cid Rui Diaz pasó los Pirineos, y penetró hasta Tolosa, donde consiguieron detenerle un legado del papa y los embajadores del imperio. Allí se examinó jurídicamente la causa, se ventilaron los derechos de ambas potencias, y se declaró á la monarquía española esenta del vasallage de todo príncipe extranjero. Este hecho, sin embargo, no merece absoluto crédito.

A favor de esta diversion parece que intentaron los sarracenos feudatarios sacudir el yugo. Declaróse independiente el rey moro de Toledo, y se previno á sostener su rebelion con crecidas fuerzas. Por otra parte los mahometanos de Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entraron por sus tierras esparciendo el terror y la muerte. Las circunstancias del reino de Castilla eran demasiado críticas. Exhausto el erario con tan repetidas campañas, y recargados los vasallos con escesivas contribuciones, la resistencia acaso hubiera sido imposible si no hubiese ocurrido á todo la heroicidad de Doña Sancha. Sus joyas, sus pedrerías, y las rentas de sus propiedades, enagenadas las unas, y empeñadas las otras, pusieron en pie un ejército florido y numeroso, que conducido por Fernando estendió sus dominios, y redujo á su deber á los vasallos sarracenos. Concluida esta expedicion, le sorprendió una aguda enfermedad: conoció que se acercaba el fin de sus dias, y distribuyó entre sus hijos sus estados. Repugnaba la política esta desmembracion; pero era padre, y no podia mirar con indiferencia á sus hijos menores privados inocentemente de la herencia paterna, por la sola circunstancia de haber nacido mas tarde, que no estuvo en su mano evitar. Murió pues en 1065, habiendo adjudicado el reino de Castilla á Sancho, su primogénito, el de Leon á Alfonso, y á García el de Galicia, dejando á Urraca por señora soberana de Zamora, y de Toro á Elvira con la misma soberanía. Vamos á ver las funestas consecuencias de esta division.

Apénas falleció la reina Doña Sancha en 1067, empezó á manifestar abiertamente Don Sancho su resistencia á la desmembracion dispuesta por su padre, como que le privaba de una herencia, que en su concepto le pertenecia esclusivamente como á primogénito. Resuelto pues á despojar de cualquier modo á sus hermanos, se puso inmediatamente en marcha contra los estados de Leon. Salió Don Alonso á su defensa; y si en la batalla de Llantada le abandonó la fortuna, auxiliado de su hermano Don García consiguió abatir en la de Volpejar el orgullo de Don Sancho. Perdióle sin embargo su poca precaucion: las huestes castellanas, aprovechándose del descuido en que yacia su vencedor, le acometieron con denuedo al amanecer del dia siguiente, esparciendo el terror y el desórden por el campo; y el bravo Don Alonso tuvo que



retraerse á la iglesia de Carrion, donde fué preso y conducido á Búrgos. Medió la infanta Doña Urraca, y obtuvo el perdon de su infeliz hermano ; pero bajo la condicion de que trocase la púrpura por la cogulla. No le permitia su situacion reclamar esta violencia : le fué preciso condescender, y aunque por fuerza, retirarse por los años de 1071 al monasterio de Sahagun. Poco se detuvo en él ; y á

1071. persuasion de Doña Urraca, pasó á Toledo, donde el rey Almamon se declaró protector suyo.

Ocupado el reino de Leon marchó Don Sancho contra la Galicia, de que se apoderó sin resistencia. Huyó á Sevilla el destronado García, y propuso á su rey Abenhamet le ausiliase contra su hermano, ofreciendo conquistar para el moro el reino de Castilla. Pero este le respondió : « Quien no ha sabido conservar su reino, mal podrá quitar á Don Sancho los de Castilla y Leon. » Desahuciado por esta parte, pasó Don García á Portugal, y con un corto número de moros portugueses, y algunos vasallos que se le agregaron, se determinó á probar fortuna, emprendiendo la reconquista de algunas plazas fronterizas de su reino ; pero acudió Don Sancho con sus tropas, le acometió cerca de Santaren, y Don García quedó vencido y preso.

Ya no le faltaba al ambicioso Don Sancho para entrar en el goce de la vasta monarquía de su padre, sino apoderarse de Zamora y Toro, reducido patrimonio de sus dos hermanas. Marchó contra Zamora, y la sitió ; pero encontró una resistencia que no esperaba y que mortificó bastante su amor propio. Encerrada dentro de sus muros la infanta Doña Urraca, sostuvo con un corto número de tropas escogidas, y las disposiciones acertadas de su gobernador Arias Gonzalo, un empeñado sitio, que terminó con la funesta muerte del sitiador. Engañado astutamente por un supuesto desertor con la promesa de descubrirle el parage mas débil de la plaza, se alejó de los suyos con tan poca precaucion, que el supuesto fugitivo logró asesinarle, refugiándose en Zamora inmediatamente. Quizá no tuvo nadie parte en esta alevosía ; mas sin embargo, retada de aleve la ciudad, presentó, segun dicen, en la liza tres caballeros esforzados, cuyo valor vindicó su inocencia.

Fué muerto Don Sancho en el año de 1072 ; y noticioso

1072. Don Alonso de lo que pasaba en Zamora, se despidió amistosamente de su huésped, y partió á reunirse con su hermana, que libre ya del castellano, le esperaba ansiosamente para tomar las medidas oportunas en tan críticas circunstancias. Inmediatamente recobró Don Alonso sus estados : le amaban sus vasallos con extremo, le habian llorado prófugo y desvalido, y le veian con júbilo reintegrado en todos sus derechos ; pero Castilla, que por muerte de Don Sancho recaia en su poder, se resistió, segun dicen, á reconocerle, á ménos que jurase no haber tenido parte en el asesinato de su rey. Delicadeza afectada y peligrosa, que solo podia

tener por objeto manifestar el disgusto con que se sometia. Contemporizó sin embargo Don Alonso, pasó á Búrgos, y á presencia de toda la nobleza castellana prestó por tres veces, en manos del famoso Cid, aquel solemne juramento, con lo cual quedó reconocido por soberano de Castilla y de Leon.

Como sucesor de Don Sancho, se creyó con derechos á la corona de Galicia, arrebatada á su hermano Don García; pero como hijo de Don Fernando, parece que debió respetar su última disposicion. No obstante, el que poco ántes reputaba usurpaciones las conquistas de Don Sancho, cometió la inconsecuencia de apoyar en ellas mismas sus nuevas pretensiones; y si bien no dejó de experimentar alguna oposicion por parte de los gallegos, al cabo la prision y muerte de Don García allanaron todos los obstáculos.

Desembarazado de competidores Don Alonso, y pacífico poseedor de las tres mayores coronas de la España, empleó su robusto poder en la defensa del generoso Almamon, que se hallaba acometido por el rey de Córdoba. Habia encontrado Don Alonso en su corte un asilo contra los reveses de la suerte: Almamon le habia colmado de favores, y franqueado sus tesoros cuando mas podia necesitar de auxilios; y mediaba entre ambos un tratado de alianza, que no podia olvidar el reconocido Alfonso; pero muertos Almamon é Hissem, su hijo, se consideró ya libre del empeño contraido; y fuese por su propio interes, ó á instancias de los toledanos, exasperados con la tiranía del nuevo soberano, formó la resolucion de conquistar un reino tan poderoso.

Inmediatamente se reunieron bajo de sus banderas infinitos guerreros, que ansiosos por hallarse en esta memorable jornada, acudieron de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alemania. El hambre, la muerte y la desolacion fijaron por espacio de siete años su mansion horrible en los pueblos comarcanos de la capital, que despues de un obstinado asedio se rindió á discrecion del vencedor.

A la toma de Toledo se siguió la de diferentes plazas fuertes. Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Arganza, Madrid, Guadalajara, Consuegra, con otras infinitas desde el Tajo hasta Guadiana, vieron tremolar sobre sus muros las banderas de Castilla.

No tardaron sin embargo en marchitarse tan floridos laureles. Alfonso era alentado y guerrero, pero nada político; y cuando no dirige la prudencia los ímpetus de un espíritu belicoso, es muy difícil conservar en todo su esplendor la gloria de los triunfos.

Muertas sin dejarle sucesion sus tres primeras mugeres, Ines, Constanza y Berta, casó de cuartas nupcias con Zaida, hija de Abenhamet, rey de Sevilla, cuyo enlace ensoberbeció de tal manera al moro, que concibió el proyecto de apoderarse de toda la España sarracena. La empresa no aparecia difícil ni arriesgada en aquella sazón. Divididos los moros españoles en tantos reinos diferentes como ciudades considerables ocupaban; enflaquecidas con



esta division sus fuerzas, y disminuido considerablemente su número en tantos años de continua guerra, solo débilmente podrian resistir el yugo que les quisiese imponer un poderoso vencedor. Empeñado Alfonso por las instancias de su muger Zaida, dicen que entró en las miras de su ambicioso suegro, y que se despachó una embajada á Jucef Tefin, rey de los almoravides africanos, pidiéndole un respetable ejército ausiliar; y aunque no se le ocultaban al príncipe castellano las consecuencias de tan imprudente paso, no estaba su corazon acostumbrado á defenderse de los encantos del bello sexo. Llegó efectivamente el socorro á las órdenes de Alí: juntáronse las fuerzas mahometanas; pero desavenidos en breve ambos caudillos, vinieron á las manos. Abenhamet perdió la vida en el combate: quedó por Alí cuanto aquel habia poseido en España; y envanecido con la prosperidad de este suceso, se erigió en señor independiente, y juzgó que le seria fácil subyugar á los cristianos. Entró por el reino de Toledo á fuego y sangre: las campiñas, las aldeas, las ciudades fueron abandonadas al saqueo y á la desolacion. Alfonso le salió al encuentro; pero dos veces derrotado, solo con su constancia pudo conseguir arrojarle de todos sus estados, penetrar hasta Sevilla, sitiarse en su misma corte, y obligarle á reconocer el señorío de la corona de Castilla, satisfaciendo los gastos de la guerra.

Un nuevo acontecimiento, que era como consecuencia de su desacierto, le impidió gozar tranquilamente la gloria de sus triunfos. Irritado Tefin contra el rebelde Alí, desembarcó en España con un poderoso ejército, le sitió en Sevilla, le obligó á entregarse, y le hizo cortar la cabeza. Temió Alfonso que por último descargase aquella tempestad sobre sus pueblos, procuró apercibirse; y con el auxilio de varios príncipes obligó á Tefin á guarecerse en lo interior de sus estados, y finalmente á embarcarse para el Africa. Distinguíéronse principalmente en esta jornada Raimundo, conde de Tolosa, otro Raimundo, que lo era de Borgoña, y su deudo Enrique, cuyos servicios reconoció el rey de Castilla, casando á los dos primeros con sus hijas Elvira y Urraca, la cual llevó en dote el condado de Galicia; y dando al tercero la mano de Doña Teresa, hija tambien suya, y el condado de Portugal en calidad de feudo de la corona de Castilla.

Las revoluciones que ocasionó en Navarra la catástrofe de su rey Don Sancho III, asesinado por dos hermanos suyos, empeñaron á Don Alfonso en otra nueva guerra. Refugiáronse bajo su proteccion el hijo, los hermanos y parientes del difunto, huyendo del rigor de los fraticidas; y aunque fuese renunciando sus derechos á aquella corona, le suplicaron vengase la desgraciada muerte de su rey. No se detuvo Alfonso, y apenas pisó los límites del reino, se le entregaron toda la Rioja, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa, y parte de la Navarra. Creyéndose con derecho el rey de Aragon

Don Sancho I para tomar tambien lo que pudiese por su parte, empezó á dilatar los confines de su reino, se apoderó de varias plazas, y persiguiendo á los asesinos, que se habian refugiado entre los moros, puso sitio á la ciudad de Huesca. Tan rápidos progresos escitaron los celos del rey de Castilla, que creia quitado á su corona cuanto el aragones iba añadiendo á la suya; y á pretesto de ausiliar á su confederado el rey de Huesca, envió contra Don Sancho un buen ejército, que hubo de retirarse con precipitacion sin poder socorrer á la plaza, la cual, despues de un obstinado y sangriento bloqueo, aunque vió perecer bajo sus muros al terrible sitiador, cayó por último en poder de su hijo Don Pedro I.

Aun le estaba reservado sin embargo al de Castilla el golpe mas cruel y sensible. Parece que habia nacido para continuo juguete de la suerte; pues ora vencedor, ora vencido, su reinado fué un encadenamiento de inquietudes capaces de apurar el sufrimiento á un monarca ménos intrépido. Murió Jucef Tefin, dejando la corona y los estados á su hijo Alí, el cual aprovechándose de las revoluciones de los tiempos, desembarcó en España con un prodigioso ejército, que engrosaron todavía mas los moros españoles. La Castilla fué el sangriento teatro en que dos partidos rivales y enconados se disputaron obstinadamente el dominio y la libertad; y no permitiéndole á Alfonso sus achaques ponerse al frente de sus tropas, cometió el mando á su hijo único Don Sancho, jóven de corta edad, acompañado de su ayo el conde Don García de Cabra, y de otros seis condes, soldados de mucha reputacion. Caminaba victorioso el sarraceno por entre un monton de ruinas y cadáveres, precedido del espanto y de la muerte: avistó al castellano en las cercanías de Uclés, le embistió con furor, le arrolló, y quedaron tendidos en el campo de batalla el malogrado Sancho con los siete condes, y una multitud de cristianos. Alfonso, inconsolable por la muerte de su hijo, en quien fundaba todas sus esperanzas, y enardecido en deseos de vengarla, sobreponiéndose á su ancianidad y dolencias, volvió á aparecer á la cabeza de un ejército no despreciable; y entrando por la Andalucía á sangre y fuego, persiguió á sus enemigos hasta las murallas mismas de Sevilla, y se retiró cargado de riquísimos despojos. Borró la afrenta de la anterior jornada; pero no cerró la herida que recibió su corazon, la cual, mas incurable cada dia, le ocasionó una grave enfermedad, de que murió en Toledo año de 1109, dejando los estados de Castilla y de Leon á su hija Doña Urraca, viuda ya del conde Raimundo de Borgoña. A su tiempo se refieren las célebres victorias del Cid en los confines y reino de Valencia.

Así que falleció el rey de Castilla, entró poderosamente por sus tierras Don Alonso I de Aragon con el designio de apoderarse de una corona que suponía pertenecerle por derecho de sangre, y su cualidad varonil. Sus fuerzas debieron ser muy grandes ó muy



débiles las castellanas, cuando no hubo otro recurso para desarmar su furia, que efectuar su casamiento con la reina, á pesar de su inmediato parentesco, y de la repugnancia con que esta y toda la nobleza entraban en el concierto. Restablecióse por este medio la quietud de los pueblos; pero no podian ménos de ser peligrosas las consecuencias de tan violento enlace. La reina, afectando escrúpulos sobre su matrimonio, ó quizás mas bien huyendo de las amonestaciones y aun de los castigos con que procuraba el de Aragon contener su conducta, que se dice no fué muy arreglada, abandonó el palacio y la corte de su marido, y se pasó á Castilla, donde se formó un considerable partido de los descontentos con el gobierno de un príncipe estraño. Fuese para atajar las consecuencias de este desórden, ó bien para sujetar á los gallegos, que por su parte habian proclamado rey al niño Don Alonso Ramon, hijo de Urraca y de Raimundo, se presentó en Castilla el rey de Aragon con un ejército capaz de hacer temer y respetar su nombre á leoneses y castellanos, puso guarniciones aragonesas en todas las principales plazas y fortalezas; y por último, habiendo encontrado las huestes de la reina en los campos *de la Espina*, inmediatos á Sepulveda, se trabó una sangrienta batalla, en que hubo de reconocer Castilla la superioridad del enemigo. Animado el aragones con la victoria, pasó el Duero por Tierra de Campos, y se entró por Leon á sangre y fuego, arrollando otro segundo ejército, que intentó oponérsele al paso, y apoderándose de Nájera, Búrgos, Palencia y Leon, con otras muchas plazas. Pero al fin se cambió la suerte: los vencidos castellanos, apelando á los últimos esfuerzos, consiguieron derrotar en varios encuentros á su vencedor; y este, advirtiendo la continua disminucion de sus fuerzas, trató de comprar la paz aun á costa de reconocer y confesar la nulidad de su matrimonio. Como por este medio quedó escludido del gobierno de Castilla, convirtió sus armas contra los sarracenos, que infestaban las fronteras de sus dominios, y se coronó de laureles.

Fenecidos los disturbios entre los dos esposos, empezaron nuevas disensiones entre madre é hijo. Durante las revoluciones anteriores fué reconocido por rey de Leon y de Galicia el infante Don Alonso; pero luego que Doña Urraca se vió libre del aragones, pretendió ejercer su autoridad absoluta aun en los dominios de su hijo. Resistióse la nobleza exasperada por la sospechosa privanza que con la reina disfrutaba el conde Don Pedro Gonzalez de Lara; y por espacio de seis años de enemistad y enconos, se vieron convertidos los reinos de Leon, Castilla y Galicia en sangriento teatro de robos, violencias, asesinatos, y de cuantas calamidades puede producir la discordia. La muerte de la reina, acaecida en 1126, puso fin á todas ellas, quedando reunidas en la cabeza de su hijo Don Alonso VII las tres coronas de Castilla, de Leon y de Galicia.

Aun tuvo que vencer algunos obstáculos el jóven rey de Castilla para acabar de desalojar á los aragoneses, que con diferentes pretestos continuaban ocupando algunas plazas; pero últimamente se pusieron de acuerdo ambas potencias, y quedó restablecida la paz y la amistad. Inmediatamente convirtió Don Alonso sus armas contra los mahometanos; y los disturbios que reinaban en Córdoba le dieron motivo para entrar por las Andalucías. Conjurados los moros de Córdoba contra su régulo Zafaola, intentaron estirpar hasta su descendencia; pero se defendió como pudo, y últimamente se acogió bajo la proteccion del rey de Castilla, cediéndole todos sus dominios. Dióle este en recompensa ricos estados en Toledo y Estremadura, envió sus tropas contra los cordobeses al mando de Don Rodrigo Gonzalez, el cual volvió cargado de triunfos y despojos. Tejefin Abenhali, hijo del rey de Marruecos, se dirigió con fuerzas numerosas hácia Toledo; y avisado Don Alonso por Zafaola, le obligó á retroceder, y á comprar la paz con la sumision y el vasallage.

No nos detendremos en referir por menor el número de victorias que Don Alonso obtuvo de los moros. Es bien sabido que entonces apénas se dejaban las armas de la mano, ni duraban las treguas por mas tiempo que el necesario para reforzarse y volver á la lid. Baste pues decir que el rey de Castilla hizo su nombre respetable á los sarracenos: que no solo traspasó las márgenes del Guadalquivir, que segun parece, ninguno de sus predecesores se habia atrevido á forzar, sino que adelantó sus conquistas hasta las costas de Granada, se apoderó de Córdoba y de las importantes plazas de Jaen, Guadix, Baeza, y Almería; y en una palabra, á no haberse distraido con sus ambiciosas pretensiones á las coronas de Aragon y de Navarra, hubiera conseguido, si no subyugar completamente el poder mahometano, dejarle por lo ménos reducido á un estado que no infundiese temor. Falleció en el lugar de Fresneda por los años de 1157, volviendo de una espedicion contra los moros de Andujar, que rehusaban satisfacer los tributos que les habia impuesto.

1157.





## LIBRO QUINTO.

Sancho III el Deseado; sublevacion de los mahometanos tributarios. — Guerra de Navarra; insolencia de los moros andaluces; origen de la órden de Calatrava. — Origen de las de Alcántara y Santiago. — Alonso VIII; discordia y guerra civil durante su menor edad. — Irrupcion de Jacob Aben-Jucef; desgraciada jornada de Alarcos; cruzada contra los sarracenos. — Memorable batalla de las Navas de Tolosa. — Enrique I; esfuerzos de la casa de Lara por apoderarse de la tutela y del gobierno; persecucion de la infanta Doña Berenguela; desgraciada muerte de Don Enrique. — Berenguela; renuncia la corona en su hijo Don Fernando III. — Intrigas de los Laras para indisponer á Don Alonso IX de Leon con Don Fernando; guerra entre padre é hijo. — Triunfos de Don Fernando sobre los sarracenos; muerte de Don Alonso de Leon; Don Fernando es preterido en el testamento de su padre; pero se presenta en Leon, y es fácilmente reconocido. — Fernando II de Leon. Su carácter le enajena los corazones de los nobles. — Sus victorias contra los mahometanos. — Alonso IX de Leon, émulo de la gloria de su primo Don Alonso VIII de Castilla, comete las bajezas de abandonarle al furor de Jacob Aben-Jucef, y de acometerle cuando mas apurado estaba por atajar sus rápidos progresos. — Justo resentimiento del castellano; transaccion amistosa; matrimonio del rey de Leon con la infanta de Castilla Doña Berenguela. — Manda el papa separarlos; repugnancia del leonés; entredicho en el reino de Leon; separacion de ambos esposos, quedando reconocido su hijo Don Fernando por sucesor en el trono. — Conquistas de Don Alonso. — Emprende Don Fernando III la guerra contra los moros andaluces; se apodera de Córdoba. — Conquista á Jaen. — Se hace dueño de Sevilla. — Intenta incorporarse en la cruzada contra la Tierra Santa; pero la muerte ataja sus proyectos; sus virtudes le hacen digno de nuestra veneracion en los altares. — Alonso X el Sabio; sus producciones literarias. — Los reyes de Granada y Murcia intentan sacudir el yugo; Don Alonso se une con Don Jaime I de Aragon para resistirles; sujeta fácilmente al granadino. — Ausilia á Don Jaime, y facilita la rendicion de Murcia. — Prejudiciales providencias de Don Alonso para ocurrir á las urgencias del estado; descontenta á los pueblos; rebelion de algunos nobles. — Don Alonso elegido emperador de Alemania; oposicion de la corte de Roma; tenacidad de aquel; tercias reales concedidas á la corona de Castilla. — Embiste el rey de Granada las plazas de Écija y Jaen; inútiles y desgraciados esfuerzos del adelantado Don Nuño de Lara; muerte del príncipe Don Fernando de la Cerda. — Intrigas del infante Don Sancho por hacerse reconocer inmediato sucesor al trono con perjuicio de los hijos del difunto Don Fernando. — Esfuerzos de Don Sancho para que su padre le declare inmediato sucesor; perplejidad de Don Alonso; vence por fin el partido del infante, siendo reconocido por las córtes. — Francia se declara protectora de los infantes de la Cerda. — Sitio de Algeciras; imprudencia de Don Sancho; destrozo de la escuadra castellana. — Continua el rey de Francia sus oficios en favor de los Cerdas. — Rasgo de injusticia y de inhumanidad de Don Alonso; resentimiento de Don Sancho; descontento general; de él se aprovecha el infante para rebelarse contra su padre. — Don Sancho, desheredado, implora el perdon de su padre, y le obtiene fácilmente.

A la muerte de Don Alonso, volvieron á verse desunidas las coronas de Castilla y de Leon, ciñendo la primera su hijo Don Sancho, llamado el *Deseado*, y Don Fernando la segunda: division que

produjo los mismos efectos que las antecedentes, á saber : desunion, debilidad en los príncipes cristianos, y ventajas de los sarracenos. En vano para atajar el mal se reunieron los dos hermanos por medio de una solemne confederacion : pues los subyugados infieles, no contentos con negar los tributos, que debian satisfacer al rey Don Sancho, arrojaron de sus ciudades los presidios que puso en ellas Don Alonso VII ; y en un momento perdió Castilla las villas feudatarias de Baeza, Andujar, Pedroches, Alarcos, y otras muchas conquistadas por el difunto rey.

Aprovechándose de estas revoluciones Don Sancho de Navarra, se entró por la Castilla, á pretesto de vengar ciertos agravios recibidos en otro tiempo de Don Alonso ; y no paró hasta Búrgos, dejándolo todo arrasado con la mayor barbaridad. El castellano, estrechado por dos partes, acudió adonde era mas urgente el peligro, enviando prontamente sus tropas contra el navarro, á las órdenes de Don Ponce, conde de Minerva, caballero catalan, aunque establecido en Leon, que por algunos agravios que habia recibido del monarca leonés, se habia pasado al servicio de Castilla. Halló el conde á Don Sancho en la llanura de Valpiedra, cerca de Bañares, le acometió de sorpresa, y le derrotó. Reforzados los navarros con un crecido cuerpo de franceses auxiliares, renovaron el combate ; pero fueron vencidos otra vez quedando prisioneros muchos nobles. Dióles Don Ponce libertad, diciendo : *Solo he venido á castigar la insolencia de vuestro rey ; pero no á derramar la sangre de vasallos fieles ;* y obligó tanto al rey de Castilla el valor de este generoso caudillo, que medió con su hermano el de Leon para que le restituyese á su gracia.

Restablecida la paz con el escarmiento del navarro, procuró el rey de Castilla contener dentro de sus límites á los mahometanos andaluces, cuya insolencia habia llegado hasta apoderarse de varios pueblos y fortalezas de Castilla, y amenazaban á la importantísima plaza de Calatrava. Los caballeros Templarios, encargados de su defensa por el difunto Don Alonso, que la conquistó de los moros, miraban como imposible la resistencia ; pero se presentaron al rey de Castilla dos monges cistercienses, Fr. Raimundo, abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, el cual habiendo sido en el siglo soldado valeroso, conservaba en el claustro el espíritu que habia manifestado en la campaña, y se ofrecieron á tomar á su cargo la defensa. Aceptó el rey la proposicion ; y para mas empeñarlos, les hizo dueños de Calatrava, si lograban mantenerla por Castilla. La energía de Fr. Raimundo congregó inmediatamente bajo de sus banderas mas de veinte mil hombres, monges la mayor parte, que encerrados dentro de la plaza, y ligados con la regla del Cister, supieron contener el ímpetu de los mahometanos. En el año de 1164 obtuvieron de Alejandro III una bula confirmatoria de su regla y militar estatuto, haciendo con el tiempo importantísimos servicios



á los príncipes cristianos en las guerras contra los sarracenos. Esta parece la época del establecimiento de las órdenes militares; pues pocos años ántes, inflamados contra los moros por el ermitaño Armando, dos caballeros salmantinos, llamados Don Gomez y Don Suero, fundaron de sus bienes un castillo muy fuerte, inmediato á la ermita de San Julian del Pereyro, que fué la cuna de la orden militar de Alcántara, tan dignamente célebre en la obstinada empresa de la restauracion de España, y que en el tiempo de Julio I, y con su autoridad quedó agregada á la monacal del Cister. No mucho despues, aunque ya en tiempo de Don Alonso VIII, apareció la ilustre caballería de Santiago. Las continuas correrías de los mahometanos, que infestaban los caminos de Compostela, é intimidaban á los devotos peregrinos, que de todas las provincias de Europa acudian fervorosos á visitar el sepulcro de aquel apóstol, movieron á los canónigos de San Eloy á establecer de trecho en trecho ciertos hospicios, que protegiesen la seguridad de los fieles, á cuya piadosa gratitud debieron las cuantiosas rentas, que llegaron á poseer con el tiempo. Animados con su ejemplo algunos caballeros castellanos aguerridos, bien acomodados, y celosos por libertar á su patria del yugo sarraceno, determinaron reunir sus bienes y sus fuerzas á los canónigos de San Eloy, abrazaron su instituto, y obtuvieron la aprobacion de la silla apostólica, nombrando su primer maestre á Don Pedro Fernandez de Fuente Encalada, caballero leonés.

1158. Apénas duró un año el reinado de Don Sancho, pues falleció en 1158, dejando un hijo de tres años espuesto á las resultas del encono con que dos facciones poderosas se disputaban su tutela para gobernar en su nombre. Pretendió él rey de Leon Don Fernando II remover la causa de los celos tomándola á su cargo; pero consiguieron los Laras apoderarse del niño Don Alonso, arrancándole de entre los Castros á quienes estaba confiada su educacion, y retirándole de ciudad en ciudad, y de fortaleza en fortaleza, obligaron á Don Fernando á desistir de su empeño, dejando á su sobrino en poder de Don Manrique de Lara. Desembarazados ambos partidos de este tercer competidor, prosiguieron el empeño con todo el furor que sugieren la enemistad, la envidia y la ambicion. Encendióse una sangrienta guerra de poder á poder, y las ciudades ya de los Castros, ya sucesivamente de los Laras, exhaustas, yermas y asoladas, sufrían todos los males que puede producir la mas horrible anarquía. El rey de Navarra por su parte no se descuidaba en indemnizarse de las pasadas quiebras, invadiendo los estados de un desgraciado pupilo hecho juguete de la porfía de sus ambiciosos tutores; y aun hubiera sido mas funesta la suerte de Castilla, si los moros andaluces, murcianos y valencianos hubieran sabido apagar el fuego de la division, que les hacia descuidar sus verdaderos intereses. Siete años duró la confusion y

el desórden, sin ceder ninguno de los dos partidos, hasta que por fin Don Alonso, declarado mayor de edad por el reino ántes de serlo, y enlazado con Doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, restituyó á sus pueblos la calma de que tanto necesitaban. Su prudencia y la amabilidad de su carácter le grangearon en breve el amor de sus vasallos : las plazas usurpadas por sus inquietos vecinos sacudieron el yugo, y se restituyeron á porfía á la obediencia de su antiguo dueño, cuyo poder, creciendo de dia en dia, llegó con el tiempo á hacerse muy temible, y á despertar la envidia y los recelos de los reyes de Leon, Aragon, Portugal y Navarra. Coligáronse todos contra Don Alonso; pero le respetaron : y no atreviéndose á romper abiertamente con él, quedó frustrado por entónces el objeto de la liga. No despreciaron sin embargo la ocasion de humillarle. Precisado Don Alonso á hacer frente al miramolin Jacob Aben-Jucef, que con un formidable ejército habia pasado el estrecho en socorro de los moros andaluces, y cubria toda la España de terror y espanto, contaba para la empresa con las fuerzas auxiliares que le podian prestar aquellos príncipes. El interes era comun : debia esperarse que depuesta toda rivalidad y encono, acudiesen ansiosos á reunirse; pero una morosidad estudiada dejó á Alonso vendido en medio del peligro. Tuvo que arrosrar por sí solo el furor de una muchedumbre alentada; y á pesar de su valor, perdió una sangrienta batalla, en que se vió empeñado junto á Alarcos. Impaciente por vengar la deshonra de su derrota, volvió á las armas inmediatamente que le fué posible, proclamó una cruzada contra los sarracenos; y reforzado su ejército con la multitud de religiosos militares, que acudieron de todo el orbe cristiano, hizo conocer á sus enemigos en varios encuentros, que no se le vencia impunemente. Por desgracia las tropas auxiliares extranjeras, luego que ganaron las indulgencias, empezaron á resentirse de la falta de víveres, y del ardor del clima; y algunas serias, aunque inevitables contestaciones contribuyeron no poco á avivar en ellas el deseo de regresar á los hogares patrios. La retirada de cuarenta mil cruzados dejó tan debilitado el ejército, que ya no dudó Jacob Aben-Jucef en aventurar una accion decisiva. Le salió al encuentro Don Alonso en las estrechuras de Losa, y confiado en la naturaleza del sitio, presentó la batalla. Quedaron en el campo doscientos mil sarracenos, y su jefe huyó precipitadamente á Andalucía, pasando á ocultar su vergüenza en los desiertos del Africa. Se refiere que un aldeano ó pastor contribuyó infinito á la victoria, enseñando á los castellanos cierta senda desconocida, que les proporcionó una situacion muy ventajosa; y como no faltan personas afectas á todo lo maravilloso y extraordinario, unos le suponen ángel, y otros un santo enviado por Dios en aquel conflicto al socorro de sus siervos. Nadie podrá negarlo abiertamente sin temeridad; pero tampoco es repugnante creer que fuese efectivamente un pastor



acostumbrado á apacentar sus ganados, y á cazar por aquellos contornos, como él mismo aseguraba sin rebozo, y práctico por consiguiente en el conocimiento del terreno; y cuando pueden esplicarse naturalmente los sucesos, parece que no hay necesidad de recurrir á medios sobrenaturales. Despues de esta memorable jornada, conocida en la historia por la de las Navas de Tolosa, continuaron haciendo felicísimos progresos las armas victoriosas de Don Alon-

<sup>1214.</sup> sô VIII por la Andalucía, hasta que en el año de 1214 le sorprendió la muerte en Garci-Muñoz, pueblo inmediato á Arévalo. Bien sabida es la historia de los amores que se le suponen con cierta hermosa hebrea toledana: amores, que segun quiere persuadirse, le hicieron abandonar á su esposa, descuidar la administracion del reino, y mantenerse por espacio de siete años encerrado en la capital con el objeto de su pasion, hasta que conjurados ciertos nobles extinguieron con la muerte de la amada una llama tan funesta. El hecho podrá ser cierto; pero la dificultad de acomodar estos siete años de apatía en todo el largo reinado de un príncipe ocupado continuamente en recorrer sus dominios, ó en expediciones contra los sarracenos, el crecido número de hijos que en proporcionados intervalos hubo de su muger, y otras circunstancias, hacen casi increíble la narracion.

Poco mas de diez años tendria el heredero Don Enrique I, cuando subió al trono de su padre bajo la tutela de su madre la reina Doña Leonor; pero falleció esta veintiseis dias despues que su marido, y hubo de tomar la tutela á su cargo la infanta Doña Berenguela, hermana del niño rey. En breve se la obligaron á renunciar las intrigas de la casa de Lara, que empeñada siempre en apoderarse del mando para triunfar de sus émulos, consiguió entónces poner á la frente del gobierno de Castilla á Don Alvaro Nuñez, mayor de la familia, y al punto se renovaron los males que afligieron los principios del reinado anterior. Venganzas, tiranías, exacciones, dilapidaciones del real erario... En vano procuró atajar estos desórdenes con sus amonestaciones la infanta Doña Berenguela, pues el insolente Don Alvaro Nuñez de Lara, léjos de darle oídos, cometió la injusticia de despojarla violentamente de los pueblos que le pertenecian, llegando su osadía hasta intimarle su salida de Castilla; y á no haberse encontrado sostenida por varios caballeros poderosos, se hubiera visto precisada á ceder á la fuerza. Desde entónces, como si se irritase mas con la resistencia el furor vengativo del ambicioso Lara, se declaró abiertamente contra la infanta y todos sus defensores: aquellos pueblos, que habian tenido bastante resolucion para desaprobado su despotismo, sufrieron todos los horrores de una guerra civil; y solo una imprevisa desgracia pudo impedir que se consolidase el poder de este opresor. Hallábase con su pupilo hospedado en el palacio del obispo de Palencia; y estando cierto dia recreándose en el patio el jóven

Don Enrique con otros muchachos de su edad , se desprendió una teja del alero , y le dió en la cabeza un golpe tan fatal , que murió á los once dias en 6 de junio de 1217.

Bien procuró Don Alvaro mantener oculto este accidente, pero inmediatamente se difundió por todas partes la noticia; y llegó á oídos de Doña Berenguela , sucesora en el trono de Castilla. Habia estado casada esta señora con Don Alonso IX, rey de Leon; y de este matrimonio , declarado despues nulo á causa del inmediato parentesco de los dos esposos , hubieron un hijo llamado Don Fernando, á quien la historia de Castilla reconoce con el sobrenombre del *Tercero* ó el *Santo*, y que á la sazón se hallaba en Toro al lado de su padre. Envióle llamar la infanta bajo un pretesto especioso , y traspasando en él todos sus derechos, le hizo proclamar en Valladolid por toda la nobleza y el pueblo que la acompañaba. No tardaron en declararse por el nuevo rey varias plazas de las adictas á los Laras , y no pudieron otras resistir á los esfuerzos del jóven príncipe, que puesto á la frente de un crecido número de vasallos fieles, procuraba hacerse reconocer y respetar ; pero últimamente, prefiriendo el bien de los pueblos á las ventajas de una sangrienta guerra, se trató de concordia con Don Alvaro. Negóse este á todo partido : continuaron por ambas partes las hostilidades con el mayor tesón; y cayó el rebelde en manos de Don Fernando, el cual mas generoso que lo que permitian las circunstancias, le restituyó la libertad luego que cedió las plazas y fortalezas que mantenía á su devocion.

Duró poco la tranquilidad. Acostumbrados á dominar los Laras, no era fáeil se acomodasen á la dependencia; y aprovechándose de los zelos con que miraba el rey de Leon el engrandecimiento de su hijo, avivaron su resentimiento, y supieron pintarle como fáeil la conquista de un reino, que en concepto de aquel rey se le habia usurpado injustamente.

Nada mas se necesitó para encender una escandalosa guerra, en que atropellándose las relaciones mas sagradas, hubieran venido á las manos padre é hijo, á no haber sabido este desarmar la cólera de aquel con sus reverentes súplicas. Redújose pues la expedicion á algunas hostilidades cometidas por los leoneses en Tierra de Campos, y á algunas correrías, que por via de represalias hicieron los castellanos en los dominios de Leon; y restablecida la armonía entre los dos príncipes, la muerte de Don Alvaro, y de las principales cabezas de su familia, restituyó la serenidad, calmando las agitaciones que habian escitado la intriga y la ambicion.

La espulsion de los sarracenos persuadida por la política, y aprobada por la religion, era un punto que no podia perder de vista un príncipe tan celoso defensor de la creencia de sus padres, como Don Fernando; y así apagadas los disensiones intestinas, y purgado el reino de bandidos y hereges, convirtió sus armas contra



aquellos formidables conquistadores de la España, logrando en siete campañas casi continuadas debilitar su poder, y facilitar para en adelante las reconquistas de Córdoba y de Sevilla, que han hecho tan célebre su nombre. Ocurrió entre tanto el fallecimiento de su padre Don Alonso, dejando en su testamento por herederas de la corona de Leon á sus dos hijas Doña Sancha y Doña Dulce, habidas de su muger Doña Teresa de Portugal; y un acontecimiento de esta naturaleza, que privaba á Don Fernando de un derecho que legítimamente le pertenecía, alarmó á Doña Berenguela. Es verdad que su matrimonio con Don Alonso de Leon se habia declarado nulo; pero dejando á los jurisconsultos que ventilen la célebre cuestion de si los hijos que nacen de un matrimonio ilegítimo contraído con buena fe, son herederos legítimos de sus padres, quedando hábiles para todos los efectos favorables, que les concede el derecho, lo que no tiene duda es, que segun la costumbre de aquellos tiempos, la ilegitimidad de un matrimonio de tales circunstancias no era suficiente razon para escluir á los hijos que procedian de él; que al paso que Inocencio III declaró nulo el matrimonio de Alonso con Berenguela, dió por legítimo á Fernando, confirmando el tratado que hizo despues aquel con el rey de Castilla, reconociéndole por su legítimo sucesor; que si la nulidad del matrimonio con Berenguela hubiera podido ser obstáculo para Don Fernando, no debian considerarse asistidas de mejor derecho las dos infantas instituidas, respecto que tambien procedian de un enlace vicioso, que igualmente se anuló; y por último, que en igualdad de circunstancias parece no pudo justamente Don Alonso anteponer dos hembras para la sucesion de unos estados, en que siempre la masculinidad se habia considerado como cualidad preferible. Fué pues indispensable que Don Fernando suspendiese por entónces sus gloriosas expediciones, presentándose en Leon en compañía de su madre; y cuando creyeron tener que vencer infinitos obstáculos, encontraron tan favorables los ánimos de la principal nobleza, que sin dificultad fué Don Fernando reconocido, y jurado rey de Leon en la catedral. No faltaron sin embargo personas empeñadas en cumplir el testamento de Don Alonso, colocando en su trono á las dos princesas; pero la mediacion de algunos respetables prelados consiguió apagar en su principio estas desavenencias, haciéndoles presente los funestos efectos que han producido siempre, la importancia de su reunion para acabar de esterminar á los sarracenos, y que quedando como quedaba asegurada la decorosa manutencion de las princesas con el situado de treinta mil doblas anuales, que les señalaba el rey de Castilla, nada mas podian apetecer. Reunidas de esta manera en las sienas de Don Fernando III las dos coronas de Castilla y de Leon, lo quedaron ya para siempre. Continuaremos la relacion de los gloriosos hechos de este monarca luego que llenemos el vacío que se advierte en la

historia de los reyes leoneses desde la desmembracion acaecida en 1157 por muerte de Don Alonso VII. Importa poco que se interrumpa el órden cronológico, cuando se justifica esta interrupcion con la claridad que de ella resulta.

Dejamos colocado en el trono de Leon al príncipe Don Fernando II, cuyo genio suspicaz y desconfiado le enagenó los corazones de los nobles del reino. Alguno de ellos, el conde de Minerva Don Ponce, injustamente despojado de sus bienes, se vió en la precision de acogerse huyendo de su opresor al abrigo del rey de Castilla. Sus señalados servicios en la guerra de Navarra empeñaron á Don Sancho III en reconciliarle á toda costa con su hermano, como ya se ha dicho, haciendo que le restituyese sus estados.

Las revoluciones de Castilla con motivo de la menor edad de Don Alonso VIII, ofrecian una favorable coyuntura á Don Fernando para alzarse con el gobierno á pretesto de apaciguarlas, tomando á su cargo, como tercero en discordia, la tutela del niño; pero era preciso vencer la vigorosa resistencia de los Laras y los Castros; y solamente un numeroso ejército podia facilitarlo. Corrian sus armas libremente por toda la Castilla, cuando Don Alonso Enriquez, *primer rey de Portugal*, se entró por los dominios leoneses para tomar venganza de agravios recibidos, y se apoderó de Badajoz por los años de 1168. No pudo Don Fernando

1168.

mirar con indiferencia el riesgo que amenazaba á sus estados; y abandonando unos proyectos que con dificultad podria ver realizados, se puso con sus tropas sobre la fortaleza de Alcántara, é intimidó al portugues en tales términos, que al salir de Badajoz en precipitada fuga tropezó con la puerta, se rompió una pierna, y fué hecho prisionero. Tratóle sin embargo Don Fernando con la mayor cortesanía, hízole curar la fractura, y le puso en libertad, y la necesidad y el agradecimiento restablecieron entre ambos la armonía, quedando Don Fernando en posesion de las plazas recobradas.

Aun no bien reparado el reino de Leon de los desastres de la pasada guerra, se vió amenazado de otra igualmente peligrosa, pero cuyo éxito feliz coronó á Fernando de nuevos laureles. Acaudillados los moros andaluces por el formidable Aben Jacob, entraron en Portugal, y se apoderaron de la fortaleza de Torres Novas; pero precisados por Don Alonso Enriquez á levantar el campo, se dejaron caer sobre los dominios leoneses. Marchó inmediatamente Don Fernando al socorro de Ciudad Rodrigo, ahuyentó á los mahometanos, y sin duda contribuyó infinito al éxito feliz de esta jornada algun manejo oculto de Don Fernando Ruiz de Castro, que fugitivo de Castilla por miedo de los Laras, habia hallado entre los moros favorable acogida. Desde esta época hasta la muerte del rey de Leon, acaecida en el año de 1188, solo hay de memorable otra espedicion contra los sar-

1188.



racenos, en que coligado Don Fernando con los reyes de Castilla y Portugal, el arzobispo de Santiago y el obispo de Oporto, dió sobre los invasores con tal acierto y denuedo, que dejó veinte mil en el campo. Su mismo caudillo cayó tres veces del caballo en el calor de la refriega, y á la tercera fué muerto, y atropellado por los fugitivos.

Dejó la corona Don Fernando á su hijo Don Alonso IX° de este nombre, cuyo primer cuidado fué captarse la benevolencia de su primo Don Alonso VIII de Castilla, concurriendo á las córtes que este celebró en Carrion, y recibiendo en ellas de su mano el órden de caballería. Sin embargo tardó poco la envidia en malograr tan favorables disposiciones. No podian mirar sin zelos las testas coronadas españolas el engrandecimiento del príncipe castellano; pero muy cobardes, ó poco satisfechas de los fundamentos de su rivalidad para acometerle sin rebozo, se conspiraron para prepararle secretamente su ruina. Reducido al último apuro por las armas esterminadoras del miramamolín Jacob Aben-Jucef, creyó poder contar con el ausilio de unos príncipes, cuya religion, intereses y relaciones personales clamaban por la mas pronta reunion de sus fuerzas. Todos sin embargo cometieron la bajeza de abandonarle á la merced del vencedor; y esta conducta del leonés, respecto de una persona íntimamente unida con los mas sagrados vínculos, no solamente le grangeó la censura y el odio de sus contemporáneos, sino que el trascurso de los siglos posteriores no ha bastado á borrar este lunar, que oscurece su memoria. Cuando mas ocupado estaba el rey de Castilla en contener los rápidos progresos de aquel formidable enemigo, entró el rey de Leon por las fronteras castellanas, y le puso en la mayor consternacion. La oportuna retirada del sarraceno á las Andalucías le dejó en libertad para medir sus armas con este nuevo agresor: avistáronse los dos ejércitos, y hubieran venido á las manos, á no haberse interpuesto algunos obispos, y aun la misma reina de Castilla Doña Leonor. Restablecióse la tranquilidad, aunque con alguna repugnancia, sellándose la concordia con el matrimonio del rey de Leon y la infanta de Castilla Doña Berenguela, que se celebró á mediados de 1197. Mandólos reparar al año siguiente el papa Inocencio III, por ser parientes en segundo con tercer grado de consanguinidad; pero las prendas recomendables que adornaban á la infanta hacian tan sensible la separacion al leonés, que con diversos pretextos, escusas y diligencias consiguió diferirla siete años. Repetia entre tanto sus conminaciones el cardenal legado, y puso entredicho al reino de Leon; pero la legitimacion de los hijos de este matrimonio, la necesidad de restituir á Castilla los pueblos, ciudades y fortalezas que habia llevado en dote Doña Berenguela, y mas que todo el tierno amor de los esposos, eran otras tantas dificultades que impedian se le obe-

deciese inmediatamente. No deja sin embargo de parecer algo extraño el empeño de aquel pontífice en negarse á dispensar el parentesco segun se le suplicaba, cuando pocos años ántes habia dispensado la silla romana en Don Ramiro de Aragon el impedimento del órden sacro y monacato, y no era mas extraordinaria la dispensa en el uno que en el otro. Llegó el momento de la cruel separacion en el año de 1204, quedando legítimos los 1204. hijos por la buena fe de los contrayentes, y en poder de

Don Alonso de Leon los pueblos y castillos que habia cedido en arras á su esposa. Levantóse el entredicho; pero ántes de restituirse á Castilla la infanta Doña Berenguela, fué reconocido y jurado el príncipe Don Fernando por heredero y sucesor en el trono de su padre. La muerte de Don Enrique I de Castilla, y la cesion de Doña Berenguela, le colocaron algunos años despues en el de este reino; y aunque parecia natural que Don Alonso mirase con particular satisfaccion esta corona en las sienas de un hijo de madre tan querida, hallamos irritada la envidia que abrigaba su pecho por las intrigas de los Laras. Los campos de Castilla vieron con dolor próximas á venir á las manos dos personas que habian nacido para amarse recíprocamente con la mayor ternura; pero habló Don Fernando, y tanto la razon como el amor paterno recobraron todo el ascendiente que habian perdido sobre el corazon de Don Alonso. Terminada felizmente tan odiosa como voluntaria guerra, movió el rey de Leon con mas acierto sus valerosas huestes contra los moros extremeños. Se apoderó de Cáceres, presentóse delante de Mérida, y cayó en su poder sin efusion de sangre. Deseando Aben-Hut, rey de Sevilla, reparar tan considerables pérdidas, se puso en marcha con un ejército de ochenta mil combatientes para sorprender á Don Alonso en Mérida; este le salió al encuentro con el reducido número de sus tropas, pasó de noche el Guadiana, que baña los muros de la plaza, descubrió al enemigo, y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas le embistió, y quedó vencedor. Desde el campo marchó contra Badajoz, la rindió, dejó guarniciones en algunas fortalezas abandonadas por los sarracenos, y regresó á Leon cargado de riquezas y trofeos; pero cuando, animado con esta prosperidad, pensaba volver á coronarse de nuevos laureles, le sorprendió la muerte en Villanueva de Sarria, pueblo de Galicia, por los años de 1230, dejando á su hijo Don Fernando la gloria de acelerar con 1230. un terrible golpe la ruina del imperio mahometano.

Efectivamente parece que la fortuna, de acuerdo con las intenciones de este digno príncipe, habia tomado á su cargo remover todos los obstáculos, y facilitar los medios de engrandecerle. Ella supo con la muerte de los principales Laras oponer un dique á las ambiciosas pretensiones de esta familia, y neutralizar las agitaciones que habian cubierto de ruinas y cadáveres las risueñas



campiñas de Castilla. La imprudencia y la injusticia de su padre le pusieron á punto de perder la corona de Leon; la vió colocada sobre unas cabezas imbéciles, previó las consecuencias, y aunque tenia bastante generosidad, y toda la virtud necesaria para renunciar sus legítimos derechos, no le permitió su buen corazon mirar con indiferencia la suerte que esperaba á los infelices pueblos. Reclamó los agravios de una disposicion viciosa: la fortuna preparó los ánimos de los leoneses, y reunió para siempre ambas coronas.

Retirados los moros en Córdoba y Sevilla como en sus últimos y mas inespugnables atrincheramientos, habian sabido resistir por largo tiempo á los frecuentes esfuerzos de infinitos príncipes agueridos. Córdoba y Sevilla eran el foco de donde se lanzaban los ardientes rayos que asolaban las provincias cristianas. Don Fernando se propuso acabar con estos temibles restos de los dominadores de la España, y la fortuna le facilitó una empresa tan aventurada, fomentando las divisiones intestinas de los mahometanos andaluces. La tiranía de los gobernadores de Córdoba habia escitado el descontento de los habitantes agraviados: aspiraban estos á la venganza, y trataron con los cristianos que hostilizaban los contornos de entregarles el arrabal de la ciudad. Pusieron de acuerdo los adelantados de las fronteras, reunieron tropas escogidas, y protegidos de la oscuridad de la lluviosa noche del 8 de enero de 1236, llegaron hasta los muros del arrabal.

1236.

El silencio y el descuido les permitieron arrimar sin dificultad las escalas; y disfrazados en traje africano subieron al muro algunos valientes españoles, que sabian el árabe. Tropezaron con unos centinelas, se fingieron contrarondas, y los arrojaron desde la muralla con el auxilio de uno de ellos, que casualmente se descubrió ser de los conjurados. Corren todo el muro, asesinan en silencio á cuantos se les oponen, se apoderan de la puerta de Martos, y la franquean á la caballería cristiana. Los descuidados habitantes despiertan llenos de pavor y asombro, procuran ponerse en salvo desnudados ó á medio vestir, y caen bajo la cortadora cuchilla del enemigo. En breve se cubrieron las calles de cadáveres y moribundos: la guarnicion se alarma, acomete impetuosamente, y hace retroceder por tres veces á los cristianos, pero últimamente no pudiendo resistir á la firmeza y denuedo con que volvian á cargar, tuvo que guarecerse dentro de la ciudad, dejándolos dueños del arrabal.

La noticia del éxito feliz de esta primera tentativa llegó inmediatamente á los oidos del rey, que se hallaba en Benavente. Iba á sentarse á la mesa; pero sin detenerse mas que lo necesario para tomar de pie un bocado: *Caballeros*, dijo á los circunstantes, *quien sea mi amigo y buen vasallo sigame*. Montó al punto á caballo; y acompañado de muchos hidalgos y caballeros, que se le reunieron en el camino, se presentó delante de Córdoba. La estacion era llu-

viosa; pero sin embargo no sirvió de obstáculo para que, atravesando rios y barrancos sumamente crecidos, acudiesen los caballeros de las órdenes militares, é infinito número de gentes ansiosas por combatir al lado de su rey. Consternados los moros cordobeses con tan formidables preparativos, tuvieron por inevitable su ruina, é inmediatamente dieron aviso á Aben-Hut, que estaba en Écija á la sazón; pero creyendo este mas conveniente acudir al socorro de su amigo Zaen, rey de Valencia, contra el victorioso Don Jaime de Aragon, que oponerse á Don Fernando, débil enemigo en su concepto, partió para embarcarse en Almería, donde le ahogó en el baño Aben-Ramin, gobernador de aquella plaza. El motivo ó pretestos no se sabe; pero sea como quiera, este accidente y el incremento progresivo que iba tomando el ejército cristiano infundieron tal desaliento en los sitiados, destituidos ya de la mas mínima esperanza de socorro, que capitularon la entrega de la ciudad, con tal que se les concediese libertad para retirarse adonde mejor les pareciese.

La rendicion de Córdoba y la muerte de Aben-Hut debilitaron en tales términos las fuerzas de los mahometanos andaluces, que el rey Don Fernando se confirmó mas y mas en la esperanza de realizar sus proyectos de reconquista. Dividido el reino de Sevilla en pequeños gobiernos ó partidos, apénas podia oponer una corta resistencia á la intrepidez de este animoso guerrero, y solo el de Granada parece que iba elevándose sobre las ruinas de los otros. Érale pues de la mayor importancia atajar los progresos de un imperio, que podria malograr sus esperanzas con el tiempo; y creyendo que la conquista de Jaen facilitaria la de Granada, ó reduciria á este reino á una situacion precaria nada temible, se puso sobre aquella plaza en el año de 1244. El buen estado en que se hallaba su defensa, y los esfuerzos de Ben Alamar, rey de Granada, dilataron por algun tiempo su rendicion; pero últimamente, un plan de operaciones bien concertado, y no ménos bien dirigido, la puso al año siguiente en manos de los sitiadores. El mismo soberano granadino se presentó en los reales de Don Fernando para prestarle vasallage, besando aquella mano que habia sabido vencerle.

Esta feliz combinacion de circunstancias indicaba ya al parecer la conquista de Sevilla, que no perdía de vista el príncipe castellano. La empresa era no obstante muy aventurada, pues no se habia descuidado en fortificarla competentemente su gobernador Jaraf; mas esto solo contribuyó á que hiciese Don Fernando mayores preparativos. Pidió al rey de Granada los ausilios con que debia asistirle como feudatario; y no solamente se los envió, sino que los condujo él mismo, rompiendo con quinientos caballos por las tierras de Sevilla miéntras se reunia su infantería, cubriendo de estragos la comarca, y reduciendo á cenizas mieses, árboles, casas y po-



blaciones. El ejército castellano, engruesado con los socorros que enviaban sucesivamente los obispos, órdenes militares, comunidades y concejos, trasformaba aquellas fértiles campiñas en áridos desiertos. Se apostaron trece naves á la boca del Guadalquivir, y privada la ciudad por mar y tierra de todo humano socorro, parecia su rendicion inevitable. Resueltos sin embargo sus valerosos defensores á sepultarse entre sus ruinas, sufrían obstinadamente el asedio, y si no pudieron impedir que se interceptase la comunicacion de Triana con Sevilla cortando el puente que las une, supieron resistir y rechazar con denuedo los innumerables asaltos de

los sitiadores. Se rindieron por último en 1248; pero solo trataron de capitular los habitantes cuando la ciudad llegó al extremo de hallarse abierta por todas partes al impulso de los arietes, y reducida al mayor apuro por falta de comestibles y municiones. Cuatrocientas mil personas de todas edades y sexos, sin contar infinitos judíos, salieron de Sevilla para pasar al Africa, temiendo persecuciones nuevas, ó para dispersarse por los pueblos mahometanos de la Andalucía, y quedó la ciudad casi desierta; pero el cuidado y vigilancia del conquistador consiguieron repoblarla muy en breve.

Dueño Don Fernando de todas las principales plazas del reino de Sevilla desde el Guadalquivir hasta el estrecho, y creyéndose libre de los temores que pudiera infundirle algun poderoso enemigo doméstico, determinó pasar al Asia para unirse á los cruzados que combatian por la conquista de la Tierra Santa: piadoso, pero mal entendido proyecto en aquellas circunstancias. Dios, sin duda, que parece velaba incesantemente sobre las acciones de este digno príncipe, no quiso permitir que tomase parte en las atrocidades con que frecuentemente se desfiguraba el carácter de la religion cristiana en aquellos mismos paises que la habian visto nacer. Agravósele la hidropesía, que ya hacia tiempo le aquejaba,

1252. y en 31 de mayo de 1252 murió como verdadero penitente, recibiendo de rodillas sobre un lecho de ceniza con una soga al cuello, y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes le ve España con la mayor satisfaccion y júbilo, y todos los católicos le veneramos colocado en el número de los santos por el pontífice Clemente X.

Sucedióle su hijo Don Alonso X, conocido con el glorioso nombre del *Sabio*, que le grangearon su amor y aplicacion á las letras. Sus *Tablas astronómicas*, el *Código de las siete Partidas*, que compuso para uniformar el sistema legislativo de sus dominios, la *Crónica general de España desde su poblacion hasta los tiempos de Don Ordoño II*, la que escribió desde el principio y origen de los godos hasta la muerte de su padre Don Fernando, con otras muchas obras, así en prosa como en verso, que han llegado hasta nuestros dias, prueban que si no mereció aquel concepto en todo el rigor

del término, poseia al ménos una multitud de conocimientos muy superiores á la ilustracion de su siglo. En el discurso de su vida se encuentran á la verdad algunas acciones que desdicen de una gran sabiduría; pero en tiempos en que las ciencias política, económica y gubernativa no estaban muy adelantadas, tampoco deberán ser muy estraños los deslices de aquel hombre mismo, que habia conseguido sobreponerse á la general ignorancia, ni deben estos lunares oscurecer la memoria de un príncipe tan digno por otros títulos del aprecio de la posteridad.

Los continuos alborotos de los moros valencianos, acaudillados por el sedicioso Alazdrach, movieron al célebre Don Jaime de Aragon, llamado el *Conquistador*, á promulgar contra ellos un decreto de espulsion ó estrañamiento. Pudo muy bien hacerle ilusorio el respetable cuerpo de sesenta mil hombres armados, que tenian los rebeldes; pero sin embargo salieron del reino cuantos no quisieron abrazar el cristianismo, y pasaron á engrosar con sus familias el poder de los reyes de Granada y Murcia. Impacientes ya entónces estos príncipes por sacudir el yugo castellano, se declararon en insurreccion; y auxiliados por el rey de Marruecos, no solamente resolvieron sostener su independendencia, sino apoderarse de toda la Península, acabando primero con el rey de Castilla, y toda su familia. Los preparativos necesarios para una empresa de esta naturaleza eran tan formidables, que no pudieron ocultarse á Don Alonso. Se retiró con disimulo de Sevilla, dejándola en el mejor estado de defensa; y pasándose á Córdoba, envió algunas tropas para contener á la morisma, que se internaba por sus fronteras. El corto número de los castellanos, y la estacion del invierno, que se iba adelantando, dejaron á los sarracenos en proporcion de apoderarse de cerca de trecientos pueblos; y conociendo el rey de Castilla que sin un esfuerzo estraordinario no le seria fácil sujetarlos, imploró el auxilio de su suegro Don Jaime I de Aragon. Venida la siguiente primavera del año de 1263, miéntras se aprontaban las huestes aragonesas para arrojarse sobre Murcia, segun se habia concertado, entró Don Alonso á sangre y fuego por los dominios de Granada. Saliéronle al encuentro los reyes coligados, vinieron á las manos, y quedaron vencidos; pero llegó del Africa un refuerzo tan considerable, que hubiera malogrado el éxito feliz de aquella empresa, si hubiera sido mas prudente el granadino. La deferencia y el singular aprecio que empezó á manifestar á las tropas africanas se caracterizaron de desaire por los principales moros andaluces; y creyéndose humillados con aquella preferencia, se rebelaron casi todos. Los gobernadores de Guadix, Málaga, Comares y otros se hicieron tributarios del rey de Castilla, le ofrecieron sus auxilios contra el de Granada; y no desperdició Don Alonso esta feliz casualidad. Reducido al mayor apuro el granadino, habiendo de luchar al mismo tiempo con enemigos domésticos y



con un poderoso extraño, no tuvo mas recurso que el de sujetarse nuevamente al vasallage de Castilla, obligándose á pagar anualmente doscientos cincuenta mil maravedis, y ofreciendo sus tropas á Don Alonso contra el rey de Murcia, con tal que abandonase la alianza de los gobernadores rebeldes, en tanto que se renovaba entre ellos la armonía.

No eran en Murcia ménos felices los progresos de las armas aragonesas. El guerrero Don Jaime, puesto á la frente de sus tropas, habia ya sujetado varios pueblos, y se disponia para la conquista de Murcia, cuando se presentó en su ayuda Don Alonso. Arreglaron el plan de sus operaciones para no embarazarse, y prestarse recíprocamente los auxilios necesarios: cayó Murcia, y su rey sufrió la misma suerte que el de Granada.

Tantos años de expediciones y de gloria habian contribuido sin duda infinito á hacer temible el nombre castellano; pero el erario se resentia escesivamente de dispendios tan crecidos como necesarios; y no atreviéndose Don Alonso á recargar con nuevas imposiciones á sus vasallos, estenuados ya con anteriores desembolsos, creyó salir del apuro, rebajando el valor intrínseco ó la ley de la moneda. Una determinacion tan opuesta á los principios económicos no podia ménos de producir consecuencias diametralmente contrarias á las que se prometia. Creció el precio de los géneros en proporcion á la pérdida del numerario: tomó la providencia de fijarle, y nadie quiso vender. La escasez general atrajo el descontento de los pueblos, y de él tomaron ocasion algunos grandes poderosos para declararse en rebelion, patrocinados por las armas del rey de Granada. Procuró Don Alonso transigir aquellas diferencias con la mayor suavidad y moderacion, dió satisfaccion á las quejas, y cedió de su derecho cuanto le era posible, sin comprometer su dignidad real. Nada fué bastante para tranquilizar á aquellos revoltosos, que aspiraban á una absoluta dominacion; y por último, acaudillados de Don Nuño Gonzalez de Haro, y del infante Don Felipe, hermano del rey, se desnaturalizaron de Castilla, pasándose al servicio del enconado granadino. Propúsoles no obstante Don Alonso varios partidos razonables; negáronse á todo, y amenazaron invadir los estados de Castilla. Ya no pudo desentenderse el rey de tales desacatos, y encargó su venganza á su hijo primogénito Don Fernando de la Cerda, quien pasando á Córdoba con un cuerpo de tropas escogidas, procuró ántes de llegar á las manos tentar nuevos medios de reconciliacion. Los rebeldes juraron sin embargo no rendirse sino bajo ciertas condiciones bastante inadmisibles; pero últimamente á todo se convino Don Alonso, no tanto por el bien de la paz, como por quedar en libertad para convertir hácia otra parte su atencion.

Murió el emperador de Alemania Federico II; y divididos los pareceres de los electores imperiales en el nombramiento de suce-

sor, resultó elegido el rey de Castilla Don Alonso por dos votos mas, contra tres que obtuvo Ricardo, conde de Cornwall. Pretendió hacer valer su derecho por medio de cartas y de embajadores. Su legitima eleccion, y su inmediato parentesco con la casa imperial, como nieto del emperador Felipe, suegro de san Fernando, eran los fundamentos; pero su ausencia, la presencia y manejos de Ricardo, y mas que todo la proteccion de la corte de Roma, declarada abiertamente á favor de este, arrebataron de sus sienes una corona, que por todos títulos parecia pertenecerle. Jamas abandonó, á pesar de todo, sus pretensiones á ceñirla. Era preciso salir de España para que fuesen mejor escuchadas sus reclamaciones; pero se lo impedian las disensiones intestinas. Fué muerto entre tanto su competidor Ricardo; y deseando Don Alonso aprovechar esta favorable coyuntura, se dió prisa á apaciguarlas de cualquier modo que fuese. La corte de Roma, que en aquellos tiempos se creía autorizada para disponer á su arbitrio de los tronos, se había erigido en árbitra componedora de una diferencia, que de lo contrario podia terminarse en su perjuicio. El imperio por otra parte se consideraba entónces como un feudo de la silla romana; y esta no podia olvidar nunca los males con que la habia afligido en el siglo precedente el emperador Federico Barbaroja. Don Alonso procedia de su familia, y así es, que ninguno de los papas Alejandro, Urbano y Clemente, todos cuartos de su respectivo nombre, habia favorecido su causa. Sucedióles Gregorio X, quien siguiendo el espíritu de sus predecesores, á pesar de las reclamaciones del rey de Castilla, y de las protestas de algunos príncipes del imperio, se declaró por Rodulfo, conde de Hapsburgo, y este quedó electo. Insistió sin embargo Don Alonso; y solo obtuvo desengaños. La respuesta del papa fué constantemente que abandonase sus pretensiones, prometiéndole en recompensa las indulgencias que podria ganar combatiendo en la conquista de la Tierra Santa; pero sin duda no debió acomodarle este partido; pues viendo que nada podia adelantar por los términos de la moderacion y la dulzura, determinó enviar algunas tropas á Italia, así para sostener su causa vigorosamente, como para hacer frente á Carlos de Anjou, que como feudatario del papa se habia propuesto perseguir á cuantos no eran de su partido. No dejó de hacer alguna impresion este movimiento en el ánimo de Gregorio: procuró avivar la rivalidad de Rodulfo, amonestándole repetidas veces que no se descuidase un momento en defenderse; y llegó á tanto su animosidad, que abusando de las censuras eclesiásticas, se arrojó á escomulgar á las repúblicas de Génova y Pavia, que se mantenian por Don Alonso. Ya no pudo este mirar con indiferencia tan irregular procedimiento; pero cuando, segun el estado de las cosas, parecia lo mas natural que abandonando infructuosas negociaciones recurriese á los medios enérgicos, propios de un hombre con razon y con poder, le vemos incurrir



en la debilidad y la imprudencia de abandonar sus dominios en la situacion mas crítica, dejando por gobernador á Don Fernando de la Cerda, por pasar á Francia con ánimo de avistarse con el papa. Viéronse con efecto en Belcaire, y las resultas de sus conferencias fueron las que debian esperarse á vista del carácter firme de Gregorio. Tambien era tenaz Alonso; pero acaso no tenia bastante resolucion ó tino para elegir los medios oportunos de conseguir su empeño, y se las habia por otra parte con un hombre de refinada politica, ante quien Don Alonso era en esto tan fácil de deslumbrar como un niño. Desengañóse finalmente, volvió á Castilla sumamente disgustado, y despues de diez y ocho años de pretension, tuvo que contentarse con usar del título de *electo rey de romanos*, y con escribir á varios príncipes de Alemania é Italia *que no habia desistido, ni pensaba desistir de su derecho al imperio*. Lo primero importaba bien poco, y lo segundo en sustancia solo eran vanas esperanzas, incapaces de realizarse en mucho tiempo atendida la situacion del reino, y con mucho trabajo aun cuando mejorase. Pero ni aun este desahogo le consintió Gregorio; pues así que llegó á su noticia, espidió un breve al arzobispo de Sevilla, mandándole amonestar al rey, que se abstuviese de turbar la paz de la cristiandad, usando de un título que no le pertenecia, habiendo emperador legítimo ungido y coronado: que le escomulgase si no se conformaba; pero que le concediese en su nombre los diezmos eclesiásticos para continuar la guerra contra los moros, en caso de que obedeciese. El rey, fuese temiendo los rayos del Vaticano, fuese por aprovecharse de un subsidio, que le era muy oportuno en aquellas circunstancias, desistió de un empeño, que la prudencia caracterizaba ya de temerario, no pudiendo conservar la mas remota esperanza de su logro. De este modo quedaron á beneficio del real erario las que llamamos *tercias reales*, al principio durante la guerra contra los moros, y despues perpetuamente por gracia de Inocencio VIII y otros pontífices.

Con dificultad podrá ciertamente justificarse esta tenacidad de Don Alonso. Muy desde los principios debió conocer que aunque la fama de sus prendas, ingenio, riquezas y poder habia hecho en toda Europa respetable su nombre, la distancia le perjudicaba infinito para el logro de sus designios; que habiendo de luchar con la asombrosa influencia de la silla romana en todos los gabinetes, le era preciso defender su causa, no como quiera personalmente, sino á la frente de un vigoroso ejército, que no podia sostenerse en aquellas remotas regiones sin un nuevo gravámen de sus vasallos; que estos no se hallaban ya en disposicion de soportarle; y por último, que aunque por esta parte no se le ofreciese el menor obstáculo, la prudencia no le permitia abandonar sus dominios al fuego de la sedicion, que brotaba por todas partes, ni dejarlos

espuestos al furor de tan indomable enemigo como el moro, pronto siempre á aprovecharse de toda favorable coyuntura para sacudir el yugo que sufría con impaciencia.

Y efectivamente, apenas volvió la espalda Don Alonso, cuando coligado el rey de Granada con el de Fez, y reconciliado con los rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Baeza, se arrojó con un formidable ejército, dividido en dos cuerpos, sobre Écija y Jaen. Acudió inmediatamente en su socorro el adelantado de aquella frontera Don Nuño de Lara; y á pesar de la desproporcion de sus fuerzas con las del enemigo, no dilató el medir con él sus armas. Sus fuertes, aunque reducidos escuadrones, rompieron con tal denuedo por las filas mahometanas, que temió su general una completa derrota; pero últimamente, oprimidos los cristianos por la multitud, tuvieron que ceder el campo despues de haber vendido á buen precio la victoria. Este funesto azar avivó los preparativos del príncipe Don Fernando de la Cerda; y juntando arrebataadamente en Búrgos la gente que pudo, se puso en marcha hácia la frontera despues de encargar á todos los concejos y mesnaderos, que alistasen sus tropas y le siguiesen. Llegó hasta Ciudad Real, donde postrado á la violencia de una aguda enfermedad, falleció en breves dias por los años de 1275, 1275. recomendando muy encarecidamente sus hijos y muger á Don Juan Nuñez de Lara, hijo y sucesor de Don Nuño, y rogándole hiciese los mayores esfuerzos para que su hijo mayor Don Alonso heredase la corona despues de los dias del rey su abuelo. Era tal en aquellos tiempos el poder de la casa de Lara, que no le hubiera sido imposible llevar á efecto los deseos del príncipe; pero apareció un poderoso competidor, que desconcertó sus proyectos.

El infante Don Sancho, hermano segundo del difunto Don Fernando, caminaba desde Búrgos á la frontera de Andalucía con la gente que habia conseguido reclutar cuando tuvo la noticia del fallecimiento de aquel. Aceleró su marcha hácia Ciudad Real, y supo con tal arte grangearse el afecto de los ricoshombres, que todos le reconocieron por inmediato sucesor al trono despues de los dias de su padre, con preferencia á los hijos del difunto primogénito Don Fernando, que como nietos del rey distaban un grado mas. Atrajo á su partido al poderoso Don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, que á la sazón habia concurrido con sus tropas para la defensa comun; y para captarse mal el amor de los vasallos, hizo llamamiento de gentes para continuar la guerra, las mandó reunir en Córdoba, y asegurando á los pueblos de su inmediato socorro en todo trance, les encargó observasen los movimientos del enemigo, poniendo en salvo los ganados y demas efectos de consecuencia en caso de riesgo. Pasó á Sevilla, conoció que el mejor medio de terminar bien pronto aquella guerra era



colocar en el estrecho una escuadra que interceptase los continuos socorros que llegaban del Africa; y temiendo el rey de Fez que le cortasen la retirada, se replegó hasta el puerto de Algeciras. La falta de viveres y municiones le obligaba de dia en dia á regresar á Marruecos; pero como sus naves no podian sostener el choque con la escuadra castellana, se hallaba bastante embarazado, discurriendo un medio de verificar la salida sin venir á los manos, cuando por su fortuna llegó de Francia á la sazón el rey Don Alonso. Las derrotas que en algunos anteriores encuentros habian sufrido las tropas castellanas, la muerte del príncipe Don Fernando, y mas que todo el deplorable estado del erario real, llegaron finalmente á convencer al rey de Castilla de que seria conveniente conceder algunas treguas á sus pueblos, faltos de gentes y dinero. Propuso al marroquí un armisticio de dos años, y este no pudo ménos de aceptar una propuesta que le era tan favorable en aquellas circunstancias, aunque reservándose los puertos de Tarifa y Algeciras. Solo el granadino consideró esta tregua como un obstáculo á sus vastísimos proyectos; pero no pudiendo solo resistir á los cristianos, no tuvo otro arbitrio que dejar tambien las armas por entónces.

Terminada de este modo la guerra, pasó á Toledo el príncipe Don Sancho, solicitando de su padre, que le declarase inmediato sucesor al trono, con esclusión de los hijos del primogénito Don Fernando y de su muger Doña Blanca de Francia, hija de san Luis. Murió tambien á la sazón Don Juan Nuñez de Lara, que los tenia en su poder y tutela, por cuya razon pasaron á la de su madre; pero receloso Don Sancho de que la reina Doña Violante abogaria por sus nietos, procuró ganar la voluntad del rey por medio de su amigo y confidente Don Lope Diaz de Haro. Pintóle este al rey con el mas brillante colorido los méritos que durante su ausencia habia contraído Don Sancho, defendiendo con su talento y pericia militar un reino próximo á su total ruina: hizole ver que la nobleza, el pueblo, todos admiraban sus apreciables cualidades; que tenian puestas en él todas sus esperanzas, y que solo deseaban que un príncipe tan digno ocupase con el tiempo el solio de sus mayores. Bien le conocia Don Alonso; pero temiendo privar á sus nietos de aquel derecho que pudiesen tener, no se atrevió á resolver sin consultar á su consejo. Acababa el rey de componer el código de las Partidas, en el que, con arreglo á la jurisprudencia romana, á los hijos del príncipe que muriese antes que su padre, se les declara la representacion de la persona de este para entrar á la sucesion y herencia del abuelo. Los ministros consultados no se atrevieron á oponerse á unas opiniones que el rey acababa de proponer como mas seguras; y solamente el infante Don Manuel, tio de Don Sancho, fué de dictámen que la corona no debia hacer tránsito al nieto, sino pasar regularmente primero desde el rey que la ceñia,

al hijo mayor que le quedaba, como si este hubiese sido el primogénito. Las leyes godas así lo determinaban, y efectivamente nadie tuvo dificultad en conformarse con el dictámen del infante, fundado en la legislacion de sus mayores, de suerte que en las córtes celebradas en Segovia al efecto, fué Don Sancho jurado sucesor inmediato de su padre. No creyó la reina que Don Sancho lograria tan fácilmente su designio; pero viendo frustradas sus esperanzas, trató de poner la vida de sus nietos á cubierto de las asechanzas del tio. Llevólos secretamente á Aragon en compañía de su madre Doña Blanca, desde donde, bajo la proteccion del rey Don Pedro III, creyó le seria fácil desconcertar las intrigas del jurado príncipe heredero Don Sancho.

Cuando en Francia se supo el fallecimiento del príncipe Don Fernando de la Cerda, pasó á Castilla Juan de Brena, hijo del rey de Jerusalem, en calidad de embajador, á pedir á Don Alonso, en nombre del rey cristianísimo, el dote de Doña Blanca, y su permiso para que así ella como sus hijos pudiesen volver á Francia, aunque despues de declarar heredero presuntivo de sus reinos al mayor de ellos. Don Alonso habia ya respondido, que el dote y arras de la princesa estaban asegurados en Castilla: que la sucesion de la corona pertenecia á su segundogénito Don Sancho, y que por entónces no convenia saliesen de Castilla Doña Blanca ni sus hijos. Picóle tanto la respuesta al rey de Francia, que desde luego se previno á romper con Castilla, emprendiendo una sangrienta guerra, que impidió por entónces la mediacion del papa. Contentóse pues con despachar en el año de 1277 nuevos 1277. embajadores reiterando las mismas peticiones, y Don Alonso respondió lo mismo que anteriormente en órden á la sucesion del reino; y como en aquella época habian ya pasado á Aragon los infantes Cerdas, añadió, que así estos como su madre Doña Blanca se hallaban privados de cualquier derecho que pudieran haber tenido á la corona y rentas dotales, por haber salido de Castilla clandestinamente y sin su permiso. Esta nueva repulsa renovó la animosidad del frances, y declaró la guerra; pero medió tambien la corte de Roma, y tampoco tuvo efecto.

Concluyóse el armisticio con los mahometanos; y Don Alonso, que habia resuelto apoderarse de Algeciras, y tenia apostada en el estrecho una armada de cien velas para interceptar los víveres, municiones, y cuantos socorros pudiesen enviar del Africa, convocó sus tropas en Sevilla, y bajo las órdenes de su hijo el infante Don Pedro, las destinó al bloqueo de la plaza. Tomaron con tal acierto los puntos de circunvalacion, que la ciudad, reducida al mayor apuro, solo diferia la rendicion por la esperanza del socorro, que desde Tanger le habia prometido Aben-Jucef, quien solamente aguardaba una ocasion favorable para introducirle. Presentósele,



y no la desperdició. El príncipe Don Sancho, comandante de la escuadra, cometió la imprudencia de enviar á su madre los caudales destinados para mantenerla en el estrecho; y la tripulacion desnuda, hambrienta y enferma tuvo que saltar á tierra, y alojarse en unas miserables chozas. Súpolo el marroquí, y armando catorce galeras que tenia en Tanger, dió sobre la flota cristiana, quemó, apresó, y echó á pique cuantas naves se le presentaron, y la plaza quedó socorrida. Ya entonces se consideró inútil la continuacion del sitio por tierra : las enfermedades y la desercion hacian por otra parte considerables estragos en el ejército, el cual tuvo que retirarse precipitadamente, dejando á la merced del enemigo las máquinas de guerra, y otros pertrechos; de suerte que Don Alonso, viéndose sin armada ni soldados, hizo treguas con Aben-Jucef, aunque para no perder su derecho á las tercias, empezó á prepararse contra el granadino.

No se descuidaban entre tanto las negociaciones para que volviessen á Castilla la reina Doña Violante, y los infantes de la Cerda. Consiguióse la venida de aquella; pero el rey de Aragon no quiso entregar de ningun modo los infantes, y solamente se obligó á no dejarlos pasar con su madre á Francia. Aun no habia echado en olvido esta potencia sus pretensiones acerca de la sucesion de los infantes Cerdas. Las repetidas instancias de los papas eran infructuosas : pues decia sin rebozo que llevaria adelante aquel empeño con el mayor teson, y que miéntras no se revocase la jura de Don Sancho, ó por lo ménos se dividiesen otra vez los reinos de Leon y Castilla, dando el uno al hijo mayor de Don Fernando, recurriria á todos los arbitrios que podria proporcionarle su poder. Las cosas habian llegado á un estremo, que ni por cartas ni por embajadores se podia adelantar cosa alguna. Determinaron avistarse los dos reyes, trataron del asunto con la mayor porfia, y por último ya se contentaba el frances con que Don Alonso de la Cerda fuese reconocido rey de Jaen feudatario de Castilla; pero el príncipe Don Sancho supo manejarse de modo, que no consintiendo su padre en enagenar cosa alguna, quedaron las cosas como estaban. Retiróse el rey de Francia, vióse de paso con el de Aragon, y le encargó sobre manera que protegiese á los infantes Cerdas contra todos los insultos de Castilla; pero no necesitaba el aragones de este encargo, porque le convenia mucho tener en su poder estos rehenes. El príncipe de Castilla, que ya se miraba al pie del solio, habia de procurar, por temor de que favoreciese la causa de los Cerdas, no romper la buena inteligencia que reinaba entre ambos; y el rey de Aragon, seguro de la alianza del príncipe castellano, tenia un poderoso enemigo que oponer á la Francia, en caso de que continuando las tiranías con que oprimia á la Sicilia, desconcertase las pretensiones del aragones á aquel estado. Así pues, no contento con poner á los infantes en el inespugnable castillo de

Játiva, ajustó en 1281 con el rey de Castilla y el príncipe su hijo un tratado de alianza y confederacion *de amigo de amigo, y enemigo de enemigo*, contra cualquiera del mundo, consolidando el pacto con la responsabilidad de veinticinco mil marcos de plata á que quedaba sujeto el primero que violase el concierto. Esto sonaba en público; pero secretamente trataron de reunir sus fuerzas contra la Navarra, y partírsela entre sí Castilla y Aragon; y aun el príncipe Don Sancho renunció á favor de su tío el rey de Aragon la parte que le cupiese, con la condicion de que despues de los dias de su padre le favoreciese en la sucesion al reino. No debemos pues estrañar que la causa de los desventurados Cerdas hiciese en adelante tan pocos progresos, y mucho ménos si paramos la consideracion en el encadenamiento de circunstancias, que se declararon á favor de Don Sancho.

No podia Don Alonso borrar de su memoria la catástrofe de su ejército y armada en el sitio de Algeciras; reconocia en el príncipe su hijo el autor de tan irreparable daño, y no atreviéndose á descargar sobre él los efectos de su enojo, hizo prender al recaudador del dinero, que era un hebreo poderoso llamado Don Zag de la Malea. Se le reconvino por haber entregado á Don Sancho el caudal destinado para la espedicion, y porque ya que á esto no se hubiera podido resistir, no habia avisado al rey con tiempo para remediar el mal. Bastante especiosos eran semejantes cargos; pero como el objeto era encontrar alguna víctima que poder inmolar impunemente al resentimiento de Don Alonso, se graduó de enorme crimen lo que en realidad fué solo una inconsideracion, y se le condenó á muerte. El castigo no dejaba de ser con esto solo bastante desproporcionado; y queriendo manifestar el rey que su enojo se estendia tambien contra quien tenia la mayor culpa del daño, mandó que fuese arrastrado el miserable por delante de la habitacion del príncipe hasta el lugar del suplicio. Intentó Don Sancho bajar á libertarle, y ya que no pudo conseguirlo, por habérselo estorbado sus hermanos, prorumpió en amargas quejas contra su padre, y juró vengar una muerte tan injuriosa á su persona. No podia presentársele ocasion mas favorable para quitarse la máscara con que hasta entónces habia disfrazado sus designios, que la que se le ofrecia á la sazón. Pertrechados los pueblos con sus fueros municipales, resistian el código de las Partidas que Don Alonso tenia empeño en hacerles admitir. Seducida la nobleza con las palabras de Don Sancho solo veia en la desmembracion del reino de Murcia, que Don Alonso habia resuelto ceder al infante de la Cerda, una odiosa venganza, que podia ser funesta á Castilla, y origen interminable de guerras y disensiones. La sangre del infante Don Felipe, y la del señor de los Cameros, muertos en un suplicio sin saberse la causa, clamaban por una pública satisfaccion. Todos abandonaban á Don Alonso; y el partido del príncipe se hacia de



dia en dia mas respetable, así con los nuevos parciales que se le agregaban, como con las alianzas de Aragon, Portugal y Granada, que procuró contraer y conservar. No ignoraba Don Alonso todas estas tramas, y veia amenazada su autoridad; pero no persuadiéndose á que las cosas llegarían al extremo, procuró componerlas pacíficamente. Solicitó avistarse con su hijo para satisfacer á sus quejas: mas este, no contento con detener temerariamente á los embajadores de su padre, reunió en Valladolid sus partidarios, los cuales le reconocieron por su rey, y se obligaron á mantener en su nombre los castillos y fortalezas, y á contribuirle con las rentas reales. Repitió sin embargo Don Alonso sus oficios de paz, ofreciéndole varios partidos; pero el príncipe solo queria reinar, y á nada se rindió. Con este desengaño debia esperar el rey verse destronado si no atajaba la insurreccion con una providencia vigorosa; y no hallándose con fuerzas para hacerse obedecer, imploró el auxilio del papa, el de Francia, el de Aragon, Portugal, Granada y Marruecos. Todos le desampararon, á escepcion del papa y el marroquí, únicos á quienes debió algun socorro, al primero de censuras eclesiásticas, y al segundo de dinero y naves bien tripuladas; pero como en aquellos tiempos se miraba con desconfianza á todo el que no era cristiano, empezó á correr la voz de que el marroquí Aben-Jucef solo traia el designio de sacar partido de las disensiones de Castilla. Aunque fuese cierta la especie, no habia el menor motivo para darle asenso; y sea como quiera, el moro, resentido de que su generosidad fuese tan mal agradecida, repasó el estrecho con su gente, y privó á Don Alonso de un socorro, que podia haberle sido muy oportuno en aquellas circunstancias. Su retirada sin embargo no sirvió de obstáculo para que de dia en dia fuese creciendo el partido del rey. Las amonestaciones del papa y de los obispos, que amenazaban con las penas espirituales á cuantos no guardasen á su rey la fidelidad que le habian jurado, redujeron muy en breve á su deber á los principales caudillos de la sedicion, y con ellos á una multitud de pueblos. El rey juntó sus córtes en Segovia, y promulgó un solemne manifiesto patentizando al mundo las injurias que habia recibido de Don Sancho su hijo, desheredándole, y fulminando contra él su temible maldicion; de suerte que aterrado el príncipe, pensaba ya en los medios de implorar el perdon de todos sus desaciertos á los pies de su irritado padre, cuando este falleció

1284.

en Sevilla á 4 de abril de 1284. No se mostró insensible Don Alonso á las muestras de arrepentimiento de Don Sancho; y como el amor paterno pone fácilmente en olvido las ingratitudes de los hijos, hay quien dice que Don Alonso reformó su testamento á la hora de la muerte, nombrando sucesor suyo á Don Sancho. Lo que no tiene duda es, que apenas murió Don Alonso fué aclamado generalmente por todos los pueblos, que desde dos años ántes gobernaba como absoluto; que le pres-

taron obediencia aun los que se habian mantenido por su padre; y que su hermano el infante Don Juan tuvo que abandonar el proyecto que habia formado de quedarse con Sevilla y Badajoz, apoyado en la primera disposicion testamentaria del rey difunto.

---



## LIBRO SESTO.

---

Don Sancho IV el Bravo ; se concilia la enemistad del rey de Marruecos ; sitio de Jerez ; confederacion con Francia ; castigo de Don Lope Diaz de Haro, y del infante Don Juan. — Resentidos la viuda é hijo de Don Lope coadyuvan las pretensiones de los Cerdas ; y con el fervor del rey de Aragon es aclamado Don Alonso, el mayor de estos infantes. — Nuevas é igualmente infructuosas tentativas del aragones en favor de Don Alonso de la Cerda. — Sitio de Tarifa ; heroicidad de Don Alonso Perez de Guzman el Bueno. — Fernando IV el Emplazado. — Bellas cualidades de la reina madre Doña María de Molina. — Córtes de Valladolid ; el infante Don Enrique se apodera del gobierno con título de tutor ; crecen las turbulencias. — Pacificacion momentánea ; guerra civil ; proclamacion de Don Alonso de la Cerda. — Ambicion del infante Don Enrique ; legitimacion ; dispensa y matrimonio de Don Fernando con Doña Constanza de Portugal. — Intrigas de Don Enrique. — El rey se abandona á la discrecion del infante y demas nobles inquietos y ambiciosos. — Córtes de Medina del Campo ; prudencia de la reina madre ; la calumnian los rebeldes ; abandona Don Enrique este partido, y se pone á la frente de otro en favor de la reina. — Renace la serenidad. — Competencias de los Laras y Haros ; guerra de Granada. — Sitios de Algeciras y de Almería ; conquista de Gibraltar. — Injusticia é inhumanidad de Don Fernando ; su emplazamiento para el tribunal del juez eterno ; muere al cumplirse el plazo. — Alonso XI ; nuevas discordias durante su menor edad ; los infantes Don Pedro y Don Juan se disputan el gobierno y la tutela ; córtes de Palencia. — Esfuerzos de la reina Doña María por aplacar los ánimos ; obtienen los infantes en las córtes de Búrgos el nombramiento de tutores y gobernadores. — Victorias del infante Don Pedro contra los moros granadinos ; envidia y perversidad del infante Don Juan ; toma parte en la guerra ; mueren ambos en ella. — Nuevos aspirantes á la tutela y gobierno ; muerte de la reina Doña María. — Hace el rey declarar su mayoría ; los rebeldes le temen, y se ligan para resistirle ; pero los desune con su política, y desconcierta sus proyectos. — Pasa á Aragon Don Juan el Tuerto, é intenta resucitar el partido de Don Alonso de la Cerda ; el rey le atrae con engaño, y le hace matar traidoramente. — Teme igual suerte su compañero Don Juan Manuel, y se arma contra el rey. — Toman algunas ciudades el ejemplo, y se sublevan ; severidad del rey. — Los sarracenos se apoderan de Gibraltar ; Don Alonso emprende infructuosamente su reconquista. — Los rebeldes, vivamente perseguidos y estrechados por el rey, se encomiendan á su generosidad, y obtienen su perdon. — Guerra con el Portugal ; victoria de la armada castellana sobre la portuguesa. — Renuévanse las hostilidades con los mahometanos ; jactancia y orgullo de Abomelic ; hazañas de Don Fernando Portocarrero. — Memorable batalla del rio Patute ; muerte de Abomelic. — Pasa á España el rey de Marruecos. — El almirante Jofré Tenorio, vilmente calumniado ante el rey, se entrega heroicamente á la muerte por vindicar su honor amancillado. — Preparaciones contra Albohacen ; sitio de Tarifa ; memorable batalla del Salado. — Conquista de Algeciras. — Sitio de Gibraltar.

Una respuesta muy descortés é intempestiva de Don Sancho le concilió desde luego el resentimiento del rey de Marruecos, poderoso enemigo, á quien deberia haber tratado con alguna consideracion. Aben-Jucef no deseaba la guerra, pero tampoco la rehusaba ; y viendo desairadas sus proposiciones de paz y amistad, pasó el estrecho con gruesa armada, sitió á Jerez, y cubrió de

estragos y destrozos la comarca de Sevilla. Preparábase Don Sancho á resistirle cuando se le presentó un mensaje del rey de Francia, solicitando que no auxiliase al de Aragon en la guerra que aquel la habia movido por despojarle de sus estados : pues habiéndole merecido sus pretensiones á la Sicilia la escomunion del papa, y hallándose adjudicados por él mismo sus dominios á Cárlos de Valois, suponía que no podia evitar la nota de temerario cualquiera que le favoreciese. El temor á los Cerdas hacia á Don Sancho mirar como absolutamente necesaria su alianza con el aragones ; pero la guerra de Andalucía era un obstáculo para que pudiese distraer sus fuerzas en socorro de su confederado. Así pues, deseando contener un poco la tempestad, despidió con una respuesta equívoca á los embajadores, prometiendo enviar otros á Francia para ventilar este negocio. No pudo sin embargo deslumbrar al francés ; y sin esperar este la nueva embajada, rompió con un ejército de cien mil combatientes por el territorio aragones. Presentóse delante de Gerona, y redujo la plaza á la mayor consternacion. No se hallaba el rey de Aragon con fuerzas suficientes para arrojar de sus dominios á tan formidable enemigo ; pidió á Castilla los auxilios estipulados, y Don Sancho se escusó con el sitio de Jerez, y correrías de los moros andaluces. No debió quedar muy satisfecho el aragones ; pero disimulando su resentimiento hasta mejor ocasion, procuró resistir, aunque solo, á los esfuerzos de una multitud aguerida. Murió poco despues, sucedióle Don Alonso III su hijo ; y temiendo el rey de Castilla que concluida la guerra de Francia vengase á su abandonado padre, apoyando las pretensiones de los Cerdas, le despachó una embajada pidiendo se los entregase, y asegurándole de sus deseos de continuar la alianza, que ya hacia tiempo unia á las dos coronas. Desazonado con la respuesta vaga que obtuvieron sus embajadores, conoció que se hallaba muy próximo un rompimiento. La amistad de la Francia le era en este caso muy importante ; pero como el mero hecho de solicitarla era ya un paso decisivo contra el aragones, y nada le interesaba tanto como tenerle de su parte, determinó celebrar córtés en Alfaro, donde á presencia de la nobleza, del clero y del pueblo se discutiese el punto, y se deliberase cual de las dos confederaciones podia serle mas útil. Quizas se eligió la peor, pues fué preferida la de Francia ; pero á lo ménos tuvo Don Sancho la satisfaccion de verse vengado en este congreso de los agravios de Don Lope Diaz de Haro, cuya insolencia habia llegado hasta el extremo de tratar como pais enemigo los estados del rey su favorecedor. Este hombre desagradecido, que tantos motivos tenia para temer el resentimiento de su señor, se presentó en el congreso con el mayor descaro, empezó á abogar con calor por el aragones contra el dictámen de la reina, de los prelados, y de todo el consejo real ; y Don Sancho, que le advirtió empeñado en la disputa, formando



en aquel momento el designio de apoderarse de su persona, y obligarle por este medio á restituir el fruto de sus usurpaciones, se salió de la sala, tomó conocimiento del número de tropas que habia llevado Don Lope, y apercibió su gente para cualquier lance. Volvió el rey á la sala, é intimó á Don Lope que se entregase preso : la respuesta de Don Lope fué gritar á los suyos, y arrojarle furiosamente con un cuchillo hácia la puerta en que estaba el rey ; pero interponiéndose la guardia, le cortaron de un tajo la mano derecha, y cayó muerto al golpe de una maza. El infante Don Juan, amigo de Don Lope, y compañero en sus maldades, intentó igualmente abrirse paso con otro puñal, é hirió con efecto á algunos ; pero hubiera tenido la misma suerte que su amigo, á no acogerse al regazo de la reina. Fué no obstante preso y conducido á Búrgos ; y de este modo recobró Don Sancho en breves dias los castillos y fortalezas que su hermano y Don Lope le tenian usurpados.

No calmó sin embargo este acontecimiento las inquietudes de Castilla. La viuda de Don Lope, á pesar de las protestas de Don Sancho sobre no haber tenido parte en la muerte de su marido, hizo tomar las armas á su hijo Don Diego Diaz de Haro ; y juntando mucha gente se pasaron á Aragon, solicitando la libertad de los Cerdas. La consiguieron inmediatamente, porque el aragones solo deseaba una coyuntura favorable para vengarse del castellano. Aclamaron rey de Castilla y Leon á Don Alonso el mayor de los infantes Cerdas ; y por influjo de Don Diego contrajeron ambos Alonsos la mas estrecha alianza ; pero murió á poco Don Diego, y se acabó el resentimiento.

Ocupado el rey de Aragon con la guerra de Francia y de Sicilia, y con ciertas revoluciones domésticas, léjos de poder emplear sus fuerzas en auxilio de nadie, solo debia pensar en defenderse ; y como Don Alonso de la Cerda no tenia otro apoyo, se halló convertido en rey sin corte, estados ni tropas para sostener su dignidad. El infante reclamó sin embargo del aragones el empeño que tenia contraido con él, y le hizo promesas no despreciables si *con sus armas le ponía en posesion de los reinos de Castilla y Leon, que su tio Don Sancho le tenia usurpados* : de suerte que ya no pudo el aragones desentenderse. Dióse priesa á apaciguar las divisiones intestinas, aumentó su ejército con mas de cien mil hombres, y se puso en marcha contra Don Sancho, que con fuerzas respetables le esperaba en las fronteras. Todo anunciaba un combate general y decisivo ; pero todo vino á parar en algunos retos de parte á parte, que no tuvieron efecto, y en algunas correrías y asaltos á la villa de Almazan.

Falleció poco despues Don Alonso de Aragon ; y aunque el infante de la Cerda procuró hacer entrar en sus intereses á su sucesor Don Jaime II, las cosas habian ya mudado de semblante. Don Sancho, bien quiso de sus pueblos y amigo de la Francia, era ya un

enemigo temible, y así el prudente Don Jaime juzgó mas oportuno confederarse con el castellano, que comprometer su reputacion al éxito dudoso de una guerra voluntaria. Don Sancho hizo saber al rey de Francia este nuevo tratado con el aragones, procuró conciliar las dos potencias, y bajo de algunas condiciones y seguridades mutuas, consiguió transigir, ó á lo ménos suspender por entónces unas disensiones, que parecian interminables.

Toda la precaucion de que se valia Don Sancho para manejar ciertos genios revoltosos, que hacian titubear sobre su cabeza una corona violentamente adquirida, no habia logrado extinguir el fuego de la sedicion, que encubierto bajo cenizas frias al parecer, se avivaba al mas ligero viento. El infante Don Juan jamas abandonó sus pretensiones. Debia su libertad á su generoso hermano; pero como su corazon no era accesible á nobles sentimientos, parece que solamente la habia recibido para abusar de ella torpemente. Al punto que se vió libre se unió á los descontentos Laras, y empezó á fomentar la insurreccion; si bien Don Sancho procuró atajarla en sus principios, y Don Juan se vió en la precision de huir á Portugal. Una persona tan inquieta no podia ménos de ser peligrosa en cualquiera parte. El rey Don Dionisio le mandó salir de sus estados á ruegos de Don Sancho, y habiéndose embarcado para Francia, un viento contrario le condujo á Tanger; pero demasiado astuto para desconcertarse por este acontecimiento, solo trató de sacar partido de las circunstancias. Persuadió á Aben-Jucef que venia en su servicio; y hallándose el marroquí meditando una espedicion contra Castilla, logró Don Juan que le diese el mando de cinco mil caballos con destino á la conquista de Tarifa. Presentóse con efecto delante de la plaza, que defendida por Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, rechazó con denuedo los repetidos y formidables asaltos de los sitiadores. Conoció el infante la dificultad de la empresa; pero mas irritado con una resistencia, que ofendia su amor propio, juró no abandonarla hasta conseguirla, si no con su valor, por cualquiera medio. Supo que Don Alonso, temiendo los peligros del bloqueo, habia sacado de Tarifa á su hijo único, niño de pocos años, y le habia trasladado á un pueblo cercano. Inmediatamente dispuso se le llevasen al campo; y participando á su padre que le tenia en su poder, le intimó luego que si no rendia la plaza, pereceria el niño al filo de su espada. El noble Don Alonso, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no vaciló un momento: asomóse á la muralla, y aseguró al infante defender á Tarifa hasta exhalar sus últimos alientos. « No tengo mas que un hijo, añadió, pero le amo demasiado para consentir que su vida sea el premio de una vileza; y si como no es mas que uno fuesen muchos, á todos los sacrificaria gustoso por mi patria y por mi honor; y así, infante Don Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi acero. » Arrojó su espada al campo, y con la tranqui-



lidad mas heroica se retiró á comer. Percibióse de allí á poco una extraordinaria gritería en el campamento, corrió á los adarves Don Alonso, y fué testigo de la escena mas horrible é inhumana, del asesinato de su inocente hijo; pero llevando hasta el extremo su heroismo: « No es nada, prorumpió regresando á los suyos, creí que era otra cosa: imaginé que los enemigos escalaban el muro... » y se volvió á la mesa. Los mahometanos conociendo por este rasgo que eran inútiles sus tentativas, levantaron el sitio, y repasaron todos el estrecho, escepto el infante, que se retiró á Granada.

Entre tanto no cesaba el rey Don Sancho de aumentar sus fuerzas de mar y tierra para el sitio de Algeciras; y conociendo Aben-Jucef que no bastarian las de la plaza para defenderla, advirtió á su gobernador que pues no era posible enviarle socorro alguno por entónces, la cediese al rey de Granada encargándole de su defensa. De este modo, faltos los africanos de un puerto donde guarecerse, dejaron de infestar con sus piraterías las costas españolas. A poco

tiempo, en 26 de abril de 1295, falleció el rey Don Sancho, nombrando por sucesor á su hijo Don Fernando, á la sazón de nueve años, y encargando su tutela y el gobierno de sus reinos, durante la menor edad, á su muger la reina Doña María Alonso de Molina. Si la grandeza de ánimo y la constancia con que supo llevar adelante sus empresas le grangearon el sobrenombre del *Bravo*, la desmedida ambicion que le hizo atropellar las obligaciones filiales le privó del de *Virtuoso*, á que debia haber aspirado con preferencia.

La madre del nuevo rey Don Fernando IV era una de las princesas mas hábiles y virtuosas que han ocupado el trono; y para formar idea de su mérito, basta considerar las críticas circunstancias en que se halló constituida, y la prudencia y tino con que supo salir de estos apuros. Rodeada de príncipes y grandes turbulentos, que muchas veces consiguieron hacerle perder la confianza de su hijo, supo con su amor y ternura recobrarla de nuevo, grangeándose al mismo tiempo la estimacion de los pueblos por su bondad, equidad y acierto en el manejo de los negocios mas delicados. Don Fernando hubiera sido constantemente venturoso bajo su direccion; pero despreció algunas veces sus consejos, y pagó siempre demasiado caro el desacierto de no seguirlos.

Apénas fué proclamado el nuevo rey, empezó desde Granada el ambicioso infante Don Juan á apellidarse de palabra y por escrito rey de Castilla y Leon, amenazando apoderarse de la corona con un ejército de moros halagados con la esperanza del botin. Don Diego de Haro, caballero poderoso, se hizo al mismo tiempo dueño de una parte de Vizcaya, é infestaba con sus correrías las fronteras de Castilla. El remedio de todos estos males exigia un príncipe esperto y valeroso; pero aunque el que habia era muy niño, estaba á la sombra de una madre dotada de un extraordinario talento.

Imploró esta la proteccion de Don Juan y Don Nuño de Lara, poderosos hermanos, á quienes el difunto Don Sancho habia encargado la custodia y amparo del príncipe y su madre. Ofreciéronse á partir contra Don Diego, pero luego que hubieron percibido los caudales que la reina les franqueó para la empresa, cometieron la vileza de abandonarla uniéndose al rebelde.

Luego que llegaron á la corte estos rumores, concibió el infante Don Enrique, tio del rey, el ambicioso proyecto de apoderarse de la tutela del sobrino y del gobierno de sus estados; logró seducir con sus promesas á una gran porcion de pueblos, y viendo la reina que se iba haciendo este partido cada vez mas temible, determinó llamar á córtés en Valladolid, á fin de que ratificasen la obediencia jurada al niño Don Fernando. Deseando Don Enrique impedir que las ciudades enviasen sus procuradores, los pintó á la reina sumamente irritada, y pronta á vengar sus ofensas con tiránicas imposiciones, sostenida por las numerosas huestes que la acompañaban; pero solo consiguió que se presentasen armados, y que intimidados los habitantes de Valladolid, únicamente permitiesen la entrada al príncipe y á su madre. La reina conoció que en esta asamblea hubieran sido vanos todos sus esfuerzos contra las pretensiones del infante. Sola, y en medio de una porcion de vocales, la mayor parte adictos á aquel, era preciso que cediese; y si bien consiguió reservarse la crianza de su hijo, el gobierno de la corona con el título de tutor quedó encargado á Don Enrique. Apenas habia salido de este apuro, le llegaron mensajeros de los Laras pidiendo la Vizcaya para Don Diego de Haro, amenazando con que de lo contrario proclamarían á Don Alonso de la Cerda, que estaba á la sazón en Navarra. Despachó la reina al maestre de Calatrava y algunos otros sugetos, para que procurasen reducirlos á un partido razonable; estos se convinieron con los rebeldes, y volvieron diciendo á la reina, que si se negaba á las pretensiones de los Laras y Haros, la abandonarían también ellos. La reina hubiera sin dificultad hecho este sacrificio en obsequio de la paz; pero como se oponían los vizcainos á reconocer otro señor que el infante Don Enrique, hijo de Don Sancho, que murió poco despues, era preciso imaginar otros medios de conciliacion.

El infante Don Juan, por otra parte, recorria entre tanto los pueblos de Estremadura y Leon, disponiéndolos á su favor; y aunque eran muy cortos ó ningunos sus progresos, protegía sus pretensiones el rey Don Dionisio de Portugal, y era de temer que las cartas que se esparcian á su nombre por las ciudades fronterizas, recomendando los supuestos derechos del infante, llegasen por último á indisponer los ánimos contra un gobierno combatido á la vez por tantas facciones poderosas. El nuevo tutor se encargó de desengañar al portugues, y de reducir al infante Don Juan: la reina de transigir las diferencias de los Laras; y todo se consiguió



felizmente. Contento el portugues con que se le cediesen algunas plazas, que suponía pertenecerle, no solamente abandonó el partido de Don Juan, sino que consintió en el matrimonio de su hija Constanza con el rey Don Fernando, para cuando lo permitiese la edad de los esposos. El infante Don Juan se convino á volver al servicio de su rey, con tal que se le restituyesen los estados que le pertenecian en el reino de Leon; y el carácter bullicioso de los Laras y Haros, manejado por la prudencia de la reina madre, prometió alguna tranquilidad despues de tantas borrascosas inquietudes.

Poco duró la paz. Los espíritus revoltosos eran en ella fuera de su centro; y así es, que no tardaron en reunirse para llevar adelante sus miras el infante Don Juan, el partido de los Laras y Don Alonso de la Cerda. Lograron seducir de nuevo al inconstante portugues, hallaron igualmente dispuestos contra Castilla á los reyes de Aragon y Granada, y parecia imposible resistir á un cuerpo tan formidable de aliados, que lisonjeándose con la seguridad de la victoria, repartian entre sí los estados del miserable pupilo, aun ántes de haberlos conquistado. La razon principal que publicaban los rebeldes para declararse contra Don Fernando, y procurar arrancarle de las sienas la corona, era que habiendo sido nulo por incestuoso el matrimonio de sus padres, era bastardo é incapaz de suceder. Rompió la guerra el ejército combinado compuesto de cincuenta mil hombres, entrando por Monteagudo, Almazan, y San Esteban de Gormaz, y apoderándose de cuantos pueblos y fortalezas encontraban adictas á su legítimo rey, y no tomaban inmediatamente la voz de Don Alonso de la Cerda. Reuniéronse en el camino los parciales del infante Don Juan y de Don Juan Nuñez de Lara; y todos juntos atravesaron la Castilla cubriéndola de estragos. Llegaron á Leon, y no oponiendo la ciudad resistencia alguna, aclamaron al infante rey de Galicia, Leon y Sevilla, y partieron á ocupar la Castilla en nombre de Don Alonso de la Cerda. Proclamado este en Sahagun rey de Castilla, Toledo, Córdoba y Jaen, trataron de averiguar si Jaen, Córdoba, Toledo y Castilla consentirian en reconocerle, esto es, de acabar por donde deberian haber empezado; y como Búrgos habia de dar el tono al resto de Castilla, estrechaba Don Alonso porque se sitiase y combatiere en caso de declararse contraria. Pero como al infante Don Juan nada le interesaba realmente la suerte de los Cerdas, y solo sí consolidarse en un reino, de que á la sazón solo podia contar por suya á la capital, se resistia á la conquista de Castilla, que en su concepto debia dejarse para mucho despues. La priesa de los Cerdas no permitia estas demoras; y lo único que pudo conseguir el infante fué que se pusiese sitio á Mayorga, dejando para despues de rendida esta plaza la marcha contra Búrgos. La reina madre, que no ignoraba los principios de desunion que

reinaban en el campo coligado, se anticipó á poner la plaza en el mejor estado de defensa; y así es, que su guarnicion y vecindario supieron frustrar con la mayor bizarría los esfuerzos de los sitiadores. Las campiñas y pueblos comarcanos no quedaron, es verdad, esentos del pillage y la devastacion, y se apoderaron los aliados de Villagarcía, Tordesillas, Medina de Rioseco, la Mota y otros lugares; pero acometidos de un voraz contagio, hubieron de abandonar la empresa con la mayor precipitacion, y la liga quedó disuelta por entónces. El rey de Portugal por otra parte se convino de nuevo con Castilla; y el de Aragon, distraido con sus expediciones en Italia, apenas podia corresponder con débiles ausilios á las eficaces solicitudes y profusas liberalidades de los Cerdas.

No por eso quedaron estinguidas las turbulencias de Castilla. Los Cerdas y el infante Don Juan no desistian tan fácilmente de sus empeños; y el infante Don Enrique, léjos de mirar por los intereses de su pupilo, solamente procuraba sacar partido de las circunstancias para engrandecerse y satisfacer su ambicion, aunque disfrazándola con la especiosa máscara del bien general. La reina habia llegado á penetrar el fondo de su carácter, y ya en varias ocasiones habia logrado desconcertar con destreza sus pérfidos proyectos; pero temia su prepotencia, y en la crítica situacion en que se hallaba comprometida, era ménos malo tenerle por amigo poco seguro, que por declarado enemigo. La legitimacion de los hijos de Don Sancho, y el matrimonio del rey Don Fernando con Doña Constanza de Portugal, le parecieron el espediente mas oportuno para poner fin á tantos males, y freno á las maquinaciones de tan sospechoso tutor; mas Don Enrique procuró estorbarlo, previendo la conclusion de su gobierno y tutela. Los esposos, parientes en grado muy inmediato, no podían llevar á efecto su matrimonio sin la dispensacion del pontífice; y así esta, como la legitimacion de Don Fernando, no podian obtenerse sin satisfacer los derechos de la curia romana. El reino, junto en las córtes celebradas en Valladolid en 1301, habia otorgado á la reina varios pedidos; pero una gran parte de ellos habia tenido que invertirse en la pacificacion del infante Don Juan, que desconfiando por entónces de poder sostener su fantástica corona, habia determinado renunciar á favor de su sobrino cualquier derecho que pudiese tener á los estados de Leon, volviendo al servicio del rey. Don Enrique se apoderó del resto, so color de ocurrir á los gastos que exigia la fortificacion de las fronteras; mas sin embargo, la reina halló medio de obtener nuevos pedidos en las córtes de Búrgos del año de 1302, sin comprometer á Don Enrique. Llegaron las bulas de legitimacion y dispensa, se celebró el matrimonio, y se desvanecieron los pretextos de la rebelion.



La reputacion que habia adquirido la reina en medio de tales turbulencias le ganó tambien el corazon de su hijo, quien aunque emancipado y en la edad de diez y siete años, todavia le permitia la mayor influencia en el gobierno. Sus consejos reglaban la conducta del jóven rey; pero el infante Don Enrique, no pudiendo perdonarle jamas el haber sido mas diestra, ni mirar con indiferencia una union, que descomponia sus proyectos para en adelante, se propuso dividirlos, ya que la inesperienza del jóven monarca le aseguraba de su triunfo. Convidóle á una partida de caza; y tomando ocasion de la limitada licencia que le habia concedido la reina para detenerse: « ¡Hasta cuándo, dijo, ha de permitirse que el rey de Castilla y Leon viva sujeto á la voluntad agena? Temed, señor, las astucias de vuestra madre, cuya desmesurada ambicion no aspira ménos que á prolongar vuestra vergonzosa esclavitud para gobernar á su arbitrio. Vuestra edad y talento os aseguran del acierto con que sabreis manejar las riendas de la administracion pública: desechad cualquiera desconfianza que os inspire la modestia; y tened entendido, que si no sacudis el yugo, siempre sereis muchacho, pobre, y nada mas que una sombra de monarca. »

No podia haberse valido de resorte mas poderoso. Lisonjeada la vanidad del jóven, fácilmente se dejó seducir; y si bien le era harto conocida la virtud de su madre, creyó que nada aventuraba en detenerse en la compañía de un tio, que se manifestaba tan celoso protector de su decoro. Entregóse del todo en manos de Don Enrique; y como este nada deseaba tanto como arrancarle del lado de la reina, y alejarle de ella todo lo posible, le persuadió pasase con el infante Don Juan y Don Juan Nuñez de Lara á recorrer los pueblos de Leon. Algunas distinciones, y cierta predileccion con que desde luego se mostró sensible á las lisonjas del Lara, despertaron los zelos de Don Enrique; y para poder este equilibrar la preponderancia que debia temer de este partido, se unió con Don Diego de Haro, que siguiendo el de la reina, publicaba que si los que se habian apoderado del rey intentaban la menor cosa contra su gobierno, Leon y Castilla se abrasarian en guerras civiles. La reina logró apaciguarlos, asegurando que nada intentarían miéntras lo pudiese estorbar; pero el fuego de la discordia, reconcentrado en los cimientos del edificio político, apenas se sofocaba por una parte, cuando en otra desplegaba su voracidad.

1303.

En el año de 1303 convocó Don Fernando córtes de los leoneses en Medina del Campo; y los concejos casi todos, al ver la convocatoria solo en nombre del rey, enviaron diputados á la reina, asegurándole que no concurrirían si ella no lo mandaba. La misma villa de Medina del Campo se ofreció á cerrar las puertas al rey y á cuantos le acompañasen; pero la reina

que solo deseaba ver restablecida en el reino la tranquilidad que no lograba mucho tiempo hacia, no solo se opuso á toda novedad, sino que á ruegos de su hijo autorizó con su presencia la asamblea. Los concejos sin embargo no pudieron disimular el enojo que les causaba ver al rey en poder de Lara y del infante, cuyas maldades les habian hecho dignos de la execracion general, y propusieron á la reina que les permitiese retirarse á sus casas, obligándose á concurrir adonde quiera que les mandase; pero mientras esta señora empleaba todos los medios que le sugeria su prudencia para detenerlos, el infante Don Juan y Don Juan Nuñez de Lara se valian de todos los recursos que les dictaba su perverso corazon para desconceptuarla con el rey su hijo, haciéndole creer que era la causa de todos los males que afligian á la monarquía, y que se habia propuesto casar á su hija Doña Isabel con Don Alonso de la Cerda, colocándoles en el trono de Castilla. No podia el rey persuadirse que cupiesen en su madre maldades tan horribles, tenia sobradas pruebas de su generosidad; pero hechizado con los halagos de sus dos tiranos, no se atrevia tampoco á graduar de calumniosos sus informes. Aprovecháronse pues de su debilidad, tuvieron ardid para apoderarse de los pedidos acordados por el reino en estas córtes, y en las siguientes celebradas en Búrgos; y no desconfiando de conseguir un triunfo decisivo, se propusieron llevar adelante su sistema. El infante Don Enrique, conociendo que de ellos no podia esperar cosa favorable á sus intereses, propuso á la reina que se confederasen contra unos enemigos que tanto la aborrecian. La política se lo aconsejaba; aunque su amor á su hijo y á la paz lo repugnaban. Sin embargo, convencida por último de que el medio mas oportuno quizá para arrancar al rey del poder de aquellos malos caballeros seria oponerles un partido poderoso, se determinó á contemporizar con Don Enrique; y suponiendo los rebeldes descubrirse en este hecho una confirmacion de los cargos que se le habian imputado, tomaron un nuevo motivo para alimentar la desconfianza de Don Fernando, respecto de su madre. El rey, intimidado por aquellos sediciosos, se prestó á una alianza que le propusieron contra el partido de la reina; de suerte que todo amenazaba un rompimiento general. Ambos partidos procuraban con el mayor empeño hacer entrar en sus miras al rey de Aragon; y el de Don Enrique, reforzado cada dia mas con el crecido número de pueblos que despreciaban y aborrecian á un rey tan abatido y obcecado contra la razon, se ofrecia, á pesar de la repugnancia de la reina, á colocar en el solio de Castilla á Don Alonso de la Cerda. Por fortuna el infante Don Juan, cansado de turbulencias, y desengañado finalmente de que la reina Doña María frustraría siempre sus ideas, convino en comprometer al dictámen de árbitros los derechos que pudieran tener los infantes de la Cerda al reino de Castilla. Murió entre tanto Don Enrique, y se llevó á efecto el compromiso,



que si no obtuvo Don Alonso de la Cerda todo el reino á que aspiraba, se le adjudicó por lo ménos un crecido número de pueblos y heredades, cuyas rentas deberian componer la suma de quinientos mil maravedis, quedando obligado del rey de Castilla á completarla en caso de que las asignadas no cubriesen la cantidad.

Pero no por eso se restableció en Castilla la tranquilidad. Los Laras y los Haros habian sido siempre rivales, y varios honores concedidos por el rey á estos en remuneracion de sus servicios avivaron los zelos de aquellos. La esperiencia habia desengañado á Don Fernando, rompiendo el velo que disfrazaba en celo ardiente la desmesurada ambicion de sus mentidos amigos; y mas dócil á la razon y á la justicia, buscaba en los consejos de su madre el norte que debia reglar su conducta. Por consiguiente habia decaido mucho el favor del infante y de Don Juan de Lara; y estos, que ántes habian aspirado al dominio absoluto para engrandecerse, mal podian acomodarse á una situacion precaria cuando necesitaban vengarse, y oprimir á un partido que les hacia sombra. Intentaron persuadir al rey á que el errado sistema gubernativo de los ministros conducia al reino precipitadamente á su inevitable ruina, y que era forzoso deponerlos, y sustituir en su lugar otros capaces de reparar lo perdido; y aunque el rey conoció desde luego adonde se encaminaba tan falsa suposicion, deseando evitar mayores daños, de acuerdo y consentimiento de su madre puso en el ministerio al infante, y á otras personas de su parcialidad. Consiguió atajar por entónces los funestos efectos de sus inquietudes; y aprovechándose de esta vislumbre de serenidad, determinó emprender la guerra de Granada, cuya conquista le presentaban como fácil las divisiones intestinas que tenian á este reino en una violenta agitacion.

El desgraciado rey Aben-Alamar, ciego, é incapaz de resistir á las intrigas y ambicion de su cuñado Ferræen, habia pasado repentinamente desde el esplendor del solio al abatimiento y oscuridad de una clase subalterna: el arræez de Almería se habia alzado con el título de rey de esta ciudad; y casi todos los gobernadores y principales jefes mahometanos, aprovechándose de este desórden, solo trataban de repartirse los restos de la autoridad despedazada. Los reyes de Castilla y de Aragon unieron sus fuerzas; y confiando demasiado en el éxito de la empresa, dieron principio á la guerra, el primero con el sitio de Algeciras, y el segundo con el de Almería, plazas que servian de abrigo á los africanos que pasaban á España, y de que era muy oportuno despojarles desde luego. Sin embargo el aragones, despues de dos años de señaladísimas victorias, se vió en la precision de levantar el sitio, obligado por el mal temporal, y por las turbulencias que habian empezado en Cataluña; y el rey de Castilla, abandonado de casi la mitad de su gente por las intrigas del perverso infante Don Juan, hubo de acceder á las proposiciones de los habitantes, sin sacar mas fruto

de esta jornada, que la ocupacion de Gibraltar : conquista demasiado costosa, por haber perdido en ella al célebre Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que murió heroicamente combatiendo en el campo de la gloria. Al salir la guarnicion de la plaza se llegó al rey un oficial sarraceno de los mas ancianos, y le dijo : «¿Cuál será, señor, la causa del empeño con que vuestra familia me persigue? Don Fernando, vuestro bisabuelo, me arrojó de Sevilla; de Jerez vuestro abuelo Don Alonso; Don Sancho, vuestro padre, de Tarifa; V. A. me hace salir de Gibraltar : no sé si en Africa, adonde paso ahora, hallaré un lugar seguro y retirado en que pueda acabar mis dias con tranquilidad. »

La traicion del infante habia irritado al rey en términos, que estaba resuelto á castigarla con la última de las penas; pero no era empeño muy asequible sin el consentimiento y auxilio de Don Juan Nuñez de Lara. Logróse sin embargo que este se prestase á la voluntad del rey; y cuando iba á descargarse el golpe, llegó á traslucirlo el infante, á pesar del secreto con que se le preparaba el lazo, y procuró salvarse en Búrgos á uña de caballo. Medió sin embargo la reina, mediaron algunos obispos, y se le concedió un indulto que no merecia.

Los grandes de Castilla, cansados de inquietudes que no les producian las ventajas que se habian prometido, llegaron poco á poco á conformarse con cierto sistema de tranquilidad, que dejaba al rey en proporcion de continuar sus expediciones. Sin desanimarse por el desgraciado éxito de la anterior guerra de Granada, aprestó nuevo ejército, y se presentó en Andalucía. Hallábase en Martos cuando supo que estaban allí dos caballeros hermanos, llamados los Carvajales, gravemente indiciados de haber cometido cierto asesinato á la puerta del palacio real de Palencia; y el rey, sin mas pruebas ni procesos, los hizo prender, y los condenó á ser arrojados desde una elevadísima peña. Reclamaron los infelices su derecho á ser oidos en justicia, negóseles duramente este consuelo, sin que pueda concebirse la razon de semejante inhumanidad, atendido el carácter benigno y apacible de Don Fernando; y los miserables hubieron de sufrir la pena protestando su inocencia, y emplazando al rey para que dentro de treinta dias compareciese en el tribunal del juez eterno á responder de su injusticia. Al cumplirse el plazo, el rey, que ya anteriormente se sentia indispuerto, fué hallado muerto en su cama; y este notable suceso, que pudo ser efecto de una casualidad, confirmó en la opinion pública la inocencia de los dos hermanos, y dejó al rey Don Fernando IV con el sobrenombre del *Emplazado*. Fué su fallecimiento en 7 de setiembre de 1312.

Al punto fué aclamado el niño Don Alonso XI, cuya edad no pasaba á la sazón de poco mas de un año; y Castilla, aun no bien restablecida de los males ocasionados por las anteriores turbulen-



cias, se vió de nuevo hecha teatro de las escandalosas escenas, que caracterizan las menoredades de aquel siglo. Aparecieron en el momento dos partidos aspirantes á la tutela y gobierno; ambos poderosos y obstinados, y ambos demasiado orgullosos para sacrificar el mas mínimo de sus caprichos en beneficio de la pública tranquilidad. Casi todos los pueblos de la Andalucía seguian la faccion del infante Don Pedro, tio del rey, que unido con la reina abuela Doña María, confederado con el rey Don Jaime II de Aragon, y auxiliado por Don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, contaba con un ejército de doce mil combatientes para imponer silencio á su competidor el infante Don Juan. Tenia este á su devocion algunos pueblos de Castilla: engrosaban su partido los parciales de la reina viuda Doña Constanza, los Cerdas, el infante Don Felipe, tio tambien del rey, Don Juan Nuñez de Lara, y otros personajes de importancia; pero sus fuerzas eran inferiores á las de Don Pedro, y no osaba Don Juan esponerse á una accion decisiva. Apoderarse de la persona del rey niño era el medio mas seguro, y en su concepto mas fácil para dar despues la ley, y hacerse obedecer aun de las córtes; y como á los principios de las inquietudes le habia retirado la reina á Avila, poniéndole bajo la custodia del obispo Don Sancho, creyó que teniendo de su parte á la madre, solo tardaria en conseguirlo lo que difriese el emprenderlo. Encargóse de la ejecucion Don Juan Nuñez de Lara; y nada hubiera retardado su logro si la reina Doña María, conociendo la adhesion de su nuera al partido del infante Don Juan, no hubiese despachado con algunas tropas al infante Don Pedro para hacerle retroceder hácia Búrgos. Creíase que el único medio de restablecer la tranquilidad era convocar unas córtes, comprometiéndose los pretendientes á su determinacion, y se celebraron efectivamente en Palencia; pero como las ciudades estaban divididas, lo estaban tambien sus procuradores, y no los fué posible convenirse. El infante Don Pedro, y la reina Doña María, su madre, obtuvieron el voto de las ciudades afectas; y el infante Don Juan y la reina Doña Constanza obtuvieron el de las que seguian esta faccion.

La reina Doña María, á pesar de su edad, y abandonando el reposo que le hacian tan necesario los afanes padecidos, no omitió medio para sosegar estos disturbios; pero ni su dulzura, ni su distinguido talento eran bastantes para reconciliar dos partidos tan enconados; y aunque por la muerte de su nuera decayó un poco el del infante Don Juan no tardó en agregársele un poderoso amigo en el adelantado de Murcia Don Juan Manuel. El camino de las armas, por otra parte, solo podia conducir á exasperarlos, y hacerlos mas implacables enemigos: era preciso elegir un medio término: propuso la reina que se confiriese la tutela y gobierno á los dos infantes, para que cada uno desempeñase estos cargos por las ciudades que los habian elegido en Palencia; y las córtes de Búr-

gos, celebradas en 1315, se prestaron gustosas á esta resolución. La muerte del inquieto Don Juan Nuñez de Lara contribuyó infinito á una pacificación tanto *mas urgente*, cuanto era preciso contener á los moros granadinos, que asolaban impunemente las fronteras. El infante Don Pedro, que se encargó de sujetarlos, juntó un ejército no despreciable, se presentó en la vega de Granada, y las primeras acciones de esta campaña quedaron señaladas con otras tantas victorias. Su prosperidad *desperló* de nuevo la inestinguible envidia del infante Don Juan. Temió que Don Pedro llegase á hacerse dueño de una gran parte del reino de Granada: que las ciudades de Leon y Castilla que hasta entónces *habia tenido de su parte, deslumbradas por la gloria de su rival*, se hiciesen de su partido; y que Don Pedro, á la sombra de esta favorable revolucion, se alzase con el gobierno absoluto, y con la tutoría. Don Juan debia enviarle tropas y dinero para sostener la guerra; pero tomó el partido de desentenderse de la necesidad que padecia de uno y otro auxilio, considerando que era el seguro medio de esponerle al malogro de las ventajas adquiridas hasta entónces, y por consiguiente á la pérdida de su reputacion. *En vano reclamaba Don Pedro*: fué preciso que la política de la reina Doña María, á quien no se ocultaba la causa de aquella desavenencia, empeñase al infante Don Juan á tomar parte en la guerra, prometiéndole la mitad de las *tercias eclesiásticas concedidas á Don Pedro* por el papa Juan XXII. Presentáronse los dos infantes en la frontera acaudillando sus respectivos tercios, tomaron por asalto varias plazas, y se pusieron con intrepidez á vista de Granada; pero viéndose ya dueños de un rico botin, y aquejados de los ardores del estío, trataron de retirarse. Acometieron entónces los moros con el mayor denuedo; trabóse un obstinadísimo combate; fueron arrollados los vencedores, y los dos jefes rendidos de la fatiga quedaron en la accion.

Fué muy sensible á la reina este funesto accidente. Habia quedado sola en la tutoría del rey su nieto, y gobierno de su corona, y aunque á la verdad con la muerte del infante Don Juan solo habia perdido Castilla un perpetuo enemigo de la tranquilidad pública, quedaban todavia otros no ménos inquietos; y la edad de aquella señora, cansada de luchar tan largo tiempo con tantos y tan discolos genios, no se hallaba en disposicion de arrostrar las nuevas turbulencias *que amenazaban*. Desde luego se declaró pretendiente á la tutela Don Juan Manuel, y á pretesto de que la reina sola no podria sustentar un cargo tan penoso, consiguió el voto de algunas ciudades. Llegó su insolencia hasta al extremo de abrir sello particular, despachando con él como tutor y gobernador absoluto, y prohibiendo que las causas, aun en grado de apelacion, pasasen á la chancillería del rey como era costumbre. El infante Don Felipe, hijo de la reina abuela, se propuso atajar su ambicion, ó disputarle



la tutoría. Dos ó tres veces estuvieron para venir á las manos, pero la reina, siempre cuidadosa de impedir toda efusion de sangre, consiguió hacerles deponer su enemistad, y que se aviniese á repartir entre sí el gobierno y la tutela como lo habian hecho los infantes Don Juan y Don Pedro.

Pero he aquí que aparecen en liza otros dos competidores no ménos poderosos. Don Juan el *Tuerto*, hijo del infante Don Juan, se presenta en Búrgos, obtiene de la ciudad y su concejo el nombramiento de tutor, y queda asegurada su eleccion con un solemne juramento. Llega despues Don Fernando de la Cerda. solicita lo mismo, se le otorga, y un nuevo juramento sale tambien garante de su nombramiento. Reúnense despues estos dos facciosos, forman un respetable partido contra el de la reina y sus dos tutores, labran su sello de hermandad; y dueños de Búrgos y de una gran parte de Castilla, resuelven no obedecer en cosa alguna las órdenes del soberano. Por otra parte las ciudades de Andalucía, que habian elegido á Don Juan Manuel, le abandonaron repentinamente, y nombraron al infante Don Felipe. Diariamente se mudaba de partido entre los cinco tutores, y por último la muerte de la reina Doña María puso el colmo á tantas desventuras. Esta virtuosa señora, rendida á las dolencias inherentes á su avanzada edad, que sin duda harian mas graves sus pesares y aflicciones, falleció en Valladolid en el año de 1321, encomendando la persona del rey su nieto á los caballeros, ricos-hombres, y concejo de aquella ciudad.

1321.

Si durante su vida, y á pesar de su infatigable celo, no habia sido posible contener el fuego de la sedicion, puede inferirse la voracidad que cobraria despues de su muerte. Los desórdenes con efecto llegaron á lo sumo, y el desórden atrajo la confusion en el sistema gubernativo, y la incertidumbre en la suerte de los pueblos. Los tutores solo trataban de despojarse mutuamente, y de sacrificar á su resentimiento á cuantos no eran de su faccion. Como no eran tutores por nombramiento de las córtes, sino por el de algunas ciudades, estas mudaban á su arbitrio de tutor á la menor sugestion de cualquiera de los competidores. Atacadas la seguridad y propiedad de los ciudadanos en el recinto de sus habitaciones y en los caminos públicos, era preciso recurrir á la fuerza para resistir á la violencia de una plaga de salteadores y asesinos, que impunemente hacian mas calamitosa la situacion del reino: ¡y cuántas veces la parcialidad y el encono echaron mano de estos foragidos para satisfacer sus deseos de venganza! Cuatro años se pasaron despues de la muerte de la reina en tan violenta agitacion: cumplió por fin el rey los catorce de su edad, hizo declarar su mayoría, y los tutores se vieron precisados á renunciar solemnemente un cargo que enmascaraba su ambicion.

La prudencia del rey empezó á restablecer el orden: viéronse

amenazados de un severo castigo los genios revoltosos; y Don Juan Manuel, y Don Juan el Tuerto, que habian contribuido mas que ningunos otros á las pasadas inquietudes, y estaban por consiguiente mas espuestos al resentimiento de Don Alonso, trataron de hacerse fuertes contra la tempestad que iba á descargar sobre sus cabezas. En Cigales, pueblo de Don Juan el Tuerto, renovaron sus antiguas alianzas: un solemne juramento estrechó mas los vínculos formados por la intriga y el espíritu de partido, y la mano de Doña Constanza, hija de Don Juan Manuel, debia consolidar para siempre la union entre las dos familias. El rey previó las consecuencias de tan poderosa coalicion, y trató de prevenirlas; pero ya que ni la prudencia ni su situacion le permitian recurrir á la fuerza, la política le presentaba en el carácter de Don Juan Manuel el mas seguro medio de fomentar entre ambos una implacable enemistad. Despachóle un mensaje pidiéndole con el mayor secreto á su hija por esposa; y este ambicioso, tan mal caballero como infiel amigo, lisonjeado con la fortuna de ver á su hija ocupar el trono de Castilla, y con la esperanza de tener una grande influencia en el gobierno del estado, abrazó ansiosamente la ventajosa propuesta, sin avergonzarse de faltar á todas sus palabras, promesas y juramentos. Celebróse con efecto el matrimonio, aunque nunca llegó á consumarse por la corta edad de la novia; y el burlado Don Juan el Tuerto, lleno de cólera y de desconfianza, se acogió á la proteccion de Don Jaime de Aragon, pidiéndole la mano de su nieto Doña Blanca, despertó la amortiguada animosidad de Don Alonso de la Cerda, y aun procuró confederarse con el rey de Portugal. Enrobustecido su gran poder con tales alianzas, amenazaba á Castilla con una nueva guerra civil, que poniendo á cubierto su persona de cualquier insulto, le proporcionase la satisfaccion de vengar el agravio hecho á su amor y á su amistad. Debíó temerle Don Alonso, porque mal restablecida la tranquilidad de sus estados, exhausto el erario por las dilapidaciones de los tutores, y con pocos recursos para exigir nuevos subsidios de los pueblos recargados, no se hallaba en disposicion de esponer su autoridad y corona al desventajoso choque de tan poderosos enemigos. Era preciso desarmar al rebelde; pero no era ménos necesaria la prudencia para conseguirlo. Hízole llamar á Toro, so color de transigir sus diferencias, y combinar los planes de la guerra que se proyectaba contra los moros; mas se escusó Don Juan, sospechando que esto fuese un pretesto para deshacerse de él, y el rey, poco seguro mientras se hallase este revoltoso en proporcion de llevar adelante sus tramas, resolvió valerse del engaño para conseguir lo que no habia logrado la política. Ciertas ofertas fingidas, y el salvo conducto que se le despachó, disiparon sus temores. Presentóse finalmente en Toro, y el agradable acogimiento del rey acabó de tranquilizarle; sin embargo al dia siguiente fué



muerto á puñaladas á la entrada del palacio con dos caballeros que le acompañaban. Las maldades de Don Juan le habian hecho sin duda acreedor á un severísimo castigo: la pública tranquilidad pedia su cabeza; pero un asesinato tan premeditado no está en el órden de la justicia, ni es digno de la magestad de un monarca, que tenia empeñada su fe y su real palabra.

Apénas se esparció la noticia, Don Juan Manuel, que no tenia ménos motivos para temer igual suerte que Don Juan el Tuerto, y no se consideraba muy resguardado, á pesar del inmediato parentesco que le unia con el rey, abandonó el adelantamiento de la frontera de Andalucía, y se guareció en Chinchilla, plaza suya sumamente fuerte. La situacion era bastante crítica, porque el rey habia emprendido la guerra de Granada, y las fuerzas del adelantado podian hacerle suma falta. Envióle á llamar desde Sevilla para que concurriese con sus mesnadas; pero se negó á ello, y aun empezó á decirse que pensaba confederarse con el granadino. Su desobediencia justificaba estos temores, y el rey, en castigo ó mas bien porque el amor no habia tenido parte en su enlace, repudió á Doña Constanza; y dando oidos á las ventajosas proposiciones del rey de Portugal, casó con su hija Doña María. Don Juan Manuel despechado se desnaturalizó de Castilla, se confederó con los reyes de Aragon y Granada para que le ayudasen á vengar la afrenta de su casa, y fueron incalculables los daños que ocasionó con este motivo. Despachó el rey á su confidente Garcilaso de la Vega, justicia mayor de su casa, para que con algunos caballeros alistase en tierra de Soria algunas tropas, y las condujese á la frontera contra los moros y las gentes de Don Juan Manuel. Los de Soria, ó seducidos por este, ó temiendo iban á prender á algunas personas, tomaron las armas; y aprovechando el momento en que oian misa Garcilaso y sus compañeros, se arrojaron furiosamente sobre ellos, y solo se salvaron algunos pocos disfrazados en hábito de religiosos.

Resuelto Don Alonso á vengar un esceso, que atribuia á Don Juan Manuel, se negó á toda composicion, sin embargo de que el papa procuraba por medio de sus legados reconciliar aquellos ánimos enconados. El rey asolaba los pueblos de Don Juan; este por su parte destruia los del rey; y se renovaron en Castilla las funestas escenas de horror, sangre y depredacion que tenian transformados los pueblos en tristes esqueletos descarnados. La insurreccion cundia por todas partes; Valladolid, Toro, Zamora y otras ciudades principales empezaron á declararse contra Don Alonso; y como nunca faltan pretextos especiosos para cohonestar la conducta mas abominable, la privanza que disfrutaba el conde de Trastamara Don Alonso Nuñez de Osorio sirvió en esta ocasion para justificar semejantes desacatos. El rey castigaba con el mayor rigor á los rebeldes que podia haber á las manos, pero quizá esta

severidad, que aparecía necesaria en aquellas circunstancias, contribuyó infinito á hacer mas difícil la reduccion de los demas. Por último, la necesidad de convertir toda su atencion á la guerra de Granada, en que *si al principio habia conseguido algunas ventajas*, se hallaba en la actualidad espuesto á sufrir considerables *pérdidas*, ya por haberse reforzado el ejército granadino con nuevas tropas despachadas en su auxilio por Albohacen, rey de Marruecos, ya por hallarse divididas sus fuerzas, habiendo de resistir al mismo tiempo á Don Juan Manuel, le obligó á tentar algunos medios de reconciliacion. Sin embargo nada pudo conseguir. Tenia Don Juan muy presente la alevosa muerte de Don Juan el Tuerto, y en cada proposicion de Don Alonso creia advertir un lazo armado contra su vida. La rebelion por otra parte, ademas de asegurar su independencia, le ponía á cubierto del castigo que le amenazaba; y patrocinado por el granadino, y por un caballero poderoso llamado Don Juan Nuñez de Lara, nada podia temer á un principe sujeto á luchar con las fermentaciones intestinas, y el formidable enemigo que asolaba casi impunemente las fronteras andaluzas.

En efecto dueños los sarracenos de la importante plaza de Algeciras, se habian puesto sobre Gibraltar, cuya guarnicion hambrienta, desnuda y desprovista de todo por traicion de su alcaide Vasco Perez de Meyra, no era posible que resistiese largo tiempo. Diariamente llegaban avisos de hallarse cada vez mas apurada: el rey prometia marchar inmediatamente en su socorro; pero no se atrevia á dejar á Castilla espuesta á los estragos con que la amenazaban Don Juan Manuel y los demas rebeldes. Determinóse finalmente á partir en tiempo en que ya la plaza habia caido en manos de los sitiadores. Su reconquista no se presentaba fácil, porque los moros que la guarnecian aparecian resueltos á defenderla con el mayor denuedo; pero esta misma resistencia empeñó mas el valor de Don Alonso, y se emprendió el asedio con el mayor ardor. Caian los muros al impulso de las máquinas; dábanse repetidos asaltos, que rechazaban los sitiados con valor, y la plaza abierta por varias partes hubiera tenido finalmente que rendirse, si la hambre y la desercion no hubieran puesto el campo castellano en el mayor conflicto. Por fortuna la proximidad del invierno, y mas que todo quizas las turbulencias que empezaban á agitar el reino de Granada, obligaron á los moros á hacer proposiciones de paz; y el rey de Castilla, noticioso tambien de los inmensos daños que durante su ausencia ocasionaban los sediciosos en su reino, hubo de aceptarlas, y abandonar un sitio que no podia continuar sin imprudencia. Presentóse en Castilla resuelto á acabar de una vez con la raza inquieta, que con mengua de su autoridad traia desde tanto tiempo Jividos los pueblos; y aterrados los rebeldes con los ejemplares castigos que sufrían los sediciosos que podia haber á las manos, desamparados



de sus mas poderosos parciales, prófugos delante de un príncipe irritado, que les iba despojando de las plazas y fortalezas que les servian de abrigo para ejercer impunemente sus iniquidades, sin asilo, y espuestos noche y dia á caer en su poder de un momento á otro, trataron de dejar las armas, y abandonando sus proyectos ambiciosos encomendarse á la bondad de Don Alonso bajo las correspondientes seguridades. No les salieron fallidas sus esperanzas: el rey, desentendiéndose generosamente de los agravios recibidos cuando se le presentaba mas fácil la venganza, y aparentando creer arrepentimiento lo que solo era efecto de la fuerza, no solo oyó con gusto sus pacíficas proposiciones, sino que concediendo un general indulto los recibió benignamente en su servicio.

Restablecida la tranquilidad interior de Castilla, así por la reduccion de estos rebeldes, como por la voluntaria renuncia que habia hecho anteriormente Don Alonso de la Cerda de todos sus derechos á la corona, dirigió el rey sus armas contra las fronteras de Portugal para tomar satisfaccion de la guerra que le habia movido el portugues en el año anterior, tomando la demanda por los caballeros rebeldes. El saqueo de sus campiñas y de un sinnúmero de pueblos, y mas que todo la sangrienta batalla que en las aguas del Océano ganó la armada castellana á las órdenes del almirante Don Alonso Jofré Tenorio sobre la escuadra portuguesa, le dejaron tan escarmentado, que hubo de solicitar un armisticio. Otorgóle Don Alonso de Castilla por respetos del papa y del rey de Francia, que habian mediado con empeño en la reconciliacion; y como por otra parte corrian voces de que el rey de Marruecos prevenia á toda priesa una poderosa escuadra para renovar la guerra de Granada, era temeridad empeñarse tenazmente contra una potencia, cuya amistad podia serle muy útil en aquellas circunstancias.

En efecto, la paz ajustada en el sitio de Gibraltar era mas bien una tregua, que debia espirar á los cuatro años; y habiéndose concluido, Albohacen, que se habia propuesto nada ménos que reconquistar toda la España, hacia formidables aprestos de galeras y tropas, que pasando el estrecho, eran recibidas con el mayor júbilo por el moro granadino. Era muy oportuno interceptar esta comunicacion; y los reyes de Aragon y Castilla, que tenian igual interes en desconcertar los designios de su enemigo comun, reunieron sus escuadras, y las apostaron al paso. Quedaron por este medio como bloqueados los mahometanos que habian desembarcado, pues tenian á la frente un ejército de tierra inferior en número, pero formidable por el esfuerzo de los tercios que le componian. Empezáronse las hostilidades por pequeños combates, en que fueron siempre batidos los sarracenos; desuerte que Abomelic, hijo de Albohacen, y general encargado de la espedicion, creyó necesario hacer una salida, que escarmentando á los cristianos les llenase de terror. Movió sus numerosas huestes hácia los campos

de Jerez, amenazando apoderarse de Alcalá de los Gazules, y jurando no dejar en toda la frontera un solo cristiano. Supo que en la plaza de Lebrija habia un considerable acopio de víveres para abastecer al ejército enemigo; y resolvió desde luego apoderarse de ellos á viva fuerza, destinándolos á remediar la escasez á que la falta de comunicacion con el Africa y el crecido número de gentes sobrevenidas habian reducido las plazas de Gibraltar, Algeciras y otras muchas fortalezas. Mil y quinientos caballos le parecieron fuerzas mas que suficientes para la empresa: los despachó, y contando con la victoria, *determinó esperar su regreso, reduciendo sus marchas, y entreteniendo á sus tropas en el robo de las campiñas y alquerías comarcanas*; pero luego que tuvo aviso del proyecto el alcaide de Tarifa Don Fernando Perez Portocarrero, convocó las gentes y mesnadas de los adelantados de aquel distrito, y defendió la villa con tal denuedo, que los moros hubieron de retroceder vergonzosamente hácia Jerez, aunque llevándose de paso un crecido número de ganados. Ni aun esta ventaja quiso permitirles el valiente Portocarrero; y reforzada su pequeña tropa con nuevos tercios, que á su voz acudieron de Utrera y de Sevilla, les siguió el alcance noche y día, consiguió cortarlos, y los embistió con tal furia, que quedaron casi todos tendidos en el campo.

Alentado con esta victoria el ejército castellano, resolvió medir sus fuerzas con el mismo Abomelic: se puso en marcha, y alcanzándole en la vega de Pagana, cerca del rio Patute, sorprendió su campo al amanecer, acometió con denuedo, y se empeñó el combate *con quinientos ginetes sarracenos, que despertaron á los gritos de Santiago, Santiago*. No es posible adivinar la causa del descuido que reinaba en el cuartel de Abomelic: parecia natural que la gritería de los combatientes, el ruido de las armas, y los lamentos de los heridos hubiesen alarmado inmediatamente todo el campo; pero en tanto que parecia aquel corto número de bravos guerreros, dormian los demas tranquilamente en los brazos de la confianza. A breve tiempo quedaron hechos pedazos los moros que sostenian el combate, entraron los castellanos en el real enemigo sin la menor oposicion, mataron, destrozaron, redujeron á cenizas cuanto se les opuso; y mal despiertos los moros, corrian aquí y allí despavoridos para encontrar con las lanzas y cuchillas de sus vencedores. Huyeron á Algeciras y montes comarcanos los que pudieron, y á poco tiempo se encontró Abomelic desamparado de todos los suyos, sin caballo para ponerse en salvo, y cubierto de heridas. La maleza de un arroyo vecino le ofreció un asilo contra la esclavitud y la muerte, que le rodeaban por todas partes: arrojóse en ella como muerto, pues la sangre y el polvo de que estaba cubierto aseguraban en cierto modo la ficcion; mas sin embargo, uno de los castellanos empeñados en el alcance de los fugitivos se acercó por casualidad, y advirtiendo que respiraba el que parecia muerto, le



atravesó con su lanza sin conocerle. Completóse la derrota con pérdida de diez mil sarracenos, y los pocos que lograron librarse de la carnicería, se creyeron muy dichosos en poder llevar á los suyos tan funesta nueva.

Inconsolable Albohacen por la muerte de su hijo y el desgraciado éxito de aquella jornada, determinó apresurar su partida, con ánimo resuelto de tomar una venganza terrible. Procuró sin embargo ántes de todo reforzar las plazas de Gibraltar y de Algeciras con nuevas tropas de refresco, que supieron burlar la vigilancia de los almirantes castellanos, y poco despues, noticioso de haberse retirado la escuadra aragonesa, por haber perdido á su jefe en una pequeña refriega, y seguro de que la castellana no estaba en disposicion de hacerle frente, por haber acabado las enfermedades con la mayor parte de su tripulacion, se hizo á la vela para España con ciento y cincuenta naves bien fuertes y equipadas, y al abrigo de la noche fondeó en Algeciras. Efectivamente, la armada castellana, compuesta de poco mas de veintisiete velas, hubiera intentado vanamente disputarle el paso; y conservando la ventajosa posicion que ocupaba en el estrecho, aguardaba resuelta á que la marroquí emprendiese pasar al Mediterráneo. Sin duda era este el mejor partido que podia tomarse, atendiendo á la desigualdad de las fuerzas; pero el almirante Jofré, vilmente calumniado ante el rey de haber dejado pasar la escuadra enemiga pudiendo impedirlo, se vió obligado á variar de plan, y á emprender una accion temeraria, que aun á riesgo de su vida volviese por su mancillado honor.

Partió pues contra los bajeles enemigos, y seguido de algunos pocos suyos, acometió como un desesperado; pero las galeras castellanas, no pudiendo sostener por largo tiempo tan desigual combate, fueron abordadas ó echadas á pique, y á poco rato quedó la capitana luchando sola denodadamente contra cuatro marroquíes empeñadas en el abordage. Tres veces le intentaron, y otras tantas fueron rechazadas por el valiente Jofré y su animosa tropa, resuelta á vender bien cara su vida, hasta que por último, inmolados todos sobre la cubierta, se decidió la victoria á favor de los mahometanos.

La situacion del rey de Castilla era de las mas críticas. Sin escuadra que impidiese el tránsito de los moros, sin proporcion para construirla en tan breve tiempo como era necesario, y sin gente apenas para resistir á mas de doscientos mil africanos que habian logrado desembarcar en España, era casi inevitable la pérdida de toda la Península, si los príncipes españoles no aceleraban la reunion de sus fuerzas para la defensa comun. Despachó á todas partes mensajeros pidiendo socorro: dióse priesa á reparar algunas naves, que se habian librado del anterior desastre; y con el auxilio del rey de Portugal, del de Aragon, y quince galeras genovesas que tomó á su sueldo, consiguió apostar en el estrecho

una escuadra, si no muy numerosa, suficiente á lo menos para impedir se hiciesen los moros cada vez mas fuertes.

Entre tanto se habian puesto sobre Tarifa con numerosas tropas Albohacen y el rey de Granada, y empezaron á combatirla con tal furor, que hubiera tenido finalmente que rendirse, si no hubieran partido en su socorro los reyes de Castilla y Portugal con un ejército de doce mil infantes y ocho mil caballos. Inmediatamente levantaron el sitio los sarracenos, y resueltos á esperar á los cristianos, ocuparon un cerro inmediato, previniéndose al combate en tan ventajosa posicion. Corria entre los dos campos, separando los ejércitos, el pequeño rio del Salado, que era preciso vadear, á no ocupar un puentecillo resguardado por un destacamento de dos mil y quinientos caballos. Embistiéronle animosos con ochocientos hombres dos caballeros hermanos llamados Lasos de la Vega; y despues de ponerle en fuga, franquearon el paso á las demas tropas, empezándose la pelea por ambas partes con el mayor encarnizamiento y porfía. Un pequeño destacamento de cristianos, que se separó de la batalla, dando vuelta á unas colinas, se arrojó impetuosamente sobre el cuartel de Albohacen; y aterrados los moros que le custodiaban, huyeron precipitadamente hácia Tarifa. Salió á este tiempo la guarnicion de la plaza, los acometió con denuedo, y quedaron hechos pedazos. El rey de Castilla, dejándose caer sobre el ala derecha de Albohacen, y cogiéndola por el flanco, la desordenó; y los fugitivos, presurosos por guarecerse en los reales, cayeron bajo la cuchilla de los cristianos, que despues de haberlos ocupado bajaban por el cerro precedidos de la muerte, del espanto, y del horror. Transformóse la batalla en sangrienta carnicería de los mahometanos: doscientos mil quedaron en el puesto; y esclavos los demas ó fugitivos, abandonaron al vencedor el campo de batalla, cubierto de cadáveres y de inmensas riquezas. Esta famosa batalla, comparable por muchas circunstancias con la de las Navas, y en que, segun se dice, solo perecieron quince ó veinte cristianos, se refiere al año de 1340; y á ella se siguió poco despues la conquista de varias fortalezas y plazas importantes, como Alcalá la Real, Priego, Benamejí y Algeciras.

1340.

Es memorable el sitio de esta última plaza, así por haberle precedido otra nueva victoria naval conseguida por la armada castellana, como porque durante él se introdujo el servicio de la alcabala, temporal en su principio, y que despues se ha radicado perpetuamente á favor de la corona de Castilla; por haberse advertido por primera vez el uso de la pólvora ó de cosa semejante á sus terribles efectos; y finalmente, por haber proporcionado á Don Alonso una ventajosa tregua de diez y ocho años con los mahometanos, quedando obligado el granadino á satisfacer anualmente un tributo de doce mil doblas de oro.



Por algun tiempo disfrutó Castilla de los beneficios de la paz. Escarmentados los moros con las repetidas quiebras padecidas, guardaban religiosamente la fe de sus tratados; y aunque no perdía de vista Don Alonso la conquista de la plaza de Gibraltar, que siendo la llave del estrecho, mantenía con el Africa una comunicacion muy peligrosa para España, mientras permaneciese en poder de los sarracenos el reino de Granada, la guerra última, y sobre todo el obstinado sitio de Algeciras, habian dejado los pueblos tan exhaustos de caudales y soldados, que en vano se hubiera querido intentar impresa alguna. Presentóse no obstante una favorable coyuntura, y Don Alonso resolvió no desperdiciarla. La sublevacion de uno de los hijos de Albohacen habia puesto en combustion el reino de Marruecos; y Albohacen, precisado á defender sus derechos y su vida contra un poderoso partido, no podia prudentemente dividir sus fuerzas estenuadas, por socorrer á su aliado el granadino. Don Alonso reunió las tropas y naves que le fué posible, y se presentó delante de Gibraltar, que á pesar de lo bien pertrechada y abastecida que se hallaba, hubiera caido finalmente en sus manos, si el voraz contagio que se declaró en el campo castellano no hubiese malogrado las oportunas disposiciones adoptadas para conseguirlo. Persuadiéronle á que se retirase y levantase el sitio; pero el rey, superior al inminente riesgo que le rodeaba por todas partes, prefirió la muerte, que le sobrevino poco tiempo despues, al menoscabo de su reputacion; y el ejército castellano, casi del todo arruinado por la peste, hubo finalmente de levantar el campo y retirarse.

## LIBRO SÉPTIMO.

Muerte del rey Don Alonso. — Pedro; horribles coloridos con que le retrata la historia.—Muerte de Doña Leonor de Guzman; temores de su hijo el conde Don Enrique.—Descontento de la nobleza; sublevacion de Don Juan Nuñez de Lara; venganza del rey.—Asesinato del adelantado de Castilla Garcilaso de la Vega. — Proyecta Alburquerque la abolicion de las behetrías, pero se oponen las córtes de Valladolid.—Reconciliacion del rey con su hermano Don Enrique. —Amores de Don Pedro con Doña María de Padilla; llegada de su prometida esposa la princesa Doña Blanca de Borbon; disgusto del rey; su matrimonio. — Caída de Alburquerque; su persecucion.—Nuevos amores con Doña Juana de Castro; segundo matrimonio del rey con esta dama; su inconstancia.—Confederacion del conde Don Enrique y sus hermanos con Don Juan Alonso de Alburquerque.—Lealtad de los caballeros toledanos; se refugia el rey en Tordesillas.—Los coligados exigen de Don Pedro la remocion de la Padilla, y el restablecimiento de Doña Blanca; el rey los engaña.—Consiguen apoderarse del rey. — Disuélvese la liga por la astucia de Don Pedro. — Crueldades de Don Pedro despues de ocupada Toledo; sitio de Toro; fuga de Don Enrique.—Toro se rinde; nuevas crueldades de Don Pedro.—Osadía de un almirante aragones; rompimiento con el rey de Aragon.—Nuevos rasgos de crueldad de Don Pedro; asesinatos de su hermano Don Fadrique, y del infante de Aragon Don Juan. — Renuévase la guerra de Aragon. — Pintura lamentable de la decadencia del imperio de los mahometanos; discordias intestinas entre los moros de Granada. — Muerte de Doña Maria de Padilla; dolor del rey, quien la reconoce por su legitima consorte.—Resuelve Don Pedro la muerte de la infeliz Doña Blanca. —Guerra de Granada; generosidad aparente de Alamar; propone la paz bajo condiciones bastante razonables; perfidia y crueldad de Don Pedro. —Nuevo rompimiento con Aragon. — Concibe Don Enrique el proyecto de apoderarse de la corona; felicidad de las primeras tentativas; es proclamado en Calahorra. — Cobardía y fuga precipitada de Don Pedro; Búrgos, absuelta por este del juramento de fidelidad, reconoce y corona á Don Enrique. — Logra por fin Don Enrique hacerse dueño de ambas Castillas.—Persigue Don Enrique á su hermano hasta obligarle á salir de España.—Horrible correspondencia de Don Pedro; la conquista de las Andalucías deja á Don Enrique dueño de todos los dominios de su hermano; le pierde su nimia confianza.—Don Pedro consigue interesar en su desgracia al rey de Inglaterra; batalla de Nájera que pierde Don Enrique con el reino.—Declárase la Francia en favor de Don Enrique, y franquea socorros.—La inhumanidad de Don Pedro reanima el partido de Don Enrique.—Preséntase de nuevo Don Enrique en Castilla, que le recibe con entusiasmo.—Intenta huirse Don Pedro; astucia y lealtad de Beltran Claquin; cae Don Pedro en poder de su hermano, quien le mata á puñaladas.—Enrique II el rey de Portugal se declara su competidor.—Nuevo competidor de Don Enrique en el duque de Alincastre.—Triunfa Don Enrique de todos sus enemigos.—Muerte de Don Enrique, saludables advertencias que dejó á su hijo.—Juan I; vuelven á las armas el de Alancastre y el de Portugal.—Progresos de Don Juan contra el ejército coligado.—Muerte de la reina de Castilla; matrimonio de Don Juan con la infanta Doña Beatriz de Portugal. — Muerte del rey de Portugal; niéganse los portugueses á reconocer por su sucesora á la infanta Doña Beatriz, y proclaman al maestro de Avis.—Memorable y desgraciada batalla de Aljubarrota, peligrosas consecuencias de esta derrota. — Desastrada muerte del rey Don Juan. — Enrique III el Enfermo; agitaciones de Castilla durante su menor edad. — Fabulosa anécdota que se refiere del rey Don Enrique.



1350. Murió el rey Don Alonso en 27 de marzo de 1350, y es lástima que un príncipe tan digno hubiese oscurecido la brillante carrera de sus días con una vergonzosa pasión, que solamente la muerte pudo desvanecer. Sorprendido su joven y tierno corazón por la belleza de Doña Leonor de Guzmán, dama sevillana tan hermosa como noble, viuda en la edad de diez y ocho años de Don Juan de Velasco, é indiferente Don Alonso á las prudentes amonestaciones con que varias personas respetables procuraban atajar las consecuencias de un trato escandaloso, parecia que solo habia nacido, y que solo existia para amar á su Leonor. Nueve hijos por lo ménos y una hija fueron el fruto de este amor de nueve años. Algunos de ellos murieron poco despues de ver la luz : otros fueron víctimas de la crueldad del rey Don Pedro, salvándose únicamente el famoso Don Enrique, conde de Trastamara, que con la muerte de Don Pedro vengó despues las de sus hermanos, y se ciñó la corona de Castilla.

Como de su legítima muger Doña María de Portugal solo habia dejado Don Alonso un hijo, que á la sazón contaba quince años, este fué inmediatamente reconocido y jurado por el reino. Llamábase Don Pedro, único de este nombre entre los monarcas castellanos, y único tambien, según parece, en la crueldad y tiranía. Bien quisiéramos ocultar bajo un velo impenetrable los horrores que ennegrecen la memoria de un príncipe, harto desgraciado en no haber sabido conservar con el trono el aprecio de sus pueblos ; pero entregado á la execración general por todos sus contemporáneos, escrita su historia con caracteres de sangre, y débilmente defendida su inocencia y justificación por un cortísimo número de apologistas, ¿cómo podremos dejar de presentar el cuadro horrible de sangrientas escenas, que tanto desfiguraron en el reinado de Don Pedro los augustos atributos de la magestad? Nos queda sin embargo el consuelo de creer que la mayor parte de los hechos, aunque ciertos en el fondo, quizá se habrán pintado siempre con los mas feos colores por el resentimiento y el espíritu de partido que todo lo exageran ; pues no debe perderse de vista que las memorias que nos han transmitido los historiadores de aquel príncipe han sido escritas en tiempo de su hermano Don Enrique y de sus sucesores, cuyo asesinato y usurpación recibian su apología de la exageración de los crímenes de su desgraciado antecesor. Por lo mismo, imparciales en medio de las acriminaciones y las apologías, espondremos sencillamente los sucesos mas generalmente contestados, sin coartar la libertad de revestirlos del colorido que á cada uno le parezca mas propio.

En efecto : Don Pedro subió al trono, y al momento empezó á hacerse temible. Los zelos y la ojeriza de la reina su madre señalaban la primera víctima ; y la infeliz Doña Leonor de Guzmán, arrastrada indignamente de prisión en prisión, y de fortaleza en

fortaleza, fué muerta en el alcázar de Talavera por haber amado á Don Alonso. Sin duda habia previsto esta señora la suerte que la amenazaba, pues creyendo ponerse á cubierto del odio de sus enemigos con una alianza poderosa, aceleró el tratado casamiento de su hijo Don Enrique con Doña Juana Manuel, hermana de Don Fernando, señor de Villena; pero este enlace, repugnado por los reyes, solo sirvió para apresurar su desgraciado fin, y obligar á Don Enrique á refugiarse en Asturias, huyendo de un pais en que no debia estar su vida muy segura. Se le buscaba con efecto para asesinarle, porque Don Juan Alonso de Alburquerque, que de ayo habia pasado á gran privado del rey, procuraba servirse diestramente de la animosidad de madre é hijo para irse deshaciendo poco á poco de cuantos pudieran hacerle sombra; y la casa de Don Fernando Manuel era bajo este respecto de las muy temibles.

Tan abominable conducta debió muy desde luego provocar el odio de las personas mas espuestas á los tiros del favorito. Los grandes del reino, demasiado ambiciosos de suyo para permitir que nadie ocupase el lugar distinguido á que ellos habian aspirado siempre, ¿ cómo podrian sufrir con resignacion una privanza de que torpemente se abusaba en su perjuicio? Don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, fué el primero que manifestó públicamente su resentimiento, retirándose á Castilla la Vieja, donde sus grandes propiedades le aseguraban la proporcion de hacerse fuerte, y sublevar la tierra; pero murió al principio de sus preparativos, y el mal aconsejado rey, como si no hubiese otro medio de atajar las consecuencias de los abusos del poder, resolvió apoderarse de todos sus estados: resolucion que aunque se quisiera graduar de castigo de la rebellion de Lara, no podrá evitar los caracteres de injusta y tiránica, habiendo de ir acompañada del asesinato de un niño de tres años, hijo de Don Juan. Sin embargo se decretó su muerte, si bien la vigilancia y actividad de su nodriza, libertándole con una precipitada fuga del puñal asesino, salvó al niño la vida y al rey Don Pedro de un crimen tan horrible; pero su carácter vengativo necesitaba una víctima que inmolar á su furor. Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla é hijo del otro asesinado en Soria, sin mas proceso ni mas delito quizá que aparecer afecto á Don Juan Nuñez de Lara, fué muerto á mazadas en el mismo palacio real, y arrojado su cadáver á la calle pública. Corrianse toros á la sazón en Búrgos; y el rey, como si no fuese bastante criminal una justicia sin ir acompañada de un rasgo de barbarie, suponen que quiso disfrutar la horrible complacencia de ver hollados aquellos nobles y sangrientos despojos por el tropel de reses acosadas, y por los caballos de sus lidiadores. A poco tiempo falleció el hijo de Don Juan, y el monarca, aprisionando á dos hermanas niñas que dejaba, y engañando á sus vasallos, logró apoderarse del señorío de Vizcaya y demas estados.



El ejemplar de Don Juan Nuñez de Lara hizo conocer á Albuquerque la disposicion en que se hallaban los ánimos de la nobleza, y cuán efímero seria su imperio si no lograba imposibilitarla de intentar cualquiera novedad. Su poder era grande; la demasiado independiente movilidad de los pueblos de behetría le hacia mucho mas formidable, y era preciso descargar sobre este cuerpo privilegiado un golpe terrible, que reduciéndole á situacion mas precaria, consolidase al mismo tiempo la arbitrariedad del favorito. Creyó este conseguirlo, aboliendo de una vez para siempre las behetrías; pero como era indispensable manejar este asunto con la mayor delicadeza

1351. para que las córtés convocadas al intento en Valladolid por los años de 1351 entrasen sin repugnancia en el proyecto, se presentó el interes particular de Albuquerque mañosamente disfrazado con la máscara seductora de la quietud de los hijosdalgo, y la tranquilidad de los pueblos. El punto se discutió sin embargo con el mayor calor: las behetrías no se abolieron, porque la mayoría de los miembros de la asamblea llegó á penetrar quizá las miras del valido, y solamente salió decretado el casamiento del rey con Doña Blanca, hija segunda de Don Pedro, duque de Borbon, enlazado con la esclarecida sangre real de Francia.

En tanto que los mensajeros despachados á Paris con el objeto de pedir la mano de esta señora desempeñaban su honrosa comision, se avistó el rey en Ciudad Rodrigo con su abuelo Don Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acogido Don Enrique. Procuró el respetable monarca reconciliar á los dos hermanos, y lo consiguió: pero el agradecimiento de Don Enrique fué retirarse al principado de Asturias, alistar gente de guerra, pertrechar algunas plazas, y hacerse fuerte en Gijon. Don Pedro acudió inmediatamente con algunas tropas, y como nadie se atreviese á hacerle frente, consiguieron todos su perdon con su espontáneo rendimiento.

Acompañábale en esta jornada su favorecido Albuquerque, quien para cautivar mejor su corazon con uno de los servicios que más pueden lisonjear á un jóven, le presentó en Sahagun una doncella de su muger, llamada Doña María, hija de Don Diego García de Padilla y de Doña María Hinestrosa, señores de Villagera. La hermosura de esta dama dejó á Don Pedro sin arbitrio para defenderse del atractivo de sus gracias. Conoció fácilmente que era amado; y enrobustecida su pasion con la correspondencia, se abandonó á ella sin respeto á las costumbres. Revocó, segun parece, los poderes dados á los embajadores despachados á Paris; hay quien dice que se casó ocultamente con el idolatrado objeto de sus amores; pero ó no hubo tal revocacion, ó no llegó á tiempo. Como quiera, los embajadores llegaron á Valladolid con la princesa á tiempo que el rey se hallaba en Torrijos, todo entregado al placer de verse reproducido en una hija que acababa de dar á luz Doña

María de Padilla. Fácilmente se comprende el disgusto que le ocasionaria la noticia de la llegada de Doña Blanca. No la amaba, ni el estado de su corazón le permitía escuchar con docilidad las persuasiones de la prudencia; y por otra parte no veía en la princesa sino un objeto importuno, que venía á perturbar la felicidad que disfrutaba en los brazos de su querida. Sin embargo, los parientes de Doña María empezaban á tener con el rey un valimiento incompatible con la privanza de Alburquerque: la escena iba á cambiarse de un instante á otro, si el zeloso favorito no entorpecía la acción de las causas que apresuraban la ruina de que se veía amenazado. No era Doña María, como había creído en algún tiempo, un móvil destinado únicamente á obedecer el impulso que le quisiera dar su ambición, pero como enagenándole el corazón del rey, quedaban sus parientes sin apoyo, no podía haber llegado Doña Blanca en una ocasión mas favorable para Alburquerque. Las consideraciones debidas á la princesa, la palabra real empeñada, el resentimiento que debía temerse de la Francia, y por último la pérdida de su riquísima dote, eran otras tantas razones que manejadas diestramente, era casi imposible que no surtiesen buen efecto. Habló pues el privado, cedió el rey, y se celebró el matrimonio en Valladolid con la mayor solemnidad; sin embargo como el amor no había presidido á este himeneo, Don Pedro abandonó á Doña Blanca á los dos dias, y voló á los brazos de su amada, que había quedado en el castillo de la Puebla de Montalban. Los mismos parientes de Doña María no pudieron ménos de afearle una resolución tan chocante como injusta, y consiguieron reducirle á que volviese á Valladolid, y no desairase tan pronto á su nueva esposa; pero como si no le fuese posible vivir mas de dos dias al lado de esta, la abandonó de nuevo, y resuelto á no verla jamas, mandó que fuese arrestada en Arévalo.

La ruina de Don Juan Alonso de Alburquerque se completó por fin: fueron desposeidos todos sus hechuras de los respectivos empleos que ocupaban en la casa real, y reemplazados por los parientes de Doña María de Padilla. Es preciso no obstante confesar en honor de la razón y de la verdad, que estos favores, aunque lisonjeros á esta dama, léjos de ser solicitados, eran quizá desaprobados en secreto por ella misma. Su corazón pacífico y benigno repugnaba la conducta violenta del rey; pero no supo ó no pudo contenerla siempre. Como quiera, Don Juan Alonso de Alburquerque, desgraciado con el monarca, vivamente perseguido, y prófugo de castillo en castillo, hubo de poner su vida á cubierto dentro de las fronteras de Portugal. El rey en despique se apoderó de algunos de sus pueblos; y no pudiendo vencer la obstinada resistencia de las fortalezas de Alburquerque y Cobdesera, dejó en Badajoz por fronteros contra dichas plazas á sus hermanos Don Enrique y Don Fadrique, y á Don Juan de Padilla, hermano de



Doña María, con el competente número de tropas, y regresó á Castilla, donde le llamaba otra nueva pasión.

El carácter duro y arrebatado de Don Pedro, aunque suavizado algun tanto por el amor, no era posible que depusiese toda su fiereza ni aun á los pies de su querida. Debieron mediar algunos desabrimientos, porque Doña María, á pesar de todo su cariño, resolvió retirarse á un monasterio para acabar sus dias; y el rey, ó porque le duraba todavía el resentimiento, ó porque la belleza de Doña Juana de Castro habia entibiado su pasión, consintió sin repugnancia en una resolución, que le hubiera llenado de dolor en otros tiempos. Pero Doña Juana, dama de ilustre sangre, y viuda de Don Diego de Haro, señor que habia sido de Vizcaya, no podia admitir su amor sino con la calidad de esposa. El matrimonio del rey con Doña Blanca era un impedimento; y así era preciso ó romperle, ó renunciar á la posesion de Doña Juana mientras viviese la legítima esposa. El rey sin embargo halló un medio espedito para salir del embarazo, procurando persuadir á la dama que su matrimonio habia sido nulo como contrario á su voluntad; y declarándole tambien libre de aquel vínculo los obispos de Avila y de Salamanca, ¿cómo podria prudentemente la alucinada señora resistir por mas tiempo á las pretensiones de un amante que le ofrecia con su mano al trono? Casáronse en efecto en la villa de Cuellar; pero, ó porque el fastidio sucedió inmediatamente á los trasportes de la pasión, ó porque la presencia del rey era muy necesaria en otra parte, el matrimonio solo duró veinticuatro horas; y Doña Juana, abandonada el dia siguiente, hubo de contentarse con la villa de Dueñas, que le cedió su fementido esposo, y con el vano dictado de reina de Castilla, de que á pesar del rey usó toda su vida.

Entre tanto, aprovechándose de la ausencia de Don Pedro, se confederaron con Don Juan Alonso de Alburquerque, Don Enrique, Don Fadrique, y los demas caballeros que habian quedado en Badajoz. Restablecer á Doña Blanca en el estado correspondiente á su dignidad y virtudes, y resistir á las violencias del rey, eran los pretextos especiosos de la liga; pero los verdaderos objetos de este movimiento eran remover á los Padillas, dejándolos sin influjo, ocupar su lugar, y vengarse al mismo tiempo de algunos agravios recibidos. Súpolo el rey en el mismo dia de su matrimonio con Doña Juana por Don Juan de Padilla, que logró huirse de la prision en que le pusieron los confederados. Partió el rey inmediatamente á Toro; y para precaver cualquier acontecimiento, mandó trasladar á la reina desde Arévalo al alcázar de Toledo.

Los caballeros toledanos, compadecidos de esta desgraciada señora, quisieron suavizar en el modo posible los rigores de su suerte, haciendo que el alcázar destinado para su prision le ofreciese un seguro asilo que protegiese su inocencia, y llamando en su

defensa á los infantes Don Enrique, Don Fadrique y Don Tello, á los infantes de Aragon Don Fernando y Don Juan, al agraviado Don Fernando de Castro, hermano de la burlada Doña Juana, á Don Juan de la Cerda, y á Don Juan Alonso de Alburquerque. Las ciudades de Cuenca, Talavera, Córdoba, Jaen, Ubeda y Baeza, tomaron inmediatamente la voz de Toledo para amparar á Doña Blanca; y de las fuerzas reunidas de esta liga llegó á formarse un ejército de seis mil caballos, y un crecido número de peones, que siendo muy superior al que podia presentar el rey, le obligó á refugiarse en la fortaleza de Tordesillas.

Probaron sin embargo á reducirle por medios suaves; y como la Padilla, léjos de llevar á efecto sus proyectos de retirarse á un claustro, habia recobrado el ascendiente que tenia sobre su corazon, le ofrecieron que si la alejaba de sí, si removia á todos sus parientes, y haciendo justicia al mérito de Doña Blanca, la restablecia en el goce de los derechos que le conferia su calidad de reina y legítima consorte, todos aquellos caballeros, prontos á esgrimir sus aceros y derramar su sangre en la defensa de tan justa causa, depondrian inmediatamente las armas, y continuarian sirviéndole con la mayor fidelidad. La reina madre, creyéndolos de buena fe, animados de las sanas intenciones que manifestaban, se declaró por su partido, y los hizo dueños de la ciudad de Toro; pero el rey, que no se hallaba en disposicion de otorgar ni repugnar cosa alguna, procuraba entretenerlos con esperanzas, dando tiempo á que entibiada con la dilacion su fogosidad, y debilitada la liga con la separacion de los que lisonjeaba con sus promesas seductoras, pudiese dar un golpe seguro y decisivo.

Debieron conocerlo finalmente; y para desconcertar sus proyectos, con pretexto de transigir mejor las diferencias, lograron hacerle pasar á Toro, donde con una accion precipitada é imprudente hicieron mas difícil la composicion. Todos los Padillas fueron desposeidos de sus empleos, y reemplazados por caballeros de la faccion opuesta: en presencia del rey mismo fueron ignominiosamente presos algunos criados de su confianza; y el monarca de Castilla, poco ménos que detenido en su posada, y rodeado de gentes que le eran sospechosas, apénas tenia proporcion para oír ni hablar á nadie. Cansóse por último de una prision tan vergonzosa; y aprovechándose de la libertad que le permitian para salir á caza, se huyó una mañana muy nublada con doscientos ginetes que pudieron seguirle, y tomó el camino de Segovia.

Inmediatamente se le reunieron los infantes de Aragon, y aquellos caballeros que habia podido seducir con sus mercedes y promesas; y los demas que habian quedado en Toro, sobrecogidos con la noticia de los grandes preparativos que hacia Don Pedro para sujetarlos, solamente pensaron en salvarse huyendo. Don Fadrique se retiró á Talavera, que estaba á su devocion; Don



Tello pasó á Vizcaya ; Don Fernando de Castro se refugió á Galicia, y de toda aquella formidable coalicion solo quedaron unas miserables reliquias á las órdenes del conde Don Enrique, y de la reina madre. Rechazaron sin embargo con denuedo los ataques del irritado monarca ; pero hubiera sido infructuosa su resistencia, á no haber ocurrido un acontecimiento, que llamó la atencion á Don Pedro. Hervia en facciones la ciudad de Toledo, pues de los caballeros que la defendian habia algunos tan cobardes, que temiendo la inminente venganza del rey, votaban por una espontánea rendicion ; otros que amaban á Doña Blanca, y confiaban en su valor mas que en el perdon que pudiesen obtener, se hallaban resueltos á perecer en la demanda ; y no faltaban algunos mas prudentes y ménos arrestados que opinaban por una capitulacion. Toledo en estas circunstancias era del primero que se presentase, y su ocupacion era tan importante, que no dudó Don Pedro en abandonar á Toro por embestir á Toledo. El conde Don Enrique, previendo el riesgo que amenazaba á su hermano Don Fadrique, refugiado con su gente en Talavera, partió inmediatamente en su socorro, unieron sus tercios, y aprovechándose de la detencion del rey en Torrijos, se presentaron delante de Toledo con ánimo de hacerse fuertes en esta plaza casi inespugnable. No se les permitió la entrada á pretexto de hallarse pendientes ciertas negociaciones de paz con el rey ; pero mal satisfechos de la excusa, dieron vuelta á la ciudad, entraron en ella por el puente de Alcántara, guardado por parciales suyos, é hicieron una matanza horrible en los que se habian opuesto á su entrada. Presentóse el rey al dia siguiente por la parte opuesta, y aunque le disputaron el paso los dos hermanos con el mayor denuedo, últimamente, creyéndose mal seguros en una ciudad, que el temor y su venganza sanguinaria habian hecho toda de su enemigo, tuvieron que ceder, y retirarse á Talavera por donde habian entrado.

Dueño de Toledo empezó el rey á esgrimir su resentimiento contra los que habian favorecido á los de la liga : perecieron muchas personas de todas clases ; y dicen que su cólera llegó al extremo de hacerle insensible á los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad. A sus pies se arrojó un afligido jóven de diez y ocho años, hijo de un octogenario platero, comprendido en el número de los proscriptos : peligraba la vida de su anciano padre, cuyos breves dias le eran aun mas preciosos que los suyos propios : clamó, gimió, suplicó é imploró la bondad del rey para obtener, no el perdon de su infeliz padre, sino la gracia de morir en su lugar ; y tan generoso rasgo de piedad filial solo pudo interesarle para condescender en tan horrible trueque.

Restablecida en Toledo la tranquilidad por medio del terror, volvió el rey contra Toro, adonde se habian refugiado nuevamente sus hermanos. La oportuna combinacion de los planes de ataque

redujo en breve tiempo la ciudad á tal apuro, que Don Enrique, creyendo inevitable su rendicion, partió á Galicia bajo un pretesto especioso; aunque en realidad, huyendo de caer en manos del rey, cuyo enojo habia provocado tantas veces. La escasez de vituallas hacia cada dia mas penosa la situacion de los habitantes: continuamente se pasaban muchos al cuartel de los sitiadores; y por último trataron secretamente algunos de abrir al rey las puertas de la ciudad. Don Fadrique tuvo la fortuna de saberlo con tiempo, y la precaucion de solicitar y obtener el perdon del vencedor, quien dueño con efecto de Toro por medio de aquel tratado secreto, dejó en los ejemplares castigos que hizo ejecutar una memoria indeleble de severidad y de dolor. La reina madre, no pudiendo soportar escenas tan sangrientas, se pasó á Portugal; y Doña Juana Manuel, muger de Don Enrique, sumergida en una estrecha prision, debió su libertad únicamente al favor y astucia de un caballero, amigo de su marido.

No podia haber escogido el rey un medio mas eficaz que el terror para sujetar á los rebeldes. Las sangrientas ejecuciones de Toledo y Toro habian llenado de consternacion á todos, y el que no deponia las armas *inmediatamente*, solicitaba con ansia el seguro del rey para volver á su servicio. Así lo hizo Don Tello desde Vizcaya, donde se habia refugiado; y el rey, que nada deseaba tanto como ver reunidos bajo su poder á todos los hermanos para deshacerse mas fácilmente de ellos, le concedió el seguro que solicitaba, sintiendo solo la demora que por la distancia era indispensable. Don Tello, sin embargo, conociendo ó sospechando por lo ménos la red que se le tendia, difirió todo lo que pudo el presentarse; pero solo un imprevisto accidente pudo libertar por el pronto á Don Fadrique de las asechanzas del rey su hermano.

Hallábase este divertido con la pesca de los atunes en las almadras del Puerto de Santa María, á tiempo que arribó para tomar refrescos una escuadra aragonesa, destinada al socorro de la Francia contra Inglaterra. Encontró surtos en la rada dos barcos placentinos cargados de aceite para Alejandría; y sin respetar la neutralidad del puerto, los apresó, á pretesto de que así ellos como su cargamento pertenecian á genoveses, enemigos de Aragon. Reclamó el rey de Castilla esta violacion del derecho de gentes, mandó al almirante aragones que restituyese la presa; y por último le intimó, que hallándose resuelto á no tolerar un insulto de esta naturaleza, ó se le daba una satisfaccion competente, ó la prision y embargo de bienes seria la suerte de cuantos comerciantes catalanes hubiera á la sazón en Sevilla. El almirante, sin dar oidos á tan justas reclamaciones, se hizo á la vela para su destino: llevó á efecto su amenaza el ofendido castellano; y persuadido á que semejante desacato no podria haberse cometido sin consentimiento de su señor, le pidió una satisfaccion. Negóse á dársela el monarca



aragones, así porque no tenia parte en el hecho de su almirante, como porque la tropelia cometida por Don Pedro con unos súbditos suyos le conferia un derecho mas fundado quizá para exigirla, de suerte, que de quejas en quejas, y de reconvenções en reconvenções, vinieron á un absoluto rompimiento. El aragones se hallaba á la sazón empeñado en la reduccion de Cerdeña, y por consiguiente con ménos proporcion para resistir al castellano; pero mas político y astuto que este, procuró enrobustecer su ejército, atrayendo á su servicio al conde Don Enrique, y demas caballeros que se decian agraviados, y se hallaban fugitivos de Castilla, y dividir las fuerzas de su enemigo, suscitando rebeliones en varios puntos de sus estados. A pesar de sus intrigas, la guerra se empezó con tan mal suceso por su parte, que á no ser por la tregua ajustada á mediacion de un legado despachado por el papa, se hubiera quizá visto precisado á comprar la paz con poco ventajosas condiciones.

Entre tanto el rey de Castilla, léjos de aprovecharse de la tregua para apercibirse y continuar con mas ardor la guerra, parece que solo trataba de conciliarse el odio general de los pueblos, y debilitar el nervio de sus fuerzas, asesinando á una multitud de caballeros, cuyo poder debia serle muy útil en aquellas circunstancias. Quizá le sobrarian motivos para mirar á todos con desconfianza; pero ni era aquella la ocasion oportuna de castigar sus desafueros, ni el modo de vengar los ultrajes de su autoridad debia llevar impresos los caractéres de injusticia y de tiranía. Entre las miserables víctimas inmoladas á su resentimiento y encono, fueron los principales su hermano Don Fadrique, y el infante de Aragon Don Juan. El primero, mas confiado de lo que debiera en la sospechosa amistad que el rey le manifestaba, y en los servicios que acababa de hacerle en la última guerra, fué muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla. El segundo, hecho juguete de la superchería de Don Pedro, y vilmente engañado con mentidas promesas, sufrió la misma suerte en Bilbao, y aun Don Tello no se hubiera librado de su saña, á no haber burlado su diligencia con una fuga sumamente precipitada.

De tan sangrientas ejecuciones solo pudo distraerle la noticia de haberse renovado las hostilidades. El conde Don Enrique, sumamente irritado, y ardiendo en deseos de vengar la desastrada muerte de su hermano, rompió furiosamente por la comarca de Soria; y el infante Don Fernando de Aragon, que desde el principio de la guerra habia abandonado á Don Pedro, y tampoco podia mirar con indiferencia el asesinato de su hermano Don Juan, entró por el reino de Murcia con el mayor encarnizamiento. La guerra se emprendió nuevamente por mar y tierra con ardor, y con sucesos varios por ambas partes: fueron infructuosas todas las negociaciones de un nuevo legado pontificio para restablecer la paz,

porque ni Don Pedro la deseaba, ni el aragones se hallaba en situacion de admitirla con las irritantes condiciones que le proponia su competidor; pero últimamente, despues de una larga serie de escaramuzas, despojos y recíprocas hostilidades, sin que ninguna de las dos potencias se aventurase á una accion decisiva, la política del aragones puso á Don Pedro de Castilla en la precision de acomodarse á un partido razonable, obligándose á restituir las plazas conquistadas en el discurso de la guerra, con tal que su contrario despidiese de sus reinos al conde Don Enrique, á Don Tello y Don Sancho, sus hermanos, y á los demas caballeros fugitivos de Castilla.

Hacia ya mucho tiempo que el imperio de los mahometanos españoles, despojado de toda la brillantez con que habia figurado en las revoluciones de la Península, apenas dejaba percibir entre sus ruinas algunas miserables reliquias del poder que le habia hecho tan formidable. Debilitado con tantos años de continua y desventajosa lucha con unos indomables habitantes, á quienes en vano habia procurado sujetar enteramente, se vió por fin hecho juguete de la preponderancia de algunos moros ambiciosos, que repartiendo entre sí los miserables restos de la soberanía despedazada, parece que solo se habian propuesto completar su destruccion. Al orden, á la regularidad uniforme, á la dulzura y equidad del sistema gubernativo, que en tiempos mas felices habian elevado esta monarquía al mas alto grado de esplendor, sucedieron el desórden, la confusion, la horrible anarquía, y nada mas comun en esta desgraciada época de su decadencia que las usurpaciones de la autoridad soberana en todos sus ramos, sostenidos por la opresion, la intriga, el soborno y las discordias intestinas. Mahomad Aben-Alamar, por sobrenombre el *Bermejo*, á la frente de una faccion poderosa, consiguió sentarse sobre el trono granadino, arrojando de él á Mahomad Lago, legítimo soberano, que le ocupaba á la sazón. Las relaciones de alianza y amistad que unian al destronado Lago con el rey Don Pedro de Castilla hicieron temer al usurpador el empeño con que este iba á tomar á su cargo la defensa de su amigo; y como en este caso necesitaba ponerse al abrigo de una alianza poderosa contra Don Pedro, de nadie podia esperar favor con mas seguridad, que de su enemigo el rey de Aragon. Este con efecto le prometió su proteccion; pero como no podia asistirle por el pronto con ningun socorro, por necesitar de todas sus fuerzas para sostener la guerra de Cerdeña y la de Castilla; y por otra parte deseaba ansiosamente hallar un medio, que sin manifestar debilidad pusiese fin á esta última, de la cual ninguna ventaja se prometia, persuadió astutamente á Aben-Alamar á que rompiese por las fronteras castellanas. Tuvo Don Pedro noticia de las disposiciones del moro, y precisado á acudir adonde podian ser mayores los perjuicios, hubo de aceptar la paz que se le propuso, y deponer la arrogancia con que anteriormente la habia resistido.



Retiró pues sus tropas de las fronteras de Aragon, y las hizo replegar hácia Sevilla con ánimo de castigar la insolencia de Alamar, y restablecer al desposeido Lago; pero hubo de hacer treguas con su resentimiento para entregarse al mas acerbo dolor por la muerte de Doña María de Padilla, acaecida en esta época. Su pasión, aun mas durable que el objeto que la habia encendido, le hizo prorumpir en demostraciones del mas vivo pesar. De órden suya vistieron un luto general todos los pueblos; y Doña María, á quien viva no se habia atrevido á considerar sino como una adorable amiga, fué despues de su fallecimiento elevada al rango de reina de Castilla, reconociéndola por su legítima consorte.

Este acontecimiento puso á Don Pedro en una situacion bastante crítica. Libre ya del objeto de sus amores, solo una aversion declarada, y por lo mismo tanto mas indisciplinable, podia mantenerle separado de Doña Blanca. El reino todo, sensible á las desgracias y virtudes de esta infeliz señora, habia manifestado siempre deseos de su reunion; y en el dia ningun especioso pretexto pudiera deslumbrarle. Pero Don Pedro la aborrecia; y esto era en su concepto suficiente motivo para no asentir al voto general de la nacion, y tomar una resolucion tiránica é injusta, que le desembarazase de un objeto, que entónces habia llegado á serle mas incómodo que nunca. Determinó su muerte; y por medio de un criado de su médico, se la envió en un veneno á Medinasidonia, donde se hallaba detenida la princesa bajo la custodia de Don Iñigo Ortiz de Zúñiga. Resistióse este noble caballero á intervenir en hecho tan detestable, é hizo dimision de sus cargos á los pies del rey; pero este, firme sin embargo en su abominable proyecto, comisionó á uno de sus ballesteros, que ménos delicado y mas cruel, desempeñó sin repugnancia ministerio tan bárbaro.

Crecian entre tanto los preparativos de Alamar; y Don Pedro, reforzado con cuatrocientos caballos que pudo reunir su amigo Lago, creyó que no debia diferir por mas tiempo su venganza. Rompieron sin oposicion los dos reyes coligados por las comarcas granadinas. Algunas pequeñas derrotas sufridas en varios encuentros hicieron conocer á Alamar la dificultad de resistirles, y procuró ganar á Don Pedro con aparentes demostraciones de generosidad. Restituyó la libertad á un gran número de caballeros distinguidos que habia hecho prisioneros; los devolvió á su soberano con un magnífico presente; y por último, viendo que no podia separarle del empeño de proteger á su enemigo, él mismo se presentó en la corte de Castilla, acompañado únicamente de la pequeña comitiva necesaria para la custodia de su persona, y convoyar los ricos dones con que deseaba comprar la paz. Fuese temor ó prudencia, sus proposiciones fueron bastante racionales, pues no exigia otra cosa de Don Pedro, sino que retirando sus tropas, dejase á los dos rivales en libertad para ventilar con las armas sus respecti-

vos derechos; y que en caso de hallarse absolutamente empeñado en restablecer sobre el trono á Mahomad, le permitiese á él retirarse á Berbería. La respuesta del rey fué un crimen horrible: treinta y cinco caballeros moros, pérfidamente sorprendidos por su órden en un banquete, y vilmente despojados de sus magníficos trages, fueron degollados en un campo destinado para el suplicio de los malhechores; y el imprudente Alamar, despues de inicua-mente ultrajado y escarnecido, pereció á manos del mismo Don Pedro, que quiso tener el bárbaro placer de completar con semejante bajeza la accion mas detestable.

Concluida por este medio la guerra de Granada, era casi indispensable que se renovase la de Aragon, suspendida por una paz que Don Pedro consideraba como desventajosa, y que solamente la necesidad le habia precisado á admitir. La ausencia del aragones, ocupado á la sazón en contener los latrocinios de una multitud de bandidos, que conocidos bajo el nombre de *compañías blancas* amenazaban al Rosellon, le permitia hacerse impunemente dueño de un número considerable de ciudades y plazas importantes; y despues de haber empeñado en su alianza con un trato capcioso al incauto rey de Navarra, se puso sobre Calatayud, que hubo de entregarse á discrecion. Sorprendido el aragones con tan inesperada noticia, y hallándose por el pronto sin fuerzas suficientes para resistirle, llamó apresuradamente en su defensa al conde Don Enrique, á sus hermanos Don Tello y Don Sancho, y demas caballeros castellanos, retirados todos desde la paz en la Provenza; pero vivamente resentidos por la mala fe con que los abandonó el rey de Aragon en el tratado, le negaron constantemente sus ausilios, hasta que sus repetidas instancias, sus lisonjeras promesas, y mas que todo quizá el interes del mismo Don Enrique, les determinaron á abandonar la resistencia.

En efecto hacia mucho tiempo que el conde tenia puesta la mira en la corona de Castilla, que veia ceñir las sienes de un soberano generalmente aborrecido; pero arrancársela de la cabeza era empresa superior á sus fuerzas, y á pesar de su ambicion no era tan temerario, que se aventurase á intentarlo sin el auxilio de una potencia interesada igualmente en la ruina de su competidor. Aragon necesitaba urgentemente de su socorro para arrojar de sus dominios al temible castellano; pero Aragon no debia obtenerlo sin prestarse á favorecer sus proyectos; y así es, que solo bajo de esta condicion, y un gran número de fianzas que respondiesen de su cumplimiento, y de la buena fe de los contratantes, se puso en marcha Don Enrique con mil y quinientos caballos. Animado con los sucesos de la primera campaña, pasó á Francia, reclutó las *compañías blancas*, que vagaban entregadas al pillage, y á las órdenes de sus caudillos Beltran Claquin y Hugo de Caureley, pasaron á España una multitud de tropas aguerridas, y resueltas á



colocarle en el trono de Castilla. Inmediatamente se reunió bajo sus banderas un gran número de caballeros poderosos aragoneses y castellanos, desafectos á Don Pedro; y con un ejército tan formidable rompió en Castilla por la villa de Alfaro, y se apoderó de Calahorra. Aquí fué reconocido y proclamado rey de Castilla por todos los que le seguian; y alentado con la inaccion de su hermano, que encerrado en Búrgos se dejaba despojar sin resistencia, tomó la resolución de acometerle en la misma capital.

Don Pedro, acobardado con la proximidad de su victorioso enemigo, huyó á Sevilla precipitadamente; y la ciudad de Búrgos, abandonada á la merced del conquistador, y absuelta por su mismo soberano del juramento de fidelidad, no solo franqueó espontáneamente las puertas á Don Enrique, sino que fué con gran placer testigo de la ceremonia de su coronacion, celebrada en el monasterio de sus Huelgas en el año de 1366.

Toda Castilla la Vieja, á escepcion de un cortísimo número de pueblos, imitó inmediatamente á su capital. La ocupacion de Toledo, conseguida despues de una pequeña oposicion, dejó enfrenada á Castilla la Nueva, y las profusas liberalidades del nuevo soberano conocido desde entónces por este motivo con el renombre de *Don Enrique, el de las Mercedes*, no solamente le aseguraron el afecto de sus antiguos parciales, sino que le grangearon otros nuevos, y en breve se halló Don Pedro despojado aun de aquellos que eran al parecer mas leales.

Ya solo restaba á Don Enrique arrojar á su hermano de sus últimos atrincheramientos, obligándole á firmar una vergonzosa renuncia de todos sus derechos, y con este objeto se puso en marcha para Sevilla. Poco seguro Don Pedro en una ciudad que le aborrecia, y profesaba demasiado afecto á Don Enrique, solo pensó en poner en salvo su familia y sus tesoros, refugiándose por el mar en Portugal; pero la oposicion del portugues á recibirle en sus dominios, y la pérdida del tesoro que su almirante Bocanegra apresó traidoramente y puso en poder de Don Enrique, le dejaron en el mayor conflicto. Acordóse por último de Don Fernando de Castro, que oculto todavía en el seno de Galicia, y olvidado de sus agravios, no habia querido tomar parte en unas revoluciones, que le aseguraban la venganza; y eligiendo esta provincia para su asilo, partió sin mas comitiva que su desgraciada familia. Don Fernando le acogió favorablemente; con su auxilio y con el del arzobispo de Santiago logró poner en campaña un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos, á cuya frente debia marchar Don Pedro hácia Logroño, que se mantenía á su devocion; pero arredrado por el riesgo de la travesía, creyó mas seguro embarcarse para Bayona, é implorar la proteccion del rey de Inglaterra, que la poseia á la sazón.

Partió con efecto, dejando horrorizados á todos los gallegos con

el infame asesinato que se le atribuye del mismo arzobispo, que tanto habia coadyuvado en su defensa, y no tenia mas delito que ser natural de Toledo. La conquista de la Andalucía completó el plan de Don Enrique; y la ausencia de Don Pedro, las paces ajustadas con el granadino, y la indiferencia con que los monarcas españoles miraban esta lucha de los dos hermanos, dejaron por algun tiempo al vencedor gustar de las delicias de un trono fácilmente adquirido. Pero le perdió su nimia confianza en el afecto de los pueblos, y en la imposibilidad en que creia ver á su competidor de intentar en mucho tiempo la menor empresa que pudiese darle cuidado. Las *compañias blancas* le habian servido con el mayor afecto; pero verificado el objeto de su venida parecia ya inútil y demasiado gravosa su manutencion, y eran muy difíciles de precaver los daños que causaba en el pais su falta de subordinacion. Así pues las despidió colmadas de regalos y generosamente recompensadas, quedándose únicamente con mil y quinientas lanzas á las órdenes de Beltran Claquin.

Entre tanto procuró Don Pedro interesar en sus desgracias al rey de Inglaterra; y con efecto, sus ruegos y magníficas promesas le habian proporcionado un número crecido de tropas escogidas, que á las órdenes del príncipe de Gales se presentaron en las fronteras de Navarra. El rumor de estos preparativos habia ya difundido tal espanto por las provincias castellanas, que muchos pueblos y ciudades principales abandonaron á Don Enrique con la misma precipitacion con que se habian declarado en su favor; pero la llegada de su irritado y vengativo soberano aumentó la desercion en términos increíbles. Don Enrique conoció, aunque tarde, su imprudencia. Su ruina parecia casi inevitable; si bien el remedio mas oportuno para contenerla era ocultar sus temores, procurando que ni su semblante ni sus acciones indicasen la menor sombra de debilidad; y así, resuelto á vencer ó morir en la demanda, reunió las tropas que le fué posible, y á su frente partió en busca del ejército combinado. En las inmediaciones de Nájera, á las márgenes del Najerilla, se encontraron los dos hermanos armados de la saña mas ardiente que pueden sugerir el odio encarnizado, la rivalidad, el deseo de venganza, y el temor de perder la reputacion. Las consecuencias fueron una sangrienta batalla, en que al valor y á la prudencia sustituyeron la temeridad, el arrojo y el furor de la desesperacion. Don Pedro venció por fin. Abandonado Don Enrique de un gran número de los suyos en el mayor ardor de la refriega, y traidoramente vendido por su hermano Don Tello, que en lo mas urgente del peligro desamparó cobardemente el puesto que ocupaba, en vano procuró impedir su derrota. Su victorioso hermano quedó dueño del campo, del botin, de una multitud de prisioneros de consideracion, y por último, de casi todo el reino, que se le entregó sin resistencia; y él tuvo que



refugiarse en Francia precipitadamente, donde el vengador de Doña Blanca no podía ménos de encontrar asilo y medios para lavar la afrenta de su vencimiento.

No le engañaron sus esperanzas, pues el rey, el duque de Anjou, el conde de Fox, y otros muchos caballeros distinguidos, le franquearon á porfía abundantes caudales, por cuyo medio logró poner en campaña un ejército, si no muy numeroso, suficiente por lo ménos para salir con honor de las primeras tentativas; y solo deseaba una ocasion favorable, que segun todas las apariencias, no podia estar muy remota, y que por último se presentó á poco tiempo.

El rigor con que empezó Don Pedro á usar de su victoria, ensangrentándose con todos los vencidos y parciales de su hermano, al paso que hizo mas intolerable su dominacion, y reanimó el partido de Don Enrique, llenó de indignacion al príncipe de Gales, y preparó su desunion. La mala fe de sus promesas, la capciosidad de sus tratos, y las supercherías con que procuraba demorar el pago de las tropas auxiliares, agriaron los ánimos, acelerando el rompimiento y su partida.

Don Enrique se aprovechó de este acontecimiento, se presentó en las fronteras, y al momento se declararon por él un gran número de ciudades principales. Alentado con tan favorables disposiciones, siguió sin detenerse hasta Calahorra; y apenas pisó los dominios castellanos, se arrojó del caballo, se postró de rodillas, y formando una cruz sobre la arena, juró solemnemente no volver á salir de Castilla, arrostrando intrépidamente en ella la suerte que pudiera sobrevenirle. Pasó á Búrgos, donde fué recibido con el mayor júbilo por todos sus habitantes; y desde allí se derramó, precedido de la victoria, por Leon, Asturias y ambas Castillas, no hallando obstáculo hasta llegar á Toledo, que le opuso una obstinada resistencia. Reforzado nuevamente con quinientas lanzas, que á las órdenes de Beltran Claquin le envió su aliado el rey de Francia, se determinó á salir al encuentro á Don Pedro, que unido con el granadino, se dirigia en su busca despues de haber combatido vanamente la ciudad de Córdoba, y cubierto la Andalucía de estragos y desolacion. Sorprendióle descuidado en los campos de Montiel, le derrotó completamente, y le obligó á encerrarse en un castillo inmediato, que rodeó al momento de paredes fuertes, y donde la falta de agua y bastimentos, la desercion, y la ninguna esperanza de socorro, hacian diariamente mas inevitable su rendicion.

Don Pedro no podia sufrir la idea de haber de verse en poder de un enemigo que no habia de respetar mejor que él las relaciones fraternales; pero la fuga era imposible, á no ganar anticipadamente á alguno de los capitanes sitiadores, y creyó que no le seria difícil conseguirlo, valiéndose de la antigua amistad de su parcial Mendo Rodriguez de Sanabria con Beltran Claquin. Era el frances dema-

siado afecto á Don Enrique para dejarse corromper, y muy astuto para malograr la ocasion que se le presentaba de hacerle un gran servicio; y á pretexto de reflexionar sobre las ventajas del partido que se le proponia, se tomó un breve plazo, que aprovechó descubriendo á su señor toda la intriga que se meditaba. Don Enrique, sumamente reconocido á la lealtad de su aliado, le hizo las mismas mercedes que le prometia su hermano, y le propuso engañarse á Mendo Rodriguez con la esperanza de salvar á Don Pedro, si este se determinaba á pasar cierta noche hasta su tienda con pequeña escolta. Poco se necesitaba para que ambos cayesen en la red. Don Pedro no advirtió el engaño, ni el peligro á que imprudentemente se habia arrojado, hasta que se apeó en la tienda de Claquin, y se vió sorprendido por su hermano. Este, que le habia desconocido, asegurado por los circunstantes de que aquel era Don Pedro, le acometió furiosamente con la daga; y despues de herirle en el rostro, empezaron ambos una obstinada lucha, que terminó matando Don Enrique al rey su hermano.

Parecia que este acontecimiento, acaecido en 23 de marzo de 1369, dejaba asegurado de una vez para siempre á Don Enrique sobre el trono de Castilla; pero como si en castigo de su ambicion estuviese condenado á no probar jamas las dulzuras de un reinado pacífico, la muerte de Don Pedro solo sirvió para suscitarle una multitud de competidores, determinados á arrancarle una diadema criminalmente adquirida. El reino casi todo, á la verdad, desentendiéndose del horrible fratricidio, se congratulaba interiormente de un suceso que le habia librado de un monarca aborrecido, y besaba con placer la ensangrentada mano de su libertador. Del corto número de pueblos, que se habian mantenido fieles á su antiguo soberano, apenas habia alguno, cuya resistencia á admitir al sucesor pudiese alterar en lo mas mínimo el órden de las cosas. Las profusas liberalidades de Don Enrique le presentaban á los ojos de todos sus nuevos vasallos como un príncipe nacido para reinar, haciéndoles felices; pero Don Enrique procedia de una union ilegítima, y aunque Don Pedro no habia dejado descendencia legítima, no faltaban personas que podian oponer títulos bien fundados á la corona usurpada. El primero que se presentó en la liza fué el portugues Don Fernando, á quien realmente pertenecia, como descendiente legítimo de Don Sancho IV por su hija Doña Beatriz, casada con Don Alonso IV de Portugal. Con el favor de las ciudades que se negaban á reconocer al nuevo soberano, empezó á titularse *rey de Portugal y Castilla*, y se unió con el granadino, el aragones y el navarro, que temian el resentimiento de Don Enrique: aquel por su amistad con Don Pedro, y estos por la traicion con que le habian despojado de algunos pueblos durante las pasadas revoluciones. El político Enrique tuvo destreza para desbaratar tan temible coalicion, negociando la paz con el granadino, contentando al

1369.



navarro con la mano de su hija primogénita Doña Leonor para el infante primogénito de aquel príncipe, y obligando al aragones á solicitar humildemente su amistad, con lo que el portugues abandonado se vió en la precision de firmar la renuncia de todas sus pretensiones. Pero no tardó en aparecer otro competidor. El duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales, instigado secretamente por el rey de Aragon, se declaró protector de los derechos de su muger Doña Constanza, hija del difunto Don Pedro y Doña María de Padilla. En el reino habia muy pocos persuadidos de la legitimidad del matrimonio de que procedia esta señora; pero sea como quiera, el rey Don Pedro, en las córtes de Sevilla del año de 1362, habia declarado solemnemente á Doña María por su legítima consorte: su descendencia, legitimada en las córtes, en virtud de esta declaracion, habia adquirido un nuevo derecho al trono de Castilla en su última disposicion otorgada en el mismo año, en que nombró sus sucesoras á sus hijas Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel por órden sucesivo: el retiro de Doña Beatriz á un monasterio habia trasferido en Doña Constanza todos los derechos que pertenecian á aquella, y últimamente, aun cuando no hubiera existido matrimonio, y los hijos habidos en él quedasen en la clase de naturales, bastardo por bastardo parecia mas regular que sucediese un hijo del rey, que no su hermano. A la sombra del nuevo pretendiente volvieron á levantar sus estandartes los reyes de Portugal y de Aragon; pero de ambos supo triunfar el afortunado Enrique, y el duque de Alencastre, casi desbaratado en la travesía por la armada de su enemigo el rey de Francia, hubo de abandonar una empresa que habia abrazado con poca reflexion.

Asegurado Don Enrique en un trono adquirido con tantas fatigas, y desembarazado de todos sus rivales, dirigió su atencion á conservarse el afecto de sus vasallos mejorando su suerte con acertados reglamentos, y tuvo la satisfaccion de ver que el éxito correspondia á sus desvelos. El reino todo empezó muy desde luego á mudar de aspecto, y los miserables pueblos, que habian pasado repentinamente de las zozobras é inquietudes de un gobierno cruel y sanguinario á la paz y tranquilidad de uno humano y justo, y veian asegurado su honor, sus propiedades y su felicidad bajo los auspicios del suave dominio de su nuevo príncipe, dirigian al cielo fervientes y sinceros votos por su conservacion.

Por desgracia estaba demasiado cerca el término de su carrera.

1379.

Agravado de la gota que padecia falleció en 30 de mayo de 1379, recomendando eficazmente á su hijo Don Juan la amistad con la Francia, que tambien le habia servido, y dándole saludables consejos acerca de la conducta que debia observar en lo sucesivo: « Si quieres reinar en paz, le dijo, no debes perder de vista que tu reino se compone de tres clases de gentes, á quienes es preciso manejar con mucho tino y prudencia: unos que siguieron

constantemente mi partido; otros que con la misma constancia se declararon por Don Pedro, y otros que se mantuvieron neutrales. Conserva á los primeros los empleos que obtienen, y las mercedes que les he concedido; pero ten presente siempre su inconstancia y deslealtad. Confía sin reparo á los segundos los cargos de la mayor importancia: ellos permanecieron constantemente fieles á su soberano en su fortuna próspera ó adversa; y esta conducta, al paso que te asegura de su honradez, les empeñará á borrar con importantes servicios las ofensas anteriores. Para nada te acuerdes finalmente de los últimos, pues nada hay que esperar de unas personas que al bien comun han preferido siempre su particular interes.» Tachan á Don Enrique de demasiado pródigo, y lo fué con efecto; pero las circunstancias de aquellos tiempos de inquietud disculpan algun tanto su prodigalidad. Necesitaba de amigos que sostoviesen su partido, y no podia adquirirlos sino á costa de grandes y escesivas mercedes; y ya que la necesidad le obligó á estos sacrificios, procuró corregir el mal en lo posible, excluyendo en su testamento á los parientes trasversales de la sucesion en la herencia de aquellos estados, que hubo de ceder con profusion, y admitiendo en ella solamente á los hijos y descendientes legítimos por línea recta. Oportuno remedio con que una gran porcion de pueblos, derechos y bienes enagenados por sus donaciones en aquella época, han vuelto con el tiempo á incorporarse á la corona real.

La primera diligencia de Don Juan I fué ratificar su alianza con la Francia, despachando en su socorro una escuadra, que pudo serle muy útil para arrojar casi enteramente á los ingleses de la Aquitania, que tenian ocupada, lo cual avivó el resentimiento del ingles para hacer que el duque de Alencastre renovase sus pretensiones á la corona de Castilla. Con efecto, se supo que en su nombre se disponia un hermano del rey de Inglaterra para pasar á Portugal con dos mil hombres de desembarco; y que el portugues, infiel á sus tratados, no solamente se hallaba en ánimo de darle acogida, sino que apercebia numerosas tropas para favorecer la irrupcion que meditaba por las fronteras castellanas. Conoció Don Juan cuan ventajoso le era anticiparse á sus enemigos; y haciendo salir su escuadra contra la portuguesa, logró desbaratarla casi enteramente, con pérdida de veinte galeras. Esta importante victoria, frustrando el desembarco del ingles, dejaba dueño absoluto del mar al castellano; pero el almirante y vencedor tuvo la imprudencia de abandonar el crucero, retirándose á Sevilla ufano con su presa, y los ingleses lograron entre tanto aportar á Lisboa sin la menor oposicion.

El rey Don Juan se hallaba á la sazón empeñado en el sitio de Almeida, plaza situada en las fronteras de Portugal; y á pesar de la vigorosa resistencia de los defensores, procuró acelerar su rendicion para salir al encuentro al ejército coligado y precaver su invasion. Avistóle en Yelves resuelto á la batalla; pero no faltaron



mediadores de uno y otro campo, que lograron transigir estas diferencias, con la condicion de que el rey de Castilla restituyese las galeras apresadas, y franquease sus bajeles para el regreso de las tropas inglesas, cediendo por su parte el portugues la mano de su hija primogénita Doña Beatriz para el infante Don Fernando de Castilla, hijo segundo del rey, que apénas tenia un año. El partido, no hay duda, era poco ventajoso para Don Juan, quien ciertamente se hallaba en disposicion de dar la ley mas bien que de recibirla; pero la debilidad de su complexion influia tanto en su espíritu, y le reducía á tal pusilanimidad, que por no aventurarse al éxito incierto de una accion decisiva, hubiera admitido condiciones todavía mas gravosas. Así es que los tratados se cumplieron religiosamente por su parte, si bien el matrimonio estipulado no llegó á verificarse, así por la edad del esposo, como por haber ocurrido al mismo tiempo un incidente que hizo mudar de aspecto el estado de las cosas.

El rey Don Juan, que de resultas del último concierto ajustado por su padre con el rey de Aragon, habia casado con la hija de este Doña Leonor, perdió desgraciadamente á su muger de resultas de un parto; y como aun se hallaba en la flor de su edad, recibió un mensaje del portugues, ofreciéndole por esposa á su hija Doña Beatriz, ya que la edad del infante obligaba á diferir su enlace tanto tiempo, y nada podia ser mas perjudicial á los intereses de ambas potencias, que semejante dilacion. Esto era así sin duda; y Don Juan, que lo conocia, no se detuvo en admitir la propuesta, aunque á costa de renunciar el derecho que la calidad de marido de Doña Beatriz pudiera conferirle al trono de Portugal despues de los dias de su padre. En efecto la nacion portuguesa, rival siempre de la castellana, con dificultad habia de consentir en la reunion de ambas coronas sobre las sienes del príncipe que rigiese á Castilla; y así para evitar los disturbios que en adelante pudieran sobrevenir con este motivo, se estipuló en el concierto: « Que muriendo sin hijo varon el rey de Portugal, heredaria el reino su hija primogénita Doña Beatriz, permitiéndosele á su marido el rey de Castilla intitularse rey de Portugal; pero reservándose el gobierno del estado á la reina viuda Doña Leonor, durante su vida, ó hasta que Doña Beatriz y su marido tuviesen hijo-ó hija de edad de catorce años, en quien recaeria en este caso el gobierno y dictado de rey de Portugal, que deberian abandonar sus padres. » A pocos meses de este matrimonio falleció el rey de Portugal, y los acontecimientos ocurridos con este motivo acreditaron suficientemente, que aun no se habian previsto bastante en las capitulaciones los efectos de la animosidad portuguesa contra Castilla. Esta llegó al extremo de atropellar los derechos que la sangre, la voluntad del rey difunto, y aun la misma nacion asistiendo al anterior contrato, habian conferido á Doña Beatriz, que no era castellana, y cuyo enlace con el

rey de Castilla no le podia haber despojado de los legítimos titulos que le aseguraba la corona de sus mayores. La nacion sin embargo se negó unánimemente á reconocerla, y solo disentia en la eleccion de la persona que se habia de sustituir. El infante Don Juan, hermano natural del rey difunto, y el maestre de Avis, fruto bastardo de la misma ilegítima union que Don Juan, eran, segun parece, los inmediatos sucesores en defecto de Doña Beatriz, y ambos tenian sus parciales : pero la ausencia del primero, y su prision en los dominios castellanos, favorecian infinito al partido del maestre, quien finalmente, dueño de la voluntad general, y de las principales plazas, fué aclamado rey de Portugal.

Muy desde los principios conoció el rey Don Juan las muchas dificultades que le habian de embarazar la posesion de la nueva herencia de su muger ; y así determinó hacer su entrada en Portugal pacíficamente, aunque seguido para cualquiera acontecimiento de un ejército numeroso, que le hiciese respetable. Detenido en los preparativos indispensables que este partido exigia, no pudo impedir con tiempo la exaltacion del maestre, de suerte que llegó á las fronteras cuando ya apenas tenia nada en Portugal. La superioridad de sus fuerzas le allanó sin embargo el camino hasta Lisboa ; encerró en ella al maestre, y este hubiera tenido finalmente que rendirse, implorando la merced de su agraviado vencedor, á no haberse declarado en el campo castellano una furiosa peste, que en breves dias le cubrió de cadáveres, y obligó al rey á levantar el sitio retirándose á Castilla.

Impaciente por sujetar á aquella nacion refractaria, volvió el año siguiente con un ejército de treinta mil hombres, arrasando el pais por donde transitaba, encontró á su enemigo cerca de Aljubarrota, y sin reparar en la ventajosa posicion que ocupaba, ni en el cansancio de los suyos, le embistió con denuedo ; pero ni sus esfuerzos, ni el brio y superioridad de sus tropas pudieron impedir su completa derrota. Quedaron en el campo diez mil valientes castellanos ; pereció entre ellos la flor de la nobleza ; y el rey debió su vida á la generosidad de su mayordomo Pero Gonzalez de Mendoza, que cediéndole su caballo, se entregó á la muerte por proteger su fuga.

Ufano el portugues con tan señalada victoria, entró por Badajoz á sangre y fuego, despues de recobrar las plazas que le habian ocupado los castellanos, y envió relacion de la derrota al duque de Alencastre, instándole para que viniese á tomar posesion del reino de Castilla, que por su muger le pertenecia, y que en su concepto no estaba Don Juan en disposicion de defender ; y en efecto, no tardó en presentarse el duque en Portugal con tres mil hombres de tropas auxiliares, tan satisfecho del éxito feliz de esta jornada, que no dudó en traer consigo á su muger y á sus tres hijas.

El castellano sin embargo no se hallaba desapercibido ; y con el



crecido número de tropas que habia podido juntar, y las que en su socorro le habian enviado de Francia, se creia bastante poderoso, no solo para hacer frente al ejército combinado, sino tambien para arrojar de España al de Alencastre, y abatir el orgullo del altivo portugues; pero en medio de estos marciales preparativos, el pacífico Don Juan prefirió una composicion amigable á las ventajas que le prometian sus esperanzas. Sabido el objeto de las querellas del duque, conciliar en lo posible los intereses de la casa reinante en Castilla con los de la que se suponía agraviada, además de ser un rasgo fino de política moderada, ponía fin á unas inquietudes que hubieran durado eternamente. Esto procuró Don Juan, y esto lo consiguió por medio del matrimonio de su hijo primogénito Don Enrique con Doña Catalina, hija del duque y de su muger Doña Constanza, y estos fueron los primeros príncipes que en Castilla empezaron á usar el dictado de *príncipes de Asturias*. El portugues, abandonado de su amigo al mejor tiempo, hizo todos sus esfuerzos para continuar la guerra por sí solo, pero últimamente se vió en la precision de ajustar unas treguas por seis años.

De este modo consiguió Don Juan aquella situacion tranquila, análoga á su carácter, y que deseaba ansiosamente para aplicarse con ardor al gobierno de sus pueblos. Desconfiaba sin embargo de poder hacerlos tan felices como deseaba, y se le advirtió alguna vez casi resuelto á dejar la corona; pero el reino, que conocía y apreciaba sus bellas cualidades, se opuso constantemente á esta resolucion.

Bien pronto una imprevista desgracia le privó de su amable monarca. Presenciaba el rey las evoluciones que al modo africano hacian unos soldados de caballería, llamados *farfanés*; y queriendo imitarlos, dió de espuelas al suyo, que enardecido con la fogosidad de los otros, le precipitó, á los treinta y tres años de edad, en 9 de octubre de 1390.

Poco mas de once años contaba á la sazón su hijo Enrique III cuando subió al trono, bajo la direccion y gobierno de una multitud de tutores nombrados por su padre en su última disposicion. Todos eran poderosos, todos querian ser absolutos; y con esto se da bastante á conocer que la menor edad del nuevo soberano no estuvo esenta de las agitaciones, que han hecho siempre tan odiosas las regencias. En efecto, su escandaloso número, su rivalidad, y su ambicion desmesurada, produjeron tales desórdenes en el gobierno político del estado, que mas de una vez se vió Castilla amenazada de una sangrienta division, sin que bastasen los remedios paliativos que adoptaron las córtés, ya para disminuir el número de aquellos pequeños déspotas, ya para establecer un sistema ménos tumultuoso de administracion. Llegó por fin Enrique á los catorce años; y deseando poner remedio á unos males, que desde mucho tiempo traian afligido su corazón, pero que no habia estado en su arbitrio

evitar, hizo declarar su mayoría en las córtes de Búrgos, celebradas en el año de 1393, manifestando que desde 1393. aquel punto cesaban las funciones de los que con la máscara de tutores y gobernadores solo habian procurado elevar sus propias fortunas y riquezas sobre la ruina y miseria de los pueblos. Entónces fué cuando el arzobispo de Santiago, uno de los contutores y gobernadores del reino, que quizá no habia contribuido ménos que sus compañeros á las turbulencias anteriores, se propuso conven- cer con una prolija arenga al jóven príncipe del infatigable celo de los regentes en superar los obstáculos que las circunstancias les habian opuesto, exagerando con imprudencia su trabajo y rectas intenciones, é indicándole sin mucha ambigüedad, que para ase- gurar el acierto debia seguir indispensablemente sus mismas máxi- mas, y no separarse de sus consejos; y entónces fué cuando Enrique, indignado al oír tan capcioso razonamiento, le respondió con ente- reza: «Miéntras fuí pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy rey no dejaré de valerme de vuestras advertencias cuando fuere menester; pero tened entendido que conozco muy bien mis obli- gaciones.»

El primer cuidado de Enrique fué asegurar la paz á sus va- sallos; y con su prudencia y moderacion, no solamente se concilió la amistad de los príncipes españoles, sino que obligó á dejar las armas á sus mayores enemigos. Sin embargo, estuvo muy á pique de malograrse el fruto de sus pacíficas disposiciones por una ne- cedad caballeresca. El maestré de Alcántara Don Martin Yañez de la Barbuda, seducido por un fanático ermitaño llamado Juan Sago, creyó hacer un gran servicio á la religion y á su patria, defen- diendo con las armas en la mano la santidad del cristianismo, y sus ventajas respecto de la creencia musulmana; y formando para esto un pequeño cuerpo de imprudentes campeones, sin reparar en las treguas que mediaban entre Granada y Castilla, en el enojo que podria ocasionar á Enrique, ni en las consecuencias de tan temerario arrijo, envió un cartel de desafío lleno de insultos al soberano granadino, convidándole á un combate que se ofrecia á sostener con una mitad ménos de gente, en proporcion á la que él acaudillase. Eran entónces muy frecuentes esta especie de retos, aunque por lo regular tenian por objeto alguna aventura galante, ó el patrocinio de las viudas, huérfanos y otros desvalidos, que no podian tomar satisfaccion de sus agravios; pero no dejó tam- bien de mezclarse alguna vez en estas sangrientas escenas el im- prudente celo por una religion, que detesta la violencia, y no respira sino paz, caridad y dulzura. Como quiera, el rey hizo conocer á aquel caballero el disgusto con que miraba una empresa tan aventurada, tan intempestiva, tan contraria á sus miras po- líticas, y funesta quizá para su reino; pero alucinado con los halagüenos presagios del visionario Sago, respondió: «Que no



podia abandonar sin mengua un empeño en que se hallaban comprometidas su piedad y reputacion, y en que tenia segura la proteccion del cielo confirmada con indudables vaticinios.» Partió con efecto llena de confianza aquella tropa de fervorosos guerreros, y precedida de una cruz se introdujo osadamente en la comarca de Granada; pero como los moros no se creian obligados á respetar esta insignia misteriosa, ni las predicciones del ermitaño, los acometieron con la satisfaccion que les daba la superioridad de sus fuerzas, y los hicieron pedazos sin que ninguno pudiese salvarse del estrago. Enrique sintió mucho esta desgracia; y como le era tan interesante conservar la buena inteligencia con el granadino, y aplacar su justo resentimiento, procuró darle una satisfaccion, asegurándole de la ninguna parte que habia tenido en aquella empresa, no solo meditada sin su mandato, sino tambien llevada á efecto contra su voluntad.

A pesar de la sinceridad de estas protestas no se vió libre Castilla de una imprevista irrupcion, que como por via de represalias hicieron los moros de Granada algunos años despues. Don Enrique no solo se propuso contenerlos, sino que concibió el vastísimo proyecto de arrojarlos de toda la Península; pero sus dolencias habituales, que con el tiempo habian llegado á hacerse mas peligrosas, le obligaron á ceder esta gloria á sus sucesores, y le llevaron al sepulcro en 25 de diciembre de 1406, dejando por heredero á su hijo primogénito Don Juan.

1406.

Las inquietudes de la menor edad de Enrique, y la severidad con que procuró reprimir las turbulencias que en los años siguientes suscitaron algunos grandes demasiado inquietos, han servido de fundamento á una anécdota, que no merece mucho crédito, sin embargo de que la refieren algunos escritores de nota. Cuentan que las dilapidaciones y rapacidad de los tutores y gobernadores redujeron á tan deplorable estado la real hacienda, que Enrique, á pesar de la frugalidad á que habia querido ceñirse por no gravar á sus vasallos, volviendo en una ocasion de caza se encontró sin tener que comer, sin dinero, sin prendas, y sin crédito para comprar las mas despreciables vituallas, al paso que los grandes del reino prodigaban recíprocamente sus riquezas en espléndidos banquetes: que tuvo que deshacerse de su capa para que se le pudiese preparar una escasa y grosera cena la noche misma en que tenian preparada aquellos señores en casa del arzobispo de Toledo una, en que competian la delicadeza y la abundancia: que noticioso de ello Enrique, pero acostumbrado á no fiarse con facilidad de relaciones ajenas, resolvió cerciorarse con sus propios ojos, para lo cual se introdujo disfrazado en la sala del festin, donde confundido entre la muchedumbre de sirvientes, pudo observar que nada le habian exagerado, y admirar la imprudencia con que los convidados hacian alarde de las riquezas que debian á sus ra-

piñas : que los hizo llamar al dia siguiente bajo un pretesto especioso , y luego que estuvieron reunidos se presentó con la espada desnuda , armado de todas armas ; dirigiéndose al arzobispo , le preguntó cuántos reyes habia alcanzado en España : « Señor, respondió el prelado, á vuestro abuelo, á vuestro padre , y á vos. — Pues yo, repuso el rey, siendo tan jóven he conocido veinte ; y no debiendo haber mas que uno , ya es tiempo de que lo sea yo solo , y de que perezcan todos los demas : » que hizo una seña , y al momento se descubrieron los soldados que tenia prevenidos , un verdugo , el tajo, la cuchilla y los cordeles de la muerte , á cuya vista llenos de terror los grandes , se arrojaron á sus pies , implorando su clemencia , y poniendo á su disposicion sus personas y sus bienes : que les concedió la vida el generoso Enrique ; pero exigiéndoseles estrecha cuenta del erario público que habian manejado , obligándoles á restituir las cantidades en que eran alcanzados , á ceder en beneficio del patrimonio real las gruesas pensiones , que durante la tutela y de propia autoridad habian osado consignarse , y precisándoles á entregar las fortalezas y castillos de que por fuerza ó artificio se habian apoderado : y por último , que solo alcanzaron su libertad despues de haberle satisfecho puntualmente. Pudo ser cierto este suceso ; pero ademas de tener todas las señas de fabuloso , hay fundamentos bastante razonables para creer que sea una patraña forjada sesenta años despues.



## LIBRO OCTAVO.

---

Don Juan II ; su menor edad. — Generosidad de su tutor el infante Don Fernando. — Victorias del regente sobre los moros andaluces. — Es llamado al trono de Aragon. — Don Alvaro de Luna. — Secreta conspiracion contra el favorito. — El rey, confinado en Tordesillas por la astucia del infante Don Enrique de Aragon, debe su libertad á un ardid de Don Alvaro de Luna. — Nuevos desacatos de Don Enrique. — El rey le castiga. — Don Alvaro elevado á la dignidad de condestable. — El rebelde Don Enrique se une con su hermano el infante Don Juan, rey de Navarra, para perder al condestable. — Debilidad del rey ; Don Alvaro es desterrado de la corte ; pero el rey le llama nuevamente. — Guerra con el aragones y el de Navarra ; progresos de las armas del rey ; bloqueo de Alburquerque ; córtes de Medina del Campo, y sentencia fulminada contra los infantes. — Los infantes imploran la paz, se les concede, y la interrumpen inmediatamente. — Humillados los rebeldes abandonan sus proyectos ambiciosos, y se restablece la tranquilidad. — Don Juan castiga la ingratitud de Mahomad el Izquierdo, rey de Granada. — Nueva conspiracion contra Don Alvaro ; los sediciosos triunfan de la debilidad del rey, y el condestable es desterrado. — Miserable situacion del rey en poder de los rebeldes. — Don Juan Pacheco ; su ambicion y resentimiento contribuyen á la libertad del rey ; derrota de los rebeldes, y muerte del infante Don Enrique. — Intrigas de Pacheco ; seduce al principe heredero Don Enrique, haciéndole tomar parte en ellas. — Recibe el rey nueva esposa de mano de Don Alvaro. — Su disgusto y los zelos de la reina preparan la desgracia del favorito. — Don Alvaro preso y condenado á muerte. — Fallecimiento de Don Juan. — Don Enrique IV, por desmentir la opinion de su impotencia, casa de segundas nupcias con Doña Juana de Portugal. — Exaspera á la nobleza con una imprudencia. — Niéganse á reconocer por princesa heredera á una infanta que acaba de dar á luz la reina ; dudas sobre la legitimidad de la recién nacida, conspiracion para destronar al rey. — Pretende Don Enrique atajar sus progresos, condescendiendo en que el infante Don Alonso sea jurado immediato sucesor. — Los conjurados proclaman rey de Castilla al infante Don Alonso. — Derrota de los rebeldes junto á Olmedo ; muerte del nuevo rey ; pacificacion general. — La ambicion hace renacer las intrigas, y divide la corte en bandos ; triunfo del arzobispo de Toledo, y matrimonio de Doña Isabel con el infante de Aragon Don Fernando ; matrimonio de la princesa Doña Juana con el duque de Berri ; estraña ocurrencia á que dió lugar. — Progresos de los principes Doña Isabel y Don Fernando en el afecto de los pueblos. — Muerte de Enrique IV ; el reino todo se declara por Doña Isabel y Don Fernando. — El marques de Villena resuscita el partido de la princesa Doña Juana y determina al rey de Portugal á aceptar la mano de esta señora. — Irrupcion del portugues en Castilla. — Ataque de Valtanas ; bizarría del conde de Benavente ; su lealtad. — Progresos de las armas castellanas en Portugal ; conquista de Zamora ; batalla de las llanuras de Pelayo Gonzalez. — Villena y los demas rebeldes imploran y consiguen el perdon de los reyes. — Desplega nuevamente Villena el estandarte de la rebelion. — Incorporacion de la corona de Aragon á la Castilla. — Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, se hace dueño de una parte de Aragon, y cede estos estados á su hijo Don Ramiro con titulo de rey. — Muere Don Ramiro en el sitio de Graus. — Su hijo y sucesor Don Sancho Ramirez ensancha los confines de su reino hasta la comarca de Zaragoza. — Sitio de Huesca, y muerte desgraciada de Don Sancho. — Don Pedro I gana á los moros una memorable batalla cerca de Huesca. — Don Alonso el Batallador, sus pretensiones á la corona de Castilla ; convierte sus armas contra los mahometanos ; sitia á Zaragoza ; obliga á los sarracenos á retirarse á los confines de Valencia ; nuevos triunfos ; es muerto en una batalla

cerca de Fraga.—Don Ramiro II el Monge ; cede la corona á su hija Petronilla, casada con Don Ramon, conde de Barcelona.—Esfuerzos de Don Ramon por recobrar la parte de Navarra que se habia hecho independiente.

Como aun no tenia veintidos meses el príncipe heredero Don Juan II cuando murió su padre, quedaron depositadas la autoridad real y la tutela en la reina viuda Doña Catalina su madre, y en su tío el infante Don Fernando, príncipe de raro talento, íntegro, amable, valiente, y el único sin duda á quien podia confiarse con seguridad un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias. La generosidad con que renunció la corona de Castilla, que inmediatamente le ofrecieron algunos espíritus revoltosos, y su celo, actividad y noble desinterés en conservar ileso á su inocente pupilo un patrimonio que intentaban hacer gira los mismos que debieran ser sus defensores, acreditan el acierto que tuvo Enrique en la eleccion.

Su prudencia y moderacion no le libertaron sin embargo de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Desconceptuado con la reina madre por las cavilaciones é intrigas de los cortesanos, vió con dolor próxima á romper la armonía que deberia reinar entre los dos regentes : y previendo las peligrosas consecuencias de una completa desunion, apresuró la division y repartimiento del gobierno del reino, prevenidos por el rey difunto, para que cada uno de los dos tutores gobernase su parte con absoluta independencia y separacion.

Los moros granadinos infestaban á la sazón las fronteras con repetidas correrías, y era forzoso que partiese á sujetarlos ; y así dejando al cuidado de la reina el gobierno de las provincias pertenecientes á Castilla la Vieja, se encargó del de Castilla la Nueva, en que se hallaban entónces comprendidas las provincias andaluzas. Presentóse en ellas á la frente de sus valerosos tercios, batió á los mahometanos en varios encuentros, los derrotó completamente en las aguas de Cádiz y en las campiñas de Archidona, se apoderó de la importante plaza de Antequera, y los obligó á pedir la paz. Llamado al trono de Aragon, que muerto el rey Don Martin le correspondia por derecho de sangre y legítima eleccion de aquellos reinos, hubo de abandonar á Castilla, aunque sin descuidar los intereses de su menor, en cuya proteccion continuó con la mayor legalidad ; pero su muerte, acaecida demasiado pronto, dejó á Don Juan II espuestos á las borrascas que se levantaron casi inmediatamente.

La tutela y gobierno recayeron en la reina madre, quien apénas los desempeñó dos años con bastante acierto, cuando murió tambien ; y el rey, que ya contaba trece años, hubo de ponerse á la frente del gobierno bajo la direccion de Don Alvaro de Luna, criado en su compañía desde su edad mas tierna, y que habia



adquirido el mayor ascendiente sobre su corazón. A la verdad necesitaba el rey de un ministro de su confianza, que con sus talentos y firmeza supliese su indolencia é irresolucion, y supiese poner la autoridad real á cubierto de los ataques de la ambicion y del poder. Don Alvaro poseia todos estos dotes; y el cariño que el rey le profesaba, nacido entre los juegos de la infancia, y creciendo con los años, le elevó á una intimidad y privanza de que ofrecen muy pocos ejemplos las historias.

Esto escitó la envidia y el encono de las personas que se habian lisonjeado de sacar el mayor partido de la debilidad del rey; y formaron una secreta conjuracion para perder al favorito, cuya perspicacia desconcertaba siempre sus proyectos ambiciosos. El primero que empezó á quitarse la máscara fué el infante Don Enrique, maestre de Santiago, é hijo del generoso Don Fernando, difunto rey de Aragon; pero demasiado astuto para descubrir todo su plan fuera de tiempo, emprendió una guerra oblicua contra Don Alvaro, alejando diestramente de la corte á todas sus hechuras, sustituyendo personas de su confianza, y confinando al rey en Tordesillas á pretesto de mantenerle en seguridad, aunque realmente con el objeto de erigirse en dueño absoluto de su voluntad y de sus estados. Inmediatamente penetraron todas las miras del maestre, y no faltó quien intentase romper las cadenas que oprimian al infeliz Don Juan; pero como esto no podia realizarse sin grandes conmociones, funestas siempre á los inocentes pueblos, el prudente Don Alvaro prefirió por entónces el partido de la paz y de la tolerancia contemporizando en lo posible con su mayor enemigo. Sin embargo pensó que no debia desperdiciar las ocasiones favorables para arrancarle el prisionero; y á pretesto de una partida de caza logró pasarle el castillo de Montalvan, confiándole á la custodia de algunos caballeros amigos. El maestre, luego que lo supo, se presentó delante del castillo con un crecido número de tropas, y sin dar oidos á los preceptos y amonestaciones del rey, sitió la fortaleza con todo el rigor de una guerra encarnizada y la redujo al mayor apuro por falta de manutencion; si bien noticioso de las grandes fuerzas que venian en socorro de ella, hubo de retirarse apresuradamente á Ocaña, donde su genio díscolo le proporcionó inmediatamente nuevos pretestos para continuar la discordia.

Habia casado el maestre con la infanta Doña Catalina, hermana del rey, el cual, en castigo de sus desacatos, y por algun otro motivo político, habia diferido hasta entónces ponerle en posesion del marquesado de Villena, asignado en dote á aquella señora, y últimamente revocó por inoficiosa la donacion. Exasperado Don Enrique se apoderó por fuerza de aquel estado; pero el rey envió al momento sus tropas, le recobró, y revocó la gracia de que pasasen á los descendientes del infante las rentas del maestrazgo.

Esta exorbitante gracia la habia solicitado Don Enrique durante la detencion del rey en Tordesillas, y la obtuvo porque entónces le imponia la ley; mas libre ya el monarca de la opresion que le habia tiranizado, juzgó Don Alvaro oportuno corregir aquella demasia, debilitando al mismo tiempo el poder del maestre. Como quiera, esta resolucion hubiera tenido consecuencias muy funestas, á no mediar la reina viuda de Aragon aplacando la cólera de su hijo, disuadiéndole del intento de marchar con todas sus fuerzas en busca del rey, como tenia resuelto, y reduciéndole á adoptar otros medios mas suaves y seguros de terminar aquellos desabrimientos. Con efecto, Enrique se presentó en la corte, procuró sincerarse, y aun hizo algunas propuestas; pero interceptaron por entónces unas cartas del condestable de Castilla Rui Lope Dávalos, parcial de Don Enrique, y se descubrió la horrible trama que forjaban ambos, escitando al granadino para que rompiese poderosamente por Castilla, donde seria sostenido por ellos y todos sus amigos. En vano protestó el maestre su inocencia y la falsedad de semejantes cartas: cometióse el exámen del negocio al consejo del rey; y entre tanto fué conducido preso al castillo de Mora. El condestable, aunque debió su libertad á la precipitada fuga con que logró salvarse en el reino de Valencia, perdió todos sus cuantiosos bienes, los cuales fueron adjudicados por el rey á varios caballeros, cabiéndole á Don Alvaro la dignidad de condestable.

Fueron tan repetidas las instancias del rey é infantes de Aragon para que se pusiese en libertad á Don Enrique su hermano, que Don Juan, á pesar de su repugnancia, tuvo finalmente que condescender. Bien preveia Don Alvaro las fatales consecuencias de semejante condescendencia; pero desde los fronteras de Aragon amenazaba á Castilla un poderoso ejército: Don Enrique tenia muchos parciales en ella; el éxito de tan peligrosa guerra era demasiado incierto, y por lo tanto parecia preciso ceder á la necesidad. Con efecto, la primera diligencia del infante fué unirse con su hermano Don Juan, que acababa de subir al trono de Navarra, y que si al principio habia reprobado la conducta de aquel, ahora entró gustosamente en el proyecto de sojuzgar al rey de Castilla con la esperanza de mayores ventajas. El condestable Don Alvaro oponia sin embargo un insuperable obstáculo mientras subsistiese á su lado; les era preciso removerle por cualquiera medio, y no habia otro mas seguro que desconceptuarle con el rey y con el reino. Al momento empezaron á esparcirse las calumnias mas atroces, se le atribuyeron los delitos mas execrables, se le señalaba como la causa principal de las desgracias que afligian á Castilla, y se pedia con ansia su castigo. Estrechado el rey por todas partes, tuvo la debilidad de comprometer la decision de este negocio en cuatro parciales del infante Don Enrique, y Don Alvaro fué sentenciado á destierro de la corte con todas sus hechuras;



pero indignado el rey de la ambicion con que sus enemigos se disputaban sus empleos y el gobierno del reino, revocó la sentencia de los compromisarios, llamó inmediatamente al condestable, y para precaver ulteriores disturbios prohibió las asociaciones clandestinas, mandando que se retirasen de la corte todos los caballeros que le eran sospechosos.

El maestre y el navarro penetraron al punto que el golpe se dirigia principalmente contra ellos; y este nuevo triunfo del condestable, avivando el aborrecimiento y el encono que ambos le profesaban, fué el anuncio de mayores inquietudes. Unidos con su hermano el rey de Aragon Don Alonso V, que desde mucho tiempo solo esperaba una ocasion favorable para desmembrar impunemente una monarquía tan agitada, se presentaron en las fronteras con un grueso ejército, creyendo sorprender al castellano, y darle bien pronto motivos para arrepentirse de su volubilidad. Pero como no perdía de vista el condestable los movimientos del aragones, y por otra parte todo lo debia temer de una familia conjurada para arruinarle, se habia preparado con tiempo, y Don Juan se halló al momento en disposicion, no solo de hacer una vigorosa resistencia, sino de imponerles temor. La mediacion del cardenal de Fox, legado pontificio en Aragon, y las persuasiones de la reina Doña Leonor, viuda del generoso Don Fernando, lograron impedir una sangrienta batalla, que estaban para darse ambos ejércitos en las llanuras de Hariza. Procuraron con el mayor esfuerzo tranquilizar aquellos ánimos alterados, y reducirlos á la paz; y Don Juan, que solo habia emprendido aquella guerra por la necesidad de defender sus pueblos y su independenciam, accedió inmediatamente, con tal que el rey de Aragon se separase de la alianza que habia prometido á sus hermanos.

Negóse el aragones á tan razonable partido, y fué preciso recurrir á las armas. Entró el rey de Castilla por los dominios de Aragon, precedido del terror y la muerte, miéntras sus adelantados de la frontera de Navarra entregaban al pillage, incendio y devastacion las ciudades, aldeas y campiñas de aquel miserable reino; y despues de haberse hecho temible, pasó á la Estremadura, donde se habian hecho fuertes el maestre y su hermano Don Pedro. Don Alvaro de Luna y el conde de Benavente Don Rodrigo Pimentel habian ya conseguido arrojarlos de algunas plazas importantes, y bloquearlos en Alburquerque; pero el rey creyó necesaria su presencia, ya para animar á sus tropas, y ya por ver si conseguia restablecer la tranquilidad. A este efecto hizo publicar bajo los muros de la plaza un general indulto para todos los culpados en aquellos movimientos, prometiendo recibir en su servicio á los infantes luego que se entregasen y dejasen las armas, y apercibiéndoles de que serian tratados con todo el rigor de la guerra, como rebeldes y reos de lesa magestad, si insistian en su temerario em-

peño. La respuesta fué una lluvia de flechas y de metralla. El rey, sumamente ofendido con este nuevo desacato, resolvió castigarle con la mayor severidad; pero bien persuadido por otra parte de la dificultad de rendir una plaza, que se defendía desesperadamente, congregó sus córtes en Medina del Campo, donde acusados los infantes de todas sus traiciones y delitos, fueron condenados á perder los estados que poseían en Castilla, adjudicados estos á varios grandes y caballeros leales, y dado en administracion al condestable Don Alvaro de Luna el maestrazgo de Santiago.

Este era con efecto el medio mas seguro de dejar á los rebeldes sin arbitrio para continuar tan desastrada guerra; pues despojados de unas cuantiosas rentas, que solo se invertían en la destruccion del reino, y por otra parte sin esperanza de socorro, cuando Aragon y Navarra, debilitados con repetidas pérdidas, desconfiaban de poder resistir á los *temibles armamentos con que les amenazaba el castellano*, casi no les quedaba otro recurso que pedir la paz. Pidiéronla con efecto; pidiéronla tambien los reyes coligados, aunque con tanto orgullo, y bajo unas condiciones tan duras, que hubieran *sino inadmisibles* para otro que la hubiera deseado ménos que Don Juan, y quisiese prevalerse de las ventajas de su situacion política. Sin embargo, se firmó una tregua de cinco años, que rompieron inmediatamente los infantes Don Enrique y Don Pedro, auxiliados por el mestre de Alcántara Don Juan de Sotomayor, y que solo pudo restablecerse con la prision de Don Pedro, con la ocupacion de la fortaleza de Alcántara, y la deposicion del mestre Sotomayor.

Humillado Don Enrique con tan repetidos golpes, destituido de recursos para continuar sus ambiciosas pretensiones, y temiendo la ruina que le amenazaba, imploró la mediacion del rey de Portugal para obtener su perdon y la libertad de su hermano. Fácilmente consiguió uno y otro del pacífico Don Juan, aunque bajo la precisa condicion de restituir las plazas que hubiese ocupado en Estremadura y de dejar en paz á Castilla, retirándose á Aragon con el infante Don Pedro, segun estaba acordado en las capitulaciones anteriores.

Apénas se habia desembarazado Castilla de estos irreconciliables enemigos de su tranquilidad, cuando sin dejar las armas se vió comprometida en otra guerra, aunque ménos peligrosa. Mahomad el *Izquierdo*, que arrojado del trono de Granada por otro Mahomad, llamado el *Chico*, habia debido su restablecimiento á la compasion de Don Juan, infiel á su deber y á su palabra, tuvo la ingratitud de negarse á continuar satisfaciendo el tributo estipulado, y de conjurar contra su protector todo el poder del rey de Tunez. Logró Don Juan desbaratar con tiempo esta alianza, manifestando al tunecino la mala fe y peor correspondencia de su ahijado, y empeñando su honradez para no patrocinar una injusticia: entró en la Andalucía á sangre y fuego, dejó treinta mil hombres tendidos en la vega de Granada, y aun se hubiera apoderado quizá de este último atrin-



cheramiento de los mahometanos, á habérselo permitido la estacion, y estar apercebido de víveres, municiones, máquinas y demas pertrechos necesarios. Volvió no obstante á la siguiente primavera, derrotó á sus enemigos en varios *encuentros*, les *quitó algunas plazas importantes*, y auxiliando el partido de Jucef Abenalmáo, competidor de Mahomad, dejó á este sin la corona, que habia asegurado en su cabeza, retirándose á Castilla despues de haber castigado por este medio su ingratitud. La muerte de Jucef, el restablecimiento de Mahomad, y el furor que le animaba á la venganza, renovaron á poco tiempo, y con el mismo éxito, las sangrientas escenas de la campaña anterior. Batido casi siempre el granadino, arrasadas sus campiñas, asaltadas sus mas inespugnables fortalezas, precisado á luchar al mismo tiempo con las intestinas divisiones que conmovian su trono, y reconociendo finalmente la superioridad de su enemigo, dejó las armas, y se concluyó la guerra.

Muy poco tiempo disfrutó Castilla del sosiego interior que le proporcionaron la retirada de los infantes y su ocupacion en la guerra, que sostenia en Italia su hermano el rey de Aragon. Eran muchos los envidiosos de la privanza de Don Alvaro; y aunque disimulaban mientras se conocian débiles, maquinaban en secreto su ruina con la mayor constancia, y todos se hallaban prontos á arrojar la máscara luego que algun osado ó poderoso desplecase el pendon de la discordia. En medio de esta aparente calma descubrió el condestable una conspiracion próxima á estallar sobre su cabeza, que teniendo á su frente al adelantado Pedro Manrique, uno de sus mas irreconciliables enemigos, ó habia de conseguir su ruina, ó anegar á Castilla en la sangre de sus infelices habitantes. La prision de aquel jefe le pareció á Don Alvaro que al paso que intimidaria á los conjurados, desconcertaria su plan; y sin forma de proceso, ó alegando un pretesto especioso, fué asegurado en el castillo de Fuentidueña. Esta resolucion, que se creyó tan saludable, produjo sin embargo efectos absolutamente contrarios, pues el adelantado halló medio de evadirse de su prision; y al momento se pusieron sobre las armas todos sus parientes y amigos clamando contra la arbitrariedad del condestable, exhortando al rey á sacudir el yugo que le esclavizaba, y tenia oprimidos á sus vasallos, y haciéndole responsable, de los males que amenazaban á su reino, si con una pronta é ignominiosa remocion de tan perjudicial favorito no impedia los abusos de su intolerable despotismo, daba satisfaccion á sus pueblos aquejados, y restituia la tranquilidad. La capciosidad de estas reclamaciones sedujo bien pronto los ánimos de la multitud; y engrosados los descontentos con un *crecido número de parciales*, que diariamente acudian á alistarse bajo sus banderas, patrocinados por el príncipe heredero Don Enrique, que aborrecia á Don Alvaro, y auxiliados por el infante Don Enrique y su hermano Don Juan, rey de Navarra, que habian ya vuelto de su espedicion, se hallaron

muy en breve en disposicion de dar la ley. En vano apuró el condestable todos los recursos de su ingenio para contener los progresos de la insurreccion : en vano recurrió á la fuerza para quebrantar el formidable poder de los rebeldes, y proteger sus estados invadidos con el mayor furor. Dueños sus enemigos de las principales ciudades y fortalezas del reino, y superiores á cuantos obstáculos pudieran oponérseles, triunfaron de la debilidad del rey consiguiendo que hiciese salir desterrado al condestable por seis años á los pueblos que le señalaron, y quedando interceptada con el mayor rigor su comunicacion con el monarca.

Las miras de los rebeldes se estendian sin embargo mas allá de lo que prometian en la apariencia : y aunque la separacion del condestable se habia anunciado como el único medio de salvar los intereses del reino, solo era necesaria en realidad para los ambiciosos que deseaban reemplazarle. Pero estos no podian ocupar todos á un mismo tiempo su lugar, ni á él podia arribarse sino por la tortuosa senda de la intriga, caminando sobre la ruina de todos los demas. La rivalidad, los zelos y la desconfianza, que eran consiguietes, no pudieron ménos de producir la desunion ; y el condestable se hubiera visto vengado con las armas de sus mismos enemigos, si previendo ellos las consecuencias de la discordia, no se hubiesen convenido en renunciar el supremo favor con tal que nadie le lograra. Para esto se creyó indispensable no perder al rey de vista, confinarle en ciertos y determinados lugares, separarle de toda comunicacion, y no permitir á nadie sin mucha precaucion la entrada en su palacio. Se espiaban recíprocamente los pasos y las acciones : procuraban adivinarse los pensamientos ; las expresiones mas indiferentes, proferidas al descuido, se examinaban por todos sus aspectos, y bastaba para alarmar á todos hablar al rey en secreto dos palabras. A tal extremo redujeron al monarca de Castilla los mismos que calumniaban á Don Alvaro con acusaciones injustas, y que se suponian animados únicamente por el deseo de salvar la magestad de una vergonzosa esclavitud ; pero aun llegó á ser su prision mas rigurosa luego que sospecharon en el condestable algunos manejos ocultos para arrancarle de su poder. Con efecto, este hombre gravemente ofendido, pero superior á los reveses de su fortuna, y á los resentimientos que en otro hubiera escitado la instable conducta de Don Juan, hacia ya mucho tiempo que meditaba desde su retiro el modo de romper sus cadenas, y solo esperaba un momento favorable cuando la desunion de sus mismos opresores se anticipó á sus deseos, y le facilitó la ejecucion.

El principe heredero Don Enrique, que no pudo perdonar á su padre el tener un favorito, habia depositado su confianza toda en un caballero llamado Don Juan Pacheco, cuyo favor é influencia le constituian verdaderamente temible á aquellos envidiosos cortesanos, y le habian hecho por lo mismo el blanco de su zelosa descon-



fianza. Pacheco, aun cuando despreciase los simulados tiros que le dirigian por todas partes, no se creyó dispensado de vengarse; y rasgando el engañoso velo que ocultaba la ambicion de aquellos revoltosos, descubrió al jóven príncipe toda su inicua trama, que disfrazada con la máscara del bien de los pueblos, solo habia tenido por objeto subyugar al rey en términos tan injuriosos como intolerables. Exasperado el príncipe, y resuelto á poner en libertad á su oprimido padre, se ocupaba en discurrir los medios de conseguirlo, cuando con el mayor secreto recibió un aviso del condestable, ofreciéndole ausilios para tan digna empresa, y doblar la cerviz á aquellos insolentes. Ya se creyó entónces superflua la menor dilacion: se pusieron ambos de acuerdo, unieron sus fuerzas, y sostenidos por el crecido número de vasallos leales que se disputaban la gloria de librar á su rey, se hallaron bien pronto en estado de poder medir las armas con sus enemigos. Estos, aunque desde luego se habian preparado alistando sus tercios, y redoblando las prisiones del rey, no pudieron evitar su evasion, y ménos la derrota que sufrieron bajo los muros de Olmedo, pereciendo de sus resultas el infante Don Enrique, y quedando prisionero el almirante de Castilla, uno de los principales corifeos de la rebelion.

Se creyó que con esta victoria mas memorable que sangrienta, iba á renacer en Castilla la serenidad; y con efecto, muerto el inquieto maestre, presos ó fugitivos los mas temibles cabezas de aquellos movimientos, y aplicados al fisco sus estados, era de esperar que los demas rebeldes, por miedo, impotencia ó falta de apoyo, dejarian por algun tiempo descansar al reino de tantas inquietudes; pero inmediatamente aparecieron otras mas escandalosas y de mayor trascendencia, cuya causa no es muy difícil señalar. Habia recobrado el condestable todo su ascendiente sobre el corazon del rey, cuya mediacion le proporcionó el maestrazgo de Santiago, y cuyo afecto, declarado en repetidas honras y mercedes, hizo bien pronto conocer á Pacheco la inutilidad de sus esfuerzos para conservar en la corte, miéntras aquel subsistiese en ella, el absoluto influjo que por medio del príncipe se habia lisonjeado de ejercer. Creyóse desairado en tanto que no lograrse deshacerse de tal competidor; y nada mas seguro para conseguirlo que debilitar al protector y su partido, avivando en secreto el enconado rencor de los descontentos, y dejarle abandonado al éxito de una lucha desventajosa, que ciertamente habia de terminarse con mengua de la magestad. Este era el momento mas favorable á Pacheco. El rey, avasallado por un poder á que no habria podido resistir, é incapaz de sacudir el yugo que le oprimia, sufriria sin repugnancia, como en otras ocasiones, la ley que le dictase el partido vencedor; y era segura la remocion del condestable, á quien la revoltosa nobleza jamas perdonaria el favor que disfrutaba, ni el malogrado suceso de todos sus esfuerzos para derriarle. El príncipe por otra

parte, algo ambicioso, y dócil siempre á las insinuaciones de Pacheco, se prestaria fácilmente á cualquiera resolucion que le diese alguna superioridad respecto de su padre, y tratándose de abatir á un sugeto á quien miraba con envidia hacer el primer papel, coadyuvaria con gusto á cualquiera intriga para arruinarle. En efecto, habló el sagaz favorito, desfigurando con el mas feo colorido la conducta del condestable; los castigos impuestos á los caballeros rebeldes los pintó como otros tantos abusos del influjo que ejercia sobre un monarca débil; y exhortándole á tomar bajo su proteccion aquella multitud de víctimas, que se decian inmoladas á la seguridad de un hombre vengativo, le convenció á huir precipitadamente de una corte, en que suponía reinar la arbitrariedad y la tiranía.

A todos sorprendió su inesperada fuga; pero el condestable conoció bien pronto el principal resorte de este movimiento, comprendió toda la estension de la intriga, y previendo sus consecuencias, temió por la tranquilidad de Castilla y la seguridad de su persona. El rey, acongojado con la idea de nuevas inquietudes, y entónces demasiado débil para hacerse respetar, se creyó en la necesidad de precaverlas por cualquier medio; pero el príncipe su hijo se negó á toda composicion mientras no se sobreseyese en el castigo de los descontentos, que decia sin rebozo haber tomado bajo su proteccion, y se remunerase á Pacheco largamente el buen servicio de haber contribuido á la libertad del rey. Esto era en cierto modo exigirle el precio de su rescate; pero aun cuando hubiese sido mas costoso todavía, en la dura alternativa de otorgar tan insolentes propuestas, ó de esponer al reino á los desastres de una escandalosa guerra, apenas le quedaba libertad para elegir partido ménos arriesgado y vergonzoso. Los rebeldes, con efecto, aseguraron su impunidad: Don Juan Pacheco obtuvo el marquesado de Villena; y aun para tenerle mas grato, hizo el rey que los comendadores de Calatrava eligiesen maestro de la órden á su hermano Don Pedro Giron.

En vano hubiera deseado el condestable hallar algun arbitrio para enfrenar á sus implacables enemigos, y conservar ilesa la autoridad soberana; porque para salir con honor de tan críticas circunstancias, era indispensable contar con fuerzas muy respetables, y con un carácter mas firme y mas enérgico que el de Don Juan II. Pero ya que no les pudo arrebatarse este triunfo, por lo ménos se confirmó en la idea, que ya tenia concebida anteriormente, de buscar un apoyo que le preservase de la ruina que le amenazaba. No se le ocultó que este acontecimiento no habia sido mas que un ensayo, cuyo éxito feliz aseguraba á los rebeldes el buen suceso de ulteriores tentativas; que todo lo debia temer de la ojeriza de tan enconados rivales, ó que tenia sobradas pruebas para desconfiar del favor de un monarca débil y pusilánime. El casamiento de Don



Juan, viudo entónces de Doña María de Aragon, con Doña Isabel de Portugal, le pareció que al paso que conciliaba á Castilla una alianza poderosa, que no osarian menospreciar los insurgentes, le proporcionaba igualmente al lado del rey un influjo constante, que manejándole á su arbitrio como se lisonjeaba, desconcertaria las intrigas de los dos envidiosos, y le sostendria contra la inconstancia del monarca. Solo habia que vencer la repugnancia que á este enlace manifestaria Don Juan, cuya aficion á Rodegunda, princesa de Francia, era demasiado notoria; pero no era este un inconveniente capaz de arredrar á un hombre acostumbrado á disponer libremente de la voluntad del rey; ademas de que ocultándole el proyecto hasta que ya se hallase concluida la negociacion, estaba bien seguro de que no le dejaria desairado cuando recibiese la noticia.

Con efecto, así sucedió puntualmente. El rey, si bien manifestó al principio algun disgusto, admitió por fin sin repugnancia y aun con amor la esposa que le presentó su favorito; pero creyó percibir en este hecho un abuso intolerable del poder que habia adquirido á la sombra de su debilidad. La nueva reina fué el primer testigo de su resentimiento, pues muy desde luego le descubrió el monarca su resolucion de sacudir el yugo que vergonzosamente le tenia oprimido; pero que vacilaba en la eleccion de los medios de conseguirlo sin grande conmocion; y la princesa, sobrado interesada en no sufrir competidor sobre el corazon de su esposo, se anticipó á sus deseos, encargándose con gusto de la ejecucion de este proyecto. El disímulo se creyó sin embargo muy necesario hasta la ocasion oportuna; y esta no tardó en presentarse cuando ménos se esperaba, y por un medio que no era de imaginar.

La osadía con que el príncipe Don Enrique se declaró en favor de la nobleza descontenta, y el temor de exasperarle cuando no podia refrenarle su padre, proporcionaron, como ya dijimos, la impunidad á los caballeros rebeldes. Obtuvieron con efecto su libertad los que se hallaban presos; y solo el conde de Alba, confundido á pesar de su lealtad entre los desleales, quedó por mucho tiempo todavía sepultado en una dura prision. Queriendo vengar este agravio su hijo Don García de Toledo, tomó las armas, y desde su castillo de Piedrahita, en que se hizo fuerte, empezó á saquear los pueblos del distrito. Por consejo de Don Alvaro determinó pasar el rey á sujetarle con algunas tropas; pero el conde de Plasencia Don Pedro de Zúñiga, que se hallaba retirado en Bejar, creyó que esta expedicion era un estratagema del condestable, enemigo de los Zúñigas, para sorprenderle indefenso; y uniéndose con sus amigos y deudos, formó el arrojado proyecto de acometerle en su misma casa, prenderle, ó matarle si hiciese resistencia. En aquellos tiempos en que Don Alvaro se hallaba sostenido por el cariño del monarca, hubiera sido imposible llevar á efecto esta resolucion; pero entón-

ces habian mudado las cosas de semblante, y la reina, demasiado empeñada en la ruina del favorito que la habia puesto en el trono, aprovechó la ocasion y coadyuvó á la empresa. Inmediatamente que se presentaron en la corte aquellos caballeros hallaron autorizado su designio con su despacho del rey, escrito de su puño, en que se decretaba la prision de Don Alvaro de Luna. Nada mas fué necesario. Don Alvaro fué preso, entregado de orden del rey al juicio de un consejo formado precipitadamente de personas, que quizá no le serian muy afectas, y condenado á perder la cabeza en un cadalso por tirano y usurpador de la autoridad real. Conducido al lugar de la ejecucion, y viendo allí inmediato al caballero del príncipe Don Enrique, dicen que le dirigió estas palabras: « Dirás á tu señor, que á sus leales servidores les premie de otro modo que el rey me premia á mí. » Examinó con tranquilidad la escarpia en que habia de estar colgada su cabeza, sacó del pecho una cinta que llevaba prevenida para que le atasen las manos; y despues de adorar un crucifijo que habia sobre el tablado, entregó al cuchillo su garganta. Así acabó en Valladolid despues de tantas vicisitudes y reverses este hombre singular, este monstruo de la fortuna; siendo lo mas particular que fuese enterrado de limosna en el cementerio de los malhechores el mismo que habia llegado á la cumbre del poder, y tenido á su disposicion los tesoros de la corona. Se ha pretendido oscurecer su memoria con acusaciones bien denigrativas; pero quizá su único defecto fué ser ministro hábil de un débil monarca; y lo que no tiene duda es, que Don Juan II de Castilla pagó muy mal á Don Alvaro de Luna el celo con que le habia servido, y la libertad que le debió en repetidas ocasiones, arrancándole ya del poder de los infantes de Aragon, ya del de sus mismos vasallos.

Así es que aquellos grandes de Castilla, que tanto habian inquietado, apenas se vieron desembarazados de este espíritu denodado y firme, empezaron á mostrarse mas insolentes y atrevidos; y aunque para abatirles el orgullo, quiso el rey valerse de las armas, y con las riquezas del condestable logró formar un cuerpo numeroso de tropas, tuvieron ellos demasiado poder y osadía para hacer ilusorios sus proyectos. Ni ¿cómo un príncipe débil, sin carácter, sin autoridad, sin fuerzas, y despreciable á los ojos de muchos de sus vasallos mismos, pudiera salir bien de una empresa superior aun á la constancia, á la política y fino talento de un Don Alvaro de Luna? Empeñado en este objeto se hallaba sin embargo cuando le acometieron unas cuartanas dobles y tenaces, que le condujeron al sepulcro en 21 de julio de 1454, á los cuarenta y nueve años de edad, cuarenta y siete 1454. de reinado, y trece meses de la muerte de su favorito. Dejó dos hijos de su segundo matrimonio: la muerte prematura del primero, llamado Don Alonso, puso con el tiempo, como ya diremos, la



corona de Castilla sobre las sienes de su hermana Doña Isabel, conocida por el famoso renombre de la Católica. Se dice que Don Juan era sumamente apasionado á la historia y á la poesía, y que á pesar de su limitado talento, las composiciones que en este último género han podido conservarse no son del todo despreciables. Quizá esta seria la causa de que mirase con mortal aversion los negocios serios de la monarquía; y no deja de ser bastante reprehensible en un príncipe destinado á hacer la felicidad de sus pueblos, el no saber sacrificar á este único y preferible objeto sus inclinaciones particulares.

Enrique IV de este nombre, su hijo y sucesor, habia casado en vida de su padre con Doña Blanca de Navarra; pero no habiendo podido lograr sucesion de esta señora en mas de doce años que vivieron juntos, solicitó y obtuvo de la curia romana la rescision de un matrimonio, que consideraba nulo por impotencia respectiva. Quedaron por consiguiente ambos en la libertad de unirse con quien mejor les pareciese; y restituida á Navarra la princesa, no trató Don Enrique de pasar á segundas nupcias, hasta que colocado en el tróno de su padre, pensó muy seriamente en borrar la nota de su impotencia, asegurando la sucesion de sus reinos. Habiéndole celebrado mucho la hermosura de Doña Juana, infanta de Portugal, la pidió, se otorgaron las capitulaciones, y celebrado el desposorio por poderes, fué recibida en Castilla la nueva reina con el mayor aparato y obsequio.

Una de las torpezas que cometió Don Enrique desde el momento en que empezó á reinar, fué exasperar á la grandeza, elevando á los primeros empleos á personas de baja estraccion, que no tenían otro mérito que la recomendacion de sus favoritos. La nobleza necesitaba de muy poco para renovar las disensiones anteriores; pero ciertamente no es extraño llevase con impaciencia que los honoríficos cargos de canciller y condestable recayesen en un simple criado del marques de Villena: que el maestrazgo de Alcántara se destinase para un pobre hidalgo de Cáceres; y que Don Beltran de la Cueva pasase repentinamente de page de lanza del rey á ser su mayordomo mayor, y declarado favorito, cuando los principales ricoshombres se creian desatendidos y humillados.

Los primeros que empezaron á manifestar su descontento fueron el arzobispo de Toledo, el almirante Don Fadrique Enriquez, Don Pedro Giron, mestre de Calatrava, el marques de Santillana, los condes de Haro, Alba, Benavente, y otros muchos poderosos. Quejáronse altamente al rey de la malversacion de sus rentas en los profusos y disparatados festejos á que le inducian sus malos consejeros; de la impunidad con que se multiplicaban los delitos, hallandó los delincuentes abrigo en quien debia castigarlos; de la licencia y desenfreno con que hasta en las clases mas ínfimas se eludia el rigor de las leyes; y de la indolencia con que se miraba

la felicidad del estado. Tantos y tan crecidos males indicaban, en su concepto, como necesaria la convocacion de unas córtés en que se proveyese de remedio; aunque el principal motivo era que como estaban seguros de la mayoría de los vocales, esperaban arreglarlo todo á su voluntad, arrojando de la corte al favorito y sus hechuras, y realizar el proyecto que habian ya propuesto al rey de hacer declarar príncipe heredero de la corona á su hermano el infante Don Alonso. Era el pretesto la impotencia de Don Enrique, que al parecer se confirmaba en su segundo matrimonio; pero el objeto seria sin duda poder formar, á la sombra de una persona autorizada, un partido de oposicion, que el rey no podria ménos de tratar con algun miramiento. Tenian un ejemplar en el mismo Don Enrique, á quien habian visto, sostenido por la nobleza, dar la ley á su indolente padre en el reinado anterior. Sin embargo, esto mismo fué tambien quizá la causa de que el rey, penetrando sus miras, ensordeciese á sus quejas, y desechase sus propuestas. Ocurrió á poco tiempo la novedad de dar á luz la reina una hija; y para quitarles toda esperanza de lograr sus intenciones, dispuso el rey inmediatamente que el reino la reconociese y jurase por princesa heredera del trono de Castilla.

Resistióse no obstante mucha parte de la grandeza á prestar el juramento, habiéndose esparcido ciertos rumores de que la recién nacida no era hija del rey. No faltaba quien sin rebozo le señalase por padre á Don Beltran de la Cueva; y aun se añadía que este no habia hecho otra cosa que acceder á las insinuaciones del mismo Don Enrique. Todo lo hacian creible sus deseos de desmentir el concepto de impotente en que generalmente era tenido; y la reina quizá, por otra parte, no dejaria de dar motivos suficientes para que tales juicios, aunque vergonzosos, no fuesen absolutamente infundados. Como quiera, desde entónces empezó á fraguarse una formidable conspiracion, que tenia por objeto no ménos que destronar al rey, y sustituir en su lugar al infante Don Alonso. Claro es que sus principales corifeos serian los caballeros descontentos; pero ahora se les habian agregado las mejores familias del reino y los prelados mas respetables, soplando el fuego de la sedicion el mismo marques de Villena, que no podia perdonar á Don Enrique el ensalzamiento de su rival Don Beltran de la Cueva. Sostenidos al mismo tiempo por los reyes de Aragon, que deseaban el enlace de su hijo Don Fernando con la infanta Doña Isabel, y veian muy opuesto á Don Enrique, se hallaron muy pronto en disposicion de atreverse á dirigir al rey, en nombre de los tres estados, un escrito formal quejándose del ningun efecto que habian producido sus diferentes reclamaciones, para que procurase reformar la administracion de justicia, y corregir los enormes escesos, que decian cometidos por el mismo rey, por los suyos, y particularmente por Don Beltran de la Cueva, que le



tenia oprimido y tiranizado, deshonorando su real persona y casa, y ocupando cosas debidas únicamente á la magestad; de que habia obligado á la grandeza y pueblo á jurar por primogénita y sucesora de los reinos á Doña Juana, dándole el título de princesa, que sostenian no corresponderle, como constaba al rey y á Don Beltran, y apoderándose de los infantes Don Alonso y Doña Isabel sus hermanos, á la sazón presos en Segovia, y cuya muerte se procuraba con esfuerzo para que nadie disputase la sucesion á la Beltraneja; y protestaban por último que si el rey no ponía freno á estos desórdenes, y sobre todo declaraba un sucesor legítimo de la corona, procurarían ellos defender con las armas sus derechos.

Don Enrique conoció muy bien que los que así le hablaban podían sostener lo que decían; pero creyó atajar el incendio, entregando al marques de Villena el infante Don Alonso, para que fuese jurado su sucesor en la corona, con la condicion de haber de casarse con Doña Juana luego que tuviese edad competente. Como al mismo tiempo se ponía en duda la legitimidad de la princesa, y esto cedia en oprobio suyo, tomó el ridiculo partido de hacer una sumaria informacion de su potencia, comisionando para el caso á los obispos de Cartagena y Astorga; y estos respetables prelados se vieron ocupados en recibir declaraciones para averiguar si Doña Juana era realmente hija del rey ó adulterina por algun engaño. En suma, las resultas fueron que hasta los doce años no se habia notado en Don Enrique defecto alguno natural; que enervada sin embargo con el tiempo su potencia no habia podido lograr sucesion de Doña Blanca, su primera muger; pero que habia tenido la fortuna de recobrarla despues. Cada uno podrá formar el juicio que le parezca en órden á esta pérdida y recobro de potencia generativa; pero estas declaraciones tienen ciertamente muchos visos de haber sido forjadas á placer de quien mandaba recibirlas.

Impacientes los coligados por llevar al cabo su proyecto de arrojar del trono á Don Enrique, apénas tuvieron en su poder al infante Don Alonso, se reunieron junto á los muros de Avila para representar una escena bien extraordinaria. Sobre un espacioso tablado, construido en una despejada llanura inmediata á la ciudad, erigieron un magnífico trono, en que colocaron una estatua de Don Enrique revestida de las reales insignias; y á presencia de una prodigiosa multitud de nobles y plebeyos convocados al intento, se le formó una especie de juicio, condenándole á perder la corona en castigo de los crímenes, injusticias y notables escesos que pretendian habersele justificado. La sentencia se leyó en alta voz á todos los circunstantes; y en su ejecucion fué inmediatamente despojada la efigie de los adornos de la magestad, arrojada con ignominia del trono, y reemplazada en él por el infante, á quien al punto aclamaron rey de Castilla.

Semejante esceso no pareció ya disimulable á Don Enrique; y

así inmediatamente juntó sus tropas, marchó contra los sediciosos, y los derrotó bajo los muros de Olmedo; pero ni este contratiempo, ni la muerte del infante Don Alonso, acaecida de al í á poco, bastaron para que abandonasen su intento. Enviaron una diputacion á la infanta Doña Isabel, que se hallaba á la sazón en Avila, ofreciéndole el trono de Castilla, que suponian pertenecerle como inmediata sucesora en el derecho de Don Alonso; pero la noble princesa deseñó la proposicion con generosa constancia, y recordó á los malcontentos la fidelidad que debian á su legitimo soberano, contentándose con que se hiciese reconocer públicamente su derecho á la corona despues de los dias de su hermano Don Enrique, con esclusion de Doña Juana. Tan inesperado rasgo de desinteres les dejó sorprendidos, y les indicó su deber. Convinieron todos en dejar las armas, si bien no fué posible sosegar los ánimos, hasta que admitió el rey las condiciones con que se ofrecieron á volver á su obediencia. Estas se reducian á olvidar todo lo pasado, á restituir á cada cual lo que le pertenecia, y á declarar princesa heredera y sucesora en el reino á la infanta Doña Isabel; y en efecto, á pesar de las protestas de la reina á nombre de su hija, y de sus apelaciones al papa, que á la verdad no era el juez mas competente en este asunto, fué jurada Doña Isabel por los tres órdenes del estado, y declarado irrito por un legado pontificio, que se hallaba presente, el juramento prestado á Doña Juana.

No duró á pesar de eso la tranquilidad sino hasta tanto que volvieron á chocarse los intereses de los cortesanos. Este reinado y el anterior pueden llamarse con particularidad los de los favorecidos y de los zelosos. Émulos unos de otros, todos aspiraban á destruirse mutuamente, y cada cual anhelaban por apoderarse del gobierno. El marques de Villena habia recobrado todo su influjo, y constituido por la prodigalidad del rey y su propia política en una situacion que destruia el equilibrio del poder, hacia demasiada sombra á los de su clase para que le mirasen sin envidia. El arzobispo de Toledo particularmente se declaró su antagonista. Habia sido uno de los principales agentes en la anterior conmocion, y su genio altivo y dominante no le hacia soportable la idea de que otro le arrebatase el fruto de sus intrigas. Ambos se miraban con desconfianza, ambos se aborrecian, y no desperdiciaban la menor circunstancia que pudiese mortificar al otro. Favorecia el arzobispo las pretensiones del príncipe Don Fernando de Aragon; y esto bastó para que Villena se propusiese contradecirlas, casando á la infanta Doña Isabel con el rey de Portugal ó con el duque de Berri. La corte se dividió en bandos. Unos patrocinaban las ideas del arzobispo, otros sostenian las de Villena: unos y otros parciales eran poderosos y tenaces; pero los del arzobispo llevaban la ventaja de defender el gusto de la infanta. A pesar de todo, era tal el empeño de Villena por embarazar el matrimonio de esta señora con Don



Fernando de Aragon, que no se hubiera celebrado, á no ser por el desvelo del arzobispo. Él trazó el plan, dió las disposiciones, franqueó caudales, venció cuantos obstáculos se le pusieron, que no fueron pocos; y cuando ya estuvo todo preparado, partió disimuladamente la infanta del lugar de su retiro para reunirse con el arzobispo. Intentó Villena detenerla en el camino; y aquel salió inmediatamente á su defensa con trecientos caballos escogidos, que la fueron escoltando hasta Valladolid. Ya que no pudo Villena impedir esta reunion, despachó órdenes estrechas á las fronteras para que no permitiesen el paso á Don Fernando. El príncipe, sin embargo, avisado por el arzobispo de cuan urgente era su entrada, se arrojó al peligro sin reparo, se introdujo disfrazado en Castilla, y con solas cuatro personas llegó sin obstáculo hasta Valladolid, donde se celebró el desposorio.

De este modo quedaron burladas las precauciones del marques de Villena, y frustrados todos sus designios; pero desde luego convirtió su encono contra los príncipes, é intentó con el mayor esfuerzo privarles de la corona, haciendo revivir el derecho ya olvidado, y que él mismo había combatido, de la desgraciada Beltraneja. Temia, y con razon, que si reinaban en Castilla estos príncipes, no solo perderia el marquesado de Villena y otros estados que habían sido del rey de Aragon, padre de Don Fernando, sino la mayor parte de los que poseia en Castilla, arrancados con astucia al pródigo Enrique, á pretexto de remuneraciones por los servicios que había hecho en favor de Doña Juana. Procuró pues persuadir al rey á que esta efectivamente era hija suya, y que no podia tolerarse que viviendo ella, y habiendo sido jurada princesa y sucesora suya, pretendiese usurparle el reino Doña Isabel su hermana. El rey, que se hallaba por otra parte sumamente irritado por el matrimonio, quedó fácilmente persuadido, anuló la declaracion que había hecho en favor de Doña Isabel, y publicó otra en favor de Doña Juana. Considerando Villena cuan útil le seria interesar en sus intrigas á alguna potencia estrangera, había ofrecido la mano de Doña Juana al rey de Portugal; pero despues, mas confiado quizá en las fuerzas de la Francia, no tuvo reparo, á pesar de su empeño con el portugues, en proteger la pretension del duque de Berri, que solicitaba el mismo enlace. Este fué por consecuencia el preferido, y se celebró su casamiento en el valle de Lozoya á presencia de una corte numerosa congregada al intento. En esta asamblea ocurrió lo que no tendrá quizá ejemplar. Los embajadores *del duque*, que no debian estar muy satisfechos de la legitimidad de la novia, exigieron juramento públicamente á la reina de que aquella señora era verdaderamente hija de su marido. Habiéndolo afirmado, pasaron á exigirle al rey; y este, que unas veces vacilaba, otras lo creia, y otras lo negaba abiertamente, tampoco tuvo dificultad en asegurar lo que no sabia ni podia saber.

Por desgracia murió el duque ántes que su esposa saliese de Castilla; y Villena, que no perdía de vista su plan, hubo de contentarse con la alianza que habia despreciado ántes; si bien el portugues se creyó, y con razon, bastante desairado para admitir entónces la propuesta. Puso los ojos Villena en Don Enrique Fortuna, hijo póstumo del infante Don Enrique, hermano del rey de Aragón; y sin duda estuvieron muy adelantadas estas negociaciones. Debíó sin embargo disgustarse muy en breve de su nuevo ahijado, pues no solo se le advirtió muy tibio en concluir las, sino que reconvenido por el rey, respondió: « Que su hija debia casar con un rey poderoso, que supiese vindicar sus derechos; pero que si á pesar de todo insistia en casarla con el infante, debia prevenir un ejército respetable, y veinte millones para pagarle. »

Entre tanto los príncipes Doña Isabel y Don Fernando, dedicados á ganar el afecto de los pueblos, hacian unos progresos, que llenaban de temor á sus contrarios. Ya se habian declarado en su favor infinitas ciudades; su partido se engrosaba diariamente á costa del de Doña Juana, y solo faltaba ganar el ánimo del rey para desconcertar absolutamente las intrigas de Villena. Valiéronse para ello de los marqueses de Moya, sumamente afectos á la princesa; y aunque al principio se presentaron bastantes dificultades, supieron estos aprovechar la ocasion en que el rey, sumamente disgustado de su muger, empezaba á mirar con indiferencia los intereses de su hija, y á separar de su confianza al marques de Villena. Redoblaron entónces sus esfuerzos, y al cabo consiguieron con sus buenos oficios, y los del cardenal de España Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que el rey se prestase á una reconciliacion, aunque bajo las competentes seguridades de que no se habian de inquietar ni invadir sus estados, de que habia de permitirsele gozar en paz de la corona miéntras viviese, de que se le habia de ayudar á recobrar los pueblos enagenados, y de que no se molestaria en nada á los caballeros de su servicio. No podian los príncipes negarse á tan razonables condiciones; y para captar su confianza, pasaron á Segovia sin ninguna escolta. Allí los recibió el rey con demostraciones tan particulares de cariño, que él mismo se presentó en las calles de la ciudad, conduciendo por el diestro el caballo de la princesa. Todos creyeron que habia llegado el término de tantos disgustos é inquietudes. Villena, sin embargo, compareció en la corte, sedujo nuevamente al rey con sus astucias, y se mudó la escena. El débil Enrique asintió sin repugnancia al proyecto de apoderarse de los príncipes; y aunque estos descubrieron con tiempo la conspiracion, y se pusieron en salvo, quedaron bien convencidos de cuan poco debian esperar de su inconstancia. Con efecto, ni los esfuerzos del arzobispo de Toledo, ni los del cardenal de España, ni los de cuantas personas estaban interesadas en la reunion, pudieron adelantar cosa alguna miéntras vivió Villena; y



los dos meses que le sobrevivió el rey apenas dieron lugar para pensar el modo de desimpresionarle.

1474. Murió Enrique IV en 12 de diciembre de 1474; y aun-  
que pasa en el concepto de piadoso, amante de la paz y enemigo de la crueldad, su inconstancia, debilidad é irresolucion oscurecieron cualesquiera prendas que pudiera tener. Su liberalidad, que puede mas propiamente llamarse prodigalidad indiscreta, enriqueció á sus favoritos; pero arruinó á sus vasallos y empobreció la corona. En una palabra, el juicio mas favorable que puede hacerse de este príncipe es que deseaba ser buen rey; pero que su genial indolencia le impidió acertar con los medios de conseguirlo.

Apenas falleció Don Enrique se declaró el reino todo por los príncipes Don Fernando y Doña Isabel, cuyo infatigable celo y acertadas providencias para corregir el désorden, y los abusos que habian reducido la monarquía á tan lamentable situacion, hicieron inmediatamente concebir las mas lisonjeras esperanzas. Toda su política, su moderacion y su equidad no fueron sin embargo bastantes á sofocar el gérmen de la discordia, y poner freno á la ambicion. La debilidad de sus antecesores habia dado ocasion á ejemplares muy perjudiciales, que los espíritus sediciosos se creian siempre con derecho de renovar; pero hallaron estos en la firmeza de los nuevos monarcas una oposicion que no esperaban, é hicieron sufrir al reino el contra golpe.

El nuevo marques de Villena, digno sucesor de su padre, no habiendo podido obtener el maestrazgo de Santiago, resucitó el partido de Doña Juana, se puso al frente, y para sostenerle supo determinar al portugues á aceptar la mano de esta señora, prometiendo ponerle en posesion de la corona de Castilla, que suponía injustamente detentada. Por otra parte el arzobispo de Toledo, sumamente picado de que los reyes no le recompensasen con una absoluta deferencia á sus ideas los desvelos y fatigas que habia sufrido por colocarlos en el trono, se retiró de la corte repentinamente; y á pesar de los esfuerzos que hicieron los reyes para aplacarle, no pudieron evitar que finalmente se adhiriese á la faccion de Villena. Este y el arzobispo se figuraban que podian contar por suya á toda ó casi toda la principal grandeza; y no hay duda en que si esto hubiese sido cierto, con dificultad hubieran podido los reyes mantener la corona sobre su cabeza; pero se lisonjearon demasiado, y la mayor parte de los grandes, que ellos creian amigos, los desampararon cuando llegó el caso.

Sea como quiera, el portugues se introdujo inmediatamente en Castilla á la frente de un ejército muy lucido, penetró sin oposicion hasta Plasencia; allí se desposó con Doña Juana, y los mismos que ántes habian dudado de la legitimidad de esta señora fueron los primeros que la aclamaron reina con las acostumbradas ceremonias.

Pasaron despues á Arévalo; Zamora y Toro se les entregaron sin resistencia; pero aquí los sorprendió Don Fernando con sus vigorosos tercios, y los obligó á hacerse fuertes dentro de la plaza. La precipitacion con que se vió forzado á acudir al peligro, y la esperanza de determinar la guerra con sola una batalla, le impidieron conducir un ejército bien abastecido, y para largo tiempo; pero no habiendo podido empeñar al portugues en una accion decisiva, creyó conveniente abandonar un sitio largo y penoso, y partió al socorro de Búrgos, oprimida por su gobernador y obispo á causa de su lealtad.

De esta retirada se aprovechó el portugues para internarse en Castilla, y llegó sin dificultad hasta Peñafiel; pero la reina pasó inmediatamente á Palencia con toda la gente que pudo reunir, y apostó varias partidas por los contornos de Peñafiel, ya para observar los movimientos del enemigo, ya para molestarle con repetidos encuentros y escaramuzas. El conde de Benavente, que acompañaba á la reina, fué uno de los caballeros que tomaron á su cargo esta empresa; y desde la villa de Valtanas, que ocupó con su mesnada, empezó á batir al portugues con tal viveza, que este creyó necesario desalojarle. Valtanas era un pueblo abierto, sin mas reparo ni fortificacion que el valor de sus defensores; pero á pesar de eso, y de haberle embestido por ocho partes á un tiempo con el mayor ardor, fué dos veces rechazado por el valeroso conde. La superioridad de sus fuerzas, su teson, y mas que todo el cansancio de la poca gente que le quedaba al conde despues de un obstinado combate de diez horas, le hicieron finalmente dueño de uno de los portillos de la villa. El conde, sin embargo, resuelto á disputarle á palmos el terreno, le hizo frente en una de las calles, la cubrió de cadáveres enemigos, y sostuvo por largo espacio un choque bien sangriento, hasta que por último cubierto de heridas, sin gente, y oprimido por la multitud, tuvo que renunciar á la esperanza de salvar la villa, y entregarse á la merced del vencedor. La mediacion de la condesa de Plasencia le restituyó la libertad, aunque bajo la condicion de no volver á servir á la reina de Castilla, y entregando en rehenes las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga, y ademas su hijo primogénito Don Alonso; pero tan leal como valiente, se reunió inmediatamente á su soberana, ofreciéndole continuar sus servicios, aunque perdiese todos sus estados.

Entre tanto se introducian en Portugal á sangre y fuego Don Alonso de Cáceres, que se decia mestre de Santiago, y el duque de Medinasidonia, causando cada uno por su parte inapreciables daños. El rey, despues de socorrer á Búrgos, escarmentando á los traidores, se apoderó de Zamora; y el portugues, temiendo ser cortado, se replegó precipitadamente á Toro. Las pérdidas que infructuosamente habia sufrido en esta espedicion, y las ventajas



que diariamente reportaba su enemigo, le pusieron en el caso de librar sus esperanzas en el éxito de una batalla; y el castellano, que por su parte no la rehusaba, luego que avistó á su competidor en las llanuras de Pelayo Gonzalez, le atacó denodado; y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, consiguió una victoria tan completa, que dejó al portugues imposibilitado de continuar la guerra.

Villena y los demas rebeldes, destituidos de apoyo, imploraron el perdon de los reyes, cuya generosidad y clemencia no fueron sin embargo bastantes á reducir al arzobispo de Toledo, que cada vez mas obstinado continuó escitando al portugues á que volviese á Castilla. Los reyes, que deseaban ganarle por medios pacíficos y suaves, disimularon mientras les fué posible; pero se vieron últimamente precisados á recurrir á la fuerza para reprimir su audacia. Despacharon tropas en su busca, le hicieron secuestrar las rentas arzobispales; y ya entónces, sin arbitrios para sostener su *portia*, se acogió á la piedad de unos monarcas, que sabian olvidar fácilmente sus agravios, y que vivieron en adelante satisfechos de su lealtad.

No fué tan sincera la reconciliacion de Villena y de algunos otros revoltosos, pues con un pretesto frívolo levantaron de nuevo el estandarte de la rebelion, y llamaron en su auxilio al portugues, que aun no bien escarmentado volvió á probar fortuna; pero en breve quedaron sujetos los rebeldes, y bastante destruido el rey de Portugal para pedir la paz, que solo obtuvo con la obligacion de abandonar todas sus pretensiones á la corona de Castilla, y la proteccion de Doña Juana.

Esta desgraciada señora, miserable juguete de la fortuna, y víctima de la paz, no habiendo podido conseguir rehabilitacion de la dispensa para realizar su matrimonio, concedida por el papa y anulada despues, se retiró del mundo, que tanto la habia desairado, y tomó el hábito en el monasterio de Santa Clara de Coimbra.

La muerte de Don Juan II de Aragon, padre de Don Fernando, ocurrida en este tiempo, proporcionó la incorporacion de esta corona con la Castilla; por lo que este lugar parece el mas propio para su particular historia.

#### ARAGON.

Aragon, cuya parte setentrional corresponde al Pirineo y está situada á sus faldas, recogió en sus montañas á los cristianos, arrojados por los moros de las provincias, que iban sucesivamente conquistando. Allí se hicieron fuertes, y se defendieron contra los esfuerzos de los sarracenos bajo el gobierno de los jefes, que con el dictado de condes ó principes elegian ellos mismos. Estos condes tuvieron siempre cierta dependencia de los reyes de Navarra: sus

estados ó por lo ménos una parte de ellos se incorporó con el tiempo á esta corona; y por último, en la division que á su muerte, año de 1035, hizo entre sus hijos el rey Don Sancho el Mayor, cupo este condado á *Don Ramiro, llamado el Espurio, decorado ya con el título de reino.*

Quizá no ha habido parte en España que haya sostenido guerras mas frecuentes y obstinadas. La lucha era perpetua entre los sarracenos que aspiraban á estender sus límites, y los aragoneses que les oponian las invencibles barreras de sus rocas y de su valor. Don Ramiro, despues de acrecentar su nuevo reino con algunas conquistas en la demarcacion de Zaragoza, quiso apoderarse de Graus en el año de 1063; pero tuvo la desgracia de morir en la demanda en 8 de mayo de aquel año, quedando su ejército deshecho. Sucedióle su hijo Don Sancho Ramirez, quien desde luego empezó con nuevas fuerzas á dilatar los confines de su reino, apoderándose de Bolea, Loharre, Tudela, Monzon, y otras plazas y fortalezas hasta la comarca de Zaragoza, con incalculable destrozo de los sarracenos, si bien algunas de ellas volvieron á ser reconquistadas; y por último determinó el asedio de la fortísima ciudad de Huesca. Despues de haberla reducido al mayor apuro, salió un dia con algunos soldados á reconocer los muros de la plaza, buscando la parte que pudiese resistir ménos al impulso de las máquinas; y al tiempo de levantar el brazo para indicar donde le parecia, una flecha disparada de las murallas se introdujo por debajo del brazo, y le dejó mortal. No permitió sin embargo que se la estrajesen, hasta haber recibido de sus hijos, grandes y prelados, que le acompañaban, el juramento de no abandonar el sitio hasta rendir la ciudad, y murió en 4 de junio de 1094.

Su hijo primogénito y sucesor Don Pedro I, cumpliendo con el juramento, continuó el bloqueo con el mayor ardor, redobló sus esfuerzos, se apercibió de nuevas tropas, y ya se disponia al asalto, cuando supo que en defensa de la plaza se acercaba un formidable ejército, conducido por algunos régulos ó gobernadores dependientes de Abderramen, rey de Huesca. Léjos de desanimarse, determinó salirles al encuentro; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, les presentó la batalla, los desbarató, y dejó tendidos en el campo cuarenta mil hombres. La rendicion de la plaza completó la victoria, pues amedrentados sus defensores, Abderramen, sin arbitrios para sostener el sitio, sin esperanza de nuevo socorro, tuvo inmediatamente que rendirse. Poco gozó Don Pedro de la corona y de sus triunfos, pues en 28 de setiembre de 1104 falleció con sentimiento general de sus pueblos; y no habiendo dejado hijo alguno, le sucedió su hermano Don Alonso, llamado el *Batallador.*

Las primeras expediciones del nuevo rey fueron dirigidas contra Castilla, cuya corona suponía haberse ceñido Doña Urraca en perjuicio de sus derechos. Ya vimos en la historia de Castilla el éxito



de sus pretensiones. Dió la ley en los principios, adquirió una esposa que no le amaba, se empeñó en dominar á unos vasallos que le aborrecian, y de aquí se siguieron disturbios, que le empeñaron en una guerra demasiado sangrienta. Los castellanos consiguieron abatir su orgullo, y tuvo que abandonar la esposa, el reino, y los pretendidos derechos.

Entónces convirtió sus armas contra los mahometanos, que hacian continuas irrupciones por las fronteras de su reino; y para quitarles de una vez la proporcion de repetir las, determinó atacar á Zaragoza, corte de su soberano, y donde se hallaban reunidas las principales fuerzas sarracenas. La empresa por lo mismo era muy aventurada; pero Alonso, acostumbrado á superar mayores dificultades, se presentó resuelto delante de la ciudad. Las primeras tentativas fueron sin embargo infructuosas, porque los sitiados supieron oponer una vigorosa resistencia al empeño de los sitiadores; bien que, persuadidos de la constancia de Alonso, se creyeron precisados á implorar el auxilio de los régulos comarcanos. Como la suerte de estos pendia de la de Zaragoza, despacharon inmediatamente en su socorro un crecido número de tropas aguerridas; pero no pudieron llegar á su destino, porque Don Alonso las salió al encuentro, y las desbarató completamente. La noticia de esta derrota consternó en tales términos á los moros zaragozanos, que rindieron al momento la ciudad.

Dueño el rey de Aragon, no solo de Zaragoza, sino de una multitud de plazas importantes, le fué ya bien fácil arrojar enteramente de toda la comarca á los sarracenos, haciéndolos retirar hasta los confines de Valencia, y dejar desembarazado casi todo el reino de Aragon. Apénas lo hubo conseguido se dedicó á ensanchar sus límites con el mayor esfuerzo. Se apoderó de Mequinenza, y hubiera tomado á Fraga, á no haber sido acometido por un formidable ejército, que condujeron en su socorro los régulos de Lérida, Valencia y Murcia. La fortuna le abandonó en esta batalla: los aragoneses fueron hechos pedazos despues de hacer prodigios de valor, y el rey se salvó huyendo con la poca gente que pudo recoger; pero atacado nuevamente en el camino, fué deshecho, y muerto en la refriega. Vivió setenta años, reinó treinta, y de veintinueve batallas campales, que tuvo con los moros, solo perdió la última, de lo cual le provendria sin duda el renombre de *Batallador*. Falleció en 7 de setiembre de 1134; y no habiendo dejado hijos, parece que tuvo la extravagancia de nombrar á los caballeros templarios por herederos de su reino.

A pesar de esto los aragoneses colocaron en el trono á su hermano Don Ramiro II, llamado el *Monge*, por haber sido abad de Sahagun, y obispo de Búrgos y de Pamplona. Mediante una dispensacion que obtuvo del papa Inocencio II, casó con Doña Ines de Poitiers, hermana de Don Guillen, conde de Aquitania, y tuvo una

hija, que fué llamada Doña Petronila. Su genio, naturalmente pacífico, le hizo disgustarse muy en breve de la efervescencia de la corte, y de las inquietudes que le ofrecia la corona; y anhelando por la tranquilidad de una vida privada, concertó el casamiento de su hija, que aun no pasaba de dos años, con Don Ramon, conde de Barcelona, los declaró sus herederos, nombró administrador del reino al conde, hasta que se casase con Doña Petronila, y se retiró á Huesca, sin reservarse mas que el título de rey, y el uso de su autoridad durante la menor edad de su hija.

Las memorias que nos han dejado los historiadores acerca de Don Ramiro son, además de escasas, poco gratas, pues ponderan su rudeza en el manejo de las armas, y su poco talento para el gobierno político; pero lo primero es muy difícil de conciliar con las costumbres de aquellos tiempos, en que los obispos eran los principales caudillos en los ejércitos, y lo segundo carece de prueba. Cedió su corona en el año de 1137, tercero de su reinado, y cincuenta y tres de su edad; pero aun vivió en su retiro hasta el de 1147.

Desde el reinado de Don Sancho Ramirez se hallaba incorporada á la corona de Aragon una gran parte de la Navarra; pero ocurrido el fallecimiento de Don Alonso, se erigió en independiente, nombrando por rey propio á Don García Ramirez, nieto del conde Don García de Nájera. Don Ramiro, que no se preciaba de guerrero ni de conquistador, miró con indiferencia esta desmembracion; pero su yerno el conde, apénas se vió condecorado con el título de rey, se coligó con Don Alonso VII de Castilla para despojar al navarro, y repartir entre ambos la conquista. Don García salió inmediatamente á la defensa de su pequeño reino, buscó al aragones antes que se reuniese con su aliado, y poniéndole en fuga, le hizo abandonar su proyecto. No depuso á pesar de esto Don Ramon sus pretensiones, y las renovó á poco tiempo; pero escarmentado por el desgraciado éxito de la anterior jornada, y no creyéndose bastante poderoso para medir sus fuerzas con su vencedor, imploró el auxilio de su sobrino Don Sancho III, entónces rey de Castilla, aunque fuese bajo la condicion de reconocerse feudatario suyo. Ofrecióle el castellano su asistencia con la generosidad de dejar libres sus tierras, contentándose con el feudo de que el príncipe heredero de Aragon asistiese á la coronacion de los reyes de Castilla, teniendo en mano el estoque desnudo. Enrobustecido el rey de Aragon con esta alianza, rompió á sangre y fuego por las fronteras de Navarra, se apoderó de varias fortalezas, y obligó á Don García á tratar de una composicion amigable. Murió en 6 de agosto de 1162, dejando tres hijos varones y una hembra, entre quienes su viuda la reina propietaria repartió sus estados, reservando al primogénito, llamado Don Alonso, la corona de Aragon y el condado de Barcelona.



## LIBRO NOVENO.

Don Alonso II; sus progresos por los reinos de Aragon y Valencia.—Don Pedro el Católico; pasa á Roma á coronarse por mano del papa, y hace su reino tributario de la santa sede.—Toma parte Don Pedro en la guerra contra los albigenses, y muere en la batalla del Garona. — Don Jaime I el Conquistador; inquietudes durante su menor edad.— El conde del Rosellon es despojado del gobierno del reino, y le confian los pueblos á su jóven monarca.— Los facciosos se apoderan del rey.— Expedicion contra Mallorca.— Conquista de Valencia.— Reciproca adopcion de Don Jaime y de Don Sancho el Fuerte, rey de Navarra.— La discordia se introduce en la familia de Don Jaime; intenta separarse de su tercera muger Doña Teresa Gil de Vidaure; oposicion de la corte de Roma.— Rebelion de los moros valencianos; muerte de Don Jaime.— Don Pedro III sujeta á los rebeldes valencianos; se declara protector de los sicilianos contra los franceses.— Vísperas sicilianas.— Irrupcion del rey de Francia en Aragon.— El rey de Francia se apodera del Rosellon y del Ampurdan; derrota de dos escuadras francesas; fuga del ejército frances, y su completa destruccion.— Don Alonso III el Liberal; por mediacion del rey de Inglaterra se presta á una amigable composicion; es pérfidamente burlado; Cárlos de Salerno es coronado rey de Sicilia por mano del papa.— Don Jaime II declárase protector del papa, y se une con Cárlos de Salerno para despojar de la Sicilia á su hermano Federico.— Don Alonso IV, en obsequio de su segunda esposa, desmembra el patrimonio real.— Don Pedro IV el Ceremonioso secuestra los estados de su madrastra; resentimiento del rey de Castilla.— Despoja con un especioso pretesto á su cuñado Don Jaime de la corona de Mallorca.— Intenta quebrantar las leyes fundamentales de la nacion; la union.— Una imprudencia empeña á Don Pedro con una peligrosa guerra con Castilla.— Acusada la reina de un grave delito, huye; pero alcanzada en el camino, sufre la dolorosa prueba del tormento.— Don Juan I perece desgraciadamente en una caceria.— Intenta el conde de Fox apoderarse del reino.— Don Martin; por su muerte se declaran seis aspirantes á la corona; es adjudicada la corona al infante de Castilla Don Fernando; resistencia del conde de Urgel.— Don Alonso V toma á su cargo la proteccion de la reina de Nápoles; los napolitanos, atropellando los derechos de Alonso, aclaman á Renato de Anjou; sitio de Gaeta.— Desgraciada terminacion del sitio de Gaeta; Alonso y sus hermanos son hechos prisioneros.— Coligado Alonso con el duque de Milan, se apodera de Nápoles.— Don Juan II; persecucion del desgraciado príncipe de Viana, y muerte de su hermana Doña Blanca.— Sublevacion de la Cataluña, que se declara independiente, y convida sucesivamente con el principado al rey de Castilla y al condestable de Portugal; batalla en los Prados del Rey.— Los catalanes eligen por último á Renato de Anjou; progresos del duque de Lorena por la Cataluña.— Empeñase Don Juan en una nueva guerra con Francia, por el recobro de los condados del Rosellon y Cerdaña; gloriosa defensa de Perpignan.— Fernando I y V de Castilla.— Sorpresa de Alhama.— Preparativos para la guerra de Granada.— Progresos de las armas católicas en el discurso de esta guerra.— Divisiones intestinas de los moros granadinos.— Apurada situacion de la ciudad de Granada.— Pintura lamentable de los sitiados; rendicion de la ciudad.

El nuevo rey Don Alonso II dedicó los primeros años de su reinado á ensanchar los confines de su reino por la parte de Valencia. Se apoderó de Teruel, y de muchos pueblos y plazas ven-

tajos, situadas á las márgenes del Guadalaviar. Valencia misma hubiera caído en su poder, á no haberla redimido su gobernador, obligándose á pagar tributos dobles; y aun la inespugnable Játiva le hubiera rendido vasallage, si el rey de Navarra, quebrantando las treguas concertadas entre ambas coronas, no se hubiese introducido por las fronteras de Aragon. Ya entónces le fué preciso suspender sus gloriosas espediciones, y marchar contra su infiel enemigo; pero el navarro supo excusar la batalla, y repartiendo su gente por la frontera, mantenerse sobre la defensiva. Don Alonso rompió el cordon, penetró en Navarra, llevando á todas partes el estrago; y uniéndose al año siguiente con el rey de Castilla, se adelantaron ambos hasta Pamplona, desbarataron al navarro, y recobraron muchas plazas. Las adquisiciones ó ventajas de los dos aliados no constan sin embargo con bastante claridad. Sabemos solo que urgiendo la necesidad de reprimir las hostilidades de los moros fronterizos, transigieron sus diferencias, comprometiéndose en la decision del rey de Inglaterra, y que aun cuando las condiciones del compromiso no les parecieron justas por entónces, se convinieron ellos mismos mas adelante por el bien de la paz, cuando estaban á punto de hacerlo á lanzadas. Murió Alonso en 5 de abril de 1196, dejando la corona á su hijo primogénito Don Pedro, y por tutora á su muger la reina Doña Sancha, é hija de Don Alonso VII de Castilla.

Los príncipes de aquellos tiempos se preciaban de una especie de piedad, que actualmente no obtendria quizá los sufragios de todos. Don Pedro II, siguiendo el espíritu que dominaba entónces, y creyendo adquirir mayor autoridad y respeto si recibia la corona del mismo vicario de Cristo, pasó á Roma á coronarse por mano del papa Inocencio III, y tanto agradeció este distinguido honor, que deponiendo sobre el altar el cetro y la diadema, hizo su reino feudatario de la santa sede. Esta sumision le grangeó el renombre de Católico, que ha trasmitido á sus sucesores; pero los aragoneses protestaron sin embargo los perjuicios que se les podian seguir, y sobre ello hubo no pocas inquietudes, hasta que por último tuvo el rey que declarar que así el feudo como el censo á que anualmente se habia obligado, no se estendia á sus sucesores, sino que espiraba con su vida.

En su tiempo se encendió en Francia la guerra contra los albigenses, y el católico Don Pedro se vió en la precision de tomar parte en ella á favor de su pariente el conde de Tolosa, uno de los principales corifeos de aquella secta, concurriendo no solo con sus caudales, sino con su persona; pero tuvo la desgracia de morir en 13 de setiembre de 1213, en una batalla que ganó el ejército cruzado á las orillas del Garona. Algunos dias ántes habia solicitado separarse jurídicamente de su muger Doña María de Mompeller, á pretesto de estar casada anteriormente con el conde de Cominges,



que vivia en la actualidad, y de mediar alguna afinidad entre ambos. Doña María tuvo que pasar personalmente á Roma para defender su causa, y probar que su matrimonio con el de Cominges habia sido nulo en su origen, por estar casado entónces el conde con otras dos mugeres, la primera de las cuales habia de ser legitima puesto que no claudicaba el consorcio por ninguna parte : de suerte que la sentencia del papa y de su consistorio no pudo ménos de ser favorable á la reina ; pero habiendo muerto el rey ántes que ella se restituyese á España, solo sirvió para declarar legitimo al príncipe heredero Don Jaime.

Este no pasaba de cinco años cuando sucedió á su padre, y esta edad sola indica que no faltarian disensiones sobre la regencia y el gobierno. Con efecto, su tio Don Fernando, monge profeso, y abad de Montaragon, intentó volver al siglo, y apoderarse del reino. Lo mismo solicitaba el anciano Don Sancho, conde del Rosellon, tio del rey difunto ; y ambos fundaban sus pretensiones en la supuesta ilegitimidad de Don Jaime, como procedido de un matrimonio, cuya nulidad sostenian con empeño por la misma causa. La reina no volvia de Roma con la declaracion pontificia ; y entre tanto permanecia el rey su hijo en poder de Simon de Montfort, jefe de la cruzada contra los albigenses, en quien le habia depositado el papa luego que empezaron las desavenencias de sus padres. Sin embargo, la mayor y mas sana parte del reino se declaró por el príncipe, y suplicó al papa dispusiese su entrega para colocarle en el trono, y precaver la guerra civil que amenazaba á sus estados ; y aunque Simon lo repugnó bastante por sus miras particulares, no pudo resistir al decreto de un concilio provincial celebrado en Mompeller, á las conminaciones del papa, y á las censuras eclesiásticas. El jóven príncipe fué pues restituido á sus aragoneses, y conducido á la fortaleza de Monzon, donde miéntras sus tios se disputaban la autoridad, fué preciso confiarle á la custodia y enseñanza de Don Guillen de Monredó, maestro del Temple, á quien debió una escelente educacion.

El conde del Rosellon llegó por fin á alzarse con el gobierno del reino durante la menor edad de Don Jaime ; pero descontentos de su administracion los pueblos, resolvieron ponerla en manos de su jóven monarca, aunque á la sazón no pasaba de diez años, y trasportarle á Zaragoza para reconocerle públicamente por su soberano. El proyecto estuvo á pique de malograrse, porque apénas lo supo el conde, salió con un grueso destacamento de tropas contra los que conducian al rey, los sorprendió en el camino, y seguramente hubiera podido desbaratarlos, y apoderarse de Don Jaime ; pero temió sin duda, y hubo de contemporar.

Las parcialidades continuaron sin embargo, aunque mas encubiertas ; y para proporcionar al jóven rey un apoyo contra sus rivales, se creyó preciso casarle con la infanta de Castilla Doña

Leonor, hija de Don Alonso VIII. Muy poco ó nada fué lo que se adelantó. Don Guillen de Moncada y Don Pedro Ahones, caballeros principales de Aragon, de concierto con el infante monge Don Fernando, y con Don Nuño, hijo del conde del Rosellon, hallaron medio para apoderarse de Don Jaime, y detenerle en su palacio mismo como prisionero. Este se cansó bien pronto del encierro, y con el favor y consejo de Monredó, se refugió en el Castillo de Horta, que era de los templarios. Ahones murió poco despues á manos de un caballero leal; y sin embargo de su rebeldía sintió el reino tanto su muerte, que como si el rey hubiese sido la causa, se pasaron todos los pueblos al partido de su tío, escepto Calatayud. Tuvo el rey entónces que valerse de toda su prudencia para apaciguar la sedicion, y logró mas con su agrado é indulgencia, que hubiera conseguido por la fuerza. Las casas y familias mas principales y mas enemigas suyas se declararon luego en su favor, y su tío mismo Don Fernando abandonó sus pretensiones, é imploró su perdon. A todos los recibió en su gracia; y apénas hubo conseguido restablecer la quietud en su reino, quiso ensayar su espíritu guerrero.

Empezó sus expediciones por la conquista de Mallorca. Esta isla habia caido en manos de los sarracenos cuando estos se apoderaron de España: floreció bajo su dominacion igualmente que las otras Baleares; y en 1229 podia sin dificultad poner sobre las armas mayor número de combatientes, que quizá tiene de habitantes en el dia. El príncipe que reinaba entónces se concilió la enemistad de Don Jaime por una fanfarronada imprudente; pues habiéndole este enviado á pedir la restitucion de dos barcos catalanes, apresados en alta mar por los mallorquines, el monarca insular, afectando una ignorancia insultante, preguntó desdeñosamente al enviado: «¿Y quién decis que es vuestro dueño? — Mi dueño, respondió, es el poderoso Don Jaime, rey de Aragon, que sabrá acabar con todos vuestros moros.» La narracion que á su regreso hizo el embajador indignó de tal manera á Don Jaime, que inmediatamente se dispuso para atacar á Mallorca, y cuentan que juró sobre el altar *no abandonar la empresa hasta que consiguiese asir al moro por las barbas*. Desembarcó efectivamente en su isla; quedó prisionero el monarca mahometano, y los que nos han trasmitido la especie fabulosa de aquel extravagante juramento dicen que le cumplió asiéndole por las barbas. Lo que no tiene duda es que le trató con mucha humanidad, y que respetó su vida aunque nada puede asegurarse acerca de su suerte en lo sucesivo.

Tres años despues se apoderó Don Jaime de las demas Baleares, quedando así los moros sin este abrigo para sus piraterías, y los africanos sin esta escala para pasar á Murcia y á Valencia.

La poblacion y riquezas de este último reino llamaban, hacia ya mucho tiempo, su atencion; pero nunca se habia presentado tan



fácil su conquista como ahora, que ya era dueño de las Baleares. La empresa no dejaba sin embargo de ser superior á solas sus fuerzas; y por eso fué necesario que formase una especie de cruzada, convidando á todos los guerreros, amantes de la gloria, así de España como de Francia, Italia, Inglaterra, y de otras regiones, á que concurriesen por su parte á esta jornada honrosa; y cuando con las tropas, que por este medio se le reunieron, se creyó bastante fuerte, entró á cubrirse de laureles en el territorio valentino. Dueño de las principales fortalezas del reino, como Burriana, Peñíscola, Puig de Enesa, y de otras infinitas ménos importantes, sentó sus reales delante de Valencia, la combatió con el mayor denuedo, y á pesar de la vigorosa y casi desesperada resistencia que le opusieron los sitiados por espacio de seis meses, logró rendirla en 1238. La prosperidad de que iban siempre acompañadas sus armas consternó á los sarracenos en tales términos, que las ciudades, las villas y las aldeas se le entregaban á porfía; de suerte que tuvo la satisfaccion de ver engrandecida su corona con los reinos de Valencia y Murcia.

Don Sancho el Fuerte, rey de Navarra, descontento en su ancianidad con su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, resolvió adoptar por heredero á Don Jaime de Aragon. Este por su parte no quiso mostrarse ménos generoso que Don Sancho, y tambien le adoptó, á pesar de lo extraordinario y ridículo de ser el adoptante un jóven de veintitres años, y el adoptado un anciano de setenta y ocho; pero murió Don Sancho, y sus vasallos colocaron en el trono á Teobaldo. Hay quien dice, que suplicaron á Don Jaime renunciase el derecho que le conferia su adopción, y que fué bastante desinteresado para complacerles; pero esto carece de prueba, si bien por otra parte es cierto que les permitió vivir en paz.

De su matrimonio con la princesa de Castilla tenia un hijo llamado Don Alonso; pero habiéndose disgustado de ella fué bien fácil hallar un parentesco en tercer grado, y por consiguiente se anuló el matrimonio, aunque Don Alonso quedó reconocido por legítimo. Estos grados prohibidos eran en aquellos tiempos un gran recurso para los esposos fastidiados, pues los que deseaban permanecer unidos sabian muy bien solicitar dispensas, y la corte de Roma concederlas sin mucha dificultad. Don Jaime casó despues con Doña Violante, princesa de Hungría, de la cual tuvo á poco tiempo un hijo llamado Don Pedro, á quien instituyó heredero con Don Alonso, hijo de la castellana. La repartición que entre ambos hizo de su reino desagradó infinito, porque asignaba á Don Pedro el condado de Barcelona con cierta alteración de límites, que no acomodaba á los catalanes ni á los aragoneses. El mas perjudicado sin embargo era el príncipe Don Alonso, el cual como mayor creyó debía oponerse á una desmembración que debilitaba al reino. La mayor parte de los caballeros aragoneses, y los mas distinguidos

se declararon en su favor, de suerte que se consideró inevitable un rompimiento entre padre é hijo; y efectivamente el príncipe, no solo se separó del rey, sino que hizo alianza con Castilla, que se hallaba muy quejosa de Aragon. Sin embargo, á pesar de que Don Jaime permaneció firme en su resolucion, no llegó el caso de sacar la espada: subsistió sí entre ambos la desavenencia y el descontento de la principal nobleza, hasta que la muerte de Don Alonso terminó la diferencia; pero Don Jaime, que debía tener prurito de hacer particiones, distribuyó de nuevo sus estados entre los tres hijos que tenia ya de Violante, asignando al mayor Don Pedro el Aragon, Cataluña y Valencia; las islas Baleares á Don Jaime, que era el segundo; y á Don Fernando, que era el tercero, la Provenza, y los demas estados que poseia en Francia.

El anciano monarca, que no era muy arreglado en sus costumbres, dió á estos tres príncipes otra porcion nada pequeña de hermanos y de hermanas fuera de matrimonio. Murió Doña Violante, y casó de secreto con una señora viuda, llamada Doña Teresa Gil de Vidaure; pero durante este casamiento parece que mantuvo un trato tan íntimo con cierta dama, que acrecentó con un nuevo hijo la descendencia real. Para legitimar sus amores quiso disolver su matrimonio con Doña Teresa á pretexto de haberle sobrevenido la contagiosa enfermedad de lepra; no habiendo condescendido á sus instancias la corte de Roma, hubo de abandonar sus proyectos de divorcio; si bien no debió hallarse despues Doña Teresa muy satisfecha de la conducta de su marido, respecto de que se retiró á un monasterio del Cister.

Quando tocaba Don Jaime en el último período de su vida, y cubierto de gloria, y oprimido con el peso de los años, hubiera podido gustar el fruto de sus fatigas y trabajos. se vió en la necesidad de acudir nuevamente á las armas para asegurar sus conquistas. En aquellos tiempos, así como en el dia, los habitantes de un pueblo subyugado tenian la libertad de permanecer en él reconociendo á su nuevo dueño, ó de retirarse con todas sus propiedades mobiliarias adonde mejor les pareciese. Despues de la conquista de Valencia se espatriaron infinitos moros; pero quedaron sin embargo los bastantes para creer temibles las consecuencias de sus frecuentes conspiraciones. Don Jaime decretó su espulsion, y salieron con efecto mas de cien mil personas; pero hubieron de quedar algunos para el cultivo de los campos hasta que el pais se repoblase, y estos aprovechándose de la ancianidad del rey, y confiados en el auxilio de los granadinos y berberiscos, desplegaron el estandarte de la rebelion resueltos á sacudir el yugo. La insurreccion cundia por los pueblos valentinos con la rapidez del fuego: el caso se hizo muy serio, porque los sublevados formaron un respetable ejército, y procuraban apoderarse de fortalezas y plazas; y Don Jaime hubo de marchar á sujetarlos á la frente de guerreros, que ya sabian vencerlos. En Alcira se sintió acomen-



tido de una grave enfermedad; y comprendiendo que estaba muy próxima su muerte, resignó la corona en su hijo Don Pedro, pidió públicamente perdón de los malos ejemplos que habia dado, y se vistió el hábito del Cister, resuelto á acabar sus dias en el monasterio de Poblet, en caso de que no muriese entónces. Se esforzó para pasar á Valencia, donde se le agravó la enfermedad, y falleció en 27 de julio de 1276. Así acabó el famoso Don Jaime, cuyas gloriosas empresas le grangearon el renombre de *Conquistador*.

Su hijo Don Pedro III quiso mostrarse digno de la corona, marchando personalmente á sujetar á los rebeldes moros valencianos, y los dejó tan escarmentados, que la mayor parte abandonaron sus hogares, y se refugiaron en Granada. Estuvo sin embargo muy á riesgo de perderla por defender los derechos de su muger Constanza al trono de Nápoles y de Sicilia. Constanza era hija de Manfredo, bastardo del emperador Federico II, y conde de Taranto, quien habiendo quedado por tutor de Conradino, hijo de su hermano Conrado, á quien envenenó, tuvo bastante destreza para hacer creer la muerte de su pupilo y sobrino, y apropiarse los estados que le pertenecian en Italia. Estos eran Nápoles y Sicilia, estados que la corte de Roma consideraba como feudo de la Iglesia desde la donacion de Pipino, rey de Francia, y que procuraba con el mayor esfuerzo arrancar de la familia de aquel Federico, que tanto la habia hecho sufrir. A este efecto convidó repetidas veces con su investidura á los reyes de Inglaterra; pero no hallándose estos con fuerzas suficientes para despojar á sus actuales poseedores, hubieron de ceder el empeño á otro mas bravo. Las ruidosas hazañas de Don Jaime de Aragon habian hecho tan célebre su nombre en toda Europa, que Manfredo temió no pusiese el papa en él los ojos; y siendo su poder tan grande, su triunfo era casi indubitable. Creyó por lo mismo importantísimo prevenirse con tiempo ganando su amistad, y le ofreció en matrimonio su hija Constanza para su primogénito Don Pedro; y á pesar de la intriga con que la corte romana procuró impedir este enlace, y desconcertar esta alianza, no pudo conseguirlo. Dirigióse entónces el papa Clemente IV, á la sazón reinante, al santo Luis, rey de Francia, haciéndole las mismas ofertas que á los ingleses, con tal que arrojase de Sicilia al tirano Manfredo; pero embebido todo en sus expediciones á la Tierra Santa, no quiso mezclarse en el asunto. Finalmente su hermano Carlos de Anjou se encargó de la empresa, recibió la investidura por mano de un legado pontificio; y coronado en Roma por el mismo Clemente, marchó al punto contra Manfredo. Vinieron á las manos cerca de Benevento; perdió Manfredo la batalla y la vida, y Carlos quedó dueño de sus estados. No era posible que Don Jaime se mostrase indiferente á unos sucesos que privaban á su nuera Constanza de la corona que por herencia le correspondia, y que por consiguiente habia de radicarse en su descendencia; pero se

mantuvo pasivo hasta su muerte, sin que podamos adivinar la causa de su inaccion; y quizá no se hubiera movido tampoco su hijo Don Pedro, siendo aun mas interesado, á no haber sido por las vivísimas y repetidas instancias de los sicilianos. La tiranía de Cárlos, y el desfreno de los suyos, habian hecho tan odioso en toda la isla el nombre frances, que sus oprimidos habitantes solo esperaban hallarse sostenidos para tomar las armas, y apellidar libertad. Clamaban á Don Pedro porque les ayudase á sacudir el yugo, tomando posesion de un reino propio de su muger Doña Constanza, y que debia recaer en sus hijos como descendientes de la casa de Normandía, que le habia redimido del poder de los bárbaros: le ofrecian armas, dinero y cuanto necesitase; y efectivamente, con su auxilio se halló el aragones muy en breve en disposicion de fletar una numerosa escuadra, que salió de Tortosa, sin que pudiese nadie trascender su destino.

Seguros ya los sicilianos de tener un vengador, ejecutaron aquella horrible carnicería, conocida en la historia con el nombre de *vísperas sicilianas*. Conjurados con el mayor secreto los habitantes, degollaron en un mismo dia y á la misma hora á cuantos franceses habia en la isla. sin esceptuar de su enconada rabia sino á Guillermo de Porcelet, que siendo anteriormente gobernador. se habia conducido con mucha probidad y justicia; aclamaron por su rey á Don Pedro, y se dispusieron á hacer frente á Cárlos, en caso de que intentase castigar su atrevimiento. No fueron con efecto vanos sus recelos, porque Cárlos se presentó en la isla con un poderoso ejército, que supo proporcionarle el papa Martino IV, y hubiera satisfecho su venganza, á no haber aportado felizmente la escuadra aragonesa. Fué tal el espanto de Cárlos, que se retiró á Calabria poco ménos que huyendo; y finalmente, despues de muchas acciones indecisas, convinieron los dos reyes en terminar cuerpo á cuerpo sus desavenencias. ó en un combate de ciento contra ciento en la ciudad de Burdeos. Hallándose tan inmediatos, parece que hubieran podido señalar al momento su campo de batalla; pero Cárlos quiso valerse de este ardid para sacar de la isla á Don Pedro, y arrojarle luego sobre ella con su gente. Sin embargo, Don Pedro no fué tan imprudente que la dejase sin la correspondiente defensa espuesta á una invasion: partió, y en el mismo dia del plazo se presentó incógnito en la vega de Burdeos, acompañado de tres caballeros solamente. El rey de Inglaterra, cuya era la ciudad, habia de asegurar el campo por medio de su senescal; pero el papa lo habia prohibido por evitar el duelo, y Don Pedro, cansado de esperar todo el dia á su competidor, y conociendo el peligro en que se hallaba su persona donde no se aseguraba el campo, se retiró satisfecho con un testimonio que exigió de su puntualidad, y dejando en poder del senescal las armas de que se habia de haber servido en el combate.

Entre tanto no se descuidaba el papa en hacerle por su parte cuanta guerra podia. A sus instancias penetró en Aragon el rey de



Francia, taló, quemó, destruyó una porcion de pueblós, y se retiró despues de haber logrado la mezquina satisfaccion de hacer estos perjuicios á un enemigo indefenso. Aprovechándose el papa del terror que infundian las censuras eclesiásticas, privó á Don Pedro de las alianzas que podian serle ventajosas, fulminó contra él sentencia de privacion de sus reinos y señoríos concediéndolos al principe cristiano que los conquistase; y no contento con esto, dió la investidura de ellos á Cárlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia, con cierta sujecion y dependencia de la silla romana. Apeló Don Pedro de aquella sentencia, como dada por un juez incompetente, parte interesada, y sin audiencia de la contraria; protestó la injusticia con que se pretendia despojarle de sus estados, sin mas delito que reclamar sus derechos; se allanó á producir sus escepciones y defensas contra los procesos, escomuniones y sentencias pronunciadas en perjuicio de su persona y reinos, siempre que se le concediese un lugar á propósito en que pudiese hacerlo libremente y con toda seguridad; pero últimamente, por si eran infructuosas todas estas gestiones, sobre lo cual parece que no debian quedarle muchas dudas, aprestó mayores fuerzas, y se dispuso á una vigorosa defensa de sus estados.

No tardó mucho tiempo en llegar á conocer la oportunidad de estos preparativos. El rey de Francia invadió el Rosellon con un ejército de cien mil hombres, y no hallando la menor oposicion en Don Jaime, rey de Mallorca, que mantenía por suyas las principales plazas, se apoderó sin dificultad de todo aquel condado. Pasó los Pirineos, y dueño del Ampurdan, se puso sobre Gerona, cuya guarnicion, despues de una esforzada resistencia, tuvo que capitular. Durante el sitio una escuadra catalana, que salió de Barcelona á observar la posicion y movimientos de la francesa, apostada desde Coliubre hasta Guixols, se encontró con veinticuatro galeras enemigas en la embocadura del Ter; y despues de un combate muy sangriento, las abordó, apresó quince, y puso en fuga las restantes. A esta victoria se siguió otra no ménos señalada en el cabo de San Feliú, con pérdida de cuatro mil franceses, de trece galeras, de otros barcos menores, y de la caja militar; cuyos reveses, unidos al voracísimo contagio que empezó á padecerse en el ejército de tierra, obligaron al rey de Francia á levantar apresuradamente el campo, y restituirse á su casa. Siguió el alcance el de Aragon, ocupó las eminencias por donde tenia que repasar los Pirineos; y acometiendo á aquel ejército enfermo y casi fugitivo, le acabó de deshacer completamente.

Muy poco sobrevivió Don Pedro á esta célebre campaña, le sorprendió la muerte en Villafranca de Panades, haciendo preparativos para vengar con la conquista de las Baleares la mala correspondencia de su hermano Don Jaime, y falleció en 8 de noviembre de 1285, recomendando muy particularmente esta espedicion á su

primogénito Don Alonso, que la concluyó inmediatamente con toda felicidad. Terminó sus días con el consuelo de ver asegurada la corona de Sicilia en la cabeza de su hijo segundo Don Jaime, muerto su competidor, habiendo hecho prisionero á su hijo Carlos de Salerno, y renunciando este á su favor cuantos derechos podian corresponderle.

Don Alonso III tuvo bastante energía para protestar, al tiempo de coronarse, que no recibia la diadema por autoridad de la Iglesia, ni en su contra; y que aun cuando aquella ceremonia se hacia en lugar sagrado, podia haberla hecho, y podrian hacerla en cualquiera otro los reyes sucesores. Esta protesta, en unos tiempos en que nadie osaba disputar á la santa sede la facultad de disponer á su arbitrio de los cetros, avivó en tales términos el resentimiento del papa, que no fué posible conviniera en la paz que le propuso Don Alonso. El rey de Inglaterra, que finalmente se constituyó mediador, se avistó con el aragones en Oloron; y creyendo que la libertad de Carlos de Salerno contribuiria infinito á disponer el ánimo del papa á una reconciliacion, procuró persuadir á Don Alonso á que se la concediese. Este condescendió sin repugnancia; pero bajo la condicion de que su prisionero habia de conseguir de Roma, Francia y Carlos de Valois tres años de tregua con Aragon y Sicilia, y cuando esto no fuese asequible, volveria á presentarse preso donde se le mandase, dejando ántes para seguridad sus tres hijos en rehenes, una gran suma de dinero, y el condado de Provenza.

El resultado sin embargo burló sus esperanzas. Verdad es que el rey de Francia procuró persuadir á su hermano á que abandonase sus pretensiones á los estados de Aragon; pero este no solo se negó abiertamente á ello, sino que contra todo derecho de gentes hizo prender en Narbona á unos embajadores que enviaba el aragones al papa. Este por su parte, no contento con hacer tomar el título de rey de Sicilia á Carlos de Salerno, le coronó solemnemente en Rieti, sin atender á las condiciones con que se le habia puesto en libertad, asegurándole que no estaba obligado al cumplimiento de sus promesas, y absolviéndole de todo en caso necesario. A vista de un empeño semejante, nadie podrá estrañar que se cumpliese el plazo, y nada se hubiese adelantado hácia la paz. El rey de Inglaterra creyó haber desempeñado su encargo con alegar varias excusas, y estrechar á Carlos de Salerno para que compareciese ante el aragones, y diese cuenta de su persona; y este, convencido de la indispensable necesidad de remitir la decision á las armas, se dispuso á la guerra con el mayor ardor. Por fin se allanó el papa á comprometer las pretensiones y derechos de cada una de las potencias beligerantes, en la sentencia de dos cardenales legados á Francia con plenos poderes para proporcionar la concordia; y á presencia, y con acuerdo de ciertos embajadores aragoneses y



franceses, se concluyó en Tarascon un tratado de paz, cuyos principales capítulos eran dirigidos á asegurar al papa la posesion de la Sicilia, despojando á los descendientes de Manfredo. Nunca podrá disculparse á Don Alonso de haber ratificado esta concordia, abandonando en situacion tan crítica los intereses de su madre y hermano; pues aunque sus enemigos eran muy poderosos, no estaba tan abatido que no hubiera podido obtener á favor de su familia capitulaciones mas ventajosas. Murió en 18 de junio de 1291, llevando al sepulcro el renombre de Liberal.

Le sucedió su hermano Don Jaime II, á la sazón rey de Sicilia, cuya vacilante corona abandonó á su hermano Federico, siendo lo mas particular, que despues de haber sostenido con la corte de Roma una obstinada lucha por conservarla sobre su cabeza, apénas se vió asegurado en el trono de Aragon, se declaró protector de las pretensiones del papa, y uniéndose con Cárlos de Salerno, se presentó en Sicilia con una poderosa armada al mando del célebre almirante Roger de Lauria; pero el valor de Federico le obligó á renunciar para siempre una empresa, que le hacia tan poco honor, y á contentarse con la Córcega y la Cerdeña, que el papa le habia concedido para cuando las conquistase. No tardó mucho tiempo en asegurarse el fruto de esta concesion; y despues de ensanchar con esta conquista sus dominios, dejó las armas, dedicándose á hacer floreciente el comercio marítimo de sus vasallos. Su hijo mayor Don Jaime tomó la asombrosa resolucion de no querer reinar jamas. En vano le persuadió su padre, en vano le instó para que mudase de parecer: pues á presencia de los estados del reino, renunció para siempre el trono, tomó el hábito de san Juan de Jerusalem, y en adelante hizo una vida de aventurero, sin ambicion ni pesar.

El menor, llamado Alonso IV de este nombre, fué pues el elegido para suceder á Don Jaime, que murió en 2 de noviembre de 1327. Don Alonso acababa de perder á su primera muger Doña Teresa de Entenza, y sin embargo de tener asegurada la sucesion del reino en un hijo, que se llamó Don Pedro, pasó á segundas nupcias con Doña Leonor de Castilla; y el espíritu de discordia, que en semejantes casos suele perturbar las familias de los particulares, se insinuó tambien en la suya, escitando el descontento nacional. Antes de su matrimonio habia hecho un estatuto, por el que se obligó con juramento á no enagenar cosa alguna del patrimonio real por espacio de diez años; pero infiel á su promesa, así que se verificó su enlace, quiso dar á su nueva esposa una muestra de su cariño, donándole la ciudad de Huesca con algunas villas y castillos. Los estados del reino reclamaron inmediatamente la donacion; pero el rey procuró deslumbrarlos, declarando que no habia sido su ánimo comprender en el estatuto á su muger ni á sus hijos; y creyendo que semejante efugio habia dejado á todos satisfechos,

apénas dió á luz la reina, señaló al recién nacido un pingüe patrimonio en la ciudad de Tortosa, y villas de Alicante, Orihuela, Guardamar y otras, que cedió á su favor. La reina, á quien no se ocultaba la poca seguridad de tan exorbitantes donaciones, mientras no quedasen sancionadas con el voto de la nacion, supo determinar al rey á que obligase á todos los ricos hombres y caballeros á prestar pleito homenaje de ayudar y defender al infante, manteniéndole en posesion de ellas; pero uno de ellos, llamado Don Ot de Moncada, despreciando ruegos y amenazas, se negó abiertamente á un juramento tan perjudicial á los intereses del príncipe heredero. Su resistencia se graduó de temeraria, y fué ademas bien infructuosa; pues el rey, como si se hubiera propuesto únicamente enriquecer á un solo hijo á espensas del otro, continuó sus liberalidades en términos que el reino ya no pudo disimular. Contradijeron los tres estados tan escandalosa prodigalidad. Valencia se puso en arma para defender la integridad del patrimonio real, y todos se hallaban arrestados á resistir con vigor á los oficiales reales que presumiesen valerse de la fuerza, y aun á allanar el palacio en caso necesario, degollando á cuantos se les opusiesen. Creyendo el rey que su presencia pondria freno á los descontentos, y que nadie osaria contradecirle, se presentó en el concejo de Valencia, reconvinó, instó y aun amenazó; pero Guillen de Vinatea, uno de los primeros magistrados, tuvo bastante entereza para manifestarle que ni debia haber hecho, ni permitido unas donaciones tan diametralmente opuestas á los estatutos del reino, como perjudiciales á la corona. « Los del gobierno de esta ciudad, añadió, preferimos morir en defensa de las leyes, y nunca prestaremos nuestro consentimiento á tan exorbitantes enagenaciones contra los derechos del príncipe. ¿ Qué vigor, qué fuerza, qué autoridad tendrán las leyes, si hoy se establecen y mañana se quebrantan? Podremos morir, no hay duda; pero tampoco quedará nadie vivo en este palacio, y todos perecerán al furor del pueblo que nos aguarda afuera. » La firmeza con que profirió estas palabras hizo conocer al rey la disposicion en que se hallaban todos sus compañeros; y fuese prudencia ó temor, hubo de tomar el partido de revocar las donaciones. Vivamente resentida la reina contra los que tanto se interesaban por el príncipe é integridad de la corona, juró tomar una ejemplar venganza; y teniendo sobre su marido todo el dominio que ya deja conocerse, no le fué muy difícil conseguir que unos fuesen desterrados de la corte, procesados otros como reos de lesa magestad, citados personalmente algunos ante el rey para satisfacer á sus cargos, y muerto ignominiosamente el que tuvo la imprudencia de comparecer.

Esta persecucion le concilió el odio general, y particularmente el del príncipe Don Pedro, que por estatuto de la nacion era gobernador del reino como príncipe heredero; si bien por entónces limitó



su resentimiento á negarse con la mayor entereza á confirmar las donaciones hechas á su hermano.

Murió su padre en 24 de enero de 1336; y la reina, que no se consideraba segura en medio de un pueblo que la aborrecia, determinó salvarse en Castilla con todas las riquezas que debía á la prodigalidad de su difunto esposo. Allí imploró la proteccion de su hermano el rey Don Alonso XI, como único recurso que le quedaba para mantener sus derechos y los de sus hijos en Aragon. El rey practicó en su favor algunos oficios; pero el aragones supo evadirse con una respuesta especiosa, y procedió á secuestrar las inmensas rentas que percibia su madrastra en Aragon, Valencia y Cataluña. Picado de este desaire el castellano, entró á sangre y fuego por el reino de Valencia: Don Pedro se preparó á la defensa; y á no haber mediado la autoridad del papa, el asunto se hubiera hecho muy serio. Conviniéronse por fin en comprometer sus intereses respectivos al parecer de árbitros; y las resultas de este compromiso fueron permitir á la reina viuda Doña Leonor el disfrute vitalicio de los pueblos que le habia dejado su marido, quedando reservada á la corona la jurisdiccion.

Sosegadas estas diferencias concibió Don Pedro el ambicioso proyecto de usurpar á su cuñado Don Jaime II la corona de Mallorca; y para conseguirlo con alguna apariencia de justicia, no se detuvo en recurrir á los medios mas viles é indecorosos. Era el reino de Mallorca una especie de feudo de Aragon, y estaban por lo mismo sus soberanos sujetos á cierta dependencia, que no podian sacudir sin hacerse reos de un delito enorme. Quizá no habia Don Jaime dado el menor motivo para que se dudase de su fidelidad; pero Don Pedro, sobre datos tan inverosímiles como inciertos, forjó una atroz calumnia, y con cierto aparato de juicio, le sentenció á perder la corona. Apeló el mallorquin á las armas, y tenia bastante valor para no dejarse atropellar impunemente; pero cobardemente abandonado de los suyos, tuvo que ceder á su ambicioso cuñado, el cual le despojó de todos sus estados con la mayor inhumanidad.

Don Pedro hubiera podido reinar tranquilamente en medio de sus vasallos, si su carácter arrebatado y caprichoso no le hubiera hecho cometer una imprudencia, que pudo serle muy funesta. Las leyes de Aragon escluian á las hembras de la sucesion en el reino; pero Don Pedro, privado de descendencia masculina, y sin esperanza de tenerla en adelante, quiso hacer una escepcion á favor de su hija primogénita Doña Constanza; y como la trasgresion de las leyes fundamentales de un estado ha ido acompañada siempre de violentas conmociones, los aragoneses, fuertemente apegados á sus fueros y privilegios, formaron una liga, que llamaron la *union*, y tomando las armas, se opusieron con firmeza á la novedad. En vano hizo Don Pedro los mayores esfuerzos para sujetar á los descontentos; porque despues de derramar infinita sangre, prevalecia

la union, á la manera de una hidra, cuyas cabezas se reproducian amenazándole con nuevas desventuras. A la sombra de estas inquietudes quiso probar fortuna el destronado rey de Mallorca Don Jaime; aprestó la gente que le fué posible, se confederó secretamente con los de la union, y desembarcó en Mallorca, resuelto á sostenerse con denuedo; pero escesivamente confiado en el número de sus tropas, tuvo el arrojo de aventurar una batalla decisiva, la perdió, y fué muerto en ella. Don Pedro, sin embargo, al cabo de dos años de agitacion, carnicería y horrores, tuvo que declarar inmediato sucesor de la corona á su medio hermano Don Fernando, hijo de su madrastra Doña Leonor, para en el caso, que no se verificó, de que falleciese sin hijos varones legítimos.

Otra imprudencia no ménos peligrosa y vituperable fué la de obstinarse en proteger á un almirante suyo, que tuvo la temeridad de violar la neutralidad de un puerto castellano, apresando unos barcos placentinos, pues por ella se vió empeñado en una sangrienta guerra con Don Pedro de Castilla, que se continuó por diez años con el mayor teson. Una vez comprometido en ella, era natural que se valiese de todos los arbitrios imaginables para triunfar de su enemigo; aprovechándose de la mala inteligencia que reinaba entre este y sus hermanos Don Enrique, Don Fadrique y Don Tello, hizo con ellos una liga muy peligrosa para el castellano. Hemos visto en su lugar los progresos y vicisitudes de esta confederacion; hemos visto el éxito de esta guerra tan favorable á Don Enrique; y puede decirse que si este no debió exclusivamente la corona de Castilla á Don Pedro de Aragon, sus ausilios le allanaron infinitamente el camino del trono.

Finalmente, entre las acciones que oscurecen la conducta de Don Pedro IV, puede contarse la vileza con que sacrificó al odio público á Don Bernardo de Cabrera. Este caballero habia sido su general, su ministro y su favorito desde el principio de su reinado. En medio de las facciones que habian abrasado el reino, se habia mostrado siempre fiel á su rey, quien le pagaba con una confianza absoluta; pero gozaba de grande autoridad, y esto bastó para que se le atribuyesen los desaciertos del monarca, y fuese el blanco de la envidia de sus émulos. Sea que el rey creyese justificarse á los ojos de sus vasallos inmolándole, sea que se hubiese hecho sospechoso con fundamento, Don Pedro le hizo prender; y suponiéndole reo de toda clase de delitos, sin prueba ni defensa fué condenado á muerte por un tribunal presidido por el duque de Gerona, hijo del rey, que parece debia su educacion á Don Bernardo. Otros dicen que el rey mismo fué quien pronunció la sentencia, y que el de Gerona se encargó de la ejecucion; pero esto en suma no seria otra cosa que una atrocidad más. Los historiadores convienen en que el gran crimen de Cabrera consistió en haber sido demasiado fiel criado de un amo poco agradecido.

Murió Don Pedro en 5 de enero de 1387, dejando dos hijos va-



rones habidos en su tercera muger Doña Leonor de Sicilia, llamados Don Juan y Don Martin; y se le conoce con el renombre del *Ceremonioso*, por la aficion que se dice tuvo á las grandes asambleas.

Don Juan, que era el primogénito, fué por consiguiente su sucesor, y el primero de este nombre. La reina Doña Sibila de Forcia, su madrastra, cuarta muger de Don Pedro, que debia temer su resentimiento por el mal trato que le habia hecho sufrir en vida de su marido, huyó de Barcelona ántes que este acabase de fallecer; pero alcanzada y presa en el camino, sufrió la cuestion rigurosa del tormento, porque confesase los crímenes que se le imputaban de haber hechizado al nuevo rey con una bebida que le habia alterado la salud, y de haber estraído del palacio real cuanto habia podido llevarse. Igual suerte sufrieron los caballeros que la acompañaban, de los cuales dos fueron degollados, otros castigados con prision perpetua, y la reina libertó su vida por la mediacion del célebre cardenal Don Pedro de Luna.

El reinado de Don Juan I fué sumamente corto, y su fin muy trágico. En 19 de mayo de 1395, habiéndose alejado de los suyos persiguiendo á una loba en una cacería, ya sea que tropezase su caballo, ya que cayese de él, como pudo suceder, cuando llegaron los monteros habia espirado, ó le faltaba poco. Quizá no tenia este monarca todos los dotes de un buen príncipe; pero no se le pueden negar algunas virtudes. Era de genio amable y complaciente, escuchaba con bondad las reconvenciones que le hacian, y lo que es aun mas raro, se anticipaba á ellas. De sus dos mugeres dejó únicamente dos hijas; pero como estaban las hembras escluidas de la corona, hubo de pasar esta á su hermano Don Martin, que á la sazón se hallaba ocupando el trono de Sicilia por su matrimonio con Doña María, hija y sucesora de Don Fadrique, rey de aquella isla. No faltó sin embargo quien se la disputase á pretesto de mejor derecho. El conde de Fox, casado con Doña Juana, primogénita del difunto rey, empezó á apellidarse rey de Aragon; y entrando por Cataluña, se hizo dueño de muchos pueblos y castillos. Don Martin se hallaba todavía ausente; pero la actividad y providencias de su muger Doña María, que casualmente se encontraba en Aragon, y el valor de los aragoneses, consiguieron escarmentar al invasor, y obligarle á retirarse á Francia con pocos ánimos de volver á la empresa.

Al partir de Sicilia dejó Don Martin aquella corona á su único hijo del mismo nombre; pero murió este príncipe en la flor de su edad, y su padre le siguió á poco tiempo. Su muerte, acaecida en 31 de mayo de 1410, puso en movimiento no solo al reino de Aragon, sino á los de Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia; pues en todos ellos habia quien aspiraba al trono, y creia pertenecerle esclusivamente. Seis eran los pretendientes: el infante de Castilla Don Fernando, nieto de Don Pedro IV de Aragon; el conde de Urgel

Don Jaime, biznieto por agnacion del rey Don Alonso IV; Don Alonso de Aragon, duque de Gandía, en calidad de hijo del infante Don Pedro, hijo cuarto del rey Don Jaime II; Luis de Anjou, nieto por su madre de Don Juan I; Don Fadrique de Sicilia, hijo natural de Don Martin el jóven, aunque legitimado por su padre; y el conde de Fox, como marido de Doña Juana de Aragon, hija del rey Don Juan I. Sin embargo de que entre todos el infante Don Fernando era el mas inmediato al último reinante, y á quien este se habia inclinado mas poco ántes de su muerte, ninguno de los otros creia menos robustos sus títulos; y el que tenia bastante moderacion, y no acudia á las armas para sostenerlos, no dejaba por eso de buscar en su apoyo el dictámen de los mas famosos letrados de aquel tiempo. El conde de Urgel, en el concepto de inmediato sucesor, se habia alzado con el gobierno del reino en vida y aun con repugnancia del rey difunto, y se prevalia de esta cualidad para oprimir á los que no eran de su partido; y aunque Aragon se resistia á reconocerle, ardía en facciones dividido entre las poderosas familias de los Heredias, Lunas y Urreas. Iguales inquietudes tenian conmovida á Valencia. Las casas de los Centelles y los Villaragut pusieron al reino en combustion; y Cataluña no se hubiera preservado de esta calamidad, á no haber confiado muy desde los principios la regencia á un consejo ó parlamento, compuesto de ministros de conocida probidad y prudencia.

No sin muchos trabajos, fatigas y desvelos consiguieron las principales personas de aquella corona que los tres reinos se conviniesen en nombrar nueve sugetos, tres por parte de cada uno, para que examinando á la manera de jueces el derecho de los competidores, y oyendo los fundamentos de su pretension, adjudicasen la corona con su acreditada ciencia, juicio é imparcialidad, á quien en justicia le correspondiese. Los pretendientes se allanaron á este medio; y quizá fué esta la vez primera que se vió comprometida en un tribunal de letrados la disputa sobre la pertenencia de un reino.

Se reunieron con efecto los compromisarios en el castillo de Caspe, convocaron á los interesados para que por medio de sus procuradores acudiesen á deducir su derecho; y despues de tres meses de sesiones, se declararon por el infante Don Fernando. Esta sentencia fué un bálsamo saludable, que cicatrizando las heridas abiertas por la discordia, restableció en el reino la serenidad. Los mismos aspirantes á la corona se sometieron gustosamente á ella, prestando la obediencia al nuevo rey; y solo el conde de Urgel quiso llevar adelante su temeridad, manteniéndose armado contra Don Fernando; pero este, que no se creyó en disposicion de sufrir semejante osadía, marchó contra él, le sitió en la fortaleza de Balaguer, y le obligó á entregarse á discrecion. El vencedor le perdonó la vida con su acostumbrada generosidad; bien que no pudo libertarle de la prision perpetua á que despues de un formal juicio le condenaron



los estados del reino. Don Fernando era de un temperamento débil, y no reinó mas que cuatro años, falleciendo en Igualada en 2 de abril de 1416.

Su hijo Alonso V fué uno de los mejores hombres de su siglo. Sumamente aficionado á las letras, gustaba de la compañía de los sabios, y desplegaba con ellos su liberalidad. Tenia por emblema un libro abierto, y solia decir que *un príncipe ignorante no es mas que un asno coronado*. Las facciones que agitaban en su tiempo el reino de Nápoles obligaron á su reina Juana á llamarle en su socorro contra el duque de Anjou, que sostenido por los principales napolitanos, la amenazaba con la pérdida de la corona. Para empeñarle mas en su defensa, le lisonjeó con la promesa de adoptarle por hijo é inmediato sucesor; y Don Alonso, sin embargo de conocer que iba á empeñarse en una guerra larga, dispendiosa y escusada, cuando nada podia prometerse del carácter voluble de la reina, prestó inmediatamente sus armas para libertarla de sus enemigos. No tuvo mucha dificultad en ahuyentarlos, y la reina verificó su promesa solemnizando la adopción de Don Alonso; pero apénas se vió libre de los de Anjou, pensó, por un efecto de su natural inconstancia, en arrojar de Nápoles á sus libertadores. Desconfiando de sus propias fuerzas para conseguirlo, se confederó secretamente con el papa, procuró deshacerse pérfidamente de Don Alonso, y ya que se malogró el golpe, revocó su adopción, adoptando en su lugar al duque de Anjou, estrechamente unido con el papa Martino V. Por mediar Don Alonso en las desavenencias que conmovian á Castilla con motivo de las parcialidades de su hermano el maestre Don Enrique, suspendió algun tiempo su venganza, pero habiendo vuelto despues con una gruesa armada encontró tan mudadas las cosas, que la reina, sumamente disgustada del de Anjou, le convidó con la corona de Nápoles, ofreciéndose á revocar la adopción de aquel, y revalidando la suya, como lo ejecutó con el mayor secreto. Faltaba sin embargo sancionar esta resolución con la aprobación é investidura del papa Eugenio, sucesor de Martino; y este, que se daba por ofendido del de Anjou, se vendia por afecto á Don Alonso, y le tenia prometidas una y otra, tan léjos estuvo de cumplir su palabra, que se confederó aun mas estrechamente con aquel. No sabemos el objeto ni el motivo de esta mudanza, pues en cambio de la investidura, se habia ofrecido Don Alonso á procurar de todos modos que el emperador de Alemania desistiese de la protección que dispensaba á los padres congregados en el concilio de Basilea, y que trataban de deponerle, nombrando en su lugar otro papa. Como quiera, el resultado fué que el rey se puso de parte de los de Basilea, hiriendo al papa por los mismos filos, pues no le quedaba duda en que una vez depuesto, fácilmente obtendria del concilio la investidura, si no podia conseguir que la tiara recayese en uno de los suyos.

La muerte de la reina de Nápoles, y las circunstancias que la acompañaron, le obligaron despues á tomar otras medidas mas efectivas y vigorosas. Aquella soberana inconsecuente, que solo se habia propuesto sacar el partido posible de la honradez y buena fe de Don Alonso, acabó de dar en su fallecimiento una prueba de que todos sus tratados y adopciones habian sido otras tantas supercherias; y ya que no pudo dejar la corona al duque de Anjou, que habia ya muerto, nombró universal heredero de sus reinos á Renato, hermano del difunto. La ciudad de Nápoles alzó inmediatamente sus pendones por el papa y por Renato, aclamándole rey; y cuantos actos se habian hecho á favor de Don Alonso quedaron anulados. Entónces ya se hizo preciso recurrir á las armas. Don Alonso contaba con los muchos amigos que tenia en aquel reino; pero no se le ocultaba que confederados el papa y Renato con los venecianos, genoveses, florentines, y el duque de Milan, y empeñados en arrojarle de Italia, harian los mayores esfuerzos; y así aprestando una poderosa escuadra, se presentó delante de Gaeta. La plaza estaba por los genoveses y el duque de Milan, y se defendió con valor; si bien á pocos dias se hallaron los sitiados tan faltos de víveres, que tuvieron que arrojar fuera, como bocas inútiles, á todas las mugeres y niños. Los caudillos aragoneses querian obligar á estos infelices á volver á la ciudad; pero el generoso Alonso mandó que se les franquease el paso, sin hacerles la menor estorsion, «pues mas quiero, añadió, dejar de tomar la plaza, que dejar de cumplir con lo que debo á la humanidad afligida.»

El sitio sin embargo se terminó de un modo bien funesto para las armas aragonesas. Acudió al socorro de la plaza una flota genovesa despachada por el duque de Milan, batió é incendió á la aragonesa, desembarcó sus tropas, y arrolló al ejército de tierra. Quedaron prisioneros el rey Don Alonso, sus hermanos el rey de Navarra y el infante Don Enrique, el príncipe de Taranto, un gran número de caballeros aragoneses y napolitanos, en una palabra, todos los principales caudillos de la expedicion. El general vencedor tuvo la gloria de conducir en triunfo á estos ilustres prisioneros, y el duque de Milan la gloria, aun mayor todavía, de restituirles la libertad haciéndolos sus amigos.

Este contratiempo, que al parecer debia haber arrojado para siempre de Italia á Don Alonso, le hizo mas poderoso que ántes, pues confederado con el duque, que llegó á desconfiar de los proyectos de Renato, y volviendo con nuevas fuerzas á la empresa, consiguió apoderarse de Nápoles, obligó al papa á que le concediese la investidura, y con consentimiento de los naturales, fué coronado rey, y reconocido su hijo natural Fernando por legítimo sucesor en el trono.

Murió en 27 de junio de 1458, llevando al sepulcro el concepto de uno de los mayores príncipes que ciñeron la corona de Aragon.



Aunque político, fino y astuto, nadie le creyó artificioso, y efectivamente era este uno de los defectos que miraba con mas horror. Toda su vida fué guerrero, nunca cruel, como lo acredita lo ocurrido en el bloqueo de Gaeta; pero con un gran número de virtudes, no dejó de tener bastantes vicios, si bien estos influyeron mas en su vida privada, que en su conducta política.

No habiendo dejado Don Alonso ningun hijo legítimo, hubo de sucederle en la corona su hermano Don Juan II, rey de Navarra. Los zelos que este habia concebido contra su hijo Don Cárlos, príncipe de Viana, alimentados por los siniestros informes de la reina Doña Juana Enriquez, madrastra del príncipe, y por los temores que logró inspirar á su marido anciano, y desconfiado por naturaleza, le redujeron á un extremo de tiranía, de que habrá muy pocos ejemplares en la historia. Nada hizo el desgraciado príncipe para merecer el odio de su padre, sino reclamar con la mayor moderacion la corona de Navarra, que por su madre le correspondia de derecho, y que le tenia aquel usurpada; pero esto solo bastó para sufrir la mas cruel persecucion. De su órden fué preso con la mayor perfidia; la Cataluña tomó las armas en su defensa; el reino todo empezó á declararse por la inocencia oprimida, y el rey se vió obligado á ponerle en libertad; pero Don Cárlos, sensible y pacífico, no pudo acostumbrarse á la desconfianza que le manifestaba su padre, y murió de pesadumbre con sentimiento general. Su hermana Doña Blanca, perseguida igualmente por la madrastra de ambos, murió emponzoñada; y no puede desconocerse la autora de estos crímenes, sabiendo el empeño de la reina por colocar sobre el trono de Aragon á su hijo Don Fernando, con perjuicio de Don Cárlos, habido en primeras nupcias, y en proporcionar tambien á aquel hijo querido los derechos que correspondian á Don Cárlos y á Doña Blanca sobre la Navarra.

Con esto las inquietudes de Cataluña tomaron considerable aumento. La reina y su hijo fueron sitiados en Gerona por una multitud de gente sublevada apellidando libertad. Asesinaron á diferentes personajes, que les afeaban su proceder; comenzaron á batir la plaza con todo el rigor de la guerra, y á pesar de la vigorosa defensa de su guarnicion, lograron apoderarse de ella á viva fuerza. Vióse la reina precisada á retirarse con su hijo á una fortaleza antigua llamada la Gironella; pero aun allí se hallaron en sumo peligro, pues los sitiadores abrieron una mina, y por ella hubieran entrado igualmente en la fortaleza, si la reina no hubiese animado con espíritu varonil á los caballeros que la acompañaban, á rechazarlos con pérdida de mucha gente, y á no haber acudido prontamente el rey en su socorro. Levantaron el sitio; pero se armó en masa toda la Cataluña, y despues de declararse con toda la formalidad independiente, aventuró una accion, que fué bas-

tante sangrienta, y en la que reportaron las armas del rey una completa victoria. Aun mas exasperados los ánimos con esta pérdida, convidaron los tres estamentos del principado con el señorío al rey de Castilla, quien admitió inmediatamente, y rompió por Aragon con un poderoso ejército; mas habiéndose convenido á poco tiempo con el aragones, se vieron nuevamente los catalanes en la necesidad de elegir señor, y se reunieron los votos en favor del condestable de Portugal Don Pedro. La suerte de los insurgentes no mejoró por esta eleccion; el ejército realista fué progresivamente apoderándose de las principales plazas y fortalezas bien defendidas, pero mal socorridas por Don Pedro, hasta que por último avistó al de los rebeldes junto á un lugar llamado *los Prados del Rey*, donde le atacó y le hizo pedazos; y el condestable, abandonando las insignias reales, hubo de salvar su vida con la fuga, y murió á poco tiempo consumido de pesar.

Aun con todos estos reveses no desmayó la Cataluña. Los representantes de los tres estados pusieron los ojos en Renato de Anjou; y ciertamente que en aquellas circunstancias no podian haber hecho eleccion mas atinada. Era Renato el mas formidable enemigo de la nueva casa real de Aragon: estaba sostenido por su sobrino el rey de Francia, y se creia injustamente despojado del reino de Nápoles por un hermano de Don Juan. Su hijo el duque de Lorena se presentó inmediatamente en las fronteras con numeroso ejército, se apoderó de Rosas y de otras varias plazas, pasó á Barcelona, y en calidad de lugarteniente de su padre, tomó posesion de aquel condado y señorío. El espíritu ardiente y belicoso de Don Juan II sufría con impaciencia los progresos de sus enemigos; pero septuagenario y ciego por unas cataratas que le habian sobrevenido en ambos ojos, no pudo por su parte hacer otra cosa que confederarse con los enemigos de la casa de Anjou, abandonando á la bizarría de la reina el cuidado de volver por la gloria de sus armas. La reina, con efecto, al frente de sus tropas, y acompañada de su hijo Fernando, sitió á Rosas, la ganó por asalto, obligó al duque de Lorena á levantar el sitio de Gerona, y desalojó á los franceses de todo el Ampurdan. Murió la reina; pero el rey tuvo la fortuna de recobrar la vista, de que igualmente falleciese el duque, y de que la Francia no insistiese en proteger las pretensiones de Renato; y aumentadas sus fuerzas al paso que los rebeldes quedaban sin apoyo, pudo fácilmente hacerle dueño de toda la Cataluña, á escepcion de Barcelona, que se defendió obstinadamente por bastante tiempo.

Apaciguadas por este medio las domésticas inquietudes, se empenó Don Juan en una nueva guerra para recobrar los condados del Rosellon y Cerdania, que al principio de las revoluciones de Cataluña habia cedido al rey de Francia en su seguridad del pago de doscientos mil escudos anuales, que se obligó á satisfacerle por



el socorro de setecientas lanzas. En el discurso de estas revoluciones mudaron, como ya hemos visto, de semblante las cosas; y el rey de Francia, apénas eligieron los catalanes á Renato, no solo abandonó á su aliado, sino que se declaró su enemigo. Quiso pues Don Juan tomar una satisfaccion de esta falta de legalidad, dió parte á los pueblos de aquellos condados de la resolucion en que se hallaba de rescatarlos del dominio frances, que al parecer los tenia muy oprimidos; y tomando estos las armas por el rey de Aragon, se apoderaron de varias fortalezas, y hubieran pasado á cuchillo la guarnicion de Perpiñan, á no haberse hecho fuerte en el castillo de la ciudad. Acudió inmediatamente el aragones á la defensa de los sublevados, encerróse en la plaza, y sostuvo con tal denuedo los esfuerzos de cuarenta mil franceses, que le tenian bloqueado, que les obligó á levantar el sitio bien escarmentados, y á ajustar un armisticio. Por haberse negado á ratificarle el rey de Francia, fué forzoso continuar la campaña; se presentó nuevo ejército delante de Perpiñan, tuvo la desgracia de sufrir igual suerte que el anterior, y hubieron de contentarse por entónces los franceses con talar los campos, y saquear las aldeas indefensas; bien que aun en estas expediciones no dejaron de padecer crecidos descalabros. Volvieron mas adelante con mayores fuerzas; y á pesar de hallarse la plaza desprovista de gentes, víveres y municiones, no lograron rendirla hasta que sus habitantes se vieron en la alternativa de capitular, ó de devorarse unos á otros, como ya habian empezado. Por último, despues de repetidas acciones y sangrientas derrotas, tuvo el rey de Francia que avenirse á la paz con el desconsuelo de haber perdido lo mejor de sus tropas, y espendido infructuosamente caudales bien crecidos.

Estas fueron las últimas hazañas de Don Juan II. Al <sup>1479.</sup> año siguiente 1479 enfermó de ancianidad y fatigas, y en 19 de enero del mismo descansó en paz, cubierto de la gloria de sus triunfos, á los ochenta y dos años de edad, dejando por heredero á su hijo Don Fernando, á cuyos esfuerzos habia debido una gran parte de sus victorias. Es sensible no poder señalarse en este monarca otras prendas que las mas funestas al género humano; ¡pero ojalá que tampoco pudieran señalarse sus vicios! No faltan sin embargo historiadores que le colman de alabanzas; pero ¿cómo se le borrarán las manchas indelebles de haber sido verdugo de Don Carlos y de Doña Blanca?

Por el fallecimiento de Don Juan II recayó la corona de Aragon en su hijo Don Fernando, marido de la reina propietaria de Castilla Doña Isabel; reunidas por este medio las dos coronas, como ya se dijo, en tan hábiles monarcas, se vieron muy en breve en la situacion mas floreciente. La perfecta armonía, que con el mayor cuidado procuraron guardar constantemente ambos esposos entre sí, produjo aquella íntima é indisoluble union, que subsistió miéntras

vivieron, y contribuyó notablemente á uniformar el sistema de administracion. Todo era comun á entrambos, excepto los derechos respectivos á los estados que cada uno poseia en propiedad. Estos los separaron con mucho acuerdo para apartar de sus vasallos toda sospecha, recelo ó mala inteligencia que podia ocasionar el temor del que se perdiese su monarquía, confundiéndose una con otra. Cada uno gobernaba sus pueblos como mejor le parecia, circunscribiéndose el otro á ayudarle con los consejos ó con los socorros; y supuesta esta separacion, aunque las órdenes, así para los proyectos como para la ejecucion, se espedian siempre á nombre de ambos, todo se dirigia con el mayor cóncierto y felicidad.

Una vez restablecida la tranquilidad interior, y consolidada con ventajosos tratados la amistad de las potencias extranjeras, concibieron el proyecto de arrojar enteramente de España á los sarracenos, que atrincherados en el reino de Granada, defendidos por una multitud de plazas que poseian en el mejor terreno de la Península, y sostenidos con los poderosos auxilios que les proporcionaba la intermediacion al Africa, habian frustrado siempre los esfuerzos de los príncipes españoles. Lo mas que habian podido adelantar estos hasta entónces, fué hacerlos feudatarios; pero aun este feudo no le tributaban los reyes de Granada luego que se consideraban con fuerzas suficientes para resistirle como acababa de suceder.

Cuando fluctuaba el reino en medio de las agitaciones intestinas que le habian combatido anteriormente, requirieron los monarcas castellanos al rey de Granada con la satisfaccion de este tributo; y conociendo el sarraceno que en aquella ocasion podia negarle impunemente, respondió con orgullo: « Que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solian pagarlas, y así que en adelante se pagarian á lanzadas. » Quedó por entónces sin castigo tan osada respuesta, y aun se otorgó una tregua de tres años, porque así lo exigian las circunstancias; pero pasó ya el tiempo del disimulo, y era preciso hacer al moro que se arrepintiese de su impertinente altanería. He aquí como lo proporcionó una casualidad.

Las treguas que de tantos años á aquella parte concertaban los reyes de Granada y Castilla eran de tal condicion, que podian unos y otros introducirse en las tierras enemigas, hacer alguna correría y acometer cualquiera fortaleza, con tal que en tres dias la combatesen y ocupasen sin acampar, sonar trompeta, ni llevar ningun apresto de guerra formal, sino solamente por sorpresa. Esto no quebrantaba la tregua, y se permitia para que los fronterizos viviesen siempre alerta, y nunca se descuidasen. Así habian recobrado los moros en el año anterior 1481 la villa de Zahara; y queriendo usar de represalias el marques de Cádiz y Diego de Merlo, asistente de Sevilla, proyectaron con el mayor



secreto la conquista de Alhama, plaza fuerte mal defendida á la sazón, aunque solo distaba ocho leguas de la capital. Con cuatro mil infantes y tres mil caballos sorprendieron una noche á la descuidada guarnición, siendo el primero que subió por las escalas aplicadas al muro un soldado, que hasta entónces no se habia dado á conocer, y que despues cobró gran nombre, llamado Juan de Ortega. Él solo, con otros doce compañeros que le siguieron, mató á los centinelas y al alcaide, se apoderó de la fortaleza, y abriendo luego las puertas, franqueó la entrada á un grueso de infantería que conducian el marques y el asistente. Inmediatamente se puso en arma toda la ciudad, y desesperados los habitantes opusieron tal resistencia, é hicieron tal destrozo en las calles y plazas, que sus invasores se vieron precisados á romper el muro para que entrase el resto de la tropa. El combate duró sin embargo todo el dia con la mayor obstinacion; y últimamente solo se rindió la ciudad cuando apénas le quedaban defensores. La pérdida de Alhama fué en tanto grado sensible á los mahometanos, que para lamentarla compusieron unas endechas tan lúgubres, que el rey de Granada se vió obligado á prohibirlas por evitar el desaliento de sus vasallos.

Animados los reyes de Castilla con tan feliz suceso, trataron de aprovechar el fruto de esta primera tentativa. Inmediatamente se publicó una espedicion contra Granada; la reina tomó á su cargo todas las prevenciones, y tener siempre el ejército bien abastecido; Fernando se puso al frente de sus tropas; y la nobleza y clero, haciéndose un honor de tener parte en la gloria de esta empresa, enrobustecieron el ejército real con el crecido número de guerreros, que pusieron en campaña á sus espensas. Esta reunion de fuerzas anunciaba á los moros la destruccion de su imperio, que Fernando é Isabel prepararon con el mayor acierto, y realizaron con igual felicidad.

1482. En el año 1482 se dió principio á la guerra con algunas hostilidades. En el siguiente perdió el rey de Granada Boabdil una famosa batalla, cerca de Loja, quedando prisionero; y aunque rescató poco despues su libertad, se halló imposibilitado de mantener la campaña. Una tras de otra fueron sitiadas todas sus ciudades, mandando los sitios por lo regular ambos esposos con tal intrepidez, que llenaban á sus tropas de entusiasmo. Nueve años emplearon sin embargo, y otras tantas campañas fueron necesarias para estrechar á los moros dentro de su misma capital, ocupando las plazas que les servian de barrera; pero últimamente, dueños de Loja, Almería, Málaga, Velez, Guadix, Baza, Zahara, Cartama, y de otras muchas ciudades, villas, pueblos y fortalezas al parecer inespugnables, consiguieron cortar enteramente la comunicacion con el Africa, privando por consiguiente á los sarracenos de los medios de reforzarse y reparar sus pérdidas. Los moros,

que sin embargo de defenderse con el mayor denuedo, veian su pérdida inmediata, solian pedir capitulaciones, que Fernando concedia muy favorables. Muchos, aterrados por los presentimientos de la ruina que amenazaba á su patria, pedian permiso para retirarse al Africa, y los reyes les proporcionaron buques en que pudiesen trasportar consigo sus efectos. Otros preferian quedarse en los estados de sus invasores, y á estos se les suministraron casas, tierras, y rentas para subsistir. En una palabra, estas conquistas iban acompañadas de la humanidad, de la clemencia y de la persuasion : medios mas eficaces siempre que la fuerza, y que hacen mas honor á los conquistadores.

Ya no quedaba á los moros mas que la capital ; pero estaba bien fortificada y defendida. La benignidad de su clima, la fecundidad de su suelo, y la cultura de sus habitantes, habian atraido una multitud de africanos, que aumentaron su poder al paso que su poblacion. A la primera señal podia poner mas de cien mil guerreros sobre las armas todos valientes, todos arrestados, especialmente cuando se trataba de su esterminio ; y á haber sabido sofocar la division que reinaba entre sus hijos en el momento mismo en que debian estar mas unidos para la defensa comun, Granada sola quizá hubiera triunfado de todo el poder castellano. Pero los granadinos, confiados en sus propias fuerzas, y no bien persuadidos sin duda del inminente peligro de su patria, se abandonaban imprudentemente á sus particulares resentimientos, y ayudaban á sus mismos enemigos á completar la ruina de un imperio consolidado con la respetable antigüedad de cerca de ocho siglos.

Albohacen, rey de Granada, despues de irritar á los Abencerrages con el pérfido asesinato de algunos sugetos principales de esta valerosa tribu, se habia hecho generalmente odioso á todos sus vasallos por el repudio de Aixa, y por la inhumanidad con que hizo perecer á los hijos de esta por facilitar el trono á los que tenia de Zoraida, cristiana renegada, á quien amaba con pasion. Uno solo, Boabdil, el primogénito de Aixa, se libró de su crueldad ; y poniéndose al frente de los Abencerrages, marchó contra su padre, le arrojó de Granada, y se ciñó la corona. El destronado Albohacen pudo juntar en Baza algunos parciales, se introdujo en Granada á viva fuerza, se apoderó del Alhambra, é hizo una sangrienta carnicería ; pero al fin prevaleció el partido de Boabdil, y tuvo que retirarse con Zoraida y sus hijos á una fortaleza inmediata. Boabdil cayó despues, como hemos dicho, en poder de los cristianos, y Albohacen volvió á ocupar el solio granadino. Recobró aquel su libertad ; y la guerra civil, fomentada en secreto por los castellanos, prosiguió con igual encarnizamiento. En medio de estas agitaciones falleció Albohacen ; y Abohardil, su hermano, tuvo destreza para formarse un partido, é intentó usurpar el trono á su sobrino.



Algunas pequeñas victorias que logró sobre los castellanos afianzaron su crédito, y aumentaron por consiguiente sus fuerzas; pero vencido y desbaratado en varios encuentros por Boabdil, cometió la vileza de reunirse á los enemigos de su patria, y de marchar en su auxilio contra la capital, solo por la esperanza de abatir por este medio á su competidor que la defendia en persona.

Boabdil, ó no había previsto este caso abasteciéndola, como debiera, de todo lo necesario, ó la multitud de moros, que abandonando los pueblos conquistados se habían guarecido en ella, aceleró el consumo de las vituallas; y Granada se vió á poco tiempo en el mayor apuro, sufriendo todos los horrores del hambre, y sin esperanza de socorro. Seria preciso carecer absolutamente de sentimientos de humanidad, para no compadecer la suerte de los infelices restos de un pueblo que con tanto esplendor había brillado en otros tiempos.

Cuando encerrados, ó por mejor decir, hacinados en Granadá, vieron que no les quedaba ningun recurso, se apoderó de ellos una especie de frenesí; y tan pronto hacian salidas con una furia que les ocultaba el peligro, tan pronto como fieras cogidas en el lazo, caian en una estupidez muy parecida al desaliento, y cuando volvian en sí, se abandonaban á los mas vivos trasportes del dolor y de la desesperacion. De sus ojos fluian copiosas lágrimas, les sofocaban los sollozos, estendian sus trémulas manos hácia el palacio de su príncipe, como si pudiera defenderles, y le llenaban de injurias, como si hubiera sido la causa de su infortunio. Entraban en sus mezquitas, despedian gemidos lamentables, corrian á los sepulcros de sus mayores, y los abrazaban; salian precipitadamente de sus casas deshechos en lágrimas, y volvian á entrar en ellas por tener á lo ménos el consuelo de tocar lo que no podian llevar consigo, y de ver otra vez aquellos amados lugares, testigos de su antigua felicidad.

A los ocho meses de sitio faltaron enteramente los víveres en la plaza, y tuvo que capitular. Duró algun tiempo la disputa sobre los pactos; pero al fin se concluyeron y firmaron á principios de enero de 1492, y el dia 4 hicieron los reyes su entrada pública en la ciudad con pompa tan magnífica como religiosa. Individualizar las hazañas de los jefes, y aun de los simples soldados del ejército castellano, exigiria un tratado particular. En los escritores que los refieren con toda la estension debida á tantos y tan extraordinarios esfuerzos de valor, encontrará el curioso tales héroes, que su admiracion propia justificará la que la posteridad les tributa.

Los habitantes que quisieron permanecer en la ciudad fueron tratados muy benignamente; y Boabdil, que si no pudo defender á sus vasallos, les procuró á lo ménos, por medio de la capitulacion, la suerte mas favorable que le fué posible, tuvo permiso para

retirarse con los que quisieron seguirle á las Alpujarras, montañas inmediatas que no carecen de terrenos fértiles y parages amenos ; pero no pudiendo ver con tranquilidad su reino en poder ageno, pasó al Africa , donde murió desgraciadamente privado de la vista.



## LIBRO DÉCIMO.

Precauciones de los reyes Católicos para asegurar la conquista; toman las armas los moros de las Alpujarras. — Muerte de Don Fernando II de Nápoles y sus consecuencias; proezas del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.—Progresos del rey de Francia en la Italia.—Confederacion del rey Católico con el emperador de Alemania; reparticion del reino de Nápoles.—Obtienen los reyes la administracion de los maestrazgos de las órdenes militares.—Cristóbal Colon; logra interesar á los reyes en su proyecto de descubrir nuevos paises al occidente. — Descubrimiento de las Lucayas; premian los reyes á Colon con el almirantazgo del nuevo mundo.—Nuevos descubrimientos de Colon.—Pierden los reyes al príncipe heredero Don Juan y á su primogénita Doña Juana. — Muerte de la reina; su disposicion testamentaria.—Intrigas para sembrar la discordia entre el rey Don Fernando y su yerno el archiduque Don Felipe.—Desconcierta Don Fernando los proyectos de los parciales del archiduque casando con Germana de Fox.—Mediacion del emperador de Alemania; concordia de Salamanca.—Llegada del archiduque á España; niégase á ratificar la concordia; anuncios de una guerra civil.—Nueva concordia.—Córtes de Valladolid; muerte del archiduque llamado el Hermoso.—Division de la nobleza.—Política del cardenal Jimenez de Cisneros.—Don Fernando se encarga del gobierno.—Conquistas en Africa; liga de Cambray; liga Santa.—Desgraciada batalla de Ravena; incorporacion de la Navarra á la corona de Castilla.—Describeion de la Navarra; discordia de los historiadores acerca del origen de esta monarquía.—Origen que parecia mas probable; Sancho Iñigo Arista obtiene la provincia de Navarra en feudo de la corona de Castilla. — García Sanchez Iñiguez es aclamado rey por los navarros; muere desgraciadamente á manos de los moros.—Sancho Garces Abarca estiende con gloria sus dominios.—García Sanchez II el Trémulo.—Sancho II el Mayor por medio de un enlace reúne á su corona el condado de Castilla.—Don García III. — Don Sancho III; concordia con el régulo de Zaragoza; desgraciada muerte de Don Sancho.—Desmembracion y repartimiento de la Navarra entre el rey de Aragon y el de Castilla.—Sacuden los navarros el yugo, y eligen á Don García Ramirez.—Don Sancho V; guerra con Aragon y Castilla. — Don Sancho VI el Sabio.—Don Sancho el Fuerte ó el Retraido; invasion de la Navarra por los reyes de Castilla y Aragon. — Teobaldo; se cruza para la guerra de la Tierra Santa.—Teobaldo II toma parte en la cruzada dispuesta por san Luis, rey de Francia. — Enrique. — Juana I; division y guerra civil en la Navarra durante su menor edad.—Luis Hutin; reunion de las coronas de Navarra y Francia. — Felipe el Largo; Cárlos el Hermoso; renuncia de Felipe de Valois; Juana II. — Cárlos II el Malo. — Cárlos III el Noble. — Blanca y Don Juan, infante de Aragon, su esposo.—Retiene Don Juan, despues del fallecimiento de Doña Blanca, la corona de Navarra en perjuicio de su hijo Don Cárlos de Viana. —Guerra civil entre padre é hijo.—Unese Don Cárlos con el rey y príncipe de Castilla para continuar la guerra contra su padre.—Implora la mediacion de su tío Don Alonso V de Aragon; procura la reconciliacion con su padre; pero víctima de su buena fe, y de la perfidia de este, muere oprimido de pesares. — Don Juan pone en poder de los condes de Fox á su hija la infanta Doña Blanca. —Protesta de la desgraciada infanta; resigna en su primo, el rey de Castilla, la corona que le pertenecia.—Es recluida en la fortaleza de Ortés, y emponzoñada por su hermana la condesa de Fox.—Sublevacion de la Cataluña.—Leonor.—Francisco Febo; Catalina y su esposo Juan de Labrit.—Su ciega adhesion á los franceses les hace romper los tratados ajustados con su tío Don Fernando el Católico; oficios pacíficos de este.

Para quitar á los infieles toda esperanza de volver á España, pusieron los reyes buenas guarniciones en todas las plazas fuertes, é incorporaron á la corona el marquesado de Cádiz, que poseia Don Rodrigo Ponce de Leon, á quien indemnizaron con el condado de Casares, y el título de duque de Arcos. Permitieron por algunos años á los mahometanos de Granada el consuelo de practicar su religion; pero con motivo de ciertas inquietudes, les sujetaron á la alternativa de hacerse cristianos ó abandonar la ciudad, retirándose al Africa, y la mayor parte se sometió al bautismo. Igual suerte sufrieron los de las Alpujarras, que confiados en la aspereza del terreno, tomaron las armas, y emprendieron una guerra tan sangrienta como obstinada. Se bautizaron muchos; pero á los que prefirieron espatriarse, se les exigieron diez doblas por familia, y la suma parece que ascendió á ciento setenta mil.

En esta parte mejor libraron los judíos: Fernando é Isabel los arrojaron igualmente de sus estados; pero léjos de exigirles cosa alguna, les permitieron llevar consigo sus inmensas riquezas. Ocho-cientas mil personas de todas edades y sexos parece que salieron de España con este motivo; pero aun el sacrificio de tantos vasallos y tesoros no les pareció á los reyes muy costoso, á trueque de conservar en sus reinos la pureza de la fe y la tranquilidad.

Sin embargo, para no perder el fruto, confiaron al vigilante tribunal de la inquisicion, que habian ya establecido, el cuidado de mantener en toda su pureza la religion de sus mayores. A este fervoroso celo debieron el glorioso renombre de *Católicos*, con que los distinguió la silla apostólica en el año 1496, estendiendo la gracia á sus sucesores, que han sabido corresponder á tan apreciable distincion con tal celo, que parece haber querido cada uno merecerle por sí particularmente.

Habiendo fallecido el rey de Nápoles Don Fernando II, los nobles del reino, que estaban resentidos de su crueldad é inclemencia, y al parecer tenian motivos para temer la dureza que habia empezado á manifestar su hijo y sucesor Don Alonso, convidaron con aquella corona, unos al rey Católico, y otros al de Francia Carlos VIII. El pretesto era que no habiendo podido Don Fernando como bastardo obtener aquel reino con justicia, debia quedar escluida su descendencia, y ceder al derecho de que estaban revestidos los príncipes en quienes ponian la mira. El del frances, sin embargo, no era otro que el de la adopcion que hizo la reina Juana II de Luis de Anjou, de la segunda rama de esta familia. El del rey Católico era algo mas robusto, pues sobre la adopcion que de su tio Don Alonso habia hecho tambien la misma reina, como ya dijimos, tenia á su favor el de la conquista, que este príncipe hizo de aquellos estados con su propia espada; pero Don Fernando no solo despreció la oferta, sino que se propuso sostener en aquel solio á su sobrino. El frances al contrario se presentó inmediatamente en



Italia con un poderoso ejército, se apoderó de una gran parte, y principalmente de Nápoles, sin haber plantado una tienda, ni haber roto una lanza. Los príncipes italianos llegaron á temer su preponderancia y miras ambiciosas, y uniéndose para la defensa de sus estados, formaron la liga conocida con el sobrenombre de *Santa*, que le hizo salir de Italia apresuradamente. Llegó á este tiempo á Mesina el valeroso Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitan, conduciendo los tercios españoles, y acabó de arrojar á los franceses; pero la muerte del rey de Nápoles Don Alonso II, la de su hijo Don Fernando, y mas que todo la desunion, que se empezó á advertir entre los coligados, favorecieron al rey de Francia para volver á Italia con mayores fuerzas.

Luis XII, sucesor de Carlos VIII, rompió por el Piamonte y Monferrato con feliz suceso, se apoderó en breve tiempo de toda la Lombardia y el Genovesado, é hizo temer al rey Católico no aspirase tambien á la Calabria, la Sicilia y Cerdeña. Para prevenir Don Fernando este acaso, hizo liga con el emperador Maximiliano I, sirviendo de nudo á esta liga el matrimonio de Doña Juana, princesa de Castilla, que despues sucedió en el trono de España; con el archiduque Don Felipe; pero Luis propuso la paz, repartiendo el reino de Nápoles con Don Fernando, y renunciando á su favor cualquier derecho que pudiera tener á los condados de Rosellon y Cerdania, objeto de continuas discordias entre las dos potencias.

Miéntas dilataban los reyes de Castilla sus estados por la parte de afuera, no se descuidaban en afianzarlos tambien interiormente, reduciendo á la nobleza á un estado en que ya no pudiese alterar la tranquilidad pública. La inmensidad de sus riquezas, el gran número de sus vasallos y su ambicion inmoderada la habian hecho tan formidable al trono, que no pocas veces le hemos visto titubear entre la agitacion de las guerras civiles. Fernando é Isabel fueron retirando poco á poco de sus manos las tierras y las concesiones, que el miedo mas que la voluntad le habia facilitado: pusieron en práctica lo que ya estaba decretado por ley del reino sobre la apelacion de los jueces de los lugares de señorío á los tribunales del rey; y por estos medios, que tanto lisonjeaban á los pueblos, llegaron á impedir aquella especie de pillage, que por tanto tiempo habian tenido que sufrir varios reyes de España, bajo la tutela de algunos grandes ambiciosos.

Los que entre estos se hacian aun mas temibles eran los tres grandes maestros de las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago. La independenciam con que gobernaban la multitud de villas, castillos y fortalezas que estaban á su órden, el número y la riqueza de las encomiendas de que disponian, los muchos caballeros que dependian de ellos, unos por la profesion, y otros por las esperanzas, y en fin el crecido número de tropas que militaba á su sueldo, les hacian representar en el reino el papel de pequeños

soberanos. En las inquietudes intestinas daban ordinariamente el tono, y pocas veces á favor de la autoridad real. Esperaron los reyes la favorable coyuntura de la espulsion de los moros para pedir á la corte de Roma la administracion de los tres máestrazgos, y Roma lo consintió en el año de 1493. Con el tiempo adelantó la pretension Carlos I, y obtuvo de la silla apostólica que estos maestrazgos quedasen perpetuamente incorporados á la corona de Castilla, lo cual ha sido uno de los medios mas eficaces para conservar á la nobleza en la debida sujecion.

Dueños ya Don Fernando y Doña Isabel de casi toda España; dueños de una gran parte del reino de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, y de la costa de Berbería, hasta donde llevaron igualmente sus armas victoriosas; mas poderosos dentro y fuera de España que cuantos reyes les habian precedido desde la fundacion de la monarquía goda; y cuando parecia que habian arribado á la cumbre del poder, les descubrió la providencia otro nuevo mundo, cuyo imperio destinaba para ellos y para sus augustos sucesores.

Cristóbal Colon, genoves, casado en Portugal, gran piloto, y mayor matemático, se presentó en la corte de España con la primera noticia de la existencia de unos paises, que segun sus cálculos y conjeturas, debian precisamente existir al occidente, y que él mismo se ofrecia á descubrir. La misma proposicion habia ya hecho anteriormente á las cortes de Inglaterra y Portugal; pero en ambas fué oido con universal desprecio, y tenido por fatuo ó mentecato. En Castilla se le trató con alguna mas consideracion, y se creyó que acaso podria no equivocarse; pero los reyes, empeñados entonces en la guerra de Granada, no se hallaban en estado de favorecer su solicitud; y Colon, luchando entre tanto con una tropa numerosa de émulos é ignorantes, esperó con constancia la reduccion de aquella ciudad para redoblar sus instancias; y supo manejar tan diestramente su pretension, que al fin se le concedieron tres buques.

En 3 de agosto de 1492 se hizo á la vela del puerto de Palos de Moguer, ancló en las islas Canarias, que ya co- 1492.  
 nocia, y desde allí atravesó los mares de occidente en medio de las quejas, de las murmuraciones, y aun de las continuas sediciones de los marineros, que le tenian por cien veces mas loco que lo habia parecido á los ingleses y á los portugueses, y mas de una vez atentaron contra su vida. Tuvo la fortuna de verificar su pronóstico, descubriendo por el mes de octubre las Lucayas; y despues de asegurarse en ellas de la existencia de su nuevo mundo, cargó su flotilla de oro, plata y géneros preciosos, y dió la vuelta á España con la mayor felicidad. Cuando habia salido de este reino era problemático entre los españoles si Colon habia perdido el juicio; pero cuando volvió fué recibido como el primer hombre del mundo, el mayor genio de la tierra, y no se encontraban elogios para en-



carecerle: tan cierto es que los hombres solo aciertan á calificar por los sucesos. Premiáronle los reyes con el almirantazgo del nuevo mundo, le distinguieron con los mayores honores; y animados con el éxito de esta primera tentativa, dispusieron una segunda espedicion mas numerosa y mejor equipada.

En este viaje descubrió Colon la isla de Cuba, la Española, la de Puerto Rico, y las costas de Tierra Firme, que corren de norte á sur: trazó un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los reyes Católicos, y se restituyó á España cargado de inmensas riquezas. Tan prósperos sucesos despertaron la envidia de Portugal; y con el pesar de que otro lograrse las ventajas que habia estado en su arbitrio disfrutar primero, quiso prohibir á Castilla la continuacion de ulteriores descubrimientos, á pretesto de pertenecerle por bulas pontificias. De aquí se originaron varias contestaciones entre ambas cortes, las cuales terminaron en un compromiso á la decision del papa; y este, tirando sobre el globo una línea divisoria de polo á polo por el meridiano de Canarias, contentó al portugues con el hemisferio oriental, que ya surcaban sus flotas, asignando á Castilla el de occidente en plena propiedad.

Aprovecháronse ventajosamente los reyes Católicos del descubrimiento de estas llamadas Indias, aplicando las grandes cantidades de oro y plata que sacaban de ellas al desempeño de los crecidos empréstitos á que les habian precisado tantas y tan gloriosas conquistas. Ambos soberanos se esforzaban á competencia en manifestar al Ser supremo su reconocimiento por los señalados beneficios con que les habia favorecido siempre, ya erigiendo templos, ya estableciendo monasterios religiosos, ya finalmente dotando los establecidos. No contentos con reformar el estado y las iglesias de su real patronato, solicitaron igualmente la reforma de algunas órdenes religiosas. Las familias mas santas estan sujetas á la decadencia como los mayores imperios: el tiempo, que todo lo consume, y á todo se atreve, no perdona al primitivo fervor que los santos fundadores inspiraron á sus primeros discipulos; y si se atendiese solo á la flaqueza humana, pasmaria que la austeridad de tan recomendables institutos no hubiera padecido mayor relacion.

Tanta felicidad no era posible que subsistiese sin mezcla de algunos sinsabores. Perdieron los reyes á su hijo único Don Juan, príncipe de grandes esperanzas, heredero de todas sus coronas, y generalmente amado por las raras prendas de su entendimiento y corazon. Perdieron igualmente á su hija primogénita Doña Isabel, casada con el rey de Portugal; y la archiduquesa de Austria, Doña Juana, contrajo, de resultas de un parto, una especie de locura, que la precipitaba en mil extravagancias. El principal objeto de su demencia era su marido, á quien amaba con pasion, y de quien parece que no era muy bien correspondida, pues con la mayor

frecuencia, y bajo los mas frívolos pretextos, solia ausentarse de ella, poniendo los mares por medio. La reina Doña Isabel fué testigo del extravío del juicio de su hija; y este lamentable espectáculo, acrecentando el pesar que le causó la prematura muerte de su hijo, la sumergió en una languidez, que con el tiempo la condujo al sepulcro en 26 de noviembre de 1504. Instituyó por heredera universal de sus reinos á su hija Doña Juana, y 1504. atendiendo á su incapacidad para el gobierno, y previendo el caso de su ausencia, de la del archiduque, y la repugnancia que este habia manifestado á permanecer en España, encargó la regencia del reino á su marido Don Fernando, hasta que su nieto Don Carlos, á quien sustituyó á la princesa, llegase á la edad de veinte años. Revocó en su testamento todas las gracias que habia hecho á su ingreso á la corona, como se hallasen contrarias al bien de la monarquía, añadiendo que la necesidad y no la inclinacion se las habia arrancado. Confirmó al rey Don Fernando la administracion vitalicia de los tres grandes maestrazgos; le consignó veinticinco mil ducados anuales sobre las alcabalas de los mismos, y la mitad de las rentas de lo descubierto en el nuevo mundo. Su constante piedad, su prudencia, su aplicacion infatigable, y su destreza en el manejo de los negocios, la constituyen superior á las mas sobresalientes reinas de Castilla que la precedieron, y digna de ser colocada en lugar muy distinguido entre los mayores monarcas.

Apénas falleció la reina Católica, los cortesanos ambiciosos, mal hallados siempre con la tranquilidad y el orden, y esperanzados de sacar partido de las inquietudes, pusieron en ejercicio todos los resortes de su intriga y sagacidad para sembrar la discordia entre el rey Don Fernando y su yerno el archiduque, ausente á la sazón con su muger en Flandes. Los unos lisonjeaban al rey Católico, proponiéndole continuase en el trono de Castilla, que supuesta la incapacidad de su hija, y el genio distraído de su yerno, decian corresponderle por derecho de sangre; ó que si esto no le pareciese justo, se reservase el gobierno del reino, que segun el testamento de su muger le pertenecia, no solo en ausencia de sus hijos sino aun en su presencia, hasta que su nieto Don Carlos cumpliera veinte años, en caso de que Doña Juana no pudiese ó no quisiese gobernar. Otros persuadian á Don Felipe á que se encargase del gobierno del reino juntamente con su muger, haciendo lo que ella no pudiese, sin permitir que Don Fernando conservase la mas pequeña autoridad, pues le era indecoroso llamarse rey, tener capacidad para regir sus pueblos con acierto, y someterse vergonzosamente á la direccion de otro, como pudiera someterse un niño. Ambos principes empezaron desde luego á mirarse con reciproca desconfianza; y Don Fernando, con la noticia de que el archiduque preparaba en Flandes una armada para presentarse en Castilla al frente de un poderoso ejército, y conquistar el reino en



caso de resistencia, aunque le era muy repugnante haber de llegar á las manos con el marido de su hija, creyó que no debía esponerse á un vergonzoso desaire, y puso sus fronteras en estado de defensa. De aquí tomaron ocasion los parciales de Don Felipe para confirmarle en sus recelos, suponiendo al rey Católico resuelto á disputarle el reino á viva fuerza; y como en este caso ninguna alianza podia serle mas ventajosa que la del rey de Francia, se hallaban ya en el punto de concluirla, cuando Don Fernando, mas político y sagaz que todos ellos, desconcertó los convenios con admirable destreza. Conociendo que el frances seria del que le ofreciese mejor partido, le pidió la mano de su sobrina Germana de Foy; y como por este medio quedaban no solo transigidas las diferencias que habian mediado entre ambos sobre la corona de Nápoles, sino que se proporcionaba á una de las ramas de su familia la entrada en el floreciente reino de Aragon, condescendió gustosísimo, trasfiriendo en su sobrina, en calidad de dote, el derecho á la parte del reino de Nápoles, que se le habia adjudicado en la division hecha en los años anteriores, y que ya se hallaba bajo la dominacion española despues de varias y memorables batallas en que brillaron los extraordinarios talentos del célebre Gonzalo de Córdoba; y renunciando en la misma y sus descendientes, en contemplacion de este matrimonio, el título de rey de Jerusalem, y cualquier otro derecho que le competiese.

Este enlace fué un golpe muy sensible para el archiduque, pues ademas de perder un aliado que podia serle muy útil, no pasando Don Fernando de cincuenta y tres años, podia naturalmente prometerse sucesion; y si esta fuese varonil, quedaban malogradas las esperanzas de Don Felipe á los reinos de Aragon y de Nápoles, debiendo temer que aun el de Granada le seria disputado en todo ó en parte. Confiado sin embargo en los muchos amigos que tenia en Castilla, creyó que no debía diferir un momento su venida; pero su padre, mas cauto ó mas tímido, desaprobando una resolucion tan peligrosa, que ántes de convenirse con el suegro no podia producir sino infinitos males, se ofreció á mediar en el asunto. Don Felipe condescendió, aunque aparentemente, en solicitar una composicion amigable, y dirigió sus instrucciones á los embajadores que tenia en Castilla; y como Don Fernando la deseaba porque no pareciese que resistia la entrada á su hija, que era la reina propietaria, y al nieto Don Carlos, mirado ya como próximo sucesor en la corona, despues de varios debates, quedó repartida la administracion del reino entre Doña Juana como propietaria, Don Felipe como su legitimo marido, y Don Fernando como gobernador perpetuo, siendo reconocido el príncipe Don Carlos sucesor inmediato y heredero despues de los dias de su madre; y distribuyéndose las rentas de Castilla y del nuevo mundo por mitad entre el rey Católico y sus hijos.

Esta concordia se concluyó en Salamanca año 1504 con alegría general del reino; pero en Flandes Don Felipe y aquellos sus amigos, que repugnaban el restablecimiento de la armonía, tuvieron la concordia por muy desigual y poco ventajosa. Creyeron sin embargo que una vez puesto el pie en España, les seria fácil obligar á Don Fernando á que la rectificase, ó arrojarle de Castilla; y así, reservando oculto su designio, hicieron en público algunas demostraciones de paz, y apresuraron su partida.

Apénas desembarcó el archiduque en la Coruña, acudieron á ofrecérsele un gran número de señores principales, que no podian disimular á Don Fernando la sujecion en que los habia tenido su reinado; y hallándoles aquel príncipe mas en su favor de lo que habia creído, con la esperanza de que se le reuniria inmediatamente toda ó la mayor parte de la grandeza castellana, empezó á quitarse la máscara, declarando públicamente que no pasaria por la concordia. Procuró Don Fernando atajar los progresos de la discordia, ya ganando con promesas á los parciales de su yerno, ya persuadiendo á este á que se presentase á una conferencia en que entre ambos acordasen el medio de poner fin á sus desavenencias; pero el archiduque se evadia mañosamente de este compromiso, aprestaba tropas con secreto, y procuraba aumentar el número de sus parciales, ya distribuyendo mercedes á los que podian hacerse mas visibles en su corte, ya poniendo en su consejo personas afectas á los caballeros enemigos del rey Católico, y que deseaban mudanzas en el gobierno; de suerte, que en breve mudaron de partido los pocos que seguian al suegro, y aun los prelados que le acompañaban se pasaron al yerno. Don Fernando por el pronto, viendo que el archiduque caminaba al frente de un numeroso ejército de flamencos, alemanes y españoles, con artillería de campaña, y demas pertrechos de guerra, resolvió ponerse en defensa, reforzando su gente so color de querer restituir la libertad á la reina su hija, presa, oprimida, ó encerrada violentamente por el archiduque y sus privados; pero últimamente, considerando la liviandad de los que le habian parecido leales, y la facilidad con que, depuesta la vergüenza, mudaban sus voluntades hácia el interes; cuán léjos estaba de Aragon; que no habia prevenido al rey de Francia para que le enviase algun socorro; y por último, que no seria bien visto encender una sangrienta guerra por motivos que cada uno interpretaria á su antojo, hizo saber á su yerno que se hallaba en ánimo de pasar á verle donde quiera que estuviere.

Junto á unos robledales, en una casa de labor llamada el *Reme-sal*, se encontraron por primera vez Don Felipe y su suegro, formando un contraste bien extraño. El rey Católico iba acompañado de muy pocos caballeros de su casa, todos de paz y muy



comedidos : Don Felipe, al contrario, con gran tren, mucho aparato, y estruendo de armas y de guerra. Aquel no llevaba, ni habia pedido otra seguridad que el respeto de mayor, de rey y de padre : este suplía con ostentacion, precaria grandeza y vanas esterioridades, lo que le faltaba de magestad y nombradía. El resultado sin embargo fué separarse entrambos poco satisfechos uno de otro, sin adelantar un punto en el objeto de aquella conferencia ; y el rey Católico, viendo por una parte la frialdad y esquivez de su yerno y de la grandeza, y por otra la estrañeza con que le trataban en el reino, donde era reputado ya como estrangero, resolvió dejar desocupado el campo á sus enemigos á la sombra de cualquiera convenio que ellos le propusiesen. En efecto los parciales

del archiduque forjaron la concordia que les pareció ; y <sup>1506.</sup> en 27 de junio de 1506 suscribió Don Fernando á « dejar á sus hijos el gobierno de Castilla, y retirarse á Aragon, « adonde se le contribuiría con la mitad de las rentas de América, « y veinticinco mil ducados sobre las alcabalas de los maestraz-  
« gos, cuya administracion le quedaba reservada con la obligacion  
« de proveer las encomiendas en naturales de Castilla. »

A nuevo gobierno nuevo sistema. Las máximas del suegro eran muy contrarias á las de su yerno, y el genio de los dos era todavía ménos parecido que sus máximas. Felipe era festivo, alegre, franco y abierto ; Fernando serio, melancólico, artificioso, reservado y político, describiendo siempre un círculo para llegar al centro. Felipe, en la flor de su edad, amaba los placeres, las diversiones y los ejercicios del cuerpo, sin cuidarse de aprender el arte de reinar, abandonando en las ávidas manos de sus favoritos el gobierno de los pueblos, y los tesoros de la corona : Fernando, por el contrario, en edad madura, meditaba mucho y hablaba poco, se ocupaba en los negocios de Europa, y solo se divertía en cumplir con sus obligaciones. Tal era la ansia del archiduque por quedar solo en el mando, que aun su muger le incomodaba, á pesar de que jamas queria mezclarse en los negocios ; y para desembarazarse de ella, su primera diligencia fué convocar córtes en Valladolid, con el pretesto de que en ellas se reconociese á los nuevos soberanos ; pero en realidad, con el objeto de influir para que la reina fuese declarada falta de juicio, é incapaz de gobernar sus reinos. No pudo conseguirlo sin embargo, porque se le opusieron vigorosamente los procuradores de las ciudades ; y así hubo de contentarse por entónces con recluirla donde ménos le incomodase. Por fortuna su reclusion no pudo ser muy larga, pues ántes de cumplir veintinueve años Don Felipe el Hermoso, y á los nueve meses de su entrada en España, se marchitó aquella flor por una aguda calentura en el corto espacio de seis dias. Esta pérdida acabó de oscurecer el uso de la razon á Doña Juana, y solamente le quedaron ciertos lucidos intervalos, demasiado raros para poder

encargarse del gobierno. Por otra parte, toda entregada á la memoria de su marido, no era posible separarla de su cadáver, que á todas partes llevaba consigo; y por no distraerse de sus melancólicas ideas, aborrecia cuanto sonaba á reinar.

En tan críticas circunstancias era preciso y demasiado urgente buscar un medio para poner en órden el gobierno de la monarquía, hasta que el príncipe Don Carlos cumpliese los veinte años. Así lo pensaron tambien algunos grandes; pero discordaban los pareceres en razon de sus deseos y temores. Los amantes de la paz proponian que se llamase al rey Católico, no dudando que sabria deponer su resentimiento por no abandonar á los vasallos de su hija en situacion tan lastimosa; pero los autores de la discordia entre suegro y yerno, sin embargo de conocer que este era el mejor camino de conservar la tranquilidad pública, se oponian con todo esfuerzo á la venida de Don Fernando, temiendo se vengase de los desaires y groserías que le habian hecho sufrir. Acordes en esto solo, se hallaban asombrosamente divididos sobre lo mas interesante. Quienes decian debia llamarse al príncipe Don Carlos, para que con su autoridad se gobernase el reino por medio de los gobernadores que eligiesen las córtes; quienes se decidian por el emperador de Alemania, quienes por el rey de Portugal, quienes por los reyes de Navarra, y quienes finalmente, descontentos de tal diversidad de opiniones, se proponian casar á la reina con Don Alonso de Aragon, hijo del infante Fortuna, con Don Fernando de Nápoles, con Gaston de Fox, hermano de la reina Germana, ó con Enrique VII, rey de Inglaterra. Todo sueños y delirios de calenturientos ó locos, sin mas apoyo ni fundamento que la demencia de sus autores, y que descubriendo desde luego la causa que los producia, hicieron poca fortuna, y enrobustecieron por lo mismo cada vez mas el partido del rey. En medio de esta fermentacion no faltaron algunos que intentasen aprovecharse de la imbecilidad de la reina para apoderarse del mando; pero ninguno con mas cautela y disimulo que el arzobispo de Toledo Don Fray Francisco Jimenez de Cisneros. La reina, sin embargo, en medio de su demencia, desconcertó sus designios á pretesto de la venida de su padre que creia inmediata, y el arzobispo, como político y astuto, varió inmediatamente el plan, mostrándose abiertamente y sin rebozo parcial de Don Fernando, é instándole con eficacia para que viniese á precaver la anarquía que amenazaba á Castilla. Descubrió y estorbó la audaz resolucion que habian tomado los enemigos del rey, de casar al príncipe Don Carlos con la hija del rey de Inglaterra, para que este viniese á gobernar á Castilla en nombre de su hija y yerno. Se apoderó en nombre de la reina, y á espensas propias, de las principales fortalezas y plazas del reino, pues todo era de temer de unos fanáticos, furiosos al ver malogradas sus esperanzas, é irritados contra la reina por el terrible golpe que



acababa de dar á sus rentas, revocando todas las mercedes que capciosamente habian arrancado á su marido.

El rey Don Fernando se rindió finalmente á los esfuerzos de la mas sana parte de la nobleza castellana, y con su venida mudaron de semblante todas las cosas. En breve consiguió sosegar los ánimos inquietos, restablecer la tranquilidad, el órden y el vigor de las leyes; y su gobierno, aunque absoluto, fué pacífico, fecundo en proyectos, en tratados y en guerras exteriores. Durante él se hicieron grandes conquistas en el Africa, á solicitud, á espensas, y aun bajo la direccion del gran cardenal arzobispo Jimenez de Cisneros. Entró en la famosa liga de Cambray con el papa, el emperador y la Francia contra los venecianos, que orgullosos con el gran poder á que habian sabido elevarse, se habian dejado caer sobre la Italia, despojando á aquellos monarcas de lo mejor que poseian en ella. Temió despues la prepotencia de la Francia, y se unió con el papa y con los venecianos, formándose por este medio una confederacion, que llamaron la *liga Santa*, y á cuyo favor volvieron á recobrar los venecianos casi todas las plazas que les habian tomado los franceses; pero el ejército español fué derrotado en Ravena por el de Luis XII, rey de Francia, y esta derrota hubiera producido fatales consecuencias para los coligados, á no haber acudido por una parte el papa con veinticuatro mil hombres en socorro de la liga, y á no haber amenazado por otra los ingleses con un desembarco en Normandía. La corte de Francia retiró sus tropas de Italia, y los españoles arrojaron de las plazas las guarniciones francesas, lo que dió lugar á una tregua entre Fernando y Luis XII. Durante el curso de esta guerra se apoderó de la Navarra Don Fernando el Católico: hecho que acriminan mucho algunos escritores, aunque no parece muy difícil de justificar; pero como quiera, habiendo quedado desde entónces incorporada esta corona á las de Leon, Aragon y Castilla, quizá no será fuera de propósito suspender por un momento el curso de la historia de estas tres monarquías unidas, para dar una idea, aunque pequeña, del origen de la Navarra y de su engrandecimiento, suministrando de paso algunas luces sobre los derechos y motivos que obligaron á Don Fernando á despojar de la corona á sus propios sobrinos.

#### NAVARRA.

Los navarros, situados en buen clima, gozan de un aire sano, y se hallan surtidos del trigo que necesitan, de frutos suculentos, y de escelentes vinos. Son altos, bien formados, robustos, vivos y valientes. El reino de Navarra es de poca estension; pero cria suficiente número de ganados: sus aguas son claras: sus rios, poco

caudalosos, pero en gran número, suministran excelente pesca, y sus montañas estan cubiertas de buenas maderas. La Navarra contiene en su recinto los Pirineos, cuyas cimas, que nunca han debido mancharse sino con la sangre de la caza de que abundan, y con la de las fieras, osos y lobos, que se abrigan en su espesura, se han visto por desgracia empapadas muchas veces de la de sus habitantes, ya en sus guerras domésticas, ya en las que han sostenido contra sus vecinos, y principalmente contra los moros.

Acerca del origen de esta monarquía se hallan tan discordes los historiadores, que no es muy fácil determinarle, sin recelo de incurrir en alguna equivocacion. Unos, gobernándose por las cartas y privilegios de los monasterios fundados en este pais, hablan de cierta asamblea de señores navarros, y de una multitud de pueblo, reunidos por los años de 758, con ocasion de las exequias de cierto ermitaño llamado Juan. En ella dicen que despues de haber cumplido con los deberes de la piedad, trataron de elegir un jefe que los defendiese contra las frecuentes irrupciones de los sarracenos; que recayó la eleccion en Don García Jimenez, caballero español, el cual les gobernó por algun tiempo con el título de conde, y bajo la dependencia de los reyes de Asturias; pero que últimamente se hizo independiente, y tomó el título de rey, que trasmitió á su hijo mayor Don Fortun García; que este reinó con gloria muchos años, y concluyó sus dias en un monasterio que habia construido á sus espensas. Hablan de cierto Don Sancho, que en 921 abandonó el de Leire, adonde se habia retirado, por favorecer á su hijo y sucesor contra Abderramen, rey de Córdoba; y finalmente, hacen mencion de una victoria que reportó de Almanzor García el Trémulo en 994, prolongando asombrosamente su reinado.

Otros, y entre estos los historiadores franceses, animados de cierto afecto nacional, fijan la época de la fundacion de la monarquía de Navarra en el siglo IX, resistiéndose á reconocer rey ninguno ántes de Iñigo Arista, conde de Bigorra, á quien quieren hacer de origen frances por atribuir á esta nacion la gloria de haber dado reyes á Navarra, y apoyar los derechos que han pretendido tener á esta corona los reyes de Francia. Nosotros prescindiremos de la parcialidad de estos últimos; miraremos con la desconfianza que se merecen los apócrifos documentos en que se apoyan los primeros; y para determinar, sino con certidumbre, con probabilidad al ménos, el origen de la monarquía de Navarra, y la serie cronológica de sus reyes hasta el siglo XII, que es hasta donde llega la oscuridad, seguiremos á uno de los escritores que moderadamente han desenvuelto esta materia con mas juicio, con mas crítica y mas imparcialidad.

Los navarros sin duda permanecieron sujetos á los reyes de Asturias hasta el reinado de Don Alonso II, llamado el Casto. En



esta época, instigados por la Francia, que debia tener sus proyectos acerca de esta provincia, dos veces aspiraron á la independencia, manteniéndose rebeldes con la mayor obstinacion, hasta que por necesidad hubieron de ceder una y otra vez al conocido valor de su soberano y de sus fuertes guerreros. Alonso no logró sin embargo extinguir del todo el espíritu de insubordinacion. La insurreccion estallaba ya en uno ya en otro punto, fomentada en secreto por Sancho Iñigo, conde de Bigorra, apellidado el *Arista*, que es como decir el *Roble* ó el *Fuerte*, caballero frances, pero descendiente de sangre castellana, el cual, pasando los Pirineos, y adelantándose hasta las llanuras de Pamplona, solia tambien tomar partido en las desavenencias de los navarros, como si fuera uno de ellos. Viendo por una parte Don Alonso la aficion que profesaban estos españoles al guerrero frances, y considerando por otra, que sostenidos por un nombre de tanto valimiento, á quien guardaba las espaldas el mismo rey de Francia su pariente, le tendrian siempre ocupado en guerras intestinas, y distraido de las de los moros, que eran mucho mas importantes á la religion y al estado, resolvió conciliar los intereses de todos, entregando la provincia al conde de Bigorra en calidad de feudo, segun acostumbraba la corte de Francia con sus condes; pero con la condicion de que le habia de dar en matrimonio una señora francesa, llamada Sumeña ó Jimena, deuda del mismo conde, á quien por este medio pensó tener mas sujeto y afecto.

La época de este tratado, segun lo mas probable, fué el año 873, y el conde de Bigorra gobernó en Pamplona hasta el de 885, en que su hijo García Sanchez Iñiguez fué aclamado por los navarros, no ya conde como ántes, sino rey, sin que pudiese impedirlo el de Asturias por el poder que él mismo les habia dado, desmembrándolos de la corona, y entregándolos á señor estrangero, que naturalmente habia de sacudir el yugo en el momento en que se hallase con fuerzas para ejecutarlo. Don García tuvo la desgracia de morir juntamente con su muger en 891 á manos de los moros, que le sorprendieron en un pueblo del valle de Aivar, que llamaban Larumbe; y así no pudo ocupar el trono sino seis años.

Su hijo Sancho Garcés, nacido despues de la muerte de su madre, ó poco ántes, tardó por su tierna edad en subir al trono, hasta que cumplió los catorce años, subsistiendo entre tanto depositado el mando en algunos caballeros principales, que sirvieron de regentes y de ayos del monarca. Se ciñó la corona en el año 905, y dió bien pronto pruebas de que la merecia, segun el carácter de aquellos tiempos. Estendió con mucha gloria sus dominios por toda la Navarra baja, y aun fuera de ella por tierras de Castilla y Aragon. Monjardin, Nájera, Vecaria, Calahorra, Tudela y Jaca fueron sus principales conquistas, y la de Vecaria en particular debió ser muy gloriosa, pues quiso hacerla memorable con la fundacion

del célebre monasterio de Albelda en el último año de su vida. Aspiró á dominar aun en la Gascuña ó Navarra francesa, aunque no sabemos si llegó á conseguirlo; pero lo cierto es que estando á la otra parte de los Pirineos, supo que los mahometanos se acercaban á Pamplona; mandando á sus soldados que calzasen abarcas de cuero crudo para trepar con mas facilidad por entre la nieve y los despeñaderos, se arrojó improvisamente sobre los sitiadores de la ciudad, é hizo en ellos tal matanza, que muy pocos pudieron llevar al rey de Córdoba la noticia de su propia desgracia. De esta accion le provino el renombre de Abarca, que tomaron despues los demas reyes por timbre y apellido glorioso. Reinó despues de la regencia veinte años no cumplidos, hasta los últimos meses del de 924, en que falleció.

Le sucedió su hijo García Sanchez, apellidado el Trémulo ó Temblon, quien solo reinó hasta el año 970. Le dieron aquel renombre, ó porque ántes de entrar en una batalla le sobrecogió, segun dicen, un temblor, que le hubiera calificado de cobarde, si despues de haber pagado esta especie de tributo á la naturaleza, no hubiera desmentido aquel concepto haciéndose terrible en el combate; ó porque, y esto es lo mas creible, habria padecido alguna enfermedad, de cuyas resultas le quedase cierta convulsion en los nervios.

Por muerte de García el Trémulo ocupó el trono su hijo Sancho II, el cual reunió la Castilla á la Navarra por medio de su matrimonio con Doña Mayor ó Elvira, hija del conde Don Sancho de Castilla; y en el largo reinado de sesenta y cuatro años dilató sus estados con el valor de su brazo por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon: de suerte, que por la grandeza de sus hazañas y estension de sus dominios, mereció el renombre del Mayor, y aun segun algunos, el de Emperador, que á ningun rey se habia dado hasta entónces; pero despues de haber engrandecido por este medio su reino, le redujo á su primitiva medianía, repartiéndole entre sus hijos García, Fernando y Ramiro, lo cual fué, aunque contra su intencion, hacerles un presente de la discordia y de la guerra.

Dejó al primero la Navarra; Castilla á Don Fernando; y á Ramiro, que era el mayor, aunque ilegítimo, las conquistas que habia hecho en Aragon; pero este, apénas falleció su padre en febrero de 1035, aprovechándose de la ausencia de su hermano García, que habia ido á visitar los santuarios de Roma, tomó contra él las armas á pretesto de recobrar el reino paterno, de que en su concepto habia sido injustamente despojado. Se confederó con los reyes árabes de Zaragoza, Huesca y Tudela; se introdujo en Navarra con un buen ejército de cristianos y moros, y acampó junto á Tafalla, esperando que su hermano volviese de su piadosa romería. Volvió con efecto inmediatamente, y juntando á toda priesa las fuerzas que pudo, le atacó con tanto brio y fortuna, que murieron en la



accion la mayor parte de sus soldados, huyeron los demas á rienda suelta, dejando armas y equipages; y el mismo rey de Aragon hubo de huir con tanta priesa, que montó descalzo y mal arropado en un caballo desenjaezado. Si es cierto, como asegura algun escritor, que el vencedor le persiguiese aun fuera de Navarra, y le ocupase sus estados de Aragon, sin duda harian luego las paces, y Don Ramiro recobraría su reino, pues es constante que despues le poseyó pacíficamente.

Concluida esta guerra, emprendió Don García otra bien injusta y desgraciada contra su hermano Don Fernando, á quien miraba con envidia colocado en el trono de Castilla. En la historia de este Don Fernando indicamos las causas, y vimos sus consecuencias. En el valle de Atapuerca, á 1° de setiembre de 1054, se encontraron ambos hermanos; y en aquella batalla pagó Don García con la vida la perfidia con que habia intentado despojar de la corona á Don Fernando, y la injusticia con que habia pretendido sostener el atentado.

Le sucedió su hijo Don Sancho III, el cual hizo guerra al régulo de Zaragoza Ahmad-Abu-Giafar ó Almoctader; pero no sabemos de ella otra particularidad, que la de haberse convenido despues, mediante una concordia, por la que el moro se obligó á pagar anualmente cierto tributo, y el rey Don Sancho á interceder con su autoridad, para que Don Sancho Ramirez, rey de Aragon retirase de Huesca sus tropas; y á proteger y ayudar á Almoctader en caso que Don Sancho Ramirez no condescendiese, y fuese necesario recurrir á la fuerza. Despues de estas paces vivió Don Sancho III otros tres años hasta junio de 1076, en que sus hermanos, Raimundo y Ermesenda, le sorprendieron descuidado en una cacería, y le precipitaron desde la cumbre de un monte en Peñalen. Dejó, segun dicen, tres hijos; pero no pasó el reino á ninguno de ellos, pues se le repartieron entre sí el rey de Aragon Don Sancho Ramirez, apoderándose de la mayor parte de sus estados; y Don Alonso VI de Castilla, que á título de proteger á los hijos y sobrinos del difunto contra el fratricida, ocupó la Rioja y la Vizcaya.

Subsistió la Navarra incorporada á la corona de Aragon hasta el reinado de Don Ramiro II, llamado el Monge, en que los navarros se hicieron independientes, eligiendo por rey á Don García Ramirez. El sucesor de Ramiro, Don Ramon, conde de Barcelona, trató de vindicar sus derechos; y de aquí se originó una guerra entre el navarro, el aragones y el castellano, como aliado de este último, en la que Don García sostuvo con intrepidez su independencia. Murió en una montería de una caída de caballo en el año de 1150.

Su sucesor Don Sancho V, contra quien pérfidamente se conjuraron el castellano y el aragones, rompió á sangre y fuego por Aragon

y Castilla, y á ambos reyes les puso en gran consternacion; pero reunieron sus fuerzas, dieron sobre el invasor, le derrotaron, y despues de haberse apoderado de varias plazas suyas, le concedieron la paz, que ya solicitaba con empeño. Reinó hasta el año de 1194, en que por su muerte le sucedió Don Sancho VI, por sobrenombre el Sabio, el cual debió vivir poco y en paz, y fué reemplazado por su hijo Don Sancho el Fuerte, el Animoso, ó el Retraido; nombre que se le dió, porque al fin de sus dias, agobiado de achaques, y consumido por un cáncer, se encerró en el castillo de Tudela sin dejarse ver de nadie. Este príncipe pasó al Africa con el objeto, segun dicen, de contraer matrimonio con una hija de su amigo Jacob Aben-Jucef, rey de Marruecos; fué detenido contra la buena fe, y cuando logró huirse y volver á su reino, le encontró invadido y desmembrado. En efecto, los reyes de Aragon y de Castilla se habian aprovechado de esta ausencia para ocupar algunas plazas sin efusion de sangre. Alava, Vizcaya y Guipúzcoa cayeron en poder del castellano, Aivar y todo el valle de Roncal quedaron sujetos al aragones; pero segun parece, lo recobró Don Sancho todo; y lo que no tiene duda es que despues reinó en paz, hasta que falleció en el año de 1234. Este Don Sancho es el que, como ya dijimos, adoptó á Don Jaime el Conquistador, por no dejar la corona á su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, en quien habia de recaer precisamente por no dejar sucesion Don Sancho; pero los navarros se burlaron de esta adopcion, y pusieron en el trono á Teobaldo, sin que Don Jaime se opusiese, ó á lo ménos no consta con seguridad. Como quiera, habiéndose otorgado una solemne escritura, firmado, confirmado, y dado por buena la adopcion por la nobleza de Aragon y de Navarra, no puede quedar duda de que los reyes de Aragon adquirieron en virtud de este contrato un derecho incontestable á esta corona.

Teobaldo se cruzó para la guerra de la Tierra Santa; y dejando sus estados bajo la proteccion del papa, marchó contra Jerusalem con la gente que pudo reclutar. La expedicion fué muy desgraciada, y no tuvo otra ventaja que la de haber adquirido Teobaldo mas esperiencia en el gobierno, y escelentes frutos, que naturalizó en Navarra. Hizo conocer á sus vasallos el cultivo de las viñas que se practicaba en Champaña, y así es que á su celo deben los Navarros sus esquisitos vinos, que suelen rivalizar con los mejores de cualquiera parte. Se dice que Teobaldo era escelente músico y poeta, segun el gusto de su tiempo, que amaba las ciencias, y favorecia á los hombres instruidos, y que murió en 8 de julio de 1253, dejando el cetro á su hijo Teobaldo II, que á la sazón se hallaba en la menor edad.

Este príncipe quiso tambien tomar parte en la cruzada que tenia dispuesta contra Tunez san Luis, rey de Francia, su suegro. Los extraordinarios calores de aquel clima abrasador encendieron entre



los europeos, acostumbrados á un temperamento mas benigno, una peste asoladora, de que murieron infinitos, el mismo san Luis y su hijo; y últimamente, hubiera perecido infructuosamente toda la cruzada bajo los muros de Tunez, á no haber acudido á la necesidad el rey de Nápoles y Sicilia Cárlos de Anjou, ajustando paces con los tunecinos, mediante una fuerte contribucion anual que les impuso. La escuadra tomó entónces el rumbo de Palestina; pero en Trapaná, á 5 de diciembre de 1270, falleció el rey de Navarra; y las tropas hubieron de regresar sin caudillo á sus hogares, abandonando una expedicion desgraciada desde los principios.

No habiendo dejado hijos Teobaldo, su hermano Enrique, que por su ausencia habia quedado encargado del gobierno, heredó la corona de Navarra. La disfrutó poco tiempo, y por su muerte, acaecida en el año de 1274, recayó en su hija Doña Juana, que tenia dos años á la sazón.

Puso la reina viuda Doña Blanca el gobierno en manos de un caballero llamado Don Pedro de Monteagudo; y esto despertó tal envidia en otro noble llamado Don García Almoravid, que formando un gran partido, conmovió toda la Navarra. Doña Blanca, que se hallaba en Francia á concertar sin duda el matrimonio de su hija con Felipe el Hermoso, creyó atajar el fuego de la sedicion, nombrando un tercero en discordia, y encargó del gobierno á Eustaquio de Bellemarque, caballero frances; pero esto solo sirvió para aumentar la inquietud. Los navarros se resistieron á obedecer á un extranjero: Monteagudo, aunque sentia bastante haber de sujetarse al frances, sentia principalmente la pérdida de su influjo, y ver casi desconcertado su proyecto de casar á Doña Juana con el príncipe de Aragon; Don García Almoravid, que era todo de Castilla, deseaba que el enlace de la princesa heredera hubiese de ser precisamente con alguno de los infantes castellanos; y otros finalmente, aficionados á Francia, se declararon por el gobernador. La Navarra, dividida en estas tres parcialidades, se vió hecha un sangriento teatro de venganzas, de asesinatos y de depredacion. Monteagudo murió á manos de los de Don García; pero el partido de este, cada vez mas orgulloso, hacia cada dia mas urgente un remedio extraordinario con que ponerle freno. El rey de Francia despachó con buenas tropas al conde de Arras; y este en breve tiempo despojó la Navarra de toda la gente sediciosa, obligándola á dispersarse por reinos estrangeros, y restableció la tranquilidad.

La reina Doña Juana I falleció en 6 de abril de 1305, dejando la corona á su hijo Luis Hutin, que despues se ciñó tambien la de Francia; pero murió en 5 de junio de 1316, dejando una hija llamada Juana; y Felipe el Largo, hermano de Hutin, tomó el título de rey de Navarra con perjuicio de su sobrina. Permanecieron ambas coronas reunidas bajo el reinado de su hermano y sucesor

Cárlos el Hermoso ; pero Felipe de Valois, en quien recayó despues la de Francia, renunció la de Navarra, y se la restituyó á Doña Juana, que fué segunda de este nombre, y habia casado con Felipe, conde de Evreux. Estos esposos dejaron una posteridad numerosa, y un reino floreciente; y habiendo fallecido Doña Juana II en 6 de octubre de 1349, Cárlos II y Cárlos III, su hijo y su nieto, reinaron despues con bien diversos renombres. El primero es conocido por Cárlos el Malo, el segundo por Cárlos el Noble, el Generoso; y ambos hicieron gran papel en los acontecimientos de su tiempo.

Cárlos el Malo subió al trono por muerte de su madre en 1349, á los diez y ocho años de su edad, y desde luego dió á conocer su genio emprendedor, osado y turbulento. Juan, rey de Francia, le habia dado su hija en matrimonio con un dote considerable; pero exigió un suplemento, y el suegro hubo de concedérsele, temiendo que la jóven esposa esperimentase algun desaire. Cárlos fué digno amigo de Don Pedro el Cruel; pero amigo poco leal sin duda, pues miéntras firmaba la alianza con el castellano, trataba en secreto con sus enemigos. Se le imputan asesinatos premeditados; se le acusa de haberse complacido en escitar turbulencias por donde quiera que dirigia sus pasos: en una palabra, su presencia era tan temible como la de las señales precursoras de siniestros sucesos. Juan su suegro, y Cárlos V de Francia su cuñado, esperimentaron los efectos de su refinada malicia, pues se dice que intentó emponzoñar á Juan, y que lo consiguió con Cárlos; y como quiera, es cierto que se defendió mal de estas imputaciones. Aseguran que murió abrasado, de resultas de haberse prendido fuego á una sábana empapada de aguardiente, en que se habia envuelto para aliviarse del reumatismo que padecia. El hecho no está bien comprobado sin embargo; pero cualquiera que fuese su enfermedad, es constante que en 1° de enero de 1388 murió entre dolores acerbos, que se consideraron como justo castigo de sus crímenes.

Su hijo, Cárlos el Noble, que á la edad de veinticinco años y por su muerte se ciñó la corona, era igual en talento á su padre; pero con la diferencia de ser bien inclinado. No tenia su vivacidad y su elocuencia seductora; pero le aventajaba en dulzura, gracia y afabilidad. Casó con la infanta de Castilla Doña Leonor, hermana de Don Juan II, y fué esclente marido, y padre tierno. Vivió en paz con sus vecinos; y las córtes de Castilla y de Francia solian recurrir á sus luces para conciliar sus desavenencias. Falleció en 7 de setiembre de 1425, dejando solamente una hija llamada Doña Blanca, casada con Don Juan, entónces infante, y luego rey de Aragon, y que era madre del desgraciado príncipe Don Cárlos de Viana.

El aragones despreciaba la Navarra como pais agreste en comparacion de Aragon y Castilla, y por esta razon era muy corta su permanencia en ella; pero sabia muy bien estenuarla con crecidos



impuestos para sostener las disensiones que solia escitar su genio turbulento. Tomó parte en las inquietudes que en Castilla suscitaron sus hermanos los infantes de Aragon contra el condestable Don Alvaro de Luna; y por proteger sus miras ambiciosas, se empeñó en una guerra, que fué bastante ruinosa á Navarra. Dió su hija Doña Blanca en matrimonio al príncipe de Castilla, despues rey Don Enrique IV, y luego sublevó al yerno contra su propio padre. Su hijo Don Carlos, príncipe de Viana, y heredero de la corona, que era de un carácter distinto, ó porque rehusase en algunas circunstancias prestarse á sus irregulares manejos, ó porque reclamase la corona de Navarra, que desde 1º de abril de 1441 habia recaido en él por muerte de su madre Doña Blanca, y su padre retenia injustamente, ó porque este diese oídos á las sugerencias de su nueva esposa Doña Juana Enriquez, que naturalmente procuraria elevar la fortuna de sus hijos sobre la ruina de la de sus hijastros, ó por todas estas causas juntas, incurrió en la indignacion de su padre, y tuvo que acudir á las armas para defenderse del furor con que se declaró contra él. Las dos poderosas familias de Beaumont y Agramont, que desde muy antiguo se profesaban un odio encarnizado, aparecieron entónces mas enconadas que nunca, y bastó que los beaumonteses se propusiesen sostener al príncipe en el empeño de tomar el gobierno y título de rey de Navarra que le pertenecia, para que los agramonteses, sin embargo de conocer que esto era justo, se decidiesen por lo contrario, y procurasen favorecer á Don Juan. Con este motivo se puso en arma toda la Navarra dividida en estas dos parcialidades, y se encendió una guerra civil de las mas obstinadas y sangrientas. Don Carlos se unió con el rey y príncipe de Castilla, que tenian motivos para estar resentidos con su padre, y con su auxilio aventuró una batalla que perdió desgraciadamente, quedando prisionero con los principales caudillos de su faccion; pero este acontecimiento solo sirvió para enfurecer mas á los navarros, que amaban á su príncipe, é indisponer los ánimos para tarde ó nunca reconciliarse; y á no ser por los auxilios de Aragon y de Cataluña, que gobernaba su padre en ausencia de su hermano Don Alonso V, Don Juan hubiera sido arrojado del trono de Navarra. Sin embargo, las córtes de Aragon, que miraban al príncipe Don Carlos como su rey futuro, respecto de carecer Don Alonso de sucesion legítima, y ser Don Juan su próximo heredero, hicieron todo lo posible por atraer á padre é hijo á una composicion, que conciliando sus respectivos intereses, restableciese la paz y la tranquilidad. Con mucho trabajo consiguieron que se comprometiesen en ciertos diputados de Aragon y de Navarra, y estos se convinieron en que primero se repusiesen las cosas al ser y estado que tenian ántes de empezarse la guerra, restituyendo el príncipe á su padre la ciudad de Pamplona, y demas plazas de que se habia apoderado, desembargando el rey los

bienes que habia confiscado á los caballeros que habian seguido el partido del príncipe , y entregando á este el principado de Viana y otras villas; y en que se cometiese al rey de Aragon la transaccion de sus diferencias , quedando entre tanto el príncipe sujeto á la voluntad de su padre.

Este último artículo fué poco ménos que dictado por el capcioso Don Juan ; pero el príncipe , que se hallaba preso en el castillo de Monroy , firmó , sin reparar , la concordia , sabiendo que solo á este precio conseguiria la libertad , y con ánimo , sin duda , de quebrantarla luego que se hallase en proporcion. Diéronse rehenes por una y otra parte ; el príncipe quedó libre , y pareció á primera vista que iban á calmar las turbulencias ; pero algunas villas de Navarra , que conocian la violencia del concierto , y sabian por otra parte que el rey y príncipe de Castilla estaban empeñados en auxiliar al príncipe de Viana hasta colocarle en el trono , rompieron por las fronteras de Aragon causando infinitos daños.

Con efecto , Don Juan II de Castilla , y su hijo el príncipe Don Enrique , habian entrado á sangre y fuego por distintos puntos en Navarra y Aragon , esparciendo por todas partes el asombro y el temor. El príncipe de Viana , así que se vió libre , se puso de acuerdo con ellos , y dió nuevo calor á la animosidad con que se destruian las propiedades del partido contrario sin utilidad de ninguno. Las córtes de Aragon , que presentian la inminente ruina de todo el reino , si no se acudia con un remedio urgente , solicitaron con ansia una tregua de cuatro meses , con la esperanza sin duda de poder entre tanto conciliar los ánimos ; pero Don Juan de Navarra se opuso con teson , y solo condescendió cuando llegó á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos contra enemigos tan poderosos. Entónces hizo que pasase á Castilla la reina de Aragon , para que entre ella y su hermano el rey Don Juan II acordasen los medios de poner fin á la discordia ; pero murió este á poco tiempo , y su hijo Don Enrique IV dió á conocer bien pronto lo poco que debia esperarse de su natural inconstancia. Desconfiado el príncipe de adelantar cosa alguna , determinó pasar á Nápoles á implorar la mediacion de su tio Don Alonso V ; pero tuvo la desgracia de perderle tambien , pendiente la negociacion ; y las revoluciones que conmovieron aquel reino despues de su muerte le obligaron á volverse con precipitacion. Procuró entónces con esfuerzo acelerar la conclusion de la concordia ; y alucinado por su padre con falsas esperanzas y mentidas señales de bondad , cayó incautamente en el lazo que le habian armado con destreza , siendo traidoramente preso cuando mas confiado estaba de ver el fin de tantos disturbios. Semejante rasgo de crueldad y de injusticia escitó la indignacion de todo el reino , y á pesar de los esfuerzos que hizo el padre por justificarse , acusando al hijo de traicion contra su rey y su patria , como carecia la acusacion de fundamento razonable , nadie se dejó



alucinar; y Navarra, Aragon y Cataluña tomaron inmediatamente las armas en defensa de su desgraciado príncipe. El desnaturalizado padre se vió en la precision de poner en libertad á su inocente prisionero; pero este, oprimido de trabajos, pesares y aflicciones, ó envenenado quizá, como creen algunos, contrajo una dolencia que le condujo al sepulcro en 23 de setiembre de 1461.

No habiendo dejado hijos legítimos, declaró en su testamento por heredera de la corona de Navarra á su hermana mayor la infanta Doña Blanca, con arreglo á lo dispuesto por el testamento de su madre, por el del rey su abuelo, y por las leyes fundamentales de aquel reino, que no escluyendo á las hembras, las llamaban al trono despues de los varones por el mismo órden de preferencia con que estos eran llamados á la sucesion. Pero el rey Don Juan, sin otra razon que la de su obstinacion y su venganza, irritado con Doña Blanca por la buena correspondencia que siempre habia mantenido con su hermano Don Cárlos en medio de sus desgracias, tenia muy de antemano tomadas sus medidas para quitar á la infanta la corona, que legítimamente le pertenecia, de la misma manera que se la habia usurpado al príncipe de Viana.

Habia casado Don Juan á su hija menor Doña Leonor de Navarra con Gaston, conde de Fox, con el objeto de valerse de las fuerzas de este para sujetar á los aragoneses y navarros, y llevar adelante sus vengativos designios. En una de aquellas ocasiones, en que, durante la guerra entre padre é hijo, aparecia Don Juan mas propenso á una reconciliacion, se descubrió un tratado secreto entre él y el conde de Fox, por el cual el yerno se obligaba á ausiliar al suegro contra Don Cárlos sin dejar las armas hasta sujetar á toda la Navarra, rendir al príncipe, y hacerle sufrir la pena correspondiente á su supuesta desobediencia. En premio de ello ofrecia el rey, que despues de su muerte pasarian la corona de Navarra y el ducado de Nemours al conde de Fox y á su muger Doña Leonor, para que sucediesen en ellos sus hijos y descendientes, fuesen varones ó hembras; y para asegurar esta inicua exheredacion del príncipe y de Doña Blanca, se obligaba el tirano padre á no perdonar jamas á estos dos hijos la que trataba de desobediencia, aun cuando se le sometiesen, y le diesen las mayores satisfacciones. Conociendo sin embargo que para disfrazar una accion tan manifiestamente injusta podria ser conveniente y aun necesaria alguna apariencia de juicio, se estipuló tambien que se nombrarian jueces que hiciesen causa al príncipe y á la infanta, y procediendo hasta la definitiva, los declarasen decaidos de todos sus derechos, acciones y pretensiones, inhábiles é incapaces ellos y todos sus descendientes de suceder en la corona de Navarra, ducado de Nemours, ni en otra alguna de las herencias paterna y materna. Y finalmente, para que esta notable sentencia, pronunciada por el rey ántes de elegir los jueces, tuviese fuerza de ley, se pactó que

treinta dias despues que el conde de Fox entrase en Navarra, juntaria el mismo rey las córtes del reino, y haria que la ratificasen, jurando en consecuencia de esta ratificacion al conde y á la condesa de Fox por legitimos herederos de la corona.

Estas eran las medidas que el rey Don Juan habia tomado con tanta anticipacion para exheredar á su hija Doña Blanca; y en virtud de ellas, luego que murió el príncipe de Viana, solo pensó en deshacerse de la persona de la infanta, no restándole ya otro medio para facilitar la sucesion en la corona á su querida hija Doña Leonor, despues que el descubrimiento de aquel tan inicuo tratado hizo ilusoria su proyectada ejecucion. Con esta idea, valiéndose primero del artificio, y despues de la violencia, sacó de Navarra á la infeliz infanta, y la hizo conducir á Bearne, entregándola en poder del conde y de la condesa de Fox. Conociendo entónces Doña Blanca que sin remedio iba á ser sacrificada, halló modo de eludir la vigilancia de sus guardias, y dejó en Roncesvalles una protesta contra la violencia que se la inferia para obligarla, segun sospechaba, á renunciar la corona de Navarra en favor de su hermana la infanta Doña Leonor, declarando nulos, de ningun valor ni efecto, cualesquiera instrumentos que pudieran aparecer en adelante en su nombre, y bajo su firma, y particularmente cualquiera renuncia á favor de su hermana, de sus hijos, del infante Don Fernando de Aragon, ó de otra cualquiera persona, á escepcion *del rey de Castilla Don Enrique IV* (su marido en otro tiempo) *ó el conde de Armeñac*.

Tres dias despues, sabiendo ya con toda claridad que iba á ser entregada al conde, y no dudando de que se la haria morir en breve tiempo, sin esperar á que las pesadumbres ó alguna enfermedad natural acabasen con su vida, hizo en San Juan de Pie de Puerto, á 30 de abril de 1461, una donacion *inter vivos* del reino de Navarra, y de todos los estados que le pertenecian, á favor de su *amado primo* el rey de Castilla, para que la libertase de la tiranía que la tenia oprimida, ó vengase su muerte. Con efecto, la infeliz infanta fué reclusa en la fortaleza de Ortés, donde al cabo de dos años, como quieren los mas, ó dentro de muy pocos dias, como sienten algunos, fué emponzoñada por su ambiciosa hermana la condesa de Fox.

Sin embargo, Don Juan no pudo gozar en paz del fruto de su crimen. Se sublevó la Cataluña con el mayor furor; se erigió en principado independiente; convidó sucesivamente con el señorío al rey de Castilla, al condestable de Portugal, á Renato de Anjou; y Don Juan tuvo que valerse de todas sus fuerzas y pericia militar para sujetar á los rebeldes. Los condes de Fox, por otra parte, impacientes por ocupar un solio que habian comprado á costa de un delito execrable, se echaron sobre la Navarra, y con el auxilio de los beaumonteses, obligaron á Don Juan á que les nombrase



gobernadores del reino. No satisfecha con esto su ambicion desmesurada, intentaron repetidas veces ceñirse la corona; y el suegro, que jamas quiso desprenderse de ella, tuvo que apelar á las armas para conservarla sobre su cabeza. Murió por fin en 1480; y Doña Leonor, que tanto habia anhelado verse reina de Navarra, le siguió á pocos dias de su coronacion.

Con este motivo recayó el reino en su nieto Francisco Febo, hijo de su primogénito Gaston de Fox, muerto siete años ántes, y de Magdalena de Francia. Este príncipe, llamado así por su extraordinaria hermosura, y que prometia grandes esperanzas, falleció tambien muy jóven, y no reinó sino dos años escasos. Hay vehementes sospechas de que fué envenenado, aunque se ignoran el autor y el motivo de este crimen; pero hallándose el reino tan conmovido por las dos facciones de agramonteses y beaumonteses, no será estraño que si Febo se inclinó mas á una que á otra, la desairada ó ménos favorecida procurase deshacerse de él.

Le sucedió su hermana Doña Catalina, la cual casó con Juan de Labrit, conde de Perigord, contra todas las esperanzas del rey de Aragon y Castilla Don Fernando el Católico, que habia solicitado este enlace para su hijo primogénito, no tanto por agregar á sus vastos dominios esta rica porcion de la Península, como sientan algunos escritores estrangeros, quanto por asegurarse por aquella parte de las irrupciones de la Francia, que entónces le disputaba sus derechos al reino de Nápoles. La esperiencia acreditó despues que no eran infundados sus recelos; y habiendo advertido en su sobrina bastante deferencia hácia su enemigo, la estrechó en 1495 á que firmase un tratado de alianza, por el cual los reyes de Navarra quedaron obligados á impedir con todo su poder que por su reino entrasen tropas francesas contra Aragon ó Castilla; á avisar á Don Fernando ó á sus capitanes fronterizos en caso de que sus fuerzas no bastasen para conseguirlo, y á reunirse inmediatamente con las tropas de Castilla para arrojar á los franceses de Navarra. Pero tres años despues la reina Doña Catalina, pospuestas estas obligaciones, no solamente dió paso á un número bastante crecido de tropas francesas que llegaron hasta Pamplona, sino que para amedrentar á los reyes Católicos, hizo correr la voz de haberse convenido con Cárlos VIII de Francia en permutar el reino de Navarra por el ducado de Normandía. Don Fernando practicó aquellos oficios de paz y de amistad, que lo crítico de las circunstancias hacia preferibles á un rompimiento, y aun exigió seguridades nuevas; pero aunque se le otorgaron, no le quedó duda de la mala fe de sus sobrinos, ya por la ciega aficion que continuaron manifestando á los franceses, ya por haber renovado ciertas pretensiones tan infundadas como intempestivas. Quizá en esta conducta influiria bastante el temor de que Luis XII, sucesor de Cárlos, pudiese en ejecucion el proyecto con que les intimidaba de resucitar

el derecho de Juan de Fox, señor de Narbona, hijo segundo de Doña Leonor, en la persona de su hijo Gaston, despojando de la corona de Navarra á Juan de Labrit y su muger; pero aun en este caso era bastante impolítico ofender á un vecino tan poderoso como Don Fernando, que hubiera podido sostenerles sobre el trono, y mala correspondencia á la generosidad con que el mismo rey Católico se habia negado á ausiliar á Luis en esta empresa.



## LIBRO UNDÉCIMO.

Solicita Don Fernando el paso por Navarra para acometer la Guiena, y se le niega; Juan y Catalina son escomulgados por el papa, y absueltos sus vasallos del juramento de fidelidad.—Moderacion del rey Católico.—Conquista del reino de Navarra por el duque de Alba.—Invasion del Milanesado por Francisco I de Francia.—Fallecimiento del rey Católico; su última disposicion.—Desavenencias entre el dean de Lovaina y el cardenal Cisneros.—Carácter y gobierno de este célebre ministro; sus bellas cualidades.—Don Carlos I; su llegada á España.—Es elegido emperador de Alemania.—Convocacion de córtes en Santiago; representacion de los procuradores de varias ciudades; inflexibilidad de Don Carlos.—Conmocion de Valladolid.—Resultas de las córtes de Santiago; resentimiento de Don Carlos; traslacion de las córtes á la Coruña; insurreccion de Toledo.—Conclusion de las córtes de la Coruña; nuevas representaciones de los procuradores.—Partida de Don Carlos á Alemania.—Principio de las comunidades de Castilla.—Resolucion de Don Juan de Padilla y otros comuneros; apuros del cardenal Adriano.—Toma la nobleza á su cargo la reduccion de los comuneros; batalla decisiva entre estos y los realistas; prision y muerte de Padilla y otros patriotas.—Reduccion de Valladolid; obstinacion de Toledo; capitulacion de los comuneros toledanos.—Tentativas de Enrique de Labrit por recobrar la corona de Navarra.—Batalla de las Navas de Esquiros.—El cardenal Adriano elevado á la silla pontificia.—Nuevas tentativas de Francisco I contra el Milanesado; pierde la batalla de Pavía, quedando prisionero.—Temores de las potencias de Italia por lograr la libertad de Francisco; fidelidad de Don Pedro de Alarcon.—Obtiene Francisco su libertad bajo ciertas condiciones que no cumple; concordia de Madrid.—Honradez y lealtad del marques de Pescara.—Liga clementina.—Oficios del emperador por separar al papa de la liga; asalto de Roma; saqueo de la ciudad y prision del papa.—Invasion del reino de Nápoles por Francisco I; sitio de la capital; raro incidente que obliga á los franceses á levantar el sitio.—Reconciliacion con el papa; paz de Cambrai.—Gloriosa jornada contra el turco Soliman.—Piraterías de Barbaroja; asalto de la Goleta; derrota del pirata; infame proyecto de venganza.—Rompen los cautivos cristianos sus prisiones, se apoderan de la fortaleza, y Tunez cae en poder del vencedor.—Muerte del duque de Milan; nueva guerra con Francisco I; invasion del Piamonte.—Progresos de las armas españolas y austriacas contra las francesas.—Pérdida del dulce poeta Garcilaso de la Vega; tregua de diez años con Francia.—Sublevacion de Gante; rasgos de confianza y de honradez de Carlos V y Francisco I.—Inesperado rompimiento de la Francia; invasion del Piamonte, el Brabante, el Luxemburgo, y el Rosellon.—Los triunfos de Don Carlos intimidan á Francisco, el cual pide la paz.—Agitaciones del imperio de Alemania con motivo de la propagacion de las opiniones de Lutero.—Confederacion del duque de Sajonia y el landgrave de Hesse contra Don Carlos; pierden una batalla, y caen en su poder.—Renueva Enrique II, sucesor de Francisco, la rivalidad de la Francia, apoderándose de Metz; desgraciada expedicion contra esta plaza.—Jornada de Renti; retiro de Carlos V al monasterio de Yuste.—Descubrimiento del estrecho de Magallanes; conquistas de Méjico y del Perú.—Felipe II.—Guerra con el papa; ocupacion del puerto de Ostia; inminente peligro de Roma.—Memorable jornada de San Quintin; progresos de las armas españolas en Francia.—Fundacion del celebrado templo y monasterio del Escorial.—Batalla de Gravelingas; paz del año 1559.—Causas y principios de la sublevacion de Flandes.—Severidad del duque de Alba; suplicio de los condes de Egmont y de Horn; nuevo furor de los rebeldes.—Intenta el príncipe de Orange sostener la rebelion con poderoso ejército.—Nueva derrota del de Orange; reduccion de varias provincias sublevadas.

Las usurpaciones de los venecianos en Italia obligaron á los príncipes del país á tomar las armas en defensa de sus estados; y Fernando, por ausiliar al papa, entró, como ya dijimos, en la liga de Cambray; pero las vicisitudes de esta guerra, y la prepotencia que adquirieron los franceses, obligaron al papa y á Don Fernando á declararse contra ellos, uniéndose con los venecianos y con los ingleses por medio de la *liga Santa*. Para distraerles, y ponerles en la precision de dividir sus fuerzas, pensaron los confederados en invadir la Guiena; y siendo los ingleses particularmente interesados en su conquista por haberles pertenecido esta provincia en otro tiempo, tomaron á su cargo la empresa de hacer en ella un desembarco en la ocasion misma en que el rey Católico deberia acometerla por tierra. Para esto era inevitable tener seguro y franco el paso por Navarra: le solicitó Don Fernando, y se le negaron obstinadamente Juan y Catalina. El papa les exhortó repetidas veces á que defendiesen y no persiguiesen á la Iglesia dando favor á sus enemigos, y principalmente al rey de Francia, que era su corifeo; pero solo pudo obtener respuestas vagas é ilusorias: de suerte que creyó necesario seguir el ejemplo de muchos de sus predecesores, escomulgando á Juan y á Catalina, privándoles de la dignidad real, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, y concediendo sus tierras y señoríos al primero que los conquistase, como ocupados en buena guerra.

Sin embargo de que en virtud de esta bula hubiera podido el rey Católico anticiparse desde luego á cualquiera otro, y apoderarse de Navarra con la autoridad pontificia, entónces inconcusa, é indisputable en estas materias, quiso todavía dar mas pruebas de su moderacion y sufrimiento, suspendiendo por tres meses la publicacion del breve, y repitiendo con sus sobrinos los oficios de amistad para que le dejasen el paso franco á la Guiena, ó le asegurasen por lo ménos de que no socorrerian al rey de Francia, pues en todo evento él mismo queria obligarse á sostenerles en el trono de Navarra contra cualquiera que los inquietase ú ofendiese. Pero tan inútiles fueron estas gestiones como las anteriores. Los reyes de Navarra, desentendiéndose de la generosidad de Don Fernando, de los beneficios que le habian debido, de los peligros que les amenazaban, y por último de las censuras pontificias fulminadas contra ellos, no solamente se escusaron con frívolos pretextos, sino que se unieron mas estrechamente con su aliado.

A vista de semejantes proceder es ya no pudo el rey Católico diferir mas el rompimiento. Al punto hizo publicar la bula y sentencia del papa contra Juan y Catalina, y en su virtud se previno para la conquista de aquel reino. Dia 21 de julio de 1512 puso el pie en Navarra el ejército castellano á las órdenes del duque de Alba Don Fadrique de Toledo, y desde luego se dirigió á Pamplona donde se hallaba el rey Don Juan con ánimo de defen-



derla. Algunos destacamentos que este despachó al encuentro en un paso angosto y escabroso, donde bastaban pocos para impedir la entrada á muchos, huyeron inmediatamente que divisaron á las tropas castellanas; y el mismo Don Juan, no teniendo resolucion para esperarlas, se retiró á Lumbieres, y despues á Bearne. Dia 23 sentó el duque su campo á dos leguas de Pamplona, se apoderó del castillo de Garayon, y envió á la ciudad una proclama, asegurando á los habitantes de que se les guardarian sus fueros, privilegios y esenciones, y serian respetadas sus personas y propiedades si desde luego deponian las armas; pero intimándoles que serian tratados con todo el rigor de la guerra, si oponian la mas pequeña resistencia. El 25 se rindió la ciudad, é inmediatamente se fueron entregando las demas ciudades y pueblos; de suerte, que en cinco dias se halló dueño el rey Católico de toda la Navarra; y aunque el despojado Juan, auxiliado por la Francia, concibió esperanzas de recobrar su reino, y aun intentó el ataque de Pamplona, la vigorosa resistencia de la guarnicion castellana, y sobre todo la inaccion é indiferencia de sus antiguos vasallos, le obligaron á repasar los Pirineos con pérdida bien considerable.

Esta derrota, y alguna otra que sufrió despues, le obligaron á renunciar pára siempre la conquista de su perdida corona, contentándose con la Navarra baja, que le dejó Fernando al otro lado de los Pirineos. Refiérese pues que con este motivo oyó de su muger esta picante reconvencion: « A haber sido yo Juan, y vos Castilla, ambos hubiéramos permanecido reyes de Navarra. »

Su hijo Enrique, en quien se pretende continuar los derechos á esta corona, hubiera sido capaz de reconquistarla, á no haberse hallado en unas circunstancias en que la Francia, demasiado ocupada en otros objetos, no podia proporcionarle sino débiles socorros. Fué hecho prisionero con Francisco I en la batalla de Pavía; y á no haber hallado medio de ponerse en salvo, no se hubiera desprendido ciertamente Cárlos I de tan importante prisionero. Enrique, fortificando y enriqueciendo su pequeño estado, dió á conocer lo que hubiera podido hacer en uno mayor. Casó á su hija Juana con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y fué abuelo de Enrique IV de Francia, quien elevado á aquel trono en 1589, reunió á esta corona aquel resto del reino de Navarra.

Los estrechos limites de un compendio no nos permiten entrar en una larga discusion para desagrar á Don Fernando de la injusticia con que algunos escritores franceses han tenido la malignidad de desacreditarle por esta ocupacion; pero la sencilla esposicion de los hechos basta para que pueda comprender cualquiera, que aun cuando se prescinda de las razones políticas que pudieron mover al rey Católico á ocupar el reino de Navarra, su conquista, léjos de merecer el nombre de *usurpacion*, como se pretende, debe recono-

cerse únicamente recuperacion de unos derechos injustamente usurpados. Ello es indubitable que el rey Don Juan II de Aragon, muerta su muger Doña Blanca, no tenia la mas leve sombra de derecho, no solo á la propiedad, pero ni aun al usufructo ni al gobierno del reino de Navarra, cuando existia un legítimo heredero, capaz por su talento y por su edad de gobernarle con acierto, y una hermana mayor de este heredero, en quien por su muerte sin sucesion legítima, habian de trasferirse todos sus derechos. No siendo suyo el reino, nunca pudo Don Juan tener accion para privar de él á estos dos hijos, aun cuando quiera suponerse que ellos hubiesen cometido los mayores delitos contra el padre; y mucho ménos cuando todos los crímenes de estos desgraciados se redujeron á defender sus justificados derechos contra las violencias y tiranías de un padre inflexible y de una madrastra ambiciosa. Resulta por consiguiente, que el tratado con el conde de Fox para exheredar al príncipe Don Carlos y á la infanta Doña Blanca fué injusto, tiránico é inicuo; y que aun cuando le hubiesen aprobado las córtes de Navarra, no por eso dejaria de ser igualmente injusta, tiránica é inicua esta aprobacion.

Finalmente, aun cuando quisiera considerarse á la condesa de Fox Doña Leonor, hermana menor de Doña Blanca, como su legítima heredera y sucesora en la corona, caso de que esta hubiese fallecido de muerte natural y sin sucesion de matrimonio legítimo, habiendo acabado sus dias con muerte violenta, intentada y ejecutada por la misma Doña Leonor, por el mismo hecho de haber perpetrado tan atroz delito, ella, sus hijos, herederos y sucesores perdieron el derecho que pudieran tener á la corona y á la herencia de la infanta Doña Blanca, quedando incapaces de sucederle. En estos términos debe considerarse á la infanta como destituida de herederos forzosos, y consiguientemente dueño de disponer de su corona y estados en favor de quien mejor le pareciese, fuese instituyendo heredero universal, fuese por via de renuncia, cesion ó donacion *inter vivos*, que fué el medio que eligió. Para hacerlo así, la autorizaban las leyes de Navarra, sin ponerle otra limitacion que la de que el sugeto escogido fuese persona que por su sangre, su autoridad, su poder y su respeto no desmereciese el cetro de aquel noble reino; y usando de su derecho, la renunció, cedió y donó al rey de Castilla Don Enrique, que habia sido su marido, y en quien ciertamente concurrían las circunstancias indispensables para ceñir la corona de Navarra. El infante Don Fernando de Aragon fué despues, por su matrimonio con la infanta Doña Isabel, legítimo sucesor y heredero de Don Enrique en la corona de Castilla, y derechos que le pertenecian; y no pudiendo negarse que la renuncia y cesion del reino de Navarra, hecha por Doña Blanca en favor de su primo el rey de Castilla, le dió por lo ménos á este un gran derecho á aquel reino, es igualmente innegable que el mismo



tuvo el rey Católico, puesto que su muger Doña Isabel sucedió á Don Enrique en todos sus estados y derechos.

Es verdad que Doña Blanca en la protesta que dejó en Roncesvalles, espresamente escluía al infante de Aragon; pero esta exclusiva fué personal, y sin ofrecérsele por entónces que el infante podia casar con la sucesora del rey de Castilla, en quien tres dias despues renunció y cedió todos sus estados; y así aun cuando quiera concederse que en virtud de la exclusiva de la infanta quedó incapaz Don Fernando para sucederle en la corona de Navarra, *como infante ó como rey de Aragon*, no quedó incapaz de suceder como marido de la infanta Doña Isabel, *legítima sucesora del rey de Castilla*, á quien la misma infanta declaró sucesor suyo. Quizá en atencion á este reparo, cuando el rey Católico hizo despues la conquista de Navarra, no la agregó como fácilmente pudo á sus estados de Aragon, sino á la corona de Castilla, reconociendo que el derecho que á ella tenia se fundaba precisamente en el que le daba su matrimonio.

Resulta por consiguiente que el rey Católico, conquistando la Navarra, no fué un usurpador que despojó á sus mismos sobrinos de los estados que les correspondian, sino que la ocupó legítimamente. Y esto, á pesar de que no se haga mérito del derecho de conquista, ni de la bula del papa Julio II, que concedió aquel reino al primer príncipe católico que le ocupase, pues aun cuando desde luego convenimos en que las facultades de la silla romana no pueden estenderse á tanto, ello no tiene duda que en aquellos tiempos se la consideraba revestida del poder necesario para privar de la corona á los enemigos de la Iglesia; y no tendria nada de repugnante que Don Fernando se hubiese creído bastante autorizado en virtud de ella para hacer la conquista de Navarra. Pero volvamos á la historia de este príncipe.

La Italia era siempre aquel grande objeto que nunca perdian de vista el rey de Aragon, ni el de Francia. Los italianos por su parte, igualmente enemigos de uno y otro, no perdian ocasion de contrabalancear al dominante, temiendo que les avasallase. Eran dueños de Italia los españoles cuando Francisco I subió al trono de los franceses; y lleno de ardor el nuevo jóven monarca resolvió hacer valer sus derechos al Milanésado, ocupado á la sazón por el duque Francisco Esforcia, á quien la *liga Santa* habia puesto en posesion de aquel ducado, para que hiciese oposicion á las pretensiones de la Francia. Pasó á Italia Francisco I á la frente de un florido y numeroso ejército; y no atreviéndose á esperarle Don Ramon de Cardona, virey de Nápoles, y general de las tropas españolas, se retiró bajo el cañon de Plasencia, contando poco con sus auxiliares para atreverse á arriesgar una batalla; pero despues supo batir al rey de Francia, recobró todo el Milanésado, y se retiró al reino de Nápoles.

Durante esta guerra asaltó la última enfermedad al rey Católico, y falleció en Madrigalejo en 23 de enero de 1416. Atendiendo á la incapacidad de Doña Juana, nombró en su 1416. testamento por gobernador del reino á su nieto Don Carlos de Austria; pero encargó el gobierno, hasta que cumpliese los veinte años que prescribió su abuela, al cardenal de España el célebre Cisneros, y entre sus testamentarios dió el primer lugar á su muger Doña Germana, de quien habia tenido un hijo, que murió á pocas horas de nacer. El nombre de Fernando es célebre con razon entre los de los grandes reyes de la tierra; y nadie, sin hacerle injusticia, podrá negarle los gloriosos títulos de *Libertador* del reino de Granada, de *Restaurador* del buen orden y de la tranquilidad pública, de *Conquistador*, de *Grande...* pero al paso que es preciso confesar las eminentes prendas de que para el gobierno le dotó el cielo, no pueden disimulársele tampoco todos los defectos con que las oscureció en algun modo. La nimia suspicacia de que adolecia, la suma desconfianza con que trataba aun á los que le servian con mayor fidelidad, el mal ejemplo que dejó á sus sucesores de la ninguna seguridad en la fe de los tratados, la indecente vanidad que hacia de burlarse de sus amigos ó de sus confederados, la pretension que tuvo, segun dicen algunos, de casarse con la desgraciada Beltraneja, sacándola del convento donde estaba retirada despues de tantos años, sin otra idea que la de hacer revivir sus derechos á la corona de Castilla, únicamente por vengarse de su yerno, y olvidado enteramente de lo que debia á su difunta muger, cuya reputacion iba á dejar manchada para siempre con las injustas pretensiones de tan estravagante casamiento; el que efectuó despues con Doña Germana de Fox por el deseo de tener un hijo en quien recayese la corona de Aragon para que no la ciñese el archiduque Don Felipe : todos estos son defectos que han contribuido no poco á hacer, cuando ménos, problemático el concepto que debe tributarle la posteridad.

Apénas se habia sabido en Flandes la dolencia del rey Católico, los miembros del consejo del príncipe enviaron á España á su preceptor Adriano, natural de Utrecht y dean de Lovaina, con instrucciones secretas para impedir cualquiera intriga que pudiese perjudicar á los derechos de Don Carlos; y luego que falleció Don Fernando, hizo empeño Adriano de apoderarse del gobierno de la monarquía en nombre de su alumno, hasta que este pudiese venir en persona á encargarse de él. Como Don Carlos no tenia aun la edad que prescribia su abuela en su testamento, y por otra parte el abuelo en el suyo dejaba el gobierno al cardenal de España hasta que aquel cumpliese los veinte años, este se opuso con teson, y no pudieron evitarse algunas disensiones; pero luego se convinieron en gobernar de acuerdo, aunque sus genios absolutamente contrarios no eran los mas á propósito para el caso. No faltaron sin



embargo algunos descontentos, particularmente entre la principal nobleza, que quisieron oponerse á la regencia del cardenal, y exigieron les manifestase los poderes con que gobernaba la monarquía. Cisneros procuró satisfacerles con la disposicion testamentaria del rey Católico ; pero no dándose por satisfechos, á pretesto de que siendo Don Fernando un mero gobernador, no podia delegar sus facultades, les hizo asomarse á la ventana de su palacio, y señalándoles un cuerpo de dos mil hombres de tropas veteranas, formados en batalla con mechas encendidas, y sostenidos por una numerosa artillería : « He aquí pues, les dijo, los poderes con que gobernaré la España hasta que venga el príncipe Don Carlos. » Es preciso confesar que hizo buen uso de ellos. Su gobierno firme, pero ilustrado y juicioso, lleno de atenciones para con los grandes, de oficiosos cuidados para con los pequeños, y de pruebas de aprecio hácia el mérito, es un modelo digno de proponerse á todos los ministros ; pero no por eso pudo libertarse de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Poco sensible no obstante á los libelos, y demas viles recursos de sus émulos, respondió en cierta ocasion á uno de sus compañeros, que se quejaba de esto mismo : « Pues nos dejan hacer, dejemos á los demas la libertad de hablar. Si es falso lo que dicen, merece risa ; y si es cierto, debemos corregirnos. » Murió en Roa cuando pasaba á recibir á Don Carlos, que llegaba de los Países Bajos ; y dicen fué envenenado, temiendo no suministrase al príncipe algunos avisos saludables, aunque perjudiciales á cierta clase de personas. Los elogios que á este grande hombre grangearon sus altos merecimientos esceden los estrechos límites de un compendio. Ascendido por sus méritos á la silla metropolitana de Toledo, procuró economizar todo lo posible el dispendio de las rentas de esta pingüe dignidad, á fin de poderlas invertir en algun objeto ventajoso al estado, y con este ahorro puso en campaña un ejército florido, que él mismo en persona condujo contra Oran. Tomó la plaza, y de este modo logró establecer una especie de barrera contra las irrupciones que hubieran podido intentar los moros en España.

Nadie mas modesto que Cisneros en su vida privada. Cuando se hallaba en su mayor elevacion fué á visitar á sus padres, que eran pobres, aunque honrados ; les colmó de beneficios, pero no quiso sacarles de la condicion humilde en que habian nacido. Habiendo llegado á la puerta de una labradora, parienta suya muy inmediata, la sorprendió ocupada en amasar el pan para su familia ; y queriendo ella ir á mudarse un vestido mas decente para recibirle : « Este vestido, le dijo, y esa ocupacion os sienta muy bien. No os inquieteis sino por vuestro pan, y cuidad de que no se os eche á perder. » Los que no desdeñen la sencillez de la vida rústica se representarán con placer al gran Cisneros, bajo el pajizo techo de una choza humilde, conversando con aquellos inocentes labradores.

Jimenez de Cisneros fundó y dotó espléndidamente la universidad de Alcalá de Henarse; y para que no llegase á perderse enteramente el rito muzárabe, fundó en la catedral de Toledo un cabildo de capellanes, con la obligacion de officiar segun este rito. La Biblia complutense, la primera poliglota que se conoció, es una de las obras que harán inmortal su nombre, por las sumas inmensas que le costó la adquisicion de tantos preciosos manuscritos, y de los sabios que habian de trabajar en ella. La España le debe finalmente multitud de establecimientos de una magnificencia real, siendo lo mas particular de todo que estos gastos se hacian con la mitad de sus rentas, quedando la otra mitad destinada únicamente al socorro de los miserables bajo su inspeccion.

Los principales sucesos que hicieron célebre el reinado de Carlos I fueron las comunidades de Castilla, las competencias con Francisco I y su prision, la aparicion de la secta luterana, y el retiro de aquel príncipe al monasterio de Yuste. Don Carlos, vivamente estrechado por los regentes y el consejo de Castilla, para que viniese á España á tomar posesion de unos estados que habian de pertenecerle muy en breve, hubo de abandonar los Países Bajos, y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de setiembre del año de 1517; pero apenas fué reconocido y jurado por las córtes del reino, cuando la muerte de su abuelo, el <sup>1517.</sup> emperador Maximiliano, le llamó al trono imperial, y á la rica sucesion de los estados que poseia su casa en Alemania. Electo emperador por la mayor parte de los vocales que componian el cuerpo germánico, y precisado á partir de nuevo para coronarse en Aquisgran, determinó convocar las córtes del reino para dar á conocer por gobernador en su ausencia á su preceptor Adriano, entónces ya cardenal, y exigir algunas sumas para los gastos del viaje, de su coronacion, y algunas otras necesidades que padecia el imperio; pero los castellanos, que contra lo dispuesto por un capitulo de las córtes de Búrgos del año 1511, veian ocupados por estrangeros los principales puestos y dignidades: que por otra parte tenian quizá bastantes motivos para resentirse de la avaricia y rapacidad flamenca, y sobre todo, que no podian sufrir la idea de que se estrajese del reino cantidad alguna de numerario, empezaron á dar muestras del descontento que de algun tiempo encerraban en sus corazones. Ya se habian dejado percibir algunas centellas con motivo de haberse conferido á Guillelmo Croy, señor de Gevres, la dignidad primada arzobispal de Toledo, y aun Valencia se habia puesto sobre las armas con pretexto de prevenirse contra los moriscos, que mantenian correspondencia oculta con los africanos; pero estos movimientos no se creyeron por entónces dignos de atencion, ni pasaron tampoco adelante, hasta que Don Carlos convocó las córtes en Santiago de Galicia.

Esta resolucion desagradó notablemente, no solo por el objeto,



sino tambien por la novedad de celebrar en Galicia las córtes de Castilla y Leon, cosa nunca vista hasta entónces. Los procuradores de Toledo, Salamanca y otras ciudades quisieron manifestar previamente á Don Carlos cuanto, segun las circunstancias, les parecia conducente al bien del estado y á la quietud de los pueblos; y le salieron al encuentro en Valladolid, donde se hallaba de paso para Santiago; pero informado privadamente de que querian se señalase otra ciudad para la celebracion de las córtes; que no se pidiese en ellas servicio alguno; que se prohibiese conferir á estrangeros los empleos públicos, extraer moneda del reino, y en una palabra, que se removiesen las causas del descontento general, se escusó de oirlos hasta Tordesillas, adonde pasaba para despedirse de su madre. Con este motivo se esparció la voz de que intentaba llevársela consigo á Alemania, y al punto se alborotó Valladolid. Mas de seis mil hombres armados se reunieron inmediatamente en la plaza á son de campana, gritando *viva el rey, y mueran sus malos consejeros*: y efectivamente, á no haberse puesto en salvo el señor de Gevres, y los demas flamencos que le acompañaban, hubieran desahogado en ellos su ojeriza de un modo bien atroz. Algunos ligeros castigos intimidaron á los amotinados, y toda su furia se calmó inmediatamente, de suerte que Don Carlos pudo continuar su viaje á Santiago sin la menor molestia ni inquietud.

Las córtes se abrieron con efecto á principios de abril de 1520; pero despues de repetidas sesiones nada pudo concluirse en ellas, porque los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Avila y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio, que era el objeto principal de esta asamblea. Vivamente irritado Don Carlos, trasladó las córtes á la Coruña, y á permitírsele las circunstancias, hubiera explicado su resentimiento con un castigo ejemplar de los procuradores; pero se contentó por entónces con desterrar al de Toledo, que fué el mas firme. Esto bastó para que Toledo se conmoviese repentinamente, y tomase las armas en defensa de sus fueros y privilegios, acaudillado por uno de sus principales habitantes, llamado Juan de Padilla, y por su muger Doña María Pacheco; y las órdenes que espidió Don Carlos para prender á las principales cabezas de esta conmocion solo sirvieron para exasperar mas á los descontentos. El populacho irritado, no solo impidió la prision, sino que hubiera asesinado al corregidor, alcaide y alguacil mayor, á no haberse ellos puesto en fuga con anticipacion. Los comuneros (nombre que de la comunidad ó pueblo cuyos derechos sostenian tomaron los agraviados), en número de veinte mil hombres, se apoderaron del alcázar y de las puertas de la ciudad, arrojaron de ella á los ministros y oficiales reales, y pusieron otros de su faccion; pero mediaron algunos eclesiásticos, y con sus persuasiones consiguieron

aplacar algun tanto los ánimos , de suerte que habiendo podido hallar los descontentos al corregidor, cuando este infeliz esperaba la muerte , se contentaron con quitarle la vara , y volvérsela luego en nombre de la comunidad y del rey.

Las córtés de la Coruña se concluyeron á principios de mayo ; y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades, pudo conseguir Don Carlos un servicio de doscientos millones de maravedis en tres años ; si bien no dejaron de insistir los procuradores en sus pretensiones de que « á nadie se le permitiese, pena de la « vida, estraer del reino numerario alguno ; que los empleos y « dignidades se confriesen únicamente á nacionales, despojando á « los estrangeros de las que decian haber usurpado injustamente ; » y añadieron , « que pues la escuadra estaba pronta para hacerse á « la vela , procurase S. M. volver pronto de su viaje , aunque sin « traer á su regreso gentes estrangeras ; que pusiese su casa en el « pie de economía en que le habian tenido sus predecesores, cer- « cenando gastos inútiles y de mero lujo : » y por último , « que « fuesen españoles los sujetos á quienes en su ausencia confiase el « gobierno de la corona. »

Las cosas sin embargo quedaron en el mismo estado ; y Don Carlos, á su partida, despues de exhortar á la paz á los tres brazos representantes del reino, declaró gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid ; virey de Valencia á Don Diego de Mendoza ; justicia mayor de Aragon á Don Juan de Lanuza ; y capitan general de sus armas á Don Antonio Fonseca. Representaron contra el nombramiento de gobernador, pero Don Carlos no dió oidos, y se hizo á la vela en veinte del mismo mes.

A vista del poco fruto que habian producido las reclamaciones de los procuradores, y de la agitacion en que se hallaba el reino, nadie podia prometerse favorables consecuencias ; y efectivamente, el enojo de los comuneros creció hasta el extremo. Bajo la voz y divisa del bien de la patria contra los estrangeros que venian á desangrarla, ahorcó el pueblo de Segovia á varios alguaciles reales, al procurador de córtés Rodrigo de Tordesillas y á otras personas. Zamora, acaudillada por su obispo Don Antonio de Acuña, esplicó su resentimiento de un modo todavía mas riguroso. Valladolid quiso ahorcar á sus procuradores, por haber consentido el donativo de los doscientos millones. Los comuneros de Madrid se apoderaron del gobierno, le encomendaron á personas de su satisfaccion, y entregando el alcázar al licenciado Castillo, le nombraron alcalde mayor de la villa. En una palabra, la fermentacion fué comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidez, que en un momento se vieron conmovidas las ciudades de Avilá, Guadalajara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon, y otras muchas. La gente que armaron, y los ausilios que enviaban



los comuneros á cuantos los necesitaban contra los realistas , pusieron al cardenal y demas gobernadores en la mayor consternacion y apuro, sin saber qué partido tomar. De esta inaccion se aprovecharon Padilla y otros comuneros poderosos para apoderarse de la reina madre Doña Juana, á pretexto de acaudillar la gente que Toledo, Segovia y Madrid enviaban para servirla en medio de aquellas turbulencias ; y tomando el nombre de la reina, decretaron la prision del presidente y oidores de la chancilleria de Valladolid; pero estos ministros tuvieron la fortuna de recibir aviso, y pudieron salvarse bajo diferentes disfraces. El cardenal mismo llegó á temer por su persona, y se refugió disfrazado tambien á Rioseco, desde donde dió parte al príncipe Don Carlos del riesgo en que se hallaba la España, y de cuan urgente era su venida. Tambien le escribieron por su parte los comuneros, pero presentando las cosas bajo su verdadero punto de vista, y con la energía propia de la justa causa que mantenian ; y el príncipe, que se hallaba prevenido por los flamencos que se habian refugiado en su patria huyendo del peligro, contestó con suavidad y blandura, prometiendo regresar en breve, y otorgar cuanto le suplicaban. Sin embargo, al mismo tiempo encargó separadamente á la nobleza que ausiliase á las justicias, y asoció al cardenal para el gobierno al almirante de Castilla Don Fadrique Enriquez, y al condestable Don Iñigo de Velasco.

Estas cartas produjeron el deseado efecto, y algunas ciudades imitaron á Burgos, que fué la primera en deponer las armas. Por otra parte los nobles de Castilla y Leon se pusieron al frente de sus tropas, y con el refuerzo de los demas realistas pudieron juntar un ejército de diez mil y quinientos hombres, que se acuarteló en Rioseco. El de los comuneros constaba ya de diez mil infantes, cuatrocientos hombres de armas, y novecientos caballos, cuando se les reunió el obispo de Zamora á la frente de novecientos hombres, y se hizo fuerte en Tordesillas. Medieron entre ambos ejércitos algunas proposiciones de convenio ; pero los comuneros, léjos de avenirse á partidos indecorosos, se pusieron con todas sus fuerzas sobre Rioseco, y presentaron la batalla á los realistas. Estos la rehusaron ; pero supieron aprovecharse de su imprudencia para sorprenderlos y apoderarse de Tordesillas. En desquite Juan de Padilla, á quien eligieron por su jefe los comuneros, ocupó á Torre Lobaton, villa propia del almirante ; pero con noticia de que los realistas, á las órdenes de los condes de Haro y de Oñate, pensaban atacarle en ella, trató de refugiarse á Toro, donde le era mas fácil oponer una defensa vigorosa. Tuvo la desgracia de ser alcanzado en el camino junto á Villalar, y acometido por el frente y flancos ; y habiendo sobrevenido en medio de la refriega un recio temporal de viento y lluvia, que daba en los ojos á los comuneros, quedaron dueños del campo los realistas, haciendo

prisioneros á los principales caudillos del partido contrario. El valiente Padilla, herido en una pierna, cayó igualmente en poder de los vencedores, y al dia siguiente, 24 de abril de 1525, sufrió con todos sus compañeros la pena capital, espirando con ellos la libertad de Castilla. 1525.

Sobrecogida Valladolid con la noticia de este suceso, trató de reducirse implorando perdon. Obtuvo con efecto un indulto general, y solo fueron castigadas diez y ocho personas de las mas ardientes; pero con tal disgusto del pueblo, que cuando entró despues en la ciudad el ejército real, permanecieron encerrados en sus casas todos los vecinos, y nadie, ni aun por curiosidad, quiso abrir una ventana. A Valladolid siguieron Segovia, Salamanca, Medina del Campo, Zamora, y demas pueblos alterados, á escepcion de Toledo, que léjos de intimidarse con la muerte de Padilla, se encendió en mayor furor. Los realistas que habia en ella intentaron refrenar el ardimiento de los comuneros, abriendo las puertas al marques de Villena; pero la valerosa Doña María Pacheco suplió de tal modo las veces de su difunto marido, que apoderándose del alcázar, no solo tuvo á raya á sus enemigos, sino que obligó al marques á retirarse. Bloqueada la ciudad por un destacamento de tropas realistas, los comuneros, animados por el espíritu varonil de aquella valiente amazona, se defendieron con la mayor intrepidez. Faltos de víveres, de municiones y recursos, se precipitaban en el campo de los sitiadores con todo aquel furor que infunde la desesperacion; vencedores en algunos pequeños encuentros, repetian con doble esfuerzo estas sangrientas escenas, hasta que últimamente habiendo perdido en una de ellas mas de mil y seiscientos hombres, se vieron precisados á capitular. La mediacion del clero les alcanzó el perdon, y todos depusieron las armas, á escepcion de Doña María, que temiendo no conseguirle, é implacable por la muerte de su marido, se hizo fuerte en el alcázar, y jamas quiso rendirse. Los realistas la tuvieron mas de tres meses bloqueada, asaltaron la fortaleza repetidas veces, la entraron finalmente; pero Doña María les disputó á palmos el terreno, y solo cuando ya se halló sin esperanzas de vencer, se puso en fuga con un hijo suyo, y disfrazados de aldeanos, se refugiaron en Portugal. Toledo quedó por este medio sosegada, y la venida del emperador y su clemencia acabaron de restablecer la tranquilidad en todo el reino. Merece referirse la respuesta que dió en esta ocasion á uno de sus cortesanos, que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de la faccion de los comuneros: « Mejor hubierais hecho, dijo el indulgente monarca al delator, en haber avisado á ese caballero de que yo estaba aquí, que en avisarme á mí de donde está él. »

Durante estas inquietudes domésticas, Enrique de Labrit, que no perdía un momento de vista la recuperacion del reino de sus padres, patrocinado por Francisco I, quiso aprovecharse de las cir-



cunstancias, y envió contra Navarra un poderoso ejército frances, que penetró sin resistencia hasta el castillo de Pamplona, defendido valientemente por el bizarro Don Ignacio de Loyola, despues fundador de la compañía de Jesus. Luego que una bala de cañon puso á este marcial jóven en estado de no poder pelear, abrió el castillo las puertas, y toda la Navarra quedó sujeta al vencedor en el año de 1521; pero el ejército frances, en vez de fortificarse en Navarra como debiera, se introdujo en Castilla con objeto de dar calor á los malcontentos, y llegó hasta poner sitio á Logroño. Encontró sin embargo con lo que no esperaba, pues mientras esta ciudad se defendia bizarramente, le atacó con sus valerosas tropas la nobleza castellana, le derrotó en las Navas de Esquiros, dejando mas de seis mil hombres tendidos en el campo, haciendo prisionero á su general, apoderándose de toda su artillería y bagages; y por último, despues de seguirle el alcance hasta Pamplona, le obligó á repasar los Pirineos.

Habiendo vacado por este tiempo la silla de san Pedro por muerte de Leon X, el emperador Don Carlos, que deseaba dar á su preceptor Adriano una prueba de cuan satisfecho se hallaba de sus servicios, empleó todo su influjo para que recayese en él la eleccion del consistorio. Era sin duda el cardenal muy digno de esta elevacion; pero no bastaba merecerla para conseguirla, y desde la cátedra de teología en la universidad de Lovaina hasta la cátedra de Roma, no dejaba de haber una distancia inmensa. Sin embargo, el camino no fué largo, y fué bien brillante para Adriano. En el año 1523 se ciñó la tiara; y Don Carlos, que todo lo esperaba de un pontífice que se lo debia todo, pidió y obtuvo el derecho de presentar todos los obispados de España, y la perpetua administracion de los maestrazgos de las órdenes militares; quiso la desgracia no obstante que su pontificado fuese de duracion muy corta, y que Adriano muriese á poco mas de un año de su eleccion.

Desembarazado Don Carlos de las turbulencias interiores, y libre ya de la guerra de Navarra, se vió empeñado en otra nueva, suscitada tambien por el rey de Francia. El poder de Carlos escitaba la envidia, y aun el temor de toda Europa: pero quien mas abiertamente se declaró desde luego su competidor, y el émulo de sus glorias, fué Francisco I, el cual, no contento con haberle hecho oposicion, aspirando igualmente al cetro imperial, y con favorecer los proyectos de Enrique de Labrit contra Navarra, hizo revivir sus pretensiones al ducado de Milan, y despojó violentamente al duque Francisco de Esforcia. Carlos, para espeler de Italia á los franceses, se unió con el pontífice, que á la sazón era Clemente VII, sucesor de Adriano, si bien ayudó muy poco el papa en las campañas que se siguieron. Las armas imperiales experimentaron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guerra, la cual vino á terminarse gloriosamente para el emperador con una célebre

batalla, dada en 1525, entre el ejército español y el francés, junto á los muros de Pavía, plaza que tenia sitiada 1525. Francisco, y defendia el animoso capitán Antonio de Leyva. A pesar del superior número de los franceses, animados con la presencia de su mismo soberano, á quien no pueden negarse las prendas de esforzado y diestro guerrero, triunfaron completamente los españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia, bajo la direccion y mando del marques de Pescara, que se distinguia entre los principales jefes por su espíritu y pericia militar. Quedó prisionero de guerra el rey Francisco con una porcion de señalados caudillos, entre ellos Enrique de Labrit; perdió mas de diez mil hombres, y las reliquias de su destrozado ejército huyeron de Italia apresuradamente.

Estremecióse la Italia toda al ver esta conquista, pues poseyendo Cárlos á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado, podia considerársele dueño de la mayor y mejor parte de la Europa; y teniendo en su poder al rey de Francia, ya no quedaba quien le contrarestase, y podria sin dificultad apoderarse de ella apénas lo intentase. Por lo mismo, las potencias de Italia procuraron la libertad de Francisco, aun por los medios viles de la traicion y de la fuga; pero la fidelidad de Don Pedro de Alarcon, que le tenia bajo su custodia, hizo ilusorias todas sus tentativas. Entónces se creyó necesario trasportar á España al ilustre prisionero; y desde Pizzighitonne, donde se hallaba detenido, fué conducido á Madrid con la consideracion debida á su persona. Aquí le visitó el emperador con el mayor afecto, procuró consolarle en su desgracia; y por último, le concedió la libertad bajo ciertas condiciones, siendo la principal que habia de abandonar sus pretensiones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países Bajos y Borgoña. Fueron aceptadas todas ellas por el rey prisionero en una solemne concordia firmada 1526. en Madrid á 14 de enero de 1526 con la cláusula de que si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas, se restituiria voluntariamente á la prision aquel soberano, para lo que empeñó su fe y palabra real. A pesar de tan formables promesas no se verificó la observancia de aquellos pactos; ántes bien, negándose á ella el rey de Francia, envió á Cárlos V embajadores, haciéndole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido.

Durante las negociaciones para el rescate de Francisco, las potencias de Italia, que no pudiendo desechar el temor que les infundia el asombroso poder de Cárlos V, no habian podido conseguir tampoco la evasion de su ilustre competidor, tuvieron la poca delicadeza de recurrir segunda vez á medios igualmente viles para suscitarle enemigos. El marques de Pescara, comandante de las armas imperiales, se hallaba algo descontento de Cárlos por ciertas etiquetas; y creyendo que no les seria difícil conseguir que abando-



nase los intereses del rey su amo, le hicieron indignas proposiciones para que convirtiese contra él sus armas, y aun llegaron hasta ofrecerle la corona de Nápoles; pero aquel leal y honrado vasallo, no solo se negó á partido tan indecoroso, sino que dió parte á su soberano del inicuo designio, y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios mas decentes y ménos infructuosos.

Concertaron pues una liga, que llamaron *de la libertad de Italia*, y por otro nombre *Clementina*, por ser Clemente VII su principal corifeo, en la cual, además del pontífice, la república de Venecia, y el mismo duque de Milan, á quien el emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados, entraron los franceses, los ingleses, los florentines, y casi todos los príncipes italianos. El emperador hizo todo lo posible por separar á Clemente de la liga. Le envió embajadores que le hiciesen conocer cuan imprudente y ageno de la cabeza de la Iglesia era fomentar una nueva guerra entre príncipes cristianos, al mismo tiempo que el turco, insolente con las recientes conquistas de Egipto y Rodas, amenazaba á toda la cristiandad; pero últimamente, viendo que eran infructuosos estos prudentes oficios, encargó el mando de sus valerosos tercios al duque de Borbon, condestable de Francia, que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del emperador, y dado pruebas de esforzado guerrero en la batalla de Pavía y en otras empresas. Este animoso caudillo marchó derecho á Roma resuelto á tomarla por asalto, hizo aplicar las escalas, subió al muro de los primeros, y murió en la accion. Sucedióle en el mando el príncipe de Orange; entraron en la ciudad sus tropas, la saquearon y destruyeron con indecible furia por espacio de siete dias; y despues de hacer una matanza horrible en los coligados, obligaron á Clemente á refugiarse en el castillo de San Angelo con algunos cardenales y otros parciales suyos. Allí le cercaron, le estrecharon por espacio de un mes, y por último el papa, falto de víveres, de municiones y dinero, no tuvo mas recurso que rendir el castillo en junio de 1527, con obligacion de satisfacer <sup>1527,</sup> cuatrocientos mil ducados, de entregar á Civitavecchia, Parma, Plasencia, Módena y Tiferina, de no embarazar al emperador en los asuntos de Milan y de Nápoles; y finalmente, de permanecer preso por espacio de seis meses, dentro de los cuales habian de quedar cumplidas estas condiciones. Sin embargo, solo estuvo detenido en el castillo algunos dias, y luego se le permitió volver al Vaticano; pero en una de las noches inmediatas al dia en que iba á cumplirse el plazo, se huyó disfrazado á Orvieto, ciudad fuerte, guarnecida por tropas de la liga.

Aunque tenia sobrada justicia Carlos V para dejar castigada la mala correspondencia de Clemente á los particulares beneficios que le debia, léjos de aprobar los excesos y violencias, que con tal des-

enfreno cometieron sus tropas en la capital del orbe cristiano, le fueron tan sensibles, que cuando recibió la noticia, mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento de su primogénito Don Felipe, que acababa de dar á luz la emperatriz Doña Isabel, hermana del rey de Portugal Don Juan III. Entre tanto, con pretexto de poner en libertad al pontífice, envió Francisco I á Italia nuevo ejército, el cual logró al principio no pocas ventajas, apoderándose con rapidez de Génova y Pavia, entrándose por el reino de Nápoles, y poniendo sitio á la misma capital. Sus defensores eran muy pocos; si bien estaban acaudillados por los mejores capitanes de aquel tiempo, Don Hugo de Moncada, Don Pedro de Alarcon, el príncipe de Orange, el marques del Vasto y otros varios. Sin embargo, la escuadra francesa, que al mando de Filipin Doria tenia bloqueado el puerto, deshizo casi enteramente la española. Moncada murió en la refriega; murieron tambien otros caudillos; otros fueron hechos prisioneros; y la guarnicion, sensiblemente disminuida, esperaba el asalto de un momento á otro, cuando repentinamente se mudó la escena. Andres Doria, célebre capitán de mar, que se hallaba al servicio de Francia con un gran número de galeras propias, resentido por cierto desaire que recibió del general frances, y ademas lisonjeado con mas ventajoso partido por el príncipe de Orange, se pasó al servicio del emperador, y mandó á Filipin, su sobrino, que separase sus galeras de las de su antiguo aliado, é introdujese en Nápoles un oportuno refuerzo de tropas, víveres y municiones. Este imprevisto acontecimiento, el prodigioso valor de los imperiales, y principalmente la pestilencial enfermedad que empezó á propagarse por las tropas francesas, las obligaron á levantar el campo, á retirarse con precipitacion, y á perder todo lo conquistado. En tales circunstancias, el papa, que veia con dolor su corte dominada por estrangeros, y su partido ya muy débil; y el rey de Francia, que ya empezaba á cansarse de lidiar desventajosamente con un competidor tan poderoso y tan afortunado, trataron de restituir á la Italia la quietud de que por tanto tiempo habia carecido, y pidieron la paz. El emperador prestó generosamente oidos á sus súplicas; y despues de haberse reconciliado con Clemente bajo condiciones decorosas, se convino tambien con 1529. Francisco I en Cambray, año de 1529, bajo los mismos artículos, si bien algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudos de oro, las personas del delfin y de su hermano mayor, que habian sido entregadas en rehenes para la seguridad de aquel concierto. En esta paz fueron igualmente comprendidos el rey de Inglaterra, y todos los príncipes y repúblicas de Italia, ménos Florencia, que al principio se negó obstinadamente á todo partido; pero que por último tuvo que ponerse en manos del vencedor,



Cárlos pasó luego á Bolonia , y allí recibió de mano del pontífice la corona imperial con la mayor solemnidad y pompa : tuvo bastante generosidad para olvidar la ingratitud de Francisco Esforcia, y concederle nuevamente la investidura del ducado de Milan ; y por último , dió á los florentines por señor, con título de duque, á un sobrino del papa, llamado Alejandro de Médicis, á quien casó con Margarita de Austria, su hija natural. De Italia pasó el emperador á Alemania , en donde hizo coronar rey de romanos á su hermano el infante Don Fernando, que ademas de poseer los estados hereditarios de la casa de Austria , reunia ya en su cabeza las coronas de Hungría y de Bohemia.

El emperador turco, Soliman, invadió por entónces estos dos reinos con un formidable ejército ; pero Cárlos V, á la frente de sus tropas, le obligó á retirarse con gran pérdida y desaire : hazaña que no fué sin duda la menor de las suyas , tanto por las fuerzas que conducia el orgulloso enemigo, como por la gravedad de una empresa en que se trataba de la libertad ó de la destruccion de las potencias cristianas.

Volvió el emperador á España pasando por Italia ; y entre tanto Haradin Barbaroja, atrevido pirata, que desde largo tiempo tenia infestadas las costas del Mediterráneo, despojó del reino de Tunez á Muley Hacen , feudatario de los reyes de Castilla. Imploró este el socorro de Cárlos, quien recibiéndole bajo su proteccion, se presentó delante de la Goleta con una armada de cuatrocientas velas. Tuvo que apoderarse á viva fuerza de esta fortaleza, casi inespugnable , que defiende la entrada del puerto de Tunez, y se hallaba bien pertrechada por Barbaroja ; puso en fuga á la guarnicion, y resuelto á castigar al pirata , marchó derecho á la plaza, sin arredrarle el asombroso número de sus defensores, que llegaba, segun dicen , á ciento y cincuenta mil. Barbaroja le salió al encuentro en medio de aquellos ardientes arenales con noventa mil hombres, en la confianza de que el ardor del clima, la sed y la fatiga dejarían su cimitarra ociosa ; pero los españoles por lo mismo le acometieron con mayor denuedo , y haciendo pedazos aquella muchedumbre, obligaron á su jefe á refugiarse dentro de los muros de Tunez. Corrido el africano al verse tan completamente deshecho por un puñado de gente, quiso tomar la infame venganza de mandar volar las mazmorras en que tenia encerrados mas de veinte mil cristianos ; pero estos infelices , por un efecto de desesperacion , rompieron sus prisiones, y apoderándose de la fortaleza, abrieron las puertas al ejército imperial, que despues de una matanza horrible, entró vencedor en Tunez, año de 1535. Bar-  
1535. baroja tuvo la fortuna de salvarse en Argel ; y Cárlos , restituyendo generosamente á Muley Hacen la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á ejecutar el abrigo del fuerte de la Goleta ; bien que Barbaroja auxiliado del

turco, no dejó de molestar despues tambien á los cristianos.

El carácter de Cárlos, ardiente, activo y belicoso, era sin duda el mas á propósito para las circunstancias en que se vió constituido. Casi todo su reinado fué una continuada serie de campañas ; y aun cuando hubiese querido evitar algunas guerras, no le hubiera sido muy fácil, envidiando su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. Murió el duque de Milan Francisco Esforcia , dejando en su testamento sus estados al emperador ; y este fué un nuevo motivo para que su enconado rival, el rey de Francia, resucitase sus pretensiones al Milanésado , y volviese á inquietarle. Renovóse la guerra , y al principio no dejó de lograr Francisco I algunas ventajas en el Piamonte , que habia invadido con numeroso ejército ; pero el emperador por su parte , no solo reprimió el ímpetu de los franceses , sino que recobró las plazas ocupadas , se introdujo en la Provenza , conquistó algunos pueblos , y puso cerco á Marsella. En una palabra , la Francia parecia amenazada de un terrible golpe ; pero el éxito desmintió las conjeturas. Marsella se defendió muy bien , y la epidemia que sobrecogió al ejército imperial le redujo bien pronto á ménos de la mitad , y obligó á Cárlos á levantar el sitio y replegarse á Niza. En el asalto de una torre inmediata á esta plaza murió el célebre Garcilaso de la Vega , que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas , seguia la carrera de las armas , acreditando el valor que correspondia á su ilustre nacimiento ; é indignado Cárlos por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado , mandó pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Finalmente , por mediacion del papa Paulo III , sucesor de Clemente , concertó Cárlos V en Niza una tregua de diez años con el rey de Francia ; y se restituyó á España , quedando reconciliados á lo ménos por el pronto ambos soberanos.

Una lucha tan obstinada y continua no podia sostenerse sin crecidos dispendios, y agotado el erario, fué preciso recurrir á nuevas imposiciones. Resistiéronse algunos pueblos ; pero Gante principalmente se negó con descaro á acudir á las públicas urgencias, y tomó las armas para sostener el atentado. Amenazaba una sublevacion general en los Países Bajos , que clamaban por la presencia del emperador ; y como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad , para ir con mayor diligencia , Cárlos , escesivamente confiado en la buena fe y honradez de Francisco I, pidió paso libre por Francia , que le fué concedido sin ningun reparo. Francisco le recibió en Paris con las mayores muestras de afecto y cordialidad , le hospedó en su palacio mismo , y le trató con generosa magnificencia. Como la política del mundo se gobierna por cánones muy distintos que la que se funda en la honradez , fué problema entre los políticos de aquel tiempo : ¿Cuál de los dos príncipes se mostró mas necio en esta ocasion , si Cárlos , que fué á ponerse en



manos de su enemigo capital, ó Francisco, que no se apoderó de Cárlos hasta el efectivo recobro de la Navarra y el Milanesado? Como quiera, Cárlos salió libremente de Francia con mayor dicha que prudencia, y para colmo de su felicidad, su presencia sola calmó las inquietudes de los Países Bajos.

A vista de tan generosa conducta hubiera creído cualquiera que la reconciliacion de Francisco con Cárlos era de las mas sinceras y cordiales; pero como sus renunciaciones del derecho que juzgaba tener al ducado de Milan solo habian sido aparentes, y jamas habia perdido ocasion de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apenas pasó un año, con el especioso pretesto de vengar la muerte de dos embajadores suyos, que caminando á Constantinopla habian sido asesinados en Italia, imputando este atentado á secreta disposicion del gobierno español. Cárlos V acababa de padecer entónces una fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa escuadra, perdiendo la mejor parte de sus buques á la violencia de una furiosa tempestad; y pareciéndole á Francisco oportuna ocasion de acometer á su enemigo, empezó las hostilidades por varios puntos á un mismo tiempo. El Piamonte, el Brabante, el Luxemburgo y el Rosellon se vieron en un momento invadidos por otros tantos ejércitos aguerridos y numerosos. El delfin sitió á Perpiñan con cuarenta y cuatro mil hombres; pero halló tal resistencia en esta plaza, que levantó el cerco. El duque de Orleans en Luxemburgo, y el de Cleves en Brabante, lograron algunas ventajas, aunque los imperiales consiguieron al cabo resarcir muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En Piamonte hicieron los franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla; pero el emperador, aliado con el rey de Inglaterra Enrique VIII, penetró en Francia por la parte de Lorena, rindiendo cuanto se oponia á sus armas. No se llegó sin embargo á combate decisivo, porque Francisco, temiendo la superioridad de las fuerzas de Cárlos, que se acercaba á Paris, precedido del espanto y la victoria, pidió la paz

1544.

en 1544, ratificando la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles y otros países; y sin duda debió quedar escarmentado, ó bien persuadido de la constante fortuna de su competidor, pues desde entónces no volvió á molestarle.

No estaba el imperio ménos necesitado de la paz que lo estaba la Francia, porque la heregia del pertinaz Lutero, que en 1517 apareció en Sajonia por primera vez, favorecida de varios príncipes alemanes, y particularmente del duque elector de Sajonia, y del landgrave de Hesse, habia llegado con el tiempo á hacer los mas rápidos progresos, sembrando por todas partes el fuego de la discordia y de la rebelion. Desde que Cárlos ocupó el trono imperial habia trabajado inútilmente en apagar este incendio, valiéndose de todos los medios suaves que le parecieron propios para

solicitar la paz y la concordia; pero últimamente, recelando el duque de Sajonia, el landgrave, y demas príncipes luteranos, que echase mano de las armas para reducirlos, se confederaron contra él. Luego que cesaron las funestas discordias entre España y Francia, tomó el emperador sus medidas para disipar esta liga; pero los protestantes, nombre que tomaron los luteranos por haber protestado contra el concilio de Trento, que se celebró por entónces, se previnieron igualmente por su parte, y resueltos á hacerle frente, llegaron á poner sobre las armas un ejército de ciento y veinte mil hombres. Carlos, sin embargo, no se detuvo en atacarlos, y les ganó una importante victoria, en que hizo prisioneros al de Sajonia y al de Hesse, despues de una empeñada guerra, en que no solo manifestó su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, dando tiempo á que se fuese debilitando el poder de sus enemigos. En efecto, siendo la liga de los protestantes un cuerpo compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su ejército sino de las contribuciones de varias ciudades, habia de llegar el caso de que estas se cansasen de tan insoportable gravámen. Apaciguáronse por entónces las revoluciones que la heregía causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente celo de Carlos V, si Enrique II, sucesor de Francisco I en la corona de Francia y en la rivalidad, no le hubiese distraido con una nueva guerra, uniéndose á sus enemigos.

Cuando mas ocupado se hallaba Carlos en sacar de su victoria sobre los hereges todas las ventajas que podia prometerse, y en hácer frente al turco, que habia invadido la Alemania, el nuevo rey de Francia se apoderó repentinamente de la ciudad de Metz en Lorena, que pertenecia al imperio, y ademas introdujo la guerra en el Milanesado y en los Países Bajos. Vióse precisado el emperador á contemporizar con los protestantes, y aun dió libertad á sus principales corifeos para separarlos de la alianza con la Francia; y juntando un ejército respetable, emprendió la reconquista de Metz con el mayor empeño. La vigorosa defensa del duque de Guisa, que se encerró dentro de la plaza, el rigor de la estacion, y mas que todo las enfermedades epidémicas que se declararon en el campo, arruinaron el ejército imperial, y pusieron al emperador en precision de levantar el sitio. Esta desgracia le fué todavía mas sensible que la que padeció delante de Marsella, y comenzó desde aquel tiempo á mirar con tedio ó disgusto el ejercicio de la guerra. Dos años despues padeció su ejército otra derrota por las armas francesas junto á Renti en el país de Artois, cuya noticia recibió como hombre desengañado del mundo y de sus glorias, diciendo: «¡Cómo se conoce que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los mozos, y se cansa de los viejos!» Fatigado al fin de las armas, y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular testimonio de su desengaño, renunciando la corona de España



en su hijo el príncipe Don Felipe, y la del imperio en su hermano Fernando, ya rey de romanos. Retiróse á vivir privada y pacíficamente en el monasterio de Yuste, órden de san Gerónimo, á siete leguas de Plasencia en Castilla la Vieja, adonde permaneció desde <sup>1556.</sup> el año 1556 en que hizo la renuncia, hasta 21 de setiembre de <sup>1558.</sup> 1558 en que falleció, empleado únicamente en ejercicios piadosos, y tan desentendido de los negocios públicos, como si le hubiesen sido siempre absolutamente desconocidos. En 11 de abril de 1555 habia fallecido tambien su madre la reina Doña Juana, que retirada y oculta en el palacio de Tordesillas, subsistió hasta la muerte sin alivio en la dolencia que habia trastornado su razon.

Algunos escritores prodigan los elogios en favor de Cárlos V, y otros deprimen hasta *el extremo su mérito*; pero lo mas prudente es creer que ni para lo uno ni para lo otro hay bastante razon. Le acusan de haber espendido sumas inmensas en guerras inútiles, y quizas algunas lo serian efectivamente; pero ¿porqué no se ha de confesar tambien que la rivalidad de sus enemigos le suscitó la mayor parte? Para la defensa de sus estados y aumento de la religion hizo nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra, otros dos al Africa, absorbiendo en ellos, segun dicen sus émulos, las riquezas de todos sus estados; pero ¿porqué no hemos de creer que su presencia era necesaria en aquellos puntos, aun cuanto no fuese mas que para infundir en sus soldados aquella confianza precursora de la victoria? Desaprúebese enhorabuena el empeño con que aspiraba *sin rebozo á la monarquía universal*: desaprúebense algunos otros defectos que se le notaron; pero guárdese la imparcialidad propia de un historiador, y hónrese en lo demas la memoria de este héroe, que arrebató la admiracion de Europa.

En tiempo de Cárlos V se empezó á *dar constantemente á los reyes de España el título de magestad* en lugar del de alteza, que habian usado casi generalmente hasta entónces, y se estableció formalmente la dignidad de grande de España en los que ántes se llamaban ricoshombres. Dió nueva planta al consejo de estado, é instituyó el de Indias, en cuyos negocios entendian desde el tiempo de los reyes Católicos algunos ministros escogidos de otros tribunales. Y finalmente, *en su reinado se hicieron las memorables conquistas de Méjico y del Perú*.

Desde las atrevidas empresas de Cristóbal Colon no cesaron de hacer descubrimientos y conquistas en el nuevo mundo muchos insignes pilotos y caudillos españoles, entre los cuales se escuchan con admiracion los nombres de Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Vasco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solís, Rodrigo de Bastida, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y otros no ménos dignos de memoria. En 1518

el portugues Fernando de Magallanes, descontento de su soberano, que no remuneraba sus servicios, vino á ofrecerlos á la corte de España. Partió de Sevilla con cinco navíos; y en 1519 descubrió, con nueva y peligrosa navegacion, el estrecho que desde entónces tomó su mismo nombre. Hernan Cortés, natural de Medellin en Estremadura, hombre de notable esfuerzo, penetracion y celo patriótico, acabó en el año 1521 de descubrir y conquistar felizmente el imperio de Méjico ó Nueva España, bastando para muestra de su heroica intrepidez la resolucion que tomó de barrenar y echar á pique los bajeles que le habian conducido á aquellas desconocidas regiones, para quitar á sus soldados la esperanza de retroceder, y empeñarlos mas en vencer ó morir. A esta admirable conquista se siguió pocos años despues la del imperio del Perú, que Francisco Pizarro, otro animoso extremeño, venciendo increíbles obstáculos, sujetó á la dominacion española.

Es tan fecundo en grandes sucesos el reinado de Felipe II, que con dificultad podrá averiguarse cuáles sean los mas dignos de atencion. La monarquía española, con tantas y tan ricas conquistas, habia llegado á la cumbre de su engrandecimiento; si bien no pudo negarse que las continuas guerras que habia tenido que sostener Carlos V la dejaron escasa de caudales. Su poblacion se habia disminuido tambien considerablemente ya por esta causa, ya por las frecuentes emigraciones de muchos españoles que pasaban á la América, codiciosos de la fortuna que les presentaban tan fácil los nuevos descubrimientos. No hay duda que en lugar de aspirar á la adquisicion de nuevos dominios, hubiera sido mas prudente atender á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados; pero Felipe II quiso imitar á su padre en lo guerrero, y siendo ménos afortunado, esperiméntó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia, que segun iremos conociendo, se declaró mas en el reinado de su hijo Felipe III, creció en el de su nieto Felipe IV, y llegó al extremo en el de su biznieto Carlos II, último de la dinastía austriaca.

Felipe II habia gobernado á España con igual acierto que prudencia todo el tiempo que duró la ausencia de su padre para sosegar las inquietudes de Alemania; y hallándose ya heredero de sus estados, heredó tambien la guerra contra la Francia, si bien con la fortuna de hallarse al mismo tiempo con las mejores tropas de Europa, y con los mas grandes capitanes para mantenerla con reputacion. Los ánimos de españoles y franceses habian quedado, desde las anteriores discordias, muy propensos á volver á las armas, y las tomaron con efecto, empezando los franceses por dar socorro á su amigo el papa Paulo IV, que confederado con ellos intentó despojar á Don Felipe de los estados que poseia en Italia. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que este pasó



con el sumo pontífice, para que desistiese de tentativas tan escandalosas, y que podian serle tan funestas como á su antecesor Clemente VII; y habiendo preso Paulo contra el derecho de gentes á unos embajadores de Felipe, ya no pudo este diferir mas tiempo el tomar unas medidas vigorosas, y envió contra el estado romano un ejército de trece mil hombres, acaudillado por el duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles á la sazón. Las armas españolas, despues de ganar el puerto de Ostia, se apoderaron muy en breve de cuantas plazas y pueblos hallaron al paso hasta dar vista á Roma, que hubiera sufrido la misma suerte que en tiempo de Carlos V, si intimidado el papa no hubiera aceptado la paz, con que á pesar de tan prósperos sucesos le estaba convidando España generosamente.

Entre tanto se habian ya visto los franceses precisados á acudir á la defensa de la provincia de Picardía, que habian invadido las tropas de Don Felipe, sitiando por último á San Quintin, plaza fuerte sobre el río Soma. Manuel Filiberto, duque de Saboya, que mandaba los tercios españoles, saliendo al encuentro al ejército frances, que escoltaba un socorro destinado á la plaza, le atacó con el mayor denuedo, le hizo piezas, y consiguió un triunfo tan completo, que despues de dejar seis mil franceses tendidos en el campo, ganó cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, todo el bagage, toda la artillería, é hizo prisioneros á un gran número de caudillos y personas de distincion. El rey, que estaba en Flandes, pasó al campo cuatro dias despues de la victoria, y estrechando con todo esfuerzo el sitio de la plaza, despues de combatir por algunos dias sus muros, se apoderó de ella por asalto, pasando á cuchillo la mayor parte de su guarnicion. La misma suerte sufrieron las de Chatelet, Ham y Noyon, y nada hubiera podido detenerle hasta Paris, que le esperaba lleno de consternación y asombro, si por una conducta inexplicable no hubiera preferido una paz, que no podia ser permanente, á una seguridad de dejar abatido el orgullo de sus irreconciliables enemigos. Así es que aun Carlos V, que en iguales circunstancias habia observado la misma conducta, cuando en su retiro recibió la noticia de estos sucesos con relacion circunstanciada de la batalla, no pudo ménos de preguntar, ¿si no estaba ya en Paris el rey su hijo? La casualidad de haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de san Lorenzo, 10 de agosto de 1557, determinó á Felipe II á dedicar á este glorioso mártir español el suntuoso y celebrado templo que hizo construir en el Escorial, fundando tambien allí mismo un monasterio del orden de san Gerónimo, y dejando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad, de su munificencia, de su buen gusto en las nobles artes, y del esmero con que las honraba y protegia. Duró su construcción diez y nueve años, habiéndola empezado en 1563 el arquitecto

1557.

Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y concluyéndola en 1582 su discípulo el montañés Juan de Herrera.

En el año siguiente 1558 se renovaron las hostilidades por una y otra parte con el mayor empeño; pero no fué <sup>1558.</sup> ménos gloriosa esta campaña que la anterior. Derrotados completamente los franceses en la batalla de Gravelingas, hubieron de reconocer la superioridad de los aguerridos y veteranos tercios españoles, que sin duda merecían entónces el concepto de la mejor infantería de Europa, y pidieron la paz. Ajustóse en 1559, <sup>1559.</sup> bajo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado, Felipe II, viudo en segundas nupcias de la reina de Inglaterra Doña María, casó con Madama Isabel, que por esto fué llamada de la Paz, hija de Enrique II de Francia.

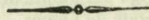
Al retirarse el rey de los Países Bajos dió las providencias que juzgó convenientes para contener en la obediencia así á los pueblos como á los señores flamencos, y confió el gobierno de esta parte de sus estados á su hermana Doña Margarita, hija natural de Carlos V, duquesa de Parma, y princesa de extraordinarios talentos. El príncipe de Orange Guillelmo de Nassau, y los condes de Horn y de Egmont, que aspiraban igualmente á ejercer el mismo cargo, ofendidos de este que llamaban desaire, y resueltos á tomar una memorable venganza, se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los flamencos, disgustados del rigor con que Margarita empezó á atajar los progresos de las nuevas opiniones de Lutero, que habiendo inficionado casi todas las provincias del norte, fueron recibidas con entusiasmo en los Países Bajos. La nobleza y la plebe se rebelaron, pretestando quejas sobre los tributos que les exigia el ministerio español, y sobre el establecimiento del tribunal de la inquisicion. Pidieron que saliesen del pais las tropas estrangeras so color de ser muy gravosas á la nacion, y de que jamas se aquietarian los pueblos mientras no se las retirase. Les fué concedida esta demanda, y consiguieron por este medio dejar al gobierno desarmado. Insensiblemente fueron haciendo considerables progresos los tres principales caudillos de los malcontentos. Hasta cuatrocientos nobles del pais firmaron una especie de confederacion, por la cual se obligaron á mantenerse unidos y armados hasta conseguir se suprimiese la inquisicion, y se revocasen los decretos publicados contra los protestantes; y enarbolado ya el estandarte de la rebelion, hicieron público ejercicio de la secta protestante, saquearon las iglesias, y con los socorros que recibieron de los hugonotes de Francia, se apoderaron de bastantes plazas.

La gobernadora, sin tropas para reprimirlos, pidió auxilio á Felipe II, quien, no considerando necesario acudir con su presencia y autoridad, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de Gante, mucho ménos temible que el de todos los



Paises Bajos, se contentó con enviar un buen ejército al mando del duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo, dándole absolutos poderes para sujetar á los malcontentos. Apenas entró en Flandes, un gran número de estos, especialmente artesanos y comerciantes, se refugiaron en Alemania y estados vecinos; y los demas tomaron en la apariencia el partido de la sumision, dando tiempo á que volviese el príncipe de Orange con los socorros que habia ido á implorar de los príncipes protestantes. El duque de Alba, cuyo genio era incapaz de contemplaciones, prendió inmediatamente á los condes de Egmont y de Horn, y los hizo degollar públicamente en la plaza de Bruselas: otros innumerables fueron enrodados, empalados, quemados ó ahorcados, segun la gravedad de los delitos de que eran convencidos; demostraciones demasiado severas, que, léjos de intimidar á los rebeldes, como se habia creido, solo sirvieron de irritar mas los ánimos, y de agravar el mal haciéndole incurable. La política de Felipe II, grande ciertamente en la teórica, se vió en esta ocasion desmentida por la práctica; y aun cuando despues quiso aplicar remedios mas benignos, ó por mejor decir, se vió forzado á ello, los rebeldes, enconados hasta el último extremo, lo creyeron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusaron por consiguiente aceptar cuantos partidos les concedia el monarca. El príncipe de Orange, favorecido de las potencias del norte, y mas que todo de la Inglaterra y de la Francia, se presentó en los Paises Bajos con un ejército de circuenta y un mil hombres, que dividió en dos trozos, uno de quince mil, que acaudillado por su hermano Luis de Nassau, habia de invadir la Frisia, y otro de treinta y seis mil, que él mismo habia de conducir por la parte de Brabante. El del duque se hallaba á la sazón considerablemente desmembrado por las gruesas guarniciones que habia tenido que poner en las plazas fuertes, pero con todo, el denodado general, aprovechando la oportunidad de atacar á sus enemigos divididos, tomó la resolucion de marchar en diligencia contra Luis, y forzándole en su campo, pasó casi todas sus tropas á cuchillo, sin dejarle ni aun sombra de un solo regimiento. Revolvió despues hácia el Brabante muy á tiempo para recibir al de Orange; y sabiendo que este príncipe carecia de víveres y de dinero, para mantener tan numeroso ejército, se contentó con irle costeano por medio de algunos campos volantes, para ocuparle por todas partes las vituallas, molestándole tambien por la retaguardia, y arrojándose sobre ella al paso de los rios. En esta disposicion se fueron paseando ambos ejércitos por todo el Brabante, la provincia de Namur y la de Henao; pero al fin del paseo se halló el príncipe de Orange sin ejército, porque de sus soldados unos habian desertado por falta de víveres, y otros habian perecido al tiempo de buscarlos, de suerte que hubo de retirarse á Francia con solos treientos hombres descalabrados, tristes despojos de

los cincuenta y un mil con que habia entrado en Flandes. Cubierto de laureles el general español, regresó á Bruselas, continuando allí y en los demas pueblos su severidad, así contra los hereges como contra los rebeldes : y derrotando despues un nuevo ejército con que el de Orange volvió á penetrar en Flandes, redujo todas las provincias rebeldes á la obediencia de España, á escepcion de las de Holanda y Zelanda, en que dominaba el de Orange como príncipe soberano. Pero como para sujetar estas dos provincias necesitaba de una escuadra, y de dinero con que mantener á sus soldados hambrientos y desnudos, no pudiendo conseguir que de España le enviasen ni lo uno ni lo otro, pidió su dimision y la obtuvo fácilmente de la corte, desengañada ya de que su genio era el ménos á propósito para aquella empresa en tan delicadas circunstancias.





## LIBRO DUODÉCIMO.

Dimision del duque de Alba.—Don Luis de Zúñiga y Requesens y Don Juan de Austria, encargados sucesivamente del gobierno de Flandes, son víctimas de la astucia de los rebeldes; ereccion de la república de Holanda.—Alejandro Farnesio; proezas de los españoles; asesinatos del principe de Orange; crítica situacion de la nueva república.—Rebelion de los moriscos de Granada.—Mahomet Aben-Humeya; sujecion de los moriscos.—Determina Don Felipe II refrenar el orgullo del imperio otomano; guerra con el turco.—Gloriosa batalla de Lepanto.—Espedicion contra Tunez.—Heróica defensa de Tunez por Don Pedro Portocarrero.—Sucesion de Don Felipe II en la corona de Portugal.—Espedicion contra Portugal; lealtad del duque de Alba.—Reduccion de todo el reino de Portugal.—El marques de Santa Cruz desconcierta los designios del prior de Ocrato.—Resuelve Don Felipe II vengar los agravios recibidos de la reina Isabel de Inglaterra; la armada invencible; su desgraciada suerte.—Irruption de los ingleses en las costas de Galicia; asalto de la Coruña; valerosa defensa de sus moradores; derrota de los ingleses; saqueo de Cádiz.—Toma Don Felipe bajo su proteccion la liga católica de Francia; pericia militar de Alejandro Farnesio.—Conquistas de Calais y de Amiens; paz con Enrique IV de Francia.—Desgraciada muerte del príncipe heredero Don Carlos; incertidumbre sobre las verdaderas causas de este ruidoso acontecimiento.—Amores del rey con la princesa de Eboli; pasion de esta á Antonio Perez; zelos del monarca.—Comocion de los aragoneses; fuga de Antonio Perez; venganza del rey.—Felipe III.—Lamentable pintura de la crítica situacion del reino á la época de su exaltacion al trono.—El duque de Lerma, primer ministro; elevacion de Don Rodrigo Calderon.—Intriga del duque de Uceda para desgraciar al ministro su padre; honradez del conde de Lemos.—Separacion del duque de Lerma.—Sitio y conquista de Ostende; apuros de España para continuar la guerra de Flandes. Treguas con la república de Holanda; gravosas condiciones de ellas.—Espulsion de los moriscos.—Sublevacion de los del reino de Valencia.—Espediciones militares de las armas españolas en el reino de Felipe III.—Felipe IV; sus bellas disposiciones; se abandona absolutamente al arbitrio del conde-duque de Olivares.—Persecucion de Don Pedro Giron, duque de Osuna.—Injustamente aprisionado, y privado del recurso de vindicar su inocencia, muere entre pesares y dolores.—El carácter romanesco del conde-duque compromete á la nacion en una multitud de guerras.—Fin de la tregua ajustada con Holanda, y rompimiento de las hostilidades; vicisitudes de esta guerra.—Insurreccion en los Países Bajos; batalla de Nortlinguen, y conquista de Maestricht.—Ocupacion de la Valtelina por las armas españolas.—Guerra con Francia sobre la sucesion en el ducado de Nevers.—Castiga Don Felipe IV los agravios del elector de Tréveris invadiendo sus dominios, y haciéndole prisionero.—Principios de la guerra de veinticinco años; batalla de Avein; ocupacion de las islas de Santa Marta y San Honorato.—Progresos de las armas españolas en Francia y en Italia.—Jornada sangrienta de Leucata; rota de los franceses bajo los muros de Fuenterrabía.

Retirado el duque de Alba, se encargó sucesivamente el gobierno de los estados de Flandes á Don Luis de Zúñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, y á Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, ambos insignes capitanes, y de tan apacible genio, y modales tan gratos, cuanto tenian de ásperos los de su

antecesor. Los rebeldes, al verse en parte acariciados, y en parte consentidos, atribuyeron esta conducta á cobardía, y divirtiéndose á los gobernadores con inútiles conferencias y vanas esperanzas de mantenerse sumisos, procuraron secretamente fortificarse con robustas alianzas. Conocieron finalmente los gobernadores, que se les engañaba, y quisieron seguir las máximas del duque de Alba; pero ya era tarde. Los rebeldes se burlaron constantemente de su *rigor como de su benignidad*; y aunque perdieron algunas batallas, al cabo la principal parte de la Flandes sacudió el yugo de la dominacion española, negando la obediencia á Felipe II, rompiendo su real sello, y erigiéndose en república libre, soberana é independiente. *Tan cierto es que la severidad y la clemencia, aunque sean dos medios muy eficaces en el gobierno de los hombres, de nada sirven, y aun perjudican aplicados intempestivamente.*

A Don Juan de Austria sucedió Alejandro Farnesio, duque de Parma, é hijo de Margarita, cuando solo habian quedado dos provincias obedientes de las diez y siete que componian aquellos estados; pero este incomparable caudillo, ya por medio de la negociacion, ya á la frente de los esforzados tercios españoles, que á pesar del hambre, de la desnudez y de la fatiga, asombraron al mundo con los prodigios de su valor, consiguió reducir hasta ocho, y atemorizó á la Holanda. Asesinado de un pistoletazo en su misma casa el príncipe de Orange, autor de las inquietudes, y el alma de la rebelion, y no pudiendo la nueva república conservarse por sí misma, solicitó, aunque inútilmente, un soberano capaz de defenderla, y sucesivamente se entregó al rey de Francia, á la reina de Inglaterra, al duque de Alenzon, al archiduque Matias, y finalmente, al duque de Leicester, favorito de la reina Isabel; pero todos la abandonaron á sus propios recursos: de suerte que á vista de situacion tan crítica, y del esfuerzo y circunstancias con que pelearon los españoles en la dilatada guerra de Flandes, acometiendo las mas arduas empresas, es creible que Don Felipe hubiera conseguido reducir aquellos estados á la debida subordinacion, si no hubiese mirado su conservacion con la indiferencia mas indisculpable, y no se hubiese visto obligado á distraer sus fuerzas á otros objetos.

Uno de ellos fué la guerra contra los moriscos ó cristianos nuevos de la ciudad y reino de Granada. Por ciertas razones políticas se les prohibió, bajo severas penas, el uso de los trages morunos, baños artificiales, y algunas prácticas supersticiosas heredadas de sus padres los mahometanos; y se tomaron providencias para que se observasen con exactitud las leyes de la religion católica, que acababan de abrazar, hablasen la lengua castellana, y vistiesen como los cristianos viejos. Estas novedades se hicieron demasiado duras y sensibles á aquella gente inquieta como recién conquistada, y tenazmente adicta á las costumbres y usos de sus



mayores, fortificados con la educacion; y por otra parte la tenacidad de Felipe II en no suavizar de modo alguno la severidad de la pragmática, le sirvieron de estímulo y aun de pretesto para confederarse con el mayor secreto, y tomar las armas en 1568 sorprendiendo al gobierno desapercibido. Eligieron los moriscos por soberano á un hombre principal de entre ellos, llamado Don Fernando de Valor, que desde entónces tomó el nombre de Mahomet-Aben-Humeya, dándole título de rey de Granada y de Córdoba, y empezaron á cometer inhumanas hostilidades contra los cristianos, que se hallaron entónces muy espuestos á perder aquel importante reino, y ver restablecidas en él la dominacion y secta de los mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra, quedaron sujetos los rebeldes, á pesar de la obstinada resistencia que opusieron, fiados en los socorros que les enviaban de Africa, y en la fragosidad de las Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos; y para quitarles la proporcion de hacer en lo sucesivo tan atrevidas y peligrosas tentativas, se les esparció por los pueblos de Castilla con bastante separacion unos de otros.

La guerra con el turco no dejó tambien de favorecer bastante á los esfuerzos de los rebeldes flamencos. Hacia ya algunos años que el imperio otomano, orgulloso con su temible poder, no cesaba de insultar con la mayor insolencia á todas las potencias europeas, sin que ninguna de ellas hubiese emprendido seriamente el castigo de semejante osadía. En 1558 llegó á Menorca una escuadra

<sup>1558.</sup> turca; y echando á tierra una porcion de tropas, se apoderó por asalto de la villa de Ciudadela, causó bastantes daños en aquella isla, y se retiró con un rico botin. Las piraterías del Arraez Dragut, gobernador de Trípoli, que se habia apoderado de la isla de los Gerbes, obligaron á juntar una medjana escuadra, con que emprender la conquista de dicha isla; pero se malogró esta jornada, así por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades y escasez de viveres que padecieron los españoles, como porque acudiendo una escuadra turca ahuyentó á la castellana, que perdió la mayor parte de sus galeras y de su gente. Sitiaron despues los turcos á Mazarquivir y Oran; si bien fueron rechazados de ambos presidios por el valor de sus guarniciones. El Peñon de los Velez de Gomera en la costa de Berbería, conquistado por Fernando el Católico, y recobrado por los musulmanes en tiempo de

<sup>1564.</sup> Carlos V, se rindió en 1564 á las armas de Felipe II, mandadas por dos grandes generales, Don Sancho Martínez de Leyva, y el marques de Santa Cruz Don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, emperador de los turcos, acometió á la isla de Malta; pero con el oportuno socorro que envió el rey Don Felipe, huyeron escarmentados los infieles.

Ultimamente, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entónces por los venecianos, ocupó la ciudad de Nicosia,

y poco despues la de Famagusta. La república de Venecia hizo liga con el papa Pio V y con el rey de España, para refrenar la arrogancia de los turcos, y aprestándose en 1571 una armada de mas de doscientos bajeles, se confió el mando de ella al animoso y experimentado capitán Don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, avistó á la escuadra enemiga, compuesta de trecientas naves, la atacó resueltamente; y despues de un reñido combate, eternamente glorioso á las armas católicas, quedó abatido el orgullo mahometano, pereciendo en la accion su general. Doscientas galeras otomanas fueron parte apresadas, y parte echadas á pique; los muertos y prisioneros turcos pasaron de veinticinco mil, y llegaron á veinte mil los cristianos remeros que fueron puestos en libertad. Las consecuencias de esta victoria hubieran sido aun mas importantes que la victoria misma, si Don Juan de Austria, en vez de retirarse á Mesina, hubiera sabido aprovecharse del terror de sus enemigos, y ocupando el estrecho de Galípoli ó Helesponto, sorprendido á Constantinopla.

Dos años despues, cuando con el mayor calor se preparaba una expedicion nueva contra Tunez, los venecianos, indignamente vendidos á los turcos, abandonaron la liga con la mayor vileza, y ajustaron la paz. Este imprevisto accidente no malogró sin embargo aquel adelantado proyecto; y á la frente de doscientas naves, y veintidos mil hombres de desembarco, se presentó Don Juan de Austria en 1573 delante de la Goleta, de cuya fortaleza, igualmente que de la plaza, se apoderó sin resistencia, habiéndolas abandonado su guarnicion y habitantes. Puso el gobierno del reino en manos de Muley Hamet, hijo de Muley Hacen, con quien el emperador Carlos V habia usado de igual generosidad; y dejando suficiente guarnicion en la ciudad de Biseria, que se le habia entregado voluntariamente, se retiró á Sicilia. Pero el año siguiente, miéntras por su disposicion se estaba construyendo entre Tunez y la Goleta un castillo para defensa de la ciudad, embistieron ambas plazas los beyes de Argel y de Trípoli, sostenidos por una formidable escuadra turca, y cincuenta mil hombres de desembarco. A costa de mucha sangre, y despues de repetidos asaltos, se hicieron dueños de la Goleta, gloriosamente defendida por el esforzado capitán Don Pedro Portocarrero; y solo pudieron ocupar á Tunez, cuando arruinadas sus defensas, despues de un mes de continuo combate, se halló reducida la guarnicion á solos treinta animosos españoles, que aun así les disputaron á palmos el terreno.

La reunion de la corona de Portugal á la de Castilla, y la guerra á que dió ocasion la competencia de algunos que se creian con mejor derecho que el monarca español, fueron acontecimientos que contribuyeron igualmente infinito á distraer de los asuntos de Flandes



la atención de Felipe II. Muerto el rey Don Sebastian en una desgraciada expedición que hizo al Africa, y no habiendo dejado hijos, ocupó el solio portugues su tio el cardenal Don Enrique, que falleció igualmente á los dos años. Estinguidas por este medio ambas líneas masculinas, se devolvió la sucesión de la corona á las hijas del rey Don Manuel, antecesor del malogrado Don Sebastian, que fueron Isabel, madre de Felipe II, y Beatriz, casada con el duque de Saboya. Por muerte de Doña Isabel, que era la mayor, recayó sin disputa el cetro portugues en Don Felipe; pero contra el justo derecho del monarca español, alegaban tambien los suyos el duque de Saboya; el de Parma y de Braganza, casados con hijas de otro hijo de Don Manuel, que murió ántes de reinar; y Don Antonio, prior de Ocrato, hijo ilegítimo del infante Don Luis de Portugal. Este Don Antonio era el competidor mas temible, porque tenia ganada la voluntad del pueblo, y conmovió el reino, el Brasil, la India, y aun á algunas potencias europeas, hasta que consiguió ceñirse la corona. Fué pues necesario que Don Felipe recurriese á las armas para arrancársela al usurpador, y defenderla contra los demas que se la disputaban; y espidiendo contra Lisboa una escuadra de cien velas al mando del marques de Santa Cruz Don Alvaro de Bazan, envió contra la frontera un grueso ejército á las órdenes del duque de Alba, que dejado el gobierno de Flandes, se hallaba retirado en Uceda por disposición del mismo rey.

La confianza con que el monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido solo puede compararse á la lealtad, con que olvidando el duque sus particulares resentimientos, supo sacrificarse en obsequio de los intereses del rey su amo. Marchó derechamente á Lisboa este insigne capitán, rindiendo cuanto se le oponia en el camino: encontró al prior de Ocrato, atrincherado con veinticinco mil parciales, á cuatro leguas de aquella capital; y no pudiendo empeñarle en una acción decisiva, le forzó en su mismo campo, le derrotó, y apenas le dió tiempo para guarecerse en Lisboa con los fugitivos, que abandonaron la artillería y los bagages. No creyéndose aun seguro Don Antonio á la vista de tan terrible enemigo, le abandonó la capital, y se refugió sucesivamente ya en Coimbra, ya en Oporto, ya en Viana del Miño; pero vencido y arrojado de todos estos puntos, se retiró á Inglaterra con la esperanza de encontrar algun auxilio. Rendida Lisboa, y ausente el prior de Ocrato, quedó en breve allanado todo el reino de Portugal, prestando, si bien no con mucha sinceridad, obediencia á Don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió un perdon general á todos los que le habian deservido.

Don Antonio, sin embargo, con los socorros que le proporcionaron Isabel de Inglaterra, y despues en Francia la reina Catalina de Médicis, el duque de Alenzon y otros príncipes, que miraban con zelos el engrandecimiento y poder de la España, pudo equipar una

escuadra de sesenta velas, tripulándola con seis mil ochocientos franceses, y marchó á la isla Tercera, que estaba á su devocion, con el objeto de fortificarse en ella, y emprender la recuperacion de Portugal cuando se hallase con poder suficiente. Pero se le frustraron sus designios, porque la escuadra española, mandada por el marques de Santa Cruz, saliendo al encuentro á la ausiliar, la desbarató completamente, echando á pique y apresando la mayor parte de los buques. El prior, que no se halló en la accion, apenas supo su derrota, volvió á Francia, dejando un gobernador en la isla, y una buena guarnicion de ingleses, portugueses y franceses, que despues tampoco supieron defenderla del marques de Santa Cruz.

Sin embargo, las escuadras navales de Don Felipe no fueron siempre tan afortunadas, y en alguna ocasion recibieron sus fuerzas marítimas un golpe tan sensible, que con dificultad pudieron repararse de él en muchos años. Hacia largo tiempo que la reina Isabel de Inglaterra no cesaba de provocar su justo enojo, ya socorriendo y fomentando á los sublevados de Flandes, ya dando órden de que los corsarios ingleses persiguiesen y apresasen las embarcaciones españolas. Los establecimientos de la América setentrional se habian ya visto mas de una vez espuestos á las sangrientas escursiones de estos feroces piratas: la isla de Santo Domingo, Cartagena de Indias, la Florida, la Jamaica y otras varias colonias habian quedado asoladas por Francisco Drake, corsario bien célebre por sus crueldades y latrocinios. Ya era pues tiempo de que Felipe II pensase en vengar tantos insultos, volviendo por el honor de su nombre y de su pabellon. En el año 1588 se equipó en Lisboa una soberbia armada, compuesta de ciento y treinta velas, y de veinte mil hombres de desembarco, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares, mereció el nombre de la *Invencible*. Encargóse el mando de este fortísimo armamento al valeroso y hábil general marques de Santa Cruz, y por su muerte al duque de Medinasidonia; mas apenas hubo doblado el cabo de Finisterre, sobrevinieron dos recios temporales, que fueron como los precursores de la suerte que se le preparaba. Aun no bien reparada la escuadra avistó las costas de Holanda, donde esperimentó otro tercero y mas fatal. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos adonde acogerse, fueron acometidos por las escuadras inglesa y holandesa, que aunque inferiores, no dejaron de aprovecharse del desórden y de la confusion en que puso á la española el furor de los elementos. Contra ellos y contra sus enemigos combatieron á un mismo tiempo con intrepidez los soldados de Felipe; pero no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total ruina de la armada y de la gente; y hubieron de regresar por el norte de Escocia, donde padecieron iguales infortunios, peleando con el hambre, con los vientos y con



las enfermedades. El cortísimo número de vasos que pudieron resistir á tal conjunto de desgracias entró en los puertos de España en tan lamentable estado, que nadie pudo ménos de consternarse; y solo el rey Don Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, sin hacer otra demostracion de sentimiento cuando recibió el aviso, que decir á sangre fria : « Yo no los envié á combatir con las tempestades, sino con los ingleses. »

Orgullosa Isabel con esta especie de victoria, que debia únicamente á una feliz casualidad, espidió contra las costas de Galicia y Portugal una escuadra de setenta naves al mando del temible Drake, quien con efecto desembarcó en el puerto de la Coruña; saqueó los arrabales, y asaltó la plaza; pero fué rechazado por el paisanage con notable bizarría, disputándose la gloria del combate los muchachos y aun las mugeres, que tambien pelearon con el mayor denuedo. Una de estas, llamada Mayor Fernandez de Pita, despues de haber hecho prodigios de valor al lado de su marido, léjos de acobardarse al verle caer muerto de un bote de lanza, arremetió con la suya á un alférez ingles, que subia por la muralla, y arrancándole la bandera, le tendió á sus pies. Precisos los ingleses á ganar el mar con pérdida considerable, hicieron contra Lisboa igual tentativa, aunque tambien sin fruto; pero siete años despues, en el de 1596, volvieron con mayores fuerzas sobre Cádiz, la saquearon, y se restituyeron á Inglaterra con ricos despojos. Mandó Felipe II aprestar ochenta naves para volverles la visita; pero tambien esta escuadra esperimentó igual calamidad que la antecedente, siendo dos veces deshecha por los temporales que la acometieron en las costas de Galicia : de suerte, que á pesar de la diligencia y exorbitantes gastos con que el rey procuró tener su marina en un pie respetable, no pudo impedir que la inglesa saquease sus flotas, y destruyese con incesantes correrías muchas de sus posesiones en Europa y América.

Pero en fin, si la fatalidad casi inseparable de sus expediciones marítimas no le permitió tomar una satisfaccion completa de los agravios de Isabel, su destreza política y sus ejércitos hicieron conocer á la Francia, que debia haber respetado mas á un enemigo tan poderoso por sus recursos, por sus fuerzas y por sus riquezas. Despedazada aquella nacion, y víctima de las violentas conmociones que en tiempo de Enrique III suscitaron los enconados partidos de católicos y protestantes, el oro de Felipe, esparcido mañosamente y con secreto, mantuvo la division, y contribuyó quizá no poco á la formacion de aquella famosa liga católica, que en 1589 abortó al fanático asesino del infeliz Enrique.

1589.

Estinguida por muerte de este la línea de los Valois, se trasfirieron los derechos á la corona en Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre real, y rey de la Navarra baja; pero

Enrique hacia pública profesion del calvinismo, y los coligados, ó por mejor decir, su cabeza la casa de Guisa, que con el celo por la religion enmascaraba sus ambiciosos proyectos, halló en esta circunstancia un pretesto para alejarle de un trono, que ya consideraba como despojo suyo. Vióse pues el jóven monarca en la necesidad de hacer valer con las armas sus derechos; y despues de dos gloriosas victorias, marchó contra Paris al frente de un ejército, sino muy numeroso, al ménos bien disciplinado y aguerrido. Los coligados, cuyo jefe era entónces el duque de Mayenne, recurrieron á la proteccion de Felipe II, que constante en su sistema, y formando el proyecto de poner sobre el trono de Francia á su hija Isabel Clara, les proporcionó ausilios de tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de Bretaña, por la de Languedoc, por la de Picardía, y por la del Delfinado. El duque de Parma Alejandro Farnesio abandonó de órden del rey el gobierno de los Países Bajos para acudir al socorro de la liga, en ocasion en que era muy necesaria su presencia en aquellos estados. Enrique IV, precisado por el duque á levantar el sitio que tenia puesto á la ciudad de Paris, y poco despues el que puso á la de Ruan, procuró empeñar á Farnesio en una accion decisiva; pero este hábil general, que habia logrado su objeto, evitó prudentemente el combate, y se retiró á Flandes, dejando admirado á su enemigo de sus talentos militares. Por otra parte el duque de Saboya, sobrino de Felipe, intentó invadir el Delfinado y la Provenza; y si los generales de Enrique salvaron el Delfinado, no pudieron evitar que la Provenza le recibiese con los trasportes de la mayor alegría. Por último, Enrique, deseando poner fin á una guerra civil tan desastrada, y para quitar á los confederados católicos todo pretesto de oponerse á su exaltacion al trono, abjuró el calvinismo; y reconciliado con la Iglesia, no pudieron sus vasallos negarse á reconocerle por su legítimo soberano. Entónces resentido de la proteccion que España habia dispensado, y continuaba dispensando á la liga, sin embargo de verla en decadencia, declaró formalmente la guerra á Felipe II, y se apoderó de la plaza de Fera. El archiduque Alberto, que por fallecimiento del duque de Parma habia sucedido en el gobierno de los Países Bajos, conquistó á Calais y otros pueblos, y ocupó por sorpresa la ciudad de Amiens; pero Enrique IV marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió, á pesar de haberla socorrido el archiduque.

Fueron tan varios y poco decisivos los sucesos de esta guerra, que Felipe II, cuyo espíritu se habia considerablemente debilitado por los años, el continuo trabajo del gabinete y sus dolencias habituales, llegó por fin á cansarse de esponder sumas enormes sin considerable utilidad. Persuadido por otra parte de que se aproximaba el término de sus dias, y de que habiendo de sucederle su hijo Don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dejar pen-



1598. diente la enemistad con un competidor tan aguerrido como Enrique IV, concluyó la paz con este monarca en 1598.

A pocos dias de publicada se le agravó la gota, que ya le aquejaba gravemente, y falleció en el Escorial á los setenta y un años de edad, y cuarenta y dos de reinado, en 13 de setiembre del mismo año. En medio de que su genio demasíadamente severo infundia en sus vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias ó inadvertencias á que estan espuestos los mas sagaces políticos, padeció en su tiempo la monarquía española desmedros considerables : sus vastos talentos, su aplicacion infatigable al despacho de los negocios, su profundo conocimiento de los hombres, su heróica firmeza en medio de los infortunios, su liberalidad en premiar á los sabios, su piedad y celo religioso hicieron bien sensible su pérdida. A su pródigo esmero en fundar establecimientos útiles, se debe la erección del archivo general de Simancas, de la universidad y colegios de Douai en Flandes, el aumento y dotacion de las escuelas de Lovaina, sin contar los templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Se conserva tambien en las islas Filipinas, que descubiertas por Magallanes en los primeros años del reinado de Carlos V recibieron este nombre por haber sido conquistadas en su tiempo, como lo fueron igualmente el Nuevo Méjico, y otras regiones en la América.

La triste suerte de su hijo el príncipe Don Carlos, habido en su primera muger, ha dado motivo á discurrir bastante y con mucha variedad sobre las causas de su desgracia. La circunstancia de haberle estado prometida en matrimonio la princesa Doña Isabel de Valois ó de la Paz, que despues casó con el padre, ha servido á algunos de fundamento para forjar una especie de novela, suponiendo en el príncipe una violenta pasion á su madrastra, y en el padre unos furiosos zelos, que haciéndole sofocar los sentimientos de la naturaleza, le determinaron á un horrible parricidio; pero temiendo, añaden, las consecuencias de la impresion que produciria en el reino atentado semejante, tuvo bastante destreza para deslumbrar á la multitud, con noticias mañosamente esparcidas de que habia maquinado contra la vida de su padre, de que ideaba fomentar la insurreccion de los Países Bajos, de que aborrecia al tribunal de la inquisicion; y habiendo por este medio conseguido cargarle del odio y del desprecio general, procedió contra él como contra un verdadero delincuente, aprisionándole, y sacrificándole á su furor por medio de un veneno. Otros aseguran que solamente la reprehensible conducta de Don Carlos, su orgullo y su genio discolo é irreducible, obligaron á Don Felipe á asegurarse de su persona, no tanto por castigarle como por corregirle; y que habiendo el príncipe contraído desde entónces cierta especie de demencia, que le precipitó en mil estravagancias perniciosas á su salud, murió de

resultas en 1568 á los siete meses de prision. Resulta por consiguiente que aunque todos convienen en el hecho, cada uno le explica segun su inclinacion y modo de aprender; y siendo hoy tan desconocidas como siempre las verdaderas y legítimas causas que precisaron á Don Felipe á tan extraordinaria resolucion, nos parece preferible dejarla oculta bajo el misterioso velo que se corrió sobre ella, por no esponernos á examinarla por medio de conjeturas odiosas, y acaso muy distantes de la verdad.

La prision del célebre secretario de estado Antonio Perez fué tambien uno de los sucesos cuya causa ha parecido algo problemática, y en que ciertamente no es ménos difícil defender á Felipe II del concepto que le dan sus enemigos. Nadie puede estrañar que un hombre grande incurra en debilidades; que se rinda á las gracias del bello sexo aquel que al parecer debia ser superior á todas las pasiones, y que sufra con impaciencia un competidor; pero nunca podrá justificarse que aspire á deshacerse de él por medios inicuos y propios únicamente de las almas viles. Felipe II, este hombre singular, cuya severidad y entereza llenaban de terror á todos sus vasallos, no pudo resistir al atractivo de Doña Ana de Mendoza, viuda del príncipe de Eboli, que aunque privada de un ojo, era capaz con su talento de inspirar pasiones vehementes. Ella, á pesar de conocer cuan peligroso era dar rivales á Felipe, no pudo disimular el tierno cariño que la arrastraba hácia Antonio Perez, y labró incautamente su ruina. Estando Perez en el ministerio fué muy fácil suponerle delincuente. Por disposicion suya vinieron de Aragon ciertos asesinos, que sorprendiendo una noche á Juan de Escovedo, secretario de Don Juan de Austria, le pasaron á estocadas; y aunque hay bastantes fundamentos para creer que este asesinato se cometi6 de órden del rey, este hizo que recayese sobre Antonio Perez toda la odiosidad del crimen, le hizo prender, y hubiera acabado con su vida, si su muger Doña Juana Coello no le hubiera facilitado la evasion. Refugiado en Aragon, su patria, pretendió valerse de sus fueros para defenderse en justicia de cualquier delito que se le imputase; pero como esto hubiera podido dejar al rey en descubierta, se apresur6 este á impedir la publicacion de sucesos tan interesantes, acus6 á Perez de calvinista, y le entreg6 á la inquisicion. Es preciso confesar que no podia haber elegido mejor medio para deshacerse de él sin ruido; pero el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el secretario, se amotin6, rompi6 sus prisiones, y le proporcion6 huir á Francia, donde vivi6 pobre, pero con la reputacion que merecian sus talentos. Furioso el rey porque se le hubiese huido la víctima de las manos, esprimió toda su ira contra su muger é hijos, privándoles de los medios de subsistir; y esta animosidad y encono indican ciertamente un corazon apasionado y vengativo. Como quiera, continuando despues con el mayor ardor la conmo-



cion de los aragoneses, se vió el rey en la necesidad de valerse de las armas para contenerlos, y de castigar rigurosamente á los autores del tumulto, empezando por Don Juan de Lanuza, que á la sazón poseia la antigua y respetable dignidad de justicia mayor de Aragon, y habia hecho resistencia á las tropas reales. Así cayó bajo este golpe del poder aquella augusta magistratura que era como la egida de la libertad aragonesa.

A pesar de haber sido casado cuatro veces Felipe II, y de haber logrado bastante numerosa sucesion, á su muerte no dejó mas hijo que Felipe III, habido en su matrimonio con Doña Ana de Austria. Este le sucedió por consiguiente; y sin que parezca temeraria exageracion, puede decirse que con dificultad podia este jóven monarca haber subido al trono en circunstancias mas críticas. La España, esta soberbia monarquía, que con tanta gloria habia figurado al principio del siglo entre las demas potencias, é intimidado á la Europa con los vastos recursos de sus riquezas y de su poder, habia caminado con tal rapidez hácia su decadencia, que apenas conservaba ya vestigios de su antiguo esplendor. Sin dinero, sin poblacion, sin agricultura, sin comercio, sin industria... este era el lamentable aspecto que presentaba la España cuando empezó á reinar Felipe III; y por desgracia este príncipe era demasiado débil, y de capacidad bastante limitada para aplicar á tantos males un remedio activo, eficaz y atinado. Naturalmente pacífico y benigno, abandonó, es verdad, las destructoras empresas, que si coronaron de laureles á su padre y abuelo, costaron á la monarquía inmensos tesoros y arroyos de sangre; pero léjos de estirpar las demas causas de la decadencia de España, su indolencia genial contribuyó no poco á que tomasen considerable aumento. La pobreza del erario, y los atrasos de la real hacienda, obligaron á discurrir medios de subvenir á las urgentes necesidades del estado, y las personas á quienes Felipe III habia abandonado las riendas del gobierno tuvieron tan poca prevision, que adoptaron precisamente los que por solo ocurrir al presente apuro perpetuaron la miseria general. A una nacion empobrecida ya con exorbitantes imposiciones, se la recargó de nuevo con tributos sobre los comestibles y artículos de primera necesidad, que fué lo mismo que condenarla á todos los horrores del hambre. Se duplicó el valor de la moneda de vellon, con lo cual subió tambien un doble el precio de los géneros, y se dió ocasion á que los estrangeros introdujesen en cambio de la plata enormes cantidades de moneda de cobre fabricada por ellos. Por una consecuencia inmediata é inevitable, los campos, harto descuidados ya por falta de brazos, se convirtieron en eriales, quedaron desiertos los talleres, y fueron absolutamente abandonadas aquellas manufacturas, que aunque en cortísimo número y en situacion bien deplorable, habian podido salvarse de la ruina que les amenazaba; y como hay una íntima correspondencia

y reciproca accion entre la agricultura , la industria y el comercio, en un pais en que al paso que se multiplicaban las tropas hasta lo infinito, escaseaban las producciones de la tierra y de la industria manufacturante, era preciso que el comercio quedase entorpecido, y aun del todo aniquilado. De aquí habia de seguirse precisamente, que como las riquezas corren siempre á buscar los paises en que reina la industria , no entraban en España los tesoros del nuevo mundo, sino como de paso para las naciones estrangeras, y no dejaban en ella sino los vicios, la esterilidad y la miseria. La escasez de poblacion , que fué haciéndose cada vez mas sensible , se acrecentó tambien con disposiciones acaso muy justas , oportunas y ventajosas en otras circunstancias; pero en las actuales muy intempestivas y perniciosas, y con esto se aumentó la dificultad de reparar ni aun lentamente las fuerzas á un cuerpo tan debilitado. No hay duda en que es poco lisonjera esta pintura; pero tal resulta de la historia , y examinando políticamente el reinado de Felipe III, se ofrecen á cada paso mil motivos de deplorar tan lamentable situacion.

Si las prendas que caracterizan un buen rey se redujesen todas á la devota piedad , apénas podrá hallarse príncipe alguno que haya escedido á este monarca en el religioso celo y caritativa liberalidad en fundar monasterios y otras obras pias; pero por desgracia carecia de todas los demas. Demasiado débil para sostener sobre sus hombros el peso del gobierno, le descargó en su primer ministro el duque de Lerma , quien insuficiente para tan difícil cargo, le abandonó en su confidente Don Rodrigo Calderon, hombre oscuro y ambicioso, que de page del duque subió á la confianza del mismo rey. Con esto se dice que reinaron los favoritos; y como por lo comun nada puede esperarse de esta clase de hombres, ocupados esclusivamente de su interes particular, se comprende fácilmente que el espíritu de intriga seria el móvil de todas sus operaciones, y que la felicidad de los pueblos se hallaria absolutamente escluida de sus cálculos políticos. El duque de Uceda, hijo del primer ministro , jóven sagaz , muy fino, insinuante , y de un carácter propio para el trato de corte, fué colocado por su padre al lado del rey, con el objeto de que pudiese, en caso de necesidad, sucederle en el favor; y le instruyó tan bien en el modo de sacar partido de la debilidad del monarca , que sus progresos fueron sin duda superiores á los deseos de su padre. Su sobrino el conde de Lemos, mas propio para los negocios, fué destinado al lado del príncipe heredero, para que subiéndolo sobre el horizonte con el nuevo sol, vivificase en el nuevo reinado con sus benignas influencias el crédito del tio. Y finalmente, por no descuidar lo mas importante, el ministro dió al rey un confesor, de quien se creia seguro.

Cerrados por este medio todos los caminos, parecia que el duque de Lerma debia reposar tranquilamente á la sombra del favor



que consideraba perpetuamente asegurado en su familia; ¡pero cuán vanamente se lisonjean los hombres! El hijo llegó á sentirse de que su padre le destinase únicamente al papel de cortesano: el confesor advirtió que le seria mas ventajoso asegurar su plaza por medio del influjo de un ministro que le debiese á él su elevacion, que por la de un hombre de quien era hechura: solamente Lemos no quiso prestarse á la intriga de su primo contra su padre; pero aquellos supieron con sagacidad aprovecharse de la ocasion que les proporcionaban las conversaciones íntimas que solian tener con el rey, para hacer llegar á sus oídos las quejas del oprimido pueblo, y darle á conocer el deplorable estado de su reino. Desconceptuado el duque con Felipe, perdió inmediatamente su confianza, y no tardó mucho tiempo en recibir orden de retirarse del ministerio, y aun de la corte, con la sensible noticia de ver á su hijo ocupar su puesto, y al honrado Lemos comprendido en su desgracia y separado del príncipe. No se sabe hasta donde hubiera llegado la ingratitud del duque de Uceda respecto de su padre, si el duque de Lerma no hubiese puesto á cubierto su cabeza con un capelo, que pudo conseguir ántes de su desgracia; pero el golpe que quizá le amenazaba, cayó sobre el secretario de estado Don Rodrigo Calderon, entónces ya marques de Siete Iglesias y conde de la Oliva, cuyas grandes riquezas, orgullo y altivez, le habian proporcionado innumerables enemigos. Apénas quedó sin el apoyo del duque, empezaron á llover contra él las acusaciones, imputándole los crímenes mas atroces, como asesinatos cualificados, cohechos, sobornos, usurpaciones de la real hacienda, y dilapidaciones del erario, y aunque tuvo la fortuna de justificarse en la rigurosa causa que se le formó, y el rey por su parte le absolvió de otros doscientos cuarenta y cuatro cargas civiles que se le hacian, al mismo tiempo que del único homicidio en que no pudo desvanecer completamente los indicios, procuraron sus enemigos esparcir la voz de que así esta absolucion como la de los jueces que le juzgaron, se habian conseguido subrepticamente; y haciendo revivir las acusaciones y la causa, lograron que Calderon fuese rigurosamente preso, ínterin se sustanciaba de nuevo, y que se le sujetase á la dolorosa prueba del tormento para que confesase los delitos que se le atribuian, y negaba con la mayor constancia. Sin embargo el proceso no llegó á terminarse hasta el reinado de Felipe IV, en que la fatalidad de Calderon le proporcionó tambien, como ya veremos, un poderoso enemigo en el conde-duque de Olivares.

Felipe III, ó porque á pesar de su incapacidad no pudiese ménos de conocer, así que subió al trono, que en la situacion de las cosas la paz era el principal beneficio de que necesitaba la monarquía, ó porque así se lo persuadiese su carácter naturalmente pacífico, procuró desde luego convenirse con la Inglaterra, como lo con-

siguió en 1604, despues de haber fallecido la reina Isabel; y proponer á los holandeses una tregua, que 1604. aunque fuese algo costosa, suspendiese por lo ménos los crecidos sacrificios de sangre y de dinero que se hacian continuamente sin alguna ventaja en la guerra de los Países Bajos. Hacia tiempo que Mauricio de Nassau, hijo y sucesor del príncipe de Orange, puesto á la frente de aquellos intrépidos republicanos, sostenia sus esfuerzos y la gloria de su casa. Los sitios, los combates, las conquistas se multiplicaban y sucedian con el mismo empeño que á los principios; pero ninguna empresa mas memorable que el sitio de Ostende, ya por su duracion, ya por las acciones sangrientas á que dió lugar. Al cabo de tres años y tres meses de asedio, esta plaza, creida hasta entónces inespugnable, se rindió por fin á las armas españolas, mandadas por el archiduque Alberto y el marques de los Balbases Ambrosio Espínola; y aunque no puede disputarse á España la gloria de esta conquista, es preciso confesar que le fué sumamente costosa, ya por la gente que perdió, ya tambien porque ocupadas en este punto sus tropas, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no ménos importantes, de que se fué apoderando el enemigo. Amotinábanse frecuentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres: cada dia se iba haciendo mas sensible la imposibilidad de mantener en aquellos países ejército bastante numeroso para conservar siquiera lo que en ellos habia quedado á la España, ya que no para recobrar lo perdido; y entre tanto los holandeses, por medio de una economía, una frugalidad, actividad, esfuerzo é industria, dignos de admiracion, no solo se habian puesto en disposicion de mantener la independencia de su país, y de hacerle cada vez mas floreciente, sino de acometer fuera de él las mayores empresas. Sus flotas habian ya despojado de las Molucas en la India Oriental á los portugueses, ó mas bien á la España, cuya provincia era entónces Portugal; y aplicados al lucroso comercio y navegacion de ambas Indias, consiguieron tal arrogancia y poder, que Felipe III no pudo concluir las treguas deseadas hasta el año de 1609, y 1609. bajo las gravosas condiciones de reconocer á Holanda por república independiente, y de concederle el libre tráfico en Asia y en América. De este modo, de las diez y siete provincias que componian los Países Bajos, quedaron desmembradas siete de la casa de Austria, las mas pobres á la verdad; pero cuya union formó con el tiempo una de las mas ricas y poderosas repúblicas.

Con la misma idea pacífica procuró tambien consolidar la paz establecida ya con Francia por medio de dos recíprocos matrimonios, que se concertaron en el año de 1612, el uno del 1612. príncipe heredero Don Felipe con la princesa Isabel de Borbon, hija de Enrique IV, y el otro de su hija Doña Ana de Austria con Luis XIII, hijo del mismo Enrique. Esta Doña Ana



fué madre de Luis XIV ó el Grande, durante cuya menor edad gobernó el reino en calidad de regente con tal prudencia, tino y valor en medio de las turbulencias que le agitaron, que hizo su nombre célebre en la Europa; y en el dictámen de su hijo, que sin embargo de esta circunstancia era buen juez en la materia, mereció ser contada en el número de los mayores monarcas.

El mas memorable acontecimiento del reinado de Felipe III fué la espulsion de todos los moriscos que se hallaban establecidos en España: determinacion no ménos aplaudida por unos, que desaprobada por otros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. A la verdad, si únicamente se atiende á la obligacion, que nunca olvidó el rey Don Felipe, de conservar en toda su pureza la religion cristiana, á la adhesion que siempre conservaron los moriscos á ciertos ritos y supersticiosas prácticas de sus mayores, y á la necesidad de libertar á los dominios españoles de unos enemigos domésticos, muchas veces sublevados, y tenaces siempre en seguir tratos é inteligencias secretas con los mahometanos de Africa, y entónces tambien con los de Asia, no puede negarse á esta resolucion el carácter de justa; pero si por otra parte se considera la deplorable situacion en que se hallaba la España por falta de brazos y aun de recursos para la agricultura, las fábricas y el comercio, no faltará quien piense que sin llegar al extremo de una total espulsion, habia medios mas suaves para impedir que los moriscos fuesen perjudiciales á la religion y á la monarquía, sin privar á esta de mas de novecientos mil vasallos que habian de llevar consigo la industria, las riquezas y la abundancia. Sea como quiera, despues de un detenido exámen de estos inconvenientes, convino Don Felipe con la opinion de varios celosos magistrados; y en 11 de setiembre de 1609 fulminó el decreto de espulsion, que debia empezar por el reino de Valencia, permitiendo á los espatriados llevar consigo todos los bienes muebles que pudiesen conducir sobre sus personas. Al mismo tiempo se espidieron las órdenes correspondientes para facilitar naves que les condujesen á Africa, se publicaron edictos en todos los pueblos del reino en que habia moriscos establecidos, fijando las reglas que debian observar acerca de sus bienes los que hubiesen de salir, quienes podian quedarse, con qué condiciones, etc.; pero aquellos miserables, que se veian arrancados del pais que los vió nacer, y precisados á abandonar sus hogares, y los establecimientos que formaban sus riquezas, se abandonaron á la mas cruel desesperacion, y en los parages ásperos y fortificados, léjos de obedecer, tomaron las armas, y se pusieron en defensa. Las cumbres de los montes y los caminos se vieron al momento cubiertos de moriscos furiosos, corriendo á todas partes á pie, á caballo, con armas, ó sin ellas, para comunicar entre sí las noticias y acuerdos de los sublevados; pero finalmente, con aparentes señales de sumision, convinieron

en embarcarse, y de esta primera vez salieron mas de cuarenta mil personas.

Se advirtió sin embargo que casi todos eran mugeres, niños y viejos, y que por consiguiente quedaban los jóvenes en estado de llevar las armas; de suerte que llegó á temerse no hubiese sido su objeto poner en salvo sus familias, ocupando al mismo tiempo todas las naves que habian podido facilitarse para hacer alguna desesperada tentativa ínterin se preparaban otras, ó daban aquellas la vuelta. Con efecto, el suceso confirmó estos recelos, y todas las precauciones que se tomaron no bastaron á impedir que en el valle de Ayora y sus contornos se pusiesen sobre las armas innumerables moriscos, y que acaudillados por un moro muy rico y bastante esperto, llamado *Furigi*, se abandonasen á las mayores violencias y crueldades. Por todas partès cundió inmediatamente la insurreccion; los moriscos, que habitaban los pueblos de la marina, eligiendo por jefe á un molinero de Guadalest, por nombre *Milini*, recorrian las campiñas, las alquerías y las aldeas, saqueando, incendiando, y asolando cuanto hallaban por delante; se apoderaron de varias fortalezas; y atrincherados en la escabrosidad de los inespugnables montes del valle de Alahuar, desafiaban á las tropas de Felipe. No pudo pues evitarse el venir con ellos á las manos, sin embargo de las órdenes del rey á sus capitanes para que lo evitasen cuanto fuese posible; pero como los moriscos tenian mas ira que fuerzas, y se hallaban muy desprovistos de municiones, armas y comestibles, dieron por fin oídos á la suavidad con que se procuraba calmar sus ímpetus, como nacidos solo de un sentimiento natural, y poco á poco se fueron reduciendo al embarco; si bien no faltaron algunos tan desesperados, á quienes fué preciso arrojar á las naves con violencia, y otros que en trage de cristianos se refugiaron en Francia, ó se dispersaron por Cataluña y las Andalucías. Lo mas triste del suceso fué que aquellos miserables, transportados al Africa en el concepto de mahometanos, sufrieron la desgraciada suerte de caer en manos de los árabes, quienes considerándolos por su parte como cristianos, los fueron asesinando despues de despojarles de los infelices restos de sus antiguos bienes.

A pesar de la declarada propension de Don Felipe á la paz, no dejó tambien de empeñarse en algunas espediciones militares. La corte de Roma, gravemente ofendida de la república de Venecia por la publicacion de ciertas leyes opuestas á la disciplina eclesiástica, y por su teson en sostenerlas contra todos los esfuerzos del Vaticano, pidió auxilio al rey de España, y este inmediatamente puso sobre las armas, con increíbles espensas, un respetable ejército de treinta mil hombres, á las órdenes del conde de Fuentes, gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz de la Italia, y dejó compuestas sin efusion de sangre las diferencias entre Venecia y Roma. Igual auxilio proporcionó á la duquesa de



Mantua, cuyos estados, y principalmente el ducado de Monferrato, habia invadido injustamente el duque de Saboya, obligando al agresor á pedir la paz, y á restituir lo conquistado; y habiendo Federico, elector palatino, no solamente pretendido, sino logrado, mediante el favor de los protestantes, las coronas de Hungría y de Bohemia, en perjuicio de Ferdinando II, socorrió tambien Don Felipe á este con cuarenta y ocho mil hombres en varias ocasiones, contribuyendo mucho con tales ausilios á la victoria, que al fin quedó por los austriacos despues de una porfiada guerra de muchos años.

Por mar abatió repetidas veces la insolencia del turco, acreditando su conducta y valor varios ilustres caudillos, que en diversos encuentros destruyeron muchas galeras mahometanas, y ganaron ricas presas. El marques de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango y la de los Querquenes. Don Pedro Giron, duque de Osuna, se apoderó de Chircheli en las costas de Berbería; y por su disposicion, el famoso capitán Francisco Ribera, con cinco galeones y poco mas de mil arcabuceros, destruyó completamente una escuadra de cincuenta y cinco galeras, echando cuatro á pique, inutilizando treinta y dos, y poniendo en fuga las restantes. Don Octavio de Aragon, caudillo de no ménos esfuerzo, reportó en las aguas de Levante otra memorable victoria contra diez galeras enemigas, apresando seis, pasando á cuchillo cuatrocientos mahometanos, y haciendo seiscientos prisioneros á la vista de una numerosa escuadra, que llena de terror rehusó venir á las manos con tan formidable enemigo. En 1610 adquirió el rey Don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez; y cuatro años despues el brioso Don Luis Fajardo se apoderó á viva fuerza del de Marmora, cerca de Tanger. Finalmente, sus armas reconquistaron las Molucas, y derrotaron cerca de Filipinas á una escuadra holandesa, que se dirigia contra estas islas.

En 31 de marzo de 1621, á la vuelta de un viaje que hizo á Portugal, falleció Felipe III á los cuarenta y tres años de edad y veintitres de reinado, dejando la corona á su hijo Felipe IV, que á la sazón contaba diez y seis. Los primeros pasos del jóven monarca anunciaban ciertamente las mas bellas disposiciones, y prometian lisonjeras esperanzas de ver renacer el orden y la felicidad. Se puso en ejecucion cierta consulta, dirigida á su difunto padre por el consejo de Castilla, proponiendo varios prudentes medios de reparar y fomentar la poblacion del reino, de reformar ciertos abusos de la corte, y de moderar los exorbitantes gastos que agotaban el erario; y aun cuando estos arbitrios no fuesen suficientes por sí solos para reparar el sumo abatimiento del estado, como despues lo acreditó la esperiencia, se advirtieron por lo ménos en el nuevo soberano apreciables deseos de aplicar con

el mayor acierto un remedio á tan crecidos males. A poco tiempo todo mudó de aspecto, y el conde-duque de Olivares Don Gaspar de Guzman, que ántes de subir al tronó le habia servido de gentil-hombre, y adquirido sobre su corazon una estraordinaria influencia, llegó en breve á erigirse en dueño absoluto, le arrancó de las riendas del gobierno, y adormeciéndole en el seno de los placeres, aseguró por largo tiempo su dominacion. Incapaz de sufrir competidor, ni de partir la autoridad con nadie, desde luego removi6 del ministerio é hizo salir de la corte á su bienhechor el duque de Uceda; inmediatamente se vieron los principales puestos poblados de hechuras del nuevo ministro, y este parece que formó empeño de favorecer las quejas que podian desconceptuar á sus predecesores, y hacer aborrecible su gobierno. Don Rodrigo Calderon fué una de las víctimas de esta política; pues habiéndose activado la sustanciacion de su causa, y resultando convicto de un homicidio, fué sentenciado á la pena de muerte, que sufrió con tanto espíritu y resignacion, que escitó la compasion de los espectadores. Fué cosa bien notable, que sin embargo de que Don Rodrigo se habia conciliado durante su privanza infinitos enemigos, sin tener la precaucion de ganarse un solo amigo, no hubo testigo alguno que en su causa declarase voluntariamente, y sin necesidad de apremio.

Otra de las víctimas fué tambien Don Pedro Giron, duque de Osuna, aquel virey de Nápoles que en el reinado anterior se habia distinguido tan señaladamente contra los turcos de Levante. Ya en los últimos tiempos de Felipe III habia procurado la envidia amancillar la gloria de sus triunfos con la calumnia de que aspiraba á ceñirse la corona de Nápoles; y aunque tan infame acusacion no tenia otro fundamento que el ascendiente que le habian proporcionado sus victorias, bastó para llenar de desconfianza á aquel débil monarca, y que le hiciese regresar á España. Don Felipe III murió poco despues; pero los émulos de las gloriosas hazañas del duque redoblaron en el nuevo reinado sus esfuerzos, y manejaron con tal destreza la intriga, que sorprendido el jóven Felipe IV mandó prenderle en la fortaleza de la Alameda, pueblo del conde de Barajas. La variedad y poca constancia de las acusaciones fiscales, los escritos publicados en favor del duque, y aun los esparcidos contra él, apénas han dejado á la posteridad la menor duda sobre su inocencia; pero como siempre es mayor la envidia cuando son grandes los merecimientos, el duque de Osuna, semejante á los Gonzalos de Córdoba, Hernandos Cortés, y otros varones insignes, aunque desgraciados, ni aun tuvo el consuelo de que se le permitiese usar del recurso que no se niega al mas delincuente, del derecho de vindicar en juicio su opinion ultrajada: y despues de tres años de prisiones, disgustos y continuo padecer, se postró á la violencia de una hidrópesia, y murió con la amargura de ver la ingratitud con que se remuneraban sus servicios.



Finalmente por una consecuencia del principio de deslucir lo que otros han hecho por realzar lo que uno mismo hace, el conde-duque de Olivares, que atendida la situacion de la España, parece que debia haber procurado consolidar en lo posible el sistema pacífico adoptado por sus antecesores, y convertir únicamente su atencion á curar las heridas causadas por una viciosa política, desde luego se manifestó con disposiciones hostiles; y las potencias enemigas de la casa de Austria, la Francia principalmente, que por experiencia habian ya conocido no ser imposible contener los progresos de su engrandecimiento, no se descuidaron en admitir esta especie de desafío, suscitando á la España porfiadas y sangrientas guerras, ya por sí mismas, ya por medio de sus aliados. Seria tan molesto como ageno de nuestro propósito detenernos en referir menudamente todas las campañas que por entónces sostuvo la nacion en diversas provincias dentro y fuera de sus estados; pues como á un mismo tiempo ó sucesivamente dieron penosa ocupacion á las armas españolas Holanda, Flandes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de Africa, y las dos Indias, la simple narracion de cada uno de los hechos de estas empresas militares ocuparia una multitud de páginas sin otro fruto que dejar fastidiados á los lectores. Nos reduciremos por lo mismo á hacer mencion únicamente de aquellos sucesos que basten para formar idea de cuan funestas han sido estas guerras para España, y hacer observar que ninguna de ellas proporcionó, ni aun al vencedor, ventajas capaces de consolarle de los males que le produjo.

Apénas puso el pie en el trono Felipe IV espiraron las treguas que su padre habia ajustado con Holanda, y se volvió á las armas con el mismo empeño que anteriormente, continuando por ambas partes la porfía y el *encarnizamiento* hasta el año de 1648, en que se concluyó la paz de Munster. La fortuna se declaró tan varia, que aunque los españoles alcanzaron victorias sumamente gloriosas, no ménos las consiguieron tambien muy importantes los holandeses, así por tierra como por mar. Si el duque de Alba Don Fadrique de Toledo les derrotó una escuadra junto al estrecho de Gibraltar, ellos tuvieron la fortuna de maltratar las españolas en los mares de Nueva España y el Perú, y cerca de Calais, apresando tambien una rica flota portuguesa, procedente de China, en la ocasion en que se hallaba mas apurado el erario. Saquearon tambien la ciudad de Lima, recogiendo considerables despojos; tomaron algunas de las islas Antillas, y se hicieron dueños de la bahia de Todos Santos, de la ciudad de San Salvador, y de Pernambuco en el Brasil; bien que el mismo Don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones, de Guayaquil, Puerto Rico, y algunos otros puntos. Por otra parte, si el marques Ambrosio Espínola rindió á Juliers despues de cinco meses de bloqueo, se

desquitaron tambien aquellos resueltos republicanos con la conquista de otras plazas, y con la victoria que obtuvieron junto á Luxemburgo, subiendo desde entónces á tal grado su altivez y prosperidad, que rehusaron por largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España.

En las demas provincias del Pais Bajo se encendió igualmente la guerra con no ménos calor. Felipe II, deseoso de calmar las inquietudes de los flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un príncipe aleman, habia casado á su hija Isabel Clara con el archiduque Alberto, cediéndole en dote los Países Bajos, con la condicion de que volverian al dominio de España en defecto de herederos, ó en el de que estos abandonasen la religion católica. Aun cuando los holandeses todos en general hubiesen tenido ménos pasion por su libertad, el odio inestinguible que profesaban á los españoles, y el temor de volver á pasar bajo de su yugo, les hubieran hecho redoblar sus esfuerzos para impedirlo; y así es que habiendo con efecto muerto sin sucesion el archiduque en tiempo de Felipe IV reiteraron sus pretensiones los señores flamencos; y negándose á reconocer por gobernadora en nombre de aquel monarca, como señor de aquellos estados, á la infanta archiduquesa viuda, intentaron formar en ellos una república á imitacion de la de Holanda. Espínola, encargado de sujetarlos, llegó á forzar al cabo de diez meses de asedio la importante plaza de Breda; y el cardenal infante Don Fernando, hermano del rey, que despues de la archiduquesa gobernaba los Países Bajos, les venció en algunas batallas, y principalmente en la de Nortlinguen; pero no dejaron tambien ellos de ocupar algunos pueblos, y de apoderarse de Maestricht, siendo tanta la variedad de fortunas, que no pocas plazas se perdieron y ganaron por tres ó cuatro veces. En todos estos movimientos jugaba ocultamente la política de la Francia, manejada por el célebre cardenal de Richelieu, continuando el sistema de refrenar el poder de la casa de Austria, y principalmente porque esta diversion le era entónces muy oportuna para realizar sus planes sobre la Valtelina.

Esta pequeña provincia, situada en el pais de los Grisones, entre el Tirol y la Lombardía, en el ardor de una sublevacion contra su gobierno, habia pedido socorro á la España poniéndose bajo su proteccion; y como España no debia despreciar esta favorable casualidad que le abria una fácil comunicacion con sus estados de Alemania é Italia, ocupó la Valtelina, construyendo algunos fuertes para asegurar la posesion. Esto bastó para que se alarmasen algunas potencias italianas, enemigas de la España, como Venecia y el duque de Saboya, y para que la Francia protegiese sus demandas, exigiendo la evacuacion de la Valtelina, y su restitution á los grisones; pero finalmente, despues de varias contestaciones, se habia convenido el gobierno español en secuestrar en manos del papa



las plazas de aquella provincia, bajo cuyo concepto las mantenía Urbano VII cuando Richelieu subió á primer ministro de Luis XIII. Incapaz de condescender aquel intrépido político en un arbitrio medio, que suponía vergonzoso á la Francia, y perjudicial á sus intereses, desde luego se declaró contra el secuestro; y abandonando negociaciones lentas é infructuosas, de concierto con los venecianos y el duque de Saboya, envió contra la Valtelina un ejército, que desalojó á las guarniciones de Urbano; pero habiendo acudido España á su defensa, consiguió desalojar también al ejército combinado; y finalmente, después de varias vicisitudes en que los españoles supieron mantener la gloria adquirida, se dió fin á estas disensiones por medio de un tratado que se celebró en 1626, dejando á los grisonos dueños de la Valtelina, bajo la garantía de España y Francia.

Esta potencia, ocupada por entonces en la porfiada guerra con que perseguía á los hugonotes, hubo de suspender por algun tiempo sus intrigas; y España, desembarazada de tan temible adversario, pudo con mas facilidad concentrar su atención á los asuntos de Holanda. Quizá hubiera sido conveniente fomentar aquella diversion en Francia, por los mismos medios con que ella habia fomentado la de los Países Bajos; pero el conde-duque se contentó con enviar un aparente socorro de cuarenta velas en favor del ejército católico que sitiaba á la Rochela, con prevenciones, segun se dice, de que no entrase en accion. Luis XIII se apoderó por fin de la Rochela después de once meses de sitio; pero ántes de concluirse esta guerra se suscitó otra en Italia sobre la sucesion del ducado de Mantua, en que volvieron á medir sus armas las dos potencias rivales.

Por muerte del señor de aquel estado en 1627, <sup>1627.</sup> *cayeron todos sus derechos en Carlos Gonzaga, duque de Nevers, príncipe sumamente afecto á la Francia, y por lo mismo sospechoso á Felipe IV, quien desde luego se propuso estorbarle la posesion. El emperador de Alemania y el duque de Saboya, que tenían también sus razones para disputársela, reunieron sus fuerzas á las del monarca español; pero la Francia, tomando á su cargo la proteccion de su amigo, envió en su auxilio un respetable ejército, que conducido por el mismo Luis XIII, forzó gloriosamente el paso de Suza, invadió los estados del duque de Saboya, obligó á los españoles á levantar el sitio de Casal, deshizo en dos batallas á los austriacos; y si no pudo impedir que el ejército del emperador se apoderase de Mantua, y la saquease, logró finalmente en 1631 asegurar su herencia al duque de Nevers, obligando á España á ceder del empeño por acudir con sus fuerzas á otra necesidad mas urgente.*

<sup>1631.</sup> El elector de Tréveris habia provocado su indignacion, pres-  
tando á la Francia servicios muy perjudiciales á la casa de Austria,

que sin vergüenza no podia dejar impune esta conducta, ya por tomar satisfaccion de los agravios recibidos, ya por evitar que con el disimulo creciese su insolencia. Las tropas españolas invadieron las posesiones del electorado, se apoderaron de la capital, espeliendo á la guarnicion francesa, y prendieron al elector, que fué conducido á Bruselas. Demandó su libertad el rey de Francia; se le negó, y de aquí tomó pretesto Richelieu para declarar á España nueva guerra en 1635: guerra obstinada y sangrienta, que duró cerca de veinticinco años, y así acabó de consumir la poblacion y tesoros de España. 1635.

Unida Francia con Holanda, el ejército de ambas naciones ganó la famosa batalla de Avein en el pais de Lieja; pero aquí pararon todos sus progresos, porque las epidemias aniquilaron al frances: Holanda empezó á obrar con desaliento, temiendo no aspirase la Francia á engrandecerse á costa de su territorio; y finalmente, los flamencos subsistieron fieles á España porque eran respetados sus privilegios, como debieran haberlo sido ántes de las turbulencias. Por otra parte los españoles, mandados por el marques de Santa Cruz, ocuparon las islas de Santa Margarita, San Honorato, y otras enfrente de Tolon, y destruyeron á una escuadra francesa, que desembarcando en la playa de Valencia un crecido número de tropas, amenazaba á la ciudad; pero en cambio el duque de Rohan se hizo dueño de la Valtelina, arrojando á los austriacos que la ocupaban, y se mantuvo gloriosamente en ella con un puñado de gente.

Esta campaña fué seguida de otra mas funesta para la nación francesa. El cardenal infante, acompañado del duque de Lorena, penetró en Picardía con treinta mil hombres, pasó el Soma, se apoderó de Champelle, Chatelet, Corbie, Noyon y otras principales plazas á vista del ejército de Richelieu, al cual despues hizo pedazos, é intimidó á Paris; pero no supo aprovecharse de estas ventajas; y en vez de marchar directamente contra esta capital, sin darle tiempo de volver de la consternacion, repasó el Soma, y se restituyó á Flandes. Sin embargo, el de Lorena asoló la Borgoña: el almirante de Castilla penetró en Francia por San Juan de Luz, ocupando y saqueando los pueblós que encontraba al paso, y hubiera podido apoderarse de la Gascuña y la Guiena, si con su lentitud no hubiese dado lugar á que se fortificasen las plazas. Al mismo tiempo el marques de Leganés, arrojando á los franceses del Milanesado, hizo considerables estragos en los estados de Parma y Plasencia, cuyo soberano seguia el partido de la Francia: tomó á Alejandría de la Palla, á Villafranca y otras plazas, y se cubrió de gloria en el Piamonte, llegando despues á hacerse dueño de Brema, Verceli, y de cuanto le impedia acercarse á las puertas de Turin.

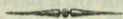
Mas afortunados los franceses en el año siguiente de 1637 reco-



braron, aunque con bastante sangre, las islas de Santa  
 1637. Margarita y San Honorato: conducidos por el general  
 Schomberg, obligaron á los españoles á levantar el sitio de Leucata  
 haciendo una carnicería horrible: se apoderaron igualmente de  
 Landrecies, Damvillers, Ivoi y la Chapelle, al mismo tiempo que los  
 holandeses reconquistaron á Breda; y el cardenal infante, exhausto  
 de tropas y dinero, no hizo poco en recobrar á Ivoi, apoderarse  
 de Roremunda, Vanloo y Maubeuge, desalojando á los franceses  
 de todas las orillas del Mosa. En la raya de España sitiaron estos á  
 Fuenterabía con un ejército formidable, é interceptaron y que-  
 maron doce bajeles, que conducian víveres y municiones á la plaza;  
 pero acudiendo en su socorro el almirante y el virey de Navarra  
 marques de los Velez, atacaron á los enemigos en sus mismas  
 trincheras, los arrollaron, y la guarnicion de la plaza, haciendo  
 al mismo tiempo una salida, completó la derrota. El príncipe de  
 Condé, que mandaba en esta espedicion las tropas francesas, quiso  
 despues reparar la pérdida y el desaire de su vencimiento, si-  
 tiando y tomando á Salsas en el Rosellon. Lo consiguió en efecto;  
 pero no tardó la plaza en volver á poder de los españoles, acau-  
 dillados por el conde de Santa Coloma y el marques de los Balbases.  
 Sin embargo, en los Países Bajos fueron tan rápidos y tan impor-  
 tantes los progresos de los franceses, que sucesivamente se apo-  
 deraron de Hesdin, Arras, Gravelingas, Courtrai, Dunkerque y  
 otras plazas de ménos consideracion.

Pero no nos detengamos en seguir las operaciones de una guerra  
 tan obstinada en que todas las potencias se debilitaban, tanto con  
 las victorias, como con las derrotas. La paz, siempre apetecible,  
 se hacia cada vez mas necesaria, sin que fuera posible dar un paso  
 hácia ella, porque cada uno de los beligerantes deseaba esclusiva-  
 mente sus ventajas particulares, poco compatibles con las de sus  
 aliados y las de sus enemigos, y no se hallaba ninguno todavía en  
 el estremo de sujetarse á condiciones vergonzosas. Solian entablarse  
 algunas negociaciones; pero al punto quedaban interrumpidas y  
 desbaratadas por el artificio. El cardenal de Richelieu principal-  
 mente, que deseaba prolongar la guerra, eludia sagazmente cual-  
 quiera proposicion pacífica, y sabia suscitar ó fomentar en el seno  
 mismo de las naciones enemigas peligrosas turbulencias, que ha-  
 ciendo su situacion mas crítica, las distrajesen ó debilitasen, ó las  
 obligasen á comprar la paz á cualquier precio. La España, víctima  
 de tan artificiosa política, vió encendida una funesta revolucion en  
 Nápoles, otra en Sicilia, otra en Cataluña, que por poco le ena-  
 gena esta industriosa provincia; y otra finalmente en Portugal,  
 que con efecto le robó tan rico y poderoso reino.

## LIBRO DÉCIMOTERCIO.



La imprudente obstinacion del conde-duque es causa de la sublevacion de Cataluña; escesos de los atumultuados de Barcelona; apuro del virey.—Fuga del virey, y su desgraciada muerte.—Toma la rebellion un carácter mas serio, estendiéndose por todo el principado; é imploran los catalanes la proteccion del rey de Francia. — La Cataluña se erige en república independiente; invasion del principado por el ejército real; disolucion de la república; es reconocido conde de Barcelona el rey de Francia.—Sangriento asalto del castillo de Monjuí; sitio de Lérida; progresos del ejército real.—Rendicion de Barcelona.—Insurrecciones de Nápoles y Sicilia.—Reduccion de los rebeldes napolitanos.—Rebellion de Portugal; sus causas.—Escesos del populacho portugues; aclamacion del duque de Braganza; espulsion de todos los castellanos.—Desgracia del conde-duque, y su separacion del ministerio.—Negociaciones de Westfalia; tratado del año 1648. — Niégase Don Felipe IV á ratificar el tratado de Munster; continuacion de la guerra con Francia.—Victorias de las armas españolas bajo las órdenes del gran Condé y de Don Juan de Austria.—Tratado de los Pirineos; sus principales artículos.—Invasion del reino de Portugal por las tropas castellanas; valerosa defensa de los Portugueses.—Intriga de la reina de Castilla para desconceptuar á Don Juan de Austria; el duque de Osuna es despojado del mando del ejército que tenia á su cargo; generosidad del duque.—Batalla de Villaviciosa; consolidacion de la soberanía de Portugal en la casa de Braganza.—Cárlos II; últimas disposiciones del rey difunto acerca de la tutela de su hijo, y el gobierno del reino; elevacion del padre Nithard.—Politica del padre confesor para desembarazarse de Don Juan de Austria.—Vilmente calumniado Don Juan toma las armas para vindicar su inocencia y marcha contra la corte.—Separacion del padre confesor.—Movimiento general del reino en favor del agraviado Don Juan.—Transaccion entre la reina y Don Juan.—Privanza de Don Fernando de Valenzuela.—Descontento de la nobleza; llega el rey á la mayor edad, y encomienda á Don Juan el ministerio; destierro de la reina y castigo de Valenzuela.—Reconocimiento de la independenciam de Portugal.—La ambicion de Luis XIV empeña á España en nueva guerra con Francia.—Victorias de los franceses en los Países Bajos; conquista del Franco Condado.—Paz de Aquisgran.—Liga contra Luis XIV; nueva guerra y nuevos triunfos de aquel monarca.—Tratado de Nimega; sublevacion de Mesina.—Liga de Ausburgo; destronacion del rey Jacobo II de Inglaterra.—Tratado de Riswick; política de Luis XIV; proyectos de repartimiento de la España para despues de la muerte de Cárlos II.—Protestas del rey; su irresolucion en el nombramiento de sucesor; intrigas y division de la corte. — Testamento de Cárlos II; el duque de Anjou es declarado inmediato sucesor. — Felipe V; niégase á reconocerle el emperador de Alemania.—La grande alianza; principio de la guerra de *sucesion*; sorpresa de Cremona.—Disturbios de Nápoles apaciguados con la presencia de Felipe V.—Batalla de Luzara; fidelidad de los gaditanos; desembarcan los aliados en Rota; saquean el Puerto de Santa María.—Batalla naval en las aguas de Vigo; pérdida de una rica flota. — Felipe V es abandonado por el portugues y el duque de Saboya.—Progresos de las armas españolas en Portugal. — Sorpresa de Gibraltar; cae en poder de los ingleses tan importante plaza. — Valerosa defensa de Ceuta; infructuosa tentativa del archiduque Cárlos en Cataluña; lealtad del virey. — Combate en las aguas de Málaga; batalla de Hochstedt á Bleinheim.

Cataluña era, entre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejasas de la duracion de la guerra, la que como



vecina á la raya de Francia habia experimentado mayores incomodidades por el frecuente paso de las tropas, y por los desórdenes que cometian. Indispuestos por otra parte los ánimos á consecuencia de la violacion de algunos de sus privilegios, y del ningun fruto que habian producido sus reclamaciones á la corte, se hallaban los catalanes demasiado propensos á tomar un violento partido, cuando en 1640 la imprudente dureza del conde-  
 1640. duque de Olivares puso colmo á su indignacion. Durante la guerra del Rosellon, el ejército castellano, que constaba de diez y ocho mil hombres, hubo de acantonarse en las fronteras de Francia para observar los movimientos del de Condé, que aun se mantenia en las inmediaciones de Carcasona, no solo amenazando, sino tambien haciendo correrías por el Rosellon y Cataluña. No hallándose en disposicion el erario para sostener allí tan crecido número de tropas, recurrió al medio espedito, pero nada suave, de imponer á los pueblos del principado la carga de abastecer de cuanto necesitasen á los soldados alojados en ellos. Cataluña, que ni por ley ni por costumbre se creia obligada á mas que á surtir de ciertos artículos á las tropas cuando transitasen, reclamó este contrafuero y gravámen, que principalmente recaia sobre la clase mas necesitada del pueblo; y llegando el rey á dudar de su licitud, para aquietar su conciencia, remitió el punto al exámen de una junta de teólogos y juristas, que no se detuvo en fallar que pues aquella tropa subsistia allí en defensa del principado, debia este mantenerla en un todo. En su consecuencia se espidieron nuevas órdenes al virey conde de Santa Coloma, á los gobernadores y demas ministros reales, para que de grado ó por fuerza obligasen á los pueblos á la manutencion del ejército; y la soldadesca, á la sombra del decreto, empezó á cometer tales insultos, que irritado el paisanage tomó no pocas veces una sangrienta satisfaccion. Estas escenas se repetian frecuentemente; pero el furor de los catalanes creció sobremanera al ver encarceladas algunas personas de respeto por defender sus privilegios; é intimidados los ministros reales, sin duda hubieran suavizado el rigor de sus procedimientos, á no hallarse repetidamente estrechados por el ministerio con órdenes, conminaciones y castigos, á no ceder en lo mas mínimo. Semejante conducta solo sirvió para empeorar las cosas, y extinguir hasta la esperanza de aplacar aquellos espíritus alterados.

Se dejaron ver en Barcelona varias cuadrillas de labradores de los pueblos comarcanos, armados, resueltos y precedidos de un crucifijo, apellidando la defensa y venganza de la religion atropellada por los soldados castellanos, que sacrilegamente saqueaban los templos; pero contentándose con forzar la cárcel pública y dar libertad á los presos, se retiraron luego de la ciudad á persuasiones de algunos obispos y prelados respetables. Sin embargo esto no fué mas que un amago,

A pocos dias, y con pretexto de asistir á la festividad del Corpus, bajaron á Barcelona hasta quinientos segadores de la montaña, bien pertrechados de armas ocultas, y dispuestos sin duda para cualquier acontecimiento : pues apénas fué uno de ellos reconocido por un ministro de justicia se pusieron todos los demas en defensa, empezaron á hacer fuego al palacio del virey, le incendiaron; y acometiendo á los ministros reales ya en sus casas, ya en las calles, hicieron una carnicería horrible, y saquearon sus habitaciones. Ni las persuasiones de los obispos, ni las del respetable clero eran bastantes á calmar aquella gente enfurecida; y cuando á fuerza de trabajo y con sumo peligro habian conseguido estraer de la ciudad algunas cuadrillas, los criados del marques de Villafranca, general de las galeras reales, viendo pasar por delante del palacio de su amo un peloton de sediciosos que iba á reunirse con los primeros, y creyendo que su objeto era incendiar y saquear la casa, hicieron fuego, aunque sin bala, para ahuyentarlos. Esta imprudencia renovó la furia de los atumultuados, creciendo prodigiosamente su número; y con el rumor de que habian muerto á algunos de sus *consellers*, se puso en movimiento toda la ciudad. El virey intimidado y sin saber qué partido tomar, pensó salvar su vida huyendo en una galera que acababa de llegar al puerto; pero los amotinados hicieron varias descargas sobre el esquife que arrojaban de ella, y con la artillería del castillo de Monjuí, de que se habian apoderado, la obligaron á largarse mar adentro. Entónces viéndolos dispuestos á asaltar el arsenal, trató de ponerse en salvo con algunos caballeros y criados que le acompañaban, arrojándose al campo, y ganando la galera que se habia refugiado detras de la montaña de Monjuí. Consiguió efectivamente lo primero; pero no permitiéndole su corpulencia caminar con celeridad por entre aquellos riscos, hubo de quedarse muy zaguero con solo un criado que no quiso abandonarle; y el susto, la agitacion, el cansancio y la falta de alimento le ocasionaron un deliquio mortal. Rociando estaba con agua del mar el afligido doméstico el rostro de su amo, cuando sobre la cima de un ribazo se dejaron ver algunos atumultuados haciendo fuego; y queriendo aquel leal criado salvar la vida de su señor, aun á costa de la suya propia, se interpuso y recibió varias heridas; pero no pudo impedir que bajando aquellos hombres furiosos esgrimiesen toda su cólera en el desgraciado virey, pasándole á estocadas.

Entre tanto los que habian quedado en la ciudad saquearon el palacio de Villafranca, y asesinando á varios de sus criados, ejecutaron crueldades inauditas contra los oficiales reales; en una palabra, se abandonaron á todos los desórdenes de un populacho desenfrenado; y no hubiera podido conseguirse arrojarlos de la ciudad, si la voz mañosamente esparcida de que las tropas castellanas estaban en el Rosellon oprimiendo algunos de sus pueblos,



no les hubiese hecho tomar la determinacion de partir en su defensa. Sin embargo, al cabo de los dias que se detuvieron por aquellos contornos, robando y asolando campiñas y alquerías, se retiraron á sus casas á gozar tranquilamente del fruto de sus latrocinios.

Este suceso, que en realidad no pasa de un movimiento popular, en que no tomaban parte sino cierto número de gentes, no habria tenido seguramente consecuencias, si el conde-duque de Olivares se hubiera manejado con la circunspeccion que exigian las circunstancias; pero se obstinó en hacerse obedecer, y la sublevacion, que empezó por venganzas particulares de los insultos de unos soldados, se convirtió en formal insurreccion de todo el principado, y acabó por una sangrienta guerra contra el monarca. Descontentados sin embargo los catalanes de poder sostenerse en el empeño sin el auxilio de un príncipe poderoso, despacharon embajadores á Luis XIII, rey de Francia, para que reconociéndolos por vasallos, les dispensase su proteccion; y Richelieu, que no desperdiciaba ocasion de humillar á España, no solamente los recibió con agrado, sino que en nombre de su amo los colmó de las mas lisonjeras esperanzas. Pero como la lentitud con que se manejó esta negociacion diese lugar á que el nuevo virey, marques de los Velez, entrase en el principado á la frente de un lucido ejército, se vió Cataluña en la necesidad de librar en sus propias fuerzas la defensa, y tomó la resolucion de erigirse en república independiente.

El marques, despues de reducir con bastante trabajo un gran número de pueblos á la obediencia de Felipe, se encaminó á Barcelona, centro y móvil de la sublevacion; y convencidos entónces los catalanes de la dificultad de oponer una grande resistencia, acordaron disolver la naciente república, y reconocer conde de Barcelona al rey de Francia con las condiciones, entre otras muchas, de que habia de respetar sus fueros y privilegios, de que no habia de imponerles nuevos tributos, y de que no confiaria el gobierno de las plazas sino á naturales del pais. Acuerdo semejante estinguió toda esperanza de reconciliacion; y el marques, desengañado de la inutilidad de las gestiones amistosas con que se habia lisonjeado de reducirles, se creyó en el caso de valerse del rigor; pero no hallándose con fuerzas suficientes para emprender un dilatado sitio, intentó apoderarse por asalto de la fortaleza de Monjuí para dominar desde ella á la ciudad. La accion fué de las mas vivas y sangrientas por ambas partes; pero al fin, despues de seis horas de obstinado combate, logró la guarnicion rechazar con grande pérdida al ejército castellano, y obligó al marques á abandonar la empresa, retirándose á Tarragona.

Animados los catalanes con este primer triunfo, y enrobustecidos con los auxilios que por mar y tierra se les enviaron de Francia, se creyeron superiores á todos los esfuerzos del gobierno español.

Siguióse la guerra con variedad de acontecimientos, ya prósperos, ya adversos por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques reñidísimos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos ejércitos. El mismo rey Don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente, rindiendo la ciudad que los franceses intentaron recobrar, aunque en vano. Perdieron tambien á Balaguer; y si ganaron á Rosas, plaza de grande importancia por facilitar la comunicacion entre el Rosellon y Cataluña, el ejército castellano les desalojó de Tortosa, pasando despues á bloquear á Barcelona, que á pesar de su porfiada resistencia, hubo de entregarse en 1652 á los valerosos caudillos marques de Mortara y Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, é igual así en esta circunstancia como en el nombre y en la profesion militar al otro Don Juan, hijo de Carlos V. Espelió de allí este general á los franceses, desbarató sus tropas cerca de Gerona, libertándola del sitio que sufría; y pacificada la provincia, que ya anteriormente habia dado muestras de sufrir con impaciencia el yugo de su nuevo conde, y deseaba restituirse á su antiguo señor, se concedió indulto á los descontentos, castigando únicamente á los mas culpados. Sin embargo al año siguiente no faltaron algunos catalanes que promoviesen otra nueva insurreccion, y los franceses que los auxiliaban se hicieron dueños de Castelló, Rosas, Puigcerdá, Vique, Solsona y otras plazas; pero Don Juan de Austria, con fuerzas inferiores, atajó oportunamente sus progresos, y por el tratado de los Pirineos, ajustado en 1659, se restituyeron á la corona de Castilla las pocas poblaciones que habian quedado á la Francia en Cataluña.

Como el mal ejemplo se propaga á la manera de pernicioso contagio, á la sublevacion de Cataluña se siguieron inmediatamente las de Nápoles y Sicilia, que no fueron ménos peligrosas. Un calderero de Palermo que de repente se erigió en jefe de tumulto, seguido de una multitud desenfrenada, se abandonó á las mayores atrocidades; y la Sicilia entera, á escepcion de Mesina, imitó los furores del populacho de Palermo. El mismo papel representó en Nápoles un pescador llamado Tomas Aniello; bajo sus órdenes fueron asesinados todos los dependientes de rentas reales, que eran el blanco de la ojeriza del pueblo, se ejecutaron infinitos latrocinios, y se cometieron violencias inauditas; pero él tambien fué víctima de la furia de los amotinados. Le sucedió un noble, que pereció igualmente; se eligió un tercer jefe, y habiéndose adoptado su proyecto de establecer una república bajo la proteccion de la Francia, convidaron con su presidencia al duque de Guisa, que como descendiente de los antiguos reyes de Nápoles de la casa de Anjou, se creia con algunos derechos á este reino. El duque, ambicioso y precipitado, admitió sin reparar inconvenientes; partió al momento de Roma, donde se hallaba á la sazón, atravesó una



escuadra española, y por entre mil peligros llegó casi solo á Nápoles, donde fué recibido con el mayor júbilo del pueblo, que le confirió al punto el título de dux.

La Francia favorecía esta empresa, como era natural, y envió en auxilio del duque una poderosa escuadra; pero ántes de mucho el virey duque de Arcos y Don Juan de Austria, sostenidos por la nobleza napolitana, no solo aplacaron la sedicion, castigando rigurosamente á un gran número de rebeldes, sino que hicieron prisionero al de Guisa, que enviado á España permaneció custodiado en el alcázar de Segovia, hasta que en 1652 obtuvo libertad el príncipe de Condé. A pesar de todo, aquel pueblo, naturalmente sedicioso, ofreció despues al mismo Don Juan de Austria la corona de aquellos reinos; si bien él guardando la debida fidelidad al rey su padre, no solo desechó la propuesta, sino que empleó todo su esmero en restablecer el orden y la tranquilidad.

Harto mas graves y sensibles para la monarquía española fueron las consecuencias de la sublevacion de Portugal, aunque las causas que motivaron ambos sucesos no se diferenciaron mucho. Hacia ya largo tiempo que los portugueses, fatigados de guerras tan prolijas, sentidos de las considerables pérdidas que habian sufrido con este motivo en la India oriental, y sobre todo trasportados del odio á la dominacion castellana, que les caracterizó siempre, meditaban en secreto sacudir una dependencia, que á su parecer les humillaba, cuando en 1640 una órden del conde-duque para que gran parte de la nobleza y crecido número de tropas nacionales marchasen contra Cataluña, acabó de indisponer los corazones, y maduró la conspiracion que se habia tramado en Lisboa con impenetrable sigilo para colocar sobre el trono portugues al duque de Braganza, emparentado con los reyes de Portugal anteriores á los austriacos. El pueblo, fácilmente conmovido por los conjurados, tomó de repente las armas, asesinó al secretario Miguel de Vasconcelos, que manejaba despóticamente los negocios, arrojándole por una ventana de palacio, desarmó las guardias de la vireina duquesa viuda de Mantua, la aprisionó, y proclamó rey al duque con el nombre de Juan IV. Francia y Holanda, en fuerza de la alianza que con él trataron, le socorrieron inmediatamente; la insurreccion se propagó con rapidez por las ciudades, las villas y las aldeas; las plazas casi indefensas abrieron sus puertas al nuevo soberano; los castellanos fueron arrojados ignominiosamente del reino; y entre tanto España, empeñada en sosegar las alteraciones de Cataluña, y en oponerse á las armas francesas agolpadas hácia los Pirineos, dió lugar á que la autoridad del duque fuese reconocida no solo en Portugal y los Algarbes, sino tambien en el Brasil y en la India.

Felipe IV, entregado esclusivamente á las costosas diversiones con que le tenia distraido el conde-duque, y que absorbían los es-

casos recursos del erario, ignoraba todavía este suceso, cuando por toda Europa resonaba la noticia de tan considerable novedad; pero siendo finalmente necesario darle parte de ella, y no atreviéndose nadie: « Señor, le dijo su privado Olivares, el duque de Braganza ha hecho la locura de coronarse rey de Portugal; pero ella le proporciona á V. M. una confiscacion de doce millones. — Pues bien, respondió sin alterarse el indolente monarca, que se ponga remedio; » y continuó sus diversiones. Sin embargo, este acontecimiento acabó de desconceptuar al conde-duque, ya sobradamente desacreditado por su mala administracion, y cuyo carácter despótico é intolerante se señalaba como causa de todos los males que afligian al reino. Todo el mundo clamaba por su remocion; los grandes se retiraban de la corte; el pueblo triste y silencioso no daba ya aquellas señales de afecto, acostumbradas cuando el rey aparecia en público; pero nadie osaba rasgar el velo que le ocultaba los desaciertos de su favorito. La reina rompió finalmente la valla, haciendo ver á su esposo que todas las desgracias de la monarquía no tenian otro origen que la política romancesca de Olivares; su aya, por otra parte, arrojándose á sus pies, le pintó la miseria de los pueblos con tan vivos colores, que ya no le fué posible resistir mucho tiempo á sus instancias; pero sin resolucion bastante para intimar al conde la separacion, aguardó á que él, noticioso de la poderosa tempestad que se fraguaba contra su privanza, solicitase su retiro. A esto se redujo toda su desgracia; y á vista del afecto, que sin embargo le conservó el monarca, no falta quien diga que sin duda hubiera sido restablecido en el ministerio, si en una memoria que publicó no hubiese chocado con la reina y otras personas, á quienes por lo mismo interesó en perpetuar su separacion.

Miéntras se hallaba España embarazada con las revoluciones de Cataluña y Portugal, fallecieron Richelieu y Luis XIII; y como la menor edad del nuevo soberano de Francia ofrecia al parecer una ocasion favorable de conseguir importantes victorias, los tercios españoles que militaban en los Países Bajos penetraron en Champagne á las órdenes del conde de Fuentes, y sitiaron á Roeroi, esparciendo el terror por toda la comarca; pero acudiendo inmediatamente á la defensa el jóven duque de Enghien, hijo del príncipe de Condé, los atacó, los hizo pedazos, y los obligó á regresar á Flandes. Sin embargo, las potencias beligerantes, cansadas de sostener tan prolija y dispendiosa guerra sin conocida ventaja, empezaban á abrir los ojos sobre sus verdaderos intereses. Ya se negociaba en Westfalia desde el año de 1644 para el ajuste de una paz general; pero como era preciso conciliar mil derechos ó pretensiones, guardar infinitos respetos, dejar á todas las potencias satisfechas, ó á lo ménos reunir las en un solo sistema de pacificacion; y esta era una empresa de las mas difíciles, las negociaciones se hacian interminables. Entre tanto continuaban las hostilidades,



los acontecimientos prósperos ó adversos de la guerra hacian continuamente variar de plan á los interesados; y la política falaz, introducida en Europa desde el siglo xv, ponía diestramente en movimiento todos sus resortes. Sin embargo, Felipe IV llegó finalmente en 1648 á concluir la paz con las Provincias Unidas, reconociendo su independencia, y abandonándoles todas sus conquistas; pues aunque esta república, segun sus tratados, no debia entrar en composicion sin contar con la Francia, á la cual tenia grandes obligaciones, en política el interes ó la necesidad actual parece que merecen mas atencion que pasados servicios; y como la primera ley de todo estado es la propia conservacion, todas las naciones se consideran libres de sus obligaciones desde el momento en que estas no se conforman con el bien del estado. La Holanda empezaba á temer á la Francia mas que á la España: obtenia de esta cuanto podia desear: no quiso pues contribuir á un engrandecimiento escesivo de aquella.

En este tiempo llegaban ya á su término las operaciones del congreso de Westfalia, y á fines del mismo año se firmó en Munster el famoso tratado que fijó la suerte del imperio germánico, de la Francia, y de las demas potencias beligerantes; pero gravemente perjudicado en él Felipe IV, se negó á prestar su consentimiento; y á pesar de verse solo, y de hallarse la España en el mayor apuro, continuó con ardimiento la guerra contra Francia. Las turbulencias, que á la sazón agitaban este reino, fueron tan favorables á las armas españolas, que se hicieron respetar en Italia, en Flandes, en el Rosellon y en Cataluña. El duque de Enghien, ya príncipe de Condé, aquel caudillo tan célebre por las insignes victorias que le grangearon el nombre de *grande*, perseguido por la faccion del cardenal Mazarini, sucesor de Richelieu, pasó al servicio de España; y uniendo sus talentos militares á los de Don Juan de Austria, contribuyó no poco á abatir en tantas y tan señaladas ocasiones á los franceses, que los hubiera reducido al mayor apuro, si á su pericia é intrepidez no se hubiera opuesto un digno competidor como el mariscal de Turena. En tales circunstancias pidió Mazarini la paz á Felipe IV, proponiendo el matrimonio de la infanta Dona María Teresa con Luis XIV; y como Don Felipe se hallaba sin descendencia masculina, desechó la propuesta, destinando su hija al archiduque Leopoldo; pero habiéndole nacido despues un hijo en ocasion en que sufrían sus armas considerables descalabros en Flandes y en Italia, no subsistiendo ya el fundamento de la repulsa, y haciéndose la guerra cada vez mas insoportable, accedió á las proposiciones pacíficas con que aun se le brindaba por parte de la Francia, prometió la infanta al jóven Luis; y en 1659 se entablaron las negociaciones en la isleta de los Faisanes, que forma el rio Bidasoa en las fronteras de ambos reinos. En ellas apuró Mazarini todos los recursos de su destreza

política; pero Don Luis de Haro, sobrino y sucesor del conde-duque en el ministerio, y plenipotenciario autorizado para estas conferencias, conociendo que se intentaba alucinarle, tomó el partido de oponer la lentitud que sugiere la desconfianza. Solo el ceremonial ocupó una infinidad de tiempo, como si se tratase de arreglar etiquetas, y no de pacificar estados; pero por fin, á pesar de la sagacidad de Mazarini, despues de tres meses de sesiones, pudo concluir el ministro español una paz que, aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. Este famoso tratado, conocido generalmente por *de los Pirineos*, á causa de que en él se señalaron estos montes como línea divisoria de los limites de ambas potencias, consta de ciento veinticuatro artículos, siendo de los mas principales la capitulacion matrimonial de la infanta bajo la renuncia de los derechos que en cualquier tiempo pudiera tener á la corona de España. Renuncia que todos preveian seria infructuosa si llegaba el caso de la sucesion, y que efectivamente tuvo grandes consecuencias, como veremos luego. Los demas tienen por objeto determinar las plazas, que en Flandes y en los Países Bajos habian de quedar adjudicadas á la Francia, y cuales á España; ceder á aquella el Rosellon y demas dominios que esta poseia de la parte de allá de los Pirineos; asegurar á los catalanes el perdon de sus yerros, reintegrándoles en sus posesiones, empleos, honores y privilegios; privar á los portugueses de los ausilios que pudieran esperar del rey de Francia, etc.

Hasta que Felipe IV se desembarazó completamente de todos sus enemigos no pudo emplear con vigor sus fuerzas en reducir á Portugal, tratándole como provincia rebelde. Ya en 1656 habia fallecido Don Juan IV, y su viuda Doña Luisa de Guzman, señora de mucho talento, que durante la menor edad de su hijo Alonso VI gobernaba el estado con tanta prudencia como acierto, al ver los preparativos de Castilla, creyó preferible negociar un partido honesto, á esponerse á las consecuencias inciertas y siempre fatales de una guerra. Inexorable Felipe IV hizo marchar nuevas tropas, bajo las órdenes de Don Juan de Austria, á reforzar los tercios, que acaudillados por Don Luis de Haro habian ya anteriormente penetrado en la provincia de Alentejo, y envió al duque de Osuna para que con dos mil y ochocientos hombres invadiese al mismo tiempo las fronteras por la parte de Ciudad Rodrigo. Renováronse las hostilidades con ardor por una y otra parte; pero los portugueses hicieron ver entónces que la desesperacion suple muchas veces con ventaja por el valor. Ausiliados por los enemigos de la España, incluso los franceses, á pesar de todos los pactos estipulados, supieron oponer tal resistencia, que inutilizaron todos los esfuerzos de las tropas castellanas. Despues de varios combates reñidísimos pudo conseguir Don Juan de Austria apoderarse de



Evora, Estremoz y otras plazas; pero léjos de desalentar estos progresos á sus enemigos, estos le *derrotaron cerca de la misma villa* de Estremoz. Algo mas feliz el duque de Osuna logró con un puñado de gente desbaratar un cuerpo de doce mil hombres cerca de Valdelamula; pero habiendo puesto sitio á Castel Rodrigo, y reducido esta plaza á punto de capitular, hizo la guarnicion una salida inesperada, que forzando las líneas, dejó tendidos en el campo mas de mil y doscientos hombres.

En tan peligrosas circunstancias acabó una intriga de corte de completar la desgracia que perseguia á ambos ejércitos. El crédito que á Don Juan habian proporcionado sus hazañas en Cataluña, Flandes, y aun en Portugal, se hacia cada vez mas temible á la reina Doña Mariana de Austria, que previendo el caso del fallecimiento del rey, le consideraba como un competidor poderoso en la regencia del reino durante la menor edad del príncipe heredero. Interesada por consiguiente en deprimir su concepto, y poco escrupulosa en la eleccion de los medios, se valió de toda su influencia en la corte para impedir se le suministrasen los auxilios indispensables de dinero, tropas, víveres y municiones, sin los cuales era imposible que no se viese en la necesidad de recibir la ley que le quisiese imponer el enemigo. Quejóse Don Juan repetidas veces de la indiferencia con que se le abandonaba; pero sus quejas no llegaban á los oidos del rey, y viendo finalmente que no surtian efecto alguno, hizo dimision del mando, que recayó en el marques de Caracena, y se retiró á Consuegra en desgracia de su padre. El duque de Osuna, por otra parte, sujeto á igual abandono, se vió en la precision de sostener sus tropas á costa del pais conquistado; y esta conducta, que nada tiene de particular atendidas las circunstancias, se desfiguró ante el rey con el mas feo colorido, y sirvió de pretexto para quitarle el mando de su pequeño ejército. El duque, sin embargo, superior á todo resentimiento, y únicamente atento á defender el honor y los intereses de su patria, se alistó entre las tropas por soldado raso, ofreciéndose á servir en esta clase mejor que de general; pero el marques de Caracena se resistió á admitirle á pretexto de no tener orden de la corte, y diciéndole, que pues era soldado obedeciese á su jefe, y se retirase. Obedeció en efecto, y aquella accion generosa no consiguió otro premio que una dura prision, y una multa de cien mil ducados.

No se descuidaron los portugueses en aprovechar tan favorable ocasion para dar un golpe decisivo: un ejército hambriento, desnudo y mal armado era débil obstáculo á hombres acostumbrados á vencer, y que defendian su patria, libertad y bienes. Sin embargo, las tropas castellanas, atacadas junto á Villaviciosa, sostuvieron con el mayor denuedo un choque terrible y obstinado, en que si quedaron derrotadas, supieron vender bien cara la victoria, y solo cedieron el campo despues de haber perdido mas de cuatro

mil hombres. A esta memorable batalla puede decirse que debe la casa de Braganza la soberanía de Portugal; pues mas imposibilitada desde entónces Castilla de hacer valer sus derechos, si continuó la guerra fué siempre con desventaja; y al fin se vió en la precision de reconocer la independenciam de aquella provincia rebelde por los años de 1668, reinando ya Carlos II.

No era posible que Felipe IV se mostrase indiferente al conjunto de pérdidas y desgracias, que acumulándose durante su reinado habian desvanecido hasta la esperanza de restituir la monarquía al grado de esplendor con que cien años ántes se habia hecho respetar en Europa. Acongojado su espíritu á la vista de tantos afanes y desventuras, enfermó gravemente, y falleció en 17 de setiembre de 1665, dejando por sucesor al príncipe <sup>1665.</sup> Don Carlos, hijo de su segunda esposa y sobrina Doña Mariana de Austria; pues los demas varones que tuvo de esta señora, y el príncipe Don Baltasar Carlos, que nació de su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbon, habian muerto en su infancia ó en la flor de su edad.

Cuatro años escasos contaba á la sazón el nuevo soberano; y de consiguiente fué preciso que su padre dejase encomendada su tutela y la regencia del reino hasta que cumpliese la edad competente para tomar las riendas del gobierno. Siempre fueron muy ominosas para España las menoredades de sus monarcas; y si esta circunstancia sola ha ocasionado tantos males en tiempos ménos calamitosos, cuando la nacion se hallaba constituida en la situacion mas deplorable, no debian esperarse mas felices resultados. La reina viuda quedó, por disposicion del rey difunto, encargada de la tutela de su hijo y del gobierno, asistida de una junta compuesta del presidente de Castilla, del vicescanciller ó presidente de Aragón, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general, de un grande de España, y de un consejero de estado, sin hacerse mención de Don Juan de Austria, que por su calidad, prendas y opinion parece que entre los sugetos elegidos debia haber ocupado el primer lugar en la confianza de su padre. Esta especie de ingratitude no pudo ménos de descontentar á la nacion, que le profesaba particular afecto, y como todos consideraban á la reina como causa inmediata y principal de semejante injusticia, no era posible que despues sufriesen con paciencia, que entregada esclusivamente á la voluntad de su confesor el padre Everardo Nithard, jesuita aleman, sin esperiencia en el arte de gobernar, y con otras circunstancias que le hacian poco amiable á los españoles, no solamente le fiase la direccion de su conciencia, sino la del reino, elevándole á consejero de estado, á inquisidor general, y por consiguiente á miembro de la junta; reuniendo por último en solo él todas las facultades, que segun la intencion del rey difunto debian residir en esta última, cuando por otra parte se adviertan sus



disposiciones de alejar á Don Juan de Austria como único que podria hacer frente á sus desaciertos.

En efecto, era demasiado decidida la influencia de Don Juan sobre la nacion entera para no hacerse temible su presencia á cuantos aspirasen á un predominio absoluto. El padre Nithard le contemplaba como un obstáculo á su arbitrariedad; y por consiguiente nada le importaba tanto como libertarse de este objeto incómodo. El gobierno de las posesiones españolas de Flandes, que á la sazón se hallaban en gravé peligro amenazadas de la Francia, fué conferido á Don Juan bajo el pretesto especioso de que nadie podria defenderlas como el héroe que en aquellos mismos paises se habia cubierto de laureles; pero Don Juan, penetrando el designio de sus enemigos, y previendo igual suerte á la que sufrió en Portugal, se negó constantemente á admitir un cargo en que no dudaba iba á ser sacrificada su reputacion. Esta repulsa se consideró como un insulto: se le desterró de la corte; y siendo ya entónces preciso recurrir á otros medios para deshacerse de él, no faltaron personas viles que se prestasen á la intriga mas infame, y que suponiéndose cómplices, señalasen á Don Juan por cabeza de una conjuracion contra la vida del padre confesor. Inmediatamente se decretó su prision, y un crecido número de soldados partió á Consuegra con órden de conducirle al alcázar de Toledo; pero avisado con tiempo, pudo refugiarse en el reino de Aragon, y asegurándose en una fortaleza, desmintió públicamente la imposura con que se habia ultrajado su opinion, exigiendo en desagravio la remocion del padre Nithard, y protestando las consecuencias que de lo contrario pudieran resultar.

No habiendo producido sus reclamaciones otro efecto que concederle permiso la reina para acercarse á la corte, y acelerar por este medio la reparacion de su honor, se puso en camino con una escolta de setecientos hombres de infantería y caballería; y con esta gente, en órden de batalla, se presentó á tres leguas de Madrid. Atemorizados los regentes, enviaron al nuncio pontificio para que le manifestase un breve del papa, en que le exhortaba á transigir sus diferencias con la corte; y habiendo pedido á Don Juan cuatro dias de término para espedir las órdenes convenientes á darle una completa satisfaccion, respondió el agraviado caballero: « Que pues la reina habia tenido mucho tiempo para deliberar, exigia por primera satisfaccion la separacion del padre Nithard dentro de dos dias, y su salida de España. » En tales circunstancias ya no tuvo la reina arbitrio para resistirse: el riesgo de una guerra civil era inminente: el enemigo estaba á las puertas: su ascendiente era harto conocido; y á la menor resistencia se hubieran reunido bajo sus banderas el pueblo, el clero, la nobleza y la nacion entera. Deseando no obstante despedir á su amado confesor con el honor posible, espidió un de-

creto sumamente lisonjero á su persona, enviándole á Roma en calidad de embajador extraordinario.

Dado este primer paso, solicitó Don Juan la separacion del presidente de Castilla, y de algun otro miembro de la junta, cuya escesiva deferencia habia dado ocasion al ensalzamiento del padre Nithard, y pidió el vireinato de Aragon y Cataluña, ó bien una plaza en el consejo de estado. Se le contestó en términos generales, que se le responderia luego que hubiese despedido á la tropa que le acompañaba; y recelando que esto fuese un estratagema para desarmarle y dejarle burlado, se acuarteló en Guadalajara, permaneciendo á la defensiva para cualquier acontecimiento. La reina repitió sus órdenes para que entregase la caballería, bajo la pena de ser tratado como rebelde; pero se resistieron á abandonarle sus soldados, y la reina se vió precisada á entablar una capitulacion bastante favorable á Don Juan, que fué admitida por este con la protesta de que se hubiesen de cumplir las condiciones de ella ántes de licenciar á su gente. La lentitud con que se procedia á su cumplimiento se le hizo sospechosa, aunque por España se esparció la voz de que se le engañaba, y de que al fin seria víctima de su escesiva confianza. Por todas partes se advertia una grande fermentacion. Granada tomó las armas en su defensa; Aragon y Cataluña enviaron en su auxilio doscientos miqueletes, ofreciéndole toda la gente que necesitase; de las demas provincias, cual acudia con nuevos refuerzos, cual se manifestaba dispuesta á armarse en masa si fuese necesario. En una palabra, la guerra civil parecia inevitable, porque Don Juan no dejaba de insistir en que la administracion del real patrimonio se confiase á manos mas fieles, que no permitiesen estraer las inmensas remesas de dinero á Alemania, miéntras España perecia, sus pueblos se hallaban agobiados de impuestos, y estaban mal surtidos los ejércitos encargados de la defensa exterior; y como eran tantos los interesados en que subsistiese el desórden, se ofrecian gravísimas contradicciones, y la reina por otra parte, siempre tenaz en su propósito, le respondia de un modo que prometia muy pocas esperanzas. Al fin fué forzoso que el nuncio se encargase nuevamente de mediar en el asunto, y manejó con tal destreza la negociacion, que redujo á Don Juan á abandonar sus disposiciones hostiles, bajo la promesa de que no se le obligaria á tomar el gobierno de los Países Bajos, y de que se le nombraria, como se le nombró efectivamente, virey y vicario general de Aragon, Cataluña, Valencia, islas Baleares y Cerdeña, estableciendo su residencia y corte en Zaragoza.

Por este medio quedaron reducidas las cosas á un estado aparente de tranquilidad, que duró muy poco tiempo, pues los desórdenes de la corte crecieron á lo sumo, las resoluciones del gobierno llevaban impreso el carácter de la arbitrariedad, y por todas partes no se oian sino quejas, que mas de una vez tuvieron peligrosas



consecuencias. Además el padre Nithard fué reemplazado en la privanza de la reina por Don Fernando de Valenzuela, que escluido de casa del duque del Infantado, donde sirvió de page, hizo tan rápida fortuna, que en breve se vió elevado al encargo de caballero mayor, condecorado con la dignidad de grande de España, y dueño absoluto de la voluntad de la regente; circunstancias, que aunque no hubiesen estado acompañadas de otros excesos, era preciso que exasperasen los ánimos mas contenidos.

La primera nobleza del reino se creyó desairada, y empezaron á correr por la corte ciertos rumores, que pusieron en cuidado á Valenzuela, quien procuró, aunque en vano, desvanecerlos con agasajos. Cumplió por fin el rey los quince años, y se mudó la escena. Don Juan de Austria fué llamado al ministerio, la reina desterrada á Toledo, y Valenzuela preso, desposeido de todos sus empleos, revocadas todas las mercedes que obtenia, y conducido á las islas Filipinas.

El nuevo gobierno habria quizá podido restablecer el orden y la tranquilidad, si Don Juan no hubiese fallecido á poco tiempo, y si por su muerte no hubiera quedado á la frente de los negocios del estado un soberano, cuya débil complexion, pusilanimidad ó encogimiento no podian ménos de influir en la constitucion general de la monarquía; pues faltando energía en el gobierno, era consiguiente que empeorase la situacion de las cosas. La reina madre fué llamada á la corte; y aunque no se mezclase en los negocios, su presencia debia necesariamente renovar la desconfianza y el desabrimiento de los vasallos, que todo lo temian de una persona interesada en recobrar su influjo, y de un príncipe acostumbrado desde su infancia á una deferencia absoluta á los que le rodeaban ansiosos de mandar. Las providencias del gobierno no eran por otra parte las mas á propósito para tranquilizar los espíritus. Léjos de advertirse en ellas aquel genio reparador, capaz de curar las insondables llagas del estado, todas se resentian de la debilidad del príncipe, ó de la ignorancia de los que las dictaban. No solo continuaron en suma decadencia la agricultura y la industria, cuyo fomento era tan interesante á una nacion constituida en el extremo de la pobreza y del abatimiento, sino que en vez de alentar el comercio con oportunos reglamentos, aparecieron una porcion de pragmáticas, ya reduciendo el valor nominal de cierta clase de moneda, ya prohibiendo su curso, ya franqueándole con ciertas restricciones; de suerte que resultando incierto el cambio por esta inconstancia, no pudieron ménos de entorpecerse las negociaciones. Las urgencias del estado obligaron á recurrir al indecente arbitrio de vender las principales dignidades y empleos, como vireinatos, presidencias y gobiernos políticos y militares; y el dinero fué ya un título superior al del mérito. Hasta el valor y disciplina militar, últimos y preciosos restos del poder español,

llegaron cuando no á degenerar, por lo ménos á decaer ; agravándose todos estos males con la falta de poblacion, de tropas y de caudales, que cada vez se fué haciendo mas sensible. Este es el cuadro que ofrece la historia del infeliz reinado de Cárlos II.

Cuando empezó á gobernar por sí este príncipe, halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas del reino ; pues ademas de haber sido preciso abandonar la empresa de reducir á Portugal, reconociendo en 1668 por su legítimo soberano á Alonso VI, hijo y sucesor del duque de Braganza, habia sido muy desventajosa la guerra sostenida con Francia, para reprimir la ambicion de Luis XIV. Aunque en el tratado de los Pirineos se habia estipulado una renuncia absoluta de todos los derechos que la futura reina de Francia Doña María Teresa pudiera tener á los estados de su padre, y se habia confirmado esta renuncia en su contrato matrimonial, Luis XIV se creyó no obstante autorizado para hacer revivir los derechos de su esposa, y asegurarse una parte de esta vasta sucesion. La corte de Versalles pretendia que muerto Felipe IV debía pertenecer el Brabante á Doña María Teresa, como hija del primer matrimonio, en virtud de una costumbre con fuerza de ley establecida en los Países Bajos, que preferia en las herencias paternas á los hijos del primer lecho, escluyendo á los del segundo, fuesen varones ó hembras. Este derecho se observaba con efecto en las sucesiones particulares ; ¿pero obligaria tambien á los príncipes? ¿podria subsistir despues de una renuncia solemne? Gran materia para una disputa, que solo habian de decidir las armas.

Los juriconsultos y los teólogos consultados por ambas córtes defendieron las dos contradictorias ; por una parte y otra se publicaron infinitos escritos en defensa de sus respectivos derechos ; pero por desgracia se hallaba el rey de Francia demasiado orgulloso con su poder, y ansioso de conquistas y trofeos, para permitir que nadie le usurpase la gloria de resolver esta cuestion. Sus escelentes y bien disciplinadas tropas, sus preparativos inmensos, un Turena por general, todo le prometia la victoria ; y así se puso en marcha para una conquista infalible. Apenas se presentó cayeron en su poder Charleroi, Tournay, Furnes, Armentieres, Douai y otras plazas : Lila, bien fortificada y con una valerosa guarnicion, no pudo sostener mas que nueve dias de sitio ; y sin descansar de las fatigas de esta campaña, en el rigor del invierno marchó á la conquista del Franco Condado, provincia que dependia del gobierno de Flandes, ó mas bien que se gobernaba como una especie de república bajo la dominacion española. El príncipe de Condé habia propuesto el plan de la espedicion ; el marques de Louvois, ministro de guerra, y émulo de Turena, le adoptó con ardor : algunas intrigas secretas facilitaron el éxito de las armas ; no faltaron traidores : Condé se apoderó repentinamente de Besanzon y de Salins ;



el rey sometió á Dole en cuatro dias; y en tres semanas quedó subyugada toda la provincia.

Sin embargo, la prosperidad de Luis XIV llenaba de recelos á las demas naciones : la Inglaterra principalmente temia las consecuencias, y la Holanda temblaba, reconociéndose ya sin fronteras que pudiesen contener sus proyectos atrevidos. Estas dos potencias, reconciliadas apénas, se unieron con la Suecia por medio de un tratado, cuyo objeto era obligar á Luis á hacer la paz con España, y á renunciar de nuevo los derechos de la reina su muger. Propúsosele por parte de la triple alianza que si restituia el Franco Condado, se le dejaria en posesion de sus conquistas en Flandes en equivalente de las demas pretensiones. Luis, obligado á disimular su disgusto por entónces, admitió las proposiciones, y firmó en 1668 la paz de Aquisgran; pero conservó su resentimiento hasta mejor ocasion.

Libre la España de tan peligrosa guerra, no por eso pudo verse mas tranquila, porque prescindiendo de las interiores turbulencias que ocasionaron la privanza del padre Nithard, y la persecucion de Don Juan de Austria, no era posible que mirase con indiferencia el terrible azote que asolaba sus posesiones americanas. Unos piratas sin leyes, sin costumbres, sin religion, menospreciando la vida en cambio de la libertad, igualmente intrépidos y feroces, y conocidos con el nombre de *flibustieres*, haciéndose fuertes en la isla de la Tortuga, inmediata á la de Santo Domingo, atacaban con simples canoas, y se hacian dueños de bastimentos muy considerables. Nada era capaz de resistir á su desesperado furor; ningun pabellon se hallaba á cubierto de sus insultos; pero el odio mortal que principalmente habian jurado á los españoles, les hacia parecer mas que hombres, cuando se empleaban en su daño. Bajo la direccion de un inglés llamado Morgan intentaron en 1669 apoderarse de Porto Bello, plaza fuerte defendida por una buena guarnicion, y depositaria de inmensas riquezas. Ellos eran poco mas de seiscientos, y sin embargo tomaron por asalto la ciudadela, y pusieron en contribucion á la ciudad, que se libró del pillage por la suma de un millon de duros. Su osadía creció á un extremo inaudito, pero careciendo de principios de prudencia y de gobierno, y abandonándose á todos los excesos imaginables, debian al fin ser disipados, cuando la España saliese del letargo en que yacia.

Aun no habian pasado cuatro años desde el tratado de Aquisgran, cuando esta nacion se vió de nuevo sumergida en otra guerra tan funesta como la anterior. Irritado Luis XIV de que la triple alianza hubiese suspendido el curso de sus rápidas conquistas, y no pudiendo perdonar á los holandeses esta falta de correspondencia á la generosidad con que les habia favorecido en algunas ocasiones, resolvió vengarse y conquistar. Con el designio de subyugar la Holanda tomó todas las medidas que hubiera exigido la empresa

mas arrojada; y sus preparativos de guerra, su profundo secreto y actividad vigorosa le aseguraban, al parecer, la ejecucion. Una intriga bien dirigida separó á la Inglaterra y á la Suecia de los intereses de su aliada; pero tampoco le fué á esta muy difícil hallar nuevos amigos en la España, temerosa por sus Países Bajos, en el emperador de Alemania, resentido por la rebelion de la Hungría pérfidamente escitada por la Francia, en el elector de Brandemburgo, y todos los príncipes del imperio, y finalmente en la Dinamarca, para quienes era temible el engrandecimiento de aquella potencia. Parece á primera vista que la noticia sola de tan poderosa confederacion obligaria al rey de Francia á desistir del empeño; pero léjos de acobardarse con este aparato, se dirigió inmediatamente con todas sus fuerzas y sus mas célebres capitanes contra aquel pequeño estado; y atravesando victoriosamente el Rhin, en ménos de tres meses cayeron en sus manos las provincias de Utrecht, Over-Yssel y Güeldres, con mas de cuarenta plazas fuertes. Con igual felicidad se apoderó despues en los Países Bajos de Maestricht, Lieja, Limburgo, Condé, Valenciennes, Cambray, Gante, Sant Omer, Iprés y Arras, volviendo á ocupar el Franco Condado. Victorioso en la famosa batalla de Senef y en la de Mont Cassel, temido en todas partes, pero abandonado por la Inglaterra, y sin poder prestar auxilio á los suecos, despojados por el elector de Brandemburgo de todas sus posesiones alemanas, accedió por fin á las proposiciones de paz que le hicieron los coligados por medio de la Inglaterra; y en 1678 se concluyó un tratado en Nimega, en que por el bien de la paz hubo de sacrificar España al conquistador el Franco Condado y casi todas las ciudades que habia ocupado en los Países Bajos.

Durante esta guerra se sublevó la ciudad de Mesina en el reino de Sicilia, ofreciéndose al rey de Francia, que con efecto fué reconocido en ella por soberano, y protegió á los sublevados enviándoles cuantos socorros necesitaron para mantener la insurreccion; pero aunque las tropas de los rebeldes, aliadas con las francesas, vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis XIV se apoderase de aquel pais; ántes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su ejército; y la ciudad se restituyó á la obediencia de su antiguo señor en el mismo año en que se ajustó la paz de Nimega.

¿ Pero cómo era posible que las potencias europeas permaneciesen mucho tiempo tranquilas espectadoras del engrandecimiento que habia adquirido la Francia por este tratado? En 1687, á instigacion de Guillelmo de Nassau, príncipe de Orange, se formó la célebre liga de Ausburgo, compuesta del emperador y príncipes de Alemania, y del rey de Suecia, con el objeto de destornar al de Inglaterra por estrechamente unido con la Francia, colocando en su lugar al de Nassau, y embestir con todas fuerzas



reunidas á esta potencia hasta abatirla, y conseguir despojarla de todas sus conquistas antiguas y modernas, y restituirlas á sus primeros poseedores. Como esto era muy interesante á España, no tuvo mucha dificultad en acceder al tratado con la esperanza de recobrar los bellos países que la necesidad la habia obligado á ceder á Luis XIV, y temiendo por otra parte que el halagüeno cebo de las conquistas no escitase á aquel formidable guerrero á hacerse dueño del resto de los Países Bajos. Sin embargo, el activo y belicoso Luis supo anticiparse á los aliados en el Rhin; y si no pudo impedir el despojo de su confederado el rey Jacobo, por lo ménos en sola una campaña hizo conocer á sus enemigos que no era tan fácil, como se habian lisonjeado, la ejecucion de su proyecto. España, precisada á hacer frente á sus armas victoriosas en diferentes puntos á un mismo tiempo, y con pocos arbitrios para detener el curso rápido de sus conquistas, manifestó, es verdad, que aun no se habian estinguido las virtudes militares de sus hijos; pero en ocho años consecutivos que sostuvo la guerra, casi puede decirse que solamente en las batallas de Campredó y de Valcourt le fué favorable la fortuna. En Flandes perdió desgraciadamente las de Fleurus, Leuza y Steinkerque; en Cataluña las de Ter y de Barcelona; en Italia las de Stafarda y Marsailla; siguiéndose despues como precisas funestas consecuencias de estos infortunios la pérdida de Urgel, Belver, Rosas, Palamós, Gerona, Hostalric y Barcelona en Cataluña; la de Luxemburgo, Mons, Charleroy y Namur en los Países Bajos; y la conquista y saqueo del puerto de Cartagena de Indias. Pero finalmente, al cabo de tantos años de carnicería, viéndose los aliados tan distantes de poder realizar sus ideas, empezaron á cansarse de una guerra, que solo conducia á proporcionar nueva gloria y poder á la Francia. Luis XIV, por otra parte, que tenia sus ideas sobre la sucesion de España, deseaba concluir la paz ántes de la muerte de Carlos II, que anunciaban próxima las continuas enfermedades de este monarca, y por eso contentándose con la gloria de haber él solo frustrado los esfuerzos de la Europa confederada, hacia ya á España proposiciones pacíficas, ofreciéndose á restituírle todas ó la mayor parte de sus conquistas.

Hallándose en esta disposicion las potencias beligerantes, era consiguiente que viniesen á una negociacion. Entabláronla con efecto por medio de sus plenipotenciarios en el castillo de Riswick, y en 1697 se concluyó el célebre tratado, en que con sagaz política hizo la casa de Borbon el sacrificio de una porcion de países empapados aun en la sangre de centenares de víctimas.

Penetró su designio el príncipe de Orange, rey ya de la Gran Bretaña; y como Carlos II, aunque casado dos veces, una con Doña María Luisa de Borbon, primogénita del duque de Orleans,

y sobrina de Luis XIV, y otra con Doña Mariana de Neoburgo, hija del conde elector palatino del Rhin, ni de uno ni de otro matrimonio habia logrado sucesion, siendo ya muy pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud, era tanto mas temible la posibilidad de que por su muerte pasasen á un príncipe frances todas las coronas de España. Esta circunstancia podria influir mucho en el decantado equilibrio de la Europa; y para que no se destruyese dispuso un proyecto de particion de aquella monarquía, que hizo firmar en el Haya en 1698

por los plenipotenciarios de las cortes interesadas en ella, adjudicando al hijo primogénito del elector de Baviera, heredero presuntivo del rey Católico, como nieto de su hermana Doña Margarita, la corona de España, con las Indias y los Países Bajos; á Luis, delfin de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia, y otros territorios en Italia, ademas de la provincia de Guipúzcoa; y el ducado de Milan á Cárlos, archiduque de Austria, hijo segundo del emperador Leopoldo. La inopinada y prematura muerte del príncipe electoral de Baviera desconcertó todo el proyecto; pero inmediatamente se formó otra nueva division, señalando al archiduque los reinos de España é Indias, agregando la Lorena á los dominios adjudicados ya al delfin, y dándose en equivalente al duque de Lorena el estado de Milan.

Reclamó altamente contra este repartimiento el emperador, que pretendia la sucesion por entero. El rey de Francia, que tenia las mismas pretensiones, nada dijo, mostrando en lo exterior contentarse con una parte de la herencia, al mismo tiempo que secretamente estaba negociando en Madrid por el todo; pero el rey Católico, que por medio de sus embajadores habia protestado contra el primer concierto, no pudo sufrir sin indignacion que las cortes estrangeras quisiesen disponer á su arbitrio de unos reinos, cuyo soberano aun vivia, y no habia declarado su última voluntad. Sin embargo, el estado de su salud no permitia se difriese mucho tan importante diligencia. La grandeza, el confesor del rey y los ministros no cesaban de estrecharle á que cuanto ántes nombrase sucesor, y libertase á la nacion de los males que de lo contrario la amenazaban; pero incierto en la eleccion hizo varias consultas á personas cuyos pareceres fueron tan diversos como sus respectivos intereses. La irresolucion en que quedó el rey por esta causa dió margen á que los embajadores de Francia y Alemania, continuando sus esfuerzos para ganar parciales, dividiesen la corte, y á que cada uno de los partidos pusiese en movimiento todos los resortes de la intriga para debilitar á su contrario. La casa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarle el rey, como descendiente de ella, y por el influjo de la reina, del almirante de Castilla, del marques de Melgar y del conde de Oropesa, que tenian esclavizada su voluntad en términos, que el vulgo



solia decir que le habian hechizado. El cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti, que estaban por la casa de Borbon, procuraron dar cuerpo á esta voz supersticiosa, que no dejó de infundir cierta desconfianza en el ánimo del rey, cuyas dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores. Por otra parte el padre fray Froylan Diaz, su nuevo confesor, apoyaba de buena fe la ficcion, exorcizándole repetidas veces por medio de un capuchino aleman, cuyas voces y anatemas aterraban al doliente sin curarle, y aumentaban su natural pusilanimidad. El pueblo escandalizado pidió á gritos la separacion de los supuestos hechiceros, y el rey se vió precisado á condescender, perdiendo por este medio la casa de Austria unos agentes tan poderosos. Entónces redoblaron sus esfuerzos los de la de Borbon; y el monarca, agitado entre tanta diversidad de pareceres, resolvió consultar tan grave negocio con el pontífice Inocencio XII, y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictámen, á pesar de algunos que le contradecian, fué que el derecho á la sucesion de España pertenecia á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfín, como nieto de Doña María Teresa de Austria, hermana mayor del rey, y segun leyes del reino, legitima heredera de la corona, con preferencia á Doña Margarita, hermana menor, que estuvo casada con el emperador Leopoldo, y fué abuela del difunto príncipe electoral de Baviera. Pretendia el emperador heredar los derechos de este, y pasarlos á su hijo segundo el archiduque Carlos, alegando que no debia atenderse á la primogenitura de Doña María Teresa, supuesta la solemne renuncia que habia hecho del trono de España al tiempo de contraer matrimonio con Luis XIV; pero replicaba Francia, que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que no habia tenido otro objeto que impedir se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España: inconveniente que cesaba habiendo dejado aquella señora dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España, y el otro en Francia.

Convencido finalmente Carlos II de tan sólidas razones, y sacrificando á ellas sus inclinaciones particulares, otorgó su testamento en octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, duque de Anjou; y habiéndose agravado sus dolencias, espiró en 1º de noviembre siguiente, despues de haber encargado el gobierno del reino, durante la ausencia de aquel príncipe, á una junta compuesta de la reina viuda, del arzobispo de Toledo, de los presidentes de los consejos de Castilla y Aragon, del inquisidor general, del conde de Frigiliana, como consejero de estado, de Don Francisco Casimiro Pimentel, conde de Benavente, como grande de España, y del marques de Rivas Don Antonio de Ubilla, como secretario de estado. Con su muerte se estinguió en España la línea austriaca que

habia reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del décimoctavo.

Luego que aceptó Luis XIV el testamento de Cárlos II, y fué declarado rey de España Don Felipe, su nieto, duque de Anjou, partió este á Madrid, adonde llegó en febrero de 1701, siendo recibido y proclamado en esta corte con las mas plausibles muestras de amor y de respeto, ya por el derecho con que entraba á gobernar la monarquía, ya por las recomendables prendas que le adornaban, y las grandes esperanzas que á la edad de diez y siete años prometia su generosa índole, ayudada de una excelente educacion. Las gracias de su juventud, su agrado, su afabilidad y sus modales nobles y halagüeños le ganaron en breve casi todos los corazones; pero aunque el derecho de la sangre, la justicia del testamento del difunto rey, la posesion y los votos de España se reunian para asegurar á Felipe sobre el trono, fué necesario para su gloria que él tambien le asegurase con su valor.

Desde luego le reconocieron por soberano el papa Clemente XI, el rey de Inglaterra Guillelmo III, Pedro II de Portugal, Federico IV de Dinamarca, la república de Holanda, el elector de Baviera y otras potencias. Solo el emperador Leopoldo, insistiendo en sus pretensiones, determinó cometer á la decision de las armas los derechos que suponía tener al trono español; y á favor de la desconfianza que inspiraba á la Europa el engrandecimiento de la casa de Borbon, no le fué difícil hacer tomar partido en sus querellas á algunas potencias, particularmente á aquellas que viendo frustrados sus proyectos de repartimiento de la monarquía española, eran lisonjeadas con la esperanza de lograr alguna porcion por este medio. Puede decirse que aun no se habia ceñido Felipe V la corona, cuando ya se unieron para despojarle de ella el emperador, la Inglaterra y la Holanda por medio de un solemne tratado, llamado de la grande alianza, concluido en el Haya con el especioso pretexto de restablecer el equilibrio entre las casas de Borbon y de Austria, y de asegurar por este medio el reposo de la Europa.

Las operaciones de la liga empezaron por la invasion de la Lombardia y demas estados españoles en Italia. Las tropas imperiales, acaudilladas por el príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de su tiempo, despues de haber conseguido algunas ventajas contra las tropas españoles y francesas, que cubrian á Carpi y Chiari bajo las órdenes del marques de los Balbases, y de los mariscales de Catinat y Villeroy, sorprendieron á Cremona, haciendo prisionero á este último general; y aunque no lograron apoderarse de esta plaza por la valerosa defensa de la guarnicion, bloquearon á Mantua, que sin duda hubiera caido en sus manos, á no haberla socorrido oportunamente el duque de Vandoma. Ayudaba con ocho mil hombres el duque de Saboya, que seguía entónces el partido



de la casa de Borbon, en virtud de pactos hechos con ella, como tambien porque su hija Doña María Luisa Gabriela, princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, acababa de contraer matrimonio con el rey don Felipe. Portugal se habia confederado igualmente con España y Francia; pero de ningun fruto fueron estas dos alianzas, pues llevados uno y otro soberano de su particular interes, cierto ó aparente, no solo abandonaron despues á su aliado el rey Católico; sino que incorporándose en la liga, convirtieron contra él sus armas.

Felipe creyó necesaria su presencia en Italia, ya para animar á sus tropas, é impedir los progresos del príncipe Eugenio, ya para apaciguar los disturbios que supo movian en Nápoles los parciales de la casa de Austria; y dejando encargado el gobierno á la reina su esposa, ayudada de los consejos del cardenal Portocarrero, partió con la mayor celeridad. Apenas se dejó ver en aquella capital, quedaron estinguidas hasta las mas pequeñas chispas de la insurreccion. Los napolitanos no pudieron resistirse al júbilo de ver restablecida en aquel reino la casa de Anjou, ni á la admiracion que les causaba la generosidad de un príncipe, que castigaba sus agravios perdonando y dispensando gracias. Inmediatamente pasó á Milan, y de allí á Santa Victoria para incorporarse con el ejército que al mando del duque de Vandoma acampaba en sus inmediaciones. Llegar, sorprender á un cuerpo de imperiales, derrotarle poniéndole en fuga, y quedar dueño de todo el Modenés, fué obra de sola una accion. A esta felicidad se siguió la de la batalla

1702.

de Luzara contra el príncipe Eugenio, en que si bien cantaron ambas partes la victoria, lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de este nombre, apoderándose de todos los almacenes del enemigo, quedó dueño del campo, sin que nadie se atreviese á intentar desalojarle de aquella ventajosa posicion, ni impedirle la ocupacion de Guastala, plaza muy importante, que se vió obligada á capitular á los seis dias de trinchera abierta.

Pero miéntras con una campaña tan gloriosa aseguraba Don Felipe sus estados de Italia, se presentó delante de Cádiz una escuadra inglesa de ciento y cincuenta velas, que despues de haber procurado, aunque inútilmente, ganar á los habitantes con lisonjeras promesas, para que, reconociendo al archiduque Carlos de Austria, franqueasen á sus aliados la entrada en la Península, desembarcó en el puerto de Rota un crecido número de tropas que se apoderó de él sin resistencia, saqueó el Puerto de Santa María, y ya se disponia á asaltar la fortaleza de Matagorda, que defiende la entrada del de Cádiz, cuando acometido por una pequeña division que mandaba el marques de Villadarias, se vió obligado á abandonar su proyecto, á refugiarse desordenadamente en Rota con gravísima pérdida, y por último á acogerse á las naves con el desengaño de que no habia en las costas de Andalucía el gran nú-

mero de parciales austriacos, que ligeramente se habia figurado. Recobrando los españoles á Rota, ahorcaron á su gobernador, mas como traidor que por cobarde; y la escuadra enemiga, renunciando tan difícil empresa, dió la vela á las costas de Galicia, donde se lisonjeaba encontrar una rica flota que se esperaba de las Indias Occidentales. Con efecto le dió vista en las aguas de Vigo; y sin embargo de haberse aquella refugiado dentro de este puerto, la acometió con el mayor encarnizamiento, despreciando el fuego de la plaza, y de los navíos españoles y franceses que la habian convoyado. Despues de una accion reñidísima y sangrienta por ambas partes, viendo los españoles inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercaderías; y para que los enemigos no se apoderasen de las restantes y de los caudales de la flota, la entregaron á las llamas. Pudieron, no obstante, los ingleses libertar gran parte del dinero, y se retiraron victoriosos con esta presa, y la de siete bajeles de guerra, y otros de menor porte.

La noticia de esta desgracia, y la de la incorporacion del portugues en la liga por la esperanza de engrandecer sus dominios con cuanto en Galicia, Estremadura y América se conquistase á la corona de Castilla, obligaron á Don Felipe á regresar á España, al mismo tiempo que el duque de Saboya, interesado é inconstante, abandonaba la causa de sus hijas la delfina y la reina de España, y se vendia al emperador, que le prometia el Montferrato, Alejandria, Valencia y otros dominios. Pero entre tanto el archiduque, que con nombre de Carlos III habia sido reconocido en Viena por rey de las Españas y de las Indias, llegó despues de varios contratiempos á Lisboa en 1704, con una poderosa escuadra de ingleses y holandeses, persuadiéndose á que apénas supiesen su arribo los castellanos, le admitirian voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. El éxito sin embargo no correspondió á sus esperanzas, porque fieles á su rey, é indignados de que contra su voluntad se les quisiese someter á otro príncipe, léjos de dejarse preocupar de los manifiestos que esparcia el archiduque para conciliar los ánimos de los que no le eran afectos, y alentar á los que ya lo eran, desplegaron todo el celo de un pueblo intrépido, animado por la desesperacion. Felipe V volvió á su capital, donde fué recibido con los mas vivos transportes de júbilo, procurando cada uno ser el primero en prodigarle auxilios para triunfar de su competidor y de todos sus enemigos. Al frente de sus tropas y de las francesas, que habia conducido en su socorro el mariscal duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, se dirigió contra el voluble portugues, que tan sórdidamente habia quebrantado sus palabras. Esta consideracion redoblabá los brios de sus soldados, animados por otra parte al ver la intrepidez con que el monarca compartia sus riesgos y fatigas; y la campaña se empezó con tanto ardor como felicidad.

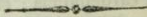


Aunque se defendian los portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Peña García, Idaña, Monte Santo, Castel Blanco, Portalegre y otros pueblos, de los cuales solo pudieron recobrar despues á Monte Santo. Por otra parte el marques de Villadarias, que mandaba otra division del ejército, penetró en aquel reino á sangre y fuego, se apoderó por asalto de Castel David, ocupó á Marvan, sometió todo el pais vecino, y puso en contribucion á las provincias mas interiores. Algunas pequeñas acciones, en que los portugueses hubieron de ceder la victoria á las tropas de Felipe, acabaron de hacer mas gloriosa esta campaña, que solo duró tres meses, á causa de los escesivos calores, que impidieron la continuacion de las hostilidades. Regresando á Madrid este monarca, quisieron aprovecharse de su ausencia el rey de Portugal y el archiduque para penetrar en Castilla por la parte de Ciudad Rodrigo; pero sus progresos fueron de ninguna importancia, y hubieron de retroceder vergonzosamente, no habiéndose atrevido á medir sus armas con Berwick, que con fuerzas muy inferiores les salió al encuentro.

El gozo que causó en España la felicidad de estos sucesos se acibaró no poco con la noticia de la sorpresa de Gibraltar. Los ochenta hombres que guarnecian esta plaza fuerte, pero desprovista de víveres, de municiones y de cuanto era necesario para hacer una vigorosa defensa, no era posible que resistiesen á toda una escuadra inglesa, que se presentó delante de su puerto con resolucion de entrarla á viva fuerza; y fueron inútiles todas las tentativas del ejército de tierra con que los españoles procuraron recobrarla despues, por haber sido oportunamente socorrida con descalabro de los pocos navíos franceses que se atrevieron á oponerse á ello. Ocupada Gibraltar, intentaron los aliados hacerse dueños del estrecho, y por consiguiente de ambos mares, por medio de la conquista de Ceuta, sitiada por los moros muchos años habia; pero el marques de la Gironela, su gobernador, y la valerosa guarnicion que habian sabido defenderla tan gloriosamente contra los africanos, léjos de dar oidos á las seductoras esperanzas con que eran lisonjeados en nombre del archiduque, obligaron con su heróica resistencia á los enemigos á abandonar la empresa. Igualmente infructuosa fué la tentativa que hicieron por entónces contra Cataluña. En la persuasion de que el gran número de parciales que tenia en este principado el archiduque solo esperaban hallarse sostenidos para declararse, se dejaron ver con una escuadra en Barcelona, y aun desembarcaron en la playa hasta cuatro mil hombres; pero observando en aquellos naturales una grande irresolucion y temor, y que sus proposiciones amistosas eran desechadas con entereza por el virey Don Francisco de Velasco, bombardearon la ciudad. Se descubrió sin embargo en tiempo, y logró desvanecerse la secreta conjuracion de algunos malcontentos, y los enemigos hubieron de

retirarse poco satisfechos. En las aguas de Málaga fueron atacados por una armada francesa, reforzada con algunas naves españolas; y aunque en el combate, que fué reñidísimo y sangriento, cumplieron unos y otros su deber, quedando indecisa la victoria, sus consecuencias fueron bastante favorables, pues se vieron aquellos precisados á abandonar el Mediterráneo.

A esto se reduce lo que en España y sus costas acaeció en el año de 1704. En Italia consiguió el ejército alemán incorporarse con el del duque de Saboya, á pesar del esfuerzo con que los franceses se opusieron á esta perjudicial reunion, desbaratando á los imperiales en algunos encuentros. El duque de Vandoma, derrotándolos despues tambien en Estradella y Castelnovo, y apoderándose á viva fuerza de Susa, Verceli y otras plazas del Piamonte, les obligó á retirarse hácia el Trentino; pero en Alemania se declaró por los imperiales la fortuna, reportando una memorable victoria en Hochstet ó Bleinheim.





## LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Victorias de los portugueses ; valerosa defensa de Valencia de Alcántara ; hazaña de su guarnición prisionera.—Empiezan á descubrirse parciales del archiduque en Valencia y Cataluña ; division intestina en Barcelona.—Bloqueo de la ciudad por los sediciosos ; principios de la sublevacion del principado ; desembarca el archiduque, y sorprende el castillo de Monjuí.—Ocupacion de Barcelona y otras plazas por el archiduque ; la insurreccion se propaga rápidamente por Aragon y Valencia.—Invasion del reino de Valencia por el ejército real. — Lamentable situacion de Cataluña ; fanatismo de sus naturales. — Sitio de Barcelona por Felipe V ; incidente que malogra su rendicion.—Progresos del archiduque en el reino de Aragon ; los portugueses penetran en Castilla ; Madrid cae en su poder. — Lealtad de las meretrices madrileñas ; desaliento de las tropas de Felipe.—La magnanimidad del rey reanima el espíritu de sus guerreros ; recobro de Madrid ; retirada del archiduque.—Traicion del conde de Santa Cruz.—Desgraciada campaña en Italia y en los Países Bajos.—Victoria memorable en las llanuras de Almansa ; reduccion de los reinos de Valencia y Aragon, y de parte de Cataluña.—Conquistas en Portugal ; triunfos de los imperiales en los Países Bajos.—El archiduque es reconocido por el papa ; resentimiento de Don Felipe V ; combate de Peñalba.—Desgraciada jornada de Zaragoza ; penetran nuevamente los aliados en Castilla.—Entrada del archiduque en Madrid ; manifiesto disgusto de los habitantes.—Intercepta Felipe V la comunicacion con Portugal ; retirada del archiduque á Cataluña.—Asalto de Brihuega.—Batalla de Villaviciosa.—Negociaciones para la paz.—Tratado de Utrecht.—Obstinacion de los catalanes.—Sitio de Barcelona.—Asalto de la plaza ; vigorosa resistencia de los sitiados ; su rendicion ; clemencia del vencedor.—Segundo matrimonio de Don Felipe con Doña Isabel Farnesio ; imprudencia de la princesa de los Ursinos ; nuevo sistema.—Alberoni elevado al ministerio ; sus proyectos.—Es revestido de la púrpura cardenalicia ; espedicion contra Cerdeña.—Temores de las potencias garantes del tratado de Utrecht ; triple alianza ; ocupacion de la Sicilia por las armas españolas.—Conspiracion contra el regente duque de Orleans descubierta por una casualidad ; incorporacion de la Francia en la liga.—Triunfos de los enemigos de la España ; caida de Alberoni.—Paz del año 1720.—Renuncia Felipe V la corona en su hijo Luis I ; prematura muerte de este jóven principe ; vuelve su augusto padre á encargarse del gobierno. — Congreso de Cambray. — El baron de Riperdá concilia las antiguas desavenencias entre Madrid y Viena, y negocia la paz entre ambas potencias.—Es colmado de honores ; es separado del ministerio y puesto en prision ; huye, sus aventuras posteriores hasta su muerte. — Sobresalto de las potencias europeas ; cuádruple alianza ; grosería de los franceses ; anuncios de nueva guerra ; política del cardenal de Fleuri.—Tratado de Sevilla ; sus principales articulos. — Niégase el emperador de Alemania á acceder al tratado ; sus disposiciones hostiles.—Muerte del duque de Parma ; ocupacion de sus estados por tropas alemanas.—El infante Don Carlos es puesto en posesion del ducado de Parma, y reconocido inmediato sucesor en el de Toscana. — Aprestos militares en España ; temores del emperador ; reconquista de Oran.

La campaña del año siguiente fué para los portugueses mas ventajosa que la anterior, porque disminuido con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar el número de las tropas españolas, que debian cubrir las fronteras y conservar lo conquistado dentro de Portugal,

ni el marques de Bay, general flamenco, que mandaba el ejército español, ni el mariscal de Tessé, que acaudillaba á los franceses auxiliares, pudieron resistir al marques das Minas, y á los generales Galloway y Fagel, que acaudillaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Así es que recobraron á Salvatierra, á Alburquerque y aun á Valencia de Alcántara, á pesar de la vigorosa defensa de su gobernador, marques de Villafuerte, que despues de sostener cinco asaltos sobre la brecha, solo capituló viéndose muy mal herido. La guarnicion que quedó prisionera, y fué enviada á Lisboa bajo la escolta de ciento y treinta caballos, aprovechándose en el camino de la negligencia de sus conductores, tuvo bastante resolucion para sorprenderlos, dejarlos todos atados, y regresar con sus caballos á Estremadura. Ultimamente, el ejército de los aliados penetró hasta Badajoz, puso sitio á esta plaza, y sin duda se hubiera apoderado tambien de ella, á no haberla socorrido el mariscal de Tessé con la mayor diligencia.

El archiduque, en tanto que sus emisarios, ocultamente diseminados por casi todas las provincias del reino, disponian á su favor los ánimos de los naturales, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de sus aliados, se presentó delante de Alicante, donde fué recibido á cañonazos, sin permitirle echar á tierra ni un solo hombre. Pasó á Denia, ciudad que le entregaron inmediatamente los sediciosos que la tenian sojuzgada, y desembarcando en ella á un valenciano llamado Basset, que por sustraerse al rigor de las leyes, se habia pasado al servicio del emperador, y á otros cuatrocientos parciales bien armados, para que ya con amenazas ya con artificiosos agasajos procurasen conmover los pueblos de aquel reino, siguió su rumbo para Barcelona, y ancló en su rada á la sazón en que reinaba la mas peligrosa division entre los habitantes de la ciudad. Unos, empeñados en sostener fiel y noblemente el juramento que habian prestado á Don Felipe, ridiculizaban ocultamente con el apodo de *botiflers* á los afectos á la dominacion austriaca. Estos por su parte se burlaban de aquellos, dándoles el epíteto de *maulets*, sin entrar ninguno de los dos partidos en el exámen de la justicia de cada uno. En lo exterior mostraban unos y otros bastante indiferencia, y aun se prestaban al auxilio del vi-rey contra los aliados, pero en secreto nada omitian los malcontentos que facilitase la entrada del archiduque; y siendo mayor su número que el de los leales, apénas se presentó aquel delante del puerto, se declararon por él abiertamente, hicieron venir á las puertas de Barcelona una multitud de foragidos, y bloquearon la ciudad por la parte de tierra, para que no la entrasen víveres ni socorro de ninguna especie. Otros se derramaron por la provincia, á fin de sublevar los pueblos con exageradas ofertas; y la insurreccion se propagó de unos en otros con asombrosa celeridad. De este modo quedó reducida aquella capital á la situacion mas deplo-



nable, sin armas, sin víveres, sin municiones, sin tropa suficiente para refrenar á los traidores que abrigaba en su seno, y rechazar á los enemigos esteriores, y lo peor de todo sin esperanza de mejorar de situacion. Si el virey pedia gente á la municipalidad, ó se le negaba, ó se escusaban de tomar las armas los que eran señalados, ó si las tomaban, las manejaban mal, y hacian fuego sin bala para agotar las municiones infructuosamente. En estas circunstancias saltó á tierra con su gente el archiduque, resuelto á espugnar formalmente la ciudad; ocupó por sorpresa el castillo de Monjuí, y tomado un punto tan importante, se vió la plaza constituida en el mayor apuro. Se defendió sin embargo con vigor mientras le fué posible; pero arruinadas casi enteramente sus murallas por el fuego de los sitiadores, y sin fuerzas suficientes para resistir el asalto que la amenazaba, no pudo diferir mas tiempo la capitulacion. Igual suerte sufrió despues la ciudad de Tarragona. Las de Gerona, Lérida, Tortosa y la villa de Figueras se entregaron voluntariamente, pues estas importantes plazas, que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados ejércitos, se hallaban á la sazón ocupadas por unas despreciables cuadrillas de bandidos sin disciplina militar, y dedicados al pillage y á la devastacion. En suma, quedó por el archiduque todo el principado, á escepcion de Cervera y de Rosas, que se defendieron con leal esfuerzo; siendo digno de reparo que los mismos catalanes, que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio de la casa de Borbon, y convenido en unirse con ella contra la de Austria reinante, se uniesen ahora con esta contra la de Borbon tambien reinante. Lo peor de todo fué que el incendio se comunicó rápidamente al reino de Aragon, prestando la obediencia al archiduque todos sus pueblos, á escepcion de Jaca, que se mantuvo leal; de aquí penetró en Valencia por la diligente solicitud de Basset y sus amigos, á cuya astucia solo supieron resistirse las ciudades de Alicante y Peñíscola; y ya se dejaban percibir algunas centellas en los pueblos de la Mancha, fronterizos á este último reino. En una palabra, el mal se fué haciendo cada vez mas considerable, y el remedio mas urgente; pero mas dificultoso por las circunstancias, pues desmembrada de Castilla la corona de Aragon, y pasando todas sus rentas á poder del archiduque, carecia Don Felipe de aquellos fondos para acudir á la defensa de sus estados, invadidos á un mismo tiempo por sus enemigos en tantos puntos.

Sin embargo despachó contra el reino de Valencia al conde de las Torres con un pequeño número de tropas; y la resistencia que halló en sus naturales le puso en la necesidad de tratarlos con todo el rigor de la guerra. Incendió á Paterna, y á cuantos pueblos encontró al paso hasta San Mateo: los campos, las alquerias, los molinos, todo quedó en breve reducido á cenizas; y las huellas del conde presentaban por todas partes las espantosas señales del

estrago y de la desolacion. Cuarte, lugar de trecientos vecinos, por no reducirse á la obediencia del rey, tomó el horrible partido de abrasarse con una gran parte de sus moradores. Villareal, léjos de intimidarse con tan funestos ejemplares, se negó absolutamente á todo partido; y las consecuencias fueron tan lamentables como era de esperar, siendo entrada á viva fuerza la poblacion, entregada á las llamas, y sus habitantes pasados á cuchillo sin distincion de edad ni sexo. Esto ciertamente mas bien era destruir á España, que á sus enemigos; y por fortuna de la humanidad, no siguieron por entónces adelante estas atrocidades, ya porque los pueblos se fueron manifestando mas dóciles, ya porque una gran parte de este ejército hubo de pasar á reforzar el que pensaba el rey conducir en persona contra Cataluña.

La situación de esta provincia no era tampoco mas feliz. Abandonada á la licencia desenfrenada de la soldadesca que habia recibido en su seno, apénas hay calamidad á que no se viese espuesta. Asesinatos, violencias, latrocinios, un completo desórden: tales fueron las consecuencias de su infidelidad. Sin embargo, el fanatismo de sus naturales era tan exaltado, que apénas vieron á Don Felipe marchar á la frente de sus tercios contra la capital, retiraron á lo interior sus ganados; quemaron los víveres, sacrificando gustosamente sus haciendas á trueque de hacer perecer de hambre á la tropa castellana; envenenaron las aguas del tránsito: en una palabra, no hay exceso á que no les precipitase su locura. A pesar de todo, en 3 de abril de 1706, se presentó el rey delante de Barcelona, llevando consigo al mariscal 1706. de Tessé; la puso sitio, y la ocupacion del castillo de Monjuí, despues de una obstinada resistencia, redujo la ciudad á la mayor consternacion. Vivamente estrechados sus defensores por mar y tierra, amenazados del asalto, y sin esperanza de socorro, en vano hacian de noche algunas salidas, y se precipitaban desesperados en el campo de los sitiadores, buscando la muerte ó la victoria. Rechazados constantemente, y arruinadas por varias partes las defensas de la plaza, se esperaba de dia en dia su rendicion, la prision del archiduque encerrado dentro de ella, y por este medio el término feliz de tantos males, cuando se avistó una escuadra inglesa, y hubo de retirarse la ausiliar francesa por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fué esta operacion para los rebeldes y sus aliados, que el ejército real se vió en la precision de alzar el cerco, y de retirarse al Rosellon con no poca fatiga, incesantemente molestado por las partidas de miqueletes y paisanos, que recorrian los desfiladeros y quiebras del camino hasta la frontera de Francia. Desde allí volvió el rey á Madrid; y el archiduque, animado con tan feliz suceso, salió de Barcelona, penetró en Aragon, se apoderó de Zaragoza, casi indefensa, y recibió personalmente el vasallage que le prestaron todos los demas pueblos.



Pero no paró aquí la desgracia. Los portugueses, auxiliados por las tropas de Inglaterra y Holanda, se fueron internando en Castilla á favor de esta diversion; y dueños ya de Alcántara, Ciudad Rodrigo y Salamanca, se encaminaban sin oposicion á Madrid, rindiendo cuantos pueblos se les ofrecian al paso. El rey, previendo el riesgo que le amenazaba de ser sorprendido en esta villa por el ejército portugues y el del archiduque, si acaso se adelantaba al mismo tiempo desde Aragon, trasladó la corte á Búrgos, adonde pasó la reina con todos los tribunales, y el rey á Sopetran, donde se hallaba acampado el grueso de sus tropas bajo el mando de Berwick. Con efecto, no tardaron los portugueses en llegar á Madrid, que se les entregó por no tener arbitrio para defenderse; y despues de haber enviado un destacamento para rendir á Cuenca, cuyos habitantes solos se defendieron sin embargo con singular denuedo, dejaron aquella villa con alguna tropa al cuidado del conde de las Amayuelas, y partieron á incorporarse con el archiduque, que habia penetrado hasta Guadalajara. Merece particular mencion el vituperable medio con que manifestaron en esta ocasion su lealtad las meretrices madrileñas, entregándose voluntariamente á los soldados enemigos para emponzoñarles con la enfermedad mortífera, fruto del desarreglo de sus costumbres. Las mas enfermedades eran las mas fáciles, disimulando con perfumes y afeites su estado lamentable; y tuvieron la horrible satisfaccion de ver en breves dias poblados los hospitales de una multitud de soldados, que tardaban poco en pasar á cadáveres, y de disminuir por este medio el ejército coligado en mas de diez mil hombres.

La crítica situacion á que se hallaban reducidos los intereses de Felipe V llenaba de un mortal desaliento á sus tropas, y llegó á temerse que al fin le abandonasen todas ó la mayor parte. Esta contingencia era tanto mas probable cuanto empezó á advertirse en ellas no poca desercion; y no faltaron personas bastante pusilánimes que aconsejasen al rey que se refugiase á Francia ó á Méjico, estableciendo en esta capital la silla del imperio español; pero Felipe, superior á todas las desgracias que pudieran sobrevenirle, se negó á ello con heróica firmeza, protestando que defenderia su corona hasta perder la vida, y por ningun motivo abandonaria á vasallos que le habian servido con tanta lealtad. Esta generosa constancia del soberano reanimó en tales términos el espíritu abatido de sus guerreros, que aunque pocos, ofrecieron derramar por él hasta la última gota de sangre, esperando con impaciencia la hora de ser conducidos contra el poderoso enemigo que acampaba á cuatro leguas de distancia.

Por otra parte los aliados no supieron aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos ejércitos reunidos; y su inaccion proporcionó á Don Felipe rehacer sus escuadrones, recobrar á Madrid con solo un

pequeño destacamento de caballería, que hizo prisionero al conde de las Amayuelas, y sin aventurar batalla decisiva, molestar y destruir al enemigo con frecuentes escaramuzas y correrías. El archiduque, fuese por esta razón, ó porque llegase á conocer la dificultad de sostenerse en un país que se le manifestaba tan contrario, retrocedió al reino de Valencia con todo el ejército, cuya retaguardia padeció infinito por el ardor con que la persiguió por largo trecho la excelente caballería del rey. Así pudo este regresar á Madrid, restableciendo su corte en esta villa, que le recibió con general regocijo.

Entre tanto las tropas enemigas que habian quedado en el reino de Valencia, despues de apoderarse de Cartagena por traicion del conde de Santa Cruz, que se pasó al servicio de los aliados, entregándoles dos galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los moros, pusieron á Alicante en la necesidad de rendirse, á pesar de la briosa defensa de sus moradores. Igual tentativa hicieron contra Murcia; pero su obispo Don Luis de Bellugo, á la frente de los leales que habia armado y disciplinado á sus espensas, no solamente la defendió con denuedo, sino que despues de obligar á los enemigos á desistir de la empresa, los persiguió vigorosamente hasta quitarles á Orihuela, y rendir á Cartagena en cinco dias de sitio. Navarra defendió tambien con loable esfuerzo sus fronteras contra las irrupciones de los aragoneses rebeldes, distinguiéndose muy particularmente en este glorioso empeño la bizarría del obispo de Calahorra. Los salmantinos resistieron igualmente una segunda invasion de los portugueses, obligándolos á retroceder con bastante pérdida. No ménos firmes y leales se conservaron las islas Canarias, rechazando animosamente á una escuadra inglesa que se presentó delante de Tenerife, intimando la rendicion; pero no así la de Mallorca, que sublevándose contra el virey, conde de Cerbellon, y algunas personas distinguidas, que intentaban defenderse con honor de esta escuadra enemiga, les obligó á capitular, facilitando por este medio la ocupacion de todas las demas Baleares.

Parecia sin embargo que las cosas empezaban á mudar de aspecto; y los mismos coligados confesaban ya *que aunque se confederase la Europa entera no era posible despojar al duque de Anjou de la corona de España*; pero esta corona se hallaba demasiado exhausta de recursos. Las desgracias que la habian perseguido al principio de este año de 1706 alcanzaron tambien á la Italia y á los Países Bajos. En ellos ganaron los imperiales la celebre batalla de Ramillies, haciéndose dueños de Brusélas, Lovaina, Brújas, Gante, Ostende, en una palabra, de todos los dominios pertenecientes á España y Francia. En Italia derrotó Vandoma á los alemanes cerca de Calcinato, forzando al príncipe Eugenio á retirarse al Trentino hasta recibir nuevos refuerzos; pero reemplazado aquel general por el duque



de Orleans, en dos horas fueron desbaratados los franceses delante de Turin, quedando en poder del enemigo bagages, municiones, caja militar, todo el Piamonte, el Milanésado, y posteriormente el Modenés, el Mantuano, y aun el reino de Nápoles, sin que pudiesen España y Francia resarcir esta pérdida con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon. Con todo, la fortuna, que á fines de este año habia empezado á mostrarse en España favorable á las armas de Felipe, conservó constantemente el mismo carácter en todo el siguiente de 1707, proporcionándoles triunfos importantísimos.

1707.

El ejército de los confederados que desde su retirada se hallaba acantonado en los pueblos de la Mancha fronterizos á los reinos de Valencia y Murcia, con noticia de que Luis XIV enviaba en socorro de su nieto tres considerables refuerzos, que por distintos puntos habian de penetrar en Castilla, Cataluña y Aragon, resolvió empeñar en una accion decisiva al español, que al mando de Berwick observaba á poca distancia y en buena situacion todos sus movimientos. En las llanuras de Almansa, villa del reino de Murcia en el confin de Valencia, se avistaron uno y otro, se embistieron denodadamente; y despues de un combate reñidísimo y sangriento, quedaron los españoles dueños del campo. Batallones enteros de portugueses, ingleses y holandeses se vieron precisados á rendir las armas; y ademas de perder, segun las relaciones de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, quedaron en poder del vencedor la artillería, las municiones, los bagajes y un gran número de carros cargados de vituallas. Victoria importantísima á que sin duda debió en gran parte Felipe V su corona, como lo reconoció el mismo soberano, erigiendo en el campo de batalla una pirámide, que aun se conserva para perpetua memoria de accion tan señalada.

Siguiéronse á tan próspero suceso la reduccion de Requena, la de Valencia, la de Alcira, la de Alcoy, la de Játiva, cuya obstinada resistencia irritó á los sitiadores en términos, que entrándola á viva fuerza, la saquearon, la entregaron á las llamas, y pasaron á cuchillo una gran parte de sus moradores. Allanado todo el reino de Valencia, continuó el ejército real sus progresos por el de Aragon, que en breve fué restituido á la obediencia de Felipe, y penetró en Cataluña, rindiendo en el año siguiente de 1708

1708.

las importantes plazas de Lérida, Tortosa, Puigcerdá, y toda la Cerdania. Al mismo tiempo perdieron tambien los portugueses á Moura, Serpa, Ciudad Rodrigo, y despues la célebre batalla de Gudiña, cerca de Evora, por el valor y buena conducta del marques de Bay. En una palabra, se hallaban ya tan abatidos los confederados, que con cinco ó seis mil hombres, en que consistia todo el resto de sus fuerzas, no era posible resistiesen mucho tiempo á las victoriosas armas de Felipe; pero reforzados considera-

blemente al año siguiente de 1709 recobraron á Tortosa, volvieron á conquistar á Menorca, y sus triunfos en los Países Bajos redujeron á la España á la situacion mas crítica. 1709.

El príncipe Eugenio habia sabido aprovecharse de la desunion que reinaba entre los generales franceses; y atacándolos cerca de Oudenarde, hizo su ejército pedazos, poniéndole en fuga. Se apoderó de una porcion de plazas; y orgulloso con la memorable victoria de Malplaquet, parecia que nada podia detenerle hasta Paris. Douai, Bethune, Saint Venant, Aire, todas las barreras de la Francia iban cayendo unas tras otras en poder de los aliados. Luis XIV se vió en la precision de retirar de España sus tropas auxiliares, por acudir á la defensa de sus dominios; y finalmente este terrible conquistador, que en 1672 habia subyugado enteramente á la Holanda, y que rehusando á los vencidos condiciones tolerables, les habia inspirado el brio de la desesperacion, se halló ahora reducido á pedir á los mismos holandeses una paz humillante, persuadido á que no podria obtenerla de otro modo. Sin embargo, esta humillacion debia tener un término; y los holandeses se mostraron en esta ocasion tan orgullosos, que Luis XIV creyó indecoroso abatirse hasta el extremo de admitir condiciones, aun mas duras é ignominiosas que las que habia propuesto. Se continuó la guerra; y Felipe V, á pesar de que miéntras sus enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, advertia disminuirse los socorros de la Francia, se manifestó mas resuelto que nunca á no desamparar su trono. Tuvo el disgusto de que el papa Clemente XI, que siempre le habia sido favorable, se viese obligado por los imperiales, que inundaron sus estados, á reconocer por rey de España al archiduque, y á dar paso á sus tropas para el reino de Nápoles; y como este sufragio, indiferente á primera vista, no podia ménos de influir en la opinion de los pueblos que aborrecian á los hereges auxiliares de este príncipe, mandó el rey Católico salir de España al nuncio apostólico, y cerrar el tribunal de la nunciatura.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de consecuencia, á escepcion de haber ocupado á Balaguer el conde de Staremberg, general de grande reputacion, que habia conducido los refuerzos al ejército aleman. Hubo, sí, algunas refriegas particulares, favorables por lo comun á las armas españolas; y sin duda hubieran sido mayores sus progresos y los de las francesas, á no haber sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desavenencias, que no cesaron hasta que partiendo en posta el mismo rey Don Felipe á visitar su campo, consiguió restablecer en lo posible la buena armonia.

Pero como quiera que su presencia habia de influir notablemente en la suerte de sus armas, y se hallaban las cosas en una situacion tan crítica, que no debian despreciarse aun las circunstancias



mas indiferentes, apenas se abrió la campaña en el año siguiente de 1710, volvió de nuevo á ponerse á la frente de sus tropas, acampadas á las orillas del Segre, á dos leguas de Lérida, y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. La rehusaron constantemente hasta que recibieron un refuerzo de tropa inglesa, que no pudo interceptarse; pero entónces atacando ellos mismos cerca de Almenara al ejército real, en que por desgracia se notaba aun la mas peligrosa desunion, aunque al principio fueron rechazados con el mayor denuedo, y se vió el archiduque precisado á refugiarse á Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos; y Don Felipe tuvo que retirarse á Lérida con el resto de su ejército, sensiblemente disminuido y desalentado. No pudiendo sostenerse en este punto por la escasez de víveres, se replegó despues al reino de Aragon: manobra que se graduó de fuga disimulada, aumentó la consternacion de su gente, y llenó de esperanzas al archiduque, que contemplándose vencedor, partió en su seguimiento. Staremberg, que consideraba á Felipe como vencido, queria circunscribirse á ahuyentarle á Castilla sin empeñarse en ninguna accion de consecuencia, pues de este modo aseguraba el recobro de Aragon y de Valencia, sin disminuir su ejército, que á la sazón se componia de veintidos mil hombres; y en efecto, la esperiencia acreditó el acierto de esta prudente resolucion. La retaguardia del ejército real, atacada en Peñalba por un cuerpo de imperiales, rechazó con tal vigor al enemigo, que le hizo perder mas de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; pero al fin no pudo este evitar la batalla que la presentaron los españoles en las inmediaciones de Zaragoza, ya para desconcertar su plan, ya porque se consideró el único medio de atajar sus progresos. Por desgracia el éxito no correspondió al valor con que pelearon las tropas de Felipe; y arrolladas por número superior de las enemigas, hubieron de cederlas el campo con gravísima pérdida. Quedó en poder de los vencedores la ciudad de Zaragoza; y persuadido el general aleman á que esta victoria pondria en consternacion á los castellanos, y á que si estos recibian al archiduque, como era al parecer inevitable, se decidiria el pleito á su favor, sin detenerse en sitiarse ni ocupar plazas, introdujo su ejército en Castilla, dirigiéndose triunfante á Madrid. Trasladó el rey su corte y tribunales á Valladolid; y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y constancia de sus vasallos, no hubo demostracion de celo que el monarca no les debiese. Las provincias leales hicieron esfuerzos increíbles para sostenerle en el trono; la de Soria particularmente estuvo manteniendo á sus espensas largo tiempo las miserables reliquias de su destrozado ejército; y finalmente, superando imposibles la lealtad de los pechos castellanos, se vió este ejército bien pronto restablecido en un pie, cuando no floreciente, al ménos no despreciable.

Entre tanto los aliados, despues de asolar á Castilla la Nueva, entraron en la corte con el archiduque sin omitir ninguna de aquellas circunstancias, que pudiesen dar á esta entrada cierto aire de importancia y de solemnidad; pero la soledad de las calles, el silencio de los vecinos, las puertas y las ventanas cerradas dieron á entender sobradamente que si este príncipe poseia los edificios, Don Felipe era dueño de los corazones de sus moradores; y así la entrada del nuevo soberano solo fué aplaudida de algunos niños y gente de la infima plebe, que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos frecuentemente esparcidos conseguian reducir los ánimos á la dominacion austriaca; negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á la corte los víveres necesarios, si la violencia no les precisaba á ejecutarlo; y en los semblantes de todo el paisanage se advertian señales nada equívocas de la impaciencia con que sufría la opresion. Por otra parte miéntras el ejército aliado que acampaba á las puertas de la villa, entregado á la embriaguez, á crápula y demas desórdenes inseparables de la ociosidad, se disminuía sensiblemente, perdiendo en los hospitales considerable número de soldados, ocupó Felipe V de improviso los puentes de Almaraz, Alcántara y del Arzobispo sobre el Tajo, interceptando por este medio la comunicacion con Portugal, y desconcertando los planes de Straemberg, el cual esperaba un refuerzo de portugueses que debia entrar por Estremadura.

Casi al mismo tiempo recibió el archiduque la noticia de que el duque de Noailles se disponia á entrar por el Rosellon en Cataluña á la frente de un crecido número de tropas francesas con el objeto de cortarle la retirada; y como este acontecimiento era bastante probable si llegaba á incorporarse con las guarniciones españolas que habia en aquella provincia, partió inmediatamente á Barcelona con poca satisfaccion de la acogida que habia tenido en Castilla, y particularmente en Madrid. Su ejército pasó á Toledo con la expectativa de que no dejarían los portugueses de romper por alguna parte las líneas españolas; pero desengañado finalmente Staremborg por la esperiencia de cuan vanas eran sus esperanzas, abandonó aquella ciudad, y se puso en camino para Aragon. Entónces volvió á Madrid Don Felipe, y despues de haber experimentado la dulce satisfaccion de ser recibido en esta villa con el mayor entusiasmo de sus moradores, se reunió á sus tropas, que siguiendo las huellas del enemigo, se hallaban acampadas en Guadalajara. La celeridad de las marchas del ejército aliado le obligaba á caminar dividido en dos trozos, uno de imperiales y portugueses á las órdenes de Staremborg, que precedia algunas leguas, y otro de ingleses, al mando de su general Stanhope, con algunos holandeses, el cual se habia quedado atras, y hacia noche en Brihuega, villa situada á las orillas del Tajuña. El duque del Vandoma, que



habia venido á mandar al lado de Felipe V, hizo avanzar un destacamento de tropas, que ocupando á Torija, cortasen la retirada á Stanhope, y la comunicacion con Staremborg; y ejecutada felizmente esta maniobra por el valor y destreza del marques de Valdecañas, se dió un vigoroso ataque á la villa, en que habian procurado fortificarse los enemigos. El choque fué uno de los mas sangrientos de esta guerra, pues los ingleses opusieron una resistencia, que no debia esperarse de hombres desprovistos de artillería y municiones, y fué preciso ganar á palmos el terreno; pero al fin los españoles, arrostrando con el mayor ardimiento peligros y dificultades, lograron penetrar en la villa, y despues de una horrible carnicería, obligaron á los ingleses á entregarse en número de cinco mil hombres, que con su general Stanhope y otros oficiales de graduacion quedaron prisioneros de guerra.

No persuadiéndose Staremborg que mas de seis mil hombres atrincherados dentro de una poblacion pudiesen ser forzados en el corto término de un dia, retrocedió con sus tropas en socorro de Stanhope, y en el dia del ataque se hallaba ya á una jornada de Brihuega. El rey quiso, no obstante, ahorrarle la mitad del camino; y poniéndose en movimiento con sus tropas, le alcanzó en las llanuras de Villaviciosa como á una legua de aquella villa. Allí se empeñó una accion de las mas vivas, en que unos y otros se disputaron con ardor la gloria del triunfo, é hicieron por largo tiempo indecisa la suerte de las armas; pero al fin, arrollados los coligados por el esfuerzo del marques de Valdecañas, que mandaba el ala derecha del ejército castellano, y desordenado su centro por el intrépido Don Feliciano Bracamonte, que despreciando las bayonetas enemigas, se arrojó sobre él con un destacamento de caballería, Staremborg, que hasta entónces habia hecho dudar del éxito de la jornada, se vió precisado á ceder el campo de batalla, dejando en él cuatro mil muertos, con pérdida de seis mil hombres entre heridos y prisioneros, salvando el resto á favor de las tinieblas de la noche. Artillería, bagages, banderas, todos los trofeos que sirven para aumentar el lustre de una victoria cayeron en manos del vencedor; y estas dos acciones en que el rey, sin desnudarse en tres noches consecutivas de riguroso invierno, acreditó su bélico ardimiento, animando el de sus tropas, fueron sin duda las que le afirmaron sobre el trono, y dieron á sus armas tanta mayor gloria quanto mas señalado fué el valor con que pelearon sus enemigos.

El general aleman tomó el camino de Aragon con las miserables reliquias de su florido ejército, publicando que acababa de conseguir una completa victoria, y de sujetar á toda la Castilla; pero lo que divulgaban los alemanes era difícil de conciliar con la precipitacion y el desórden de su marcha. Aun era mas difícil de concebir cómo despues de haber conquistado á Castilla la abandonaban con tanta generosidad al rey Don Felipe; mas al fin no dejaron de pro-

ducir su efecto aquellas gasconadas, pues en virtud de ellas les dejaron pasar libremente, que era todo lo que pretendian. Don Felipe, siguiendo los pasos del ejército fugitivo, se dirigió á Zaragoza, entró victorioso en la misma ciudad que poco ántes le habia visto vencido, y arregló el sistema de los tribunales de Aragon, como ya anteriormente lo habia hecho con los de Valencia, conformándolos á las leyes de Castilla, y aboliendo en castigo de la rebelion de la provincia muchos privilegios que sus naturales habian gozado en los siglos precedentes. Staremborg, precisado á confinarse en Cataluña, y con muy reducidas fuerzas para comprometerse en una accion de consecuencia, hubo de permanecer tranquilo espectador de los progresos del duque de Noailles, que despues de apoderarse á viva fuerza de Gerona, penetró por las llanuras de Vique, Venasque y Valle de Aran, dejando subyugados todos estos pueblos; y aunque en Prados del Rey le fué algo favorable la fortuna al general aleman que defendia esta plaza, no pudo impedir á las tropas castellanias la conquista de la de Cardona, y otras varias, quedando reducido el archiduque á la posesion de Tarragona y de Barcelona.

Desesperados los aliados de restablecerse en España, y mucho mas desconfiados de arrancar á Don Felipe una corona, que defendia con tanto valor y gloria, empezaron á disgustarse de la guerra; y la muerte del emperador Josef I, hijo y sucesor de Leopoldo, acabó de desconcertar la liga. No habiendo dejado descendencia masculina, fué llamado al trono su hermano el archiduque; y si el deseo de mantener el equilibrio de la Europa habia servido á los aliados de pretesto para tomar las armas; si habian temido que la casa de Borbon, establecida sobre el trono español, hiciese inclinar hácia su lado la balanza, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas, que en otro tiempo habian hecho tan formidable á la casa de Austria. Parecia indicada la necesidad de mudar de sistema, y de poner fin á las calamidades de la Europa por medio de una paz que conciliase en lo posible los intereses de todas las naciones con su recíproca seguridad; y la Inglaterra, que habia llegado á convencerse de que se aniquilaba sin provecho, y de que sosteniendo el peso de la guerra, Holanda y Alemania eran las únicas potencias que reportaban las ventajas, fué la primera en tratar de una conciliacion. En vano se opusieron á estos pacíficos proyectos algunas intrigas de corte; en vano se presentó en Lóndres el principe Eugenio, con la esperanza de desconcertar los planes del ministerio inglés; y los holandeses, que temieron verse abandonados por la Inglaterra, hubieron de prestarse á concurrir á los preliminares que se negociaban en la corte de Versalles, y sirvieron de basa al congreso que despues se abrió en Utrecht para el ajuste definitivo. En 1712 empezaron las conferencias;



y como á pesar del anhelo de la Inglaterra por la paz, nada tenían de pacíficos los sentimientos de sus aliados, las negociaciones caminaron con una lentitud que hizo desconfiar del éxito. El emperador se oponía á toda desmembración de la monarquía española; los holandeses, léjos de circunscribir sus pretensiones á los límites que proponían en apariencia, negociaban con una mala fe, erizada de espinas, sin explicarse sobre el objeto de sus demandas, reservándose pedir según las circunstancias, y exigiendo casi que la Francia y la España se entregasen á su discreción. Por otra parte, la muerte del delfín, padre del rey Don Felipe, acaecida en 1711, la de su sucesor el duque de Borgoña, la de su muger, la de su hijo mayor el duque de Bretaña, casi consecutivas, y la que amenazaba á su sucesor el duque de Anjou, hacían bastante probable la reunión de la corona de Francia con la de España en la cabeza de Don Felipe, hijo segundo del primer delfín; y esto era también un obstáculo á la breve pacificación de la Europa. La Inglaterra propuso, sin embargo, á Felipe V como condición esencial para la paz la alternativa de renunciar pura y simplemente sus derechos á la corona de Francia, transmitiéndolos en el duque de Berri su hermano menor; ó ceder la España al duque de Saboya, cuyos estados con el Monferrato, Mantuano, y reinos de Nápoles y Sicilia, le servirían por el pronto de indemnización, y podrían incorporarse con la corona de Francia en caso de que recayese en él ó en algunos de sus sucesores. Luis XIV prefería este último medio; pero Felipe V, alegando lo que debía á su gloria y al celo de sus vasallos, no quiso abandonar la España, y consintió en la renuncia propuesta, calmando las inquietudes de la Europa. Removido este obstáculo, cuando los aliados acababan de padecer una derrota en Landrecies, perdiendo las plazas de Saint Amand, Douai, Quesnoy y Bouchain, mudaron los holandeses de tono, y se vieron precisados á seguir los movimientos de la Inglaterra, á pesar de los esfuerzos de la corte de Viena. Finalmente, la paz se firmó en 1713 con arreglo á los preliminares concertados con Luis XIV, siendo sus principales condiciones que Don Felipe sería reconocido legítimo soberano de España y sus Indias, supuesta la renuncia que ya hemos indicado: que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicarían á la casa de Austria, y el reino de Sicilia al duque de Saboya: que casi todas las ciudades de Flandes, que habían pertenecido á España, pasarían al dominio de la casa de Austria, quedando bajo la custodia de los holandeses; y que la Inglaterra conservaría á Gibraltar y la isla de Menorca. Los portugueses fueron comprendidos también en la paz general; pero todas sus ventajas se redujeron á recobrar las plazas que habían perdido en sus fronteras, y á adquirir en propiedad la colonia del Sacramento, que en tiempo de Carlos II habían erigido á las orillas del río de la Plata, pertenecientes á la corona de Castilla; bien que reservándose España la facultad de

rescatarla por medio de un equivalente que propondria. Solamente el emperador, que accediendo á este tratado, hubiera ganado ciertas ventajas, y terminado felizmente una guerra que tenia ensangrentada á la Europa hacia trece años, léjos de desistir de sus pretensiones á España, y lisonjeándose de conseguir su objeto aun sin el auxilio de los ingleses y holandeses, conservó sus disposiciones hostiles, hasta que finalmente se vió obligado á prometer la evacuacion de Cataluña, Mallorca é Ibiza, abandonando á los rebeldes á sus propias fuerzas.

Ya no restaba á Don Felipe para quedar tranquilo poseedor de sus estados sino recobrar á Cataluña, que aunque reducida á sus propias fuerzas, subsistia cada vez mas obstinada en su rebelion. Inflexibles aquellos naturales á las paternales exhortaciones de Don Felipe, que deseaba economizar la sangre de unos vasallos rebeldes, que al fin eran sus hijos, se abandonaron á una especie de frenesí, muy parecido á la desesperacion; y erigiéndose en república independiente, llevaron su locura hasta el extremo de mendigar el auxilio de la Puerta Otomana. Léjos de desmayar con la repulsa del divan, que no quiso empeñarse en tan temeraria empresa, acudieron al emperador de Alemania, pasando por las mayores humillaciones, porque este soberano les recibiese bajo su proteccion; y favorecidos ocultamente por él mismo, se manifestaron resueltos á sostener su rebelion hasta derramar la última gota de su sangre. Ya entónces no era decoroso á Don Felipe suspender mas tiempo las medidas rigurosas que podria haber tomado desde luego. El ejército castellano penetró á sangre y fuego en el principado, reduciendo cuanto se le oponia al paso. Solsona, Manresa, Hostalric, Mataró cayeron en su poder; los demas pueblos del principado se vieron muy en breve precisados á reconocer la autoridad de Felipe V, y Barcelona quedó bloqueada por mar y tierra. El mariscal de Berwick, que enviado por Luis XIV con quince mil franceses auxiliares habia tomado el mando del ejército, empezó á combatirla con el mayor vigor; se interceptaron los socorros que procuraron introducir en la plaza los rebeldes de Mallorca; se adelantó vivamente la trinchera, y en breve se ocuparon las fortificaciones exteriores, á pesar de la porfiada resistencia de los rebeldes, que peleaban como desesperados, resueltos á vencer ó quedar sepultados bajo las ruinas de la ciudad. Los miqueletes, derramados en pelotones así por la campiña, como por las gargantas y desfiladeros de los montes, inquietaban sin cesar á los sitiadores, les interceptaban los víveres, se unian para sorprender sus líneas, mataban inhumanamente á cuantos castellanos y franceses encontraban desviados, y causaban mas embarazo y fatiga en el campo que el sitio mismo; pero al fin, despues de muchos y reñidos ataques, y habiendo abierto suficiente brecha en la muralla, se dió un asalto general, que recibieron los sitiados con singular denuedo,



manifestando una osadía é intrepidez, dignas del mayor elogio, si ellas mismas no fuesen un nuevo delito. Arrojadados de la muralla se atrincheraron en las calles, pareciéndoles que siempre les quedaba sobrado terreno para morir con las armas en la mano, y prolongaron la resistencia hasta un extremo inaudito. Mil vidas costaba cada palmo de tierra; ni se daba, ni se pedia cuartel; todo era furor, confusion, carnicería; y la ciudad, entregada al pillage, á las llamas y á la devastacion, presentaba el aspecto mas horroroso y lamentable. Treinta horas duró una escena tan sangrienta; pero al fin convencidos los rebeldes de la inutilidad de sus esfuerzos, é incapaces de sostener mas tiempo una lucha tan desventajosa, hubieron de rendirse á discrecion; y la humanidad del ejército castellano despues de la victoria, les hizo conocer desde luego la clemencia del príncipe contra quien habian empuñado las armas. A todos se concedió un indulto general; todos conservaron sus vidas y sus bienes; aun los principales cabezas de aquellas conmociones solo sufrieron el castigo de perder su libertad; y la pena mayor con que quiso Don Felipe manifestar á aquella provincia su resentimiento, fué la abolicion de sus antiguos fueros y privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los aragoneses y valencianos. A la conquista de Barcelona

1715. se siguió al año siguiente de 1715 la reduccion de las islas de Mallorca, Ibiza y Formentera, que igualmente rebeldes, pero ménos obstinadas, merecieron tambien ser comprendidas en la clemencia del rey.

Restablecido ya Don Felipe V en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando cuanto era posible los daños que las turbulencias y considerables gastos de la guerra habian ocasionado; pero su escesiva deferencia á la princesa de los Ursinos, camarera de la reina, que habia llegado á hacerse árbitra de la voluntad de ambos esposos, y á manejar despóticamente los negocios de la monarquía, hubiera sin duda malogrado tan bellas disposiciones, si un accidente imprevisto no hubiese desconcertado los planes de aquella muger astuta y ambiciosa. Murió la reina en 1714; y aunque habia dejado asegurada la sucesion del reino en sus dos hijos Don Luis y Don Fernando, la robusta edad de treinta y un años en que habia enviudado Don Felipe, y su bien complexionada salud, indicaban al parecer la necesidad de un nuevo enlace, cuyas dulzuras le hiciesen mas soportable el peso del gobierno. Su abuelo Luis XIV le propuso, entre varias princesas muy recomendables, á Doña Isabel Farnesio, heredera de Parma y de Plasencia; cuyo elevado espíritu y talento, cultivados con el estudio, la constituian una de las señoras mas distinguidas de su tiempo; y Alberoni, eclesiástico placentino, que habiendo venido á España con el duque de Vandoma, quedó en ella en calidad de agente de su soberano el duque de Parma, y

por este medio habia logrado introducirse en la corte, manejó con tal destreza la intriga, que la eleccion de Don Felipe recayó sobre la parmesana. Esta señora, informada, *apénas puso el pie en España*, de la preponderancia de la de los Ursinos, y de la necesidad de *poner remedio á tal desórden*, no pudo sufrir la imprudencia de la favorita, que saliendo al camino á recibirla, se permitió la libertad de hacerle ciertos cargos muy fuera de propósito; y mandando la reina arrojarla de su presencia, dió las disposiciones convenientes para que en el momento fuese conducida *fuera de sus dominios*. Al punto mudaron de semblante las cosas, fueron removidos de sus empleos todos los favoritos de la de los Ursinos: Mr. Orri, venido de Francia con Don Felipe para la administracion de las rentas reales, y cuyo desmedido celo habia chocado con la moderacion española, fué depuesto de su cargo y estrañado tambien; y Alberoni, elevándose con el favor de la reina, sobre las ruinas de todos estos, se fué proporcionando poco á poco para el ministerio de estado, que al fin recayó en él. Este hombre, bastante capaz para restablecer el órden de la administracion en las rentas y en la milicia, y para restituir al estado toda la energia de que era susceptible, en vez de circunscribirse á tan útiles trabajos, quiso trastornar la Europa, y se labró su propio precipicio. Arrebató al emperador lo que el tratado de Utrecht le concedia en Italia, y hacer pasar á Felipe V la regencia de Francia, que por muerte de Luis XIV ejercia el duque de Orleans durante la menor edad de Luis XV, tales fueron los designios de Alberoni; y ciertamente á haberlos coronado un feliz éxito, se hubiera grangeado la reputacion de un Jimenez ó de un Richelieu. Recorramos la serie de estos acontecimientos, observando al mismo tiempo el modo con que la ambicion personal de un ministro dirige los negocios del estado.

Alberoni, que con ansia, aunque por medios indirectos, tenia hechas solicitudes á un capelo, ocultó con el mayor cuidado sus proyectos sobre la Italia, temeroso de disgustar al papa, el cual contaba con los auxilios de España para *rechazar al turco*, que amenazaba á sus estados. Espidió con efecto una escuadra, que ahuyentó de Corfú á la mahometana; y tomó á su cargo la composicion de las diferencias que mediaban entre esta corte y la de Roma sobre asuntos de la nunciatura; de suerte que Clemente XI, seducido por tan bellas apariencias, se rindió á las instancias de sus negociadores, y en 1717 fué Alberoni revestido de la púrpura cardenalicia. Apénas vió este asegurado el 1717. objeto de sus deseos, se hizo á la vela una poderosa escuadra surta en Barcelona, cuyo armamento habia sobresaltado á las potencias garantes del tratado de Utrecht. La expedicion, compuesta de poco mas de ocho mil hombres, aportó en la isla de Cerdeña, desembarcaron las tropas en el puerto de Caller, y en poco mas de un



mes quedó Don Felipe dueño de unos estados que habia cedido al emperador únicamente por el bien de la paz, y en el supuesto de que este cumpliría por su parte con el tratado, evacuando enteramente á Cataluña, sin favorecer directa ni indirectamente á los rebeldes de esta provincia. Pero estos pactos habian sido pérfidamente eludidos; las tropas imperiales no solo no evacuaron del todo á Cataluña, sino que una gran parte de ellas quedaron, bajo el especioso concepto de reformadas, al servicio de los insurgentes; y el gobierno español, justamente quejoso, se hallaba suficientemente autorizado para intentar el recobro de lo que habia cedido sin fruto.

La rapidez y felicidad de esta jornada alentó al ministro español para llevar á efecto la segunda parte de su plan. Habia sobrados fundamentos para creer que se trataba de la reunion de la Sicilia á los dominios de la casa de Austria, mediante cierta indemnizacion que se prometia al duque de Saboya en Lombardía. La corte de España interesaba en impedir semejante incorporacion, como que ademas de aumentar la prepotencia de un enemigo suyo, destruía el equilibrio de fuerzas, bien ó mal establecido por el tratado de Utrecht; y no hallándose el duque de Saboya en estado de resistir á las violencias de las potencias mediadoras en aquel concierto, ó por mejor decir, debiendo temerse todo de su escensiva deferencia, parecia indispensable que el gobierno español se encargase del empeño. En esta ocasion hizo conocer Alberoni á la Europa entera los prodigiosos recursos de esta monarquía. Cuando todos la creian abatida, aniquilada, incapaz de hacer el menor esfuerzo despues de una guerra tan larga y dispendiosa, quedaron sorprendidos de ver en sus puertos preparada en ménos de tres meses, y sin extraordinario gravámen de los pueblos, otra nueva espedicion de mas de treinta naves perfectamente tripuladas y equipadas. Tan formidable armamento, y el inviolable secreto con que ocultaba Alberoni sus designios, no podian ménos de acrecentar los recelos de las demas potencias; y cada una se creyó con derecho á exigir una declaracion formal y positiva sobre el verdadero objeto. Inglaterra y Holanda, poco satisfechas de las esplicaciones del ministerio español, se unieron con la Alemania para prevenir las consecuencias de la misteriosa política de aquel; pero ni tan poderosa coalicion, ni sus apresurados aprestos militares, ni sus amonestaciones, ni sus amenazas, fueron bastantes á impedir que la escuadra preparada desembarcase en Sicilia treinta mil hombres, ni que estos se apoderasen de casi toda la isla en poco mas de dos meses. El suceso hubiera sido completo, á no haber sido destruida la escuadra española por una inglesa, que la sorprendió delante de Siracusa; si el duque de Saboya, sin fuerzas para defender sus dominios, no hubiese accedido á la triple alianza; y si la Francia no se hubiera declarado tambien por ella contra los intereses de

un nieto de Luis el Grande, que á tanta costa habia ella misma establecido sobre el trono de Cárlos V.

Pero la política del duque de Orleans era muy diferente de la de Luis XIV, y su conducta pareció desde luego tan sospechosa al gabinete español, que Alberoni concibió la idea de despojarle de la regencia, estendiendo sus miras á que recayese en Don Felipe como pariente mas inmediato al príncipe reinante. El proyecto no podia ménos de lograr aceptacion en Francia donde eran muchos los que sufrían con impaciencia el despotismo del duque. Con el mayor secreto se fraguó una conspiracion, á cuya frente se vieron personas de las mas distinguidas por su clase y por su carácter; y los planes fueron con tal destreza combinados, que con dificultad hubiera podido traslucirse cosa alguna, á no haberse estraviado unos pliegos muy importantes, que dirigia á Madrid el embajador de España, príncipe de Celamare. Esta fatal casualidad hizo conocer al regente la intriga en toda su estension; fácilmente descubrió su autor; y tomó de aquí un pretesto para abrazar sin rebozo las intenciones de la liga, declarando á España la guerra.

Por fortuna no fué larga, pero tampoco feliz. Dos franceses, bajo las órdenes del mariscal de Berwick, penetraron en Navarra, se apoderaron de Fuenterrabía, de San Sebastian, y aun se hubieran hecho dueños de toda la Navarra y Vizcaya, á no haber convertido sus armas contra Cataluña. Una escuadra española, destinada á hacer un desembarco en Escocia, fué dispersada y destruida por los vientos; pero los ingleses, mas afortunados, lograron saquear y destruir el puerto de Vigo. En Sicilia fueron deshechos los imperiales en repetidas ocasiones, y singularmente en la batalla de Francavilla; pero ninguna de estas victorias fué bastante para impedir sus progresos, y que en brevísimo tiempo recobrasen una gran parte de la isla. A vista de semejantes desgracias, el cardenal Alberoni, estimado poco ántes como un genio benéfico, que habia sabido sacar á la España del letargo en que yacia, é inspirarle nuevo vigor, mereció únicamente el concepto de un maquinador imprudente. El rey empezó á disgustarse de su conducta; y dando oídos á las reclamaciones de las córtes, á quienes su política llenaba de recelos, le retiró del ministerio, le desterró de sus dominios, y no trató sino de salir con el honor posible de tan apuradas circunstancias. Al momento empezaron las negociaciones para la paz. Felipe V accedió á la cuádruple alianza; y aceptó el tratado hecho en Lóndres en 1717 por las potencias beligerantes, en virtud del cual debia la corte de España restituir la Cerdeña y la Sicilia, convenir en el cambio de una por otra entre el emperador y el duque de Saboya, quedando asegurada al infante Don Cárlos, habido en el segundo matrimonio del rey Don Felipe, la sucesion inmediata á los estados unidos de Parma y de Toscana.



1720. Por este medio se concluyó en 1720 esta guerra de dos años. En el siguiente ajustó el casamiento del príncipe de Asturias Don Luis con Doña Isabel de Orleans, hija del duque regente; y en 1724 admiró á toda la Europa 1724. la inopinada resolucion que tomó el rey Don Felipe de renunciar la corona en el mismo Don Luis, retirándose con su esposa y una reducida servidumbre al real sitio de San Ildefonso, donde habia construido un palacio con magníficos y deliciosos jardines. Pero Luis I, cuyas bellas cualidades anunciaban un venturoso reinado, falleció de viruelas ántes de cumplirse un año, y á los diez y siete de su edad; y Felipe V, estrechado por la reina, la nobleza y los tribunales, que en nombre de la nacion le suplicaban volviese á tomar las riendas del gobierno, tuvo la generosidad de rendirse á sus instancias, abandonando la tranquilidad de su apacible retiro por las agitaciones de la corte, y las inquietudes inseparables del trono.

Entónces tuvieron fin las contestaciones, que en medio de la paz, y desde el año de 1720, traian agitados á los gabinetes de la Europa. La corte de España, accediendo al tratado de Lóndres, no pudo ménos de reclamar el gravámen, que por él se pretendia imponer á los estados de Parma y de Toscana, haciéndolos feudatarios y dependientes del imperio, que para esto alegaba sus antiguos derechos á la corona de Lombardía, y las potencias mediadoras en este concierto, á saber, la Inglaterra, la Francia y la Holanda, creyeron conveniente remitir la conciliacion de las respectivas pretensiones á un congreso, que en 1721 se convocó en Cambray. Jamas se vieron tantas intrigas, tantos zelos, ni tanta desconfianza. Parecia que los intereses de los particulares habian hecho mudar de aspecto aun á los intereses de todas las naciones. En vez de convenirse, se aumentaron las discordias y las contradicciones; y claramente se reconoció que las potencias solo aspiraban á engañarse recíprocamente. La corte de España, constante en pretender la esencion de toda feudalidad, y el emperador por otra parte igualmente constante en no ceder un punto de sus supuestos derechos, proporcionaban á los demas contratantes ocasion favorable de apurar todos los recursos de su artificiosa política para sacar de esta contienda un ventajoso partido. Por otra parte los intereses de la Gran Bretaña no eran conciliables con los de su soberano. Las utilidades de un comercio activo hacian desear á los negociantes ingleses la sincera correspondencia con los españoles; pero la conservacion del Hanóver, y la esperanza de conseguir la investidura de Bremen y Verden con que lisonjeaba el emperador al rey Jorge I, le obligaban á guardar con él toda consideracion. Francia, como la ménos interesada en esta negociacion, procedia con una lentitud que se hizo sospechosa; y el matrimonio de Doña Isabel de Orleans con el príncipe Don Luis aumentó los

recelos y la desconfianza de la Inglaterra y del imperio, que veian con temor restablecerse entre las dos casas de Borbon la armonía que habia reinado en tiempo de Luis XIV, y que haria preponderarse hácia esta parte la balanza del equilibrio. Poco satisfecha la España de las potencias mediadoras, hacia los mayores esfuerzos para entablar directamente con el duque de Parma y el de Toscana una convencion particular sin el concurso de los demas soberanos; y estaba ya nombrado para pasar á estas dos cortes el marques de Monteleon, cuando la inopinada muerte de Luis I suministró á los gabinetes motivo de nuevas combinaciones.

El infante Don Cárlos se habia acercado mas á la sucesion de España, y nada tenia de repugnante que algun dia pudiese la corona recaer en su cabeza, á pesar de hallarse precedido por su hermano mayor el príncipe Don Fernando. Este acontecimiento sirvió á las cortes mediadoras de pretesto para subir el tono; y aun los españoles manifestaron alguna repugnancia á que se alejase del reino á un príncipe que fácilmente podria llegar á ser su soberano. Obraban por consiguiente los gabinetes de Viena y de Madrid con una política recelosa, que sin lograr sus intenciones, los hacia insensiblemente esclavos del que pretendia dar la ley; pero últimamente, sucediendo á las intrigas la reflexion, y conociendo la corte de España que sin la intervencion de la casa de Austria no era posible asegurar al infante la sucesion á que le llamaban los derechos de su madre, y á que le habia destinado la cuádruple alianza, resolvió dirigir á este efecto todas sus operaciones directamente, y sin ninguna mediacion. Las cosas estaban tan fuera de su centro, que la corte de Madrid se puso en manos de la de Viena su competidora, con cuyo objeto pasó secretamente á esta capital el baron de Riperdá.

Este era un holandés de bastante talento y actividad, que habiendo residido en España en calidad de embajador de los estados generales, fué despojado de este carácter por haber abrazado la religion católica romana. El cardenal Alberoni le tomó bajo su proteccion, le admitió en su confianza; y las luces que habia manifestado en diversas ocasiones le hicieron parecer á propósito para desempeñar la importante comision de transigir las diferencias de las cortes de España y de Alemania. Bajo el pretesto de buscar buenos tejedores de paños, en cuyas manufacturas era sin duda muy inteligente, se presentó en Viena; y sin que ninguno de los ministros de las demas potencias pudiese traslucir cosa alguna del proyecto, concertó en 1725 con el príncipe Eugenio de Saboya un tratado de paz entre Felipe V y Cárlos VI, que si bien 1725. tenia por basa al de Lóndres, le modificaba en algunos puntos. Riperdá, considerado á su vuelta como un genio benéfico y número tutelar, que habia sabido poner fin á una enemistad de veinticinco años, fué colmado de honores, creado duque, grande de España,



y habilitado para despachar como primer ministro de todos los negocios de la guerra, de la marina y de la real hacienda. Su conocido talento para la direccion de las fábricas y manufacturas le proporcionó igualmente la inspeccion de todos los ramos de la industria nacional; y los adelantamientos y mejoras que se advirtieron desde luego anunciaban como muy próxima la época en que la España redimiria la servil dependencia en que la tenian las fábricas estrangeras.

Es creible que se hubiera cumplido tan lisonjero pronóstico, si Riperdá hubiese podido conservar por largo tiempo su privanza; pero el mismo favor que disfrutaba le grangeó infinitos y poderosos enemigos, que supieron aprovechar las ocasiones de desconceptuarle con el rey y con la nacion. Por otra parte es preciso confesar que su capacidad no era proporcionada á una administracion tan vasta; y que poco instruido del carácter nacional, del de el gobierno, y de sus relaciones políticas, era preciso que incurriese en desaciertos que podrian ser de consecuencia. Fué pues separado de los negocios, retirado de la corte, y conducido preso al alcázar de Segovia, donde, no ofreciendo su conducta materia para hacerle causa, permaneció algun tiempo, hasta que una jóven española le facilitó la evasion. Con ella pasó á Portugal, de allí á Inglaterra, y últimamente se retiró á Holanda, huyendo de la envidia que le perseguia por todas partes; pero ni aun aquí se consideró seguro, pues España le reclamaba como reo de estado; y temiendo ser víctima de la política ó del interes, solicitó un asilo en Rusia. Entre tanto se le proporcionó un establecimiento en Marruecos por medio del embajador residente en la Haya; y viendo que en Europa se le negaba un miserable retiro, pasó á aquella regencia, donde despues de infinitas aventuras, dignas de una novela, murió en Tetuan, víctima de sus pesares y melancolía.

La novedad del secreto é imprevisto concierto de Viena sorprendió á las cortes mediadoras; y llegó á recelarse que esta repentina conciliacion entre unas potencias por tanto tiempo enemigas tenia por objeto algun proyecto de importancia contra la independencia y seguridad de todas las demas. Francia é Inglaterra, para contrarrestar á la estrecha union que empezaba á manifestarse entre los dos gabinetes, español y austriaco, hicieron en Hanóver un tratado de alianza defensiva con la Holanda y la Prusia. Casi á un mismo tiempo zarparon de los puertos de la Gran Bretaña tres escuadras con direccion al Báltico, á la América, y á las costas de España. Los franceses cometieron la grosería de devolver á la infanta Doña Mariana Victoria, hija de Felipe V, que habia pasado á Paris, destinada á ser esposa del jóven Luis XV, con el pretesto de que aun era muy niña, y de que no podia el reino esperar mucho tiempo un heredero entre innumerables contingencias; y por via de represalias devolvió igualmente la corte de España á

Mademoiselle Beaujolais, hija del duque de Orleans, tratada de casar con el infante Don Carlos. Los ingleses bloquearon á Porto Bello, y los españoles emprendieron el sitio de Gibraltar. En una palabra, la Europa entera se veia amenazada de nuevas calamidades; pero el pacífico carácter del cardenal de Fleuri, primer ministro de Luis XV, suspendió la guerra cuando parecia mas inevitable; conservó la gloria de los españoles, haciendo que voluntariamente levantasen un sitio en que era de temer quedase oscurecida; y despues concilió los intereses respectivos por via de convenciones amistosas, manejándose de modo que poco á poco se disolviese la estrecha alianza entre Madrid y Viena, y que se renovase la desconfianza de la casa de Austria con el temor de perder sus estados en Italia, si permitia la introduccion de tropas españolas en los ducados de Parma y de Toscana, como la España solicitaba desde mucho tiempo. Ultimamente, el tratado de Sevilla, ajustado por los años de 1729 entre la España, Francia é Inglaterra, 1729. acabó de estrechar mas las relaciones de estas potencias; y de aumentar el desabrimiento de la corte de Viena. Transcribiremos los principales artículos de que consta por su influencia en los acontecimientos posteriores.

Se permitia al rey Católico la introduccion de seis mil españoles de guarnicion en las plazas de Liorna, Porto Ferraió, Parma y Plasencia, los cuales serían mantenidos á su costa, para seguridad de la inmediata sucesion del infante Don Carlos en aquellos estados, y poder resistir á cualquiera que intentase contradecirla.

Se obligaban las potencias contratantes á mediar con las actuales poseedoras de dichos estados para que admitiesen las guarniciones sin repugnancia, conservando estos su dignidad y soberania. Las tropas prestarian juramento de defender las personas de los mismos poseedores, sus bienes y súbditos, en cuanto no contrariase la sucesion del infante Don Carlos, y de no mezclarse en cosa alguna del gobierno político, civil ó militar, bajo ninguna forma ni pretesto.

El rey Católico se obligaba á retirar de dichas plazas sus tropas, asegurada que fuese en su hijo la sucesion en aquellos estados.

Las potencias contratantes prometian mantener al infante en la sucesion referida, despues de lograda, y defenderle de cualesquiera insultos, contra cualesquiera potencias que intentasen inquietarle, declarándose garantes perpetuos del derecho, sucesion y posesion del mismo serenísimo señor infante y sus sucesores.

Se permitia lugar y tiempo para que los holandeses y demas potencias accediesen á este tratado, si lo estimasen de su interes.

Las Provincias Unidas accedieron sin dificultad; pero el emperador no solo se negó abiertamente, sino que para impedir la introduccion de los seis mil españoles en los estados de Parma y Toscana,



hizo pasar á Italia mas de ochenta mil hombres, reforzó las guardias de sus plazas, é intimidó á la Europa con la actividad de sus preparativos. Las potencias aliadas, al ver sus disposiciones, procuraron tambien ponerse en estado de obligarle á admitir las capitulaciones del concierto de Sevilla; pero como unos y otros temian comprometerse en una nueva guerra sin esperanza de ventaja conocida, ninguno se atrevia á ser el agresor, y todos deseaban una composicion amigable. Por todas partes cruzaban correos con propuestas, se multiplicaban las memorias y justificaciones entre las cortes; pero ya estaba para espirar el término prescrito para la ejecucion del tratado, y la paz de la Europa aun se mantenía en tan dudosa situacion. Probablemente aquel concierto hubiera sufrido la misma suerte que los que le habian precedido, sin

llegar el caso de observarse, á no haber ocurrido en 1731

la muerte del duque de Parma Antonio Farnesio, último varon de su familia. No dejaba sucesion; pero suponiendo que quedaba en cinta su esposa la duquesa, nombró por heredero al póstumo, y en su defecto al infante Don Carlos, su sobrino segundo, hijo de la reina de España, su sobrina tambien. El conde de Stampa, general austriaco, introdujo inmediatamente seis mil hombres en aquel estado, y tomó posesion de él en nombre de Carlos VI, declarando que le restituiria al infante, en caso de que no se verificase el preñado de la duquesa, ó naciese una hembra. Semejante invasion puso en consternacion á todos los pueblos de Italia, y particularmente á los de Toscaná, que se consideraban espuestos á la misma suerte en el punto en que falleciese el gran duque Juan Gaston, último vástago de la casa de Médicis, dejándoles en tal incertidumbre. Los alemanes eran generalmente aborrecidos por las vejaciones que habian ejercido en mucha parte de la Italia, durante la guerra que sostuvieron desde 1688 hasta 1697, y en la de la sucesion de España, exigiendo por fuerza víveres, dinero y forrages, gravando á los miserables pueblos y á los príncipes con exorbitantes imposiciones á la sombra de los antiguos títulos de feudalidad, y del supremo dominio de los Césares de Germania sobre la Italia. Pero al fin la preñez de la duquesa viuda se desvaneció, cual se recelaba; y mediante un tratado, hecho en Viena á fines de setiembre del mismo año, partió de Barcelona una escuadra española combinada con otra inglesa, que condujo la persona del infante á Liorna, le puso en posesion de su nueva herencia, y le hizo reconocer sucesor inmediato en el ducado de Toscana.

Las públicas demostraciones de júbilo con que en Parma y Florencia fué recibido el infante causaron no pequeños disgustos é inquietudes al emperador, que casi estuvo para retractarse del concierto que acababa de firmar. Crecieron sobremanera sus recelos con la noticia que empezó á estenderse por la Europa de que España aprestaba una escuadra formidable cuyo objeto se ocultaba

bajo un impenetrable secreto. Temió por sus estados italianos; y no dudando que contra ellos se dirigia el golpe, procuró prevenirle poniéndolos en el mejor estado de defensa; pero la escuadra española, surta en Alicante con mas de cincuenta mil hombres de desembarco, estaba destinada á empresa mas gloriosa: el recobro de Oran, ocupado por los moros miéntras las armas de Don Felipe se empleaban en arrojar á los aliados de lo interior de sus dominios. Confió el rey la ejecucion al duque de Montemar, y este valeroso general correspondió dignamente á tan honrosa confianza. Presentarse delante de Oran, desbaratar un ejército de africanos, y hacerse dueño de la plaza fué obra de solos tres dias.



## LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Muerte de Federico Augusto II, rey de Polonia; revoluciones del pais con motivo de la eleccion de sucesor; toman parte en ellas las potencias europeas; nueva guerra.—Conquista de Nápoles; el infante Don Carlos se ciñe esta corona y las de las Dos Sicilias.—Señalada victoria de Bitonto.—Reduccion de la Sicilia.—Inquietudes de la Inglaterra y Holanda.—Tratado del año 1735.—Insultos de la Inglaterra.—Pérdida de Porto Bello; esforzadas defensas de Cartagena de Indias, Cuba y otras posesiones españolas.—Glorioso combate naval en las aguas de Provenza.—Nuevas agitaciones de la Europa.—Neutralidad del rey de Nápoles.—Sangrienta batalla de Campo Santo.—Abandona el rey de Nápoles su neutralidad, é incorpora sus tropas con las de su padre.—Sorpresa de Veletri; peligro del infante rey de Nápoles.—Retirada de los austro-sardos.—Alianza de Génova con la España.—Sorpresa de Asti.—Pérdidas del infante Don Felipe; desgraciada batalla de Plasencia; jornada del rio Tidona.—Muerte de Felipe V.—Fernando VI.—Crítica situacion de la república de Génova; esforzada resolucion de los genoveses.—Congreso en Aquisgran para el ajuste de la paz.—Sabio gobierno del pacífico Fernando.—Cárlos III; abdica en su hijo tercero Don Fernando la corona de las Dos Sicilias.—Su llegada á España.—Los ingleses provocan su resentimiento con repetidos insultos; pacto de familia; adhesion de Portugal á los intereses de la Gran Bretaña; guerra con Portugal.—Victoria de Villavflor; conquistas de Mancorvo y Almeida.—Los ingleses se apoderan de las islas Filipinas; paz con la Gran Bretaña.—Espulsion de los jesuitas.—Poblacion de la Sierra Morena.—Sitio de Melilla por el emperador de Marruecos.—Piraterías de los argelinos; desgraciada expedicion contra Argel.—Nueva guerra con Inglaterra provocada por esta potencia misma.—Conquistas de los españoles en la Luisiana.—Invasion de los establecimientos ingleses en Honduras; pérdida de San Fernando de Omoa; conquista de la isla de Menorca.—Sitio de Gibraltar; intrepidez del almirante Rodney; la plaza es socorrida; nuevos esfuerzos de sitiadores y sitiados.—Encárgase la empresa al duque de Crillon; sus medidas vigorosas.—Desgraciado proyecto de las baterías flotantes.—Ponen los elementos á la escuadra combinada en el mayor conflicto, y los ingleses se aprovechan de esta circunstancia para socorrer nuevamente á la plaza.—Levanta el sitio el ejército combinado; mudanza del ministerio inglés; anuncios de paz.—Tratado del año de 1783; continuan los argelinos sus piraterías; comete el rey á Don Antonio Barceló el encargo de castigar su audacia.—Bombardeos de Argel; paz con esta regencia.—Vigilancia é infatigable celo del soberano por la prosperidad nacional; canal de Murcia.—Construccion del canal real de Aragon; ereccion del banco nacional de San Carlos y de la compañía de Filipinas; tratado con la Puerta otomana; proyecto de la redaccion de un nuevo código legislativo.—Sensible pérdida de tan digno monarca.

Empezaba la Europa despues de tantas agitaciones y calamidades á repararse de las pasadas quiebras, gustando los saludables frutos de una paz tan deseada, cuando un acontecimiento inesperado volvió á encender la antorcha de la discordia. Federico Augusto II, rey de Polonia, destronado por Cárlos XII, y restablecido por Pedro el Grande, murió en 1733. El trono vacante no solo escitaba la ambicion de los pretendientes, sino que tambien llamaba la atencion de los confinantes interesados en la

quietud de sus estados; y los polacos, siguiendo los movimientos de su turbulenta constitucion, se dividieron en facciones, bien que la mayor parte se declaró por su compatriota Estanislao Leczinsk, que ya en 1704 se habia ceñido aquella corona con la desgracia de ser despojado de ella por la Rusia en 1709. Los rusos y los alemanes hicieron sin embargo al mismo tiempo, que otro partido procediese á nueva eleccion; y el hijo del difunto Augusto, sobrino del emperador Carlos VI, sostenido por un grueso cuerpo de sajones, prevaleció á su concurrente. Diez mil rusos bien disciplinados, descendiendo á la Silesia y fronteras de Polonia, abatieron los bríos del desgraciado Estanislao y de aquella nobleza guerrera, pero sin disciplina, que un esceso de libertad hacia juguete de los acontecimientos. Augusto III triunfó como su padre; y Estanislao se vió sitiado en Dantzik, de donde tuvo la fortuna de salvarse por entre mil peligros. Una casualidad le habia hecho suegro del rey de Francia; y por muy amigo de la paz que fuese el cardenal de Fleuri, ministro de Luis XV, el honor del rey y el del estado le imponian en la opinion pública la obligacion de sostenerle sobre el trono. Encendióse pues de nuevo en 1733 una sangrienta guerra, en que tomó parte el rey Don Felipe, declarándose el de Cerdeña á favor de la casa de Borbon, y manteniéndose neutrales Inglaterra y Holanda.

No es de nuestra inspeccion referir los progresos de las armas francesas por el Rhin y por la Lombardía; mucho ménos cuando victorias mas interesantes nos llaman la atencion. Pasaron á Italia treinta mil españoles bajo la conducta del duque de Montemar, y á las órdenes del infante Don Carlos, duque de Parma, nombrado por su padre generalísimo de las tropas españolas; y este florido y animoso ejército se dirigió contra el reino de Nápoles, penetrando sin obstáculo hasta la misma capital, cuyos habitantes recibieron con el mas vivo entusiasmo al jóven vencedor. Su júbilo creció al extremo, cuando á pocos días recibió el infante un decreto de su padre, por el que le cedia todos los derechos que pudiese tener la corona de España sobre el reino de las Dos Sicilias, con la facultad de coronarse y de constituir monarquía independiente. Habia ya cerca de doscientos y treinta años que el estado napolitano se hallaba reducido á ser una provincia de potencia estrangera, y á estar á la merced de unos vireyes, que se mudaban á menudo, y que no pocas veces preferian sus propios intereses á los de una nacion, cuyo idioma apénas entendian, y que era forastera para ellos. De aquí provinieron tantas revoluciones acaecidas en el discurso de este tiempo, como tambien la decadencia de las ciencias, de las artes, de la cultura, del ingenio y del comercio.

Entre tanto se habian reunido siete mil alemanes en el territorio de Bari; y habiéndose divulgado que presto debian incorporarse á ellos seis mil croatos, creyó necesario Montemar desalojarlos ántes



que se verificase tan peligrosa reunion. Partió pues inmediatamente con quince mil hombres hácia aquel parage, halló á los enemigos atrincherados en las inmediaciones de Bitonto, y atacándolos con singular denuedo, quedó dueño del campo despues de una breve resistencia, que costó á los imperiales mas de dos mil hombres. Banderas, tiendas, artillería, municiones, todo quedó en poder del vencedor; y los pocos alemanes que se libraron de la muerte, quedaron prisioneros, ó tuvieron que salvarse huyendo. A esta señalada victoria se siguió inmediatamente la rendicion de Gaeta, Cortona y Capua, únicas plazas que habian opuesto alguna resistencia, y que faltaba conquistar; y quedando por este medio allanado el reino de Nápoles, se emprendió sin demora la ocupacion de Sicilia. Una escuadra española, compuesta de cinco navios de línea, otras tantas galeras, trecientas naves de transporte, varias balandras y otros buques menores, con veinte mil hombres de desembarco al mando del duque de Montemar, se presentó delante de Palermo, que hallándose sin defensa, reconoció inmediatamente por su rey á Don Carlos. El general español pasó despues á Messina, cuyos habitantes siguieron el ejemplo de los de Palermo; pues su gobernador habia retirado las guarniciones de todas las fortalezas de esta plaza, con el fin de defender la ciudadela, que no se entregó hasta el año siguiente de 1735. Trapani y Siracusa se rindieron pocos dias despues que esta ciudadela; de modo que en toda la isla apenas quedó ni un solo alemán.

1735.

Una resolucion tan repentina inquietó á la Inglaterra y á la Holanda, y empezaron á manifestar recelos del engrandecimiento de la casa de Borbon. Jorge II insinuó á las cortes beligerantes que ya era tiempo de dejar las armas, se constituyó mediador en sus querellas, y corroborando sus instancias con un considerable armamento, declaró que si España y Francia rehusaban convenirse en un tratado de paz general, atacaria unido con la Holanda, en fuerza de sus empeños con la casa de Austria, sus establecimientos en ambas Indias. Del emperador no se dudaba que admitiria desde luego esta mediacion, pues despojado, estrechado por todas partes, y reducido al mayor apuro, era consiguiente que desease poner fin á una guerra que no le ofrecia sino pérdidas y desastres. Francia por su parte tambien se mostraba dispuesta á entrar en negociacion, pues la edad avanzada del pacífico Fleuri, y el vivo deseo de dejar en la nacion un monumento glorioso de su ministerio, adquiriéndole alguna posesion nueva, le estimulaban á aprovecharse en un concierto de la superioridad de las armas francesas, mas bien que á esponerlas á nuevos riesgos con una nacion tan fuerte como la Inglaterra. Pero España se hallaba muy distante de dar oidos á ninguna proposicion ínterin no se le asegurase la posesion de todos los dominios austriacos en Italia. Ya tenia destinado un cuerpo de veinte mil hombres contra la Lombardia; y el duque de Montemar,

animado con la rapidez y felicidad de sus conquistas , amenazaba llevar sus armas hasta las puertas de Viena. El talento y energia de la reina Doña Isabel habian puesto á la nacion en estado de hacer nuevas tentativas ; y el gabinete de Madrid se mantenia en la firme resolucion de arrojar totalmente al *emperador de los términos de Italia*. Con este designio se habia puesto en marcha el *ejército español desde Nápoles* , y pasando por los estados eclesiásticos á la Toscana , se unió con el combinado galo-sardo , que ocupaba á la sazón la Lombardia ; pero mientras se empleaban estos guerreros en la toma de Mantua , empezaron las negociaciones entre las cortes de Viena y de Versalles ; y en 3 de octubre del mismo año de 1735 se concluyó un tratado , á que hubo de acceder la de Madrid , por no quedarse aislada y espuesta al resentimiento de todos. En él se concertó que Estanislao habia de renunciar por segunda vez el trono de Polonia , aunque conservando el título y prerogativas de rey , indemnizándole con los ducados de Bar y de Lorena , que despues de sus dias deberian reunirse á la *corona de Francia*. Que en cambio se cederia la Toscana al duque de Lorena ; pero que esta cesion no surtiria sus efectos hasta despues de la muerte del gran duque Juan Gaston. Que el reino de Nápoles y el de Sicilia quedarian para *Don Carlos* , con la obligacion de renunciar sus derechos á Toscana y Parma , cuyo último estado con el ducado de Plasencia pasarian á la casa de Austria , la cual podria incorporarlos á sus dominios en la Lombardia. Y por último , que al rey de Cerdeña se le adjudicarian los territorios del Tesino , y los feudos de la Longha , del Novarés , del Tortonés , ó del Vigevanasco , á su eleccion.

Así se concluyó esta guerra de dos años con grave sentimiento de Parma y de Toscana , que se veian privadas de un príncipe , cuyas bellas cualidades prometian las esperanzas *mas lisonjeras* , para caer bajo un gobierno que no les anunciaba sino miseria y esclavitud.

Felipe V parecia un príncipe destinado á vivir en continua lucha , pues aun estaban sin cangear las condiciones del tratado anterior , cuando se vió forzado á tomar de nuevo las armas. El gobierno español no podia mirar con indiferencia el considerable contrabando que á la *sombra de ciertos tratados de comercio* con la Gran Bretaña ejercian los ingleses en los puertos de América ; y trató de reprimirle. Se quejó la corte de España , pero no debió obtener la satisfaccion que deseaba ; se multiplicaron los guardacostas para cortar los progresos del desórden ; se apresaron con efecto algunos buques , en lo cual se escederian quizá los límites de la moderacion y de la justicia : inconveniente casi inevitable en semejantes circunstancias ; pero de aquí empezaron á agriarse las contestaciones entre uno y otro gabinete. Felipe V fué sin embargo bastante generoso para ofrecer á la Gran Bretaña , por un tratado concluido en el Pardo , la



indemnizacion de noventa y cinco mil libras esterlinas por los daños que pudiese haber sufrido injustamente; pero aun así no fué posible contener el resentimiento de los ingleses; y la querrela, que habia tenido principio del apresamiento de un barco, se extendió luego á otros objetos de mayor importancia. Empezó á disputarse sobre los limites de la Florida y de la Carolina; los ingleses levantaron el grito, cometieron hostilidades, y como ellas imposibilitaban á

1739. Felipe V para satisfacer la suma prometida, tomaron de aquí un pretexto para declarar la guerra en 1739.

Cuanto mas se examina la naturaleza del comercio, que deberia unir á las naciones entre sí, y que no florece sino á la sombra de la paz, ménos puede comprenderse esta manía de encender, por un objeto de comercio, guerras dispendiosas, cuyas ventajas nunca pueden compensar las pérdidas que ocasionan. Nadie puede estrañar que sobre el particular ocurran algunas disputas; pero que en lugar de terminar amigablemente estas diferencias, sean para las naciones un motivo de recurrir á las armas, parece cosa muy difícil de conciliar con los principios de la razon, de la humanidad y de la política. En esta guerra el almirante Vernon invadió con un poderoso armamento las costas americanas, se hizo dueño de Porto Bello, y arrasó sus fortalezas. Creyó serle igualmente fácil apoderarse de Cartagena de Indias; pero las tropas españolas, acaudilladas por su gobernador Don Sebastian de Eslaba, rechazaron sus ataques con singular denuedo, y le obligaron á abandonar la empresa. Igual suerte sufrió en la isla de Cuba, donde tuvo que reembarcarse precipitadamente con pérdida considerable. No experimentó mejor fortuna otra escuadra inglesa, que se presentó delante de la Guaira y de Puerto Cabello en la provincia de Venezuela, de donde hubo de retirarse bien escarmentada; y en una

1744. batalla naval, que en 1744 se dió en las costas de Provenza, solos doce navíos españoles humillaron la arrogancia de la Gran Bretaña, haciendo frente á cuarenta y cinco ingleses, que hubieron de retirarse muy maltratados, dejando indecisa la victoria.

Durante esta guerra, que casi toda fué marítima, empezó otra por tierra en Italia contra los imperiales. Murió en 1760 el emperador de Alemania Carlos VI, último varon de la casa de Austria, dejando por heredera á su hija María Teresa, gran duquesa de Toscana, que inmediatamente tomó posesion de su patrimonio, y fué reconocida reina de Hungría; pero al momento aparecieron dos competidores, que poniendo en combustion la Europa, redujeron á aquella princesa á la situacion mas crítica. El elector de Baviera pretendia la sucesion en virtud del testamento de Fernando I, y en representacion de su cuarta abuela, instituida en defecto de varones de la casa de Austria. La pretendia tambien el rey de Polonia, elector de Sajonia, alegando los dere-

chos de su muger, hija mayor del emperador Josef, hermano de Carlos VI. Tomó Francia las armas, favoreciendo las pretensiones del elector de Baviera; el rey de Cerdeña se declaró por la reina de Hungría; y aunque Felipe V aspiraba tambien al todo de la herencia por descendiente de la reina Doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, é hija del emperador Maximiliano II, el temor con que verian las potencias europeas á una rama de la casa de Borbon pretender toda la herencia de la de Austria, le obligó á modificar sus pretensiones, limitándose á las provincias que María Teresa poseia en Lombardia, y á establecer en ellas al infante Don Felipe, hijo segundo de su segundo matrimonio, asi como lo habia hecho en Nápoles con el infante Don Carlos.

A fines del año de 1741 partieron á Italia bajo las órdenes del célebre duque de Montemar quince mil hom- 1741.  
bres, los cuales se incorporaron en Orbitello con igual número de auxiliares, que proporcionó el rey de Nápoles; pero precisado aquel digno general á seguir unos planes mal concertados y peligrosos, no pudo impedir que los austro-sardos ocupasen los ducados de Módena y Reggio, cuando á haber tenido libertad para obrar, en una sola campaña, y quizá sin disparar un fusil, hubiera podido apoderarse de toda la Lombardia. Su prudente conducta, que mereció el elogio aun de los mismos enemigos que estaba acostumbrado á vencer, se interpretó siniestramente; y desfigurada por la envidia con los mas feos coloridos, sirvió de pretexto para desgraciarle con la corte, y quitarle el mando del ejército. Tampoco fué mas afortunado el infante Don Felipe, pues debiendo penetrar en Italia por la Saboya, que habia abandonado el rey de Cerdeña por cubrir otros puntos mas importantes, tuvo que contentarse con pasar el invierno en la capital de aquel ducado. El rey Don Carlos se mantenía neutral, pues no habia creído que enviando un cuerpo de tropas auxiliares al ejército de su padre, se le habia de considerar como potencia beligerante; pero los ingleses, á la sazón en guerra con la España, y declarados por la reina de Hungría, se presentaron con una escuadra delante de Nápoles, y amenazaron de bombardear esta capital, si el rey no prometia retirar sus tropas del ejército español. Una hora de término se le concedió para deliberar; y no hallándose Don Carlos en estado de defensa, se vió precisado á ceder á la necesidad, y á firmar la promesa de retirar sus tropas. Tal es la superioridad inherente al imperio de los mares.

En 1743 el conde de Gages, sucesor de Montemar, 1743.  
en cumplimiento de las órdenes de la corte de España, pasó tranquilamente el Tanaro con ánimo de atacar á los austrosardos, llamar por este lado la atención del rey de Cerdeña, y facilitar la entrada en el Piamonte al infante Don Felipe. Noticiosos los enemigos de este movimiento, le esperaron á pie firme en las inmediaciones del lugar de Campo Santo; y allí se dió una san-



griente batalla, que costó muchos guerreros á los dos ejércitos, los cuales ambos se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que los españoles volvieron á Bolonia con las compañías disminuidas y sin oficiales, con carros llenos de heridos, y los equipages desordenados, funestos testimonios del sangriento combate. Conociendo Gages que con las débiles fuerzas á que habia quedado reducido su ejército, ya por esta accion, ya por la retirada de las tropas napolitanas, ya por la desercion, ya finalmente por las dolencias, no estaba seguro cerca de un enemigo, que por el contrario se enrobustecia diariamente con considerables refuerzos, anduvo casi todo un año retirándose, haciendo alto, marchando, y combatiendo por el Bolonés, Ferrarés y Marca de Ancona, hasta que estrechado por el general Lobkowitz á la frente de treinta mil hombres, hubo de refugiarse en el reino de Nápoles, manifestando á Don Carlos los motivos que le habian precisado á violar la neutralidad de sus dominios. El compromiso era de los mas fuertes para este soberano, y dudó por algun tiempo del partido que deberia tomar; pero últimamente, convencido por los movimientos del ejército austriaco de que las intenciones de María Teresa eran apoderarse igualmente de las Dos Sicilias, pensó sin dilacion en prevenirlas, y resolvió pasar en persona á auxiliar al ejército español, reuniendo el suyo para la comun defensa.

Incorporadas las tropas napolitanas con las españolas, y deseando Don Carlos libertar á sus pueblos de las calamidades de la guerra, se introdujo en los Estados Pontificios con ánimo de esperar al enemigo en ellos, é impedirle la entrada en el reino, que al parecer proyectaba. A este fin recogió toda su gente hácia Veletri, estableciendo su cuartel general en aquella ciudad, situada sobre una eminencia á seis leguas de Roma, estendiéndose por aquellos contornos y el monte de los Capuchinos. Lobkowitz se dirigió tambien hácia este punto con resolucion de desalojar al príncipe; pero reconociendo su ventajosa situacion, no se atrevió á embestirle en sus mismas trincheras, y tuvo que contentarse con acampar á la vista, quedando separados ambos ejércitos por un valle profundo. Las escaramuzas eran frecuentes, pero nada decisivas; si bien para Don Carlos no dejaba de ser ventajoso contener al enemigo, y conservar, á pesar de sus esfuerzos, la comunicacion con los paises que tenia á sus espaldas. Así permanecieron por algun tiempo, cuando de improviso Lobkowitz, sugerido por el general Brown, determinó efectuar en Veletri la misma sorpresa que en Cremona habia ejecutado el príncipe Eugenio por los años de 1702; y no hay duda que á haber correspondido el éxito, hubiera concluido gloriosamente la campaña y aun la guerra, quedando dueño del reino de Nápoles y de su soberano. Al amanecer del dia 11 de agosto de 1744 acometieron la ciudad por diferentes puntos seis mil austriacos, conducidos por el mismo Brown;

fueron muertas las descuidadas centinelas, pasados á cuchillo cuantos intentaban defenderse, y los que no se salvaban por la fuga, caian en poder del vencedor. Todo era consternacion, todo terror, solo un momento faltaba para decidir de la suerte; las tropas alemanas inundaban las calles y las plazas, é iban ya á asaltar la morada del príncipe Don Cárlos, cuando este, apénas despierto y mal vestido, tuvo la fortuna de ponerse en salvo por entre los arcabuces enemigos, y refugiarse con el duque de Módena en el monte de los Capuchinos. Perdido este golpe, todo lo demas era de ménos importancia; y por otra parte los austriacos, en vez de perseguir á los fugitivos, se entregaron al pillage tan prematuramente, que volviendo en sí los españoles y napolitanos, dieron sobre ellos con admirable denuedo, sembraron las calles de cadáveres, arrojaron á los agresores, y recuperaron la ciudad. Entre tanto Lobkowitz asaltó con nueve mil hombres los atrincheramientos del monte de los Capuchinos; pero la gente estaba ya sobre las armas, y todas sus ventajas se redujeron á ocupar algunos puestos. El fuego de los españoles fué tan vivo y tan bien dirigido, que cuantos alemanes avanzaban, rodaban muertos hasta el fondo del valle, en términos que, despues de una porfiada lucha, se vió obligado Lobkowitz á retirarse abandonando los puestos ocupados. Concluida la escena, cada una de las partes ensalzaba desmesuradamente las pérdidas de la otra; pero los mas convienen en que los austriacos perdieron dos mil hombres, y el ejército combinado cuatro mil, con once banderas, muchos bagages, utensilios y caballos. La gloria fué igual, porque si no puede negarse á los austriacos el honor de haberse aventurado á una de las mas arduas y memorables hazañas, es preciso conceder tambien á los españoles y napolitanos el de haber sabido defenderse con el denuedo y bizarría correspondientes á tan apurado lance.

Sin embargo, las cosas no por eso mudaron de semblante. Ambos ejércitos permanecieron, por espacio de mas de dos meses, observándose recíprocamente, pero sin intentar accion de consecuencia; hasta que convencido Lobkowitz de la imposibilidad de penetrar en el reino de Nápoles, como vanamente se habia lisonjeado, levantó el campo; y enviando á Liorna los enfermos con dos crecidos cuerpos de tropas, tomó aceleradamente el camino de Roma. El rey de Nápoles, que con tanta constancia habia sufrido tantas incomodidades, léjos de ceder á sus enemigos el lauro, se puso en seguimiento suyo con diez y ocho mil hombres; y aunque se le huyeron de las manos, consiguió ahuyentarlos de los Estados Pontificios.

Entre tanto el infante Don Felipe, á quien el rey de Cerdeña habia arrojado de la Saboya, sostenido por un ejército frances á las órdenes del príncipe de Conti, pasó el Var, rio que divide la Italia de la Francia, sometió el condado de Niza; y forzando los fuertes y terribles atrincheramientos, que en los Alpes se oponian



á sus progresos, franqueó el paso de Villafranca, considerado como una de las mejores barreras del Piamonte, y se introdujo hasta Montalban por entre mil peligros. Allí asaltando con singular bizzarria unas fortificaciones situadas sobre una escarpada roca, consiguió desalojar al rey de Cerdeña, que detras de este puesto animaba con su presencia á las tropas; se apoderó despues de Castel Delfin, penetró hasta Dumont en el valle de Stura, se hizo dueño de esta fortaleza respetable por su situacion, y bien defendida por el arte, desembarazó las llanuras del Piamonte, y puso sitio á Coni.

Tan rápidos progresos por entre obstáculos casi insuperables, y tantos sucesos brillantes inspiraban una engañosa confianza, que se aumentó con una victoria. La guarnicion de Coni, haciendo una salida, atacó á los sitiadores dentro de sus mismas trincheras; y aunque la acertada combinacion de sus planes le aseguraba al parecer la victoria, halló una resistencia que no habia podido figurarse, y se vió en la precision de refugiarse apresuradamente en la plaza, dejando mas de cinco mil hombres en el campo. A pesar de todo, los rigores de la estacion (era por el mes de octubre), las inundaciones y las dificultades que hacen tan peligrosa la guerra de Italia, cuando se tiene por enemigo al señor de los Alpes, obligaron al ejército combinado á levantar el sitio, y á repasar los montes.

Si pudo semejante contratiempo malograr las ventajas de tan gloriosa campaña, no por eso fueron ménos rápidos los progresos de la siguiente de 1745. Génova, que hasta entónces habia observado una escrupulosa neutralidad, precisada á abandonarla por conservar su independenciam política y la integridad de su territorio, hizo un tratado con la España; y las tropas que mandaba el infante, sostenidas por diez mil genoveses, hallaron el paso franco por los estados de esta república para penetrar en Lombardia. El conde de Gages, con órden de la corte de Madrid, despues de haber perseguido á los austriacos hasta Módena, pasó el Apenino, se introdujo tambien en el estado de Génova, y cerca de Alejandria de la Palla se incorporó con el ejército del infante, que ascendió entónces á cerca de noventa mil hombres. Con tan respetables fuerzas rompió por el Tortonés, que en breve quedó reducido á obediencia. Por otra parte, un destacamento de diez mil españoles, entrando en Plasencia sin oposicion, rindió la fortaleza, pasó á Parma, y con la misma felicidad se hizo dueño de esta plaza. Las guarniciones austriacas quedaban prisioneras, ó se ponian en fuga sin aguardar á los vencedores; y los naturales de aquellos ducados, viéndose restituidos á la casa de Farnesio, se entregaban al mas vivo placer. El rey de Cerdeña, fortificado sobre el Tanaro junto á Bisignano, intentó disputar el paso al ejército combinado, y se trabó una accion muy sangrienta; pero al fin

fueron forzados los atrincheramientos, y perseguidos los enemigos hasta Casal y Pavía. Estas dos plazas, la de Valencia, la ciudad de Asti y el Monferrato cayeron en poder de Don Felipe, quien despues de arrojar á los austro-sardos de casi toda la Lombardía, entró en Milan sin resistencia. Era la tercera vez que esta ciudad había mudado de dueño en el corto espacio de nueve años.

Por desgracia en la campaña siguiente de 1746 la reina de Hungría, habiendo hallado medio de desembarazarse de los enemigos que habian tenido ocupadas sus fuerzas por la parte de Alemania, hizo refluir á Italia un considerable número de tropas aguerridas, y ocasionó una nueva revolucion de sucesos. Su primer golpe fué la sorpresa de Asti, en la cual quedaron prisioneros cerca de seis mil franceses; y el ejército combinado, que por cubrir una estension de terreno desproporcionada á sus fuerzas, se encontraba sumamente enflaquecido, no pudo resistir al torrente impetuoso de enemigos, que inundaron toda la Lombardía. Fué preciso evacuar aceleradamente á Milan, Casal, Parma, Guastala; y quanto en la campaña anterior habia conquistado Don Felipe con tan crecidos gastos, y tanta efusion de sangre, todo cayó en poder de los vencedores, poniendo el colmo á los infortunios la desgraciada batalla de Plasencia. Los austriacos, mandados por el príncipe de Lichtenstein, tuvieron la osadía de sitiar al infante, que con las reliquias de sus tropas se habia hecho fuerte en aquella plaza; y como para salir de esta apurada situacion era preciso abrirse paso con la espada, se trabó una sangrienta batalla, en que quedaron dueños del campo los austriacos, perdiendo el ejército combinado muy cerca de nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Ya entónces no quedó otro recurso que una retirada pronta, cuyas disposiciones se dieron; pero estaba tan declarada ya la suerte, que aun la retirada costó una segunda batalla. Cerca del rio Tidona atacaron vivamente los austro-sardos al ejército de las tres coronas, y consiguieron una de las mas ruidosas y completas victorias.

En medio de estos desastres recibió el infante la inesperada y dolorosa nueva de la muerte de su padre Don Felipe V. Un accidente apoplético acabó sus dias casi repentinamente en los brazos de la reina, su esposa, en 11 de julio de 1746, á los sesenta y dos años de edad, dejando penetrada á la nacion del mas vivo sentimiento. Era á la verdad un príncipe bien digno del amor de sus vasallos. Siempre se le encontró dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todos ramos. Restableció la disciplina militar; creó una marina, de que absolutamente carecia á fines del reinado de Carlos II la potencia que mas la necesita; reformó varios tribunales, y fundó establecimientos no ménos conducentes á la utilidad que al lustre de la mo-



narquía. La Real Biblioteca de Madrid, el seminario destinado á la educacion de la nobleza, la academia de la Historia, y la Española, cuyo instituto es la conservacion del puro lenguaje castellano, son otros tantos insignes monumentos de su piedad, providencia y liberalidad verdaderamente regia.

Entró inmediatamente á sucederle su hijo primogénito Don Fernando VI, que desde 1729 se hallaba casado con Doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil. Este soberano, naturalmente propenso á la paz, y persuadido de que España la necesitaba, se dedicó desde luego á proporcionar á sus pueblos tan importante beneficio; si bien no pudo conseguirlo hasta el año <sup>1748.</sup> de 1748, en que por el tratado de Aquisgran ó Aix-la-Chapelle se completó la grande obra de la pacificacion general.

Entre tanto el marques de la Mina, nombrado sucesor en el mando al conde de Gages, conociendo que el ejército del infante no podia subsistir en Italia sin evidente riesgo de perderse todo, le fué poco á poco retirando al Genovesado, al condado de Niza, y á la Provenza, sin poder evitar que la república de Génova, que como ya hemos visto, se habia manifestado aliada de la casa de Borbon, quedase al descubierto. El rey de Cerdeña se hizo inmediatamente dueño de todas sus riberas de poniente; los austriacos se acercaban apresuradamente á las murallas de la capital; y sus habitantes consternados se vieron en la necesidad de implorar la clemencia de los vencedores, sometiéndose á las condiciones mas duras. Orgullosos aquellos por su situacion, abusaron con demasiado rigor del derecho de la victoria; y el pueblo oprimido, y tratado como esclavo, entró en furor, tomó las armas, y con los brios que infunde la desesperacion, se hizo temible en pocos dias á los mismos opresores que le despreciaban. El marques de Botta Adorno, general de los austriacos, que hubiera podido sofocar la fermentacion desde sus principios, dió lugar con su inaccion á que un príncipe Doria, poniéndose á la frente de aquella multitud enfurecida, diese con intrepidez sobre su gente, la desbaratase, haciendo mas de cuatro mil prisioneros, y la obligase á pasar rápidamente el puerto de la Bochetta.

Este inesperado acontecimiento influyó no poco en la invasion de la Provenza, en donde ocuparon los austro-sardos mas de cuarenta leguas de pais, y en donde los españoles y franceses, unidos por el peligro comun, y reforzados con varios socorros, mostraron con denuedo el rostro á los invasores, y los precisaron á repasar el Var contra su voluntad y con bastante pérdida. Los austriacos entónces se arrojaron de nuevo sobre Génova, mandados por el general Scherlemburg, que tenia orden de su soberana para restablecer á toda costa el honor de las armas imperiales. El rey Don Carlos, que creyó ser decoro suyo sostener á aquella república moribunda, la socorrió inmediatamente con hombres, víveres, municiones y di-

nero, y tanto el desesperado valor de los genoveses, como la fuerte situacion de aquella capital, inespugnable mas por naturaleza que por arte, obligaron á los austriacos á levantar el sitio, y á retirarse al Piamonte.

Llegó por fin la época de que las potencias europeas, cansadas de una guerra en que despues de tantas vicisitudes, con increíble efusion de sangre y de inmensos tesoros, se veian cada vez mas distantes de su objeto, tratasen de poner fin á unas hostilidades, que arruinaban á los pueblos sin utilidad conocida. Ocupado el trono imperial por el gran duque de Toscana, esposo de María Teresa; y siendo por la misma razon mas difícil privar á esta princesa de la herencia paterna, parecia que las potencias debian abandonar unas pretensiones irrealizables, y contentarse con aquellas ventajas que pudiesen reportar de una amistosa transaccion. Así, pues, á principios del año de 1748 se convocó un congreso en Aquisgran, en que despues de varias contestaciones, quedó reconocida emperatriz de Alemania la reina de Hungría, recobrando el ducado de Milan; se cedieron al infante Don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala, con la cláusula de reversion á dicha princesa, en caso de que algun dia recayese en él la corona de Nápoles, por pasar Don Carlos á la de España; y se concertaron con la Inglaterra ciertas diferencias que se habian suscitado sobre varios puntos de comercio.

Apénas empezó la España á descansar de las agitaciones y calamidades de la guerra antecedente, convirtió el pacífico monarca toda su atencion á restablecer el comercio, á aumentar la marina, y estender la navegacion; á fomentar las manufacturas, á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales; y en suma á promover las artes y todo lo perteneciente al gobierno económico: tareas propiamente dignas de un soberano, que no perdía de vista la felicidad de sus pueblos, y que hacen mas honor á su reinado que al de otros príncipes muy celebrados sus brillantes conquistas y gloriosas expediciones. Los franceses é ingleses volvieron á encender la guerra en 1756; pero constante  
1756.  
Don Fernando en su saludable sistema, se abstuvo prudentemente de tomar en ella parte, empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio.

Débase á este benéfico monarca el concordato obtenido en 1753 de la corte de Roma, que terminando las antiguas altercaciones sobre el patronato real, le dejó perpetuamente anejo á la corona; y desde entónces quedó asegurado al rey el derecho de presentar para las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España, á escepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la santa sede. Se le debe tambien el establecimiento de la real academia de San Fernando, destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, como tambien la del grabado; pues aunque desde el año de 1744



habia ya aprobado su augusto padre Don Felipe V una junta preparatoria, no se erigió en formal academia hasta ocho años despues, enviándose á Roma algunos discípulos de ella para adiestrarse, así como á Paris algunos jóvenes pensionados por el real erario para perfeccionarse en el grabado de láminas y sellos, y en la delineacion de mapas geográficos. La salud pública le debe el establecimiento de un jardin botánico, ó de plantas medicinales, para la enseñanza de la juventud dedicada á tan interesante estudio; y por último, no omitiendo su celo, verdaderamente paternal, medio alguno de fomentar la instruccion de sus vasallos, hizo viajar fuera de España, á sus espensas, sugetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones, que adquiriesen nuevas luces, y se hiciesen por este medio mas útiles á la patria.

Tales eran las ocupaciones de tan digno monarca, cuando de resultas de la pena que le causó la pérdida de la reina su esposa, que falleció en 27 de agosto de 1758, le sobrevino una larga y penosa enfermedad, de que murió en 10 de agosto de 1759  
 1759. sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos, que le habian considerado siempre como un númen tutelar destinado á hacer la felicidad de la España, solo pudieron enjugarse con el consuelo de que habia de sucederle un hermano igualmente benéfico y amable, que en Nápoles habia ya sabido acreditarse verdaderamente digno del cetro.

Cárlos III, convencido por el escrupuloso exámen de varios médicos y ministros de su corte de la absoluta incapacidad de su hijo primogénito el infante Don Felipe, que afligido desde la infancia de continuos insultos de epilepsia, se hallaba sumergido en la mas lamentable estupidez, cedió con pública solemnidad la corona de las Dos Sicilias á su hijo tercero Don Fernando, en quien por consiguiente se habian traspasado los derechos de segundo; y ciñéndole la misma espada que habia recibido del rey Don Felipe al subir á aquel trono, le dijo estas notables palabras: « Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V, vuestro abuelo y mi padre, Este me la dió á mí, y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion y de vuestros vasallos. »

Hizose á la vela de Nápoles para España la escuadra que conducia al nuevo soberano con la reina, su esposa, Doña María Amalia Walburgo, al principe de Asturias Don Cárlos Antonio, y á la demas familia real, quienes desembarcaron felizmente en el puerto de Barcelona, entre los alegres y festivos aplausos de los moradores de esta populosa ciudad. En ella apénas se detuvo el rey mas tiempo que el necesario para hacer como el primer ensayo de su clemencia, de su bondad y de su beneficencia, confirmando á aquellos naturales una gran parte de los privilegios que habian gozado ántes de la rebelion de 1640, y de las guerras de sucesion. Continuó su viaje por Zaragoza á Madrid, y las públicas demostraciones de

gozo y de ternura con que fué recibido en la corte acreditaron bien las justas esperanzas que habian fundado sus nuevos vasallos en la sabia administracion y admirable conducta del monarca.

En efecto, luego que empezó á dirigir los negocios políticos, hizo comprender cuan vivamente deseaba desterrar la perniciosa languidez, que casi sin poder evitarlo se habia difundido durante la dilatada enfermedad de su difunto hermano. Dejó en sus respectivos cargos á todos los antiguos empleados que no desmerecian su confianza; y para consolidar mejor la de sus vasallos, mandó publicar un decreto, arreglando el modo con que queria se pagasen las deudas de Felipe V su padre, y consecutivamente una nueva declaracion sobre el pago de las de la corona, que debia servir de norma para liquidar enteramente las de Carlos I, Felipe II, III y IV, y de Carlos II, las cuales ascendian á sumas inmensas, que en gran parte absorbian las mejores rentas. Una economía sabia y bien arreglada es tan útil á los estados como á las familias. Varias tierras las mas pingües y feraces yacian inculcas, á consecuencia de la dura calamidad de unos años demasiado escasos, que habian privado á los labradores, particularmente de Andalucía, Murcia y Castilla la Nueva, hasta de lo necesario para sembrar; pero el pródigo y magnánimo Carlos, persuadido de que la agricultura es la fuente de la verdadera riqueza de los pueblos, no solo perdonó á aquellos colonos la considerable suma con que debian satisfacer al real erario los empréstitos de granos y dinero que habian recibido desde el año de 1748 hasta el de 1754, sino que á sus expensas hizo conducir de paises extranjeros gran cantidad de granos, que distribuyó con generosa mano, para que pudiesen continuar y acrecentar sus sementeras. Convirtió despues sus cuidados al fomento de la marina, que habia encontrado en un pie bastante floreciente; y la nacion aplaudia las justas disposiciones de su monarca, constantemente atento á restituir á la España aquel poder é influencia que habia tenido en los tiempos mas floridos.

Entre tanto la guerra suscitada en 1756 continuaba con furor increíble de la una á la otra estremidad del orbe. Los ingleses y franceses se combatian desesperadamente en el vasto espacio de los mares; pero habian conseguido los primeros tal superioridad sobre estos, que la marina francesa se hallaba casi aniquilada por repetidos descalabros y multiplicadas desgracias, y además del Canadá, Cabo Breton y la Martinica, casi todos los establecimientos del rey Cristianísimo en América estaban para caer en manos de los afortunados bretones. Esta nacion, orgullosa con sus victorias, parecia amenazar tambien á los establecimientos españoles, pretendiendo disponer despóticamente del comercio de los vasallos del rey Católico. Ya las naves españolas habian sufrido repetidas veces la vejacion de ser detenidas, registradas, y en ocasiones despojadas con un pretesto ú otro; y Don Carlos, sin embargo de que



hubiera deseado conservar la neutralidad que habia observado religiosamente, se vió en la precision de tomar las armas para vengar los insultos hechos á su pabellon, y poner á cubierto sus dominios de América. A consecuencia, en 1761 se firmó en Madrid un tratado de amistad y union llamado *pacto de familia*, que tenia por objeto una recíproca defensa entre la Francia y la España; en el año siguiente se declaró formalmente la guerra; se espidieron las órdenes correspondientes para hacer salir al mar con la brevedad posible todas las fuerzas navales; se fortificaron los puertos mas importantes de la Península; y últimamente, para quitar á los ingleses el abrigo de los de Portugal, sobre cuyo gobierno ejercia el gabinete de Lóndres una influencia ilimitada, se le convidó á entrar en la liga, bajo el supuesto de que se le trataria como enemigo á no acceder á ella.

Sin embargo nada pudo obligar al rey de Portugal á que abandonase los intereses de su aliada la Gran Bretaña, aunque procuró deslumbrar al gabinete de Madrid con frívolos pretextos; pero finalmente, convencido Cárlos III de cuan infructuosos eran sus amistosos oficios, ordenó á sus tropas que invadiesen aquel reino. Los españoles penetraron libremente hasta Miranda, ciudad de la frontera, que cayó inmediatamente en su poder; de aquí se avanzaron á la provincia de Tras-os-Montes, cuyos naturales, habiéndose sujetado primero, y sublevándose despues, fueron tratados con el mayor rigor; pero cuando á vista del odio inveterado de los portugueses á los castellanos debia esperarse alguna accion ruidosa, se redujo casi toda la campaña á pequeñas escaramuzas con suceso vario. No obstante, la corte de Lisboa, persuadida de su inferioridad, pidió auxilio á la Inglaterra, que inmediatamente le proporcionó diez mil hombres al mando del conde de la Lipa Buklemburgo, guerrero formado en la escuela del gran Federico II. Este experimentado general, que era sin duda muy capaz para reparar las quiebras padecidas, y volver por el honor de las armas portuguesas, pretendió interceptar los víveres al ejército español, y lo consiguió en parte; pero no pudo impedir que el marques de Sarria, general de las tropas, derrotase completamente un destacamento de cinco mil hombres, apostados ventajosamente en Villaflor, haciéndose despues dueño de la ciudad de Mancorvo, ni que cayese luego en poder de los españoles la importante plaza de Almeida, que franqueaba el camino á lo interior del reino, y hasta la misma capital.

Pero como los sucesos de una guerra participan necesariamente de la inconstancia de la suerte que los preside, en medio del júbilo de la corte de Madrid por tan singulares ventajas, se recibió la infausta noticia de que los ingleses, con una poderosa armada. bajo la direccion del almirante Pocock, habian invadido la isla de Cuba, y ocupado á viva fuerza su capital la Habana, considerada como la

llave de las Indias españolas. Cuando se declaró el rompimiento entre Lóndres y Madrid, los ingleses se encontraban ya apercebidos para obrar desde luego con toda actividad; y por el contrario las providencias de Don Cárlos, ó por la distancia llegaban tarde á los países de la América, ó se ejecutaban con lentitud, quizá por no considerarse tan próximo el peligro. El gobernador de aquella plaza, Don Juan de Prado, se defendió, no obstante, con singular intrepidez por espacio de veintinueve dias; pero al cabo se vió precisado á capitular, cediendo al almirante enemigo, ademas de los ricos tesoros que se conservaban en ella, esperando una ocasion favorable de remitirlos á España, nueve bajeles de línea de setenta cañones y tres fragatas: pérdida inmensa é irreparable en tan críticas circunstancias. A esta desgracia se siguió pocos meses despues la conquista por los mismos ingleses de la riquísima ciudad de Manila, del fuerte de Cavite, y seguidamente de todas las islas Filipinas; y ademas cayó en su poder un galeon que habia salido de Acapulco cargado de efectos y dinero, cuyo valor ascendia á tres millones de pesos fuertes. En medio de la afliccion que no podian ménos de causarle estos desastres, descubrió el monarca español toda la grandeza de su alma: pues léjos de suspender los designios que habia formado, se dispuso á proseguir con mas vigor la guerra, para resarcir por tierra las pérdidas dolorosas acaecidas en el mar; y el amor que en tan apuradas circunstancias le manifestaron sus vasallos, le infundió nuevos alientos, y dulcificó en gran parte las amarguras que padecia su corazon.

Si los atrevidos comandantes británicos amenazaban desembarcar en las costas de la Península y dejarlas arrasadas, tambien la nobleza de Granada, las de Murcia, Valencia, Cataluña y la isla de Mallorca, inflamadas del mas vivo entusiasmo, dirigieron al trono representaciones enérgicas, en que brillaba el fuego de la nacion española, pidiendo á su soberano que confiase la defensa de sus respectivos países, y tomando á su cargo acreditar á los ingleses, que aun no se habia estinguido en los pechos de sus naturales aquel espíritu que les habia sido tan fatal en otros tiempos. Aceptó el rey con singular complacencia este rasgo de patriotismo y de lealtad; pero por fortuna no se vió en la necesidad de aprovecharse de él, habiéndose concluido improvisamente la paz entre las cortes borbónicas y la Gran Bretaña á fines de 1762. El duque de Choiseul y el de Bedford se habian unido para con- 1762.  
vencer á los gabinetes respectivos de Versalles y Saint James, de que la guerra entre las potencias mas poderosas solo servia para enriquecer á las pequeñas, mientras se arruinaban mutuamente. Convino gustoso Don Cárlos en las proposiciones hechas, pues, como escribia á su plenipotenciario el marques de Grimaldi, *mas queria ceder de su decoro, que ver padecer á sus pueblos; y no seria ménos honrado, siendo padre tierno de sus hijos.* En fuerza de este tratado



la Francia y la Gran Bretaña se restituyeron recíprocamente gran parte de sus conquistas, y España recobró cuanto había perdido en la isla de Cuba, con la plaza de la Habana en el mismo estado en que se hallaba; pero hubo de ceder la Florida á la Gran Bretaña bajo ciertas y determinadas condiciones, y restituir al rey de Portugal todas las plazas y demas ocupado en esta guerra.

Constantemente desvelado Don Carlos por la prosperidad de sus vasallos, creyó no poder jamas hacer mejor uso de la paz, que convirtiendo esclusivamente su atencion hácia los planes que tenía ideados, para propagar en sus reinos la agricultura, la industria y el comercio. No dejó de ocasionarle amargura la mala inteligencia de algunas gentes mal aconsejadas, que cuando su soberano se ocupaba solo en hacer sus delicias, y procurarles una dicha permanente, intentaron perturbar el sosiego público; pero conociendo Carlos III que en un padre de sus pueblos la dulzura sola basta para reducir los ánimos á su *deber*, y siguiendo su carácter naturalmente manso y apacible, se mostró á sus vasallos, y quedó restablecido el orden y la tranquilidad. Sin embargo, este acontecimiento pudo influir no poco en la espulsion de todos los religiosos de la compañía llamada de Jesus, que se verificó en el año 1767.

La actividad, el celo y sabias disposiciones de tan digno monarca no podian ménos de tener una ventajosa trascendencia en las clases subalternas del estado: todas se disputaban el honor y la gloria de coadyuvar á sus benéficas intenciones; se erigieron varios establecimientos públicos, que harán perpetuamente honor á su reinado, y entre ellos se distinguió la real Sociedad Económica matritense, cuyos individuos quisieron decorarse con el apreciable título de *Amigos del pais*, y cuyo instituto tiene por objeto el fomento de la economía rural, de la industria, de las artes y de la poblacion, sirviendo de ejemplo y modelo este cuerpo patriótico á la ereccion de otros muchos, algunos de los cuales sobresalen en la utilidad pública de sus tareas. Un vastísimo espacio de terreno fértil, situado cerca de las montañas llamadas Sierra Morena, despoblado, casi inculto desde el tiempo de los reyes austriacos, y que solo servia de abrigo á foragidos y animales feroces, se vió muy en breve trasformado en apacible morada de hombres honrados y laboriosos, atraidos de paisés estrangeros por la munificencia del rey, para que poblándole de nuevo, le hiciesen al mismo tiempo fecundo con ventaja comun; estendiendo su generosidad hasta proveer á estas gentes de habitaciones, ganados, capitales, viveres y otros ausilios, que jamas les faltaron hasta que pudieron vivir cómodamente con el fruto de su aplicacion y trabajo.

Otro de los cuidados que ocuparon la atencion de este infatigable monarca fué el arreglo de la moneda, que tanto influye en el comer-

cio, y en el mayor ó menor precio de las mercaderías. Las monedas, tanto de oro como de plata, que circulaban por los dominios de España, se hallaban sumamente desgastadas con el uso de un crecido número de años, y por consecuencia disminuido su justo peso y valor intrínseco. En tiempo de Carlos II se habia introducido otra moneda de inferior calidad, de cuyas resultas escarmetados los pueblos, miraban con desconfianza cualquiera novedad en esta materia; y esto ocasionaba todos los dias graves inconvenientes; pero sin embargo, conociendo Carlos III la importancia de mantener el crédito público, dispuso que toda la moneda antigua se llevase al erario real, y se cambiase por la nueva acuñada para este efecto de mas ley, hermosura y comodidad. Esto no podia hacerse sin que el príncipe perdiese de sus intereses; pero léjos de detenerse por esta consideracion, quiso con liberalidad propiamente real, que todos los gastos del cuño cediesen en perjuicio de sus mismas casas de moneda.

No por dedicarse con tanta intension Carlos III á promover las artes de la paz, dejó de estender su vigilancia al fomento de las de la guerra, como tan importantes para asegurar á la monarquía su independenciam y seguridad. Mejoró la milicia, acostumbrándola á la nueva táctica adoptada en sus tropas por las potencias europeas sobre el pie de las de Prusia, que pasaban por las mejores de todas. Aumentó sus fuerzas navales haciendo construir en los arsenales de América un gran número de navíos de línea, y logró la satisfaccion de ver su marina en el pie mas floreciente que jamas habia tenido hasta entónces, ya por el número de buques, ya por lo bien equipados. Se pusieron tambien las plazas en el mejor estado de defensa, tanto con respecto á las fortificaciones, como á las guarniciones, artillería y demas aprestos militares; y en una palabra, Carlos III, sin abandonar su sistema de economizar cuanto fuese posible la sangre y las facultades de sus vasallos, procuró ponerles á cubierto de cualquiera agresion imprevista.

Tuvo la felicidad de conservarse en paz hasta el año de 1773, en que el emperador de Marruecos, violando páfidamente los tratados que tenia concertados con España, em-  
 1773.  
 bistió con un poderoso ejército la importante plaza de Melilla, situada en las costas africanas. Los conocimientos que en esta espugnacion manifestaron los marroquíes persuadieron á que algun europeo dirigia sus operaciones, y aun se esparcieron rumores de que los ingleses habian soplado el fuego de esta guerra, con el fin de que precisado Don Carlos á atender á los negocios del Africa, no pudiese convertir su atencion á los de América, ni diese auxilio á las colonias británicas de la parte setentrional de aquel nuevo mundo, que habian tomado las armas por sacudir el yugo de su metrópoli. Sin embargo, el comandante de la plaza, Don Juan Sherloch, se defendió con singular denuedo, y rechazó varonil-



mente los asaltos de los africanos. Igual suerte experimentaron en el sitio de la célebre fortaleza marítima llamada el *Peñon de los Velez*, defendida por Don Florencio Moreno. Despues de cuatro meses empleados inútilmente, y con gran pérdida de gente y artillería, desesperados y confusos los moros, hubieron de desistir del empeño, y retirarse á sus hogares, con mucha gloria para las armas españolas.

Con este motivo pensó entónces el gabinete español en abatir la insolencia de los argelinos, que orgullosos infestaban con sus piraterías el Mediterráneo, y en especial las costas de Andalucía, Valencia y Cataluña. La empresa era de las mas arriesgadas, y en vano habia sido intentada varias veces, porque Argel, situada en la costa de un mar casi siempre borrascoso, y resguardada de este modo por la naturaleza misma, ofrece por esta parte dificultades casi insuperables; y por la de tierra, ademas de ser arriesgadísimo el desembarco, es casi inevitable el peligro de ver perecer de sed á las tropas por la suma escasez de agua. Ademas, los comerciantes marseleses, holandeses é ingleses surtian continuamente á los argelinos de armas y de municiones, con el objeto de hacerlos cada vez mas temibles, y obligar á los comerciantes de las demas potencias á valerse de sus bastimentos exclusivamente para el transporte de sus géneros y mercaderías. Sin embargo, resuelta la jornada, empezaron á verse en las provincias y puertos de la Península desusados aprestos militares; se reclutaron, se alistaron, y se pusieron en movimiento las mas floridas tropas; se equiparon perfectamente de cuanto era necesario naves de guerra, fragatas y otros buques menores; y con estraordinaria celeridad quedó preparada una escuadra de casi cuatrocientas velas, sin contar un crecido número de naves ausiliares toscanas, maltesas y napolitanas, que se incorporaron posteriormente. Presentóse este formidable armamento á la vista de Argel, despues de haber luchado largo tiempo contra las tempestades, contra los vientos y contra las corrientes; pero mal podian esperarse resultados favorables de una expedicion, en que los generales encargados de ella se hallaban discordes sobre el modo de ejecutarla. Los enemigos de la España, por otra parte, habiendo penetrado muy desde luego el objeto, suministraron previamente á los argelinos cuanto necesitaban para fortalecerse y hacer una defensa vigorosa; y así, aunque las tropas intentaron el desembarco sobre la playa, apenas pusieron el pie en tierra, se vieron precisadas á retroceder con bastante confusion. Ocho horas duró, sin embargo, el sangriento combate, sin que los españoles, espuestos al terrible y bien dirigido fuego de los moros, pudiesen adelantar un palmo de terreno, hasta que por fin el general, no queriendo ver sacrificado inútilmente aquel ejército valeroso, dispuso su reembarco, que se ejecutó con bastante riesgo y pérdida; pues toda retirada hecha con

1775.

precipitacion, y en presencia de un enemigo vencedor, ha de costar precisamente mucha sangre. Quedaron en el campo cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos: la escuadra dió vuelta á España con tan infausta nueva; y fué preciso reservar la ejecucion de la empresa para ocasion mas oportuna; pero entre tanto Carlos III, superior á este contratiempo, dispuso que una fuerte armada de navios de línea, fragatas y jabeques continuasen cruzando á lo largo de las costas de Berbería, para impedir la salida de aquellos puertos á sus corsarios y atacar y echar á pique á cuantos quisiesen entrar en ellos, persiguiéndolos con ardor por todas partes si tenian la osadía de presentarse.

Pocos años despues se encendió la famosa guerra entre la Inglaterra y la Francia, con motivo de la propension que el rey Cristianísimo Luis XVI habia manifestado á favorecer la insurreccion de las colonias americanas; y el gabinete de Versalles apuró todos los recursos de su política para inducir á Carlos III á que tomase parte en ella en virtud del pacto de familia, persuadiéndole á que habia llegado el momento de humillar el orgullo de aquella nacion, que se habia arrogado el dominio de los mares. No era el monarca español el ménos interesado en que esto se verificase, y por otra parte deseaba con ansia una ocasion de arrancar del poder de aquellos insulares los puertos de Gibraltar y Mahon, perdidos desgraciadamente en la guerra de sucesion de Felipe V; pero temia comprometer su reputacion, uniéndose con Francia, que aunque potencia poderosa, no se hallaba en disposicion de sostener á un mismo tiempo, y con igual actividad y vigor, la guerra maritima y la continental que agitaba á la Alemania, y en que habia tomado partido. Sin embargo, la conducta de la Gran Bretaña acabó de decidirle. Los ingleses, á pretesto de que en los puertos españoles se habia dado acogida á los buques mercantiles y de guerra, que navegaban con la nunca vista bandera americana, se atrevieron á insultar al pabellon español, ya visitando y saqueando las naves de esta potencia, ya atacándolas en plena paz, y ya interceptando la correspondencia ultramarina. Sus escuadras amenazaban insolentemente á los dominios de la corona en América; en algunos puntos habian llegado á las vias de hecho; y la pérfida política con que se manejaba en aquella época el gabinete de Saint James habia soplado el fuego de la sublevacion en algunas naciones indias, pacíficas habitadoras de la Luisiana. Tantos, tan repetidos agravios, y de tal entidad, exigian una satisfaccion, y Don Carlos se vió en la precision de abandonar sus disposiciones pacíficas por vindicar el honor de su corona, el decoro de su propia dignidad personal, y dispensar á sus vasallos la proteccion que reclamaban justamente.

Por desgracia las primeras operaciones de esta guerra no fueron muy lisonjeras para España, pues los ingleses, con fuerzas inferiores, y sin entrar en accion, no solo burlaron los esfuerzos de toda



una escuadra de mas de cincuenta y dos navíos franceses y españoles, que pretendia enseñorearse del canal de la Mancha, é interceptar su comercio, sino que aprovechando los vientos que suelen reinar en aquellas aguas procelosas, introdujeron á su vista, y sin poderlo impedir, dos ricos y numerosos convoyes procedentes de las Antillas. En América hubo bastante variedad en los sucesos, aunque por lo general fueron mas felices. Don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, á la frente de dos mil valientes guerreros, cuerpo respetable en aquella parte del mundo, distinguió las armas de su soberano, tomando á los ingleses los fuertes de Misilimakinak, Panmure y el de Batonrouge, de suma importancia y difícil acceso por su situacion; reuniendo por este medio á los dominios españoles un pais de cuatrocientas y treinta leguas sobre el Misisipi, muy fértil y rico por su gran comercio de peletería. El éxito feliz de esta primera tentativa le animó para nuevas empresas, y pensó en despojar á los ingleses de los dos fuertes de Mobila y Panzacola. El primero hizo poquísima resistencia, y capituló muy desde luego; y aunque el segundo se defendió por algun tiempo, al cabo la guarnicion no tuvo otro recurso que entregarse prisionera de guerra. Desde el principio de esta hasta el dia de la rendicion habian gastado los ingleses mas de diez mil libras esterlinas en las fortificaciones de esta plaza; se valuaron en mas de un millon y medio de pesos fuertes las obras construidas desde que la tenian en su poder; y se encontraron ademas en ella ciento ochenta y nueve piezas de artillería, con muchas municiones y víveres. De este modo volvió Panzacola á poder de la España, como habia estado ántes de cederse á la Inglaterra por el tratado de 1762, y con ella todo el vasto continente de la Florida occidental, que está al levante del rio Misisipi; pero como en la guerra se ve muy pocas veces un bien que no venga seguido de una desventura, los ingleses lograron por su parte apoderarse del fuerte de San Juan, que les abria el camino para la Nueva Granada, aunque por su distancia de los establecimientos británicos, les era mas embarazoso que útil.

Al mismo tiempo Don Roberto de Rivas, gobernador interino de la provincia de Yucatan, atacó los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras, en donde se les habia concedido por un artículo del último tratado la libertad de cortar palo de tinte, edificando para abrigo de los que se empleasen en esta fatiga solamente chozas, pero de ningun modo fortines; bien que los ingleses, saliendo de la Jamaica, á las órdenes de los comandantes Dalrymple y Luttrell, marcharon apresuradamente contra los españoles, y miéntras se ocupaban estos en aquellas conquistas, se apoderaron de la plaza de San Fernando de Omoa, que es la llave de la bahía de Honduras, y cuyo puerto sirve de escala en tiempo de guerra á las naves de registro, que conducen desde Guatemala los tesoros de la Amé-

rica española. Esta pérdida fué de mucha consecuencia por las circunstancias que la acompañaron; pues además de que el punto era muy importante, sus fortificaciones habian costado sumas inmensas al erario; y aunque los ingleses solamente hallaron ocho mil pesos fuertes en la caja militar, se regularon en tres millones los que contendrian las naves de registro que apresaron en el puerto, sin contar el valor de las producciones de la América, ni doscientos y cincuenta quintales de plata labrada que habia sido conducida de Europa. Por fortuna, Rivas, apénas supo tan infausta nueva, partió á marchas forzadas á arrancarles de las manos tan interesante presa; y se pasaron pocos meses hasta que los ingleses, viéndose sin arbitrios para prolongar la resistencia, hubieron de evacuar el fuerte, que los españoles ocuparon inmediatamente.

Bien conocian las dos cortes aliadas que era de suma importancia hacer la guerra con el mayor vigor en América, donde era posible estender sus conquistas, y arrojar finalmente á los ingleses del golfo Mejicano, en que se habian mantenido tantos años; pero Carlos III no podia tampoco perder de vista el recobro de unas plazas tan importantes como Gibraltar y Mahon. La espedicion destinada contra esta última, á las órdenes del duque de Crillon, ocupó desde luego toda la isla de Menorca, á escepcion del fuerte de San Felipe, al cual se puso inmediatamente sitio, cuidando de asegurar todas las calas ó senos del mar, por donde su gobernador Murray hubiera podido recibir refuerzos. Seria molesto describir menudamente todos los acontecimientos de este asedio, la intrepidez de los agresores y defensores, la pericia de los ingenieros, y sobre todo la direccion de los jefes principales. Baste decir que despues de una porfiada y vigorosa resistencia de mas de ocho meses, en que sitiadores y sitiados dieron señaladas pruebas de su valor, se vió la plaza en la necesidad de rendirse, como lo ejecutó en 4 de febrero de 1782, quedando el general enemigo

1782.

prisionero de guerra con toda la guarnicion. De este modo volvió Menorca al dominio español reinando Carlos III, despues de haber estado separada de él por espacio de setenta y cuatro años. Los isleños conservaron sus propiedades y privilegios; y fueron convidados á disfrutar de la bondad del soberano hasta aquellos que estaban armados con bandera enemiga para hacer el corso.

Conquistado Puerto Mahon, pasaron las fuerzas combinadas españolas y francesas á estrechar mas á Gibraltar, bloqueada hacia casi dos años. El valeroso comandante Don Antonio Barceló se habia dedicado desde luego á impedir la entrada á los socorros que por el mar podian recibir los sitiados, apresando é interceptando todos sus convoyes; pero los que conozcan la situacion de Gibraltar, de su bahía y de las corrientes de aquel estrecho, sujeto á tanta variedad de vientos, no se admirarán de que los sitiados recibiesen de tiempo en tiempo auxilios, ya de los argelinos, ya de



otras naciones neutrales. Todo esto ocasionaba frecuentes y singulares encuentros, en los cuales mostraron los españoles su acostumbrada bizarría; pero aunque apresaban algunas naves pequeñas, que entraban y salían del puerto, no alcanzaba toda su vigilancia á estorbar que se introdujesen algunos refrescos. El gabinete inglés habia formado empeño en la conservacion de Gibraltar; y conociendo que necesariamente padecería suma escasez de municiones y de víveres, confió al almirante Rodney la atrevida y peligrosa empresa de socorrer la plaza á todo trance. Los españoles, para cerrar la entrada á los socorros, habian formado un campamento en San Roque, que la cercaba por la parte de tierra, y la abrasaba con el fuego de sus baterías; y por la parte del mar, Don Antonio Barceló en el Mediterráneo, y Don Juan de Lángara en el Océano, interceptaban todos los bastimentos que se presentaban; pero á pesar de todo, el intrépido inglés, arrollando la escuadra de Lángara, que á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, se batió con singular denuedo, penetró en Gibraltar con ciento y ocho transportes cargados de tropas, víveres y municiones, de los cuales gran parte pertenecía á un convoy español que habia apresado en el camino.

Desconcertados por este medio los planes de los sitiadores, y reanimados los bríos de la guarnicion, las potencias aliadas se hallaron cada vez mas distantes de su objeto. Redoblaron sus esfuerzos, los sitiados redoblaron igualmente su constancia; y el sitio de esta plaza se hizo uno de los mas memorables que nos describen las historias antiguas y modernas. En efecto, quizá ninguna de las muchas célebres fortalezas, rendidas al valor de diferentes naciones, presentó jamas á sus sitiadores tantas dificultades. Al cabo de un gran número de meses de fuego continuo, habian sufrido algun daño uno ú otro edificio de la poblacion; pero las fortificaciones, invencibles por la naturaleza, é insuperables por su difícil acceso, no habian padecido la mas mínima lesion. La escuadrilla ligera, mandada por Barceló, hizo todo lo posible para bloquear la plaza por la parte del mar; pero á pesar de su diligencia, jamas pudo conseguir cerrar perfectamente todas las entradas á los refuerzos y auxilios procedentes del Africa y de las costas de Italia. Por otra parte el gobernador Elliot era un oficial muy activo, infatigable, lleno de sangre fria, y al mismo tiempo de un valor heroico, excelente ingeniero, fecundo en expedientes, y poseia ademas el arte de hacerse amar de todos sus subalternos. Un hombre de estas cualidades casi siempre es invencible. Creyeron los españoles mudar de fortuna, mudando de director en la empresa; no porque su jefe Don Martin Alvarez dejase de ser un militar de mucho mérito, y no hubiese hecho hasta entónces su deber en el mando, sino porque se pensó que el conquistador de Menorca infundiría mayor confianza á las tropas.

Pasó con efecto el duque de Crillon al campo de San Roque con un crecido número de tropas, y empezó desde luego á tomar las medidas mas vigorosas para estrechar el bloqueo. Las baterías reforzadas con numerosa artillería vomitaron un fuego tan infernal, que parecia imposible pudiesen resistirle mucho tiempo los sitiados; pero en realidad la plaza sufria muy poco daño, porque puntualmente en la parte por donde la batian era mayor la elevacion del peñon sobre que está situada. Un oficial frances, llamado M. d'Arson, concibió el proyecto de construir unas baterías flotantes para combatir diametralmente el nuevo muelle, que está de la parte del mar, y que á pesar de sus obras parecia uno de los parages mas débiles; y abierta brecha, dar entónces el asalto mas sangriento. Agradó la idea, fué abrazada casi generalmente por todos, y con infinitos y exorbitantes gastos, y un trabajo continuo de muchos millares de brazos, se construyeron estas máquinas destructoras, que con efecto se hallaron ágiles, prontas y con resistencia al cañon como una nave de setenta. En toda Europa no se hablaba de otra cosa que del terrible asalto que amenazaba á la plaza; se hacian considerables apuestas sobre la posibilidad de su espugnacion; y era ciertamente admirable ver á los hombres disputar sobre este objeto, y llegar hasta á tratarse indecentemente, segun las pasiones ridiculas y el fanatismo de que estaban agitados.

El dia 13 de setiembre de 1782 fué el escogido para la atrevida empresa. Al tiempo que la artillería de la línea hacia sobre la plaza un fuego de los mas terribles, salieron las baterías con un viento fuerte, y con heróica intrepidez se situaron algunas á trecientas toesas de las fortificaciones enemigas. Su vivo y bien ordenado fuego empezó desde luego á anunciar un éxito feliz; y de un instante á otro se esperaba ya ver abierta una espaciosa brecha, cuando las baterías de la plaza, fulminando contra ellas una multitud de balas rojas de grueso calibre, dejaron en breve tiempo reducido á cenizas todo aquel armamento, que habia absorbido sumas tan inmensas. Para colmo de los infortunios, desde aquel dia aciago reinaron unos temporales tan borrascosos, que en la noche del 10 de octubre quedó destruido todo el campamento á la violencia de una horrible tempestad, que se llevó la mayor parte de las tiendas, y puso á la escuadra combinada en el conflicto de estrellarse contra la costa, ó de chocar los navíos unos con otros. Precisamente fué esta la ocasion que eligió el almirante inglés Howe para socorrer á la plaza de hombres y de víveres, y aprovechándose despues de un viento fuerte de levante, volvió á pasar el estrecho á los tres dias con igual felicidad, sin que pudiesen empeñarle en una accion decisiva las escuadras combinadas, que á favor del mismo viento le fueron dando caza con treinta y dos bajeles de los mas valerosos. Parecia la Gran Bretaña un plantel inagotable de grandes marinos,



todos valientes, todos consumados en el arte de la guerra, y capaces todos de desempeñar las comisiones mas arduas. Socorridos los sitiados tan oportunamente se consideraron ya superiores á todos los esfuerzos del ejército combinado; y este, finalmente, convencido despues de tantas fatigas y trabajos del ningun fruto de sus tentativas, levantó el sitio, que fué el décimotercio que habia sufrido esta plaza construida en tiempo de los moros.

A pesar de todas estas ventajas, la nacion inglesa estaba muy distante de poder considerarse vencedora. Sus almirantes habian reportado algunos triunfos; pero su comercio se hallaba entorpecido, su deuda habia crecido horriblemente, y recargados los pueblos con enormes impuestos clamaban por la paz. Mudóse en tales circunstancias su ministerio; el impetuoso y sanguinario lord Pitt fué reemplazado por el sabio y moderado marques de Rockingham; se cambió por consiguiente todo el sistema del gabinete británico; y las potencias aliadas, que igualmente deseaban poner fin á una contienda tan porfiada y ruidosa, no pudieron ménos de ver con complacencia las pacíficas disposiciones del nuevo ministro, ni de dar oídos á sus proposiciones amistosas. Al fin, se firmó la paz en 20 de enero de 1783, recobrando por  
 1783. ella España la isla de Menorca y la Florida, y restituyéndose mutuamente las potencias beligerantes las demas conquistas hechas durante la guerra.

Concluida la paz con los ingleses, quiso Cárlos III proporcionar á sus vasallos el mismo beneficio con respecto á los argelinos, que continuaban infestando con sus piraterías las costas meridionales, apresando toda especie de embarcaciones menores. A este efecto habia anticipado ya algunos oficios con la sublime Puerta, que le dió buenas esperanzas; pero habia pasado ya el tiempo en que aquella regencia africana respetaba las órdenes de Constantinopla; y las negociaciones fueron tan infructuosas como era consiguiente. Por tanto, viéndose el rey con una marina respetable, y con valientes y experimentados comandantes, resolvió bombardear aquella ciudad, asilo infame de tantos viles y perniciosos piratas, haciendo en ella un escarmiento memorable. Don Antonio Barceló, que tanto se habia distinguido en el bloqueo de Gibraltar, se presentó delante de aquel puerto con un poderoso armamento, que sin duda hubiera reducido á cenizas toda la poblacion, á no hallarse la estacion tan adelantada, y á haber sido posible permanecer mas tiempo en aquellas aguas.

Volvió sin embargo al año siguiente de 1784 con fuerzas superiores, habiéndose reunido á las naves españolas algunas portuguesas y maltesas en cualidad de auxiliares; pero por desgracia, el éxito fué el mismo que el de las anteriores tentativas, pues aunque los argelinos padecieron algun daño, su resistencia fué igualmente vigorosa, y aun mas obstinada, habiendo

echado al mar una multitud de lanchas, que incomodaron en extremo. Díjose generalmente que se habian reconocido muchos oficiales provenzales, disfrazados con el traje africano, y mezclados con los argelinos, cuidar de la defensa; pero lo que no tiene dudas, que así los ingleses como los holandeses habian cuidado de abastecer copiosamente á los moros de armas, de municiones y de cuanto consideraron oportuno para malograr el proyecto de España. ¡Tanto pueden la envidia y la emulacion sostenidas por la codicia de un sordido interes! En fin, no hubo otro arbitrio que el de renunciar á la empresa; pero como quiera, visitas tan incómodas y peligrosas estrechaban á los argelinos á tomar un partido, y muchos de ellos se manifestaban ya propensos á convenirse con un monarca, que si no habia sido feliz en dos ó tres espediciones, podia serlo á la cuarta, á la quinta, ó á la sesta, y entónces era inevitable su ruina. La Puerta otomana insistia en su mediacion; medió tambien el rey de Marruecos; y por último, despues de varias altercaciones, se firmó la paz con aquella regeneracion en el año de 1786.

1786.

En medio de estas agitaciones, capaces sin duda de paralizar todo el sistema de administracion pública, recibió la España nuevas pruebas del infatigable celo de su soberano por restituir la monarquía á aquel grado de esplendor con que habia sido admirada en otros tiempos. Su vigilancia se estendia á todos los ramos; los mas pequeños desórdenes llamaban su atencion; todo lo reparaba, todo lo prevenia, y ayudado de su sabio y circunspecto ministro el conde de Floridablanca, emanaban diariamente las providencias mas saludables y oportunas para hacer la felicidad de sus pueblos. A su beneficencia se debió el ventajoso proyecto de construir un canal en el reino de Murcia, para facilitar el riego y cultivo de las incultas campiñas de Lorca, convidando á las naciones estrangeras á concurrir á los gastos con sus fondos, bajo las seguridades y correspondencia inalterable de frutos, que en ninguna otra parte hallarian tan fácilmente. Suya es tambien aquella obra admirable, y que hace gloriosa la época de su reinado, la construccion del canal real de Aragon, que ademas de haber ocupado á millares los brazos de los indigentes, fertiliza los campos, y es navegable desde las inmediaciones de Tudela hasta dos leguas mas abajo de Zaragoza, frente de cuya ciudad tiene el puerto de Miraflores en el monte Torrero, y cuando concluido llegue á entrar en el Ebro, facilitará la navegacion desde Navarra hasta el Mediterráneo. La ereccion del banco nacional de San Carlos, la de la compañía de Filipinas, el tratado de comercio con la Puerta otomana para facilitar á sus vasallos el tráfico de Levante, todo es obra de su desvelo paternal. La legislacion, muy proporcionada sin duda á las costumbres y espíritu de los tiempos en que tuvo origen, se resentia notablemente de la diversidad de las circunstancias. Era absoluta-

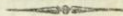
1787.

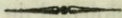


mente necesaria una reforma. El célebre conde de Campomanes, fiscal entónces del consejo de Castilla, y bien conocido por sus escritos, propuso la redaccion de un nuevo código que formase un todo uniforme, compilando las leyes españolas mas análogas al estado actual del reino; y Carlos III, convencido de la utilidad de la empresa, cometió á varios jurisconsultos célebres el importante y delicado encargo de realizarla.

Un monarca tan digno de ocupar el solio de los Alonsos y de las Isabeles debiera haber vivido eternamente; pero se cumplieron sus dias, y los fervientes votos de sus vasallos no pudieron liberarle de la forzosa pension impuesta por la naturaleza á todos los mortales. La dolorosa pérdida de un hijo, á quien amaba con singular ternura, del infante Don Gabriel, que no pudo sobrevivir á su esposa Doña Mariana Victoria de Portugal, fué el golpe precursor del que amenazaba á la preciosa vida de su padre, y que habia de cubrir en breves dias á la España de luto y de tristeza. A una serie tan lúgubre de desastres, acaecidos en ménos de un mes, se conmovió extraordinariamente la sensibilidad de Carlos III, cuyo corazon no pudo ménos de sufrir todos los rigores de la mas cruel amargura. Hasta entónces habia gozado de una salud robusta, mediante el ejercicio de la caza, al cual, acostumbrado desde la adolescencia, debia sin duda la salud constante que habia disfrutado. Pero á principios de diciembre de 1788 le sorprendió una fiebre inflamatoria, que degenerando en pulmonía, le arrebató á sus pueblos al amanecer del dia catorce del mismo mes á los setenta y tres años de su edad. Era de un carácter, que parecia serio y grave á primera vista, á manera de la nacion de quien habia recibido las primeras semillas de su educacion; pero dulce al mismo tiempo, sensible y compasivo sin perjuicio de la justicia. Generoso y amante de las letras, animó y protegió á los literatos con premios extraordinarios; y escrupuloso observador de su palabra, reglaba sus acciones por la máxima de que *si la buena fe estuviese desterrada del mundo, deberia hallarse en los palacios de los soberanos*. Su muerte fué llorada como merecian sus virtudes; y su memoria es muy acreedora al reconocimiento de todos los españoles.

1788.





Principios del reinado de Carlos IV. — Revolucion de Francia. — Expedicion al canal de la Mancha. — Caída del conde Floridablanca y elevacion de Don Manuel Godoy. — Guerra de la revolucion. — Batallas de Valmy y de Jemmapes. — Asesinato de Luis XVI. — Invasion del Rosellon y batalla de Truillas. — Expedicion de Tolon. — Continuacion de la guerra de la revolucion. — Suplicio de Robespierre. — Conquista de la Bélgica. — Batalla del Boló. — Pérdida de Rosas y de las Provincias Vascongadas. — República báltava. — Constitucion directorial. — Paz de Basilea. — Alianza con Francia y guerra con la Gran Bretaña. — Paz de Campo Formio. — Batalla naval del cabo de San Vicente. — Expedicion de Egipto. — Segunda coalicion. — Conquista de Italia por los austro-rusos. — Vuelta de Bonaparte á Europa y constitucion consular. — Batallas de Marengo y Hohenlinden. — Paz de Luneville. — Invasion de Portugal. — Paz de Amiens. — Guerra entre Francia y la Gran Bretaña. — Constitucion imperial. — Guerra entre España é Inglaterra. — Tercera coalicion y batallas de Ulm y Austerlitz. — Cuarta coalicion y batalla de Jena. — Manifiesto del príncipe de la Paz. — Campaña de Polonia y paz de Tilsitt. — Invasion de Portugal. — Conmocion de Aranjuez. — Abdicacion de Carlos IV.

Carlos IV ascendió al trono en edad ya madura para el gobierno. Eran conocidas la rectitud de sus intenciones, su no vulgar instruccion y la bondad de su alma. España pues esperó uno de los mas felices reinados, mucho mas cuando vió que el nuevo rey conservó en el ministerio al hombre elegido por su padre y generalmente apreciado, como tambien en los demas destinos principales á los que tanto habian contribuido á la gloria y prosperidad del reinado anterior. La revolucion de Francia engañó esperanzas tan bien fundadas. 1789.

Este antiquísimo reino habia pasado por todas las fases de las monarquías feudales de la edad media. Los estados generales, compuestos de la nobleza, el clero y el tercer estado, templaban antiguamente el poder del monarca, porque su aprobacion era necesaria para las contribuciones, é intervenian en la confeccion de las leyes. Los parlamentos, tribunales superiores de justicia, por una costumbre que duraba ocho siglos habia, archivaban las leyes y decretos, y cuando no les parecian justos, les quitaban la fuerza legal y moral, negándose á insertarlos en sus archivos. Richelieu, que necesitaba de una monarquía absoluta para sus grandes miras de política exterior, omitió la reunion de los estados, y no dejó á la Francia otra institucion que templase la autoridad real sino los parlamentos, que aunque recalcitrantes se sometieron á su yugo de hierro.

Luis XIV dominó como dueño absoluto del estado; sin embargo conservó á los parlamentos el derecho de inscripcion en los archivos, porque estaba seguro de su obediencia. Rodeado del esplendor



de la victoria, de las ciencias, las artes y las riquezas, su voluntad ni encontraba ni temia oposicion. Las costumbres depravadas del tiempo de la regencia y la flojedad de Luis XV dieron á las opiniones de los franceses mas libertad de la que convenia, y lo que es peor, ofrecieron pretextos especiosos á la crítica continua de los actos del gobierno. Por otra parte la necesidad de la industria y el comercio, la aficion á las letras y los progresos de las ciencias estaban en contradiccion con las tradiciones de la monarquía feudal, que se conservaban aun en las leyes, y con los abusos introducidos en la administracion de *justicia* y *hacienda*.

Luis XVI, sucediendo á su abuelo, halló la nacion gravada con una deuda considerable, y ademas con un *déficit* anual. Sus costumbres eran puras, sus gastos personales cortos, sus deseos del bien público ardentísimos; mas su bondad le impidió privar á sus cortesanos, devorados por la ambicion y la codicia, de los beneficios de su munificencia real: su bondad le perdió. Quiso abrir empréstitos para subvenir á las necesidades del estado: el parlamento, irritado de la dependencia en que habia gemido bajo Luis XIV, y de los destierros y supresiones que habia sufrido en el curso del siglo xviii por haberse opuesto á la voluntad real, se negó á archivar los edictos de empréstitos y de impuestos, diciendo que «solo á « los estados generales pertenecia por las leyes fundamentales « conceder arbitrios y contribuciones.» Obsérvese que en este momento renunció solemnemente á la pretension que durante siglo y medio habian sostenido los parlamentos de ser los representantes de la nacion francesa. Necker, ministro de hacienda, persuadió al rey que convocase los estados, concediendo al del pueblo un número de diputados igual á la suma de los de clero y nobleza. Empezaron las elecciones y con ellas la revolucion, porque desacreditado ya el poder monárquico por la oposicion triunfante del parlamento, se abria un anchísimo campo á todas las doctrinas y ambiciones.

El cinco de mayo empezaron los estados generales. El tercer estado, mas unido y compacto que los otros dos, exigió que se reuniesen todos en una cámara para el exámen de los poderes. El clero y la nobleza se negaron á ello, y los comunes se constituyeron de su propia autoridad *asamblea nacional*. Esta declaracion destruia de hecho la monarquía de tantos siglos.

El gobierno mandó cerrar el veinte de junio la sala de sus sesiones. Se reunieron en el juego de pelota, y juraron no separarse hasta haber concluido la reforma del gobierno y haber dado una constitucion.

El rey convocó para el veintitres una reunion, presidida por él, llamada en el lenguaje del pais *sesion de justicia*. Anuló los acuerdos del tercer estado, haciendo algunas concesiones ya insignificantes, pues no era dueño del poder, y mandó que los estados

deliberasen por órdenes. Apénas se retiró, y tras él el clero y la nobleza, los diputados del comun se quedan inmóviles, se niegan á retirarse, continuan deliberando una parte del clero y de la nobleza, y despues la totalidad de ambos cuerpos se le reunen y empiezan la larga y terrible sesion que acabó con las antiguas instituciones de Francia. Estaban seguros del auxilio del pueblo y de la debilidad del gobierno.

En vano este reunió un ejército de cerca de cuarenta mil hombres en las cercanías de Versalles : el catorce de julio se amotina el pueblo de Paris ; sitia y arruina la Bastilla, ciudadela de aquella capital ; se organizan las secciones electorales de sus barrios y la milicia nacional, y se constituye la municipalidad en sesion permanente. El rey tuvo que despedir el ejército. En vano algunas tropas fieles á su causa juran morir en su defensa en un banquete celebrado en el palacio de Versalles. El pueblo de Paris se amotina el seis de octubre, vuela á aquel sitio real, estermina á las tropas que le impedian el paso, insulta el lecho mismo de la reina, y obliga al rey á que venga á residir en la capital, donde se trasladó tambien la asamblea nacional, que hasta entónces tuvo sus sesiones en una ala del palacio de Versalles.

La asamblea, que en calidad de *constituyente* reasumió el poder soberano, destruyó todos los derechos feudales, dispuso de todos los bienes del clero, formó nuevas divisiones de territorio y continuó sus trabajos para la formacion de un nuevo código fundamental. La verdad histórica no permite desconocer que algunas de sus reformas é instituciones, miradas en sí mismas, fueron útiles : tampoco puede negar á los individuos de la asamblea energía, luces y desinterés, pues decretaron que ninguno de ellos seria elegido para la próxima asamblea legislativa, en lo cual hicieron un verdadero daño. Pero ¿quién puede desconocer que sus decretos y la constitucion que formaron fueron la ruina de la monarquía? que carecieron de justo título y derecho para apoderarse del poder? que fueron verdaderos rebeldes y usurpadores? en fin, que prepararon las sangrientas catástrofes, y abrieron el inmenso sepulcro en que se han sumergido dos generaciones europeas? Todo lo que se puede decir en su favor es que no preveyeron tantos males ; pero el delito de usurpacion de la autoridad soberana y el despojo del poder monárquico, reconocido por los franceses durante tantos siglos, no admite ni puede admitir disculpa alguna.

Toda la Europa fijó su atencion en Paris con una inquietud présaga de las calamidades que el foco funesto de la revolucion iba á diseminar sobre las naciones. La corte de Madrid, mas interesada que otra alguna por las conexiones de familia y la alianza perpetua con la Francia, manifestó mayor solicitud. Floridablanca, que gozaba el favor del nuevo rey, se preparó á emplearse con toda la energía de su carácter en atajar un mal que habia previsto muy de antemano.



Este año se incendió la plaza Mayor de Madrid, y se consumió gran parte de ella.

1790.

La asamblea constituyente consolidó la obra de la revolucion. Aunque sus poderes habian concluido, declaró ser legitima su reunion hasta haber redactado y planteado el nuevo código fundamental : vendió los bienes de la Iglesia, declarados por nacionales, hasta la concurrencia de cuatrocientos millones de francos representados por asignados, cuya emision aumentó las necesidades y desórdenes ulteriores : dió á la Iglesia de Francia una nueva forma, alterando el número y límites de los obispados, obligando al juramento cívico á todos los eclesiásticos, y anulando los votos monacales : estableció una nueva distribucion del territorio, é hizo electivas las magistraturas provinciales y comunales : en fin arruinó hasta los cimientos la autoridad monárquica, estableciendo prácticamente el principio de la soberanía del pueblo.

Este sistema tenia por enemigos interiores la corte, la nobleza, el clero, la oficialidad del ejército, y mas tarde todos los que habian entrado de buena fe en las reformas, y que ni querian ni habian previsto los trastornos. La corte hizo una tentativa para huir á Perona; mas fué descubierta y costó la vida al marques de Favras, autor del proyecto. En vano Mirabeau, vendiéndose al palacio despues de haber sido tribuno de la revolucion, procuró consolidar á un mismo tiempo la autoridad real y las libertades públicas. En medio de la agonía de la nacion, murió admirado y mal visto de todos los partidos. El de la infima plebe se iba levantando porque todos le cortejaban : los amigos de la revolucion, porque era su aliado natural y bien pronto debia ser su tirano; los enemigos, porque creian que las convulsiones anárquicas eran un tránsito necesario para restablecer la antigua monarquía. Todos los ánimos estaban exaltados; todos los intereses comprometidos; la desconfianza y el odio eran extremos, y ya eran fáciles de prever todos los furores y desórdenes de la guerra civil.

Los príncipes de Europa, que se habian alarmado á la primer noticia de la revolucion, viendo sus progresos, convirtieron la alarma en medidas de precaucion; mucho mas cuando los emigrados franceses atizaron en todas las cortes el odio contra los nuevos principios. La emigracion comenzó despues del seis de octubre de mil setecientos ochenta y nueve, época en que el conde de Artois y el príncipe de Condé pasaron á Alemania. Las tias del rey emigraron en mil setecientos noventa : sacerdotes, nobles, personas de la corte, y enfin, todos los que no se creian seguros en Francia, ó por lo que habian hecho, ó por lo que pensaban hacer contra la revolucion, abandonaron el reino, buscando en los paises estrangeros enemigos de la tiranía popular.

La Prusia y el Austria completaron sus ejércitos y los aproximaron á las fronteras : la Rusia les prometió su asistencia, gozándose

en un acontecimiento que le daba seguridad para completar la desmembracion de Polonia. La España aumentó hasta veinte mil hombres el ejército de Cataluña. Floridablanca conocia muy bien que los príncipes de la familia de Borbon no debian abandonar á su suerte al rey de Francia, y que la monarquía española debia oponerse á los que declaraban una guerra sistemática y de principios contra todas las monarquías.

Un asesino proyectó quitar la vida alevosamente á Floridablanca, y en efecto le hirió. El criminal fué preso, juzgado y condenado á muerte; y como era frances, se creyó generalmente aquel atentado obra de los revolucionarios de Francia.

Al mismo tiempo que este ministro se preparaba á luchar contra la revolucion, sostenia la dignidad y soberanía de su monarca contra las invasiones del comercio británico. Los ingleses habian formado establecimientos en la entrada de Nootka y en las islas de Cuadra y de Vancouver, cercanas á la costa occidental de la América del norte. La corte de Madrid, que miraba toda esta parte del nuevo mundo como dependiente del imperio de Méjico, hizo sus reclamaciones en Lóndres; y no habiendo recibido una respuesta satisfactoria, envió una poderosa armada al canal de la Mancha bajo las órdenes de Don Juan de Lángara, despues de haber mandado apresar por nuestras fuerzas navales del mar Pacífico los buques ingleses que transportaban á la China los productos de la nueva colonia. A la escuadra española se reunió otra francesa en virtud del pacto de familia. La Inglaterra, que ó no estaba preparada entónces á la lid, ó creia inoportuna la pelea por algunos centenares de pieles, cuando estaba comprometida en Paris la existencia futura de todos los reyes y naciones de Europa, se prestó á terminar aquella desavenencia por medio de una negociacion amistosa.

La declaracion hecha en Mantua por las potencias principales el veinte de mayo, exigiendo el restablecimiento de la autoridad real en Francia, so pena de guerra universal, movió á Luis XVI para impedir esta grande calamidad á fugarse al ejército que mandaba en Champaña y Lorena el general Bouillé, fiel á la antigua monarquía. Este proyecto se verificó el veinte de junio por la noche, saliendo de palacio los individuos de la familia real uno á uno y disfrazados; mas fué conocido el rey en Varennes y las guardias nacionales le volvieron á Paris con su familia, escepto el conde de Provenza, que logró escaparse á Flandes. El general Bouillé emigró tambien.

1791.

El partido republicano, que desde el principio de la revolucion habia ido engrosándose en el club de los jacobinos, en la municipalidad y en los arrabales de Paris, quiso aprovechar esta ocasion para destituir al rey. Acudieron muchos con armas al campo de Marte para lograr este proyecto; pero la milicia nacional los dispó,



no sin derramamiento de sangre. La asamblea restituyó al rey su dignidad, después que hubo jurado el acta constitucional; proclamó la *constitucion*, llamada de mil setecientos noventa y uno, el veintinueve de setiembre, y se disolvió. Como se habian comprometido sus miembros á no aceptar ministerio alguno y á no poder ser reelegidos en la primera asamblea legislativa, *esta se compuso en su mayor parte de hombres pertenecientes al sistema del dia, es decir, al republicanismo.*

La corte conoció el peligro y quiso apoyarse en los constitucionales; pero ya era tarde. La nobleza y el clero emigraban, y los que no, causaban alborotos en los departamentos, *no queriendo someterse ni á los decretos de la asamblea ni á la constitucion civil del clero.* La asamblea legislativa propuso medidas contra los emigrados y los clérigos refractarios: el rey se negó á sancionarlás.

No quedaba ya ningun medio de conciliacion: la única esperanza del antiguo régimen estaba en las bayonetas extranjeras que ocupaban todas las fronteras del reino; la única esperanza de los revolucionarios era la fuerza de la muchedumbre, cuyas pasiones exaltaban por todos los medios posibles. No habia mas perspectiva que la de la guerra exterior é interior: el veintisiete de julio se firmó en Pilnitz, ciudad de Alemania, un tratado entre el emperador, el rey de Prusia y el conde de Artois, para invadir la Francia, tratado llamado comunmente de la primer coalicion. En la frontera de los Alpes amenazaban las tropas piamontesas, y en las del Pirineo se reforzaba diariamente el ejército español. El conde de Floridablanca habia recibido con la mas generosa hospitalidad á los emigrados.

Este año cedió España á la regencia de Argel las plazas de Oran y Mazalquivir. El pretesto fué lo malsano de aquella parte de la costa de Berbería y las sumas que se gastaban inútilmente en conservarlas. *En cambio concedió la regencia algunas ventajas mercantiles á los españoles.* Tambien se concluyeron las desavenencias entre Inglaterra y España por medio de una transaccion, en que se concedió á los buques de ambos paises la libre navegacion del océano Pacifico.

En el gabinete de Madrid habia dos partidos opuestos en cuanto á las relaciones políticas con Francia; el de Floridablanca, que queria la guerra, y el de Aranda, opuesto á él desde las antiguas rencillas. Al mismo tiempo disminuia el favor del ministro, habiendo ganado la voluntad de los reyes Don Manuel de Godoy, de una familia ilustre de Estremadura, y oficial de guardias de corps. Ya le amaba el rey desde que era príncipe de Asturias; pero Carlos III, que no gustaba de que su hijo tuviese favoritos, le habia desterrado de la corte.

La muerte del emperador Leopoldo II, á quien sucedió Francisco, en nada alteró las disposiciones del Austria;

sin embargo en los primeros meses del año aun no estaban preparados para la guerra, pues la coalicion no pudo sostener al elector de Treveris, á quien obligaron los franceses á la inaccion despues de haber hecho algunos movimientos sobre la frontera. En España las observaciones del conde de Aranda en el gabinete habian resfriado mucho las disposiciones belicosas. Este hombre, que conocia muy bien las fuerzas de la Francia, auguraba muy mal de una guerra contra ella, y aconsejaba que se opusiese en las fronteras un cordon contra las tropas de aquella nacion y contra sus principios revolucionarios. El resultado de sus disputas con Floridablanca fué la caida de este y la elevacion de aquel al ministerio, aunque ya desde entónces se notaba el favor de Don Manuel de Godoy, y se creia generalmente que el ministerio del conde de Aranda serviria solo de tránsito para afirmar el poder del nuevo valido, quitándole el único obstáculo que podian oponerle las luces y servicios del antiguo ministro. En efecto, pocos meses despues fué elevado al ministerio Godoy, ya duque de Alcudia, dejándole al conde de Aranda su plaza en el consejo de estado.

En Francia las hostilidades de fuera aumentaron la reaccion y los furores del interior. Obligóse al rey á mudar de ministerio y á declarar la guerra á la coalicion. Un plan formado por Dumouriez, nuevo ministro de negocios estrangeros, para ocupar la Bélgica, no pudo lograrse por el terror pánico que se apoderó de una division apénas vió al enemigo. El duque de Brunswick, al frente de ciento treinta mil hombres entre austriacos y prusianos, avanzaba por el camino de la Mosela hácia Paris, y el rey ni quiso firmar los decretos contra emigrados y refractarios, ni conservó el ministerio que le habian impuesto sus enemigos. Sin embargo el partido constitucional conservaba cierto predominio en la asamblea legislativa. Los republicanos, apoyados en la municipalidad y en los arrabales, vinieron armados, é insultaron primero á la asamblea legislativa y despues al rey el veinte de junio; y habiendo probado sus fuerzas con esta tentativa, emprendieron el memorable atentado del diez de agosto.

Este dia atacaron la mansion real, obligaron al rey á refugiarse con su familia al seno de la asamblea, esterminaron las tropas que defendian el palacio, y se entregaron en él á todo el delirio de su atroz victoria. La asamblea, subyugada por este partido, pronunció la destitucion del rey, creó una comision ejecutiva, promulgó los célebres decretos contra emigrados y sacerdotes, y convocó una convencion nacional para el veinte de setiembre: sin embargo el poder existia verdaderamente en los republicanos de la municipalidad y de los clubs de jacobinos y franciscanos, porque ellos eran los que podian disponer de la fuerza material, que entónces consistia en los guardias nacionales y en la multitud de los arrabales. Danton, el mas frenético de este partido y por consiguiente jefe de



él, se propuso *imponer miedo á los realistas*, y organizó una cuadrilla de trecientos asesinos, que en los primeros días de setiembre degollaron casi todos los presos que por delitos políticos se hallaban detenidos en las prisiones.

Entre tanto el duque de Brunswick se estrelló contra la hábil defensa de Dumouriez en los desfiladeros de la selva de Ardenas. La batalla de Valmy, en que Kellermann sostuvo el ímpetu de todas las divisiones enemigas que le atacaron sucesivamente, obligó á los austro-prusianos á retirarse con pérdidas equivalentes á una gran derrota. El príncipe de Sajonia Teschen tuvo que dejar el bombardeo de Lila, despues de la heróica defensa de su guarnicion y habitantes. El general frances Custine se apoderaba de toda la orilla del Rin hasta Maguncia; Montesquieu de la Saboya, y Anselme del condado de Niza.

La convencion nacional en su primer sesion declaró que la Francia era república, una é indivisible; pero en cuanto á la constitucion que habia de dársele hubo gran division entre los diputados. El partido de la Gironda, llamado así porque á su frente estaban los diputados de este departamento, queria que las instituciones diesen el poder á la clase media: el de la Montaña, donde dominaban los jacobinos, llamado así porque se sentaban en unos bancos algo mas altos de la sala, queria el imperio de la muchedumbre. Los primeros eran mas fuertes por su elocuencia, su número y sus relaciones sociales: los segundos por su osadía y por la superioridad que ejercian sobre el pueblo de Paris. Robespierre estaba al frente de la Montaña. Era hombre vano, de poco talento, de mucha energía y amigo de sangre. Los girondinos le acusaron por odios personales: triunfó de su acusacion, y como esta le denunciaba por dictador de la muchedumbre, obtuvo el poder correspondiente al título que tan imprudentemente le dieron sus enemigos.

Los girondinos quisieron empezar constituyendo la república: los montañeses, inferiores en número, quisieron separar los ánimos de esta cuestion que por entónces no se podia decidir á gusto de ellos, y propusieron que se empezase por el juicio del rey. Las pasiones de la multitud se exaltaron: los girondinos temieron que se les diese el nombre de realistas; y la osadía de pocos y el miedo de los demas produjeron uno de los mas grandes y absurdos atentados que los hombres han cometido. Entre todas las leyes revolucionarias no habia una sola que pudiese justificar la acusacion de Luis XVI; y fué necesario recurrir á sutilezas de que se hubiera avergonzado el escolástico mas audaz para interpretar las leyes y decretos de la asamblea constituyente; de modo que dijesen lo que *no habian dicho ni podido decir*. Entre tanto Dumouriez ganaba á los austriacos la batalla de Jemmapes, conquistaba la Bélgica y arrojaba al enemigo al otro lado del Roer.

El número de emigrados á España aumentaba de dia en dia. Los

eclesiásticos fueron recibidos por los prelados españoles con aquella hospitalidad generosa que ha caracterizado siempre á los príncipes de la Iglesia de España. Don Francisco Fabian, arzobispo de Valencia, alojó setecientos en su palacio. El sabio cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, mantuvo á su costa á todos los que se fijaron en su vasta diócesis; y los prelados de Sevilla, Tarragona y Cartagena admitieron á muchos por comensales, y señalaron á los demas diversos fondos para que subsistiesen.

El proceso de Luis XVI se iba acercando á su fin. La Montaña, que queria asegurar su imperio sobre la muchedumbre, haciéndola responsable de un grande atentado, pedia á gritos su muerte. La Gironda, que deseaba la república, pero bajo el dominio de la clase media, le defendia sin embargo con debilidad, temiendo ser acusada de realista. La historia conservará los nombres de Malesherbes, Tronchet y Desèze, que defendieron al rey con tanto valor como infelicidad. La convencion pronunció la sentencia de muerte á la pluralidad de veintiseis votos. Luis subió al cadalso el veintiuno de enero con el valor que han mostrado todos los de su familia en los momentos de riesgo ó infortunio. Príncipe digno de mejores tiempos, y solo inferior á las circunstancias contra las cuales luchó por la bondad de su alma, que á veces rayaba en debilidad ó irresolucion.

Toda la Europa, escepto Suecia, Dinamarca y Turquía, declaró entónces la guerra á la convencion. España habia solicitado, por medio de Don José Ocariz, su ministro en Paris, con el empeño mas grande y sincero, la vida de Luis XVI, prometiendo, si era respetada, no declarar la guerra á la república; pero apénas se hizo caso de una intervencion tan natural y moderada. Despues de sucesos tan extraordinarios era claro que no podia conservarse en la corte la influencia del conde de Aranda, pues tenia contra sí la Inglaterra y los emigrados, que en nombre de la Europa escitaban el gabinete de Madrid á la pelea, y en fin los deseos del rey y del nuevo ministro. Así, á pesar de los consejos de Aranda, se declaró la guerra á la república francesa.

En esta época la victoria favorecia á la coalicion. Miranda fué batido en Lieja, y Dumouriez en Nervinda, cuando pensaba, en caso de triunfar, marchar contra Paris y restablecer la constitucion de noventa y uno. Destituido por la convencion despues de su derrota huyó á la Holanda, y su sucesor Dampierre fué muerto en uno de los célebres combates dados junto al campo de Famars. La coalicion penetró hasta Valenciennes y Arras por la frontera de Flandes, y por la del Rin hasta Landaw.

La Montaña dominaba en los clubs y en la municipalidad; pero estaba en minoría en la convencion. El treinta y uno de mayo la insurreccion de la municipalidad, favorecida por la fuerza material de los arrabales, atacó la convencion, y pidió las cabezas de



veintidos diputados y la eliminacion de setenta y tres. Robespierre, que habia adquirido la supremacia de aquel partido, se valió de Marat y Danton para operar, resuelto á guardar para sí los frutos de la victoria. Los veintidos fueron proscriptos, los setenta y tres presos; la Montaña triunfó en la convencion oprimida, y el poder público se puso en manos de la muchedumbre. Entónces los montañeses dieron la anárquica é imposible constitucion de mil setecientos noventa y tres, que solo rigió dos meses.

Los jefes de la muchedumbre se dividieron. Ejércitos numerosos los atacaban en las fronteras. Houchard, sucesor de Dampierre, apenas podia contener á los austriacos de Flandes, y esperaba refuerzos. El general Ricardos, al frente de un lucido ejército español, penetró en el Rosellon, se hizo dueño de Bellegarde, á pesar de algunos reveses parciales, ganó la sangrienta batalla de Truillas, tomó las plazas de Mont-Luis, Colibré y Port-Vendres, y amenazó la de Perpiñan, miéntras el general Caro pasaba el Vidasoa y peleaba con vario suceso contra los republicanos en las vertientes francesas del Pirineo occidental. Por los Alpes amenazaban los ejércitos de Italia. Ni ménos enemigos se levantaban en lo interior de Francia contra la república: Leon, en la parte oriental; Tolosa y Marsella en el mediodia; Caen en el norte, y la Vendée en el occidente amenazaban á Paris. La insurreccion de Caen tenia por divisa sostener el partido de la Gironda; las demas restablecer el trono. La mas terrible fué la de la Vendée: sus jefes, despues de haber arrojado á los republicanos de su departamento, se apoderaron de Saumur y Angers, batieron á los generales de la convencion y pusieron sitio á Nantes.

El partido revolucionario opuso á tantos peligros toda la energia propia de los hombres que tienen que optar entre el poder ó el cadalso. La comision ejecutiva de salud pública, que era el gobierno de aquel sistema, formó un ejército de un millon y doscientos mil hombres. Los medios de equiparlo y mantenerlo se encargaron á la comision de seguridad general, que no respetó nada para adquirir los recursos necesarios. El tribunal revolucionario condenó á muerte no solo á los convictos, sino tambien á los sospechosos. La constitucion no era bastante anárquica para sostener la accion del gobierno; se suspendió pues, y la junta de salud pública, apoyada en los clubs, fué soberana de la Francia. Robespierre habia entrado en ella, y la dominaba así como á la convencion, por el terror de su nombre, el mas popular de todos en aquella época, y por la fuerza inmensa de los jacobinos que dominaban la muchedumbre. Danton y la municipalidad quisieron oponerse al poder decenviral de la gente: Danton y la municipalidad espieron sus anteriores crímenes en el cadalso. La coalicion fué vencida en Hondschoote por Houchard, y en Watignies por Jourdan, y los austriacos tuvieron que pasar el Sambre. Carnot, miem-

bro de la junta de salud pública, enseñó el sistema de ligar todos los ejércitos unos con otros y dirigirlos á un mismo objeto. Hoche recobró las líneas de Weisemburgo, y obligó á los austro-prusianos á levantar el sitio de Landau. Leon cayó en poder de los terroristas, Caen se sometió, los de la Vendée fueron vencidos y obligados á encerrarse en su departamento, donde se les persiguió como á fieras: salieron de él y pasaron á la Bretaña, y despues de batallas memorables y sangrientas, fueron casi esterminados en la jornada de Savenay. Las tropas del mediodia fueron batidas, y huyendo de Burdeos, Tolosa y Marsella, se encerraron en Tolon y llamaron á los ingleses á su socorro. Un cuerpo de ocho mil españoles, conducidos en una division de tres navíos de línea, al mando del general Lángara, guarneció la ciudad, que no tardó en ser acometida por los republicanos, abandonada por la escuadra inglesa, y defendida por las tropas extranjeras de la guarnicion. Estas perdieron con la plaza dos navíos de línea españoles que no pudieron salir á tiempo del puerto.

Los vencedores usaban del triunfo con la mas cruel atrocidad. En Leon espusieron los habitantes á descargas de metralla y arruinaron la ciudad. En Nantes los ahogaban haciendo entrar el agua por válvulas en los buques donde estaban indefensas las víctimas. Todo era hierro, crueldades, cárceles, tribunales y suplicios. Aumentó el terror de esta deplorable época la muerte de la reina de Francia, condenada á seguir á su esposo. El duque de Orleans pereció tambien en el cadalso.

El general español Ricardos, que proyectaba el sitio de Perpiñan, batió completamente en el Boló y en Ceret al general Turreau. Mas lo adelantado del invierno le impidió sitiar la capital del Rosellon.

En Francia se aumentó el terror porque el gobierno se concentraba. Robespierre, Saint-Just y Couthon for-  
1794.  
maron un triunvirato en la misma junta de salud pública, determinados á apoderarse de toda la fuerza por medio de los jacobinos de la municipalidad, con la cual se habian reconciliado. Para esto empezaron á perseguir á los amigos de Danton y á los diputados de la Montaña. Fueron designados como víctimas los mismos que habian sido cómplices de sus crímenes. Al fin la convencion harta de la larga tiranía de Robespierre encontró fuerzas en su misma desesperacion; y el mismo dia que el triunviro propuso en ella la proscripcion de muchos de sus miembros, se atrevió á lanzar un decreto de acusacion contra él, y le puso en prisiones. La fuerza armada de la municipalidad le libertó: fué llevado en triunfo á la casa de la ciudad; y su amigo Henriot, jefe de dicha fuerza, atacó á la convencion y mandó disparar los cañones contra ella; mas los artilleros no obedecieron. Las secciones electorales se armaron para sostener la diputacion: un terrible combate decidió aquel dia la



suerte de la Francia. La convencion triunfó, y los triunviros, Henriot y todos sus adherentes perecieron en el cadalso. Así se detuvo la revolucion francesa. Desde este dia memorable la exaltacion fué disminuyendo por grados; los setenta y tres diputados volvieron al seno de la convencion; la reaccion contra los jacobinos fué lenta, pero constante y general; sus clubs se cerraron, no sin combates casi diarios, y la convencion recobró su imperio bajo el ascendiente de la clase media.

Las convulsiones interiores en nada impidieron la marcha triunfante de los ejércitos franceses. Pichegru batió al general austriaco Clairfait en Turcoing, y Jourdan venció al príncipe de Coburgo en la memorable batalla de Fleurus. La coalicion abandonó la Bélgica á los franceses, y mientras Pichegru pasaba el Wahal y conquistaba la Holanda, Jourdan arrojaba á los enemigos al otro lado del Rin, y ocupaba á Coblenza. En la frontera de los Alpes, donde no habia grandes ejércitos, los franceses se apoderaron de Onella, del monte Cenis y algunos puntos del Apenino.

En el Rosellon se habia dado el mando del ejército frances á Dugommier, reforzándole con las tropas que habian pacificado el mediodia de Francia despues del sitio de Tolon. Dugommier consiguió algunas lijeras ventajas contra el marques de las Amarillas, sucesor de Ricardos. La corte de Madrid dió el mando del ejército al conde de la Union, que se habia distinguido por sus prendas militares en todo el curso de esta guerra; mas el general republicano le batió en la batalla del Boló, y arrojó á los españoles del territorio frances. En la cresta del Pirineo fueron batidos los españoles en una accion reñidísima, que duró tres dias, y costó la vida á los dos generales enemigos. Perignon condujo el ejército frances á las llanuras de Cataluña, se apoderó de Figueras, ocupó el Ampurdan, y preparó el sitio de Rosas. En el Pirineo occidental los franceses, mandados por Muller, desembocaron por el valle de Bastan en Guipúzcoa, y se apoderaron de San Sebastian y Fuenterrabía.

Antes de estas desgracias fué desterrado el conde de Aranda, que las habia previsto, por haberse atrevido á amenazar en presencia del rey y en consejo de estado al duque de la Alcudia, que le acusaba de afecto á la revolucion y al filosofismo, y pedia se le formase causa. Diósele orden de ir á Jaen, despues á Granada, y últimamente se le permitió pasar á Epila, en el reino de Aragon, donde murió.

1795. El movimiento de descenso de la revolucion, que empezó en la muerte de Robespierre, continuaba, aunque con lentitud. Los jacobinos, previendo la caida de su imperio, se pusieron al frente de los arrabales y marcharon contra la convencion; mas fueron vencidos y esterminados. La reaccion contra ellos fué general en toda Francia. Las secciones de Paris, com-

puestas en esta época de realistas, quisieron dar un golpe decisivo impidiendo que se plantease la constitucion directorial, decretada ya por la convencion. La fuerza armada, dirigida por Bonaparte, oficial de artillería, que se habia distinguido en la reconquista de Tolon, venció y dispersó las secciones. La convencion, autoridad terrible y revolucionaria, cesó entónces: este cuerpo, que no tiene igual en la historia en cuanto á atrocidad, energia é infortunios, dejó su puesto al directorio ejecutivo y dos consejos legislativos establecidos por la nueva constitucion, la cual era republicana y favorable á la clase media por las combinaciones de su sistema electoral.

Las victorias de los franceses habian continuado en los primeros meses de este año. Pichegru, ausiliado por el partido democrático de Holanda, abolió el estatuderato y creó la república bátava, aliada de la francesa. El rey de Prusia, cuyos estados quedaban amenazados en la frontera del Rin y la de Holanda, obligado ademas á atender al último y definitivo repartimiento de la Polonia, hizo la paz con Francia.

Hoche batió y esterminó un cuerpo de emigrados que con el auxilio de la Inglaterra desembarcó en Quiberon. Perignon tomó en Cataluña la plaza de Rosas, despues de un sitio memorable por la tenacidad y valor de los combatientes; mas no pudo pasar del Fluviá, contenido por el valor y pericia del nuevo general español Don José de Urrutia, que habia servido con distincion en los ejércitos rusos durante la guerra de esta nacion con Turquía. Moncey, ocupadas las Provincias Vascongadas, llegaba á Miranda de Ebro y amenazaba á las Castillas. La España hizo entónces la paz con la república en el congreso de Basilea, cediendo la parte que poseia en la isla de Santo Domingo; y se dió al duque de Alcudia el título de príncipe de la Paz. El terror inspirado por las armas francesas era tan grande, que cuando Moncey amenazó las Castillas se trató en la corte de refugiarse á América; y el arzobispo de Toledo publicó una pastoral exhortando al clero á recoger los tesoros de la Iglesia y disponerse á abandonar la España en caso de necesidad. Mandóse recoger esta pastoral por la agitacion que causó en los ánimos.

La campaña contra los austriacos no fué tan brillante. Pichegru, que mandaba el ejército del Rin, fué vencido en Heidelberg con gran pérdida, y tuvo que levantar el sitio de Maguncia.

El poder del príncipe de la Paz no reconocia ya en esta época limite alguno. Baste saber que se le confió hasta la eleccion del profesor que debia enseñar la bella literatura al príncipe de Asturias. El nombramiento recayó en Don Juan Escoiquiz, autor de una traduccion de las *Noches* de Young, en verso castellano, y de otras composiciones originalés. Mas su carácter era independiente, y no se doblégó á las miras del valido en el importante



destino que ocupaba, y que le grangeó el afecto y la confianza del príncipe.

El general Hoche, despues de haber pacificado la <sup>1796.</sup> Vendée y la Bretaña, hizo en Irlanda un desembarco; pero sus tropas parte quedaron prisioneras, parte se volvieron á Francia con mucha dificultad. Los jacobinos hicieron el último esfuerzo contra el directorio, y fueron batidos por la última vez en las llanuras de Grenelle. Entre tanto el general Bonaparte, á quien se habia dado el mando del ejército de Italia, se estiende por la ribera del poniente y bate al ejército austro-sardo, mandado por el general Beaulieu, en Montenotte, Millesimo y Dego. Finge despues que iba á atacar á Génova: Beaulieu vuela á defender esta plaza, y entre tanto el general frances, revolviendo sobre su izquierda, bate á los sardos en Ceva y Mondoví, y obliga al rey de Cerdeña á hacer un armisticio y despues la paz. Persigue sin intermision á los austriacos, y gana las batallas de Lodi, Castiglione, Bassano, Arcole y Rivoli contra Beaulieu, Wurmser y Alvinzi, generales que el Austria le opuso sucesivamente. Obliga á los estados de Italia á hacer la paz, y forma la república Cisalpina, compuesta del ducado de Milan y las legaciones de Romania, Bolonia y Ferrara. Estas rápidas y portentosas victorias se debieron al genio de Bonaparte, que aplicó á cada accion en particular el sistema de mover las masas inventado por Carnot para los ejércitos. Moreau y Jourdan pasaron el Rin; pero batido este por el archiduque Carlos, Moreau hizo la célebre retirada de Munich, adonde habia llegado, batiendo siempre al enemigo. Este mismo año se consumó la division de Polonia con el último repartimiento entre las tres potencias confederadas, y desapareció aquel reino del mapa europeo despues de la derrota de Kosciusko en la batalla de Marcie Jowice.

Al rey de Prusia tocó la provincia de Mazovia, donde está colocada la antigua capital, y al emperador de Alemania las ciudades de Cracovia y Sendomir. Poco despues murió Catalina II, dejando á su sucesor Pablo I un estado vastísimo y capaz ya, por las conquistas de aquella princesa, de influir en la suerte de Europa.

La república francesa adquirió este año un aliado que completaba su línea de defensa y ataque marítimo en el continente. Este fué la España: por el tratado de alianza ofensiva y defensiva celebrado en San Ildefonso el diez y ocho de agosto entre el príncipe de la Paz y el ciudadano Perignon, quedaron las fuerzas de España casi á disposicion del directorio. La Inglaterra no tardó en declararnos y hacernos la guerra. El tratado de San Ildefonso fué un verdadero pacto de familia con la república francesa. No falta historiador que establezca el origen de una alianza tan monstruosa en la esperanza que se habia dado al gabinete de Madrid de colocar en el trono de Francia uno de los príncipes de la familia real de España. Esto no seria estraño atendiendo al disgusto general que

inspiraba el gobierno republicano y al gran número de partidos en que estaba dividida la república. Sin embargo es preciso confesar que el príncipe de la Paz se engañó mucho si creyó tener ó el oro ó las tropas necesarias para hacer que predominase en Francia el partido que él intentaba promover. Acaso se le darian esperanzas vagas y eventuales para sacar de España en el tratado de alianza todas las ventajas posibles.

El estado interior de la nacion empeoraba visiblemente. El *déficit* anual de la renta pública era grande y crecia cada año, al mismo paso que disminuia el crédito de los vales por las notables emisiones que se habian hecho de este papel. En esta época, con motivo de la alianza de Francia, empezaron á introducirse las doctrinas republicanas y á ganar terreno en la opinion á favor del disgusto casi general.

Bonaparte penetra por el Frioul en Alemania y obliga al archiduque Carlos á firmar los preliminares de Leoben; poco despues se ajustó el tratado de Campo-Formio, que puso fin á la primera coalicion. Por él adquirió la república francesa la Bélgica y los departamentos del Rin y una gran preponderancia en Italia, quedando bajo su influencia las repúblicas Liguriana y Cisalpina. Al emperador se indemnizó con los estados de la república de Venecia, que habia estinguido Bonaparte para castigarla por su connivencia secreta con los austriacos durante la guerra.

La república triunfaba en Europa, pero sus enemigos habian penetrado en los consejos legislativos al favor de las últimas elecciones. El directorio, resuelto á conservar su poder, hizo entrar un cuerpo de tropas en Paris y condenó á la deportacion dos directores, un gran número de diputados y otros ciudadanos distinguidos. Este golpe de dictadura afirmó por entonces el imperio del directorio, pero destruyó la república, porque probó á la Francia que no podia sostenerse en su suelo de una manera legal el régimen republicano.

La escuadra inglesa del almirante Jervis batió á la española junto al cabo de San Vicente: en esta batalla pereció el valeroso marino Winthuisen. La escuadra vencida se refugió á Cádiz, los ingleses bloquearon el puerto y aun echaron algunas bombas sin efecto, porque nuestras fuerzas sutiles apartaban sus buques á una distancia fuera de alcance. Mas el comercio español quedó arruinado por la falta de comunicaciones con América: ni la Francia que, vencedora en el continente, habia perdido todas sus escuadras y colonias peleando contra la Inglaterra, podia darnos socorros eficaces. La espedicion francesa del general Humbert contra Irlanda no produjo mas efecto que la ruina de su division.

El príncipe de la Paz se enlazó en la familia de su soberano, casando con la hija mayor del infante Don Luis. Considerando la situacion de España, y creyendo imposible sostener el peso de la



monarquía sin hacer reformas considerables que mejorasen la administracion y restableciesen el crédito, llamó al ministerio las personas que la opinion pública de los españoles designaba como mas á propósito para coadyuvar á tamaña empresa. Dióse pues el ministerio de estado á Don Francisco Saavedra, cuyas luces y probidad eran generalmente apreciadas, y el de gracia y justicia á Don Gaspar Melchor de Jovellanos, discípulo y admirador del célebre Campomanes, igual por lo ménos á su maestro en los conocimientos de economía y legislacion, y muy superior considerado como literato. Se habia distinguido en varios destinos de magistratura, y su *Informe sobre la ley agraria*, publicado en mil setecientos noventa y cinco, habia aumentado hasta lo sumo su celebridad. Además de estos dos hombres, se confiaron otros destinos importantes á personas muy ilustres por su saber y notorio amor á la nacion. Melendez Valdés, el restaurador del Parnaso español en el siglo XVIII, fué nombrado fiscal de la sala de alcaldes de casa y corte, y el conde de Ezpeleta gobernador del consejo.

No tardaron en desvanecerse las esperanzas que los españoles bien intencionados habian concebido de ver reunidos en el gobierno supremo los primeros hombres de la nacion. En breve Saavedra y Melendez fueron desterrados, y Jovellanos trasladado de prision en prision hasta el fin del reinado de Carlos IV. Este ministro, cuya alma era altiva é independiente, se indignaba no solo de los homenajes que era necesario rendir al valido, sino de la obligacion de hacer el bien bajo su influencia y de cederle parte de la gloria. Persuadido de la necesidad de su caida, la puso en ejecucion; su elocuencia triunfó un momento del ánimo de Carlos IV, y ya estuvo formado por el rey y en poder de Saavedra el decreto para la exoneracion del príncipe de la Paz. Saavedra, mas honrado que político, retardó el golpe, movido de consideraciones de amistad y reconocimiento al valido: este aprovechó los momentos, renovó con mayor vehemencia en los corazones de los reyes el amor que le tenian, y la tempestad descargó toda entera sobre los mismos que la habian promovido. Desde entónces no volvió el príncipe de la Paz á entrar en ningunos proyectos de reforma: dejó ir los hombres y los negocios por sí mismos, viviendo provisionalmente y buscando cada dia los recursos necesarios para el de mañana.

Este año falleció Federico Guillermo II, rey de Prusia, y le sucedió su hijo, tercero del mismo nombre.

1798.

El directorio, que se habia declarado contra los realistas y los jacobinos, y los habia vencido sucesivamente apoyado en el ejército, se veia obligado á estar en perpetua lucha con las otras naciones, y asociarse á la gloria de los guerreros franceses, si habia de conservar la especie de dictadura que ejercia en el interior. Este fué uno de los motivos de la expedicion que dirigió contra el Egipto, para tener en aquel pais una escala, desde

la cual pudiese atacar los establecimientos ingleses de la India oriental. Confió esta empresa á Bonaparte, cuya ambicion temia, con el fin de alejarle de Francia; y Bonaparte la aceptó de muy buena gana, con el fin de adquirir en aquellas regiones apartadas un aumento de gloria que le pusiese al frente de la república. La expedicion salió de Tolon el diez y nueve de mayo; Bonaparte se apoderó de Malta al pasar y desembarcó en Egipto; y aunque la escuadra francesa fué destruida por la del almirante Nelson en las aguas de Abukir, el ejército de tierra, compuesto de los veteranos de Italia, batió á Mourad Bey en la Batalla de las Pirámides, se apoderó del Egipto y aniquiló la dominacion antigua de los mamelucos.

Otro ejército frances penetró en Suiza con el pretexto de defender el pais de los Valdenses contra la prepotencia de la aristocracia de Berna, venció las tropas que se le opusieron, y cambió la constitucion antigua de la república, dándole una forma directorial.

Otro ejército frances penetró en Roma con el pretexto de vengar la muerte del general Duphot, embajador del directorio, que fué asesinado en aquella capital. El respetable pontifice Pio VI fué conducido prisionero á Francia, donde murió al año siguiente, y se dieron á la república romana, que entónces se creó, las formas de la de Francia.

Fácil es de conocer que ni la Inglaterra ni las grandes potencias de Europa podian ser tranquilas espectadoras de esta serie no interrumpida de usurpaciones. Formóse pues la segunda coaliccion, compuesta de la Rusia, el Austria, el imperio (escepto la Prusia), la Cerdeña, Nápoles y Turquía, contra la república francesa.

Nápoles y Cerdeña se adelantaron imprudentemente: el general Joubert ocupó á Turin, y Championnet, despues de haber derrotado á los napolitanos delante de Roma en una batalla sangrienta, entró en la capital de las Dos Sicilias, instituyó la república partenopea, y sometió al directorio el resto del continente italiano.

Nelson, vencedor de la escuadra francesa en Aboukir, no fué tan dichoso en el ataque contra las Canarias. La guarnicion de la principal de aquellas islas respondió con un fuego vivisimo al de su escuadra, y despues de lastimados los buques, y herido gravemente el mismo almirante, tuvieron que renunciar los ingleses á la conquista de aquellas islas, importantísimas para la España, como que son la escala de navegacion y comercio con América.

Este año renunció el príncipe de la Paz al ministerio de estado, para evitar que recayese sobre él la responsabilidad y el odio causado por las calamidades de la nacion. No lo consiguió, porque



conservando siempre el afecto de los reyes, aunque ya sin carácter de ministro, se reservó siempre la dirección de los negocios públicos. Sucedióle Don Mariano Luis de Urquijo. Los ingleses, que tenían constantemente una escuadra poderosa en el apostadero de Cádiz, impedían nuestras comunicaciones con América. El comercio estaba moribundo, las artes y la agricultura descaecian, y las quejas y lamentos eran generales.

1799. Las tropas de la coalición se dirigían ya á los puntos de ataque. Un grande ejército ruso marchaba hacia el Adige para reforzar el austriaco, mandado por Kray, llevando á su frente á Suvarow, célebre por las victorias que habia conseguido contra los turcos y polacos. Otro ejército ruso, mandado por el general Korsakow, observaba á Massena, comandante del ejército frances de Suiza, mientras el archiduque Carlos derrotaba á Jourdan y le arrojaba á la izquierda del Rin. Ultimamente un ejército compuesto de ingleses y rusos, mandado por el duque de York, desembarcó en el Helder, se apoderó de la escuadra holandesa de Texel, y marchó hacia el interior de la república bátava.

Kray, ántes de reunírsele Suvarow, habia derrotado á Scherer, general en jefe del ejército frances de Italia, en la batalla de Magnan. A Scherer sucedió Moreau, y fué vencido por Suvarow en la batalla de Casano, y despues en la de Trebia, cuando ya se le habia reunido Macdonald, que evacuó á Nápoles y á Roma para no verse cortado en el mediodia de Italia si los enemigos tomaban la línea del Apenino. Joubert sucedió á Moreau en el mando del ejército frances, voló á socorrer á Tortona, sitiada por los austrosusos, y fué vencido y muerto en la terrible batalla de Novi. Championnet, que le sucedió, conservó á fuerza de habilidad y celo la línea de los Alpes y del Apenino. El resto de la Italia cayó en poder de los vencedores.

Entre tanto Massena conservaba en la Suiza la línea del Limmath. El archiduque Carlos, que se habia reunido á Korsakow para arrojar de ella al enemigo, no creyéndose con fuerzas suficientes para ello cambió el plan de campaña. Se concertó con los generales rusos en que Suvarow, vencedor ya en Italia, penetrase en Suiza por el monte de San Gotardo, mientras él, atravesando rápidamente la Suabia, caía sobre Basilea, y Korsakow defendía el paso del Limmath. El resultado de este proyecto hubiera sido hallarse el ejército de Massena en el centro de un triángulo, cuyos lados ocupasen tres ejércitos formidables.

Pero el general frances apenas sintió que el archiduque Carlos habia pasado á la Suabia, cargó con fuerzas superiores sobre Korsakow, y le derrotó completamente en la batalla de Zurich. Revuelve al punto contra Suvarow, que ya habia llegado á Altorf, le vence y le arroja al Tirol. Estas operaciones fueron tan rápidas,

que cuando el archiduque Cárlos llegó hácia el Rin de Basilea encontró á su frente el ejército frances victorioso.

En Holanda el general Brune venció al duque de York en la batalla de Berghen, y le obligó á salir del pais con su ejército en virtud de una capitulacion.

Este fué el resultado de la campaña, y el directorio, á pesar de las pérdidas en Italia, hubiera podido sostenerse, á no tener contra sí á todos los partidos de la Francia. Las elecciones del año anterior y del presente recayeron en diputados republicanos : fué elegido por director Sieyes, enemigo del órden actual de cosas, y que deseaba establecer una nueva constitucion que acabase de una vez con las facciones : los jacobinos insurreccionaban el mediodia de la Francia, los realistas el occidente ; y aunque los primeros fueron vencidos con facilidad, los segundos se resistian y daban mas cuidado por mas cercanos. La clase media deseaba la tranquilidad, y estaba convencida de que no la obtendria bajo el gobierno del directorio.

En el cuerpo legislativo se declamó enérgicamente contra los directores Rewbell y La Reveillere, y se vieron obligados á dar su dimision. Sieyes y el consejo de los ancianos querian una mudanza que sosegase el estado : el consejo de los quinientos aspiraba al poder que tuvo la convencion, y para lograrlo se mostraba muy adicto á la constitucion que acababa de violar. En fin aquel gobierno presentaba ya todos los síntomas de una muerte próxima.

Para darle el último golpe necesitaba Sieyes de un general político, y la Francia no lo tenia entónces. Bonaparte, que conquistado el Egipto habia pasado á Palestina, derrotó en la batalla del Monte Tabor á los turcos ; mas no pudo tomar á San Juan de Acre, defendida por Sidney Smith y la escuadra inglesa. Volvió al Cairo, y derrotó en la batalla de Abukir un ejército otomano que habia desembarcado con el objeto de reconquistar aquel pais. Asegurado el ejército frances con esta victoria, dejó el mando al general Kleber ; atravesó en una fragata el Mediterráneo, á pesar de las naves inglesas que lo ocupaban, y desembarcó en Frejus el nueve de octubre.

Su llegada á Paris fué la señal de ataque contra el directorio. El consejo de los ancianos, en virtud de los poderes que le conferia la constitucion, trasladó el cuerpo legislativo á Saint-Cloud, nombrando por comandante de las tropas para esta operacion al general Bonaparte. Sieyes, y á su ejemplo los demas directores, presentaron su dimision. El consejo de los quinientos fué disuelto por un destacamento de tropas que penetró en el lugar de sus sesiones. El de los ancianos se disolvió, dejando un gobierno provisorio compuesto de tres cónsules, que fueron Bonaparte, Sieyes y Roger



Ducos, y dos comisiones legislativas para formar una nueva constitucion.

Sieyes presentó la suya, ingeniosa y muy combinada. El jefe del gobierno, segun ella, era el *proclamador elector*, inviolable é inamovible, cuya única funcion debia ser nombrar los agentes del gobierno. Propuso que se diese á Bonaparte este destino, y el guerrero le respondió : « ¿ Y esperais que un hombre de talento y « honor se resuelva á hacer el papel de un marrano cebado? » Bonaparte tomó sin embargo del plan de Sieyes todo lo que era favorable al poder, y la constitucion consular apareció el veinticuatro de diciembre. Por ella se ponian tres cónsules al frente del gobierno : el primero que era el verdadero jefe, y los otros dos que solo tenian voto consultivo. Bonaparte obtuvo el primer destino, y Cambaceres y Roger Ducos los otros dos : formóse un senado, llamado conservador, que debia nombrar de las listas electorales los miembros del tribunado y del cuerpo legislativo. Este era mudo : los oradores del tribunado y del gobierno discutian en su presencia los proyectos de ley, y él los votaba despues.

Así acabó el poder de la clase media y pasó á la aristocracia, creada por la revolucion en el ejército, la tribuna y los destinos civiles. Se debió esta mudanza á la gran popularidad de que entonces gozaba Bonaparte, al cansancio de los partidos y al deseo que todos tenian de la paz interior y exterior, bajo cuyos auspicios prosperasen los intereses materiales de la sociedad.

La escuadra española salió este año del puerto de Cádiz, al mando de Don José de Mazarredo, para reunirse con la francesa en Brest. Los ingleses no tenian inmediatas las fuerzas necesarias para batirse con ella; pero apenas entró en el puerto mencionado, fué bloqueada en él por la inglesa, reforzada con gran número de navíos que acudieron de los puertos de Inglaterra.

Para subvenir á los gastos de esta expedicion, y cubrir el *déficit* horrendo y siempre en aumento de las rentas públicas, impuso el gobierno español una contribucion extraordinaria de trecientos millones de reales; pero por falta de datos estadísticos se hizo el repartimiento sin igualdad ni prudencia, produjo infinitas reclamaciones, y no pudo verificarse la cobranza.

1800.

Bonaparte tenia necesidad de la paz y la pidió á la Inglaterra. Desechada su peticion necesitaba la victoria.

Miéntas Brune vencía á los rebeldes de Bretaña y pacificaba los departamentos del occidente, y Massena defendía á Génova contra el general Ott, destacado del ejército austriaco con treinta mil hombres para tomar aquella plaza, el primer cónsul se puso al frente del ejército de reserva, pasó el San Bernardo, desembocó por el condado de Aost, en las llanuras de Lombardía, ocupó á Milan, atravesó el Pó y cortó al general austriaco la comunicacion con Alemania. Melas estaba léjos de temer la red que se le tendia,

pues ya el ejército de reserva estaba cerca del Bormida, y todavía pensaba él en perseguir al general Suchet y penetrar en la Provenza. Al fin vuelve á Alejandría, y en Marengo, pequeño pueblo de sus contornos, se dió la memorable batalla de este nombre, que perdieron los austriacos : su ejército quedó cortado, y para recóbrar sus comunicaciones capituló la evacuacion del Piamonte, Genovesado, y Lombardia. En un solo combate perdió el Austria todo el fruto de las victorias de Suvarow. La Rusia negociaba entónces con la Francia, resentida de la derrota de su general favorito en Suiza, de la cual echaba la culpa á los austriacos. Al mismo tiempo Moreau, á quien se habia dado el mando del ejército del Rin, ganó á los austriacos las batallas de Biberac, Memingen y Hochstedt, y los arrojó de la Suabia y Baviera.

El Austria, después de un breve armisticio, volvió á tentar la suerte de las armas. La victoria se conservó fiel á los ejércitos franceses. El general Moreau ganó una gran batalla en Hohenlinden, y arrojó á los austriacos de la lútea del Inn; pasó este río y amenazó á Viena, mientras Brune, comandante del ejército de Italia, arrollaba al enemigo hasta los Alpes Julios. Entre tanto el general Dupont ocupó la Toscana, y Murat amenazaba al reino de Nápoles. La corte de Viena pensó seriamente en la paz, y los plenipotenciarios se reunieron para tratarla en Luneville.

Este año sufrió el reino de Sevilla los estragos de la espantosa epidemia, conocida con el nombre de *típhus icteroides*, y que se creyó importada del nuevo mundo por su semejanza con la fiebre amarilla de América. El número de las víctimas ascendió á cien mil. Hizo los mayores estragos en Cádiz, Sevilla y los pueblos cercanos á estas dos ciudades. Grande calamidad, y tanto mas espantosa cuanto era nueva, é ignorado ó mal conocido el método propio para curarla. Desde entónces casi no ha pasado año en que no se hayan sentido sus funestos efectos en algunos pueblos de Andalucía ó Murcia; pero nunca ha sido la pérdida comparable con la del año mil ochocientos, en que se manifestó por la vez primera.

La paz con el Austria y el imperio se firmó en Luneville el ócho de enero. Por ella se confirmó la de 1801. Campo Formio, perdiendo ademas el archiduque Fernando la Toscana, pais que con el título de reino de Etruria se dió á Luis, duque de Parma. La España gratificó á la Francia por esta cesion con la Luisiana y diez de los navíos que estaban en Brest. El general español Ofarril pasó con una division de seis mil hombres á tomar posesion del nuevo reino. El Piamonte quedó á disposicion de la Francia.

El trece de febrero se firmó en Florencia la paz entre la república y las Dos Sicilias, cediendo el rey de Nápoles la isla de Elba y el principado de Piombino. Entre tanto la España, de acuerdo



con la Francia, declaró la guerra á Portugal : el príncipe de la Paz, al frente de un ejército español, penetró por la frontera de Estremadura, tomó á Campomayor y Olivenza, insultó á Yelves, y obligó al gobierno portugues á firmar la paz de Badajoz, cediendo á España la plaza de Olivenza. La paz entre Francia y Rusia se firmó el ocho de octubre, y el nueve la de Turquía y Francia, habiendo ya evacuado los franceses el Egipto, obligados á hacerlo por un ejército inglés que á las órdenes de Abercrombie desembarcó en aquel país. Bonaparte vendió la Luisiana á los Estados Unidos por una suma de dinero.

La segunda coalicion quedó deshecha, y se preveia muy cercana la paz con Inglaterra. Bonaparte aumentaba el poder de la aristocracia, formada bajo sus auspicios, uniendo todos los partidos, recibiendo á los emigrados é introduciendo en el gobierno á los hombres superiores que se habian distinguido en la revolucion, sin atender á la bandera bajo la cual habian peleado.

Este año perdió la marina española dos navíos de línea en el estrecho, sorprendidos de noche por una escuadra británica que perseguia á la francesa del almirante Linois.

Por muerte de Pablo, emperador de Rusia, su hijo Alejandro I subió al trono de esta gran monarquía. El almirante Nelson derrotó junto á Copenhague la escuadra del rey de Dinamarca, de quien sospechaban los ingleses que se habia aliado con la Francia.

La union entre Francia y España era íntima y sincera en esta época : de parte de la España, porque veia que el espíritu republicano descaecia en Francia; y de parte del primer cónsul, porque miraba á la Península, de la cual nada temia, como un almacen de dinero, de donde podia sacar á su placer. El directorio habia querido privar de sus estados á los duques de Parma, cuya vecindad comprometia la seguridad del ejército frances que ocupaba los estados del rey de Cerdeña. El ministro Urquijo conjuró esta tempestad, y preveyendo que podria renovarse, propuso despues de la batalla de Marengo el cambio de Parma por la Etruria, creyendo que este último país, mas separado del teatro habitual de la guerra, seria un asilo mas seguro para los duques. El tratado particular en que se estipuló el cambio fué celebrado en San Ildefonso el año anterior entre el general Berthier y el ministro español. Esta negociacion produjo otra ventaja para la España. Desde el establecimiento en el ducado de Parma del infante Don Felipe, hijo de Felipe V, los duques cobraban una pension que á los principios pagaban las cortes de Versalles y Madrid; pero desde la revolucion recayó este gravámen enteramente sobre España. Así que el cambio citado aumentaba la dignidad de aquella rama de la casa de Borbon, y disminuia los gastos del erario español.

En estos tiempos era nuestro embajador en Paris Don José de

Mazarredo, habiendo sucedido interinamente en el mando de la escuadra de Brest el general Don Federico Gravina. El carácter sincero, pero firme, del ministro español disgustó al primer cónsul, que gustaba de mas flexibilidad en los agentes de las cortes aliadas, y de mas docilidad á sus voluntades y pretensiones. Fué necesario pues complacer á Bonaparte, y se le dió un sucesor á Mazarredo.

Bonaparte continuaba su plan de pacificacion exterior é interior. El veinticinco de marzo celebró el tratado de Amiens, en el cual se hizo la paz con Inglaterra. España perdió la isla de la Trinidad, y Holanda la de Ceilan, conquistadas por las armas británicas durante la guerra. La isla de Malta, que los ingleses quitaron á los franceses casi al mismo tiempo que los echaron de Egipto, debia restituirse á los caballeros de San Juan. La Gran Bretaña reconocia la república francesa y las demas que esta habia formado, inclusa la de las siete islas Jónicas, nuevamente creada. Poco despues se publicó el nuevo concordato de Francia con el sumo pontífice, por el cual se restituyeron á la religion sus antiguos derechos, no sin haber ántes despedido del tribunado y del cuerpo legislativo á los miembros que se creian opuestos al restablecimiento del culto.

El quince de mayo propuso un proyecto de ley, que fué adoptado, relativo á la creacion de la Legion de Honor, cuyo objeto era dar á la nueva aristocracia signos públicos que la distinguiesen. El seis del mismo mes se le declaró cónsul vitalicio. En fin, el cuatro de agosto se reformó la constitucion consular; y en esta reforma se quitó enteramente al pueblo su influencia en el gobierno. Los electores fueron vitalicios: el tribunado se redujo á cincuenta miembros, y se depositó en el senado la facultad de mudar las instituciones. El primer cónsul, desterrando al pueblo de la escena política, le dirigió á las artes de la civilizacion, y á las empresas de mejora interior. Comenzaron entónces á construirse nuevos caminos, puentes y canales; á formarse los códigos, en fin, á echarse los cimientos de la prosperidad y riqueza del estado, bajo una administracion despótica á la verdad, pero vigilante y llena de luces.

En el exterior agregó á la Francia el Piamonte y la isla de Elba, y ocupó los estados de Parma, vacantes por la muerte del rey de Etruria, que los poseyó durante su vida en virtud del tratado de cesion: aumentó su influencia en las repúblicas de Italia y Holanda, y envió á Suiza un ejército de treinta mil hombres para establecer el nuevo acto federativo que habia dictado á los cantones. La Inglaterra, que consideraba la paz de Amiens solo como una tregua, se preparó de nuevo á la lid.

El príncipe de la Paz recibió este año una nueva y distinguida señal de la amistad de su rey. Fué nombrado generalísimo de todas



las tropas españolas de mar y tierra. Aunque la nacion estaba disgustada con su gobierno, la gran suma de dinero que la paz permitió conducir de América, y la esperanza de restituir al comercio su antigua vida, causaron en el reino una alegría general que se aumentó con el matrimonio del príncipe de Asturias. Esta escelente disposicion de los ánimos fué muy favorable al gobierno : el crédito se restableció, y las artes empezaron á promoverse.

Por estos tiempos se ponía en ejecucion el célebre proyecto de venta de obras pias, que ejecutado con buena fe hubiera sido utilísimo á las mismas obras, al erario y á la nacion. A las obras se concedia un rédito generalmente superior á la renta de las posesiones : el erario ganaba uno por ciento en el ahorro del rédito de los vales, ademas del recurso que le ofrecia la venta de un gran capital ; y la nacion adquiria una gran masa de propiedad dividida. Pero el capital fué disipado en breve por el *déficit* que siempre crecía : los intereses se acumularon sin pagarse, y esta medida, que pudo haber remediado la hacienda pública, no fué mirada por una nacion religiosa y benéfica sino como un arbitrio inventado para despojar los establecimientos de la caridad y del culto.

1803. El trece de mayo se retiró el embajador inglés de Paris, y al mes siguiente se declaró la guerra : las repúblicas aliadas de la Francia se vieron obligadas á seguirla en esta nueva lid. La España cumplia el tratado de San Ildefonso porque no le era posible otra cosa ; pero deseaba conservar la neutralidad. Al mismo tiempo la Suiza aceptaba, forzada, la constitucion federativa que le habia propuesto el primer cónsul, y este tomó el título de mediador de la confederacion suiza.

Una conmocion peligrosa, anunciadora de mayores infortunios, estalló en la provincia de Vizcaya. Con la anuencia y aprobacion del gobierno se formó el proyecto de trasferir la poblacion de Bilbao á un punto mas cercano al mar y mas acomodado, bajo las relaciones de salubridad y conveniencia. Pero esta medida contrariaba los intereses de los propietarios de predios urbanos en Bilbao : ademas ó fué cierto ó se creyó que se ligaban á ella miras ulteriores, dirigidas á disminuir ó aniquilar los fueros de que goza el señorío de Vizcaya. Al nuevo puerto debia imponérsele el nombre de la Paz, en memoria del valido que favorecia este proyecto. A estos elementos de sospecha y discordia, combinados con los partidos populares, se agregaba la inmemorial antipatía y no fácil de explicar que hubo en aquella provincia entre los comerciantes y agricultores, los habitantes de las villas y los de las aldeas.

Hubo pues un alboroto en que el corregidor de Bilbao y algunas personas principales del señorío corrieron mucho riesgo. Pero la autoridad del general de marina Mazarredo, que entónces se hallaba retirado en Bilbao, su patria, contuvo el movimiento y le

quitó gran parte de su fuerza, habiéndole ausiliado mucho en esta operacion el ministro Urquijo, que algunos años ántes habia incurrido en la desgracia de la corte, y se hallaba desterrado en el mismo punto. El gobierno mandó ocupar militarmente el señorío, y hacer pesquisa y formar causa á los autores ó promovedores del movimiento; mas las penas que se les impusieron no pasaron de multas y destierro de la provincia.

A Urquijo habia sucedido en el ministerio de estado Don Pedro Ceballos, cuya esposa era prima del príncipe de la Paz.

A mediados de febrero la policia de Paris descubrió una conspiracion contra la vida de Bonaparte, dirigida á <sup>1804.</sup> restablecer la antigua monarquía. Sus jefes eran el general Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal, jefe de los chuanes. Estos dos estaban refugiados en Lóndres, y volvieron secretamente á Paris, donde fueron presos. Jorge subió al cadalso, Pichegru se encontró ahorcado en la cárcel, y Moreau fué condenado á dos años de arresto, que se conmutaron en destierro. Bonaparte, creyendo al duque de Enghien, príncipe de la sangre real de Francia, partícipe de esta conjuracion, le hizo prender contra el derecho de gentes en el marquesado de Baden en Alemania, donde residia, conducir á Paris, juzgar por una comision militar y fusilar en los fosos de Vincennes. Este atentado, hijo de la violencia y de la ira, y no de la política, fué el primer acto que desacreditó á Bonaparte.

Este año se manifestó á las claras su antiguo proyecto de usurpacion. Con motivo del peligro que habian corrido él y la república en la conspiracion de Moreau, el senado le incitó á ceñirse la corona imperial. Esta medida fué aprobada en el tribunado y en el cuerpo legislativo, sin mas oposicion que la de Carnot, que entónces era tribuno. El diez y ocho de mayo fué proclamado emperador de los franceses, y el dos de diciembre ungido como tal por el sumo pontífice Pio VII, que vino de Roma para esta ceremonia. Este año pues acabó la revolucion de ideas, y solo quedaron de ella los intereses materiales, representados por el gobierno de Bonaparte y por la aristocracia que él habia creado. La nueva constitucion imperial destruyó enteramente la libertad de la prensa y la publicidad de la tribuna: sustituyó á tantas convulsiones y movimientos el amor de la gloria militar y el despotismo de un guerrero. El cansancio de la anarquía revolucionaria habia preparado los ánimos á este resultado: Bonaparte tuvo el mérito egoista de haber conocido la disposicion de las cosas y de haberse atrevido á la soberanía. No quiso trabajar por la libertad, en la cual no creia, ni por la dinastía legítima, que le hubiera reducido á la gloria modesta que se tributa al virtuoso Monk. Se creyó superior á su siglo, y se propuso dominarlo. El poder pasó, durante la revolucion, del trono á la clase media en mil setecientos ochenta y nueve; á la plebe en



mil setecientos noventa y dos; otra vez á la clase media en mil setecientos noventa y cuatro; á la aristocracia en mil setecientos noventa y nueve, y á la fuerza militar en mil ochocientos cuatro, la cual lo conservó hasta que se arruinó por sus propios é inevitables excesos.

Entre tanto se apoderaron los ingleses de cuatro fragatas españolas que volvian de América con caudales, á la altura del cabo de Finisterre, sin preceder declaracion de guerra, con el pretexto de que el dinero se destinaba á satisfacer los continuos pedidos de Bonaparte. La nacion española miró con indignacion este quebrantamiento del derecho de gentes, y se preparó á hacer vigorosamente la guerra que ya no era posible evitar. Poco ántes el general frances Mortier ocupó militarmente el electorado de Hanóver, y en las costas de Boloña se preparaba un ejército de ciento sesenta mil hombres para desembarcar en Inglaterra.

1805. La república cisalpina siguió el ejemplo de la francesa y nombró á Napoleon rey de Italia. El emperador pasó á Milan, donde se coronó el veintiseis de mayo. Génova renunció á su independenciam y fué agregada al imperio frances. La república de Luca se convirtió en un ducado que se dió al marido de Paulina, hermana de Napoleon. Este volvió despues á Francia á activar los preparativos que se hacian en el campo de Boloña para el desembarco en Inglaterra, cuando estalló la tercer coalicion, compuesta de la Rusia, el Austria y la Gran Bretaña. El ejército austriaco pasó el Inn y ocupó sin resistencia la Baviera y el Wurtemberg. Napoleon vuela con la velocidad del rayo, rodea el ejército austriaco, le vence en Elchingen y le obliga á rendirse en Ulma, miéntras Massena observa en Italia al archiduque Carlos. El emperador frances atraviesa el Austria, ocupa á Viena, y encuentra en Austerlitz al ejército ruso, al cual se habian reunido las reliquias del austriaco. Dióse la célebre batalla llamada de los tres emperadores, en que el talento militar de Bonaparte triunfó de la superioridad numérica, y se hizo un armisticio que permitió al ejército ruso retirarse de las redes que se le habian tendido.

Entre tanto una gran derrota marítima, que sufrieron las escuadras francesa y española, templaba la alegría de la victoria. Habíanse reunido en Cádiz despues de hábiles movimientos que el almirante ingles Nelson no pudo impedir. Navegó este intrépido marino la cuarta parte del globo desde las playas del Nilo hasta las Antillas, buscando al enemigo, la victoria y la muerte. Todo lo encontró junto al cabo de Trafalgar, donde destruyó la marina de ambas naciones, y una bala de arcabuz, disparada del navío español *Trinidad*, le quitó la vida. No se borrará de la memoria de los españoles el valor de Gravina, comandante de la escuadra, y de los valerosos capitanes Churruca y Alcalá Galiano, que perecieron luchando á un mismo tiempo con un enemigo terrible y con una

furiosa tempestad. Los franceses no sostuvieron en esta batalla el honor de su pabellon.

El Austria hizo la paz en Presburgo el veintiseis de diciembre. Cedió los estados de Venecia, todo lo que poseia en Suabia, y una parte del territorio del Inn. Venecia se agregó al reino de Italia, y con las provincias alemanas se engrandecieron la Baviera, el Wurtemberg y el ducado de Baden.

Desde el principio de este año se empezaron á sentir los efectos de la paz de Presburgo. La Rusia cedió á la Francia sus provincias del Rin en cambio del electorado de Hanóver, y los ducados de Cleves y de Berg se dieron al mariscal Murat, cuñado del emperador. Catorce príncipes del mediodia y occidente de Alemania renunciaron á la antiquísima confederacion germánica, y formaron otra nueva, llamada confederacion del Rin, cuyo protector fué el emperador de los franceses. Massena marchó contra Nápoles, en cuyo territorio habia desembarcado un cuerpo anglo-ruso, obligó al rey Fernando á refugiarse á la Sicilia, y José Bonaparte, hermano del emperador, fué declarado rey de Nápoles. 1808.

La muerte del ministro inglés Pitt dió algunas esperanzas de paz á la afligida Europa; sucedióle su rival Fox, que entabló inmediatamente negociaciones; pero pronto conoció que Napoleon solo aspiraba á cimentar sobre las ruinas del antiguo sistema europeo una monarquía militar, y se dió prisa á formar la cuarta coalicion, que sus sucesores continuaron, habiendo muerto él en el mes de setiembre. La Prusia, arrepentida de no haber atacado á los franceses en la campaña anterior, y altamente indignada por la abolicion de la república bátava y ereccion del reino de Holanda, que dió el emperador á su hermano Luis Bonaparte, se unió con la Inglaterra, con la Suecia y con la Rusia, que aun no habia ratificado la paz firmada en Paris por su plenipotenciario Oubril, y exigió de la Francia que sus ejércitos pasasen el Rin. El emperador respondió á su *ultimatum* ganando la batalla de Jena, ocupando á Berlin, conquistando todos los estados prusianos de Alemania, y marchando hácia el Vístula para oponerse al ejército ruso que venia en socorro de su aliado, al mismo tiempo que sus diplomáticos incitaban á la Turquía á declarar la guerra á Alejandro.

Miéntas la marcha de Napoleon hácia el Elba agitaba todas las potencias del norte, se difundió por España una proclama del príncipe de la Paz, con fecha del cinco de octubre, que causó la mayor sorpresa en la Península, acostumbrada ya á mirar con indiferencia todos los trastornos que se hacian en Europa. Esta proclama anunciaba como probable una lucha próxima, sin explicar contra quién; y para que no se dudase que el enemigo era *terrestre*, se pedia en ella á los andaluces y extremeños un suplemento de caballería. Los términos en que estaba concebida eran



ambiguos y exaltados al mismo tiempo. Creyóse que se meditaba la guerra contra Francia; pero en breve llegó la noticia de la batalla de Jena, se olvidó la proclama, y no se volvió á hablar de su contenido. Napoleon exigió que un cuerpo de tropas españolas de todas armas pasase al norte en su auxilio; y en efecto se reunió al año siguiente con el ejército que mandaba el mariscal Brune en el territorio de Hamburgo y en el ducado de Mecklemburgo contra los suecos de la Pomerania.

Entre tanto los ingleses, en cuyo favor parecia haberse dado la proclama del gabinete español, atacaban el rio de la Plata; la tentativa de revolucionar la provincia de Caracas por medio del general Miranda, les habia salido infructuosa algunos años ántes; pero en el presente, habiendo reunido fuerzas considerables, desembarcaron el veinticuatro de junio en Barragan, á diez leguas de Buenos Aires, y tomaron esta plaza por capitulacion. Don Santiago Liniers, capitan de navío, reunió algunas fuerzas y reconquistó la ciudad el doce de agosto, haciendo prisionera la guarnicion inglesa con su comandante Beresford. Mas no por este reves desistieron los ingleses de su empresa.

En esta época era la situacion de España sumamente crítica. Los recursos pecuniarios estaban agotados; el reino desguarnecido de tropas, por el gran número de las que habian marchado al norte; la marina, ó destruida por los ingleses, ó puesta á disposicion del emperador; y los ánimos divididos en las opiniones, miras é intereses. Todos volvian los ojos al príncipe de Asturias y esperaban de él el fin de las calamidades públicas; pero el heredero del trono, sumergido entónces en la afliccion por la muerte de su esposa Doña María Antonia, princesa de Nápoles, no tenia la menor influencia en los negocios manejados enteramente por el príncipe de la Paz. Algunos fijaban vagamente su esperanza en Napoleon: creian que resentido por la proclama que ya hemos mencionado é interesado altamente en la prosperidad de su mas antiguo y fiel aliado, se empeñaria, apénas concluyese la guerra de Polonia, en derribar al príncipe de la Paz. Esta esperanza se habia generalizado mucho, y ella impidió que se formasen contra el valido muchas conspiraciones semejantes á la que en estos tiempos fué descubierta y atajada, de la cual se habló muy poco en Madrid y no se tuvo noticia en el resto de la monarquía.

En el mes de febrero volvió al rio de la Plata una nueva espedicion británica, que tomó por asalto á Montevideo y atacó infructuosamente á Buenos Aires. Despues de haber perdido mucha gente se embarcó, y Montevideo volvió á poder de los españoles.

Napoleon, dueño de Varsovia y de todos los pasos del Vístula, despues de haber tendido al enemigo un lazo, que evitó cuidadosamente, mandó poner sitio á Dantzik, única plaza que le faltaba

por tomar en la línea militar de aquel río. Los rusos determinaron socorrerla á toda costa, y el siete de marzo se dió la terrible batalla de Eylau, en que fueron rechazados. Dantzick capituló el veinte de mayo; Bonaparte penetró en la Prusia oriental, venció á los rusos en Friedland el catorce de junio, llegó al Niemen, y el veintiuno del mismo mes se celebró la suspension de hostilidades, seguida del tratado de paz de Tilsitt, que se firmó el siete de julio. En él acabó la cuarta coalicion.

Por este célebre tratado perdió la Prusia las provincias que poseia en el norte de Alemania entre el Rin y el Elba: de ellas y de los electorados de Hesse Cassel y Hanóver se formó el reino de Westfalia para Gerónimo Bonaparte, hermano del emperador. Los estados de Polonia, que en el repartimiento de aquella monarquía, habian tocado á la Prusia, formaron el ducado de Varsovia y se dieron al duque de Sajonia, que entónces tomó el título de rey. La Rusia no solo reconoció estas grandes alteraciones, sino tambien las que se habian hecho en la paz de Presburgo, y por artículos secretos, las que Napoleon meditaba hacer en España.

El emperador volvió á Paris, y en breve pasó á Italia, donde confirmó el célebre decreto del bloqueo continental dado contra la Inglaterra en Berlin, durante la guerra de Prusia, por el cual quedaban confiscados todos los géneros de procedencia inglesa, ó que hubiesen tocado en puerto inglés ó navegasen con permiso del gobierno británico, que se encontrasen en Francia y en los demas paises aliados ú ocupados por las tropas imperiales. Para conseguir los efectos que se proponia de este decreto, emprendió la invasion de Portugal.

Los ingleses entre tanto, para obligar á la Turquía á hacer la paz con Rusia y declarar la guerra á la Francia, forzaron el paso de los Dardanelos con una escuadra, y desembarcaron en Egipto un cuerpo espedicionario, que se apoderó de Alejandria y sitió á Roseta. Estos movimientos fueron en vano: la escuadra inglesa del Bósforo tuvo que huir al Mediterráneo, recibiendo al paso los tiros de los castillos del Helesponto; y el general Fraser, que mandaba la espedicion de Egipto, rechazado de Roseta y bloqueado por los turcos en Alejandria, volvió á embarcarse con sus tropas. Mas felices fueron en Copenhague, de la cual se apoderaron, y donde dictaron la ley; pero el ejército frances del Mecklemburgo, que ya se habia apoderado de la Pomerania sueca, pasó á guarnecer los estados de Dinamarca, y el rey Cristiano accedió al sistema del bloqueo continental. Con este ejército, que mandaba Bernadotte, estaba reunido el cuerpo de tropas españolas auxiliares, en número de diez mil hombres, mandados por el marques de la Romana. Debieron admirarse los que habian nacido en el Tajo, el Turia y el Guadalquivir, de verse trasportados



dos á las islas del Báltico, y de dar guarnicion para su defensa.

Un ejército frances, llamado de observacion de la Gironda, se reunia en las cercanías de Burdeos. Celebróse el veintisiete de octubre en Fontainebleau un tratado entre la Francia, la España y la Etruria, cuyos artículos principales eran : primero, el destronamiento de la familia de Braganza ; segundo, la desmembracion de Portugal en tres partes : la primera, con el título de Lusitania setentrional, se daria al rey de Etruria en trueque de la Toscana que cedió á la Francia ; la segunda, con el título de reino de los Algarbes, comprendia este pais y el Alentejo, y se daba en toda soberanía é independenciam al príncipe de la Paz, ligado ya con la familia real por su matrimonio con la hija del infante Don Luis, y nieta de Felipe V. La parte central quedaria en depósito hasta la paz general.

Al mismo tiempo se publicó el treinta de octubre un decreto del rey que declaraba á su hijo y heredero el príncipe de Asturias culpable de atentados contra su soberanía. Este golpe repentino, que estalló en el reino precisamente cuando los movimientos militares del ejército frances y de las divisiones españolas que debian reunírsele tenian en agitacion todos los ánimos, sacó á los grandes y pequeños del sueño que por tanto tiempo habian dormido, y los hizo atentos á las operaciones políticas. El príncipe de Asturias, á quien siempre se le habia separado cuidadosamente del manejo de los negocios, era tan amado de la nacion como aborrecido el favorito. Atribuíanse á este todos los desastres que España habia sufrido durante su larga administracion ; y no se dudó que abria camino para usurpar el trono calumniando al sucesor legítimo. En cuanto al emperador de los franceses se ignoraba si favorecia al príncipe Fernando ó á Godoy, porque aun no era conocido todo su pensamiento.

La acusacion habia sido anónima : todos los documentos que se examinaron en la causa solo probaban las precauciones que meditaba tomar el heredero del trono para impedir la anarquía ó la usurpacion en caso que falleciese su padre. Así que la buena armonía se restableció fácilmente entre el rey y su hijo : contribuyó infinito á este resultado la voz pública, que declaraba semejante acusacion por calumniosa. Miróse la persecucion de algunos amigos del príncipe como un nuevo acto de arbitrariedad, y el pueblo español atesoraba ira sobre ira.

En esta época se hallaba en Búrgos Junot al frente de veinticinco mil hombres. Este cuerpo entró en Portugal el diez y nueve de noviembre con la division española del general Carrafa. El veintisiete se embarcó para el Brasil la familia real de Braganza, y el treinta se hicieron los franceses dueños de Lisboa, mientras Carrafa ocupaba á Oporto, y el marques del Socorro el Alentejo.

Otro segundo cuerpo de observacion de la Gironda se disponia á entrar en la Península como para servir de escalon y apoyo al ejército de Portugal. Mandábale Dupont, que entró en Irun el veinticuatro de diciembre. La corte de España se halló entónces en medio de la red que Napoleon le habia tendido con el tratado de Fontainebleau.

Los españoles estaban atentos á los sucesos con una admiracion mezclada de enojo : veian inundarse la Pe-<sup>1808.</sup> nínsula de tropas extranjeras ; pero unos las creian destinadas á sostener al príncipe de Asturias contra el favorito , los mas hábiles penetraban el verdadero pensamiento de Napoleon , y la corte, por conjurar la tempestad ó quizá por penetrar mas en las intenciones secretas del emperador, le pidió en matrimonio una sobrina suya , hija de Luciano Bonaparte, para el heredero del trono. Napoleon accedió á esta peticion , no se dió por entendido de ninguna otra cosa, exigió que se reuniesen los restos de la marina española á la escuadra francesa , y sus tropas avanzaban. Al mismo tiempo recibia mal en Paris al príncipe de Maserano, embajador de España , y á Izquierdo, agente del príncipe de la Paz , como para dar á entender intenciones favorables al príncipe Don Fernando.

Entre tanto las tropas imperiales penetraban en nuestras plazas , y á peticion de los generales franceses hacian el servicio con las españolas , consintiendo en ello la corte ; pero las ciudadelas permanecian esclusivamente guardadas por los españoles. D'Armagnac sorprendió la de Pamplona , y Lechi la de Barcelona en plena paz , con ardides que serian celebrados en tiempo de hostilidades, y cogiendo descuidadas las tropas é inciertos á sus jefes. Se apoderaron del castillo de San Sebastian en virtud de órdenes de Madrid : Figueras fué ocupado por doscientos veteranos , que el coronel Rie introdujo en el castillo diciendo que eran conseriptos , á quienes querian tener asegurados porque no se escapasen. En fin los jefes militares de Barcelona cedieron la importante fortaleza de Monjuich á instancias del general Lechi, que ya era dueño de la plaza.

Ya entónces se iban aproximando á la capital las tropas extranjeras. Izquierdo llegó á Madrid á principios de marzo , habló con S. M. y con el favorito , sin que fuese posible saber el asunto de estas conferencias. Mas se observó que habiéndose vuelto á Paris el diez del mismo mes, se dieron órdenes al marques del Socorro para evacuar el Alentejo y replegarse sobre Badajoz ; se pidió á Junot el cuerpo de Carafa con el pretexto de libertar la Andalucía de un desembarco de los ingleses, y se discutió y aun adoptó por S. M. la determinacion de emigrar á Méjico con toda la familia real, imitando el ejemplo de la de Braganza.

Los españoles vieron entónces las cosas con claridad , y se deci-



dieron á no dejar usurpar el trono de sus reyes con la facilidad que se habia hecho en Lisboa. La agitacion del pueblo en Madrid, Aranjuez y la Mancha se calmó algun tanto con una alocucion de S. M., fijada el diez y seis de marzo, en la cual aseguraba que nada *temía*. Pero la guardia real evacuó á Madrid y se reunió toda en Aranjuez, y corrió la voz que en la noche del diez y siete se verificaria el viaje de la familia real. El pueblo perdió la paciencia, se desencadenó, y auxiliado por la tropa atacó la casa del príncipe de la Paz.

El favorito se escondió, el rey le exoneró de los destinos de generalísimo y almirante, y mandó á su hijo que calmase la agitacion popular. Cárlos IV conservó la corona hasta el diez y nueve por la mañana, que Godoy, hostigado de la hambre y la sed, salió de su escondite y dió en manos de las tropas que le llevaron preso. Entónces viéndose el monarca en la dura precision de entregarle á la accion de los tribunales, resolvió no ser por lo ménos agente en la ruina de su amigo, y abdicó en su hijo la corona de España, la mas poderosa de Europa algun dia, pero en aquel momento juguete de un usurpador estrangero. Murat se acercaba á Madrid al frente de un ejército formidable.

El reinado de Cárlos IV fué notable por la decadencia sucesiva del poder de la monarquía creado por Felipe V y aumentado por Fernando VI y Cárlos III; pero si el gobierno desfalleció, la nacion no; y á pesar de él aumentó sus recursos, su saber y su energía. Conserváronse en ella preciosamente todos los elementos de fuerza y gloria con que entró en una nueva carrera de lides, infortunios y triunfos; elementos que sirvieron para levantar segunda vez el trono de los Alonsos y Fernandos, y que manejados por un gobierno reparador, despues de las lecciones del escarmiento, colocarán á la España en el lugar que debe tener en la Europa política.

Florecieron en este reinado hombres insignes en la literatura. Moratin y Melendez en la poesia, Jovellanos en la prosa, dieron respectivamente modelos de buen gusto, perfeccionado con la asidua lectura de nuestros escritores del siglo xvi, y con la enseñanza, ya muy comun, de los verdaderos principios de las artes. Cienfuegos se ejercitó en los géneros lírico y trágico; grande y elevado en las ideas, demasiado atrevido en la elocucion, enseña á pensar y á sentir; pero es un ejemplo peligroso en cuanto al lenguaje. Otros muchos escritores que han ilustrado esta época viven todavía: la posteridad no callará sus nombres.

Cárlos IV tuvo de su matrimonio con María Luisa, hija del duque de Parma, los hijos siguientes: Fernando, que le sucedió con el nombre de Fernando VII; Cárlos María Isidro; Francisco de Paula; María Amelia, que casó con su tio el infante Don Antonio Pascual, y que murió en mil setecientos noventa y ocho;

Carlota Joaquina, que casó con el príncipe del Brasil, despues rey de Portugal con el nombre de Don Juan VI; María Luisa, que casó con Luis, duque de Parma y despues rey de Etruria; María Isabel, que casó con Francisco, príncipe heredero y despues rey de Nápoles; y otros dos infantes que murieron de corta edad. Carlos IV abdicó la corona á los sesenta años de edad y veinte de su reinado.

FIN.





# INDICE.

## LIBRO PRIMERO.]

Situacion de la España ; su ámbito y estension. . . . .	Pág.	1
Sus producciones. . . . .		2
Carácter de la nacion. . . . .	<i>ib.</i>	
Sus primeros pobladores. . . . .		3
Establecimiento de los cartagineses. . . . .		1
Conquistas de Amilcar Barca. . . . .	<i>ib.</i>	
Resistencia de los vetones. . . . .		5
Asdrubal ; continua la conquista. . . . .	<i>ib.</i>	
Funda á Cartagena. . . . .		6
Zelos y envidia de Roma. Muerte de Asdrubal. . . . .	<i>ib.</i>	
Anibal ; sujeta á los oleadas. . . . .		7
Patriotismo y astucia de las mugeres salmantinas. . . . .	<i>ib.</i>	
Derrota de varios pueblos españoles á las orillas del Tajo. . . . .		8
Causas y principio de la guerra de Sagunto. . . . .		9
Vigorosa resistencia de los saguntinos. . . . .	<i>ib.</i>	
Destruccion de la ciudad, y admirable rasgo de la lealtad y constancia de sus habitantes. . . . .		10
Segunda guerra púnica. . . . .	<i>ib.</i>	
Pasa Anibal á Italia. . . . .	<i>ib.</i>	
Nombramiento del cónsul Publio Cornelio Scipion para hacer la guerra en España, y desembarco de los romanos en Ampurias, bajo la conducta de su hermano Gneo Cornelio. . . . .		11
Progresos de este caudillo en la Cataluña. . . . .		12
Asdrubal ; sorprende y destroza á los romanos en las inmediaciones del Ebro. . . . .	<i>ib.</i>	
Sujeta Gneo Cornelio á los ilergetas, lacetanos y otros pueblos sublevados. . . . .	<i>ib.</i>	
Combate naval en la embocadura del Ebro. . . . .		13
Los romanos vencedores sorprenden y saquean las costas de Valencia y la isla de Ibiza. . . . .		14
La fama de estas victorias concilia á Gneo Cornelio la alianza y amistad de un gran número de pueblos. . . . .	<i>ib.</i>	
Andobal y Mandonio, príncipes españoles, se arman contra los romanos ; pero son vencidos por los confinantes aliados de Roma. . . . .		15
Proezas de las celtiberos contra los cartagineses. . . . .	<i>ib.</i>	
Venida de Publio Cornelio, y reunion de los dos hermanos. . . . .	<i>ib.</i>	
Memorable acción del noble saguntino Abeloce ó Abidux. . . . .		16
Rebelion de los carpesios contra los cartagineses. . . . .		17
Asdrubal recibe orden de partir á Italia y los romanos procuran impedirle la marcha. . . . .		18
Batalla en las inmediaciones del Ebro. . . . .		19
Pasa á España Magon con nuevo ejército ; los romanos se refuerzan igualmente ; batalla delante de Iiturgi. . . . .		20
Nueva derrota de los artagineses delante de Intible. . . . .	<i>ib.</i>	



Venganza de los cartagineses sobre los españoles. . . . .	Pág. 20
Nuevo sitio de Ilturgi; intrepidez de Gneo Cornelio, que la socorre y rechaza á los sitiadores. . . . .	21
Batallas de Munda y Auringe. . . . .	ib.

## LIBRO SEGUNDO.

Derrota de los gaulas auxiliares de Cartago. . . . .	22
Toma de Sagunto; venganza de los romanos sobre los turbuletas. . . . .	23
Astucia de Asdrubal para retirar á los celtiberos del ejército romano. . . . .	24
Derrota de Publio Cornelio; su muerte. . . . .	ib.
Derrota y muerte de Gneo Cornelio. . . . .	25
Lucio Marcio; reúne los residuos de los ejércitos romanos, y dos veces consecutivas triunfa de los cartagineses. . . . .	ib.
Roma ingrata á los servicios de Lucio Marcio le despoja del mando, y envía en su lugar á Claudio Neron. . . . .	27
Burla Asdrubal al nuevo general. . . . .	ib.
Publio Cornelio Scipion elegido general de España. . . . .	ib.
Sitio y conquista de Cartagena. . . . .	28
Humanidad de Publio. . . . .	29
Rasgo de generosidad del mismo. . . . .	30
Batalla de Bécula; generosidad de Scipion con un príncipe numida. . . . .	31
Asdrubal parte á Italia; Hannon toma el mando del ejército. . . . .	32
Derrota de los cartagineses cerca de Segovia; Hannon queda prisionero. . . . .	ib.
Scipion consigue arrojar de España á los cartagineses. . . . .	38
Conquista de Ilturgi. . . . .	ib.
Sitio de Astapa; horrible ejemplo de desesperacion. . . . .	ib.
Lucio Cornelio Lentulo y Lucio Manlio Acidino, gobernadores de la España. . . . .	34
Rebelion de los ilergetas. . . . .	ib.
Son derrotados en los campos sedetanos; muerte de Andobal y Mandonio. . . . .	ib.
España dividida en dos gobiernos. . . . .	35
Rapacidad y despotismo de los pretores romanos; disgusto de los españoles. . . . .	ib.
Rebelion de los lusitanos. . . . .	36
Perfidia y crueldad de Sergio Sulpicio Galba. . . . .	ib.
Carácter é insignes calidades de Viriato. . . . .	ib.
Se pone al frente de los lusitanos, y embiste la Turdetania. . . . .	37
Burla al pretor Vetilio. . . . .	ib.
Vence á los romanos con la muerte del pretor. . . . .	38
Nuevas victorias; hazaña singular de un lusitano. . . . .	ib.
Terror de Roma; tratado de paz concluido con el procónsul Serviliano. . . . .	39
Roma prescribe la continuacion de la guerra: Quinto Servilio Cepion, sucesor de Serviliano. . . . .	ib.
Cepion hace matar alevosamente á Viriato. . . . .	40
Los lusitanos hacen la paz con los romanos. . . . .	41
Bloqueo de Numancia. . . . .	ib.
Bizarria y generosidad de los numantinos; arrogancia del cónsul Q. Fulvio Nobilior. . . . .	ib.
Q. Pompeyo Rufo; los numantinos arruinan su ejército, hace la paz con ellos y los engaña con la mayor perfidia. . . . .	42
Marco Popilio, sucesor de Pompeyo, niega el tratado hecho con los numantinos; resuelve Roma la continuacion de la guerra. . . . .	43
Intrepidez de los numantinos; derrota de Popilio. . . . .	ib.
Cayo Hostilio Mancino: la supersticion acrecienta sus temores. . . . .	ib.

Huye : su fuga descubierta por una casualidad. . . . .	Pág. 44
Cuatro mil numantinos deshacen á cuarenta mil romanos; obligan al cónsul á pedir la paz, y la otorgan generosamente. . . . .	<i>ib.</i>
Hostilio llamado á Roma á responder de su conducta; su sentencia; se desaprueba la paz ajustada con Numancia. . . . .	45
Numancia, terror de Roma; Publio Emilio Scipion creado cónsul para continuar esta guerra. . . . .	<i>ib.</i>
Bloqueo de Numancia; obstinacion de Scipion en no acceder á una capitulacion honrosa; proezas de los numantinos. . . . .	46
Numancia perece con mas gloria que de los vencedores. . . . .	<i>ib.</i>

## LIBRO TERCERO.

Renace en España la paz y la tranquilidad. . . . .	48
Q. Sertorio, fugitivo de Roma, se refugia en España, y se concilia el afecto de los naturales. . . . .	49
Arma á la España contra Roma, vence á sus dos pretores. . . . .	<i>ib.</i>
Q. Concilio Metelo enviado por Sila contra Sertorio. . . . .	50
Gneo Pompeyo nombrado para continuar la guerra en compañía de Metelo. . . . .	52
Es vencido por Sertorio. . . . .	<i>ib.</i>
Progresos de Metelo en la Andalucía. . . . .	<i>ib.</i>
Sertorio persigue y acobarda á sus enemigos. . . . .	<i>ib.</i>
Inconstancia de los romanos parciales de Sertorio. . . . .	53
Alevosa muerte de Sertorio. . . . .	<i>ib.</i>
Perpenna se alza con el mando de las tropas: es derrotado por Pompeyo.	54
Julio César completa la reduccion de España con la conquista de algunos pueblos independientes de la Lusitania y Galicia. . . . .	<i>ib.</i>
Triunvirato de Craso, César y Pompeyo. . . . .	55
Rompimiento entre César y Pompeyo: procura este poner la España á cubierto de una agresion: César la invade. . . . .	<i>ib.</i>
Los pompeyanos baten á César cerca de Lérida y á las orillas de la Segre.	<i>ib.</i>
Los hijos de Pompeyo se arman en España contra el tirano de Roma. . .	56
Célebre batalla de Munda. . . . .	<i>ib.</i>
Muerte de César: Octaviano su sucesor; triunvirato de Octaviano, Lepido y Antonio. . . . .	57
El triunvirato reducido á duunvirato y por último á monarquía. . . . .	<i>ib.</i>
Origen de la era española; nueva division de la España. . . . .	<i>ib.</i>
Rebelion de los vacceos, austrigones y turmógidos; Octaviano los sujeta.	58
España en paz; restablecimiento de varias colonias romanas en ella. . . .	<i>ib.</i>
Participa de la revolucion acaecida en el siglo V en el imperio romano. .	<i>ib.</i>
Irrupcion de los godos, suevos, vándalos y alanos en el imperio de Oriente.	59
Ataulfo, sucesor del godo Alarico, pasa los Pirineos. . . . .	<i>ib.</i>
Sigerico; es muerto apénas ciñe la corona. . . . .	<i>ib.</i>
Walia intenta apoderarse de la Mauritania. . . . .	<i>ib.</i>
Genserico, rey de los vándalos. . . . .	60
Irrupcion de Atila en las Galias; Teodoro, sucesor de Walia, se une con los romanos para resistirle. . . . .	<i>ib.</i>
Turismundo; reporta sobre Atila una completa victoria. . . . .	61
Teodorico; derrota á Requiario, rey de los suevos. . . . .	<i>ib.</i>
Eurico; estiende asombrosamente sus dominios por la España y Galia. .	<i>ib.</i>
Alarico muere combatiendo en los campos de Vouillé. . . . .	<i>ib.</i>
Gesaleico; usurpa la corona á Amalarico. . . . .	62
Amalarico; casa con una princesa de Francia. . . . .	<i>ib.</i>
Teudis; irrupcion de los francos en España; Teudis los vence. . . . .	<i>ib.</i>
Teudiselo; muere á manos de ciertos nobles agraviados. . . . .	63



Agila ; se desacredita entre los godos. . . . .	Pág. 63
Atanagildo ; procura arrojar de España á los romanos. . . . .	ib.
Interregno. Los godos proclaman á Liuva. . . . .	84
Leovigildo ; frustra el derecho de eleccion á los godos. . . . .	ib.
Recaredo ; abraza la religion católica. . . . .	ib.
Liuva II ; sus bellas prendas. . . . .	65
Witerico ; muere asesinado en un banquete. . . . .	ib.
Gundemaro ; muere apenas sube al trono. . . . .	ib.
Sisebuto ; vence á los romanos ; funda la ciudad de Eborá. . . . .	ib.
Recaredo II ; le sucede por pocos meses. . . . .	66
Suintila ; arroja enteramente á los romanos de España. . . . .	ib.
Sisenando ; procura sancionar su exaltacion con la autoridad del concilio toledano IV. . . . .	ib.
Chintila ; es igualmente confirmada su eleccion por dos concilios nacionales. . . . .	ib.
Tulga ; su deposicion. . . . .	67
Chindasvinto ; asocia á su hijo Recesvinto. . . . .	ib.
Recesvinto ; gobierna con prudencia. . . . .	ib.
Wamba se resiste á admitir la corona que le ofrecen los nobles. . . . .	ib.
Irrupcion de los sarracenos. . . . .	68
Ervigio ; consigue que un concilio nacional apruebe la cesion de Wamba. . . . .	ib.
Egica ; sus dudas resueltas en el concilio toledano XV. . . . .	69
Witiza ; rey justo en sus principios. . . . .	ib.
Rodrigo ; sus vicios é indolencias. . . . .	70
Irrupcion de los sarracenos ; batalla de Jerez ; fin de la monarquía goda. . . . .	71
Progresos de los árabes ; completa Muza la conquista. . . . .	ib.
Abdalaziz ; es asesinado. . . . .	72
Hayub, su sucesor, estiende sus conquistas por la Galia gótica. . . . .	ib.

### LIBRO CUARTO.

Pelayo ; principios de la reconquista ; victorias de aquel esforzado caudillo sobre los sarracenos. . . . .	74
Favila ; su desgraciada muerte. . . . .	ib.
Alfonso I el Católico ; estiende asombrosamente sus dominios. . . . .	ib.
Fruela I ; reporta sobre los moros en Galicia una victoria memorable ; asesina á su hermano Vimarano, y es víctima de la ambicion de Aurelio. . . . .	75
Aurelio ; reduce á los esclavos y libertos. . . . .	ib.
Silo ; asocia á la corona á Alonso, hijo de Fruela. . . . .	ib.
Mauregato ; se apodera del cetro con el auxilio de los sarracenos. . . . .	ib.
Bermudo el Diácono. . . . .	76
Alonso II el Casto ; hermosea con magníficos edificios la ciudad de Oviedo. . . . .	ib.
Ramiro I ; vence, sujeta y castiga á varios nobles rebeldes. . . . .	ib.
Ordoño I ; estiende sus dominios á costa de los mahometanos. . . . .	77
Alfonso III el Grande ; sube al trono, le pierde y le recobra ; ensancha los límites de su reino hasta las riberas del Tajo y del Guadiana. . . . .	ib.
Rebellion de su hijo Don García ; le prende ; conspiracion de su familia ; renuncia en él sus dominios. . . . .	78
García ; disfruta solamente cuatro años un trono obtenido á costa de ingratinitudes y violencias. . . . .	79
Ordoño II ; sus triunfos. . . . .	ib.
Fruela II ; su indolencia. . . . .	80
Alonso IV el Monge ; renuncia la corona en su hermano Ramiro. . . . .	ib.
Ramiro II ; se apodera de Madrid, y vence los mahometanos cerca de Osma. . . . .	ib.

Hace tributario al gobernador de Zaragoza; batalla de Simancas. . . . .	Pág. 80
Esfuerzos de los condes de Castilla por hacerse independientes. . . . .	81
Jornada de Talavera. . . . .	ib.
Ordoño III; conspiracion de su hermano Don Sancho para destronarle; triunfa de los sarracenos en la Lusitania. . . . .	ib.
Sancho I el Craso; es destronado por Ordoño el Malo; Abderramen le franquea auxilios para recobrar el trono. . . . .	ib.
Batalla de Hasiñas. . . . .	82
Sublevacion de la Galicia; Don Sancho la apacigua; es envenenado. . .	84
Ramiro III; segunda irrupcion de los normandos. . . . .	ib.
Irrupcion de los sarracenos en Castilla. . . . .	ib.
Rebelion de los gallegos; proclamacion de Don Bermudo; guerra entre este y Ramiro. . . . .	85
Bermudo II; irrupcion de Almanzor. . . . .	ib.
Progresos de Almanzor. . . . .	ib.
Confederacion de los reyes de Leon y Navarra con el conde de Castilla; batalla de Calatañazor. . . . .	86
Alonso V; estiende sus dominios por la Lusitania; muere en el sitio de Visco. . . . .	87
Bermudo III; batalla de Tamara; muerte de Don Bermudo; incorporacion de la corona de Leon á la de Castilla. . . . .	88
—————	
<i>Reyes de Castilla.</i> . . . . .	89
Fernando I; sus asombrosas conquistas sobre los mahometanos. . . . .	ib.
Es aclamado emperador. . . . .	90
Rebelion de los moros subyugados; irrupcion de los aragoneses y valencianos; muerte de Don Fernando, y division de sus estados entre sus hijos. . . . .	91
Sancho II; mueve guerra á su hermano don Alonso de Leon por despojarle de sus estados: le vence, y le obliga á renunciar la corona. . . . .	ib.
Despoja tambien del reino de Galicia á su hermano Don García. . . . .	92
Pretende por último despojar de su reducido patrimonio á sus hermanas Elvira y Urraca; sitio de Zamora; asesinato de Don Sancho. . . . .	ib.
Alonso VI; es restablecido en el trono de Leon, y sucede á Don Sancho en el de Castilla; se apodera del reino de Galicia; emprende la conquista de Toledo; favorece los proyectos ambiciosos de su suegro el rey de Sevilla. . . . .	93
Consecuencias de esta imprudente determinacion; jornada contra Jucef Tefin; principios del reino de Portugal. . . . .	94
Competencia con el rey de Aragon; irrupcion de los almoravides africanos; batalla de los siete condes; vuelve Don Alonso por el honor de sus armas vengando la muerte de su hijo. . . . .	95
Urraca; pretension del rey de Aragon Don Alonso I. . . . .	ib.
Su matrimonio con la reina; proclamacion del niño Don Alonso; guerra entre Aragon y Castilla; disensiones entre Doña Urraca y su hijo Don Alonso. . . . .	96
Alonso VII; toma bajo su proteccion al régulo de Córdoba. . . . .	97



## LIBRO QUINTO.

Sancho III el Deseado; sublevacion de los mahometanos tributarios; guerra de Navarra; insolencia de los moros andaluces; origen de la orden de Calatrava. . . . .	Pág. 99
Origen de las de Alcántara y Santiago; Alonso VIII; discordia y guerra civil durante su menor edad; irrupcion de Jacob Aben-Jucef. . . . .	100
Desgraciada jornada de Alarcos; cruzada contra los sarracenos; memorable batalla de las Navas de Tolosa. . . . .	101
Enrique I; esfuerzos de la casa de Lara por apoderarse de la tutela y del gobierno. . . . .	102
Persecucion de la infanta Doña Berenguela; desgraciada muerte de Don Enrique. . . . .	<i>ib.</i>
Berenguela; renuncia la corona en su hijo Don Fernando III. . . . .	103
Intrigas de los Laras para indisponer á Don Alonso IX de Leon con Don Fernando; guerra entre padre é hijo. . . . .	<i>ib.</i>
Triunfos de Don Fernando sobre los sarracenos; muerte de Don Alonso de Leon; Don Fernando es preterido en el testamento de su padre; pero se presenta en Leon, y es fácilmente reconocido. . . . .	104
Fernando II de Leon. Su carácter le enagena los corazones de los nobles. Sus victorias contra los mahometanos. . . . .	105
Alonso IX de Leon; émulo de la gloria de su primo Don Alonso VIII de Castilla, comete las bajezas de abandonarle al furor de Jacob Aben-Jucef, y de acometerle cuando mas apurado estaba por atajar sus rápidos progresos. . . . .	106
Justo resentimiento del castellano; transaccion amistosa; matrimonio del rey de Leon con la infanta de Castilla Doña Berenguela. . . . .	<i>ib.</i>
Manda el papa separarlos; repugnancia del leonés; entredicho en el reino de Leon; separacion de ambos esposos, quedando reconocido su hijo Don Fernando por sucesor en el trono. . . . .	107
Conquistas de Don Alonso. . . . .	<i>ib.</i>
Emprende Don Fernando III la guerra contra los moros andaluces; se apodera de Córdoba; conquista á Jaen. . . . .	109
Se hace dueño de Sevilla; intenta incorporarse en la cruzada contra la Tierra Santa; pero la muerte ataja sus proyectos; sus virtudes le hacen digno de nuestra veneracion en los altares. . . . .	110
Alonso X el Sabio; sus producciones literarias. . . . .	<i>ib.</i>
Los reyes de Granada y Murcia intentan sacudir el yugo; Don Alonso se une con Don Jaime I de Aragon para resistirles; sujeta fácilmente al granadino. . . . .	111
Ausilia á Don Jaime, y facilita la rendicion de Murcia. . . . .	112
Perjudiciales providencias de Don Alonso para ocurrir á las urgencias del estado; descontenta á los pueblos; rebelion de algunos nobles. . . . .	<i>ib.</i>
Don Alonso elegido emperador de Alemania; oposicion de la corte de Roma; tenacidad de aquel; tercias reales concedidas á la corona de Castilla. . . . .	113
Embiste el rey de Granada las plazas de Ecijay Jaen; inútiles y desgraciados esfuerzos del adelantado Don Nuño de Lara; muerte del príncipe Don Fernando de la Cerda. . . . .	115
Intrigas del infante Don Sancho por hacerse reconocer inmediato sucesor al trono con perjuicio de los hijos del difunto Don Fernando. . . . .	116
Esfuerzos de Don Sancho para que su padre le declare inmediato sucesor; perplejidad de Don Alonso; vence por fin el partido del infante, siendo reconocido por las córtes. . . . .	117
Francia se declara protectora de los infantes de la Cerda. . . . .	<i>ib.</i>

Sitio de Algeciras; imprudencia de Don Sancho; destrozo de la escuadra castellana. . . . .	Pág. 117
Continua el rey de Francia sus oficios en favor de los Cerdas. . . . .	118
Rasgo de injusticia y de inhumanidad de Don Alonso; resentimiento de Don Sancho; descontento general; de él se aprovecha el infante para rebelarse contra su padre. . . . .	119
Don Sancho, desheredado, implora el perdón de su padre, y le obtiene fácilmente. . . . .	120

## LIBRO SESTO.

Don Sancho IV el Bravo; se concilia la enemistad del rey de Marruecos; sitio de Jerez; confederacion con Francia; castigo de Don Lope Diaz de Haro, y del infante Don Juan. . . . .	123
Resentidos la viuda é hijo de Don Lope coadyuvan las pretensiones de los Cerdas; y con el fervor del rey de Aragon es aclamado Don Alonso, el mayor de estos infantes. . . . .	124
Nuevas é igualmente infructuosas tentativas del aragones en favor de Don Alonso de la Cerda. . . . .	<i>ib.</i>
Sitio de Tarifa; heroicidad de Don Alonso Perez de Guzman el Bueno. . . . .	125
Fernando IV el Emplazado; bellas cualidades de la reina madre Doña María de Molina. . . . .	126
Córtes de Valladolid; el infante Don Enrique se apodera del gobierno con título de tutor; crecen las turbulencias. . . . .	127
Pacificacion momentánea; guerra civil; proclamacion de Don Alonso de la Cerda. . . . .	128
Ambicion del infante Don Enrique; legitimacion; dispensa y matrimonio de Don Fernando con Doña Constanza de Portugal. . . . .	129
Intrigas de Don Enrique; el rey se abandona á la discrecion del infante y demas nobles inquietos y ambiciosos; córtes de Medina del Campo. . . . .	130
Prudencia de la reina madre; la calumnian los rebeldes; abandona Don Enrique este partido, y se pone á la frente de otro en favor de la reina. . . . .	131
Renace la serenidad. . . . .	132
Competencias de los Laras y Haros; guerra de Granada. . . . .	<i>ib.</i>
Sitios de Algeciras y de Almería; conquista de Gibraltar. . . . .	<i>ib.</i>
Injusticia é inhumanidad de Don Fernando; su emplazamiento para el tribunal del juez eterno; muere al cumplirse el plazo. . . . .	133
Alonso XI; nuevas discordias durante su menor edad; los infantes Don Pedro y Don Juan se disputan el gobierno y la tutela; córtes de Palencia. . . . .	134
Esfuerzos de la reina Doña María por aplacar los ánimos; obtienen los infantes en las córtes de Búrgos el nombramiento de tutores y gobernadores. . . . .	<i>ib.</i>
Victorias del infante Don Pedro contra los moros granadinos; envidia y perversidad del infante Don Juan; toma parte en la guerra; mueren ambos en ella. . . . .	135
Nuevos aspirantes á la tutela y gobierno; muerte de la reina Doña María. . . . .	136
Hace el rey declarar su mayoría; los rebeldes le temen, y se ligan para resistirle; pero los desune con su política, y desconcierta sus proyectos. . . . .	<i>ib.</i>
Pasa á Aragon Don Juan el Tuerto, é intenta resucitar el partido de Don Alonso de la Cerda; el rey le atrae con engaño, y le hace matar traidamente. . . . .	137
Teme igual suerte su compañero Don Juan Manuel, y se arma contra el rey. . . . .	138
Toman algunas ciudades el ejemplo, y se sublevan; severidad del rey. . . . .	<i>ib.</i>
Los sarracenos se apoderan de Gibraltar; Don Alonso emprende infructuosamente su reconquista. . . . .	139



Los rebeldes, vivamente perseguidos y estrechados por el rey, se encomiendan á su generosidad, y obtienen su perdon. . . . .	Pág. 139
Guerra con el Portugal; victoria de la armada castellana sobre la portuguesa. . . . .	140
Renuévanse las hostilidades con los mahometanos; jactancia y orgullo de Abomelic. . . . .	<i>ib.</i>
Hazañas de Don Fernando Portocarrero; memorable batalla del rio Pátute; muerte de Abomelic. . . . .	141
Pasa á España el rey de Marruecos. . . . .	142
El almirante Jofré Tenorio, vilmente calumniado ante el rey, se entrega heroicamente á la muerte por vindicar su honor amancillado. . . . .	<i>ib.</i>
Preparaciones contra Albohacen; sitio de Tarifa; memorable batalla del Salado; conquista de Algeciras; sitio de Gibraltar. . . . .	143

## LIBRO SÉTIMO.

Muerte del rey Don Alonso; Pedro; horribles coloridos con que le retrata la historia. . . . .	146
Muerte de Doña Leonor de Guzman; temores de su hijo el conde Don Enrique; descontento de la nobleza; sublevacion de Don Juan Nuñez de Lara; venganza del rey; asesinato del adelantado de Castilla Garcilaso de la Vega. . . . .	147
Proyecta Alburquerque la abolicion de las behetrías, pero se oponen las córtés de Valladolid; reconciliacion del rey con su hermano Don Enrique. . . . .	148
Amores de Don Pedro con Doña María de Padilla; llegada de su prometida esposa la princesa Doña Blanca de Borbon; disgusto del rey; su matrimonio; caida de Alburquerque; su persecucion. . . . .	<i>ib.</i>
Nuevos amores con Doña Juana de Castro; segundo matrimonio del rey con esta dama; su inconstancia. . . . .	150
Confederacion del conde Don Enrique y sus hermanos con Don Juan Alonso de Alburquerque. . . . .	151
Lealtad de los caballeros toledanos; se refugia el rey en Tordesillas. . . . .	<i>ib.</i>
Los coligados exigen de Don Pedro la remocion de la Padilla, y el restablecimiento de Doña Blanca; el rey los engaña. . . . .	<i>ib.</i>
Consiguen apoderarse del rey; disuélvese la liga por la astucia de D. Pedro. . . . .	<i>ib.</i>
Crueldades de Don Pedro despues de ocupada Toledo; sitio de Toro; fuga de Don Enrique. . . . .	152
Toro se rinde; nuevas crueldades de Don Pedro. . . . .	153
Osadía de un almirante aragones; rompimiento con el rey de Aragon. . . . .	<i>ib.</i>
Nuevos rasgos de crueldad de Don Pedro; asesinatos de su hermano Don Fadrique, y del infante de Aragon Don Juan. . . . .	154
Renuévase la guerra de Aragon; pintura lamentable de la decadencia del imperio de los mahometanos; discordias intestinas entre los moros de Granada. . . . .	155
Muerte de Doña María de Padilla; dolor del rey, quien la reconoce por su legítima consorte; resuelve Don Pedro la muerte de la infeliz Doña Blanca. . . . .	156
Guerra de Granada; generosidad aparente de Alamar; propone la paz bajo condiciones bastante razonables; perfidia y crueldad de Don Pedro. . . . .	<i>ib.</i>
Nuevo rompimiento con Aragon. . . . .	157
Concibe Don Enrique el proyecto de apoderarse de la corona; felicidad de las primeras tentativas; es proclamado en Calahorra. . . . .	<i>ib.</i>
Cobardía y fuga precipitada de Don Pedro; Búrgos, absuelta por este del juramento de fidelidad, reconoce y corona á Don Enrique. . . . .	158
Logra por fin Don Enrique hacerse dueño de ambas Castillas. . . . .	<i>ib.</i>

Persigue Don Enrique á su hermano hasta obligarle á salir de España. Pág.	158
Horrible correspondencia de Don Pedro; la conquista de las Andalucías deja á Don Enrique dueño de todos los dominios de su hermano; le pierde su nimia confianza. . . . .	159
Don Pedro consigue interesar en su desgracia al rey de Inglaterra; batalla de Nájera que pierde Don Enrique con el reino. . . . .	<i>ib.</i>
Declárase la Francia en favor de Don Enrique, y franquea socorros. . . .	160
La inhumanidad de Don Pedro reanima el partido de Don Enrique. . . . .	<i>ib.</i>
Preséntase de nuevo Don Enrique en Castilla, que le recibe con entusiasmo. . . . .	<i>ib.</i>
Intenta huirse Don Pedro; astucia y lealtad de Beltran Claquin; cae Don Pedro en poder de su hermano, quien le mata á puñaladas. . . . .	161
Enrique II; el rey de Portugal se declara su competidor. . . . .	<i>ib.</i>
Nuevo competidor de Don Enrique en el duque de Alencastre. . . . .	162
Triunfa Don Enrique de todos sus enemigos. . . . .	<i>ib.</i>
Muerte de Don Enrique, saludables advertencias que dejó á su hijo. . .	<i>ib.</i>
Juan I; vuelven á las armas el de Alencastre y el de Portugal. . . . .	163
Progresos de Don Juan contra el ejército coligado. . . . .	<i>ib.</i>
Muerte de la reina de Castilla; matrimonio de Don Juan con la infanta Doña Beatriz de Portugal. . . . .	164
Muerte del rey de Portugal; niéganse los portugueses á reconocer por su sucesora á la infanta Doña Beatriz, y proclaman al maestro de Avis. . .	<i>ib.</i>
Memorable y desgraciada batalla de Aljubarrota; peligrosas consecuencias de esta derrota; desastrada muerte del rey Don Juan. . . . .	165
Enrique III el Enfermo; agitaciones de Castilla durante su menor edad. .	166
Fabulosa anécdota que se refiere del rey Don Enrique. . . . .	168

## LIBRO OCTAVO.

Don Juan II; su menor edad. . . . .	171
Generosidad de su tutor el infante Don Fernando. . . . .	<i>ib.</i>
Victorias del regente sobre los moros andaluces; es llamado al trono de Aragon. . . . .	<i>ib.</i>
Don Alvaro de Luna. . . . .	<i>ib.</i>
Secreta conspiracion contra el favorito. . . . .	172
El rey, confinado en Tordesillas por la astucia del infante Don Enrique de Aragon, debe su libertad á un ardid de Don Alvaro de Luna. . . . .	<i>ib.</i>
Nuevos desacatos de Don Enrique; el rey le castiga. . . . .	<i>ib.</i>
Don Alvaro elevado á la dignidad de condestable. . . . .	173
El rebelde Don Enrique se une con su hermano el infante Don Juan, rey de Navarra, para perder al condestable. . . . .	<i>ib.</i>
Debilidad del rey; Don Alvaro es desterrado de la corte; pero el rey le llama nuevamente. . . . .	<i>ib.</i>
Guerra con el aragones y el de Navarra; progresos de las armas del rey; bloqueo de Alburquerque; córtés de Medina del Campo, y sentencia fulminada contra los infantes. . . . .	174
Los infantes imploran la paz, se les concede, y la interrumpen inmediatamente. . . . .	175
Humillados los rebeldes abandonan sus proyectos ambiciosos, y se restablece la tranquilidad. . . . .	<i>ib.</i>
Don Juan castiga la ingratitude de Mahomad el Izquierdo, rey de Granada. .	<i>ib.</i>
Nueva conspiracion contra Don Alvaro; los sediciosos triunfan de la debilidad del rey, y el condestable es desterrado. . . . .	176
Miserable situacion del rey en poder de los rebeldes. . . . .	177
Don Juan Pacheco; su ambicion y resentimiento contribuyen á la libertad	



del rey; derrota de los rebeldes, y muerte del infante Don Enrique. . . Pág.	177
Intrigas de Pacheco; seduce al príncipe heredero Don Enrique, haciéndole tomar parte en ellas. . . . .	178
Recibe el rey nueva esposa de mano de Don Alvaro. . . . .	180
Su disgusto y los zelos de la reina preparan la desgracia del favorito. . .	<i>ib.</i>
Don Alvaro preso y condenado á muerte. . . . .	181
Fallecimiento de Don Juan. . . . .	<i>ib.</i>
Don Enrique IV, por desmentir la opinion de su impotencia, casa de segundas nupcias con Doña Juana de Portugal. . . . .	182
Exaspera á la nobleza con una imprudencia. . . . .	<i>ib.</i>
Niéganse á reconocer por princesa heredera á una infanta que acaba de dar á luz la reina; dudas sobre la legitimidad de la recién nacida, conspiracion para destronar al rey. . . . .	183
Pretende Don Enrique atajar sus progresos, condescendiendo en que el infante Don Alonso sea jurado inmediato sucesor. . . . .	184
Los conjurados proclaman rey de Castilla al infante Don Alonso. . . . .	<i>ib.</i>
Derrota de los rebeldes junto á Olmedo; muerte del nuevo rey; pacificacion general. . . . .	185
La ambicion hace renacer las intrigas, y divide la corte en bandos; triunfo del arzobispo de Toledo, y matrimonio de Doña Isabel con el infante de Aragon Don Fernando; matrimonio de la princesa Doña Juana con el duque de Berri; estraña ocurrencia á que dió lugar. . . . .	<i>ib.</i>
Progresos de los príncipes Doña Isabel y Don Fernando en el afecto de los pueblos. . . . .	187
Muerte de Enrique IV; el reino todo se declara por Doña Isabel y Don Fernando. . . . .	188
El marques de Villena resucita el partido de la princesa Doña Juana y determina al rey de Portugal á aceptar la mano de esta señora. . . . .	<i>ib.</i>
Irruccion del portugues en Castilla. . . . .	<i>ib.</i>
Ataque de Valtanas; bizarría del conde de Benavente; su lealtad; progresos de las armas castellanas en Portugal; conquista de Zamora; batalla de las llanuras de Pelayo Gonzalez. . . . .	189
Villena y los demas rebeldes imploran y consiguen el perdon de los reyes. . . . .	190
Desplega nuevamente Villena el estandarte de la rebelion; incorporacion de la corona de Aragon á la Castilla. . . . .	<i>ib.</i>
—————	
<i>Aragon.</i> . . . . .	<i>ib.</i>
Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, se hace dueño de una parte de Aragon, y cede estos estados á su hijo Don Ramiro con título de rey. . .	191
Muere Don Ramiro en el sitio de Graus. . . . .	<i>ib.</i>
Su hijo y sucesor Don Sancho Ramirez ensancha los confines de su reino hasta la comarca de Zaragoza. . . . .	<i>ib.</i>
Sitio de Huesca, y muerte desgraciada de Don Sancho. . . . .	<i>ib.</i>
Don Pedro I gana á los moros una memorable batalla cerca de Huesca. .	<i>ib.</i>
Don Alonso el Batallador, sus pretensiones á la corona de Castilla; convierte sus armas contra los mahometanos; sitia á Zaragoza; obliga á los sarracenos á retirarse á los confines de Valencia; nuevos triunfos; es muerto en una batalla cerca de Fraga. . . . .	192
Don Ramiro II el Monge; cede la corona á su hija Petronila, casada con Don Ramon, conde de Barcelona. . . . .	<i>ib.</i>
Esfuerzos de Don Ramon por recobrar la parte de Navarra que se habia hecho independiente, . . . . .	193

## LIBRO NOVENO.

Don Alonso II; sus progresos por los reinos de Aragon y Valencia. . . . .	Pág. 194
Don Pedro el Católico; pasa á Roma á coronarse por mano del papa, y hace su reino tributario de la santa sede. . . . .	195
Toma parte Don Pedro en la guerra contra los albigenses, y muere en la batalla del Garona. . . . .	<i>ib.</i>
Don Jaime I el Conquistador; inquietudes durante su menor edad; el conde del Rosellon es despojado del gobierno del reino, y le confian los pueblos á su jóven monarca. . . . .	196
Los facciosos se apoderan del rey; expedicion contra Mallorca. . . . .	197
Conquista de Valencia; recíproca adopcion de Don Jaime y de Don Sancho el Fuerte, rey de Navarra. . . . .	198
La discordia se introduce en la familia de Don Jaime; intenta separarse de su tercera muger Doña Teresa Gil de Vidaure; oposicion de la corte de Roma; rebelion de los moros valencianos. . . . .	199
Muerte de Don Jaime; Don Pedro III sujeta á los rebeldes valencianos; se declara protector de los sicilianos contra los franceses. . . . .	200
Visperas sicilianas; irrupcion del rey de Francia en Aragon. . . . .	201
El rey de Francia se apodera del Rosellon y del Ampurdan; derrota de dos escuadras francesas; fuga del ejército frances, y su completa destruccion. . . . .	202
Don Alonso III el Liberal; por mediacion del rey de Inglaterra se presta á una amigable composicion; es pérfidamente burlado; Cárlos de Salerno es coronado rey de Sicilia por mano del papa. . . . .	203
Don Jaime II declárase protector del papa, y se une con Cárlos de Salerno para despojar de la Sicilia á su hermano Federico; Don Alonso IV, en obsequio de su segunda esposa, desmembra el patrimonio real. . . . .	204
Don Pedro IV el Ceremonioso secuestra los estados de su madrastra; resentimiento del rey de Castilla; despoja con un especioso pretesto á su cuñado Don Jaime de la corona de Mallorca; intenta quebrantar las leyes fundamentales de la nacion; la union. . . . .	206
Una imprudencia empeña á Don Pedro con una peligrosa guerra con Castilla; acusada la reina de un grave delito, huye; pero alcanzada en el camino, sufre la dolorosa prueba del tormento. . . . .	207
Don Juan I perece desgraciadamente en una cacería; intenta el conde de Fox apoderarse del reino; Don Martin; por su muerte se declaran seis aspirantes á la corona. . . . .	208
Es adjudicada la corona al infante de Castilla Don Fernando; resistencia del conde de Urgel. . . . .	209
Don Alonso V toma á su cargo la proteccion de la reina de Nápoles; los napolitanos, atropellando los derechos de Alonso, aclaman á Renato de Anjou; sitio de Gaeta. . . . .	210
Desgraciada terminacion del sitio de Gaeta; Alonso y sus hermanos son hechos prisioneros; coligado Alonso con el duque de Milan, se apodera de Nápoles. . . . .	211
Don Juan II; persecucion del desgraciado principe de Viana, y muerte de su hermana Doña Blanca. . . . .	212
Sublevacion de la Cataluña, que se declara independiente, y convida sucesivamente con el principado al rey de Castilla y al condestable de Portugal; batalla en los Prados del Rey; los catalanes eligen por último á Renato de Anjou; progresos del duque de Lorena por la Cataluña. . . . .	<i>ib.</i>
Empeñase Don Juan en una nueva guerra con Francia, por el recobro de los condados del Rosellon y Cerdeña. . . . .	213
Gloriosa defensa de Perpiñan; Fernando I y V de Castilla. . . . .	214



Sorpresa de Alhama; preparativos para la guerra de Granada. . . . .	Pág. 215
Progresos de las armas católicas en el discurso de esta guerra. . . . .	216
Divisiones intestinas de los moros granadinos. . . . .	217
Apurada situacion de la ciudad de Granada. . . . .	218
Pintura lamentable de los sitiados; rendicion de la ciudad. . . . .	ib.

## LIBRO DÉCIMO.

Precauciones de los reyes Católicos para asegurar la conquista; toman las armas los moros de las Alpujarras. . . . .	221
Muerte de Don Fernando II de Nápoles y sus consecuencias; proezas del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba; progresos del rey de Francia en la Italia. . . . .	ib.
Confederacion del rey Católico con el emperador de Alemania; reparacion del reino de Nápoles. . . . .	222
Obtienen los reyes la administracion de los maestrazgos de las órdenes militares; Cristóbal Colon; logra interesar á los reyes en su proyecto de descubrir nuevos paises al occidente; descubrimiento de las Lucayas. . . . .	223
Premian los reyes á Colon con el almirantazgo del nuevo mundo; nuevos descubrimientos de Colon; pierden los reyes al príncipe heredero Don Juan y á su primogénita Doña Juana. . . . .	224
Muerte de la reina; su disposicion testamentaria; intrigas para sembrar la discordia entre el rey Don Fernando y su yerno el archiduque Don Felipe. . . . .	225
Desconcierta Don Fernando los proyectos de los parciales del archiduque casando con Germana de Fox. . . . .	226
Mediacion del emperador de Alemania. . . . .	ib.
Concordia de Salamanca; llegada del archiduque á España; niégase á ratificar la concordia; anuncios de una guerra civil. . . . .	227
Nueva concordia; córtés de Valladolid; muerte del archiduque llamado el Hermoso. . . . .	228
Division de la nobleza; politica del cardenal Jimenez de Cisneros; Don Fernando se encarga del gobierno. . . . .	229
Conquistas en Africa; liga de Cambray; liga Santa; desgraciada batalla de Ravena; incorporacion de la Navarra á la corona de Castilla. . . . .	230

---

Navarra. . . . .	ib.
Descripcion de la Navarra; discordia de los historiadores acerca del origen de esta monarquia. . . . .	ib.
Origen que parecia mas probable; Sancho Iñigo Arista obtiene la provincia de Navarra en feudo de la corona de Castilla. . . . .	231
García Sanchez Iñiguez es aclamado rey por los navarros; muere desgraciadamente á manos de los moros. . . . .	ib.
Sancho Garces Abarca estiende con gloria sus dominios; García Sanchez II el Trémulo; Sancho II el Mayor por medio de un enlace reúne á su corona el condado de Castilla. . . . .	233
Don García III; Don Sancho III; concordia con el régulo de Zaragoza; desgraciada muerte de Don Sancho. . . . .	234
Desmembracion y repartimiento de la Navarra entre el rey de Aragon y el de Castilla; sacuden los navarros el yugo, y eligen á Don García Ramirez. . . . .	ib.
Don Sancho V; guerra con Aragon y Castilla; Don Sancho VI el Sabio; Don Sancho el Fuerte ó el Retraido; invasion de la Navarra por los reyes	

de Castilla y Aragon; Teobaldo; se cruza para la guerra de la Tierra Santa; Teobaldo II toma parte en la cruzada dispuesta por san Luis, rey de Francia. . . . .	Pág. 235
Enrique; Juana I; division y guerra civil en la Navarra durante su menor edad; Luis Hutin. . . . .	236
Reunion de las coronas de Navarra y Francia; Felipe el Largo. . . . .	ib.
Cárlos el Hermoso; renuncia de Felipe de Valois; Juana II; Cárlos II el Malo; Cárlos III el Noble; Blanca y Don Juan, infante de Aragon, su esposo. . . . .	237
Retiene Don Juan, despues del fallecimiento de Doña Blanca, la corona de Navarra en perjuicio de su hijo Don Cárlos de Viana. . . . .	238
Guerra civil entre padre é hijo; únese Don Cárlos con el rey y príncipe de Castilla para continuar la guerra contra su padre; implora la mediacion de su tío Don Alonso V de Aragon; procura la reconciliacion con su padre. . . . .	239
Victima de su buena fe, y de la perfidia de este, muere oprimido de pesares; Don Juan pone en poder de los condes de Fox á su hija la infanta Doña Blanca. . . . .	240
Protesta de la desgraciada infanta; resigna en su primo, el rey de Castilla, la corona que le pertenecia; es recluida en la fortaleza de Ortés, y emponzoñada por su hermana la condesa de Fox; sublevacion de la Cataluña. . . . .	241
Leonor; Francisco Febo; Catalina y su esposo Juan de Labrit; su ciega adhesion á los franceses les hace romper los tratados ajustados con su tío Don Fernando el Católico. . . . .	242
Oficios pacíficos de este. . . . .	ib.

## LIBRO UNDÉCIMO.

Solicita Don Fernando el paso por Navarra para acometer la Guiena, y se le niega; Juan y Catalina son escornulgados por el papa, y absueltos sus vasallos del juramento de fidelidad; moderacion del rey Católico. . . .	245
Conquista del reino de Navarra por el duque de Alba; invasion del Milanésado por Francisco I de Francia. . . . .	246
Fallecimiento del rey Católico; su última disposicion. . . . .	249
Desavenencias entre el dean de Lovaina y el cardenal Cisneros; carácter y gobierno de este célebre ministro; sus bellas cualidades. . . . .	ib.
Don Cárlos I; su llegada á España; es elegido emperador de Alemania. .	251
Convocacion de córtés en Santiago. . . . .	ib.
Representaciones de los procuradores de varias ciudades; inflexibilidad de Don Cárlos; connoccion de Valladolid. . . . .	252
Resultas de las córtés de Santiago; resentimiento de Don Cárlos; traslacion de las córtés á la Coruña; insurreccion de Toledo. . . . .	ib.
Conclusion de las córtés de la Coruña; nuevas representaciones de los procuradores; partida de Don Cárlos á Alemania; principio de las comunidades de Castilla. . . . .	253
Resolucion de Don Juan de Padilla y otros comuneros; apuros del cardenal Adriano; toma la nobleza á su cargo la reduccion de los comuneros; batalla decisiva entre estos y los realistas. . . . .	254
Prision y muerte de Padilla y otros patriotas; reduccion de Valladolid; obstinacion de Toledo; capitulacion de los comuneros toledanos. . . .	255
Tentativas de Enrique de Labrit por recobrar la corona de Navarra; batalla de las Navas de Esquiros; el cardenal Adriano elevado á la silla pontificia; nuevas tentativas de Francisco I contra el Milanésado. . . . .	256
Pierde la batalla de Pavía, quedando prisionero; temores de las potencias	



de Italia por lograr la libertad de Francisco; fidelidad de Don Pedro de Alarcon. . . . .	Pág. 257
Obtiene Francisco su libertad bajo ciertas condiciones que no cumple; concordia de Madrid; honradez y lealtad del marques de Pescara. . .	<i>ib.</i>
Liga clementina; oficios del emperador por separar al papa de la liga; asalto de Roma; saqueo de la ciudad y prision del papa. . . . .	258
Invasion del reino de Nápoles por Francisco I; sitio de la capital; raro incidente que obliga á los franceses á levantar el sitio. . . . .	259
Reconciliacion con el papa; paz de Cambray. . . . .	<i>ib.</i>
Gloriosa jornada contra el turco Soliman; piraterías de Barbaroja; asalto de la Goleta; derrota del pirata; infame proyecto de venganza. . . . .	260
Rompen los cautivos cristianos sus prisiones, se apoderan de la fortaleza, y Tunez cae en poder del vencedor. . . . .	<i>ib.</i>
Muerte del duque de Milan; nueva guerra con Francisco I. . . . .	261
Invasion del Piamonte; progresos de las armas españolas y austriacas contra las francesas; pérdida del dulce poeta Garcilaso de la Vega; tregua de diez años con Francia; sublevacion de Gante; rasgos de confianza y de honradez de Cárlos V y Francisco I. . . . .	<i>ib.</i>
Inesperado rompimiento de la Francia; invasion del Piamonte, el Brabante, el Luxemburgo, y el Rosellon; los triunfos de Don Cárlos intimidad á Francisco, el cual pide la paz. . . . .	262
Agitaciones del imperio de Alemania con motivo de la propagacion de las opiniones de Lutero; confederacion del duque de Sajonia y el landgrave de Hesse contra Don Cárlos. . . . .	<i>ib.</i>
Pierden una batalla, y caen en su poder; renueva Enrique II, sucesor de Francisco, la rivalidad de la Francia, apoderándose de Metz; desgraciada expedicion contra esta plaza; jornada de Renti. . . . .	263
Retiro de Cárlos V al monasterio de Yuste; descubrimiento del estrecho de Magallanes; conquistas de Méjico y del Perú. . . . .	264
Felipe II; guerra con el papa. . . . .	265
Ocupacion del puerto de Ostia; inminente peligro de Roma; memorable jornada de San Quintin; progresos de las armas españolas en Francia; fundacion del celebrado templo y monasterio del Escorial. . . . .	266
Batalla de Gravelingas; paz del año 1559; causas y principios de la sublevacion de Flandes. . . . .	267
Severidad del duque de Alba; suplicio de los condes de Egmont y de Horn; nuevo furor de los rebeldes; intenta el príncipe de Orange sostener la rebelion con poderoso ejército; nueva derrota del de Orange. . . . .	268
Reduccion de varias provincias sublevadas. . . . .	269

## LIBRO DUODÉCIMO.

Dimision del duque de Alba. . . . .	270
Don Luis de Zúñiga y Requesens y Don Juan de Austria, encargados sucesivamente del gobierno de Flandes, son víctimas de la astucia de los rebeldes; ereccion de la república de Holanda. . . . .	271
Alejandro Farnesio; proezas de los españoles; asesinatos del príncipe de Orange; crítica situacion de la nueva república. . . . .	<i>ib.</i>
Rebelion de los moriscos de Granada; Mahomet-Aben-Humeya; sujecion de los moriscos; determina Don Felipe II refrenar el orgullo del imperio otomano; guerra con el turco. . . . .	272
Gloriosa batalla de Lepanto; expedicion contra Tunez; heroica defensa de Tunez por Don Pedro Portocarrero. . . . .	273
Sucesion de Don Felipe II en la corona de Portugal; expedicion contra Portugal; lealtad del duque de Alba; reduccion de todo el reino de Portugal. . . . .	274

El marques de Santa Cruz desconcierta los designios del prior de Ocrato; resuelve Don Felipe II vengar los agravios recibidos de la reina Isabel de Inglaterra. . . . .	Pág. 274
La armada invencible; su desgraciada suerte. . . . .	275
<i>Irrupcion de los ingleses en las costas de Galicia; asalto de la Coruña; valerosa defensa de sus moradores; derrota de los ingleses; saqueo de Cádiz.</i> . . . .	276
Toma Don Felipe bajo su proteccion la liga católica de Francia; pericia militar de Alejandro Farnesio; conquistas de Calais y de Amiens. . .	277
Paz con Enrique IV de Francia; desgraciada muerte del príncipe heredero Don Carlos; incertidumbre sobre las verdaderas causas de este ruidoso acontecimiento. . . . .	278
Amores del rey con la princesa de Eboli; pasión de esta á Antonio Perez; celos del monarca; conmocion de los aragoneses; fuga de Antonio Perez; venganza del rey. . . . .	279
Felipe III; lamentable pintura de la critica situacion del reino á la época de su exaltacion al trono. . . . .	280
El duque de Lerma, primer ministro; elevacion de Don Rodrigo Calderon; intriga del duque de Uceda para desgraciar al ministro su padre; honradez del conde de Lemos. . . . .	281
Separacion del duque de Lerma. . . . .	282
Sitio y conquista de Ostende; apuros de España para continuar la guerra de Flandes. Treguas con la república de Holanda; gravosas condiciones de ellas. . . . .	283
Éspulsion de los moriscos; sublevacion de los del reino de Valencia. . .	284
Espediciones militares de las armas españolas en el reino de Felipe III.	285
Felipe IV; sus bellas disposiciones; se abandona absolutamente al arbitrio del conde-duque de Olivares. . . . .	286
Persecucion de Don Pedro Giron, duque de Osuna; injustamente aprisionado, y privado del recurso de vindicar su inocencia, muere entre pesares y dolores. . . . .	287
El carácter romanesco del conde-duque compromete á la nacion en una multitud de guerras; fin de la tregua ajustada con Holanda, y rompimiento de las hostilidades; vicisitudes de esta guerra. . . . .	288
Insurreccion en los Países Bajos; batalla de Nortlinguen, y conquista de Maestricht. . . . .	289
Ocupacion de la Valtelina por las armas españolas. . . . .	ib.
Guerra con Francia sobre la sucesion en el ducado de Nevers. . . . .	290
Castiga Don Felipe IV los agravios del elector de Tréveris invadiendo sus dominios, y haciéndole prisionero; principios de la guerra de veinticinco años; batalla de Avein. . . . .	291
Ocupacion de las islas de Santa Marta y San Honorato; progresos de las armas españolas en Francia y en Italia. . . . .	ib.
Jornada sangrienta de Leucata; rota de los franceses bajo los muros de Fuenterrabía. . . . .	292

**LIBRO DÉCIMOTERCIO.**

La imprudente obstinacion del conde-duque es causa de la sublevacion de Cataluña. . . . .	294
Escesos de los atumultuados de Barcelona; apuro del virey. . . . .	295
Fuga del virey, y su desgraciada muerte; toma la rebelion un carácter mas serio, estendiéndose por todo el principado; é imploran los catalanes la proteccion del rey de Francia. . . . .	ib.
La Cataluña se erige en república independiente; invasion del principado por el ejército real; disolucion de la república; es reconocido conde de Barcelona el rey de Francia; sangriento asalto del castillo de Monjuí. .	296



Sitio de Lérida; progresos del ejército real; rendicion de Barcelona; insurrecciones de Nápoles y Sicilia. . . . .	Pág. 297
Reduccion de los rebeldes napolitanos; rebelion de Portugal; sus causas; escesos del populacho portugues. . . . .	298
Aclamacion del duque de Braganza; espulsion de todos los castellanos. . . . .	ib.
Desgracia del conde-duque, y su separacion del ministerio. . . . .	299
Negociaciones de Westfalia; tratado del año 1648; niégase Don Felipe IV á ratificar el tratado de Munster; continuacion de la guerra con Francia. . . . .	300
Victorias de las armas españolas bajo las órdenes del gran Condé y de Don Juan de Austria. . . . .	ib.
Tratado de los Pirineos; sus principales artículos; invasion del reino de Portugal por las tropas castellanas; valerosa defensa de los Portugueses. . . . .	301
Intriga de la reina de Castilla para desconceptuar á Don Juan de Austria. . . . .	302
El duque de Osuna es despojado del mando del ejército que tenia á su cargo; generosidad del duque; batalla de Villaviciosa. . . . .	ib.
Consolidacion de la soberania de Portugal en la casa de Braganza. . . . .	303
Cárlos II. . . . .	ib.
Ultimas disposiciones del rey difunto acerca de la tutela de su hijo, y el gobierno del reino; elevacion del padre Nithard. . . . .	ib.
Politica del padre confesor para desembarazarse de Don Juan de Austria; vilmente calumniado Don Juan toma las armas para vindicar su inocencia y marcha contra la corte; separacion del padre confesor. . . . .	304
Movimiento general del reino en favor del agraviado Don Juan; transaccion entre la reina y Don Juan. . . . .	305
Privanza de Don Fernando de Valenzuela; descontento de la nobleza; llega el rey á la mayor edad, y encomienda á Don Juan el ministerio. . . . .	306
Destierro de la reina y castigo de Valenzuela. . . . .	ib.
Reconocimiento de la independencia de Portugal; la ambicion de Luis XIV empeña a España en nueva guerra con Francia; victorias de los franceses en los Países Bajos; conquista del Franco Condado. . . . .	307
Paz de Aquisgran; liga contra Luis XIV; nueva guerra y nuevos triunfos de aquel monarca. . . . .	308
Tratado de Nimega; sublevacion de Mesina; liga de Ausburgo; destronacion del rey Jacobo II de Inglaterra. . . . .	309
Tratado de Riswick; politica de Luis XIV; proyectos de repartimiento de la España para despues de la muerte de Cárlos II. . . . .	310
Protestas del rey; su irresolucion en el nombramiento de sucesor; intrigas y division de la corte. . . . .	311
Testamento de Cárlos II; el duque de Anjou es declarado inmediato sucesor. . . . .	312
Felipe V; niégase á reconocerle el emperador de Alemania; la grande alianza; principio de la guerra de <i>sucesion</i> ; sorpresa de Cremona. . . . .	313
Disturbios de Nápoles apaciguados con la presencia de Felipe V; batalla de Luzara; fidelidad de los gaditanos. . . . .	314
Desembarcan los aliados en Rota; saquean el Puerto de Santa María. . . . .	ib.
Batalla naval en las aguas de Vigo; pérdida de una rica flota; Felipe V es abandonado por el portugues y el duque de Saboya. . . . .	315
Progresos de las armas españolas en Portugal; sorpresa de Gibraltar; cae en poder de los ingleses tan importante plaza. . . . .	316
Valerosa defensa de Ceuta; infructuosa tentativa del archiduque Cárlos en Cataluña; lealtad del virey. . . . .	ib.
Combate en las aguas de Málaga; batalla de Hochstedt ó Bleinheim. . . . .	317

## LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Victorias de los portugueses. . . . .	Pág. 318
Valerosa defensa de Valencia de Alcántara; hazaña de su guarnición prisionera; empiezan á descubrirse <i>parciales del archiduque en Valencia y Cataluña</i> . . . . .	310
Division intestina en Barcelona; bloqueo de la ciudad por los sediciosos.	<i>ib.</i>
Principios de la sublevacion del principado; desembarca el archiduque, y sorprende el castillo de Monjuí; <i>ocupacion de Barcelona y otras plazas por el archiduque</i> . . . . .	320
La insurreccion se propaga rápidamente por Aragon y Valencia; invasion del reino de Valencia por el ejército real. . . . .	<i>ib.</i>
<i>Lamentable situacion de Cataluña</i> ; fanatismo de sus naturales; sitio de Barcelona por Felipe V; incidente que malogra su rendicion. . . . .	321
Progresos del archiduque en el reino de Aragon; los portugueses penetran en Castilla; Madrid cae en su poder. . . . .	322
Lealtad de las meretrices madrileñas; desaliento de las tropas de Felipe; la magnanimidad del rey reanima el espíritu de sus guerreros. . . . .	<i>ib.</i>
Recobro de Madrid; retirada del archiduque; traicion del conde de Santa Cruz; desgraciada campaña en Italia y en los Países Bajos. . . . .	323
Victoria memorable en las llanuras de Almansa; reduccion de los reinos de Valencia y Aragon, y de parte de <i>Cataluña</i> ; <i>conquistas en Portugal</i> . . . . .	324
<i>Triunfos de los imperiales en los Países Bajos</i> ; el archiduque es reconocido por el papa; resentimiento de Don Felipe V. . . . .	325
Combate de Peñalba. . . . .	326
Desgraciada jornada de Zaragoza; penetran nuevamente los aliados en Castilla. . . . .	<i>ib.</i>
Entrada del archiduque en Madrid; manifiesto disgusto de los habitantes.	327
Intercepta Felipe V la comunicacion con Portugal; retirada del archiduque á Cataluña. . . . .	<i>ib.</i>
Asalto de Brihuega; batalla de Villaviciosa. . . . .	328
Negociaciones para la paz; tratado de Utrecht. . . . .	329
Obstinacion de los catalanes. . . . .	331
Sitio de Barcelona; asalto de la plaza. . . . .	<i>ib.</i>
Vigorosa resistencia de los sitiados; su rendicion; clemencia del vencedor; segundo matrimonio de Don Felipe con Doña Isabel Farnesio. . . . .	332
Imprudencia de la princesa de los Ursinos; nuevo sistema. . . . .	<i>ib.</i>
Alberoni elevado al ministerio; sus proyectos; es revestido de la púrpura cardenalicia; expedicion contra Cerdeña. . . . .	333
Temores de las potencias garantes del tratado de Utrecht; triple alianza; ocupacion de la Sicilia por las armas españolas. . . . .	334
Conspiracion contra el regente duque de Orleans descubierta por una casualidad; incorporacion de la Francia en la liga. . . . .	325
Triunfos de los enemigos de la España; caida de Alberoni. . . . .	<i>ib.</i>
Paz del año 1720; renuncia Felipe V la corona en su hijo Luis I; prematura muerte de este jóven príncipe; vuelve su augusto padre á encargarse del gobierno; congreso de Cambray. . . . .	336
El baron de Riperdá concilia las antiguas desavenencias entre Madrid y Viena, y negocia la paz entre ambas potencias; es colmado de honores.	337
Es separado del ministerio y puesto en prision; huye, sus aventuras posteriores hasta su muerte. . . . .	338
Sobresalto de las potencias europeas; cuádruple alianza; grosería de los franceses; anuncios de nueva guerra. . . . .	-
Política del cardenal de Fleuri; <i>tratado de Sevilla</i> ; sus principales artículos. . . . .	339



Niégame el emperador de Alemania á acceder al tratado; sus disposiciones hostiles; muerte del duque de Parma; ocupacion de sus estados por tropas alemanas. . . . .	Pág. 340
El infante Don Carlos es puesto en posesion del ducado de Parma, y reconocido inmediato sucesor en el de Toscana; aprestos militares en España.	ib.
Temores del emperador; reconquista de Oran. . . . .	341

### LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Muerte de Federico Augusto II, rey de Polonia. . . . .	342
Revoluciones del país con motivo de la eleccion de sucesor; toman parte en ellas las potencias europeas; nueva guerra. . . . .	343
Conquista de Nápoles; el infante Don Carlos se ciñe esta corona y las de las Dos Sicilias. . . . .	ib.
Señalada victoria de Bitonto; reduccion de la Sicilia; inquietudes de la Inglaterra y Holanda. . . . .	344
Tratado del año 1735; insultos de la Inglaterra. . . . .	345
Pérdida de Porto Bello; esforzadas defensas de Cartagena de Indias, Cuba y otras posesiones españolas. . . . .	346
Glorioso combate naval en las aguas de Provenza; nuevas agitaciones de la Europa. . . . .	ib.
Neutralidad del rey de Nápoles; sangrienta batalla de Campo Santo. . . . .	347
Abandona el rey de Nápoles su neutralidad, é incorpora sus tropas con las de su padre; sorpresa de Veletri; peligro del infante rey de Nápoles. . . . .	348
Retirada de los austro-sardos. . . . .	349
Alianza de Génova con la España. . . . .	350
Sorpresa de Asti; pérdidas del infante Don Felipe; desgraciada batalla de Plasencia; jornada del rio Tidona; muerte de Felipe V. . . . .	351
Fernando VI; crítica situacion de la república de Génova; esforzada resolucion de los genoveses. . . . .	352
Congreso en Aquisgran para el ajuste de la paz; sabio gobierno del pacífico Fernando. . . . .	353
Carlos III; abdica en su hijo tercero Don Fernando la corona de las Dos Sicilias; su llegada á España. . . . .	354
Los ingleses provocan su resentimiento con repetidos insultos; pacto de familia. . . . .	355
Adhesion de Portugal á los intereses de la Gran Bretaña; guerra con Portugal; victoria de Villaflor; conquistas de Mancorvo y Almeida. . . . .	356
Los ingleses se apoderan de las islas Filipinas; paz con la Gran Bretaña. . . . .	357
Espulsion de los jesuitas; poblacion de la Sierra Morena. . . . .	358
Sitio de Melilla por el emperador de Marruecos. . . . .	359
Piraterias de los argelinos; desgraciada expedicion contra Argel. . . . .	360
Nueva guerra con Inglaterra provocada por esta potencia misma; conquistas de los españoles en la Luisiana. . . . .	361
Invasion de los establecimientos ingleses en Honduras; pérdida de San Fernando de Omoa. . . . .	362
Conquista de la isla de Menorca; sitio de Gibraltar. . . . .	363
Intrepidez del almirante Rodney; la plaza es socorrida; nuevos esfuerzos de sitiadores y sitiados. . . . .	364
Encárgase la empresa al duque de Crillon; sus medidas vigorosas; desgraciado proyecto de las baterías flotantes. . . . .	365
Ponen los elementos á la escuadra combinada en el mayor conflicto, y los ingleses se aprovechan de esta circunstancia para socorrer nuevamente á la plaza. . . . .	ib.
Levanta el sitio el ejército combinado; mudanza del ministerio inglés; anuncios de paz; tratado del año de 1783; continuan los argelinos sus piraterias.	366

Comete el rey á Don Antonio Barceló el encargo de castigar su audacia. Pág.	366
Bombardeos de Argel; paz con esta regencia; vigilancia é infatigable celo del soberano por la prosperidad nacional; canal de Murcia. . . . .	367
Construccion del canal real de Aragon; ereccion del banco nacional de San Carlos y de la compañía de Filipinas; tratado con la Puerta otomana.	<i>ib.</i>
Proyecto de la redaccion de un nuevo código legislativo; sensible pérdida de tan digno monarca. . . . .	368

## LIBRO DÉCIMOSESTO.


Principios del reinado de Carlos IV. . . . .	369
Revolucion de Francia. . . . .	370
Espedicion al canal de la Mancha. . . . .	373
Caida del conde Floridablanca y elevacion de Don Manuel Godoy. . . . .	375
Guerra de la revolucion. . . . .	<i>ib.</i>
Batallas de Valmy y de Jemmapes. . . . .	376
Asesinato de Luis XVI. . . . .	377
Invasion del Rosellon y batalla de Truillas. . . . .	378
Espedicion de Tolon. . . . .	379
Continuacion de la guerra de la revolucion; suplicio de Robespierre. . . . .	<i>ib.</i>
Conquista de la Bélgica; batalla del Boló; pérdida de Rosas y de las Provincias Vascongadas. . . . .	380
República bátava; constitucion directorial. . . . .	381
Paz de Basilea; alianza con Francia y guerra con la Gran Bretaña. . . . .	382
Paz de Campo Formio; batalla naval del cabo de San Vicente. . . . .	385
Espedicion de Egipto. . . . .	384
Segunda coalicion; conquista de Italia por los austro-rusos. . . . .	385
Vuelta de Bonaparte á Europa y constitucion consular. . . . .	387
Batallas de Marengo y Hohenlinden; paz de Luneville. . . . .	389
Invasion de Portugal. . . . .	390
Paz de Amiens; guerra entre Francia y la Gran Bretaña. . . . .	391
Constitucion imperial; guerra entre España é Inglaterra. . . . .	393
Tercera coalicion y batallas de Ulm y Austerlitz. . . . .	394
Cuarta coalicion y batalla de Jena; manifiesto del principe de la Paz. . . . .	395
Campaña de Polonia y paz de Tilsitt. . . . .	396
Invasion de Portugal. . . . .	398
Conmocion de Aranjuez. . . . .	400
Abdicacion de Carlos IV. . . . .	<i>ib.</i>

FIN DEL INDICE.

IN VERITATE  
LIBERTASUNIVERSIDAD SAN PABLO CEU  
BIBLIOTECA  
GIL MUNILLA



LIBRO DE...  
...

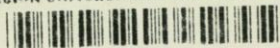
  
UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU  
BIBLIOTECA  
GIL MURILLO







FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7076201



